

BRIAN
HERBERT.

KEVIN J.
ANDERSON



DUNE
Cazadores de Dune



La saga original de Dune, escrita por Frank Herbert y que consta de seis títulos ya clásicos de la ciencia ficción, está incompleta. En *Casa Capitular*, el último libro que pudo escribir Frank Herbert, quedaron muchos hilos sueltos e interrogantes al final. El autor esperaba poder cerrar la historia, cuando le sorprendió la muerte. Después de dos trilogías —la precuela de la saga y las *Leyendas de Dune*—, llega ahora lo que era más difícil para los escritores Brian Herbert y Kevin J. Anderson: escribir el final de esta saga, el que tendría que haber sido el séptimo y último libro de Dune, a partir de las notas y el borrador que dejó Frank Herbert. *Cazadores de Dune* es el primero de los dos libros con los que se va a cerrar la mítica y fascinante saga original de Frank Herbert. *Cazadores de Dune* recupera los temas explorados en *Dios Emperador de Dune*, *Herejes de Dune* y, sobre todo, *Casa Capitular*. Al final de *Casa Capitular*, una nave que llevaba el ghola de Duncan Idaho, Sheeana (una joven que podía manejar a los gusanos de arena) y una tripulación de refugiados escapaba a los confines de la galaxia, huyendo de las terribles Honoradas Matres, las oscuras homólogas de la hermandad Bene Gesserit. Pero también las Matres habían tenido que adentrarse en el universo conocido, al ser expulsadas de su planeta original por un misterioso y aterrador Enemigo. Siguiendo el proyecto original esbozado por Frank Herbert, en *Cazadores de Dune* seguiremos la exótica odisea de la nave de Duncan Idaho.



Brian Herbert & Kevin J. Anderson

Cazadores de Dune

Dune - 7

ePub r1.6

Titivillus 17.11.2020

Título original: *Hunters of Dune*
Brian Herbert & Kevin J. Anderson, 2006
Traducción: Encarna Quijada
Diseño de portada: Lightniir

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Segunda parte

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Tercera parte

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Cuarta parte

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Quinta parte

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Sexta parte

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Séptima parte

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Octava parte

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96

Cronología

Autores

Después del reinado de tres mil quinientos años del tirano Leto II, el imperio quedó a su suerte. Durante los tiempos de la Hambruna y la posterior Dispersión los restos de la raza humana se perdieron en las profundidades del espacio. Los humanos huían hacia lo desconocido buscando riquezas y seguridad, pero fue en vano. Durante mil quinientos años, estos supervivientes y sus descendientes sufrieron grandes penurias y vivieron una reorganización completa.

Privado de su energía y sus recursos, el gobierno del Imperio Antiguo decayó. Nuevos grupos de poder arraigaron y se hicieron fuertes, pero los humanos estaban decididos a no volver a depender nunca más de un líder monolítico ni de una sustancia finita, cosas ambas que solo podían llevar al fracaso.

Algunos dicen que la Dispersión fue la Senda de Oro de Leto II, un crisol para fortalecer a la raza humana de forma permanente y enseñarnos una lección que no pudiéramos olvidar. Pero ¿cómo puede un solo hombre —incluso un hombre-dios que era en parte gusano de arena— infligir un sufrimiento tan grande a sus propios hijos? Ahora que los descendientes de los tleilaxu perdidos están regresando de la Dispersión, podemos imaginar los horrores que nuestros hermanos y hermanas tuvieron que afrontar ahí fuera.

Registros del Banco de la Cofradía, sucursal de Gammu

Ni siquiera los más instruidos entre nosotros podemos imaginar el verdadero alcance de la Dispersión. Como historiador, me horroriza pensar en la gran cantidad de conocimientos que se han perdido para siempre, los registros exactos de triunfos y tragedias. Civilizaciones enteras han aparecido y caído mientras los que quedaban en el Imperio Antiguo se regodeaban en la complacencia.

Nuevas armas y tecnologías surgieron por las dificultades de los tiempos de la Hambruna. ¿Qué enemigos creamos sin saberlo? ¿Qué religiones, distorsiones y procesos sociales puso en movimiento el Tirano? Nunca lo sabremos, y me temo que algún día pagaremos por esa ignorancia.

HERMANA TAMALANE, archivos de Casa Capitular

Nuestros hermanos, los tleilaxu perdidos que desaparecieron en el tumulto de la Dispersión, han vuelto a nosotros. Pero han cambiado en aspectos fundamentales. Con ellos han traído una variante mejorada de Danzarines Rostro. Dicen que ellos diseñaron a estos cambiadores de forma. Sin embargo, mis análisis de los tleilaxu perdidos indican que son inferiores a nosotros. ¿Ni siquiera son capaces de crear especia con los tanques axlotl y proclaman haber desarrollado una variante superior de Danzarines Rostro?

Y las Honoradas Matres. Proponen alianzas, y sin embargo sus actos solo hablan de brutalidad y de la esclavización de los pueblos conquistados. ¡Han destruido Rakis! ¿Cómo podemos confiar en ellas, o en los tleilaxu perdidos?

MAESTRO SCYTALE, notas selladas halladas en un laboratorio quemado en Tleilax

Duncan Idaho y Sheeana han robado nuestra no-nave y han huido a lugares desconocidos. Con ellos llevaron muchas hermanas herejes, incluso el gholá de nuestro bashar Miles Teg. Con la nueva alianza, siento la tentación de ordenar a todas las Bene Gesserit y Honoradas Matres que pongan todo su empeño en recuperar esta nave y a sus valiosos pasajeros.

Pero no lo haré. ¿Quién podría encontrar una no-nave perdida en el vasto paisaje del universo? Y, lo más importante, no debemos olvidar que hay un enemigo mucho más peligroso que viene a por nosotros.

MURBELLA, Reverenda Madre Superiora y Gran Honorada Matre, mensaje urgente

PRIMERA PARTE

Tres años después de la huida de Casa Capitular

El recuerdo es un arma lo bastante afilada para infligir profundas heridas.

Lamento del mentat

El día que él murió, Rakis, el planeta conocido como Dune, murió con él.

Dune. ¡Perdido para siempre!

En la cámara de archivos de la no-nave fugitiva, el *Ítaca*, el ghola de Miles Teg repasaba los últimos momentos del planeta desértico. Un vapor con olor a melange le llegaba de una bebida estimulante que tenía a su izquierda, pero el joven de trece años no hacía caso, porque había entrado en la profunda concentración del mentat. Aquellos registros e imágenes holográficas le producían una gran fascinación.

Allí es donde su cuerpo original había sido asesinado. Donde un mundo entero había sido asesinado. Rakis... el legendario planeta desértico ya no era más que una bola calcinada.

Las imágenes de archivo, proyectadas sobre una mesa, mostraban las naves de guerra de las Honoradas Matres confluyendo por encima de aquel globo tostado y moteado. Las inmensas no-naves indetectables —como la no-nave robada donde Teg y sus amigos refugiados vivían ahora— tenían una potencia de fuego muy superior a nada que las Bene Gesserit hubieran utilizado jamás. A su lado el armamento atómico tradicional no era más que un juego de niños.

Estas nuevas armas deben de haberse desarrollado en la Dispersión. Teg buscaba una proyección mentat. ¿El ingenio del humano nacía de la desesperación? ¿O se trataba de algo totalmente distinto?

En la imagen flotante, las naves fuertemente armadas abrían fuego, desatando oleadas de incineración con artefactos que en lo sucesivo las Bene Gesserit llamarían «destructores». El bombardeo continuó hasta que el planeta quedó totalmente desprovisto de vida. Las dunas arenosas se habían convertido en cristal negro; incluso la atmósfera de Rakis se encendió. Gusanos gigantes y ciudades, personas y plancton de arena, todo aniquilado. Era imposible que nada hubiera sobrevivido allí abajo, ni siquiera él.

Catorce años después, en un universo profundamente cambiado, aquel adolescente alto y desgarbado ajustó la altura de su silla de estudio. *Revisando las circunstancias de mi propia muerte. Una vez más.*

Por definición, Teg era un clon, no un ghola creado a partir de las células extraídas de un cadáver, aunque el segundo es el término que más frecuentemente utilizaban todos para describirle. Dentro de aquel cuerpo joven vivía un anciano, un veterano de numerosas campañas para las Bene Gesserit; no recordaba los últimos momentos de su vida, pero aquellos registros no dejaban lugar a dudas.

La absurda aniquilación de Dune demostraba la implacabilidad de las Honoradas Matres. Las rameras, como las llamaba la Hermandad.

Y no sin razón.

Manejando intuitivamente los controles, Teg hizo que las imágenes aparecieran una vez más. Le resultaba extraño ver aquello desde fuera y saber que cuando aquellas imágenes se grabaron él estaba allá abajo, participando en la lucha, muriendo...

Teg oyó un sonido procedente de la puerta y vio que Sheeana le observaba desde el pasillo. Su rostro era delgado y anguloso; su piel, tostada por su herencia rakiana. Los cabellos, rebeldes y de color ocre oscuro, estaban salpicados de mechones cobrizos fruto de su infancia bajo el sol del desierto. Los ojos eran totalmente azules, tras una vida de consumo de melange, y por la Agonía de Especia, que la había convertido en Reverenda Madre. Según le habían dicho, era la mujer más joven que había logrado sobrevivir.

Los labios generosos de Sheeana esbozaban una sonrisa algo esquiva.

—¿Estudiando viejas batallas de nuevo, Miles? No es bueno que un comandante militar sea tan previsible.

—Tengo muchas por revisar —contestó Teg con su voz ronca de adolescente—. El Bashar logró grandes cosas en trescientos años estándar, antes de mi muerte.

Cuando Sheeana reconoció el archivo que estaba proyectando, su expresión se volvió preocupada. Desde que habían huido a aquel universo desconocido y extraño, Teg miraba aquellas imágenes de Rakis hasta el punto de rayar lo obsesivo.

—¿Alguna noticia de Duncan? —preguntó él, tratando de desviar su atención—. Estaba probando un nuevo algoritmo de navegación que pueda sacarnos de...

—Sabemos perfectamente dónde estamos. —Sheeana alzó el mentón en un gesto inconsciente que, desde que se había convertido en la líder de los refugiados, utilizaba cada vez más—. Estamos perdidos.

Teg captó enseguida la crítica a Duncan Idaho. Cuando huyeron, su intención era evitar que nadie —las Honoradas Matres, el orden corrupto de las Bene Gesserit, o el misterioso Enemigo— encontrara la nave.

—Al menos estamos a salvo.

Sheeana no parecía convencida.

—Me inquieta que haya tantos factores desconocidos, dónde estamos, quién nos persigue... —Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, y entonces dijo—: Te dejaré con tus estudios. Estamos a punto de reunirnos una vez más para debatir nuestra situación.

Teg pareció animarse.

—¿Ha habido algún cambio?

—No, Miles. E imagino que escucharé los mismos argumentos una y otra vez. —Se encogió de hombros—. Las otras hermanas insisten. —Abandonó la cámara,

envuelta en el discreto susurro de su túnica, y lo dejó con la vibración de fondo de aquella nave inmensa e invisible.

De vuelta a Rakis. A mi muerte... y a los acontecimientos que llevaron a ella. Teg rebobinó las grabaciones, reunió viejos informes y puntos de vista, y los pasó una vez más, remontándose más atrás en el tiempo.

Ahora que sus recuerdos habían despertado, sabía exactamente lo que había hecho hasta el momento mismo de morir. No necesitaba aquellos archivos para saber cómo el viejo bashar Teg había acabado en una situación tan delicada en Rakis, cómo él mismo la había provocado. Él y los hombres que le eran fieles —veteranos de sus muchas y famosas campañas militares— habían robado una no-nave en Gammu, planeta que en otro tiempo la historia conoció como Giedi Prime, cuna de la perversa pero extinguida casa Harkonnen.

Años antes, Teg había sido convocado para proteger al joven gholá de Duncan Idaho, después de que los once gholas anteriores fueran asesinados. El viejo Bashar logró mantener al duodécimo gholá con vida hasta la edad adulta y finalmente le devolvió sus recuerdos, que le ayudaron a escapar de Gammu. Murbella, una de las Honoradas Matres, trató de esclavizar sexualmente a Duncan, pero fue él quien la esclavizó a ella gracias a ciertas capacidades ocultas con que sus creadores tleilaxu le habían dotado. Sí, por lo visto Duncan era un arma viviente diseñada específicamente para desestabilizar a las Honoradas Matres. No es de extrañar que aquellas ramera furiosas estuvieran tan desesperadas por encontrarle y matarle.

Después de asesinar a cientos de Honoradas Matres y sus sirvientes, el viejo Bashar se escondió entre hombres que habían jurado dar su vida para protegerle. Ningún gran general había suscitado un sentimiento de lealtad tan grande desde Paul Muad'Dib, o incluso desde el fanatismo de la Yihad Butleriana. Mientras comían y bebían, con una profunda nostalgia, el Bashar les explicó la necesidad de que robaran una no-nave para él. Aunque parecía una empresa imposible, los veteranos no la cuestionaron en ningún momento.

Cómodamente instalado en la cámara de archivos, el joven Miles revisó los registros de vigilancia de las fuerzas de seguridad del puerto espacial de Gammu, imágenes tomadas desde los elevados edificios del Banco de la Cofradía de la ciudad. Aunque habían pasado muchos años, cada paso de aquel ataque le parecía perfectamente lógico. *Era la única forma de lograrlo, y lo logramos...*

Tras volar hasta Rakis, Teg y sus hombres encontraron a la reverenda madre Odrade y a Sheeana, que salieron al encuentro de la nave en el vasto desierto a lomos de un viejo gusano gigante.

Quedaba poco tiempo. Las vengativas Honoradas Matres ya estaban en camino, y estaban furiosas porque el Bashar las había puesto en ridículo en Gammu. En Rakis, él y los hombres que le quedaban abandonaron la no-nave en vehículos blindados, y provistos de armas. Había llegado la hora para un último pero vital enfrentamiento.

Antes de que el Bashar partiera con sus soldados leales a enfrentarse a las rameras, Odrade arañó la piel correosa de su cuello con muy poca discreción para recoger algunas muestras de células. Teg y la Reverenda Madre sabían que aquella era la última oportunidad que la Hermandad tenía de preservar una de las mentes militares más prodigiosas desde la Dispersión. Sabían que estaba a punto de morir. Aquella sería la última batalla de Miles Teg.

Mientras el Bashar y sus hombres entraban en combate con las Honoradas Matres en tierra, otros grupos de rameras estaban tomando con rapidez otros centros de población de Rakis. Masacraron a las hermanas Bene Gesserit que habían quedado atrás, en Keen. Mataron a los maestros tleilaxu y a los sacerdotes del Dios Dividido.

La batalla estaba perdida, pero Teg y los suyos se arrojaron contra las defensas enemigas con una furia sin precedente. Y, puesto que la soberbia de las Honoradas Matres no les permitía aceptar una humillación como aquella, se vengaron atacando todo el planeta y destruyeron todo y a todos los que había allí. Incluido él.

Entretanto, los viejos guerreros del Bashar habían ideado una maniobra de distracción para que la no-nave pudiera escapar, llevando a bordo a Odrade, el ghola de Duncan y a Sheeana, que consiguió hacer que el viejo gusano de arena entrara en el compartimiento de carga. Poco después de que la nave se hubiera puesto a salvo, Rakis fue destruido... y el gusano se convirtió en el último de los de su especie.

Aquella fue la primera vida de Teg. Sus recuerdos reales se acababan ahí.

Mientras contemplaba las imágenes del bombardeo final, Miles Teg se preguntó en qué momento habría sido destruido su cuerpo. ¿Importaba eso realmente? Ahora que volvía a estar vivo, tenía una segunda oportunidad.

Utilizando las células que Odrade había tomado de su cuello, la Hermandad creó una copia del Bashar y activó sus recuerdos genéticos. Las Bene Gesserit sabían que necesitarían de su genio táctico en la guerra contra las Honoradas Matres. Y, ciertamente, el Teg-niño había guiado a la Hermandad a la victoria en Gammu y Conexión. Había hecho todo lo que le pidieron.

Más adelante, él y Duncan, junto con Sheeana y sus disidentes, volvieron a robar la no-nave y huyeron de Casa Capitular: no soportaban lo que Murbella estaba permitiendo que pasara con las Bene Gesserit. Ellos más que nadie entendían que el misterioso Enemigo seguía persiguiéndolos, por muy perdida que estuviera la no-nave...

Cansado de hechos y de recuerdos impuestos, Teg detuvo la proyección, estiró sus brazos delgados y abandonó el sector de archivos. Pasaría varias horas realizando vigorosos ejercicios físicos, luego trabajaría su capacidad con las armas.

Aunque vivía en el cuerpo de un niño de trece años, tenía que estar preparado para cualquier cosa y no bajar nunca la guardia.

¿Por qué pedirle a un hombre que está perdido que te guíe? ¿Por qué te sorprendes si te conduce a la nada?

DUNCAN IDAHO, *Un millar de vidas*

Iban a la deriva. Estaban a salvo. Estaban perdidos.

Una nave inidentificable en un universo sin identificar.

Como solía pasar, Duncan Idaho estaba solo en el puente de navegación, y sabía que había poderosos enemigos persiguiéndolos. Amenazas dentro de amenazas dentro de amenazas. La no-nave vagaba por el vacío, muy lejos de cualquier lugar explorado por los humanos. En un universo totalmente distinto. Y no acababa de decidir si se estaban escondiendo o solo estaban atrapados. No habría sabido cómo volver a un sistema estelar conocido ni aun queriendo.

De acuerdo con los cronómetros independientes del puente, ya llevaban años en aquel universo alternativo... aunque ¿quién puede saber cómo discurre el tiempo en otro universo? Quizá allí las leyes de la física y el paisaje galáctico eran totalmente distintos.

De pronto, como si en sus preocupaciones hubiera tenido un elemento de presciencia, Duncan se dio cuenta de que las luces del panel principal de instrumentos parpadeaban de forma aleatoria y los motores estabilizadores subían y bajaban por la sobrecarga. Aunque no veía nada extraño aparte del ahora familiar remolineo de gases y ondas de energía distorsionada, la no-nave acababa de topar con lo que él consideraba un «tramo accidentado». ¿Cómo se pueden encontrar turbulencias en un espacio donde no hay nada?

La nave se sacudió en medio de una extraña gravedad, agitándose por efecto de un chorro de partículas de alta energía. Duncan desconectó los sistemas de navegación automática y cambió el rumbo, pero la cosa fue a peor. Destellos naranjas apenas perceptibles aparecían ante la nave, como un fuego tenue y parpadeante. La cubierta se estremeció, como si hubieran chocado contra un obstáculo, pero Duncan no veía nada. ¡Absolutamente nada! Aquello tenía que ser el vacío, no dar sensación de movimiento ni turbulencia. Qué extraño universo.

Duncan corrigió el rumbo, hasta que los instrumentos y los motores se estabilizaron y las lucecitas dejaron de parpadear. Si la cosa iba a peor, quizá tendría que probar con otro arriesgado salto a través del tejido espacial. Cuando abandonaron Casa Capitular, él pilotó la no-nave sin ninguna guía, tras purgar los sistemas de navegación y los archivos de coordenadas, sin otra cosa que su intuición y una presciencia rudimentaria. Cada vez que activaba los motores Holtzman, Duncan jugaba con la seguridad de la nave y las vidas de los ciento cincuenta refugiados que viajaban a bordo. No lo haría si no era totalmente necesario.

Tres años atrás, cuando huyeron, no había tenido elección. Duncan había hecho despegar la gran nave de su campo de aterrizaje... y no escaparon per se, sino que se llevó consigo la prisión donde la Hermandad le había confinado. Pero huir no era bastante. Con su mente afinada, Duncan había visto que la trampa se cerraba a su alrededor. Los observadores del Enemigo Exterior, con sus inocuos disfraces de anciano y anciana, tenían una red, y podían arrojarla a través de distancias inmensas para capturar la no-nave. Duncan había visto la malla multicolor cuando empezaba a contraerse, había visto a la extraña pareja de ancianos sonriendo con expresión victoriosa. Pensaban que le tenían, que tenían la nave en su poder.

Moviendo los dedos con rapidez, con una concentración tan afilada como cristal tallado, Duncan logró que los motores Holtzman hicieran cosas que ni siquiera un navegante de la Cofradía Espacial les habría exigido. Y, cuando la red invisible del Enemigo se estaba cerrando, él salvó la nave, se adentró hasta tal punto entre los pliegues del espacio que desgarró el tejido mismo del universo y salió más allá. Su adiestramiento como maestro de armas le había sido muy útil. *Como una hoja que lentamente penetra en lo que de otro modo es un escudo personal impenetrable.*

Y entonces la no-nave se encontró en un lugar totalmente distinto. Pero Duncan permanecía alerta, y no se permitió dar ni un suspiro de alivio. En aquel universo incomprensible, quién sabe lo que podían encontrar.

Duncan estudió las imágenes externas transmitidas por los sensores repartidos más allá del campo negativo. El paisaje no había cambiado: velos tortuosos de gas de nebulosa y polvo que nunca se condensarían para formar estrellas. ¿Era aquello un universo joven que aún no había acabado de formarse, o un universo tan indeciblemente antiguo que todos sus soles se habían apagado y habían quedado reducidos a ceniza molecular?

El grupo de refugiados marginados necesitaba desesperadamente volver a la normalidad... o al menos ir a algún sitio. Había pasado demasiado tiempo; el miedo y la angustia del principio degeneraron en un primer momento en confusión, luego en inquietud y malestar. Aquella gente quería algo más que limitarse a estar perdidos y a salvo. O miraban a Duncan Idaho con esperanza o le culpaban por su situación.

En aquella nave se mezclaban diferentes facciones de la humanidad (¿o los verían Sheeana y sus hermanas Bene Gesserit como simples «especímenes»?). El surtido incluía un abanico de Bene Gesserit ortodoxas —acólitas, supervisoras, Reverendas Madres, e incluso operarios masculinos—, además de Duncan y el joven ghola de Miles Teg. A bordo también viajaba un rabino y un grupo de judíos que fueron rescatados de un intento de pogromo de las Honoradas Matres en Gammu; un maestro tleilaxu superviviente; cuatro futar... monstruosos híbridos hombre-felino creados durante la Dispersión y esclavizados por las ramerías. Además, la gran cámara de carga daba cobijo a siete pequeños gusanos de arena.

Ciertamente, constituimos una extraña mezcla. Una nave de locos.

Un año después de huir de Casa Capitular y haber quedado atascados en aquel universo distorsionado e incomprensible, Sheeana y sus seguidoras Bene Gesserit se habían unido a Duncan en una ceremonia de bautismo. A la vista del interminable vagar de la no-nave, el nombre de *Ítaca* les pareció el más apropiado.

Ítaca, una pequeña isla de la antigua Grecia, hogar de Odiseo, que pasó diez años errando después de la guerra de Troya, tratando de encontrar el camino de vuelta a casa. Igual que Duncan y sus compañeros, que necesitaban un lugar donde poder establecerse, un puerto seguro. Aquella gente estaba viviendo su propia odisea y, sin un mapa ni un simple mapa de estrellas, Duncan estaba tan perdido como Odiseo.

Nadie era consciente de lo mucho que Duncan deseaba regresar a Casa Capitular. Su corazón estaba unido a Murbella, su amada, su esclava, su dueña. Separarse de ella había sido la tarea más dura y dolorosa que recordaba en sus múltiples vidas. No creía que jamás pudiera recuperarse por su pérdida. *Murbella...*

Pero Duncan Idaho siempre había puesto el deber antes que los sentimientos. A pesar de su tristeza, asumió la responsabilidad de velar por la seguridad de la no-nave y sus pasajeros, incluso en un universo desvirtuado.

Había momentos en que alguna combinación aleatoria de olores le recordaba el peculiar aroma de Murbella. Los esteres orgánicos que flotaban por el aire procesado de la no-nave entraban en contacto con sus receptores olfativos y despertaban algún recuerdo de los once años que habían compartido. El sudor de Murbella, su pelo ámbar oscuro, el peculiar sabor de sus labios, y el aroma a agua de mar de sus «colisiones sexuales». Durante años, sus apasionados encuentros habían sido a la vez íntimos y violentos, y ninguno de los dos había sido lo bastante fuerte para romper la dependencia.

No debo confundir la adicción con el amor. El dolor era tan agudo e insoportable como la agonía debilitadora del síndrome de abstinencia de una droga. Hora a hora, mientras la no-nave seguía surcando el vacío, Duncan se alejaba más de ella.

Duncan se recostó en el asiento y abrió sus sentidos únicos, buscando, temiendo siempre que alguien descubriera la no-nave. Lo malo de ocuparse personalmente de aquella tarea tan pasiva de vigilancia era que de vez en cuando se perdía en el recuerdo de Murbella. Para superar el problema, Duncan compartimentalizó su mente de mentat. Si una parte se desviaba, otra permanecía siempre alerta, atenta a posibles peligros.

En los años que habían pasado juntos, Murbella y él habían tenido cuatro hijas. Las dos últimas —gemelas— ya casi serían adultas. Pero desde el momento en que la Agonía había transformado a su Murbella en una auténtica Bene Gesserit, la perdió. Y, puesto que anteriormente ninguna Honorada Madre había terminado su adoctrinamiento —readoctrinamiento en realidad— y había logrado convertirse en una Reverenda Madre Bene Gesserit, la Hermandad se mostró especialmente complacida. El corazón destrozado de Duncan fue, y seguía siendo, un daño colateral.

En el ojo de su mente, el adorable semblante de Murbella lo acosaba. Sus capacidades de mentat —una capacidad, sí, pero también una maldición— le permitían recordar hasta el último detalle de sus facciones, su rostro ovalado, la frente ancha, los ojos verdes y duros que le recordaban el jade; el cuerpo esbelto, capaz de luchar y hacer el amor con igual destreza. Y entonces recordó que sus ojos verdes se habían vuelto azules tras la Agonía de Especia. No, no era la misma persona...

Su mente siguió divagando, y las facciones de Murbella cambiaron. Como una imagen de fondo grabada en su retina, otra mujer había empezado a cobrar forma, y Duncan se sobresaltó. Aquella era una presencia externa, una mente inconmensurablemente superior a la suya, y le buscaba a él, envolviendo con delicadas hebras el *Ítaca*.

Duncan Idaho, llamó una voz, tranquilizadora y femenina.

Duncan sintió una avalancha de emociones, y tuvo una aguda conciencia del peligro. ¿Por qué no había detectado su llegada su sistema de vigilancia mentat? Su mente compartimentalizada pasó a modo supervivencia y Duncan saltó sobre los controles de los motores Holtzman, con la intención de arrojar la no-nave a lo desconocido, sin una guía.

La voz trató de disuadirlo. *Duncan Idaho, no huyas. No soy tu enemigo.*

El anciano y la anciana le habían dicho frases similares. Aunque no tenía idea de quiénes eran, Duncan comprendía que ellos eran el verdadero peligro. Pero aquella nueva presencia femenina, aquel vasto intelecto, había accedido a él desde el exterior del universo extraño y no identificado donde la no-nave vagaba en aquellos momentos. Duncan trató de zafarse, pero no podía huir de la voz.

Soy el Oráculo del Tiempo.

En varias de sus vidas, Duncan había oído hablar del Oráculo, la fuerza rectora de la Cofradía Espacial. El Oráculo del Tiempo, benevolente, que todo lo ve, una presencia benefactora de la que se decía que había velado por la Cofradía desde su formación hacía quince mil años. Duncan siempre lo había considerado una extraña manifestación de religiosidad entre los navegantes hiperagudos.

—El Oráculo es un mito. —Sus dedos estaban suspendidos sobre los mandos táctiles del panel de mando.

Soy muchas cosas. A Duncan le sorprendió que la voz no negara su acusación. *Muchos son los que te buscan. Y aquí te hallarán.*

—Confío en mis propias capacidades. —Duncan activó los motores que plegaban el espacio. Desde su punto de vista externo, esperaba que el Oráculo no se diera cuenta de lo que hacía. Se llevaría la no-nave a algún otro lugar, huiría de nuevo. ¿Cuántas fuerzas diferentes les perseguían?

El futuro exige tu presencia. Tienes un papel que desempeñar en Kralizec.

Kralizec... la batalla del tifón... la batalla del fin del universo predicha tiempo ha y que cambiaría para siempre la forma del futuro.

—Otro mito —dijo Duncan, mientras activaba la señal para el salto sin avisar al resto del pasaje. No podía arriesgarse a que se quedaran allí. La no-nave dio una sacudida y se lanzó una vez más a lo desconocido.

Duncan oía la voz femenina cada vez más apagada. La nave había huido de sus garras, pero el Oráculo no parecía preocupado. *Ven*, dijo la voz distante. *Yo te guiaré*. La voz invasora se desvaneció, se deshizo como jirones de algodón.

El *Ítaca* surcó el espacio plegado y, tras un instante interminablemente breve, salió.

A su alrededor Duncan veía brillar las estrellas. Estrellas reales. Estudió los sensores, comprobó la parrilla de navegación y vio las chispas de soles y nebulosas. Un espacio normal. Sin necesidad de nuevas comprobaciones, supo que habían vuelto a su universo. Y no sabía si alegrarse o llorar de desesperación.

Duncan ya no intuía al Oráculo del Tiempo, ni detectaba la presencia de ninguno de sus posibles perseguidores —el misterioso Enemigo y la Hermandad unificada—, aunque debían de estar ahí fuera. No se habrían rendido, ni siquiera después de tres años.

La no-nave siguió huyendo.

Un líder fuerte y altruista, incluso cuando su cargo depende del apoyo de las masas, debe guiarse siempre por los dictados de su corazón y no permitir que la opinión popular influya en sus decisiones. Solo a través del valor y la fuerza de carácter es posible dejar un legado verdaderamente memorable.

PRINCESA IRULAN, de *Dichos escogidos de Muad'Dib*

Como una emperatriz dragón contemplando a sus súbditos, Murbella estaba sentada en un elevado trono en la inmensa sala de recepción de Central. El sol de primera hora de la mañana se colaba por las vidrieras, salpicando la cámara de colores.

Casa Capitular era escenario de una peculiar guerra civil. Las Reverendas Madres y las Honoradas Matres se unieron con tanta armonía como dos naves espaciales al chocar. Murbella —siguiendo el plan de Odrade— no les dejó otra opción. Ahora Casa Capitular era el hogar de los dos grupos.

Ambas facciones odiaban a Murbella por los cambios que había impuesto, y ninguna tenía la suficiente fuerza para desafiarla. A través de su unión, las filosofías y las sociedades encontradas de las unas y las otras se fusionaron como espantosos hermanos siameses. A muchas la sola idea las aterraba. La posibilidad de que el odio visceral que sentían volviera a despertar estaba siempre ahí, y aquella alianza forzosa rozaba siempre el fracaso.

En la Hermandad no todas habían aceptado aquella apuesta de buena gana. «Sobrevivir a costa de destruirnos a nosotras mismas no es sobrevivir», había dicho Sheeana antes de que ella y Duncan huyeran en la no-nave. Una auténtica declaración de intenciones. ¡Duncan! ¿Es posible que la madre superiora Odrade no hubiera adivinado lo que Sheeana pretendía?

Por supuesto que lo sabía, dijo la voz de Odrade desde las Otras Memorias. *Sheeana me lo ocultó durante mucho tiempo, pero al final lo supe.*

—¿Y no me advertiste? —Con frecuencia Murbella discutía en voz alta con la voz de su predecesora, una de las muchas voces interiores ancestrales a las que podía acceder desde que se había convertido en Reverenda Madre.

Decidí no advertirte. Sheeana tomó su decisión por sus propios motivos.

—Y ahora las dos tenemos que pagar las consecuencias.

Desde su trono, Murbella vio que dos guardas llevaban a su presencia a una prisionera. Otro problema de disciplina que debía solucionar. Otro castigo ejemplar. Aunque semejantes demostraciones horrorizaban a las Bene Gesserit, las Honoradas Matres las apreciaban.

Aquel caso era más importante que la mayoría, así que se ocuparía personalmente. Se acomodó la túnica negra y dorada sobre el regazo. A diferencia de las Bene Gesserit, que entendían muy bien cuál era su lugar y no necesitaban ostentosos símbolos que indicaran su rango, las Honoradas Matres exigían llamativos

signos de estatus, como extravagantes tronos o sillas-perro, capas ornamentadas de vivos colores. Por tanto, la autoproclamada madre comandante tuvo que ocupar un trono imponente con soopiedras y gemas de fuego incrustadas.

Suficiente para comprar alguno de los planetas más importantes, pensó, si hubiera alguno que me interesara.

Murbella había acabado por detestar los ropajes del mando, pero comprendía que era algo necesario. Mujeres ataviadas con el atuendo de sus respectivos órdenes la atendían de manera continuada, atentas a cualquier signo de debilidad. Aunque recibían las enseñanzas de la Hermandad, las Honoradas Matres se aferraban a sus vestiduras tradicionales, capas y fulares con dibujos de serpientes y mallas ceñidas que cubrían todo el cuerpo. En contraste, las Bene Gesserit evitaban los colores llamativos y se cubrían con túnicas negras y amplias. Esta disparidad era tan clara como la que pueda haber entre un pavo real y los discretos reyezuelos matühi.

La prisionera, una Honorada Madre llamada Annine, tenía el pelo corto y rubio y vestía unas mallas amarillo canario con una extravagante capa de muaré de zafiro de plazseda.

Unas ataduras electrónicas mantenían sus brazos cruzados contra el torso, como si llevara una camisa de fuerza invisible. Una mordaza le cubría la boca. Annine se debatía inútilmente contra las ataduras y sus intentos por hablar acababan convertidos en gruñidos ininteligibles.

Los guardas colocaron a la rebelde al pie de la escalinata que subía hasta el trono. Murbella miró aquellos ojos salvajes que la miraban con gesto desafiante.

—No me interesa nada de lo que quieras decirme, Annine. Has hablado demasiado.

Aquella mujer había criticado el liderazgo de la madre comandante con demasiada frecuencia, había convocado sus propias reuniones y había hablado en contra de la unificación de Honoradas Matres y Bene Gesserit. Algunas de sus seguidoras habían llegado incluso a abandonar la ciudad principal y habían establecido una base en los territorios deshabitados del norte. Murbella no podía permitir que un acto de provocación semejante quedara impune.

La forma en que Annine había manifestado su insatisfacción —avergonzando a Murbella y desvalorizando su autoridad y prestigio protegida tras el cobarde velo del anonimato— era imperdonable. La madre comandante conocía muy bien a las que eran como ella. Ninguna negociación, ningún compromiso, ninguna llamada al entendimiento la haría cambiar de opinión. Eran mujeres que se definían a través de la oposición.

Un derroche de material humano en bruto. Murbella miró con expresión de desagrado. Si al menos Annine hubiera concentrado su ira contra un Enemigo real...

Mujeres de ambas facciones observaban la escena desde los lados de la gran sala. Ambos grupos parecían reacios a mezclarse y permanecían separados: «rameras» a un lado y «brujas» al otro.

Como aceite y agua.

En los años transcurridos desde que había forzado la unificación, Murbella había pasado por numerosas situaciones que podían haber desembocado en su asesinato, pero ella evitaba cada trampa, adaptándose, administrando duros castigos.

Su autoridad sobre aquellas mujeres era totalmente legítima: ella era a la vez Reverenda Madre Superiora, escogida por Odrade, y Gran Honorada Madre en virtud del asesinato de su predecesora. Había escogido el título de madre comandante como símbolo de la integración de los dos rangos y, conforme pasaba el tiempo, se dio cuenta de que todas las mujeres se habían vuelto muy protectoras con ella. Por muy despacio que fueran, las lecciones de Murbella estaban teniendo el efecto deseado.

Tras la batalla de Conexión, la única forma de que la Hermandad atrincherada sobreviviera a la violencia de las Honoradas Matres fue dejar que creyeran que habían ganado. Y, antes de que se dieran cuenta, en un giro filosófico, las captoras se convirtieron en las cautivas. El saber de las Bene Gesserit, su entrenamiento y sus astucias absorbieron las rígidas creencias de sus competidoras. En la mayoría de los casos.

Con una señal de la mano, la madre comandante hizo que los guardas apretaran las sujeciones de Annine. El rostro de la mujer se crispó de dolor.

Murbella bajó los escalones pulidos, sin apartar la mirada de la cautiva. Al llegar abajo, miró con ira a la otra mujer, más bajita. Y le complació ver que sus ojos se llenaban de miedo.

Las Honoradas Matres rara vez se molestaban en ocultar sus emociones, y en general preferían explotarlas. Consideraban que una expresión fiera y provocativa, una clara indicación de ira y peligro, predisponía a las víctimas a la sumisión. En contraste, las Reverendas Madres veían las emociones como una debilidad y las controlaban con rigidez.

—A lo largo de los años he encontrado a muchas que me desafiaban y las he matado a todas —dijo Murbella—. Me he enfrentado a Honoradas Matres que no reconocían mi mandato. Me enfrenté a las Bene Gesserit que se negaban a aceptar lo que hago. ¿Cuánta sangre y tiempo más tendré que malgastar en esta estupidez cuando tenemos un Enemigo real que nos acosa?

Sin soltar las ataduras o aflojarle la mordaza a Annine, Murbella se sacó una reluciente daga de la cintura y se la clavó en la garganta. Nada de ceremonias ni dignidad... ¿para qué perder el tiempo?

Los guardas sujetaron a la prisionera mientras se sacudía y barboteaba; luego se desplomó, con los ojos vidriosos y muertos. Annine ni siquiera manchó el suelo.

—Llévósla. —Murbella limpió la daga contra la capa de plazseda de la víctima y volvió a su trono—. Tengo asuntos más importantes de los que ocuparme.

En la galaxia, las Honoradas Matres implacables e indómitas —que seguían superando ampliamente en número a las Bene Gesserit— operaban en células independientes, en grupos discretos. Muchas de ellas se negaban a reconocer la

autoridad de la madre comandante y continuaban con su plan original de acuchillar y quemar, destruir y huir. Antes de enfrentarse al verdadero Enemigo, Murbella tendría que hacerlas entrar en cintura. A todas.

Intuyendo que Odrade estaba de nuevo allí, en el silencio de su mente Murbella le dijo a su mentora muerta:

Me gustaría que estas cosas no fueran necesarias.

Tus métodos son más brutales de lo que desearía, pero te enfrentas a graves desafíos, muy distintos a los que yo tuve que afrontar. Te confié la tarea de procurar la supervivencia de la Hermandad. Ahora es tu responsabilidad.

Tú estás muerta, relegada al papel de observadora. Su Odrade interior rio. Es un papel mucho menos estresante.

Durante este intercambio interior, Murbella mantuvo una expresión plácida en el rostro, puesto que sabía que muchas la observaban en la sala de recepción.

Desde detrás del ornamentado trono, la ajada y gordísima Bellonda se inclinó hacia delante.

—El carguero de la Cofradía ha llegado. Estamos escoltando a su delegación de seis personas hasta aquí con la debida celeridad. —Bell había sido acicate y compañera de Odrade. Siempre habían estado en desacuerdo en muchas cosas, sobre todo en relación con el proyecto de Duncan Idaho.

—He decidido hacerles esperar. No hay necesidad de dejar que piensen que estamos impacientes por verles. —Sabía muy bien lo que la Cofradía quería. Especia. Siempre especia.

Los pliegues de la papada de Bellonda se unieron cuando asintió.

—Ciertamente. Podemos encontrar una infinidad de formalismos si lo deseáis. Que la Cofradía pruebe un poco de su propia burocracia.

Cuenta la leyenda que una perla de la conciencia de Leto II permanece en el interior de cada uno de los gusanos de arena que surgieron de su cuerpo dividido. El Dios Emperador mismo dijo que a partir de entonces moraría en un sueño eterno. Pero ¿y si despierta? Cuando el Tirano vea lo que nos hemos hecho a nosotros mismos, ¿se reirá de nosotros?

SACERDOTISA ARDATH, el culto a Sheeana en el planeta Dan

Aunque el planeta desértico había sido arrasado, el alma de Dune pervivía a bordo de la no-nave. Sheeana se había ocupado personalmente de que así fuera.

Ella y la ayudante de rostro sobrio Garimi estaban en pie ante la ventana de observación, por encima de la gran cámara de carga del *Ítaca*. Garimi veía moverse las dunas superficiales con el movimiento de los siete gusanos cautivos.

—Han crecido.

Los gusanos eran más pequeños que los monstruos que Sheeana recordaba de Rakis, pero más grandes que ninguno que hubiera visto en la franja desértica excesivamente húmeda de Casa Capitular. Los controles medioambientales de la inmensa cámara de carga de la nave eran lo bastante precisos para permitir una simulación perfecta de un desierto.

Sheeana meneó la cabeza, consciente de que la memoria primitiva de aquellas criaturas debía de conservar el recuerdo de un mar interminable de dunas.

—Nuestros gusanos están apretados, inquietos. No tienen ningún sitio a donde ir.

Justo antes de que las rameras destruyeran Rakis, Sheeana había rescatado un anciano gusano de arena y lo transportó a Casa Capitular. La criatura llegó medio muerta y poco después de tocar el suelo fértil se desmoronó y su piel se escindió en miles de truchas de arena reproductoras que se enterraron en la tierra. Durante los siguientes catorce años, las truchas empezaron a transformar aquel planeta exuberante en un desierto yermo, un nuevo hogar para los gusanos. Y, cuando las condiciones fueron las correctas, aquellas extraordinarias criaturas volvieron a aparecer..., pequeñas al principio, aunque con el tiempo se harían más grandes y poderosas.

Cuando Sheeana decidió escapar de Casa Capitular, llevó algunos de los pequeños gusanos con ella.

Fascinada por el movimiento de la arena, Garimi se inclinó sobre la ventana de observación de plaz, para ver más de cerca. La expresión de aquella ayudante de pelo oscuro era tan seria que parecía más propia de una mujer decenas de años mayor. Garimi era como un caballo de tiro, una verdadera Bene Gesserit, conservadora, con la pueril tendencia a ver el mundo que la rodeaba en blanco y negro. Aunque era más joven que Sheeana, se aferraba más a la pureza de las Bene Gesserit y le ofendía profundamente la idea de que las odiadas Honoradas Matres se unieran a la

Hermanad. Garimi había ayudado a Sheeana a desarrollar el arriesgado plan que les permitió huir de la «corrupción».

Mientras observaba a los gusanos inquietos, Garimi dijo:

—Ahora que ya estamos fuera de ese otro universo, ¿cuándo encontrará Duncan un mundo para nosotros? ¿Cuándo decidirá que ya estamos a salvo?

El *Ítaca* se había creado para que fuera una gran ciudad espacial. Había sectores con iluminación artificial que actuaban como invernaderos para la producción de alimentos, mientras que las cubas de algas y los estanques de reciclaje proporcionaban alimentos menos agradables al gusto. Dado el número relativamente pequeño de pasajeros que viajaban a bordo, los suministros y los sistemas de depuración aún podían proporcionarles alimentos, aire y agua durante varias décadas. La población actual a duras penas afectaba la capacidad de la nave.

Sheeana se volvió de espaldas a la ventana de observación.

—No estaba segura de que Duncan pudiera devolvernos al espacio normal, pero lo ha hecho. ¿No crees que de momento es suficiente?

—¡No! Debemos elegir un planeta para instalar el cuartel general de nuestras Bene Gesserit, liberar a estos gusanos y convertirlo en otro Rakis. Debemos empezar a reproducirnos y crear un nuevo núcleo para la Hermanad. —Apoyó las manos en sus caderas estrechas—. No podemos seguir vagando eternamente.

—Tres años no es tanto. Empiezas a hablar como el rabino.

La joven no parecía saber si tomarse el comentario como una broma o un reproche.

—Al rabino le gusta quejarse. Creo que le reconforta. Yo me limito a pensar en nuestro futuro.

—Tendremos un futuro, Garimi. No te preocupes.

El rostro de la asistente se iluminó, adoptó una expresión esperanzada.

—¿Hablas desde tu presciencia?

—No, desde mi fe.

Día a día, Sheeana consumía más especia que la mayoría, una dosis suficiente para poder trazar un mapa vago y nebuloso de los caminos que tenían ante ellos. Mientras el *Ítaca* había estado perdido en el vacío, no había visto nada, pero desde aquel inesperado regreso al espacio normal, se sentía distinta..., mejor.

El gusano más grande se irguió en la cámara de carga, con una boca inmensa, como la abertura de una cueva. Dos cabezas más aparecieron, desplazando polvo de especia.

Garimi lanzó una exclamación de asombro.

—Mira, pueden verte, incluso aquí arriba.

—Y yo les siento. —Sheeana apoyó las manos contra la barrera de plaz, e imaginó que olía la especia de sus alientos a través de las paredes. Ni ella ni los gusanos estarían satisfechos hasta que no tuvieran un nuevo desierto donde vagar.

Pero Duncan insistía en que siguieran huyendo para mantenerse siempre un paso por delante de sus perseguidores. No todos estaban de acuerdo con aquel plan. Para empezar, muchos de los que había en la nave ni siquiera partieron en aquel viaje convencidos: el rabino y sus refugiados judíos, el tleilaxu Scytale, y los cuatro futar.

¿Y los gusanos?, se preguntó Sheeana. *¿Qué quieren ellos realmente?*

Los siete gusanos habían salido a la superficie, y sus cabezas sin ojos buscaban moviéndose adelante y atrás. Una expresión preocupada cruzó el rostro endurecido de Garimi.

—¿Crees que el Tirano está ahí realmente? ¿Una perla de conciencia en un sueño eterno? ¿Intuye que eres especial?

—¿Porque soy su tatara tatara tatara sobrina nieta? Tal vez. Ciertamente, en Rakis nadie esperaba que una jovencita de un poblado aislado del desierto fuera capaz de dirigir a los grandes gusanos.

El clero de Rakis había visto a Sheeana como un vínculo con su Dios Dividido. Más adelante, la Missionaria Protectora de las Bene Gesserit creó leyendas sobre ella, convirtiéndola en una tierra madre, una virgen santa. Por lo que se refería a la población del Imperio Antiguo, su reverenciada Sheeana había muerto junto con Rakis. Una religión había surgido en torno a su supuesto martirio, una nueva arma que la Hermandad podía utilizar. Indudablemente aún estarían explotando su nombre y su leyenda.

—Todos creemos en ti, Sheeana. Por eso vinimos en esta... —Garimi se contuvo, como si estuviera a punto de decir una palabra despectiva— en esta odisea.

Allá abajo, los gusanos se sumergieron en la arena y tantearon de nuevo los confines de la cámara. Sheeana los veía moverse inquietos, y se preguntó hasta qué punto eran conscientes de la extraña situación en que se encontraban.

Si Leto II estaba realmente dentro de aquellas criaturas, seguro que tenía sueños inquietantes.

Hay quienes se regodean en la complacencia, y esperan que la estabilidad llegue por sí misma. Yo prefiero levantar las piedras y ver qué sale de debajo.

MADRE SUPERIORA DARWI ODRADE, *Observaciones sobre los motivos de las Honoradas Matres*

A pesar de los años, el *Ítaca* iba revelando sus secretos como viejos huesos en un campo de batalla que salen a la superficie después de una lluvia intensa. El viejo Bashar había robado aquella gran nave en Gammu hacía mucho tiempo. Duncan estuvo prisionero allí durante más de una década, en la pista de aterrizaje de Casa Capitular, y ahora llevaban tres años navegando en la misma nave. Pero el inmenso tamaño del *Ítaca* y el pequeño número de personas que viajaban a bordo hacían imposible explorar todos sus misterios, y mucho menos mantener una vigilancia concienzuda en todas partes.

La nave, una ciudad compacta de más de un kilómetro de diámetro, tenía más de cien cubiertas de altura, con una cantidad incontable de pasadizos y habitaciones. Aunque las principales cubiertas y compartimientos estaban equipados con cámaras de vigilancia, controlar la no-nave entera estaba más allá de la capacidad de las hermanas... sobre todo porque había misteriosas zonas muertas electrónicas donde las cámaras no funcionaban. Quizá las Honoradas Matres o las personas que construyeron la nave habían instalado mecanismos de bloqueo para preservar ciertos secretos. Numerosas puertas con códigos de acceso habían permanecido cerradas desde que la nave abandonó Gammu. Había literalmente miles de salas en las que nadie había entrado y no estaban inventariadas.

Aun así, Duncan no esperaba encontrar una sala de muerte en una de las cubiertas que no solían visitar.

El elevador se detuvo en uno de los niveles centrales. Aunque no había pedido aquel piso, las puertas se abrieron y el ascensor se puso en fuera de servicio para una serie de procedimientos de mantenimiento, que la vieja nave realizaba automáticamente.

Duncan estudió la cubierta que tenía ante él y le pareció fría y desoladora, sin apenas iluminación, desocupada. Las paredes de metal se habían pintado superficialmente con una primera capa de blanco que no cubrió del todo el metal de debajo. Duncan ya conocía la existencia de aquellos niveles no acabados, pero nunca había sentido la necesidad de investigarlos. Daba por sentado que estaban abandonados o que no habían llegado a utilizarse.

Sin embargo, la nave había estado en manos de las Honoradas Matres durante muchos años antes de que Teg se la robara delante de sus narices. Nunca hay que dar nada por sentado.

Duncan salió del ascensor y avanzó solo por un pasillo que se extendía a una distancia sorprendente. Explorar cubiertas y cámaras desconocidas era como saltar a ciegas por el tejido del espacio: nunca sabías adonde irías a parar. Mientras avanzaba, fue abriendo puertas al azar. Las puertas se deslizaban y revelaban salas vacías y oscuras. Por el polvo y la ausencia de mobiliario, dedujo que nadie las había ocupado nunca.

En el centro de aquel nivel, un pequeño pasillo rodeaba una sección cerrada con dos puertas, cada una con el rótulo de sala de máquinas. Las puertas no se abrieron. Duncan estudió el mecanismo de cierre con curiosidad. Sus biohuellas habían sido introducidas en los sistemas de la nave y en principio eso le permitía acceso libre a todas partes. Utilizando un código maestro, soslayó los controles de la puerta y logró abrir.

En cuanto entró, notó algo distinto en aquella oscuridad, y un olor desagradable y desvahído. La sala era totalmente distinta a ninguna que hubiera visto en la nave, y sus paredes eran de un rojo discordante. El destello del color era de lo más chocante. Conteniendo su inquietud, Duncan vio un tramo de metal descubierto en una de las paredes. Pasó la mano por encima y de pronto, toda la sección central de la cámara empezó a deslizarse y girar con un gemido.

Duncan se apartó, mientras del suelo salían unos artilugios de aspecto ominoso, máquinas creadas con el solo propósito de infligir dolor.

Aparatos de tortura de las Honoradas Matres.

Las luces de la cámara se encendieron, como si estuvieran expectantes. A su derecha, Duncan vio una mesa austera y sillas duras y planas. Sobre la mesa, había platos sucios con lo que parecían los restos incrustados de una comida. Debieron de interrumpir a las ramera mientras comían.

En una de las máquinas aún había un esqueleto humano que se mantenía unido mediante tendones secos, cables y los harapos de un hábito negro. Los huesos colgaban del lado de un largo y estilizado tornillo de banco; el brazo de la víctima seguía atrapado en el mecanismo de compresión.

Tocando unos controles largamente dormidos, Duncan abrió el tornillo de banco. Con gran cuidado y respeto, retiró el cuerpo de aquel abrazo metálico y lo dejó sobre el suelo. El cuerpo estaba prácticamente momificado y pesaba muy poco.

Era evidente que se trataba de una prisionera Bene Gesserit, una Reverenda Madre tal vez, de uno de los planetas de la Hermandad que las ramera habían destruido. Se veía que la desafortunada víctima no había tenido una muerte rápida ni sencilla. Mientras miraba aquellos labios endurecidos y ajados, Duncan casi podía oír los insultos que debió de susurrar mientras las Honoradas Matres la torturaban.

Bajo el resplandor de los paneles de luz, Duncan siguió explorando la gran cámara y el laberinto de extrañas máquinas. Cerca de la puerta por donde había entrado encontró un bidón de plaz transparente que permitía ver su espantoso contenido: los cadáveres de otras cuatro mujeres, una encima de otra, como si los

hubieran arrojado allí sin miramientos. Asesinadas y desechadas. Todas vestían hábitos negros.

No importa el sufrimiento que les hubieran infligido, las Honoradas Matres no habrían conseguido la información que querían: la localización de Casa Capitular y la clave para el control corporal de las Bene Gesserit, la capacidad de las Reverendas Madres de manipular su propia química interna. Y por eso, furiosas, llenas de frustración, las ramera las mataron una a una.

Duncan meditó en su descubrimiento en silencio. Las palabras no parecían apropiadas. Lo mejor era que le hablara a Sheeana de aquel lugar. Como Reverenda Madre, ella sabría qué hacer.

Aprende a reconocer a tu enemigo. Podrías ser tú mismo.

MADRE COMANDANTE MURBELLA, archivos de Casa Capitular

Tras la ejecución de la Honorada Madre rebelde, Murbella no tenía prisa por recibir a la delegación de la Cofradía. Antes de permitir que ningún extranjero pasara a la cámara principal de Central quería asegurarse de que se limpiaba cualquier resto del altercado.

Aquellas pequeñas rebeliones eran como conatos de incendio entre la maleza... apenas acababas de apagar uno con los pies y otro aparecía en otro sitio. Mientras no consiguiera que nadie desafiara su autoridad en Casa Capitular, la madre comandante no podría emplearse en su intento por lograr que las células disidentes de Honoradas Matres de otros planetas se aproximaran a la Nueva Hermandad.

Y solo cuando hubiera logrado esto, podrían enfrentarse todas juntas al Enemigo desconocido que había hecho volver a las Honoradas Matres desde los confines de la Dispersión. Para superar esta amenaza, necesitaba a la Cofradía Espacial, que había demostrado sobradamente su falta de motivación. Pero ella cambiaría eso.

Cada paso de aquel plan global pasaba zumbando ante ella como los vagones conectados de un tren de levitación magnética, un maglev.

Bellonda se acercó arrastrando los pies a la tarima que había al pie del trono de Murbella. Sus maneras eran eficientes y profesionales, con la cantidad justa de deferencia.

—Madre comandante, la delegación empieza a impacientarse, como pretendíais. Creo que ya están preparados.

Murbella observó a aquella mujer obesa. Dado que las Bene Gesserit podían controlar hasta los detalles más ínfimos de su química corporal, el hecho de que Bellonda se hubiera dejado tanto físicamente sin duda indicaba algo. ¿Era una forma de rebeldía? ¿Demostraba así su desinterés por que la vieran como un objeto sexual? Algunas quizá lo verían como una bofetada en la cara de las Honoradas Matres, que utilizaban métodos más tradicionales para conseguir unos cuerpos perfectos y esbeltos. Sin embargo, Murbella tenía la sospecha de que utilizaba la obesidad para despistar y seducir a posibles oponentes. Al verla, todos daban por supuesto que era lenta y débil, la subestimaban. Pero Murbella era demasiado lista para dejarse engañar.

—Tráeme café de especia. Mi ingenio debe estar tan aguzado como sea posible. Sin duda, esos delegados de la Cofradía tratarán de manipularme.

—¿Deseáis que les haga pasar?

—Primero mi café, luego la Cofradía. Y que venga Doria también. Os quiero a las dos a mi lado.

Con una sonrisa de connivencia, Bellonda se alejó pesadamente.

Murbella se preparó, inclinándose hacia delante en su gran trono, y cuadró los hombros. Sus manos se aferraban a las soopiedras de los apoyabrazos, duras y sedosas. Después de años de violencia, después de haber esclavizado a tantos hombres y asesinado a tantas mujeres, sabía muy bien cómo mostrar un aspecto amenazador.

En cuanto tuvo su café, Murbella hizo un gesto con la cabeza a Bellonda. La vieja hermana tocó un pinganillo de comunicación que llevaba en la oreja y solicitó la entrada de los suplicantes.

Doria entró apresuradamente; llegaba tarde. Aquella joven ambiciosa, que en aquellos momentos era la consejera principal de la madre comandante por el lado de las Honoradas Matres, había ascendido de rango asesinando a sus rivales más próximas, mientras otras Honoradas Matres perdían el tiempo compitiendo con las Bene Gesserit. Doria, delgada como un junco, había sabido ver los patrones del nuevo poder emergente y prefirió servir al vencedor que ser la cabecilla de los vencidos.

—Ocupad cada una vuestro sitio a mi lado. ¿Quién es el representante oficial? ¿Ha enviado la Cofradía a alguien de especial importancia? —Murbella solo sabía que la delegación había acudido a la Nueva Hermandad exigiendo... no, no exigiendo, sino suplicando, una audiencia con ella.

Antes de la batalla de Conexión, ni siquiera la Cofradía conocía la localización de Casa Capitular. La Hermandad mantenía su mundo natal oculto tras un foso de nonaves, y sus coordenadas no figuraban en ningún registro de navegación de la Cofradía. Sin embargo, una vez se abrieron las compuertas y las Honoradas Matres empezaron a llegar a montones, la localización de Casa Capitular dejó de ser un secreto celosamente guardado. Aun así, pocos eran los extranjeros que iban directamente a Central.

—Su oficial administrativo humano de más alto rango —dijo Doria con voz dura e inflexible— y un navegante.

—¿Un navegante? —Hasta Bellonda parecía sorprendida—. ¿Aquí?

Doria siguió hablando, tras mirar con gesto hosco a su homóloga.

—He recibido informes desde el muelle donde ha aterrizado la nave de la Cofradía. Es un navegante de clase edric con los caracteres genéticos de un antiguo linaje.

La frente ancha de Murbella se arrugó. Rebuscó en sus conocimientos directos y en la información que había aflorado de la cadena de Otras Memorias de su mente.

—¿Un administrador y un navegante? —Se permitió esbozar una fría sonrisa—. Ciertamente, la Cofradía debe de tener un mensaje importante.

—Quizá no sea más que servilismo, madre comandante —dijo Bellonda—. La Cofradía necesita especia desesperadamente.

—¡Y hacen bien! —espetó Doria.

Ella y Bellonda siempre estaban enfrentadas. Y aunque a veces sus encendidos debates le ofrecían perspectivas interesantes, en esta ocasión a Murbella le parecieron infantiles.

—Basta las dos. No permitiré que los delegados de la Cofradía os vean discutiendo. Un comportamiento tan infantil demostraría debilidad. —Las dos consejeras callaron, como si les hubieran cerrado una puerta sobre la boca.

Las inmensas puertas de la cámara se abrieron, y las presentes se apartaron para dejar paso a la delegación de hombres. Los recién llegados vestían con hábitos grises; cuerpos achaparrados; cabezas sin pelo, rostros ligeramente deformes que tenían algo «mal». La Cofradía no buscaba la perfección masculina ni la belleza en sus miembros; se concentraba en favorecer al máximo su potencial mental.

A la cabeza de la delegación iba un hombre alto vestido con hábito plateado. Su cabeza calva estaba lisa como mármol pulido, salvo por una trenza blanca que colgaba desde la base del cráneo como un largo cordón eléctrico. El oficial administrativo se detuvo para examinar la sala con ojos lechosos (aunque no parecía que estuviera ciego) y se adelantó para abrir paso a la voluminosa construcción que venía después.

Detrás de los hombres de la Cofradía levitaba un enorme acuario blindado, un depósito transparente lleno de gas naranja de especia. Una estructura metálica trabajada con volutas subía desde la base, a modo de nervaduras de apoyo. A través del grueso plaz, Murbella veía una figura contrahecha que ya no era humana, con las extremidades atrofiadas y pequeñas, como si el cuerpo fuera poco más que un tallo con la misión de sujetar la mente expandida. El navegante.

Murbella se levantó del trono, pero no en señal de respeto, sino para indicar que miraba a aquella delegación desde muy alto. Y se preguntó cuántas veces aquellos importantes representantes se habían presentado ante líderes políticos y emperadores, intimidándolos con el poderoso monopolio de la Cofradía sobre los viajes espaciales. Sin embargo, esta vez intuía una diferencia: el navegante, el alto administrador y los cinco escoltas venían como humildes suplicantes.

Los escoltas de túnica gris agacharon la cabeza; el representante se situó ante el depósito del navegante e hizo una reverencia ante Murbella.

—Soy el administrador Rentel Gorus. Venimos en representación de la Cofradía Espacial.

—Evidentemente —dijo Murbella con frialdad.

Como si temiera que lo dejaran al margen, el navegante flotó hasta el panel frontal curvo de su depósito. Su voz salía distorsionada desde los altavoces/traductores situados en las nervaduras metálicas de soporte.

—Madre Superiora de las Bene Gesserit... ¿o debo dirigirme a ti como Gran Honorada Madre?

Murbella sabía que la mayoría de navegantes estaban tan aislados que a duras penas podían comunicarse con los humanos normales. Sus cerebros tenían tantos

pliegues como el mismísimo tejido del espacio y no podían pronunciar ni una frase comprensible, de ahí que se comunicaran con el extraño y exótico Oráculo del Tiempo. Sin embargo, algunos navegantes se aferraban a algunos reductos de su pasado genético, «atrofiándose» deliberadamente para poder actuar como mediadores con los simples humanos.

—Puedes dirigirte a mí como madre comandante, siempre y cuando lo hagas con respeto. ¿Cuál es tu nombre, navegante?

—Soy Edrik. Muchos en mi linaje han interactuado con gobiernos y con individuos desde los tiempos del emperador Muad'Dib. —Se deslizó más cerca de las paredes del depósito, y Murbella vio los ojos ultraterrenos en la cabeza enorme y deformada.

—La historia me interesa mucho menos que lo apurado de vuestra situación presente —dijo Murbella, utilizando el acero de las Honoradas Matres y no el carácter negociador de las Bene Gesserit.

El administrador Gorus seguía inclinado, como si le estuviera hablando al suelo.

—Con la destrucción de Rakis, los gusanos de arena desaparecieron, y el planeta desértico ya no produce especia. Para acabar de agravar el problema, las Honoradas Matres masacraron a los maestros tleilaxu, y el secreto para crear especia con los depósitos axlotl se ha perdido con ellos.

—Un bonito problema —musitó Doria con cierto desdén.

Murbella frunció los labios con disgusto.

—Mencionas estos hechos como si no los conociéramos.

El navegante prosiguió, amplificando la voz para apagar posteriores comentarios de Gorus.

—En días pasados, la melange abundaba y teníamos numerosas fuentes independientes. Ahora, después de poco más de una década, a la Cofradía solo le quedan sus reservas, y se están agotando con rapidez. Empieza a resultar difícil conseguir especia, incluso en el mercado negro.

Murbella cruzó los brazos sobre el pecho. Bellonda y Doria, cada una a un lado, parecían sumamente satisfechas.

—Y sin embargo nosotras podemos suministraros nueva especia. Si queremos. Si nos dais una buena razón para hacerlo.

Edrik flotaba dentro del depósito. Los hombres de su escolta apartaron la mirada.

La franja desértica que rodeaba Casa Capitular seguía expandiéndose con cada año que pasaba. Se habían producido explosiones de especia, y los pequeños gusanos cada vez se hacían más grandes, aunque seguían siendo una simple sombra de los monstruos que en otro tiempo batieron las dunas de Rakis. Antes de que las Honoradas Matres destruyeran Dune, hacía décadas, la orden de las Bene Gesserit había reunido grandes provisiones de especia, en aquel entonces tan abundante. En cambio, la Cofradía Espacial, asumiendo que los días de privación habían pasado y

que el mercado era fuerte, no se prepararon para una posible escasez. Incluso el antiguo conglomerado comercial de la CHOAM había sido cogido por sorpresa.

Murbella se acercó al depósito, mirando al navegante. Gorus cruzó las manos y dijo:

—Por tanto, el motivo que nos trae aquí es evidente... madre comandante.

—Mis hermanas y yo tenemos buenas razones para cortaros el suministro.

Anonadado, Edrik agitó sus manos palmeadas en medio de los remolinos de gas.

—Madre comandante, ¿qué hemos hecho para incurrir en tu desagrado?

Ella alzó sus finas cejas con desdén.

—Vuestra Cofradía sabía que las Honoradas Matres traían armas de la Dispersión, capaces de destruir planetas enteros. ¡Y aun así transportasteis a las rameras y las trajisteis a nosotras!

—Las Honoradas Matres tenían sus propias naves. Su propia tecnología... —empezó a decir Gorus.

—Pero viajaban a ciegas, no conocían el paisaje del Imperio Antiguo hasta que vosotros se lo enseñasteis. La Cofradía les guio hasta sus objetivos, las condujo hasta planetas vulnerables. La Cofradía es cómplice de la pérdida de millones y millones de vidas... no solo en Rakis, sino en nuestro mundo biblioteca de Lampadas e incontables planetas. Todos los mundos de las bene tleilax han sido aplastados o conquistados, y nuestras hermanas de Buzzell permanecen esclavizadas, recogiendo soopiedras para Honoradas Matres rebeldes que no aceptan someterse a mi mandato. —Enlazó los dedos—. La Cofradía Espacial es al menos en parte responsable de estos crímenes, y por tanto debéis compensarnos.

—¡Sin especia, los viajes espaciales y el comercio galáctico quedarán impedidos!

—La voz del administrador tenía un tono claramente alarmado.

—¿Y? La Cofradía ya ha alardeado anteriormente de su alianza con los ixianos utilizando primitivos aparatos de navegación. Si os quedáis sin especia, utilizadlos en lugar de los navegantes. —Esperó para ver si el hombre le pedía que pusiera sus cartas sobre la mesa.

—Sustitutos inferiores.

—En la Dispersión, las naves funcionaban sin especia y sin navegantes —agregó Bellonda.

—Y se perdieron una cantidad incontable —dijo Edrik.

Gorus se apresuró a adoptar un tono conciliador.

—Madre comandante, los aparatos ixianos no eran más que artilugios defectuosos para situaciones de emergencia. Nunca hemos confiado en ellos. Todas las naves de la Cofradía deben llevar un navegante funcional.

—Así pues, cuando alardeasteis de estos aparatos, ¿no era más que un truco para hacer bajar el precio de la melange? ¿Para convencer a los sacerdotes del Dios Dividido y los tleilaxu de que no necesitabais la mercancía que os vendían? —Sus labios se curvaron en una mueca desdeñosa. Durante los años que Casa Capitular

permaneció oculta, incluso las Bene Gesserit habían evitado las naves de la Cofradía. Las hermanas tenían la localización de su planeta en sus cabezas—. Y ahora que necesitáis especia, no hay quien os la pueda vender. Salvo nosotras.

Murbella también había creado sus propios engaños. El extravagante uso que se hacía de la melange en Casa Capitular no era más que ostentación, un farol. Por el momento, los gusanos del cinturón desértico solo proporcionaban una pequeñísima cantidad de especia, pero las Bene Gesserit mantenían el mercado abierto y vendían libremente melange de sus copiosas reservas, dando a entender que provenía de los gusanos nacidos en el árido cinturón de arena. Es cierto que con el tiempo el desierto de Casa Capitular sería tan rico en especia como las arenas de Rakis, pero de momento aquello no era más que un ardid para aumentar su imagen de poder y riqueza ilimitadas.

Y, con el tiempo, en algún lugar, habría otros planetas que producirían melange. Antes de que llegara la larga noche de las Honoradas Matres, la madre superiora Odrade había dispersado grupos de hermanas en no-naves sin guía por todo el espacio sin cartografiar. Estas naves habían llevado consigo truchas de arena, junto con instrucciones precisas sobre cómo plantar la simiente de nuevos desiertos. En aquellos momentos quizá ya habría más de una docena de Dunes alternativos que empezaban a prosperar. *Retira el elemento que provoca el fracaso*, decía con frecuencia Odrade en aquel entonces, y seguía diciéndolo desde las Otras Memorias. El atasco desaparecería, y aparecerían nuevas fuentes de melange por toda la galaxia.

Pero, de momento, el control del monopolio estaba en manos de la Hermandad.

Gorus se inclinó todavía más, negándose a levantar sus ojos lechosos.

—Madre comandante, pagaremos cuanto deseéis.

—Entonces pagaréis con vuestro sufrimiento. ¿Habéis oído hablar alguna vez de los castigos de las Bene Gesserit? —Aspiró una bocanada fría y larga—. Vuestra petición es denegada. Navegante Edrik, administrador Gorus, podéis decirle a vuestro Oráculo del Tiempo y vuestros compañeros navegantes que la Cofradía tendrá más especia cuando... y si yo decido que lo merecéis. —Sintió una oleada de satisfacción e intuyó que venía de su Odrade interior. Cuando estuvieran lo bastante desesperados, harían exactamente lo que ella quería. Todo formaba parte de un gran plan que empezaba a cuajar.

—¿Puede vuestra nueva Hermandad sobrevivir sin la Cofradía? —preguntó Gorus con voz temblorosa—. Podríamos traer hasta aquí un gran contingente de cargueros y quitaros la especia por la fuerza.

Murbella sonrió para sus adentros; sabía que el lobo no tenía dientes.

—Suponiendo que eso tan divertido que dices fuera cierto, ¿os arriesgaríais a destruir la especia para siempre? Hemos instalado explosivos que aniquilarán las arenas de especia y las inundarán con nuestras reservas de agua si detectamos el más mínimo riesgo de una incursión externa. Los últimos gusanos de arena desaparecerían.

—Sois tan mala como Paul Atreides —exclamó el hombre—. Él amenazó con algo similar a la Cofradía.

—Lo tomaré como un cumplido. —Murbella miró al confuso navegante que flotaba en su gas de especia. La cabeza calva del administrador relucía por el sudor—. Miradme. ¡Todos! —Murbella se dirigía a los escoltas. Estos alzaron el rostro, y en ellos Murbella vio su miedo colectivo. Goras también levantó la cabeza y el navegante pegó su semblante mutado contra el plaz transparente.

Aunque Murbella hablaba al contingente de delegados, sus palabras también iban dirigidas a las dos facciones de mujeres que escuchaban en la gran cámara.

—Necios egoístas, hay un peligro mucho más grande que se acerca, un enemigo tan poderoso que hizo regresar a las Honoradas Matres de la Dispersión. Todos lo sabemos.

—Todos lo hemos oído decir, madre comandante. —La voz del administrador estaba cuajada de escepticismo—. No hemos visto ninguna prueba.

Los ojos de Murbella destellaron.

—Oh, sí. Se acerca, pero la amenaza es tan grande que nadie, ni la Nueva Hermandad, ni la Cofradía Espacial, ni la CHOAM, ni siquiera las Honoradas Matres saben cómo quitarse de en medio. Nos hemos debilitado a nosotros mismos y hemos malgastado nuestras energías con luchas absurdas, sin hacer caso de la verdadera amenaza. —Hizo ondear su hábito con dibujo de serpientes—. Si la Cofradía nos proporciona ayuda suficiente para la batalla que se avecina, y con el suficiente entusiasmo, quizá reconsideraré la posibilidad de abrir nuestros almacenes para vosotros. Si no somos capaces de hacer frente al Enemigo implacable, entonces las peleas por la especia serán el menor de nuestros problemas.

¿Controlan realmente los maestros las cuerdas... o podemos utilizarlas para esclavizarles a ellos?

MAESTRO TLEILAXU ALEF (supuesta réplica Danzarín Rostro)

Los representantes de los Danzarines Rostro acudieron a una cámara de reuniones a bordo de una de las naves de la Cofradía utilizada por los tleilaxu perdidos. Los magos de la reproducción de la Dispersión los habían convocado para darles nuevas y explícitas instrucciones.

Uxtal, que tenía un rango de subordinado, asistió para tomar notas y como observador; no tenía intención de hablar, puesto que eso le habría valido una amonestación de sus superiores. No era lo bastante importante para una responsabilidad semejante, sobre todo teniendo en cuenta que en la sala estaba el equivalente a un maestro, uno de los que se llamaban a sí mismos «ancianos». Pero Uxtal confiaba en que tarde o temprano reconocerían su talento.

Era un tleilaxu leal, de piel gris, diminuto, con facciones de duendecillo y la carne impregnada de metales y bloqueadores para engañar a cualquier posible escáner. Nadie podía robar los secretos de la genética, el lenguaje de Dios, a los tleilaxu perdidos.

Como si se tratara de un duende grandote, Burah, el Anciano, se encaramó en su asiento a la cabecera de la mesa, mientras los Danzarines Rostro empezaban a llegar, uno a uno. Un número total de ocho, un número sagrado para los tleilaxu, cosa que Uxtal sabía porque había estudiado las antiguas escrituras y había descifrado un significado secreto y gnóstico a partir de las palabras que se conservaban del profeta. Aunque el anciano Burah había ordenado a los cambiadores de forma que acudieran, Uxtal se sentía inquieto en su presencia, aunque no acababa de entender el motivo.

Los Danzarines Rostro tenían el aspecto completamente anodino y normal de los otros hombres de la tripulación. A lo largo de los años habían sido introducidos a bordo de la nave, donde desempeñaban sus tareas de forma discreta y eficiente; ni siquiera la Cofradía sospechaba que se habían realizado las sustituciones. Aquella nueva raza de Danzarines Rostro se había infiltrado ampliamente entre los reductos del Imperio Antiguo; podían engañar a la mayoría de los tests, incluso a una de las guardianas de la verdad de las brujas.

Burah y otros tleilaxu perdidos con frecuencia se mofaban porque ellos habían logrado su victoria, mientras que las Honoradas Matres y las Bene Gesserit andaban peleándose, preparándose para la llegada de un misterioso y gran Enemigo. La verdadera invasión había empezado hacía tiempo, y Uxtal estaba impresionado por lo que su gente había logrado. Estaba orgulloso de contarse entre los suyos.

A la orden de Burah, los Danzarines Rostro tomaron asiento con un gesto de deferencia a uno que parecía el portavoz (aunque Uxtal siempre había pensado que

todos eran idénticos, como los zánganos en una colmena). Viéndolos allí, mientras tomaba notas, Uxtal se preguntó por primera vez si los Danzarines Rostro también tendrían su organización secreta, como pasaba entre los líderes tleilaxu. No, por supuesto que no. Los cambiadores de forma habían sido concebidos para seguir a otros, no para pensar de forma independiente.

Uxtal prestó atención, tratando de recordar que no debía hablar. Después transcribiría la reunión y diseminaría la información entre los otros ancianos de los tleilaxu perdidos. Su misión era la de ayudante; si lo hacía bien, podría ascender y con el tiempo conseguiría el título de anciano. ¿Es posible que hubiera un sueño más grande? ¡Convertirse en uno de los nuevos maestros!

El anciano Burah y el kehl, o consejo, representaban a los tleilaxu perdidos y su Gran Creencia. Aparte de Burah, solo había otros seis ancianos... siete en total, cuando el número sagrado era el ocho. Aunque jamás lo diría en voz alta, Uxtal pensaba que tenían que nombrar a alguien y pronto, o incluso ascenderle a él, para que los números tuvieran su perfecto equilibrio.

Mientras examinaba a los Danzarines Rostro, Burah apretó los labios con gesto petulante.

—Exijo un informe de vuestros avances. ¿Qué registros habéis recuperado en los planetas tleilaxu destruidos? Apenas conocemos su tecnología lo suficiente para continuar con su labor sagrada. Nuestros hermanastros caídos sabían mucho más. Y eso no es aceptable.

El «líder» de los Danzarines Rostro sonrió, con su plácida apariencia y su uniforme de miembro de la Cofradía. Se dirigió a sus compañeros cambiadores de forma, como si no hubiera oído lo que el anciano Burah acababa de decir.

—He recibido nuevas órdenes. Las instrucciones primarias siguen siendo las mismas. Hemos de encontrar la no-nave que huyó de Casa Capitular. La búsqueda debe continuar.

Para sorpresa de Uxtal, los otros Danzarines Rostro dieron la espalda a Burah y se concentraron en su portavoz. Sofocado, el hombre golpeó la mesa con un pequeño puño.

—¿Una no-nave que ha huido? ¿Y qué nos importa una no-nave? ¿Quién eres... cuál? Nunca soy capaz de distingueros, ni siquiera por el olor.

La mirada de Uxtal, que estaba sentado contra la pared de láminas de cobre, pasó de los Danzarines Rostro, con su aire inocente, al anciano Burah. No acababa de adivinar qué era, pero intuía una extraña amenaza. Había tantas cosas que quedaban ligeramente fuera del alcance de su comprensión...

—Vuestra prioridad —siguió diciendo Burah obstinadamente— es redescubrir cómo crear melange utilizando los tanques axlotl. Gracias a los antiguos conocimientos que llevamos con nosotros a la Dispersión, sabemos cómo usar los tanques para crear gholas, pero no para hacer especia, puesto que nuestros

hermanastros desarrollaron la técnica durante los tiempos de la Hambruna, mucho después de que los de nuestra línea partieran.

Cuando los tleilaxu perdidos volvieron de la Dispersión, sus hermanastros los aceptaron solo a medias, y les permitieron regresar al amparo de los de su raza como ciudadanos de segunda. No era justo. Pero él y sus compañeros extranjeros, todos ellos hijos pródigos de acuerdo con los tleilaxu originales, aceptaron los comentarios despectivos, recordando una importante cita del catecismo de la Gran Creencia: «Solo aquellos que están realmente perdidos pueden tener la esperanza de encontrar algún día el camino. No confiéis en vuestros mapas, sino en la guía de Dios».

Conforme el tiempo pasaba, los ancianos que habían regresado descubrieron que no eran ellos los que estaban perdidos, sino los maestros originales, que se habían desviado de la Gran Creencia. Los tleilaxu perdidos, forjados bajo los rigores de la Dispersión, habían mantenido la pureza de las órdenes de Dios, mientras que aquellos herejes estaban completamente engañados. Y, con el tiempo, comprendieron que tendrían que reeducar a sus hermanos descarriados o quitarlos de en medio. Se lo habían dicho muchas veces, y por tanto Uxtal entendía que los tleilaxu perdidos eran muy superiores.

Sin embargo, los maestros originales eran personajes recelosos y nunca habían confiado en extranjeros, ni siquiera los de su propia raza. Aunque en este caso, su actitud paranoica no estaba del todo desencaminada: los tleilaxu perdidos estaban compinchados con las Honoradas Matres y utilizaron a aquellas terribles mujeres para reinstaurar la Gran Creencia entre sus complacientes hermanastros.

Las ramera eliminaron los mundos tleilaxu originales, destruyendo con ellos a los últimos verdaderos maestros... una reacción mucho más extrema de lo que Uxtal esperaba. La victoria podía haber sido mucho más simple.

Sin embargo, durante la reunión, Khroné y sus compañeros no estaban actuando como se esperaba. En la cámara con paredes de láminas de cobre, Uxtal detectaba sutiles cambios en su comportamiento, y vio preocupación en el rostro del anciano Burah.

—Nuestras prioridades son distintas de las vuestras —dijo Khroné directamente.

Uxtal contuvo una exclamación. Burah estaba tan disgustado que su expresión grisácea se volvió de un tono amoratado.

—¿Prioridades diferentes? ¿Cómo es posible que otras órdenes sustituyan las que doy yo, un anciano tleilaxu? —Y rio, con un sonido que era como rascar una teja con metal—. ¡Oh, ahora me acuerdo de esa absurda historia! ¿Os referís a vuestros misteriosos anciano y anciana que se comunican con vosotros desde lejos?

—Sí —dijo Khroné—. De acuerdo con sus proyecciones, la no-nave fugitiva transporta algo o a alguien de suprema importancia para ellos. Debemos encontrarla, capturarla y entregársela.

A Uxtal aquello le resultaba tan incomprensible que tuvo que hablar.

—¿Un anciano y una anciana? —Nadie le explicaba nunca nada.

Burah miró a su ayudante con tono desdeñoso.

—Alucinaciones de los Danzarines Rostro.

Khrone miró al anciano como si fuera un gusano.

—Sus proyecciones son infalibles. A bordo de la no-nave está o estará el elemento necesario para decidir la batalla del fin del universo.

Y eso tiene preferencia sobre vuestra necesidad de una fuente adecuada de especia.

—Pero... ¿cómo saben eso? —preguntó Uxtal, sorprendiéndose a sí mismo por haber reunido el valor para hablar—. ¿Es una profecía? —Trató de imaginar un código numérico que pudiera aplicar a aquella situación, un código oculto en las sagradas escrituras.

Burah le habló con brusquedad.

—Profecía, presciencia o alguna otra suerte de extraña proyección matemática... ¡no es importante!

Khrone se puso en pie y pareció volverse más alto.

—Al contrario, vosotros no sois importantes. —Se volvió hacia sus compañeros, mientras el anciano permanecía en su sitio, mudo de disgusto—. Debemos poner nuestra mente y nuestros esfuerzos en descubrir dónde ha ido esa nave. Los nuestros están por todas partes, pero ya han pasado tres años y la pista se ha enfriado.

Los otros siete cambiadores de forma asintieron, hablando entre ellos en una especie de murmullo rápido que sonaba como el zumbido de un insecto.

—Los encontraremos.

—No pueden escapar.

—La red de taquiones llega muy lejos y se cierra.

—La no-nave será encontrada.

—¡No tenéis mi permiso para esa búsqueda absurda! —gritó Burah. Uxtal estuvo a punto de exclamar algo en señal de apoyo—. Acataréis mis órdenes. Os dije que hicierais un barrido por los planetas tleilaxu conquistados, que investigarais los laboratorios de los maestros y aprendierais sus métodos para crear especia con los tanques axlotl. No solo la necesitamos para nosotros, también es un producto que no tiene precio y podemos utilizarlo para romper el monopolio de las Bene Gesserit y reclamar la capacidad comercial que nos corresponde. —Dio su discurso, como si esperara que los Danzarines Rostro se pusieran en pie y lo ovacionaran.

—No —dijo Khrone con gran énfasis—. No es esa nuestra intención.

Uxtal estaba horrorizado. A él jamás se le habría pasado por la imaginación desafiar a un anciano, y ¡aquella cosa no era más que un Danzarín Rostro! Se encogió contra la pared de cobre, deseando poder fundirse en ella. No era así como tendrían que haber ido las cosas.

Burah se movía en su asiento, furioso y confuso.

—Nosotros creamos a los Danzarines Rostro y vais a seguir mis órdenes. —Suspiró y se puso en pie—. Ni siquiera sé por qué me he molestado en dialogar con

vosotros.

Como si el grupo entero compartiera una misma mente, los Danzarines Rostro se pusieron en pie a la vez. Desde la posición que ocupaban en la mesa, bloqueaban la salida al anciano. El hombre volvió a sentarse con aire nervioso.

—¿Estás seguro de que vosotros, los tleilaxu perdidos, nos creasteis... o simplemente nos encontrasteis en la Dispersión? Es cierto, en las sombras lejanas del pasado, un maestro tleilaxu fue el responsable de la creación de nuestra especie. Hizo ciertas modificaciones y nos envió a los confines del universo poco antes del nacimiento de Paul Muad'Dib. Pero hemos evolucionado.

Como si un velo se hubiera retirado simultáneamente de delante de sus rostros, Khrone y sus compañeros se emborronaron y cambiaron. Sus indefinidos rasgos humanos se deshicieron y volvieron a su estado inexpresivo, un conjunto de facciones afables y sin embargo inquietantemente inhumanas: ojos como botones negros y hundidos, narices chatas, bocas flácidas. La piel era clara y maleable, el pelo vestigial blanco y tieso. Con ayuda de un mapa genético, podían dar a sus músculos y su epidermis la forma que quisieran para imitar a los humanos.

—Ya no es necesario perpetuar la ilusión —anunció Khrone—. Esto se ha convertido en una pérdida de tiempo.

Uxtal y el anciano Burah los miraban.

—Hace tiempo —siguió diciendo Khrone—, los maestros tleilaxu originales crearon la génesis de lo que somos ahora. Tú, anciano Burah, y tus compañeros no sois más que copias desvaídas. Un recuerdo diluido de la antigua grandeza de vuestra raza. Nos ofende que os consideréis nuestros amos.

Tres de los Danzarines Rostro se acercaron al asiento del anciano. Uno se situó por detrás y los otros dos a lado y lado. A cada momento que pasaba, el anciano parecía más asustado.

Uxtal sentía que se iba a desmayar. Apenas se atrevía a respirar, quería huir, pero sabía que había muchos más Danzarines Rostro a bordo aparte de aquellos ocho. No podría escapar con vida.

—¡Basta! ¡Os lo ordeno! —Burah trató de ponerse de pie, pero los dos Danzarines Rostro que tenía a los lados le obligaron a permanecer sentado sujetándolo por los hombros.

—No me extraña que os llamen «perdidos». Los maestros de la Dispersión siempre habéis estado ciegos.

Desde detrás, el tercer Danzarín Rostro cubrió los ojos de Burah con las dos manos y apretó, hundiendo los dos índices en su cerebro como un tornillo de banco. El anciano chilló. Sus globos oculares estallaron, y la sangre y los fluidos rezumaron por sus mejillas.

Khrone profirió una risa blanda y artificial.

—Quizá tus compañeros tleilaxu podrían crear anticuados ojos metálicos para ti. ¿O también habéis perdido la tecnología para hacer eso?

Los gritos de Burah se acabaron de golpe, cuando el Danzarín Rostro giró su cabeza hacia el lado y le partió el cuello. En unos instantes, el cambiador de forma adoptó una profunda imprimación; su cuerpo cambió, se encogió y adquirió las facciones de duende del anciano muerto. Cuando la transición estuvo completa, flexionó sus pequeños dedos y le sonrió al cuerpo ensangrentado e idéntico que yacía en el suelo.

—Otro reemplazado —dijo el Danzarín Rostro.

¿Otro? Uxtal se quedó helado, trató de no gritar. Cuánto le habría gustado volverse invisible.

Los cambiadores de forma se volvieron a mirar al ayudante. Uxtal, que lo más que consiguió fue encogerse, levantó las manos en un gesto de rendición, aunque dudaba que eso sirviera de nada. Le matarían y lo reemplazarían también. Y nadie lo sabría. Un gemido contenido escapó de su garganta.

—No seguiremos actuando como si fuerais nuestros amos —le dijo Khroné.

Los Danzarines Rostro se apartaron del cuerpo de Burah. La copia se inclinó y se limpió los dedos ensangrentados en las ropas del anciano.

—Sin embargo, para llevar a cabo nuestro plan necesitamos ciertos procedimientos tleilaxu, y por tanto conservaremos parte del stock genético original... si cumples los requisitos. —Khroné se acercó mucho a Uxtal y lo miró con dureza—. ¿Comprendes cuál es la jerarquía? ¿Sabes ahora quién es el verdadero amo?

Uxtal solo consiguió proferir un gemido ronco.

—S-sí, por supuesto.

¡Tres años vagando en esta nave! Sin duda nuestra gente sabe lo que significa la búsqueda de la tierra prometida. Aguantaremos, como siempre hemos hecho. Seremos pacientes, como siempre hemos hecho.
Y aun así, la voz de la duda que llevo en mi interior pregunta: «¿Sabe alguien adónde vamos?».

EL RABINO, discurso a sus seguidores a bordo de la no-nave

Los pasajeros judíos tenían toda la libertad que podían desear en la nave gigante, pero Sheeana sabía que todas las cárceles tienen sus barrotes, todos los campos de concentración tienen sus cercas.

La única Reverenda Madre que había entre los refugiados judíos, una mujer llamada Rebecca, sondeaba sus propios límites, con curiosidad, diligencia, discreción. A Sheeana siempre la había intrigado: una agreste Reverenda Madre, una mujer que había pasado por la Agonía sin la ventaja del adiestramiento de una Bene Gesserit. La sola idea la asombraba, pero a lo largo de la historia podían encontrarse anomalías similares. Sheeana la acompañaba con frecuencia en sus paseos contemplativos, que eran más un viaje de la mente que un esfuerzo por llegar a una sala o una cubierta determinada.

—¿Vamos a limitarnos a caminar en círculos otra vez? —se quejó el rabino detrás de ella. Antes de emprender ninguna actividad, aquel hombre, que antaño fuera un doctor suk, siempre tenía que buscarle un sentido—. ¿Por qué malgastar mi tiempo en empresas fútiles cuando podría estar estudiando la palabra de Dios?

El rabino actuaba como si le estuvieran obligando a caminar con ellas. Como hombre, para él el estudio de la Torá era algo válido por sí mismo, pero Sheeana sabía que las mujeres debían estudiarla para conocer las aplicaciones prácticas de su ley. Rebecca había ido mucho más allá de ambas cosas.

—La vida en sí ya es un viaje. La vida nos obliga a ir a su paso, tanto si decidimos sentarnos como si decidimos correr —dijo Sheeana.

Él frunció el ceño y miró a Rebecca buscando su apoyo, pero no lo encontró.

—No me vengas con vuestros tópicos Bene Gesserit —dijo—. El misticismo judío es mucho más antiguo que nada que las brujas hayáis podido desarrollar.

—¿Preferiría que cite la Cábala? Muchas de las otras vidas que llevo dentro han estudiado la Cábala extensamente, incluso si técnicamente no se les permitía. El misticismo judío es fascinante.

El rabino parecía perplejo, como si le hubiera robado algo. Se subió las lentes sobre la nariz y se acercó más a Rebecca, tratando de dejar a Sheeana aparte.

Cada vez que el anciano las acompañaba, sus conversaciones se convertían en un enfrentamiento entre Sheeana y él. El hombre insistía en apoyarse en la erudición, y no quería saber nada de los conocimientos que Sheeana pudiera tener a través de la

miríada de Otras Memorias. Hacía que se sintiera prácticamente invisible. A pesar de su posición en la no-nave, el rabino no la consideraba una figura relevante para sus judíos, y Rebecca hacía bien en mantener su postura.

En aquellos momentos bajaban por los pasillos curvados, yendo de una cubierta a otra. Rebecca abría la marcha. Se había sujetado sus largos cabellos en una trenza salpicada con tantas canas que era como madera seca, y vestía con su hábito de siempre, amplio y marrón.

El rabino caminaba a su lado, muy cerca, tratando de dejar a Sheeana atrás. A Sheeana le parecía divertido.

El hombre no desaprovechaba nunca la ocasión de aleccionar a Rebecca cuando sus pensamientos se alejaban de los estrechos confines de lo que él consideraba un comportamiento apropiado. La reprendía con frecuencia, recordándole que a sus ojos estaba irreparablemente sucia por lo que las Bene Gesserit le habían hecho.

A pesar del desprecio y la preocupación del anciano, Rebecca siempre tendría la gratitud de la Hermandad.

Años atrás, los judíos secretos habían hecho un pacto con las Bene Gesserit para protegerse mutuamente. La Hermandad les había ofrecido asilo en determinados momentos de la historia, les ocultaba y protegía de los pogromos y los prejuicios cuando las violentas oleadas de intolerancia volvían a golpear a los hijos de Israel. A cambio, los judíos se habían visto obligados a proteger a las hermanas Bene Gesserit de las Honoradas Matres.

Cuando aquellas feroces ramera llegaron a Lampadas, el mundo biblioteca de la Hermandad, con intención de destruirlo, las Bene Gesserit compartieron. Millones de vidas se vertieron en miles de mentes, y estas miles destilaron en cientos y estas cientos convergieron en una Reverenda Madre, Lucilla, que escapó con todo aquel saber irremplazable.

Lucilla solicitó asilo a los judíos ocultos, cuando huyó de Gammu, pero las Honoradas Matres iban tras ella. La única forma de conservar todo lo que llevaba en su mente fue compartir con un receptor inesperado —la agreste reverenda madre Rebecca— y ofrecerse luego para el sacrificio.

De modo que Rebecca había aceptado todos aquellos pensamientos desesperados y vociferantes en su cabeza, y los conservó incluso cuando las Honoradas Matres asesinaron a Lucilla. Finalmente, entregó su precioso tesoro a las Bene Gesserit, que aceptaron el saber rescatado de Lampadas y lo distribuyeron ampliamente entre las mujeres de Casa Capitular. Así pues, los judíos habían cumplido con aquel antiguo compromiso.

Una deuda es una deuda, pensó Sheeana. El honor es el honor. La verdad es la verdad.

Pero sabía que la experiencia había cambiado a Rebecca para siempre. ¿Cómo habría podido ser de otro modo, después de vivir las vidas de millones de Bene Gesserit..., millones con diferentes pensamientos, que habían experimentado cosas

increíbles, que aceptaban comportamientos y opiniones que eran anatema para el rabino? No era de extrañar que ella y Rebecca le asustaran, le intimidaran. En cuanto a Rebecca, aunque había compartido los recuerdos con otras, seguía llevando consigo las cadenas caleidoscópicas de todas aquellas vidas que se remontaban a miles de pasados. ¿Cómo podía esperar nadie que dejara aquello a un lado y volviera a sus conocimientos aprendidos? Había perdido la inocencia. Incluso el rabino tenía que entenderlo.

El anciano había sido el profesor y mentor de Rebecca. Antes de lo de Lampadas, discutía con él sus ideas, aguzando ingenio e intelecto, pero jamás habría puesto en duda sus enseñanzas. A Sheeana le daba pena pensar en lo que aquella mujer había perdido. Porque ahora Rebecca debía de ver enormes lagunas incluso en los conocimientos del rabino. Y descubrir que tu mentor sabe bien poco es terrible. La visión que el anciano tenía del universo apenas abarcaba la punta del iceberg. En cierta ocasión, Rebecca le había confesado a Sheeana que añoraba la relación inocente que había tenido con el anciano, pero que nunca podría recuperarla.

El rabino llevaba una kipá blanca sobre su cabeza medio calva, y caminaba junto a Rebecca con paso enérgico. Sus oscuras ropas de viaje colgaban sueltas sobre su figura menuda, pero se negaba a hacer que se las arreglaran o a pedir ropa nueva. En los últimos años, su barba entrecana cada vez se veía más clara, en contraste con su piel curtida, pero seguía estando muy sano.

Aunque sus enfrentamientos verbales no parecían molestar a Rebecca, Sheeana había aprendido a no presionar al rabino más allá de cierto punto. Cuando veía que estaba a punto de perder un debate, el anciano citaba con vehemencia algún versículo de la Tora, tanto si comprendía los diferentes niveles de su significado como si no, y entonces se alejaba con un fingido aire de triunfo.

Los tres siguieron bajando una cubierta tras otra, hasta que llegaron a los niveles de los calabozos. Aquella nave robada había sido construida por gente llegada de la Dispersión, pilotada por Honoradas Matres, seguramente con la ayuda de la voluble Cofradía.

Y toda nave importante, incluso en los tiempos de los barcos de los mares de la casi olvidada Tierra, tenía sus celdas de seguridad para retener a los rebeldes. Cuando vio dónde les había llevado Rebecca, el rabino pareció nervioso.

Desde luego, Sheeana sabía lo que había en las celdas. Futar ¿Con cuánta frecuencia visitaría Rebecca a aquellas criaturas? Medio bestias. ¿Habrían utilizado las rameras las celdas como cámaras de tortura, como la Bastilla de la antigüedad? ¿Hubo prisioneros peligrosos en aquella nave?

Peligrosos. No podía haber nadie más peligroso que aquellos cuatro futar: hombres-bestia creados a la sombra de la Dispersión, híbridos musculosos tan cercanos al animal como lo estaban al hombre. Eran cazadores natos, con pelo tieso, largos colmillos y garras afiladas, animales criados para seguir un rastro y matar.

—¿Por qué hemos bajado hasta aquí, hija? ¿Qué quieres de estos... de estos seres inhumanos?

—Yo siempre busco respuestas, rabino.

—Un empeño honorable —dijo Sheeana desde atrás.

El hombre se dio la vuelta y le espetó:

—Hay respuestas que jamás tendrían que conocerse.

—Y las hay que nos ayudan a protegernos de lo desconocido —dijo Rebecca, pero por su voz se notaba que sabía que no podría convencerle.

Rebecca y Sheeana se detuvieron ante la pared transparente de una de las celdas, y el rabino permaneció un paso por detrás. A Sheeana los futar le intrigaban y le desagradaban. Estaban encerrados, y a pesar de ello conservaban el físico musculoso, y no dejaban de andar arriba y abajo, como si acecharan. Se movían por la celda sin un objetivo, separados por las paredes, andando en círculo desde la pared hasta la puerta de plaz y de vuelta a la pared, comprobando y volviendo a comprobar aquellas barreras.

Los predadores son optimistas, comprendió Sheeana. *Han de serlo*. Intuía en ellos la energía contenida, sus necesidades primitivas. Los futar anhelaban poder correr por un bosque, seguirle el rastro a una presa y hundir garras y dientes en aquella carne que no ofrecía resistencia.

Durante la batalla de Gammu, los refugiados judíos acudieron a las Bene Gesserit, exigiendo la protección que les garantizaba su antiguo pacto. Y esto coincidió con la llegada de cuatro futar huidos, que subieron a bordo solicitando que les llevaran con los «adiestradores». Los predadores medio humanos quedaron confinados en la no-nave mientras las Bene Gesserit decidían qué hacer con ellos. Y cuando la no-nave partió hacia la nada, Sheeana y Duncan se llevaron a todo el mundo con ellos.

Intuyendo la presencia de visitantes, uno de los futar corrió hacia la pared de plaz de su celda. Se pegó contra ella, con el vello de su cuerpo erizado y los ojos verde oliva llenos de fuego e interés.

—¿Vosotros adiestradores? —El futar suspiró, pero la barrera de plaz era impenetrable. Visiblemente decepcionado, dejó caer los hombros y se alejó con desprecio—. Vosotros no adiestradores.

—Aquí abajo huele mal, hija. —Al rabino le temblaba la voz—. Debe de haber algo mal en los conductos de ventilación. —Sheeana no notaba nada raro en el aire.

Rebecca lo miró de soslayo, con una expresión desafiante en su rostro chupado.

—¿Por qué los odia tanto, rabino? No pueden evitar lo que son. —¿Estaría hablando también de sí misma?

La respuesta del hombre fue simplista.

—No son criaturas de Dios. Ki-layim. La Tora prohíbe explícitamente el cruce de especies. Ni siquiera se permite que dos animales diferentes aren un campo juntos

bajo el mismo yugo. Los futar son... están mal en muchos sentidos. —El rabino frunció el ceño—. Ya deberías saberlo, hija.

Los cuatro futar continuaron moviéndose inquietos. Rebecca no sabía cómo ayudarles. En algún lugar de la Dispersión, los adiestradores habían creado la raza de los futar con el propósito expreso de que atraparan y mataran a Honoradas Matres, quienes a su vez capturaron y torturaron a algunos de ellos. En cuanto vieron una oportunidad de huir de Gammu, aquellos hombres-bestia escaparon.

—¿Por qué necesitáis tanto a los adiestradores? —le dijo Sheeana al futar, sin saber muy bien si entendería la pregunta.

Con un movimiento sinuoso, el hombre-bestia levantó la cabeza bruscamente y se acercó.

—Necesita adiestradores.

Sheeana se inclinó para mirarlo más de cerca y en sus ojos vio violencia. Pero, junto con la ansiedad, detectó también el brillo de la inteligencia.

—¿Para qué necesitáis a los adiestradores? ¿Son vuestros amos? ¿O hay algún otro vínculo entre vosotros?

—Necesita adiestradores. ¿Dónde adiestradores?

El rabino meneó la cabeza, ignorando una vez más a Sheeana.

—¿Lo ves, hija? Los animales no comprenden la libertad. Solo entienden lo que se les ha inculcado desde pequeños.

Aferró el brazo delgado de Rebecca, haciendo ver que se apoyaba en ella para llevársela fuera de allí. En las maneras de aquel anciano Sheeana intuía una gran repugnancia, como el calor que desprenden las llamas en un horno.

—Estos híbridos son abominaciones —dijo en voz baja, y en su tono había también algo de gruñido animal.

Por un instante Rebecca cruzó una mirada de connivencia con Sheeana, y entonces dijo:

—He visto abominaciones peores, rabino. —Cualquier Reverenda Madre lo habría entendido.

Cuando se dieron la vuelta para marcharse, Sheeana vio con sorpresa que Garimi salía algo acalorada del ascensor y se acercaba apresuradamente con la gracia y la discreción de las Bene Gesserit.

Se la veía pálida y trastornada.

—¿Abominaciones peores? Acabamos de encontrar una. Algo que las ramerareras dejaron para nosotras.

Sheeana sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—¿Qué es?

—Una antigua cámara de tortura. Duncan la descubrió. Y solicita tu presencia.

Entregamos el cuerpo de nuestra hermana al descanso, aunque su mente y sus recuerdos jamás callarán. Ni siquiera la muerte puede apartar a una Reverenda Madre de su misión.

Ceremonia en memoria de las Bene Gesserit

Como comandante veterano en el campo de batalla, el bashar Miles Teg había asistido a más funerales de los que habría querido.

Sin embargo, aquella ceremonia le resultaba extraña y poco familiar, una ceremonia en reconocimiento al sufrimiento pasado de sus hermanas que las Bene Gesserit se negaban a olvidar.

El pasaje al completo se reunió con solemnidad en la cubierta principal, cerca de una de las pequeñas cámaras de despresurización de carga. Aunque era una sala grande, los ciento cincuenta asistentes se apiñaban contra las paredes para mirar. Sheeana, Garimi y las otras dos Reverendas Madres, Elyen y Calissa, estaban en una plataforma elevada en el centro de la sala. Cerca de la trampilla de la cámara de despresurización, con sudarios negros, estaban los cinco cuerpos recuperados en la cámara de tortura de las Honoradas Matres.

Duncan estaba junto a Sheeana, no muy lejos de Teg, y había dejado el puente de navegación para asistir al funeral. Aunque oficialmente era el capitán de la no-nave, las Bene Gesserit jamás habrían dejado que un simple hombre —ni siquiera un ghola con cien vidas— mandara sobre ellas.

Desde que salieron de aquel universo extrañamente distorsionado, Duncan no había vuelto a utilizar los motores Holtzman ni había cambiado de rumbo. Sin una guía, cada salto por el tejido del espacio conllevaba un riesgo considerable, de modo que en aquellos momentos la no-nave estaba suspendida en el espacio sin unas coordenadas concretas. Duncan podía haber trazado mapas de los sistemas estelares más cercanos con las proyecciones de largo alcance y haber localizado planetas para explorar, y sin embargo dejó que la nave fuera a la deriva.

En los tres años que habían pasado en el otro universo, no habían encontrado ni rastro del anciano y la anciana, ni de la red que Duncan seguía insistiendo en que les buscaba. Teg, aunque no dejaba de creer en los miedos de aquel hombre sobre unos misteriosos perseguidores que solo él veía, también deseaba un final para aquella odisea, o al menos un objetivo.

Garimi observaba los cadáveres momificados, con un mohín severo en la boca.

—¿Veis? Hicimos bien en dejar Casa Capitular. ¿Acaso necesitamos más pruebas de que brujas y ramerías no deben mezclarse?

Sheeana levantó la voz, dirigiéndose a toda la concurrencia.

—Durante tres años, hemos llevado con nosotros los cuerpos de nuestras hermanas caídas sin saberlo. Tres años durante los que no han podido encontrar el

reposo. Estas Reverendas Madres murieron sin Compartir, sin agregar sus recuerdos a los de las Otras Memorias. Solo podemos imaginar la terrible agonía que pasaron antes de que las rameras las mataran.

—Lo que sí sabemos es que se negaron a revelar la información que tenían — declaró Garimi—. Casa Capitular permaneció intacta y nuestro saber siguió a salvo, hasta la alianza impía de Murbella.

Teg asintió para sus adentros. Cuando las Honoradas Matres volvieron al Imperio Antiguo, exigieron a las Bene Gesserit el secreto para manipular la bioquímica del cuerpo, supuestamente para evitar nuevas epidemias como las que el Enemigo había acarreado sobre ellas. Todas las hermanas se negaron. Y murieron por ello.

Nadie conocía los orígenes de las Honoradas Matres. Después de los tiempos de la Hambruna, en el algún lugar en los confines de la Dispersión, es posible que algunas Reverendas Madres indómitas entraran en contacto con los reductos de las Habladoras Pez de Leto II. Y sin embargo esta fusión no explicaba la violencia vengativa que llevaban en sus genes. Las rameras destruyeron planetas enteros en su ira por el rechazo de las Bene Gesserit y luego de los antiguos tleilaxu. Teg sabía que en la pasada década muchas Reverendas Madres habrían muerto en muchas cámaras de tortura.

El viejo Bashar había experimentado en carne propia los interrogatorios de las Honoradas Matres y sus horripilantes aparatos de tortura en Gammu. Ni siquiera un endurecido comandante podía soportar la terrible agonía de sus sondas T, y la experiencia le había afectado muy profundamente, aunque no en el sentido que ellas esperaban...

Durante la ceremonia, Sheeana llamó a cada víctima por su nombre, gracias a las identificaciones que había encontrado en sus hábitos, luego cerró los ojos y bajó la cabeza, al igual que el resto de los presentes. Entre las Bene Gesserit aquel momento de silencio era el equivalente a rezar, y para sus adentros cada hermana ofrecía una bendición por las almas que habían partido.

A continuación, Sheeana y Garimi condujeron uno de los cuerpos a la cámara de despresurización. Se apartaron de la pequeña cámara y dejaron que Elyen y Calissa introdujeran otro de los cadáveres. Sheeana no había querido que Duncan o Teg intervinieran.

—Este recordatorio de la crueldad de las rameras es una carga para nosotros.

Cuando todos los cuerpos estuvieron en el interior de la cámara, Sheeana selló la puerta exterior e inició el ciclo.

Todos permanecieron en silencio, escuchando el susurro del aire al escaparse. Finalmente, la compuerta exterior se abrió y los cinco cuerpos salieron flotando junto con los jirones de atmósfera. Flotando sin un destino concreto... como todos los que viajaban en el *Ítaca*. Como si fueran satélites, los cadáveres acompañaron a la nave errante por un rato y poco a poco se fueron separando, hasta que los bultos negros se volvieron invisibles contra la noche del espacio.

Duncan Idaho miraba por el cristal panorámico en dirección a aquellas figuras. Teg veía que el descubrimiento de los cadáveres y la cámara de tortura le había afectado. De pronto, Duncan se puso rígido y se acercó más al plaz, aunque el joven Bashar no veía nada en el vacío salvo estrellas lejanas.

Teg le conocía mejor que ninguno de los que viajaban a bordo.

—Duncan, ¿qué pasa...?

—¡La red! ¿Es que no la ves? —Se giró—. La red que han arrojado el anciano y la anciana. Nos han vuelto a encontrar... y no hay nadie en el puente de navegación. —Abriéndose paso entre las Bene Gesserit y la gente del rabino, Duncan corrió hacia la puerta de la cámara—. ¡Tengo que activar los motores Holtzman y saltar por el tejido espacial antes de que nos rodeen!

Gracias a una sensibilidad especial —debida quizá a unos caracteres genéticos que los tleilaxu habían implantado secretamente en su cuerpo ghola—, solo Duncan podía ver a través de la gasa del tejido del universo. Y ahora, después de tres años, la red de la pareja de ancianos había vuelto a encontrarles.

Teg corrió tras él, pero sabía que el ascensor sería demasiado lento. También sabía que, en medio de aquel caos y confusión repentinos, podría hacer algo que en otras circunstancias le habría asustado. Dejando atrás a la multitud que había acudido a la ceremonia y pasando de largo ante el ascensor, Teg corrió hacia un pasillo vacío. Allí, fuera de la vista de miradas curiosas, Miles Teg se «aceleró».

Nadie conocía esta capacidad suya, aunque quizá los rumores sobre las cosas imposibles que el Bashar había logrado habían levantado sospechas. Cuando las Honoradas Matres le estaban torturando, Teg había descubierto la capacidad de hipercargar su metabolismo y moverse a velocidades increíbles. De alguna forma, la terrible agonía de la sonda T ixiana había liberado aquel don inesperado de los genes Atreides que Teg llevaba dentro. Cuando su cuerpo se aceleraba, el universo parecía ralentizarse, y podía moverse con tal rapidez que un simple toque bastaba para matar a sus captosres. De esta forma había matado a cientos de Honoradas Matres y sus sirvientes en una de sus plazas fuertes en Gammu. Su nuevo cuerpo ghola conservaba aquel don.

En aquellos momentos, Teg corría por el pasillo desierto, sintiendo el calor de su metabolismo, el aire que arañaba su rostro. Subió por las traviesas de las escaleras de acceso, mucho más deprisa que el ascensor.

Teg no sabía si podría seguir ocultando aquel don mucho más, pero tenía que hacerlo. En el pasado, el miedo había hecho que la Hermandad se mostrara poco tolerante con los varones que tenían capacidades especiales, y Teg estaba seguro de que ellas eran las responsables del asesinato de muchas de aquellas «abominaciones masculinas». Tenían tanto miedo de que apareciera un nuevo kwisatz haderach que preferían desaprovechar las ventajas potenciales.

Aquello le recordaba al odio por las máquinas perversas, que hizo que después de la Yihad Butleriana la humanidad renunciara a cualquier tipo de tecnología

informatizada. Conocía aquel viejo cliché del bebé al que se tira por el retrete, y temía que, si la Hermandad descubría que era especial, le esperara un destino parecido.

Teg entró a toda prisa en el puente de navegación y corrió a los controles. Miró al espacio por la amplia cristalera de plaz. Todo parecía tranquilo, pacífico. Aunque no vio la mortífera red que se cerraba en torno a ellos, no cuestionaba las capacidades de Duncan.

Moviendo los dedos con celeridad sobre los controles, Teg activó los inmensos motores Holtzman e introdujo un rumbo al azar, sin ayuda de Duncan, ni la de un navegante. ¿Acaso tenía elección? Solo esperaba no arrojar el *Ítaca* contra una estrella o un planeta caprichoso. Pero, por muy terrible que fuera aquella posibilidad, era preferible a dejar que el anciano y la anciana los atraparan.

El espacio se plegó, y la no-nave se evaporó y apareció en otro lugar, muy lejos de los hilos de la tela que había empezado a rodearlos, muy lejos de los cuerpos de las cinco Bene Gesserit torturadas que habían quedado flotando en el espacio.

Finalmente Teg se permitió relajarse y redujo su metabolismo a una velocidad normal. Un calor infernal brotaba de su cuerpo y el sudor caía abundantemente de su cabeza y su rostro. Se sentía como si acabara de consumir un año de su vida. Y de pronto sintió un hambre feroz. Temblando, se dejó caer hacia atrás. Tendría que consumir enseguida calorías suficientes para compensar la enorme cantidad de energía que acababa de gastar, principalmente carbohidratos, junto con una dosis curativa de melange.

La puerta del ascensor se abrió y Duncan Idaho corrió hacia el puente. Al ver a Teg en los controles se detuvo y miró por el plaz panorámico, y vio con perplejidad que estaban en un nuevo sistema estelar.

—La red ya no está. —Volvió sus ojos inquisitivos hacia Teg, jadeando—. Miles ¿cómo has llegado hasta aquí? ¿Qué ha pasado?

—He plegado el espacio... gracias a tu advertencia. Corrí hacia un ascensor diferente. Debe de ser más rápido que el que tomaste tú. —Se limpió el sudor de la frente. Al ver la expresión escéptica de Duncan, el Bashar trató de pensar una forma de distraerle—. ¿Hemos escapado de la red?

Duncan miró al vacío del exterior.

—Esto no va bien, Miles. En cuanto hemos vuelto al espacio normal, nuestros perseguidores han encontrado el rastro enseguida.

¿Puede haber algo más terrorífico que asomarse al futuro y ver solo un vacío yermo? La extinción, no solo de tu vida, sino de todo lo que tus antepasados han logrado. Si nosotros los tleilaxu caemos en el abismo de la nada ¿quedará en nada la larga historia de nuestra raza?

MAESTRO TLEILAXU SCYTALE, *Saber para mi sucesor*

Después del funeral espacial y la emergencia de la red invisible, el último de los maestros tleilaxu originales estaba sentado en su celda, contemplando su propia mortalidad.

Scytale ya llevaba atrapado en la no-nave más de una década antes de que Duncan y Sheeana escaparan de Casa Capitular. Ya no era simplemente un cautivo al que protegían de las Honoradas Matres. La nave había saltado a... no sabía a dónde.

Por supuesto, las rameras que se instalaron en Casa Capitular le habrían matado en cuanto hubieran sabido de su existencia. Tanto él como Duncan Idaho eran hombres muertos. Al menos allí afuera, Scytale estaba a salvo de Murbella y sus sirvientes. Pero había otras amenazas.

Mientras estuvo en Casa Capitular, le habían tenido en cámaras interiores para que no viera el exterior. Por tanto, las brujas podían haber modificado fácilmente los ciclos diurnos y haber creado un insidioso engaño para desorientar a su reloj corporal. Podían haber hecho que olvidara los días de guardar y que juzgara equivocadamente el paso del tiempo, por mucho que de boquilla comulgaran con la Gran Creencia tleilaxu y dijeran compartir las verdades sagradas del Islamiyat.

Scytale pegó sus piernas delgadas al pecho y las rodeó con los brazos. No importaba. Aunque ahora se le permitía moverse por una zona mucho más amplia de la nave, su encarcelamiento se había convertido en una sucesión insoportable de días y años, independientemente de la forma en que los dividieran.

Y lo espacioso de sus austeros alojamientos y las zonas de confinamiento no podían hacerle olvidar que seguía estando encarcelado. A Scytale solo se le permitía abandonar aquella cubierta bajo una estricta vigilancia. Después de tanto tiempo ¿qué pensaban que iba a hacer? Si el *Ítaca* seguía vagando tarde o temprano tendrían que bajar las barreras. Y, aun así, el tleilaxu prefería permanecer al margen del resto del pasaje.

Hacía mucho tiempo que nadie hablaba con él. ¡Sucio tleilaxu! Seguramente tenían miedo de su tara. O quizá es solo que les gustaba aislarle. Nadie le explicaba los planes que tenían, nadie le decía adónde iba aquella inmensa nave.

La bruja Sheeana sabía que les estaba ocultando algo. A ella no podía engañarla... no era bueno. Al inicio del viaje, el maestro tleilaxu había revelado a regañadientes el secreto para crear especia en los tanques axlotl. Los suministros de melange de la nave eran claramente insuficientes para la gente que viajaba a bordo, y

él les había dado una solución. Aquella revelación inicial —una de sus mejores cartas para negociar— también le beneficiaba a él, porque temía al síndrome de abstinencia de la especia. Así que regateó enérgicamente con Sheeana y finalmente consiguió el acceso a la base de datos de la biblioteca y confinamiento en una sección mucho más amplia de la no-nave.

Sheeana sabía que aún tenía al menos otro importante secreto, una información de vital importancia. ¡La bruja lo intuía! Pero nunca habían llevado a Scytale a los extremos necesarios para que revelara su secreto. Todavía no.

Por lo que sabía, él era el único de los maestros originales que quedaba. Los tleilaxu perdidos habían traicionado a su gente, se pusieron del lado de las Honoradas Matres, que destruyeron todos los mundos sagrados de los tleilaxu. Al huir de Tleilax, vio a las feroces ramerías lanzar su ataque contra la ciudad sagrada de Bandalong.

Solo de pensarlo los ojos se le llenaban de lágrimas.

¿Soy yo el Mahai, el Maestro de Maestros, por defecto?

Scytale había escapado de las Honoradas Matres y pidió asilo entre las Bene Gesserit de Casa Capitular. Ellas le protegieron, sí, pero no estaban dispuestas a negociar si él no les revelaba sus secretos sagrados. ¡Todos! En un primer momento, la Hermandad quiso tanques axlotl para crear sus propios gholas, y él tuvo que darles la información. Un año después de la destrucción de Rakis, crearon un ghola del bashar Miles Teg. Luego la Madre Superiora lo presionó para que descubriera cómo utilizar los tanques para fabricar melange, y él se negó, porque lo consideraba una concesión excesiva.

Por desgracia, Scytale guardó sus conocimientos especiales demasiado celosamente, y trató de conservar su ventaja demasiado tiempo. Y cuando decidió revelar el funcionamiento de los tanques axlotl las Bene Gesserit ya habían encontrado otra solución. Habían llevado al planeta pequeños gusanos de arena, y sin duda la melange acabaría por llegar. ¡Había sido un necio al negociar con ellas! ¡Al confiar en ellas! La baza que tenía se convirtió en algo inútil..., hasta que los pasajeros del *Ítaca* no necesitaron especia.

De todos los secretos que Scytale llevaba consigo, solo quedaba el más importante, y ni siquiera su apurada situación había sido bastante para que lo revelara. Hasta ahora.

Todo había cambiado. Todo.

Scytale bajó la vista a su plato de comida sin tocar. Comida powindah, comida impura de los extranjeros. Trataban de disfrazarla para que comiera, pero él sospechaba que cocinaban utilizando sustancias impuras. Aun así, no tenía elección. ¿Preferiría el profeta que muriera de hambre antes que tocar comida impura... sobre todo ahora que se había convertido en el último de los grandes maestros?

Él solo llevaba sobre sus hombros el futuro del que fuera un gran pueblo, el intrincado conocimiento del lenguaje de Dios. Su supervivencia era más vital que

nunca.

Recorrió el perímetro de sus cámaras privadas, midiendo los pasos de su encierro. El silencio pesaba sobre él como una losa.

Sabía exactamente lo que tenía que hacer. Y en el proceso ofrecería los últimos retazos que le quedaban de dignidad y sus conocimientos secretos; tenía que lograr las máximas ventajas posibles.

¡El tiempo se agotaba!

Le dio un vahído, notó que se le hacía un nudo en el estómago y se llevó la mano al abdomen. Se echó sobre el catre, tratando de ahuyentar el martilleo que sentía en la cabeza y los retortijones de la tripa. Podía sentir la muerte reptando por su interior. La degeneración corporal ya se había iniciado y en aquel mismo momento seguía propagándose por su organismo, los tejidos, las fibras musculares, los nervios.

Los maestros tleilaxu nunca se habían planteado una eventualidad como aquella. Scytale y los otros maestros habían sobrevivido a numerosas vidas en serie. Sus cuerpos morían, pero siempre volvían, y sus recuerdos despertaban en un ghola tras otro. Siempre había una nueva copia desarrollándose en un tanque, lista para cuando hiciera falta.

Como magos de la genética, los grandes tleilaxu creaban su propio camino yendo de un cuerpo físico al siguiente. Sus métodos se habían perpetuado durante tantos milenios que se dejaron llevar por la complacencia. Orgullosos y ciegos, no se plantearon adonde podía arrojarles el destino.

Y ahora los planetas tleilaxu habían sido invadidos, sus laboratorios habían sido saqueados, y los gholas de los maestros destruidos. No había ninguna reencarnación de Scytale esperándole. No tenía a donde ir.

Y se estaba muriendo.

Al crear los sucesivos gholas, los maestros tleilaxu no habían malgastado esfuerzos buscando la perfección. Para ellos eso era un gesto de arrogancia a los ojos de Dios, porque toda criatura humana debía ser imperfecta. Así pues, los gholas de los maestros habían ido acumulando numerosos errores genéticos, que con el tiempo resultaron en una vida más corta para cada cuerpo.

Scytale y sus compañeros maestros habían preferido pensar que la menor duración de las sucesivas encarnaciones no era relevante, porque siempre podían reaparecer en un cuerpo nuevo. ¿Qué importancia tenía una década o dos, mientras la cadena de gholas permaneciera intacta?

Por desgracia, ahora Scytale se enfrentaba a la tara fatal, solo. No había gholas suyos, ni tanques axlotl que pudiera utilizar para crearlos. Pero las brujas podían hacerlo...

No sabía cuánto tiempo le quedaba.

Scytale conocía demasiado bien sus procesos corporales, y le atormentaba aquella degeneración. Siendo optimistas, quizá aún le quedarían quince años. Hasta ahora, Scytale se había aferrado al último secreto que llevaba oculto en su cuerpo,

negándose a utilizarlo para negociar. Pero su resistencia ya había cedido. Era el último portador de los secretos de los tleilaxu, y no podía arriesgarse a seguir posponiéndolo. La supervivencia era más importante que los secretos.

Se llevó la mano al pecho, consciente de que, bajo la piel, llevaba implantada una cápsula nulentrópica que hasta la fecha nadie había detectado, un diminuto tesoro de células que los tleilaxu habían reunido por miles a lo largo de miles de años. Allí dentro tenía muestras secretas de figuras clave de la historia, tomadas de sus cadáveres: maestros tleilaxu, Danzarines Rostro... incluso Paul Muad'Dib, el duque Leto Atreides y Jessica, Chani, Stilgar, el tirano Leto II, Gurney Halleck, Thufir Hawat y otras figuras legendarias que se remontaban hasta Serena Butler y Xavier Harkonnen en la Yihad Butleriana.

Seguro que la Hermandad la querría. Concederle la libertad de movimiento por la nave sería una pequeña concesión comparada con la recompensa que él quería. *Mi propio gholá*. Continuidad.

Scytale tragó con dificultad, sintiendo los tentáculos de la muerte por dentro, y supo que no había vuelta atrás. *La supervivencia es más importante que los secretos*, repitió para sus adentros en la intimidad de su mente.

Mandó una señal pidiendo la presencia de Sheeana. Haría a las brujas una oferta que no podrían rehusar.

Llevamos nuestro grial en nuestra mente. Sujétalo con suavidad y reverencia si alguna vez aflora a tu conciencia.

MADRE SUPERIORA DARWI ODRADE

El aire olía a especia, basta, sin procesar, con el aroma acre de la mortífera Agua de Vida. El aroma del miedo y el triunfo, la Agonía que toda Reverenda Madre en potencia debe afrontar.

Por favor, pensó Murbella, que mi hija sobreviva a la prueba, como hice yo. No sabía a quién le estaba rezando.

Como madre comandante, tenía que demostrar fuerza y seguridad, independientemente de cómo se sintiera por dentro. Pero Rinya era una de las gemelas, una última y débil conexión con Duncan. Las pruebas habían demostrado que estaba cualificada, que tenía talento y que, a pesar de su juventud, estaba preparada. Rinya siempre había sido la más agresiva de las gemelas, siempre tenía un objetivo, siempre buscaba lo imposible. Quería convertirse en Reverenda Madre tan joven como cuando Sheeana lo hizo. ¡Con catorce años! Murbella admiraba a su hija por aquella fuerza, y temía por ella.

En un segundo plano, oía la voz profunda de Bellonda, Bene Gesserit, discutiendo acaloradamente con su homóloga, la honorada madre Doria. Algo habitual. Aquellas dos estaban riñendo en el pasillo de la torre de Central de Casa Capitular.

—¡Es joven, demasiado joven! No es más que una niña...

—¿Una niña? —dijo Doria—. ¡Es la hija de la madre comandante y Duncan Idaho!

—Sí, sus genes son fuertes, pero sigue siendo una locura. Arriesgamos demasiado al presionarla de esta forma a una edad tan temprana. Dejadle otro año.

—Una parte de ella es Honorada Madre. Por sí solo eso tendría que bastar para que pasara la prueba.

Todas se volvieron a mirar cuando las supervisoras, ataviadas con túnicas negras, llegaron desde una antesala con Rinya. Como madre comandante y Bene Gesserit, se suponía que Murbella no debía mostrar favoritismo hacia sus hijas. De hecho, en la Hermandad la mayoría de las niñas no conocían la identidad de sus padres.

Rinya había nacido unos minutos antes que su hermana Janess. La joven era un prodigio, ambiciosa, impaciente, y estaba indudablemente dotada; su hermana tenía esas mismas cualidades, solo que con un toque de cautela. Rinya siempre tenía que ser la primera.

Murbella había visto cómo sus hijas gemelas sobresalían en cada desafío, y por eso accedió a la petición de Rinya. Si alguien tenía un potencial superior, era ella... al menos eso quería creer.

Los momentos actuales de crisis obligaban a la Nueva Hermandad a asumir mayores riesgos que de costumbre, a arriesgarse a perder hijas para conseguir las tan necesitadas Reverendas Madres. Si Rinya fallaba, no habría una segunda oportunidad para ella. Ninguna. Murbella tenía un nudo en el pecho.

Con movimientos mecánicos, las supervisoras sujetaron los brazos de Rinya a una mesa para evitar que en medio de los dolores de la transición pudiera golpearse. Una de ellas dio un tirón demasiado fuerte a la correa de su muñeca izquierda y la joven hizo una mueca y le lanzó una fugaz mirada de disgusto... ¡un gesto tan típico de una Honorada Madre! Pero Rinya no se quejó. Sus labios se movieron levemente, formando unas palabras, y Murbella las reconoció: la antigua Letanía Contra el Miedo.

No debo temer...

¡Bien! Al menos no era tan arrogante para ignorar la dureza de lo que tenía por delante. Murbella aún se acordaba de cuando ella pasó por la prueba.

Murbella miró un instante hacia la puerta, y vio que Bellonda y Doria finalmente habían dejado de picarse. La segunda gemela entró en la sala. Janess, que debía su nombre a una mujer de la antigüedad que había salvado al joven Duncan Idaho de los Harkonnen. Duncan le había contado la historia una noche, después de hacer el amor con ella, pensando sin duda que Murbella lo olvidaría. Él mismo jamás se había aprendido los nombres de sus hijas: Rinya y Janess, Tanidia, que acababa de iniciar su instrucción como acólita, y Gianne, que solo tenía tres años y nació justo antes de que Duncan huyera.

Janess parecía reacia a entrar en la habitación, pero no quería dejar a su hermana sola durante aquella prueba. Se apartó el pelo negro y rizado de la cara, dejando al descubierto la mirada de temor de sus ojos. No quería pensar en lo que podía pasar cuando Rinya ingiriera el veneno. Agonía de Especia. Incluso las palabras evocaban algo misterioso y terrorífico.

Murbella miró a la mesa y vio que su hija musitaba la Letanía otra vez: *El miedo mata la mente...*

No parecía consciente de la presencia de Janess ni de ninguna de las otras mujeres que había en la sala. El aire tenía el aroma intenso y embriagador de la canela y las posibilidades. La madre comandante no podía intervenir, ni tan siquiera debía tocar la mano de la joven para reconfortarla. Rinya era fuerte y decidida. Y el ritual no tenía nada que ver con sentirse tranquila, se trataba de demostrar la capacidad de adaptación y supervivencia. Era una lucha contra la muerte.

El miedo es la pequeña muerte que acarrea la aniquilación total...

Analizando sus emociones (¡como una Bene Gesserit!), Murbella se preguntó si temía perder a Rinya como Reverenda Madre potencial para la Hermandad o como persona. ¿O quizá temía perderla porque era uno de los pocos recuerdos tangibles que le quedaban de su largamente perdido Duncan?

Rinya y Janess tenían once años cuando la no-nave desapareció con su padre. En aquel entonces las gemelas eran acólitas, y estaban recibiendo un estricto adoctrinamiento Bene Gesserit. Y en todos aquellos años, antes de que Duncan partiera, no se había permitido que las pequeñas lo conocieran.

La mirada de Murbella se cruzó con la de Janess, y una llamarada de emoción pasó entre ellas como volutas de humo. Se dio la vuelta y se concentró en la joven que estaba sujeta a la mesa, reconfortándola con su presencia. La tensión que veía en el rostro de su hija avivaba las llamas de sus dudas.

Bellonda entró en la sala sofocada, perturbando sus meditaciones solemnes. Echó un vistazo al rostro de Rinya, que de forma tan imperfecta ocultaba su ansiedad, y luego miró a Murbella.

—Todo está preparado, madre comandante.

—Tendríamos que empezar enseguida —apuntó Doria, muy cerca, detrás de la otra.

Rinya levantó la cabeza a pesar de las ataduras y miró a su gemela, luego a su madre, y luego dedicó a Janess una sonrisa tranquilizadora.

—Estoy lista. Tú también lo estarás, hermana mía. —Volvió a recostarse, se concentró en su prueba y siguió musitando la Letanía.

Afrontaré mis miedos...

Sin decir palabra, Murbella se acercó a Janess, que estaba visiblemente alterada y apenas podía contenerse. La sujetó por el antebrazo, pero ella no se inmutó. ¿Qué sabía que no supiera ella? ¿Qué dudas se habían contado las gemelas entre ellas en sus *bungalows* de acólitas por la noche?

Una de las supervisoras sujetó una jeringa oral, la colocó en posición y abrió la boca de Rinya ayudándose con los dedos. La joven dejó la boca flácida.

Murbella sintió ganas de gritar, de decirle a su hija que no tenía que demostrar nada. No hasta que estuviera preparada. Pero, incluso si tenía dudas, Rinya no cambiaría jamás de opinión. Era tozuda, y estaba decidida a pasar por aquello. No podía intervenir. En aquellos momentos no era una simple madre, era la madre comandante.

Rinya cerró los ojos en un gesto de aceptación, atrapada en aquella dura prueba. La línea de su mandíbula era firme, desafiante. Murbella había visto aquella expresión en el rostro de Duncan muchas veces.

De pronto Janess saltó, incapaz de seguir conteniéndose.

—¡No está preparada! ¿Es que no lo veis? Ella me lo dijo. Sabe que no puede...

Sobresaltada por la interrupción, Rinya volvió la cabeza, pero las supervisoras ya habían activado las bombas. Un fuerte olor a productos químicos impregnó el aire cuando Janess trató de sacar la jeringa de la boca de su hermana.

Con una rapidez sorprendente teniendo en cuenta su volumen, Bellonda empujó a Janess con el cuerpo y la derribó.

—¡Janess, basta ya! —exclamó Murbella con tanta autoridad como pudo. Al ver que su hija seguía debatiéndose, utilizó la Voz—. ¡Basta! —

Y con esto, involuntariamente los músculos de la joven quedaron paralizados.

—Estáis desaprovechando el potencial de una hermana insuficientemente preparada —gritó Janess—. ¡Mi hermana!

Con voz mordaz, Murbella dijo:

—No debes interferir en la Agonía. Estás distrayendo a Rinya en un momento vital.

Una de las supervisoras anunció.

—Hemos logrado el objetivo, a pesar de las interferencias. Rinya ha tomado el Agua de Vida.

El veneno empezó a actuar.

— o O o —

Una euforia mortífera le quemaba en las venas, desafiando su capacidad celular. Rinya veía su propio futuro. Como Navegante de la Cofradía, su mente podía negociar un camino seguro a través de los velos del tiempo, evitando obstáculos y cortinas que tapaban la vista. Se veía a sí misma en la mesa, y a su madre y su hermana, que no podían disimular la preocupación. Era como mirar a través de una lente borrosa.

Permitiré que pase sobre mí, a través de mí...

Luego, de forma incontestable, como si hubieran abierto unas cortinas para dejar paso a una luz cegadora, Rinya contempló su propia muerte... y no pudo hacer nada para evitarla. Tampoco Janess, que gritó. Y Murbella se dio cuenta: Ella lo sabía.

Atrapada en su cuerpo, Rinya sintió una punzada de dolor que iba de lo más hondo de su cuerpo hasta el cerebro.

Y cuando haya pasado de largo, volveré mi ojo interior para ver su camino. Cuando el miedo haya pasado ya no habrá nada. Solo yo permaneceré.

Rinya había recordado la Letanía entera. Y después ya no sintió nada.

Rinya se sacudía en la mesa, tratando de liberarse de las ataduras. El rostro de la adolescente se había convertido en una máscara convulsa de dolor, terror. Sus ojos estaban vidriosos... casi se había ido.

Murbella no podía gritar, no podía hablar. Estaba totalmente inmóvil, mientras en su interior una tormenta la sacudía. ¡Janess lo sabía! ¿O era ella quien lo había provocado?

Por un momento, Rinya se apaciguó, sus párpados aletearon, y entonces profirió un grito terrible que atravesó la sala como un cuchillo.

Con movimientos muy lentos, Murbella se acercó a su hija muerta y tocó su mejilla aún caliente. En un segundo plano, oyó el grito angustiado de Janess, junto

con el suyo propio.

Solo a través de la práctica constante y diligente podemos realizar el potencial de nuestras vidas, la perfección. Aquellos que hemos tenido más de una vida hemos tenido más oportunidades para practicar.

DUNCAN IDAHO, *Un millar de vidas*

Duncan estaba ante su oponente en la cámara insonorizada, con una espada corta en una mano y una daga kindjal en la otra. Miles Teg miraba con expresión inflexible, sin pestañear. El acolchado y el aislante absorbían la mayoría de los sonidos.

No debía ver a aquel joven como un simple joven. Los reflejos y la rapidez de Teg podían igualar o incluso superar los de cualquier guerrero... y Duncan intuía algo más, una capacidad misteriosa que el joven Bashar ocultaba.

Pero claro, pensó Duncan, todos hacemos lo mismo.

—Activa tu escudo, Miles. Debes estar siempre preparado. Para cualquier cosa.

Los dos hombres se llevaron la mano al cinto y activaron el interruptor energético. Al instante apareció un pequeño medio escudo que vibraba, un borrón rectangular que se ajustaba a los movimientos de su portador y protegía sus zonas vulnerables.

Aquellas paredes, el duro suelo, tenían grabados muchos de sus recuerdos, como manchas imborrables. Él y Murbella habían utilizado aquella sala para sus prácticas, para mejorar en el combate... aunque sus enfrentamientos acababan con frecuencia en un revolcón. Duncan era un mentat, y eso significaba que estos recuerdos individuales jamás se desvanecerían y lo mantendrían siempre unido a Murbella, como si llevara un anzuelo clavado en el pecho.

Duncan se adelantó y tocó con su escudo el de Teg. Enseguida oyeron el chisporroteo de los campos polarizados y un intenso olor a ozono. Los dos recularon, alzaron sus armas en un gesto de saludo. Y empezaron.

—Repasaremos las antiguas disciplinas de Ginaz —dijo Duncan.

El joven sesgó el aire con su daga. Teg le recordaba mucho al duque Leto... algo por otra parte deliberado, conseguido gracias a generaciones de selección genética Bene Gesserit.

Esperando una finta, Duncan levantó la hoja para parar el golpe, pero el Bashar adolescente cambió la finta y la convirtió en un ataque real, lanzando la hoja contra el medio escudo. Pero se había movido demasiado rápido. Teg aún no estaba acostumbrado a aquel antiguo método de lucha y el escudo Holtzman repelió la daga.

Duncan saltó, penetró ligeramente el escudo de Teg con su espada corta para demostrar que podía hacerlo, y retrocedió un paso.

—Es un método de combate arcaico, Miles, pero tiene muchos matices. Aunque fue desarrollado mucho antes de los tiempos de Muad'Dib, algunos dirían que procede de una época más civilizada.

—Ya nadie estudia los métodos de los maestros de armas.

—¡Exacto! Por tanto, en tu repertorio tendrás capacidades que nadie más posee. —Volvieron a colisionar, haciendo sonar espada contra espada, daga contra daga—. Y si el tubo de nulotropía de Scytale contiene realmente lo que él dice, es posible que pronto haya otros familiarizados con aquellos viejos tiempos.

Aquella reciente e inesperada revelación del maestro tleilaxu cautivo había despertado en él una avalancha de recuerdos de sus vidas pasadas. Una pequeña cápsula de nulotropía implantada... ¡muestras celulares perfectamente conservadas de grandes figuras de la historia y la leyenda! Sheeana y las doctoras suk Bene Gesserit habían estado analizando las células, clasificándolas, determinando qué tesoros genéticos les había dado el tleilaxu a cambio de un ghola propio.

En teoría, Thufir Hawat estaba allí, y Gurney Halleck, junto con una serie de camaradas que Duncan había perdido hacía tiempo. El duque Leto el Justo, dama Jessica, Paul Atreides, y Alia, la «abominación», quien fuera amante y consorte de Duncan. Sus figuras le acosaban, le hacían sentirse dolorosamente solo, y sin embargo, también estaba lleno de esperanza. ¿Existía realmente el futuro, o todo era siempre el mismo pasado, que se repetía una y otra vez?

Su vida —vidas— siempre había parecido ir en una dirección muy determinada. Era el legendario Duncan Idaho, paradigma de la lealtad. Pero últimamente se sentía más perdido que nunca. ¿Había hecho lo correcto al huir de Casa Capitular? ¿Quiénes eran el anciano y la anciana, qué querían? ¿Eran ellos realmente el Gran Enemigo Exterior, o se trataba de una amenaza totalmente distinta?

Ni siquiera él sabía adónde iba el *Ítaca*. ¿Encontrarían él y sus compañeros algún día un destino, o se limitarían a vagar hasta el final de sus días? La sola idea de huir y esconderse le dolía.

Duncan sabía lo que es sentirse acosado más que nadie de a bordo; había aprendido lo que era aquello de una manera visceral hacía mucho tiempo. Cuando era niño, durante su primera vida, bajo el yugo de los Harkonnen, lo habían utilizado como presa en las cacerías de La Bestia Rabban. Rabban y sus secuaces lo dejaron libre por una reserva forestal, pero el joven fue más listo que sus perseguidores y al final encontró a un piloto que lo sacó de allí y lo puso a salvo. Janess... ese era su nombre. Recordaba haberle hablado a Murbella de su huida hacía años, cuando estaban tendidos entre las sábanas húmedas, cubiertos de sudor.

Intuyendo que estaba distraído, Teg cortó, empujó y deslizó su kindjal en parte hasta el interior del escudo antes de que Duncan reculara, sonriendo de satisfacción.

—¡Bien! Estás aprendiendo a controlarte.

La expresión de Teg no varió. La falta de control no era uno de los puntos débiles del Bashar.

—Parecías distraído, así que he aprovechado la oportunidad.

Mientras miraba al joven que tenía ante él, con la frente sudorosa, Duncan vio una imagen extrañamente duplicada. Como anciano, el Bashar originario había criado

y entrenado al niño-ghola de Duncan; luego, después de la muerte de Teg en Rakis, el gholá ya maduro de Duncan Idaho había criado al joven renacido. ¿Se repetiría el ciclo eternamente? Duncan Idaho y Miles Teg como compañeros eternos, alternándose en el papel de mentor y alumno, desempeñando cada uno el mismo papel en diferentes momentos de sus vidas.

—Recuerdo cuando el joven Paul Atreides me instruyó en las técnicas de los maestros de armas. En el castillo de Caladan teníamos un mek de adiestramiento, y Paul aprendió a derrotarle en los diferentes modos. Aunque seguía luchando mejor contra un oponente vivo.

Duncan rio.

Él y Teg siguieron luchando durante casi una hora. Pero el pensamiento de Duncan estaba en sesiones de entrenamiento de tiempos pasados. Si lo que el maestro tleilaxu decía era cierto y podían recuperar gholas de los compañeros más importantes de su pasado, aquellas ensoñaciones ya no tendrían por qué seguir siendo tediosos recuerdos. Podían volver a ser reales.

Lo ilusorio, Miles. Su método es crear ilusiones. Crear falsas impresiones para conseguir objetivos reales. Así es como actúan los tleilaxu.

JANET ROXBROUGH-TEG, madre de Miles Teg

Quebrantado por los Danzarines Rostro, obligado a hacer exactamente lo que le mandaban por miedo, un inquieto Uxtal fue enviado a Tleilax para una «importante misión». Khrono le había explicado la situación con gesto inexpresivo.

—Las Honoradas Matres han encontrado algo que nos interesa entre las ruinas de Bandalong. Necesitamos de tus conocimientos.

¡El sagrado Bandalong! Por un momento, la emoción eclipsó el miedo. Uxtal había oído las leyendas sobre aquella extraordinaria ciudad, la cuna de los suyos, pero jamás había estado allí. Entre los tleilaxu perdidos, muy pocos habían sido bien recibidos por los maestros originales, siempre tan recelosos. Uxtal siempre había tenido la esperanza de poder hacer un *haj*, un peregrinaje, en algún momento de su vida. Pero así no...

—¿Q-qué puedo hacer? —El investigador tleilaxu se estremeció solo de pensar lo que aquellos Danzarines Rostro volubles podían pedirle. Habían asesinado al anciano Burah ante sus propios ojos. ¡A aquellas alturas hasta es posible que ya hubieran reemplazado a todos los miembros del Consejo de Ancianos! Cada instante era una pesadilla para él; sabía que cada una de las personas que le rodeaban podía ser otro cambiador de forma oculto. Cualquier sonido le sobresaltaba, cualquier movimiento repentino. No confiaba en nadie.

Pero al menos estoy vivo. Se aferró a eso. ¡Estoy vivo!

—Sabes trabajar con los tanques axlotl, ¿verdad? ¿Tienes los conocimientos necesarios para crear un ghola si nos hace falta?

Uxtal sabía que si daba una contestación equivocada le matarían.

—Se necesita un cuerpo femenino, adaptado para que su útero se convierta en una fábrica. —Tragó con dificultad, preguntándose cómo podía parecer más inteligente, más seguro. ¿Un ghola? Los tleilaxu de las castas más bajas no conocían el Lenguaje de Dios necesario para crear un cuerpo, pero como miembro de una de las castas superiores, Uxtal tendría que haber sabido hacerlo. Si no, prescindirían de él. Quizá si los Danzarines Rostro le conseguían un poco de ayuda, alguien con unos conocimientos adicionales...

Uxtal aún se encogía al recordar la sangre saliendo de los ojos destrozados del anciano Burah, el sonido enfermizo que se oyó cuando los Danzarines Rostro le partieron el cuello.

—Haré lo que ordenáis.

—Bien. Eres el único tleilaxu con los suficientes conocimientos que sigue con vida.

¿El único...? Uxtal tragó. ¿Qué habían encontrado las Honoradas Matres en Bandalong? ¿Y para qué lo querían los Danzarines Rostro? Pero no se había atrevido a preguntarle nada más a Khroné. No quería saberlo. Saber demasiado podía costarle la vida.

Las Honoradas Matres le daban casi tanto miedo como los Danzarines Rostro. Los tleilaxu perdidos se habían aliado con las ramerías contra los maestros originales, y ahora Uxtal veía que Khroné y sus compañeros cambiadores de forma habían hecho sus propios tratos. No tenía ni idea de a quién servían aquellos nuevos Danzarines Rostro. ¿Es posible que fueran... independientes? ¡Inconcebible!

— o O o —

Al llegar al mundo central de Tleilax, Uxtal vio con asombro la magnitud del desastre. Con su arma terrible e imparable, las atacantes habían quemado todos los planetas tleilaxu originales en una serie de espantosos holocaustos. Y, aunque Bandalong no había quedado del todo calcinada, había sido castigada de forma contundente, los edificios estaban quemados, los maestros habían sido rodeados y ejecutados. Los obreros de castas inferiores quedaron sometidos bajo el puño de hierro de los nuevos gobernantes. Solo las estructuras más sólidas de la ciudad, incluido el palacio de Bandalong, habían aguantado, y ahora las Honoradas Matres los ocupaban.

Uxtal desembarcó en la terminal de la estación principal para lanzaderas, ahora reconstruida, y vaciló al ver a aquellas mujeres altas y dominantes. Iban a un lado y a otro con sus mallas y sus capas chillonas, pero su trabajo no iba más allá de la supervisión y la vigilancia de las diferentes operaciones. El verdadero trabajo lo hacían los miembros que habían sobrevivido de las castas más bajas e impuras. Al menos él no estaba tan mal. Khroné le había escogido para una misión importante.

La estación para las lanzaderas había sido construida a toda prisa, y presentaba visibles defectos, como boquetes en las paredes, tramos irregulares en el suelo, puertas sin aplomar. Las Honoradas Matres solo se preocupaban por la apariencia, y prestaban poca atención a los detalles. No esperaban ni necesitaban que las cosas duraran.

Dos mujeres altas y de aspecto severo se aproximaron, ataviadas con sus mallas azules y rojas. La de aspecto más peligroso le miró con expresión desaprobadora. Y a Uxtal no le alegró cuando vio que sabía quién era.

—La madre superiora Hellica te espera.

Uxtal las siguió con paso vivo, ansioso por mostrarse cooperador. Las dos parecían estar pendientes —¿deseosas?— por si hacía un movimiento equivocado.

Las Honoradas Matres esclavizaban a los machos mediante técnicas sexuales irrompibles. Uxtal temía que trataran de hacer lo mismo con él... un proceso con

aquellas mujeres powindah que le parecía terriblemente sucio y asqueroso. Antes de enviarlo a Tleilax, Khrono le había mutilado como «precaución», aunque Uxtal no sabía qué era peor, si las medidas preventivas o las Honoradas Matres...

Con un empujón, las mujeres le hicieron subir a la parte de atrás de un vehículo terrestre y partieron. Uxtal trató de distraerse mirando por las ventanas, fingiendo el interés de un turista o de un *haj*, un peregrino en la más sagrada de las ciudades tleilaxu. Los edificios nuevos tenían un aire chillón y vulgar, muy distinto a la grandeza que las leyendas atribuían a Bandalong. Se veían obras por todas partes. Cuadrillas de esclavos manejando el equipo de tierra, grúas suspensoras levantando más edificios, y todo a un ritmo frenético. A Uxtal todo aquello le resultaba descorazonador.

Algunos edificios habían sido readaptados para amoldarse a los propósitos del ejército de ocupación. El vehículo terrestre pasó de largo ante lo que debía de haber sido un templo sagrado, aunque ahora parecía un edificio militar. Mujeres armadas ocupaban la plaza frontal. Una estatua ennegrecida y triste se *alzaba* allí, quizá como recordatorio de la conquista de las Honoradas Matres.

Uxtal se sentía más débil por momentos. ¿Cómo salir de aquello? ¿Qué había hecho para merecer aquel destino? Mientras observaba su entorno, su cabeza se llenó de números enteros; estaba tratando de descifrar códigos y encontrar una explicación matemática a lo que había ocurrido allí. Dios siempre tenía un plan maestro, y si conocías las ecuaciones podías descifrarlo. Trató de contar el número de lugares sagrados que habían sido profanados, el número de manzanas que pasaban, el número de esquinas que giraban en la tortuosa carretera que llevaba al antiguo palacio. Pero tantos cálculos acabaron por desbordarlo.

Uxtal estaba atento y trataba de absorber la mayor cantidad posible de información para asegurar su supervivencia. Haría lo que hiciera falta para seguir con vida. Era lo lógico, sobre todo teniendo en cuenta que era el último de los suyos. Sí, seguro que Dios quería que sobreviviera.

Por encima del ala oeste del palacio, una grúa suspensora estaba bajando una sección de tejado de un rojo intenso a su sitio. Uxtal se estremeció ante el aspecto estafalario que le estaban dando a la estructura... columnas rosas, tejados rojos, y paredes amarillo limón. Parecía más una carpa de carnaval que una residencia sagrada para los *masheijs*, los grandes maestros.

Con sus dos escoltas, Uxtal pasó ante sinuosos cables y cuadrillas de tleilaxu de casta inferior que manejaban las herramientas eléctricas, montaban cortinajes, instalaban paneles de luz rococó. Entraron en una inmensa sala con un elevado techo abovedado, y Uxtal se sintió aún más pequeño. Vio paneles chamuscados y los restos de citas de la Gran Creencia. Aquellas mujeres horribles habían cubierto los versículos con sus sacrílegas decoraciones. Pero, incluso oculta bajo las mentiras, la palabra de Dios seguía siendo supremamente poderosa. Algún día, cuando todo

aquello hubiera acabado y pudiera volver, trataría de arreglarlo. De hacer que las cosas volvieran a estar como estaban.

Con un fuerte estrépito, un ostentoso trono emergió desde una abertura en el suelo. Lo ocupaba una mujer mayor, rubia, con aspecto de quien ha sido una hermosa reina pero no se ha conservado bien. El trono siguió elevándose, hasta que aquella mujer regia lo miró con ira desde su posición más elevada. La madre superiora Hellica.

Sus ojos tenían un destello naranja.

—En esta reunión decidiré si vives o mueres, hombrecito. —Sus palabras sonaban tan atronadoras que sin duda su voz había sido manipulada.

Uxtal permaneció inmóvil, rezando en silencio, tratando de parecer tan insignificante y conciliador como fuera posible. Ojalá hubiera podido desaparecer por una abertura del suelo y huir por algún túnel subterráneo. O derrotar a aquellas mujeres, luchar...

—¿Tienes cuerdas vocales, hombrecito? ¿O te las han quitado? Tienes mi permiso para hablar, siempre y cuando digas algo inteligente.

Uxtal reunió valor y se mostró tan bravo como el anciano Burah habría querido.

—Yo... no sé exactamente por qué estoy aquí, solo sé que se trata de una importante misión genética. —Su mente trataba de encontrar la forma de sacarlo de aquella apurada situación—. Mi experiencia en este campo no tiene rival. Si necesitáis a alguien que haga el trabajo de un maestro tleilaxu, no encontraréis a nadie mejor.

—No tenemos elección. —Hellica parecía disgustada—. Tu ego menguará cuando te haya doblegado sexualmente.

—Y-yo —dijo Uxtal, tratando de no encogerse— debo permanecer centrado en mi trabajo, Madre Superiora, y no distraerme con pensamientos eróticos obsesivos.

Estaba claro que la mujer disfrutaba viéndole sufrir, pero solo estaba jugando con él. Su sonrisa era roja y descarnada, como si alguien le hubiera hecho un tajo en la cara con una cuchilla.

—Los Danzarines Rostro quieren algo de ti; las Honoradas Matres también. Dado que todos los maestros tleilaxu han muerto, por defecto tus conocimientos especializados te confieren cierta importancia.

Quizá no te manipularé. Todavía.

Se inclinó hacia delante y lo miró con expresión iracunda. Sus dos escoltas recularon, como si temieran estar en la zona de tiro de Hellica.

—Dicen que estás familiarizado con los tanques axlotl. Los maestros sabían utilizar estos tanques para crear melange. ¡Una riqueza increíble! ¿Puedes hacer eso?

Uxtal sintió que los pies se le clavaban al suelo. No podía dejar de sacudirse.

—No, Madre Superiora. Esta técnica no se desarrolló hasta después de la Dispersión, cuando mi gente abandonó el Imperio Antiguo. Y los maestros no compartieron la información con sus hermanos Perdidos. —El corazón le latía con

violencia. La mujer estaba visiblemente disgustada, mortíferamente disgustada, por eso se apresuró a añadir—: Sin embargo sé cómo crear gholas.

—Ah, pero ¿es eso suficiente para salvar tu vida? —Su pecho se elevó en un suspiro de decepción—. Por lo visto los Danzarines Rostro piensan que sí.

—¿Y qué quieren los Danzarines Rostro, Madre Superiora?

Los ojos de la mujer llamearon con destellos naranjas, y Uxtal supo que no tenía que haber preguntado.

—Aún no he acabado de decirte lo que las Honoradas Matres queremos de ti, hombrecito. Aunque no somos tan débiles para ser adictas a la especia, como las brujas Bene Gesserit, comprendemos su valor. Me complacerías enormemente si descubrieras cómo crear melange. Te proporcionaré tantas mujeres como necesites para tus tanques sin cerebro. —Sus palabras tenían un deje cruel.

»Sin embargo, nosotras utilizamos una especia alternativa, una sustancia química con base de adrenalina derivada principalmente del miedo. Te enseñaremos cómo fabricarla. Ese será tu primer servicio para nosotras. Se te proporcionará un laboratorio reformado. Si es necesario se añadirán módulos.

Cuando Hellica se levantó de su trono, su presencia resultaba aún más intimidatoria.

—Bien, hablemos ahora de lo que los Danzarines Rostro quieren de ti: cuando conquistamos este planeta y liquidamos a los despreciables maestros, durante la autopsia y análisis de un cuerpo calcinado, descubrimos algo inusual. Muy inteligentemente, en el cuerpo de un maestro habían ocultado una cápsula de nulotropía con muestras celulares, que en su mayor parte se perdieron, aunque encontramos una pequeña cantidad de ADN que aún era viable. Khrono está muy interesado en descubrir por qué son tan importantes esas células y por qué los maestros las protegieron y las ocultaron tan bien.

La mente de Uxtal dio un salto.

—¿Queréis que cree gholas a partir de esas células? —Apenas logró disimular el alivio. ¡Eso podía hacerlo!

—Te permitiré hacerlo, siempre y cuando crees también nuestro sustituto de la especia. Y si consigues crear melange auténtica con los tanques axlotl, estaré aún más contenta. —Hellica entrecerró los ojos—. A partir de este día, tu único objetivo en la vida será complacerme.

— o O o —

Profundamente aliviado por haber escapado de la presencia de la voluble Madre Superiora —¡y con vida!—, Uxtal siguió a las dos escoltas a su supuesto centro de investigación. Bandalong era tan caótico y todo estaba tan ruinoso que no sabía qué esperar. Por el camino, él y sus amenazadoras acompañantes se cruzaron con un gran

convoy militar de mujeres con uniformes púrpura, camiones terrestres y material de demolición.

Cuando llegaron al laboratorio, se encontraron con la puerta cerrada. Mientras aquellas mujeres de aspecto severo trataban de solucionar el problema, más desconcertadas y furiosas a cada momento que pasaba, Uxtal se escabulló con piernas temblorosas. Fingió exageradamente estar inspeccionando los alrededores para estar lo más lejos posible, porque no dejaban de aporrear la puerta exigiendo que les dejaran entrar. Pero no se engañaba, incluso si encontraba un arma, las atacaba y lograba llegar al puerto espacial de Bandalong, no podría escapar. El hombre se encogió, buscando excusas por si le preguntaban qué hacía.

Ya habían empezado a brotar hierbas y malezas en el terreno chamuscado que rodeaba el edificio. Ante una verja, echó una ojeada a la propiedad adyacente, donde un granjero de casta inferior se ocupaba de unos inmensos sligs, cada uno más grande que un hombre. Aquellas feas criaturas andaban hociendo por el fango, comiendo entre los montones humeantes de basura y desechos de los edificios quemados. A pesar de los asquerosos hábitos de los sligs, su carne se consideraba una exquisitez. Sin embargo, en aquellos momentos, el hedor a excremento hizo que a Uxtal se le quitara el apetito.

Después de aguantar que lo intimidaran tanto rato, a Uxtal le gustó ver a alguien más débil que él y le gritó oficiosamente.

—¡Eh, tú! Identifícate.

Uxtal dudaba que aquel mugriento obrero pudiera proporcionarle ninguna información útil, pero el anciano Burah le había enseñado que toda información es útil, sobre todo en un entorno desconocido.

—Soy Gaxhar. Nunca he oído un acento como el suyo. —El granjero se acercó a la verja renqueando y miró el uniforme de casta superior de Uxtal que, afortunadamente, estaba mucho más limpio que el de él—. Pensaba que todos los maestros habían muerto.

—Yo no soy un maestro, al menos técnicamente. —Tratando de mantener una orgullosa postura de autoridad, Uxtal añadió con tono severo—: Pero sigo siendo tu superior. Aparta a tus sligs de este lado de la propiedad. No puedo permitir que contaminéis mi importante laboratorio. Tus sligs llevan moscas y enfermedades.

—Los lavo cada día, pero los mantendré alejados de las verjas. —En su pocilga, aquellos animales anchos y con aspecto de gusano rodaban unos sobre otros, arrastrándose y chillando.

No sabiendo qué más decir, Uxtal profirió una advertencia débil e innecesaria:

—Ten cuidado con las Honoradas Matres. Yo estoy a salvo por mis conocimientos especiales, pero tú no eres más que un simple granjero, y en cualquier momento podrían volverse contra ti y hacerte trizas.

Gaxhar profirió un bufido, entre risa y tos.

—Los antiguos maestros no eran más amables que las Honoradas Matres. Solo he pasado de un amo cruel a otro.

Un camión terrestre se acercó al lugar donde estaban los sligs. Mediante un mecanismo de descarga, dejó caer un cargamento de basura húmeda y hedionda. Aquellas criaturas hambrientas se abalanzaron sobre su manjar pútrido, mientras el granjero cruzaba los brazos sobre su pecho flacucho.

—Las Honoradas Matres me mandan los pedazos de los cadáveres de los hombres de casta superior para que mis sligs se los coman. Dicen que así la carne de slig tiene un sabor más dulce. —El leve mohín de desprecio desapareció rápidamente bajo el gesto normalmente inexpresivo del hombre—. A lo mejor volvemos a vernos.

¿Qué significaba eso? ¿Que a Uxtal también lo arrojarían allí cuando terminaran con él? ¿O se trataba solo de una conversación inocua? Uxtal frunció el ceño, y no fue capaz de apartar los ojos de los sligs, que se arrastraban sobre los cuerpos desmembrados, masticándolos con sus múltiples bocas.

Finalmente, sus dos escoltas fueron a buscarle.

—Ya puedes entrar en el laboratorio. Hemos destrozado la puerta.

No hay escapatoria... pagamos por la violencia de nuestros ancestros.

De Palabras escogidas de Muad'Dib, a cargo de la princesa Irulan

—Hace un mes que Rinya se fue. La echo mucho de menos. —Murbella caminaba junto a Janess, mientras se dirigían a los *bungalows* para las acólitas, y veía que su hija trataba de disimular la angustia.

A pesar de sus propios sentimientos, la madre comandante mantuvo una expresión distante.

—No hagas que pierda a otra hija, o a otra posible Reverenda Madre. Cuando llegue el momento, debes estar totalmente segura de que estás preparada para la Agonía. Que tu orgullo no te lleve a precipitarte.

Janess asintió estoicamente. No pensaba hablar mal de su gemela perdida, pero las dos sabían que Rinya se había enfrentado a la prueba mucho menos convencida de lo que había dicho. Y sin embargo había ocultado las dudas bajo una apariencia de arrojo. Y eso la había matado.

Una Bene Gesserit debía ocultar sus emociones, desechar cualquier vestigio de amor enajenante. En otro tiempo, Murbella también quedó atrapada por el amor, enredada y debilitada por su relación con Duncan Idaho. Perderle no la había liberado, y el hecho de pensar que seguía allá afuera, en medio del vacío, inimaginablemente lejos, le producía una sensación de dolor permanente.

A pesar de su postura oficial, hacía tiempo que la Hermandad sabía que es imposible suprimir del todo el amor. Como curas y monjas de alguna religión obsoleta, las Bene Gesserit tenían que renunciar al amor por una causa más importante. Pero a la larga, renunciar a todo para protegerse de una supuesta debilidad no funcionaba. No podías salvar a un humano obligándole a renunciar a su humanidad.

Al permanecer en contacto con las gemelas y hacer un seguimiento de su adiestramiento, e incluso revelarles la identidad de sus padres, Murbella había roto la tradición de la Hermandad. A la mayoría de jóvenes que entraban en las escuelas Bene Gesserit se les decía que tenían que realizar su potencial sin «la distracción de las ataduras familiares». La madre comandante mantenía las distancias con sus dos hijas menores, Tanidia y Gianne. Pero había perdido a Rinya, y se negaba a apartarse de Janess.

Ahora, tras una sesión de entrenamiento en técnicas de lucha combinadas de Bene Gesserit y Honoradas Matres, las dos se dirigían hacia donde Janess vivía con sus compañeras, y cruzaron el jardín oeste de la torre de Central. La joven aún llevaba puesto el traje blanco de combate, arrugado y manchado de sudor.

La madre comandante mantuvo un tono neutral, aunque también ella sentía un gran dolor en el corazón.

—Debemos seguir con nuestras vidas. Aún tenemos muchos enemigos a los que enfrentarnos. Rinya lo quería así.

Janess se irguió.

—Sí, lo quería. Creía en lo que dices del Enemigo. Y yo también.

Algunas hermanas dudaban que existiera una situación de emergencia como decía la madre comandante. Las Honoradas Matres habían vuelto a toda prisa al Imperio Antiguo, convencidas de que era el fin. Pero antes de que Murbella pudiera eliminar los cimientos de las Bene Gesserit, unas cuantas mujeres exigieron pruebas de la existencia de aquel terrible oponente que supuestamente acechaba ahí fuera. Ninguna Honorada Madre se había adentrado nunca lo bastante en las Otras Memorias para recordar su pasado; ni siquiera Murbella recordaba los orígenes de las suyas en la Dispersión, y no sabía cómo toparon por primera vez con el Enemigo ni lo que había provocado su ira genocida.

Murbella no podía creer tanta estupidez. ¿Acaso pensaban que los cientos de planetas eliminados por epidemias eran fruto de la imaginación de las Honoradas Matres? ¿Habían creado con su simple voluntad las poderosas armas que utilizaron para eliminar Rakis y tantos otros planetas?

—No necesitamos más pruebas para saber que el Enemigo está ahí fuera —dijo Murbella con voz cortante a su hija, mientras seguían un seto seco y espinoso—. Y ahora viene a por nosotras. A por todas. Dudo que el Enemigo haga distinciones entre las facciones de nuestra Nueva Hermandad. Sin duda Casa Capitular está en su punto de mira.

—Si nos encuentran —dijo Janess.

—Oh, nos encontrarán. Y nos destruirán si no estamos preparadas. —Miró a la joven; veía tanto potencial en su rostro...— Que es la razón por la que necesitamos a tantas Reverendas Madres como sea posible.

Janess se había entregado a sus estudios con una determinación que habría sorprendido incluso a su gemela, tan obsesiva y enérgica. Luchando con pies y manos, girando, rodando, agachándose, la joven podía golpear a su adversaria desde cualquier lado y rodearla con velocidad y potencia.

Ese mismo día, Janess se había enfrentado a una joven alta, enjuta y fuerte llamada Caree Debrak. Caree era una alumna salida del grupo de Honoradas Matres conquistado más recientemente. Y utilizó aquella competición como excusa para dar rienda suelta a su ira. Ella iba a hacer daño. Janess había practicado los movimientos de su lección, y esperaba un combate limpio, pero la joven Honorada Madre atacó con violencia, rompiendo todas las normas, y estuvo a punto de partirle los huesos. La Bashar que se ocupaba del entrenamiento en lucha cuerpo a cuerpo las había separado.

El incidente preocupaba a Murbella enormemente.

—Has perdido frente a Caree porque las Honoradas Matres no tienen inhibiciones. Si quieres vencer, debes aprender a estar a su altura en esto.

En los pasados meses, Murbella había detectado una fea corriente subterránea, sobre todo entre las alumnas más jóvenes. Aunque en teoría todas eran parte de la Hermandad unificada, seguían insistiendo en segregarse, llevaban sus propios colores e insignias, y formaban camarillas claramente definidas por su herencia como Bene Gesserit u Honoradas Matres. Algunas de las más radicales, disgustadas con aquel aire conciliador, se negaban a aprender o a comprometerse, huían al norte y creaban nuevos asentamientos, incluso después de la ejecución de Annine.

Cuando se acercaban a los barracones de las acólitas, a través de los setos espinosos Murbella oyó un clamor de voces furiosas. Volvieron una esquina en el sendero del jardín y llegaron a la zona comunitaria, una extensión de hierba mustia y caminos de gravilla que había ante los *bungalows*. Normalmente las acólitas se reunían allí para jugar, hacer picnics o para encuentros deportivos, aunque una inesperada tormenta de polvo había dejado los bancos cubiertos de una capa de arenilla.

Ese día, la mayor parte de alumnas estaban sobre el césped quemado como si fuera un campo de batalla. Más de cincuenta jóvenes con hábitos blancos, todas acólitas, divididas claramente en dos grupos: Bene Gesserit y Honoradas Matres, que saltaron sobre las otras como animales.

Murbella reconoció a Caree Debrak entre las combatientes. La joven derribó a una rival con una fuerte patada en la cara y luego saltó sobre ella como un depredador hambriento. Mientras la joven caía se debatía y contraatacaba, Caree la cogió por los pelos, saltó sobre su pecho y tiró hacia arriba con fuerza suficiente como para arrancar un árbol del suelo. El sonido enfermizo de la garganta al partirse se oyó incluso por encima del frenesí de las peleas.

Sonriendo, Caree dejó el cuerpo sobre la tierra seca y giró buscando un nuevo oponente. Las acólitas con bandas naranjas de Honoradas Matres en los brazos atacaban a sus rivales con abandono y fiereza, golpeando con puños y pies, tirando, utilizando incluso los dientes para arrancar la carne. Ya había más de una docena de jóvenes tiradas como despojos sanguinolentos sobre la hierba seca. Gritos de ira, dolor y desafío brotaban de gargantas indisciplinadas. Aquello no era un juego, ni una clase práctica.

Apabullada ante aquel comportamiento, Murbella gritó.

—¡Basta! ¡Detened esto, todas!

Pero las acólitas, con la adrenalina a cien, siguieron desgarrando y gritándose unas a otras. Una joven, una Honorada Madre, se adelantó dando tumbos, con las manos como garras que saltaban ante cualquier ruido; las cuencas de sus ojos eran hoyos ensangrentados y ciegos.

Murbella vio a dos jóvenes Bene Gesserit derribarla y arrancarle la banda naranja del brazo. Las Bene Gesserit le golpearon el esternón con el puño una y otra vez,

hasta matarla.

Caree saltó con los pies por delante sobre aquel par, y las alcanzó a la vez. Con el golpe le partió el cuello a una, pero la otra contraatacó. Mientras su compañera se derrumbaba, barboteando y ahogándose con su sangre, la otra rodó y se incorporó de un salto, al tiempo que aferraba una piedra que antes formaba parte del decorado del jardín.

Guardas, supervisoras y Reverendas Madres llegaron corriendo desde la torre. La bashar Aztin iba al frente de sus soldados, y Murbella se dio cuenta de que llevaban pesadas armas aturdidoras. La madre comandante gritó en medio de aquel alboroto, utilizando la Voz para que sus palabras golpearan a quienes la escuchaban como proyectiles. Pero el alboroto era tan grande que ninguna de las acólitas pareció oírla.

Lado a lado, Janess y Murbella se metieron entre las acólitas y empezaron a golpear a unas y a otras, independientemente de si llevaban bandas naranjas o no. Murbella reparó en la intensidad cada vez mayor con que golpeaba su hija, volcando su cuerpo entero en los movimientos de combate.

Murbella agachó la cabeza y golpeó a una alegre y victoriosa Caree Debrak, haciéndola caer con contundencia al suelo. Podría haber asestado fácilmente un golpe fatal, pero se contuvo y se limitó a dejarla fuera de combate.

Jadeando, con arcadas, Caree rodó sobre su cuerpo y miró con rabia a Murbella y Janess. Se incorporó, vacilante.

—¿No has tenido bastante antes, Janess? ¿Quieres más de lo mismo? —Y trató de golpearla con el puño.

Janess se controló con un visible esfuerzo, y se limitó a esquivar el golpe, pero no contestó.

—Se necesita más destreza para evitar una confrontación que para enzarzarse en ella. Es un axioma Bene Gesserit.

—¿Qué me importan a mí los axiomas de las Bene Gesserit? —escupió Caree—. ¿Tienes algún pensamiento que sea tuyo? ¿O te limitas a pensar como tu madre y repetir los dichos de un viejo libro?

Caree apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando asestó una fuerte patada. Pero Janess, anticipándose, hizo una finta a la izquierda y golpeó a su oponente con el puño en la sien. La joven Honorada Madre cayó de rodillas, y Janess le asestó una patada en la frente que la hizo caer hacia atrás.

Finalmente, la escaramuza fue perdiendo intensidad, mientras seguían llegando mujeres para separarlas. Había restos de la lucha por todo el césped. Una andanada de fuego aturdidor hizo que varias de las acólitas que seguían peleando cayeran al suelo, inconscientes pero vivas.

Respirando hondo, Murbella contempló el campo de batalla con ira y desagrado.

—¡Vuestras bandas naranjas han causado esto! —gritó a las Honoradas Matres—. ¿Por qué pavonearos de vuestras diferencias en lugar de uniros a nosotras?

Mirando de reojo, Murbella vio que Janess se había colocado en posición para defenderla. Sí, tal vez aún no estaba preparada para la Agonía de Especia, pero estaba preparada para aquello.

Las acólitas supervivientes empezaron a regresar a sus alojamientos. Dando voz a los pensamientos de su madre, Janess les gritó por encima de los cadáveres que había repartidos sobre la hierba marrón.

—¡Mirad todos los recursos que hemos desperdiciado! Si seguimos así, no hará falta que el Enemigo acabe con nosotras.

Una vez el plan está creado, cobra vida propia. El solo hecho de concebir y construir un plan lleva consigo el sello de la inevitabilidad.

BASHAR MILES TEG, informe sumarial tras la victoria en Cerbol

Cuando estaba de ánimo combativo, Garimi podía ser tan obstinada como la más endurecida Bene Gesserit. Sheeana dejó que la hermana, con su rostro sobrio, permaneciera ante la asamblea y criticara el proyecto de los gholas históricos, con la esperanza de que perdiera fuelle antes de terminar. Por desgracia, muchas de las hermanas que ocupaban los asientos de detrás musitaban y asentían, completamente de acuerdo con los puntos que mencionaba.

Y así damos origen a más facciones, pensó Sheeana suspirando por dentro.

En la cámara de reuniones más grande de la no-nave, más de un centenar de hermanas refugiadas seguían con aquel debate aparentemente interminable sobre lo acertado de crear gholas con las células misteriosas de Scytale. Parecía imposible llegar a un compromiso. Dado que habían abandonado Casa Capitular para conservar su pureza Bene Gesserit, Sheeana insistía en mantenerse abierta al debate, pero aquello ya duraba más de un mes. No quería tener que forzar una votación con semejante disensión. Todavía no.

En otro tiempo, todas estuvimos unidas por una causa común...

—Propones este plan imperfecto como si no tuviéramos elección —dijo Garimi desde la primera fila—. Incluso la más inculta de las acólitas sabe que tenemos tantas opciones como nosotras queramos.

Las palabras de Duncan Idaho penetraron limpiamente en medio de aquel breve silencio, aunque nadie había pedido su opinión.

—Yo no he dicho que no tuviéramos elección. Simplemente, creo que esta podría ser nuestra mejor opción. —Él y Teg estaban sentados junto a Sheeana. ¿Quién conocía mejor los peligros, dificultades y ventajas de los gholas que ellos dos? ¿Quién comprendía a aquellas figuras históricas mejor que el propio Duncan?

—El maestro tleilaxu —siguió diciendo Duncan— nos ofrece un medio para fortalecernos con las figuras clave de un arsenal de expertos y líderes del pasado. Poco sabemos del Enemigo al que hemos de enfrentarnos, y sería una necedad rechazar cualquier posible ventaja.

—¿Ventaja? Estas figuras históricas son un auténtico rosario de vergüenza para las Bene Gesserit —dijo Garimi—. Dama Jessica, Paul Muad'Dib... y, el peor de todos, Leto II, el Tirano.

La voz de Garimi sonaba cada vez más aguda. Una de sus compañeras, Stuka, añadió con firmeza:

—¿Acaso has olvidado tu adiestramiento Bene Gesserit, Duncan Idaho? Tu razonamiento no es lógico. Todos los gholas de los que hablamos son reliquias del

pasado, sacadas directamente de la leyenda. ¿Qué relevancia pueden tener en la crisis que nos ocupa?

—Lo que les falte en relevancia, lo tienen en perspectiva —señaló Teg—. Solo por toda la historia que esas células llevan consigo basta para marear a eruditos y académicos. Sin duda, entre tantos genios y héroes encontraremos conocimientos útiles para cualquier situación a la que nos enfrentemos. El hecho de que los tleilaxu se esforzaran tanto por conseguir y conservar estas células durante siglos ya nos dice lo especiales que deben de ser.

La reverenda madre Calissa expresó una preocupación válida. No había dado ninguna indicación en relación al sentido de su voto.

—Me preocupa que los tleilaxu hayan manipulado la información genética de alguna forma... igual que hicieron con Duncan. Scytale ya cuenta con que estaremos impresionadas. ¿Y si todo esto no es más que un plan? ¿Por qué quiere realmente que vuelvan esos gholas?

Duncan paseó la mirada por la concurrencia.

—El maestro tleilaxu está en una posición vulnerable, por tanto debe asegurarse de que los gholas que probemos sean perfectos. De otro modo, no conseguirá lo que quiere de nosotros. No confío en él, pero sí en su desesperación. Scytale hará lo que sea por conseguir lo que necesita. Se está muriendo, y necesita desesperadamente un gholá de sí mismo. Y debemos utilizar esto en nuestro provecho. En esta peligrosa situación en que nos hallamos, no debemos dejar que el miedo guíe nuestros pasos.

—¿Qué pasos? —espetó Garimi con desdén mirando a su alrededor—. Nos limitamos a deambular por el espacio, sin un rumbo fijo, huyendo de un enemigo invisible que solo Duncan Idaho puede ver. Para la mayoría de las que estamos aquí la verdadera amenaza estaba en las rameras de la Dispersión. Se adueñaron de nuestra Hermandad y nos exiliamos para salvar a las Bene Gesserit. Hemos de encontrar un lugar donde podamos establecer una nueva Casa Capitular, un nuevo orden que nos permita hacernos fuertes. Por eso hemos empezado a engendrar hijos y a ampliar con cautela nuestras filas.

—Forzando con ello los recursos limitados del *Ítaca* —apuntó Sheeana.

Garimi y muchas de sus partidarias profirieron sonidos de disgusto.

—La no-nave tiene recursos suficientes para mantener diez veces este pasaje durante un siglo. Para preservar la Hermandad tenemos que incrementar nuestro número y aportar sangre nueva al grupo en preparación para colonizar un planeta.

Sheeana sonrió con astucia.

—Razón de más para introducir los gholas.

Garimi levantó los ojos al techo con disgusto. A su espalda, Stuka exclamó:

—Los gholas serán abominaciones no humanas.

Sheeana ya esperaba que alguien dijera aquello.

—Es curioso lo supersticiosas y conservadoras que sois algunas. ¡Como campesinas iletradas! Aún no he oído ningún argumento racional de vuestras bocas.

Garimi se volvió a mirar a sus seguidoras, tan serias como ella, y eso pareció darle fuerzas.

—¿Argumento racional? Me opongo a esta propuesta porque es claramente peligrosa. Se trata de personas que conocemos por la historia. Les conocemos, sabemos de lo que son capaces. ¿Tendremos la osadía de soltar otro kwisatz haderach sobre el universo? Ya cometimos ese error una vez. Y tendríamos que haber aprendido.

Cuando Duncan Idaho habló, solo tenía sus convicciones, carecía de la habilidad Bene Gesserit de recurrir a la Voz o de manipular sutilmente.

—Paul Atreides fue un buen hombre, pero la Hermandad y otras fuerzas le arrojaron en una dirección peligrosa. Su hijo, tan denostado, era bravo y bueno, hasta que permitió que el gusano del desierto lo dominara. Yo conocí a Thufir Hawat, Gurney Halleck, Stilgar, el duque Leto e incluso a Leto II. Esta vez podemos protegerles de los errores que cometieron en el pasado y dejar que alcancen su potencial. ¡Que nos ayuden!

En medio del griterío, Garimi levantó la voz más que las demás.

—Gracias a las Otras Memorias, sabemos lo que los Atreides hicieron tan bien como tú, Duncan Idaho. ¡Oh, cuántas crueldades se cometieron en nombre de Muad'Dib, cuántos billones murieron en su yihad! El Imperio Corrino, que había pervivido durante miles de años, cayó. Pero ni siquiera los desastres del emperador Muad'Dib fueron bastante. Luego llegó su hijo, el Tirano, y con él vinieron miles de años de terror. ¿Es que no hemos aprendido nada?

Sheeana levantó la voz, y utilizó un tono de mando suficiente para hacer callar a las otras Bene Gesserit.

—Por supuesto que hemos aprendido. Hasta hoy, estaba convencida de que habíamos aprendido a ser cautas. Y sin embargo veo que la historia solo nos ha enseñado a tener un miedo irrazonable. ¿Desecharíais nuestra mejor baza solo porque quizá alguien puede resultar herido? Tenemos enemigos que nos perjudicarán si pueden. Siempre existe un riesgo, pero el ingenio de nuestros bancos de células al menos nos da una posibilidad.

Trató de calcular cuántas pasajeras estaban de parte de Garimi. Cuando las tuvo identificadas y catalogadas en su mente, no hubo sorpresas: todas eran tradicionalistas, ultraconservadoras entre las conservadoras. De momento, eran una minoría, pero eso podía cambiar. Aquel debate debía finalizar antes de que causara males mayores.

Incluso cuando el proyecto se iniciara en serio, cada niño-ghola necesitaría un período de gestación completo y luego habría que criarlo y educarlo, atentos siempre a la posibilidad de despertar sus recuerdos internos. Llevaría años. En los próximos diez, quince años, ¿cuántas veces volaría la no-nave de cabeza a una crisis? ¿Y si mañana topaban con el misterioso Enemigo? ¿Y si quedaban atrapados en la red reluciente que Duncan decía que les seguía, que siempre les buscaba?

Los planes a largo plazo eran lo que mejor se les daba en la Hermandad.

Finalmente, Sheeana frunció la boca en un mohín de determinación y mantuvo su posición. No tenía intención de perder aquella batalla, pero el debate ya había terminado, tanto si a Garimi le gustaba como si no.

—Basta de discutir y discutir lo mismo. Convoco una votación. Ahora.

Y aprobó la moción. Por los pelos.

Ni siquiera el campo negativo de nuestra nave puede protegernos de la presciencia de los navegantes de la Cofradía que sondean el cosmos. Solo los genes agrestes de un Atreides pueden velar completamente la nave.

MENTAT BELLONDA ante un grupo de acólitas

Con la mente entumecida después del enfrentamiento verbal entre las Bene Gesserit, Duncan Idaho realizó una ronda de ejercicios en la sala de entrenamientos. Necesitaba aclararse, y tuvo el impulso de ir a aquel lugar tan familiar donde tantas horas agradables había pasado. Con Murbella.

Trató de controlar sus músculos y nervios, y eso le hizo más consciente de sus fallos. Siempre había recordatorios. Haciendo uso de sus capacidades de mentat, notó que fallaba ciertos movimientos avanzados prana-bindu por apenas un suspiro. Muy pocos habrían reparado en estos errores, pero él los veía. Todo aquel asunto de los nuevos gholas pesaba sobre su corazón y le desestabilizaba.

Una vez más, siguió los pasos rituales. Con una espada corta en las manos, trató de alcanzar la relajación propia del prana-bindu, una serenidad interior que le permitiera defenderse y golpear con la velocidad del rayo. Pero sus músculos se obstinaban en no obedecer a los impulsos de la mente.

La lucha es una cuestión de vida o muerte... no de estados de ánimo. Gurney Halleck se lo había enseñado.

Duncan respiró hondo un par de veces, cerró los ojos y entró en un trance mnemotécnico que le permitió organizar los datos implicados en el dilema. Con el ojo de su mente vio un extenso arañazo en una pared adyacente que hasta entonces había escapado a su atención.

Es curioso que nadie lo hubiera reparado en todos aquellos años... y más extraño aún que él no se hubiera fijado.

Hacía casi quince años Murbella había resbalado en aquel lugar durante una sesión de entrenamiento en lucha con cuchillo con él... y estuvo a punto de morir. Ella cayó, a cámara lenta, y la mano con la que sujetaba el cuchillo giró de tal forma que se le habría clavado en el corazón. En su mente de mentat, Duncan vio todos los desenlaces posibles. Vio las diferentes formas en que podía morir... y las pocas en que podía salvarse. Y, antes de que tocara el suelo, asestó una fuerte patada que hizo saltar el cuchillo y arañar la pared.

Un rasguño en la pared, inadvertido y olvidado hasta entonces.

Momentos antes de aquella casi tragedia, él y Murbella habían hecho el amor en el suelo. Fue una de sus colisiones coitales más memorables, sus capacidades masculinas potenciadas por su adiestramiento Bene Gesserit frente a las técnicas de sometimiento sexual que ella conocía como Honorada Madre. Un semental sobrehumano frente a una tentación de cabellos ambarinos.

Después de casi cuatro años ¿seguiría pensando en él?

Duncan no dejaba de encontrar cosas que le recordaban a su amor perdido en la no-nave, en su camarote, en las zonas comunes. Antes de la huida, estaba demasiado concentrado en los preparativos secretos con Sheeana, ocultando los elementos necesarios en la nave, haciendo subir a escondidas a los peregrinos voluntarios, el equipamiento, las provisiones, siete gusanos de arena... estaba tan ocupado que por un tiempo pudo olvidar a Murbella.

Pero en cuanto la no-nave se alejó de la pareja de ancianos y su red, Duncan se encontró con demasiado tiempo libre y demasiadas oportunidades para topar con minas emocionales en las que antes no había reparado. Encontró algunas de las cosas de Murbella, ropas suyas de entrenamiento, objetos de tocador. Duncan era un mentat, no podía olvidar los detalles, y sin embargo, el hecho de encontrar aquellos objetos le afectó, como bombas de relojería en su recuerdo, más mortíferas que los explosivos que en otro tiempo rodeaban la no-nave en Casa Capitular.

Para salvaguardar su propia lucidez, finalmente Duncan reunió cada pequeño objeto, la ropa arrugada de ejercicio, apelmazada por el sudor seco, las toallas sucias que había utilizado, su bolígrafo favorito... y lo arrojó todo en uno de los bidones de almacenaje sin usar de la no-nave. El campo de nulentropía los conservaría tal y como estaban para siempre, y la cerradura los mantendría aparte. Hacía años que estaban allí.

Duncan no necesitaba volver a verlos, no necesitaba pensar en Murbella. La había perdido, y nunca podría olvidar.

Sí, quizá Murbella se habría ido para siempre, pero la cápsula de nulentropía de Scytale podía devolverle a sus viejos amigos: Paul, Gurney, Thufir, e incluso el duque Leto.

En aquellos momentos, mientras se secaba, sintió una oleada de esperanza.

SEGUNDA PARTE

Cuatro años después de la huida de Casa Capitular

No es cobardía ni paranoia saltar sobre las sombras cuando existe una amenaza real.

MADRE COMANDANTE MURBELLA, diarios privados

La enorme nave sin identificar apareció en mitad del espacio muy lejos del sistema de Casa Capitular. Se quedó allí, escaneando con cautela antes de acercarse más. Con la ayuda de sus sensores de largo alcance, una nave de la Cofradía que se dirigía a Casa Capitular detectó su presencia más allá de cualquier órbita planetaria, una extraña nave que acechaba donde no debía.

Siempre preocupada por el Enemigo, sin saber cuándo ni cómo podían producirse los primeros ataques, la madre comandante envió a dos hermanas en una veloz nave de reconocimiento a investigar. Las mujeres se aproximaron con tiento, dejando muy claro que su intención no era hostil.

La extraña nave abrió fuego y destruyó a la nave exploradora en cuanto la tuvo a tiro. En la última transmisión, la piloto dijo: «Es una especie de nave de guerra. Parece como si hubiera pasado por un infierno, presenta importantes daños...». El mensaje se cortó y solo quedó la estática.

Con un ánimo sombrío, Murbella reunió a sus comandantes para responder de forma inmediata y contundente. Nadie conocía la identidad ni el armamento con que contaba el intruso, si era el largamente esperado Enemigo Exterior o se trataba de algún otro poder. Pero era una amenaza concreta.

Muchas de las antiguas Honoradas Matres, incluida Doria, se morían por entrar en combate desde el final de la batalla de Conexión, hacía cuatro años. La violencia burbujeaba en su interior, y sentían que sus capacidades para la guerra se estaban oxidando. Ahora tendrían la oportunidad de desfogarse.

En cuestión de horas, veinte naves de ataque —que formaban parte de la marina de Casa Capitular desde los días del bashar Miles Teg— aceleraron y salieron del sistema. Murbella las dirigía, a pesar de las quejas de algunas de sus consejeras Bene Gesserit más tímidas, que no querían que se arriesgara. Ella era la madre comandante e iría al frente de la misión. Era su estilo.

Mientras las naves de la Nueva Hermandad se aproximaban, Murbella estudió las imágenes que iban apareciendo en sus pantallas, y reparó en las marcas oscuras que señalaban el casco del intruso, las brillantes emisiones de energía que escapaban de los motores dañados, los enormes boquetes abiertos por las detonaciones, por donde la atmósfera se filtraba al espacio.

—Es una nave siniestrada —transmitió la bashar Wikki Aztin.

—Pero muy mortífera —señaló una ayudante—. Aún puede disparar.

Como un predador herido, pensó Murbella. Era una nave grande, mucho más que sus naves de combate. Al analizar los escáneres, reconoció parte del diseño, así como

el sigilo de batalla del casco dañado por el calor.

—Es una nave de las Honoradas Matres, pero no pertenece a ninguno de los grupos asimilados.

—¿Alguno de los enclaves rebeldes, entonces?

—No... esta nave procede de más allá de los límites de la Dispersión —transmitió—. De mucho más allá.

A lo largo de las décadas, una gran cantidad de Honoradas Matres habían entrado en el Imperio Antiguo como plaga de langosta, pero su número era mucho mayor en los mundos lejanos. Las Honoradas Matres se organizaban en células independientes y aisladas de otros grupos, no solo como forma de protegerse, sino por una xenofobia natural.

Al parecer, la extraña nave había ido a parar a aquella sección del espacio por casualidad. A juzgar por su aspecto, estaba demasiado dañada para llegar a su destino. ¿Casa Capitular? ¿O quería llegar simplemente a algún planeta habitable?

—Permaneced fuera de su campo de fuego —advirtió a sus comandantes, y luego ajustó su sistema de comunicaciones—. ¡Honoradas Matres! Soy Murbella, la legítima Gran Honorada Madre, puesto que asesiné a mi predecesora. No somos vuestro enemigo, pero no reconocemos vuestra nave ni sus distintivos. Habéis destruido a nuestras naves de reconocimiento innecesariamente. Si volvéis a dispararnos será con gran riesgo para vosotras.

El silencio y la estática fueron la única respuesta.

—Vamos a abordaros. Lo ordeno en calidad de Gran Honorada Madre. —Hizo avanzar a sus naves, aunque seguía sin recibir respuesta.

Finalmente, una mujer ojerosa y de aspecto severo apareció en la pantalla de comunicaciones, con una expresión afilada como cristal roto.

—Muy bien, Honorada Madre. No abriremos fuego... todavía.

—*Gran Honorada Madre* —la corrigió Murbella.

—Eso aún está por ver.

Avanzando con cautela, con sus sistemas de ataque activados y listos para responder, las veinte naves de la Nueva Hermandad rodearon aquella carcasa. Por un canal privado, Doria comentó:

—Podríamos colarnos fácilmente por uno de los boquetes del casco.

—Prefiero que no nos vean como agresoras —replicó Murbella, y luego transmitió por un canal abierto a la capitana sin nombre de la nave—: ¿Están operativas aún vuestras cubiertas de aterrizaje? ¿Son graves los daños?

—Una de las cubiertas aún sirve. —La capitana les dio instrucciones.

Murbella ordenó a la bashar Aztin y a la mitad de sus naves que se quedaran fuera vigilando, y entró al frente de las otras diez para enfrentarse a aquellas supervivientes de la que seguramente había sido una terrible batalla.

Cuando ella y las suyas desembarcaron en la cubierta de aterrizaje, Murbella se encontró con trece mujeres de aspecto magullado, todas ellas ataviadas con mallas de

colores. Muchas tenían hematomas, heridas mal curadas y emplastes.

La mujer con la expresión de cristal roto llevaba la mano liada en un vendaje. Murbella, siempre tan desconfiada, pensó enseguida que escondía un arma, aunque no era probable. Las Honoradas Matres veían sus propios cuerpos como armas. Aquella en particular miró con ira a Murbella y las suyas, algunas de las cuales vestían como Bene Gesserit, mientras que otras llevaban los arreos propios de las Honoradas Matres.

—Pareces diferente... extraña —dijo la capitana. En sus ojos aparecieron motas naranjas.

—Tú pareces derrotada —espetó Murbella. Las Honoradas Matres respondían a la fuerza, no a las palabras conciliadoras—. ¿Quién os ha hecho esto?

La mujer contestó con desprecio.

—El Enemigo, por supuesto. El Enemigo, que ha estado persiguiéndonos durante siglos, extendiendo plagas, destruyendo nuestros mundos. —Su rostro delataba escepticismo—. Si no sabes esto, es que no eres una Honorada Madre.

—Conocemos la existencia del Enemigo, pero llevamos mucho tiempo en el Imperio Antiguo. Muchas cosas han cambiado.

—¡Y por lo visto muchas han sido olvidadas! Parece que os habéis vuelto blandas y débiles, pero sabemos que el Enemigo ha estado en este sector. Hemos explorado lo mejor que hemos podido con esta nave. Y hemos encontrado varios planetas carbonizados, con destructores, sin duda.

Murbella no la corrigió, ni le dijo que esos planetas —mundos tleilaxu o Bene Gesserit, sin duda— habían sido destruidos por otras Honoradas Matres, no por el Enemigo Exterior.

Murbella se adelantó con hastío, preguntándose si aquellas trece Honoradas Matres eran las únicas que quedaban en toda la nave.

—Decidnos lo que sabéis de nuestro mutuo enemigo. Cualquier información nos ayudará a defendernos.

—¿Defenderos? No es posible defenderse contra un enemigo invisible.

—Aun así, lo intentaremos.

—¡Nadie puede plantarles cara! Debemos huir, coger lo que podamos para nuestra supervivencia y ser más rápidos que Él. Tú ya deberías saberlo. —Sus ojos amoratados se entrecerraron; el cristal roto de su expresión pareció más cortante—. A menos que no seas realmente una Honorada Madre. No reconozco a estas mujeres que te acompañan, ni su extraño atuendo, y tú tienes algo extraño... —Miró como si estuviera a punto de escupir—. Todos sabemos que el Enemigo tiene muchos rostros. ¿Es el tuyo uno de ellos?

Aquellas Honoradas Matres desconocidas se pusieron en tensión y saltaron sobre Murbella y las suyas. No conocían las superiores habilidades en combate de la Nueva Hermandad unificada, y estaban cansadas, heridas. Aun así, la desesperación dio alas a su agresividad.

Cuando el baño de sangre acabó, antes de que sometieran y mataran a las rebeldes, con la excepción de su capitana, había cuatro camaradas de Murbella muertas en el suelo.

Cuando quedó claro que sus compañeras iban a morir, la líder de las Honoradas Matres huyó por el muelle de amarre hacia un ascensor. Las Bene Gesserit que había con Murbella estaban perplejas.

—¡Es una cobarde!

Murbella ya había echado a correr hacia el ascensor.

—No, no es una cobarde. Se dirige hacia el puente. Destruirá la nave antes que permitir que caiga en nuestras manos.

El ascensor más próximo estaba dañado y no funcionaba. Murbella y varias hermanas corrieron hasta que encontraron un segundo ascensor que las llevó a toda velocidad hasta la cubierta de mando. La capitana podía destruir todos los registros de navegación y hacer estallar los motores (si es que seguían lo bastante operativos para responder a la orden de autodestrucción). No tenía ni idea de cuántos de los sistemas de la nave seguirían funcionando.

Cuando Murbella, Doria y otras tres bajaron en la cubierta de mando, los dedos de la capitana repiqueteaban con tanta fuerza sobre los diferentes paneles que las yemas le sangraban. Los paneles de control estaban cortocircuitados, y despedían chispas y humo. Murbella la alcanzó en un instante, la agarró por los hombros y la apartó de los mandos. La mujer se arrojó contra ellas, pero con un único golpe, la madre comandante le partió el cuello. No había tiempo para interrogatorios pausados.

Doria llegó la primera al panel y con impetuosidad arrancó los paneles con las manos y desconectó así la consola. Después, se los quedó mirando, incapaz de detener el daño que ya se había iniciado. Los extintores sofocaron los fuegos eléctricos.

Expertas Bene Gesserit examinaron los sistemas de control mientras Murbella esperaba, preocupada por la posibilidad de que la nave estallara. Una de las hermanas levantó la vista de uno de los puestos de navegación.

—Secuencia de autodestrucción interrumpida con éxito. La capitana ha destruido la mayoría de registros, pero he podido recuperar un grupo de coordenadas del exterior del Imperio Antiguo... el último lugar adonde viajó esta nave antes de huir hasta aquí.

Murbella tomó una decisión.

—Debemos averiguar lo que podamos sobre lo que ha pasado allí. —Aquel misterio llevaba años carcomiéndola—. Mandaré naves de reconocimiento a que exploren las coordenadas. Después de lo que ha pasado aquí, no quiero que nadie vuelva a insinuar que son imaginaciones mías cuando digo que un Enemigo viene a por nosotras. Si el Enemigo se ha puesto por fin en marcha, tenemos que saberlo.

Ingenuamente, las Honoradas Matres creen tener la lealtad de sus tleilaxu perdidos esclavizados. En realidad, muchos de estos tleilaxu procedentes de la Dispersión tienen sus propios planes. Como Danzarines Rostro, nuestra misión es arruinar las maquinaciones de todos ellos.

KHRONE, mensaje a los Danzarines Rostro

Incluso para los estándares de un tleilaxu perdido, el laboratorio construido sobre las cenizas de Bandalong era primitivo. Uxtal solo contaba con el material más básico, sustraído de instalaciones abandonadas utilizadas en otro tiempo por antiguos maestros, y era la primera vez que le encargaban un proyecto tan complejo. No podía dejar que las Honoradas Matres o los Danzarines Rostro sospecharan que la tarea tal vez le superaba.

Le asignaron a algunos ayudantes inútiles, en su mayoría varones de casta inferior con poca voluntad que habían sido subyugados por aquellas terribles mujeres. Ninguno de ellos poseía ningún conocimiento ni capacidad que pudiera ayudar. Debido a un supuesto desaire, las volubles Honoradas Matres ya habían asesinado a uno de aquellos patéticos hombrecitos y su sustituto no parecía mucho más capacitado.

Uxtal trataba de no demostrar su inquietud, de parecer enterado, aunque había muchas cosas que le confundían. Khrone le había ordenado que obedeciera a los Danzarines Rostro, y estos le decían que hiciera todo lo que ordenaran las Honoradas Matres. Ojalá supiera qué estaba pasando verdaderamente. ¿Estaban los Danzarines Rostro en realidad aliados con las violentas rameras? ¿O no era más que un truco astutamente arropado por otro truco? Meneó la cabeza dolorida con desazón. Las antiguas escrituras advertían sobre la imposibilidad de servir a dos amos, y ahora entendía por qué.

Por las noches, Uxtal apenas dormía unas horas, y estaba demasiado angustiado para descansar de verdad. Tenía que engañar a las rameras y a los Danzarines Rostro. Crearía el ghola que Khrone quería —¡eso podía hacerlo!— y trataría de fabricar la especia alternativa con base de adrenalina que las Honoradas Matres necesitaban. Sin embargo, la creación de especia auténtica estaba mucho más allá incluso de sus capacidades imaginarias.

En un gesto de magnanimidad, Hellica le había proporcionado gran cantidad de cuerpos femeninos para que los utilizara como tanques axlotl, y él ya había hecho las modificaciones necesarias en uno (después de hacer una chapuza con los tres anteriores). De momento, todo bien. Aparte del material que tenía en su primitivo laboratorio, en principio con el tanque tenía que bastar para lograr su objetivo. Ahora solo tenía que crear el ghola y entregarlo, y Khrone le recompensaría (eso esperaba).

Por desgracia, eso significaba que su suplicio se prolongaría al menos nueve meses. Y no sabía si podría soportarlo.

Sospechando de la presencia de Danzarines Rostro por todas partes, Uxtal empezó a cultivar un niño a partir de las misteriosas células extraídas de la cápsula de nulotropía extraída del maestro tleilaxu muerto. Entretanto, día sí y día también, la Madre Superiora le hacía saber de su impaciencia por tener su suministro del sustituto de la melange. Estaba celosa de cada segundo que dedicaba a algo que no fueran sus necesidades. Y él, asustado y agotado, se veía obligado a cumplir con los dos encargos, aunque no tenía experiencia en ninguna de las dos cosas.

En cuanto el bebé ghola sin identificar estuvo implantado en el primer tanque axlotl funcional, Uxtal volcó sus esfuerzos en crear la alternativa de la especia. Las rameras ya sabían cómo crearla, así que no tenía que hacer ningún descubrimiento ni tener flashes de ingenio en ese campo. Solo tenía que fabricar el producto en grandes cantidades. Las Honoradas Matres no querían malgastar su tiempo en semejantes menesteres.

Por un momento miró por una ventana de seguridad de un sentido al cielo gris. El paisaje de su alma era como las colinas carbonizadas y sin vida que veía a lo lejos. No quería estar allí. Y algún día buscaría la forma de escapar.

Uxtal, que había nacido en un círculo religioso aislado, se sentía muy incómodo rodeado de mujeres dominantes. En la raza tleilaxu, las hembras se criaban y en cuanto alcanzaban la madurez sexual se las convertía en matrices sin cerebro. Ese era su único propósito. Las Honoradas Matres eran lo contrario de lo que Uxtal consideraba adecuado y lógico. Nadie conocía el origen de las rameras, pero la propensión a la violencia parecía algo innato en ellas.

Y se preguntó si algún maestro tleilaxu renegado no las habría creado para que eliminaran a las Bene Gesserit, igual que los futar, que supuestamente habían sido creados para eliminar a las Honoradas Matres. ¿Y si aquellas monstruosidades femeninas habían escapado al control de su creador y el resultado fue la destrucción de todos los mundos sagrados y la esclavización de un puñado de tleilaxu perdidos, si todo había salido mal?

En aquellos momentos, Uxtal andaba arriba y abajo, tratando de dar la imagen de un administrador al mando, observando a dos ayudantes de laboratorio con batas blancas que se ocupaban de vigilar el tanque ghola especial.

Acababan de agregar un nuevo módulo al edificio mediante un mecanismo suspensor. Esta nueva sección tenía tres veces el tamaño de la antigua y para acomodarla hubo que retirar las vallas de la granja de sligs y expropiar una parte de las tierras. Uxtal esperaba que el granjero se quejara e incurriera de ese modo en la ira de las Honoradas Matres, pero el hombre —¿cómo era, Gaxhar?— se limitó a trasladar dócilmente a sus sligs a otra zona de la granja. Las mujeres también le exigieron un suministro continuado de carne de slig, y él obedeció. Para Uxtal era un

consuelo ver a alguien tan sumiso, saber que no era el único que estaba indefenso en Bandalong.

En la parte más antigua del laboratorio, sometían a las prisioneras a lobotomías de carácter químico y las convertían en simples recipientes de cría. Y, desde ciertas partes separadas de la nueva ala, a Uxtal le llegaban los gritos de otras mujeres, porque el dolor (técnicamente, la adrenalina, las endorfinas y otras sustancias que el organismo produce como respuesta al dolor) era el principal ingrediente de la especia especial que tanto anhelaban las Honoradas Matres.

Hellica, la Madre Superiora, ya había visitado las nuevas cámaras para supervisar los detalles.

—Nuestras instalaciones estarán listas en cuanto tengan un bautizo apropiado.

La mujer llevaba puestas unas mallas de color oro y plata que mostraban las generosas curvas de su cuerpo, una capa a juego y un turbante enjoyado que parecía una corona montada sobre sus cabellos rubios.

Uxtal no estaba particularmente interesado en saber lo que quería decir. Cada vez que veía a la Madre Superiora, tenía que hacer un gran esfuerzo para no demostrar su desprecio, aunque seguramente ella se lo veía escrito en la cara cenicienta. Por su propio bien, intentaba demostrar solo la cantidad justa de miedo en su presencia, pero no demasiado. No se mostraba servil... o al menos eso creía.

Tras una tanda particularmente larga de gritos procedentes de la nueva ala del edificio, Hellica entró en aquella parte del laboratorio, donde el tanque axlotl fecundado descansaba sobre una mesa cromada. La mujer disfrutaba contemplando aquel montón de carne sudorosa y olorosa. Y le dio a Uxtal un codazo tan fuerte que le hizo perder el equilibrio, como si fueran compañeros de armas.

—Es una forma muy interesante de tratar el cuerpo humano, ¿no crees? Solo apta para mujeres que no son dignas de más.

Uxtal no había querido preguntar de dónde procedían las donantes. No era asunto suyo, y no quería saberlo. Pero tenía la sospecha de que las Honoradas Matres habían capturado a varias de sus odiadas rivales Bene Gesserit en otros planetas. Bueno ¡eso sí que habría valido la pena verlo! Así, como tanques axlotl hinchados, aquellas mujeres al menos ocupaban el lugar que les correspondía, se habían convertido en receptáculos para la cría. El ideal tleilaxu de la mujer...

Cuando vio que los dos ayudantes de laboratorio estaban ocupados con el tanque, Hellica frunció el ceño.

—¿Es este proyecto más importante que el mío? Necesitamos nuestra droga... ¡no debéis demoraros!

Los dos ayudantes se quedaron petrificados. Uxtal se apresuró a hacer una reverencia ante ella y dijo:

—Por supuesto que no, Madre Superiora. Estamos aquí para satisfacer vuestros deseos.

—¿Mis deseos? ¿Y qué sabes tú cuáles son mis deseos? —Y se cernió sobre él, observándolo con su mirada predadora—. No sé si tienes el estómago necesario para hacer este trabajo. Todos los maestros originales murieron como castigo por sus crímenes pasados. No me obligues a incluirte en la lista.

¿Crímenes? ¿Qué podían haber hecho los tleilaxu originales a las Honoradas Matres que fuera tan grave como para querer exterminarlos?

—Yo solo entiendo de genética, Madre Superiora, no de política. —Hizo una reverencia y se quitó rápidamente de en medio—. Me complace enormemente servirlos.

Las cejas claras de la mujer se arquearon.

—Tu misión en la vida es servir.

Cuando el pasado regresa a nosotros en toda su gloria y dolor, no sabemos si abrazarlo o salir corriendo.

DUNCAN IDAHO, *Confesiones de algo más que un mentat*

En otro tiempo, los dos tanques axlotl del centro médico de la no-nave habían sido Bene Gesserit. Voluntarias. Ahora lo único que quedaba de ellas eran voluminosos montículos de carne, brazos y piernas flácidos, mentes completamente vacías. Eran matrices vivientes, fábricas biológicas para la creación de especia.

Teg no podía mirarlas sin sentirse desolado. En el centro médico el aire olía a antiséptico, a medicinas, y a canela.

El Manual de las Acólitas decía: «Una necesidad concreta siempre lleva a la solución». Durante el primer año de su odisea, el maestro tleilaxu había revelado el secreto para fabricar melange con tanques axlotl. Conscientes de lo que había en juego, dos de las refugiadas se presentaron voluntarias. Las Bene Gesserit siempre hacían lo que era necesario, incluso a aquel nivel.

Años atrás, en Casa Capitular, Odrade, la Madre Superiora, también había permitido la creación de tanques axlotl para los experimentos con gholas de la Hermandad. Enseguida encontraron voluntarias que consideraban que aquella era la mejor forma de servir a su orden. Él mismo, su nuevo cuerpo, había salido de una de ellas hacía catorce años.

Las Bene Gesserit saben cómo exigirnos nuestro sacrificio. De alguna forma consiguen que deseemos hacerlo. Teg había derrotado a muchos enemigos, utilizando sus conocimientos tácticos para dar una victoria tras otra a la Hermandad. Su muerte en Rakis había sido el sacrificio último.

Teg seguía mirando los tanques axlotl... a aquellas *mujeres*. Hermanas que habían entregado su vida pero de un modo distinto. Y ahora, gracias a Scytale y su cápsula oculta de nulentropía, Sheeana necesitaba más tanques.

Al analizar el contenido de la cápsula, las doctoras suk habían descubierto que junto a las otras también había células de Danzarines Rostro, y eso hizo que surgieran sospechas sobre el maestro. Scytale se apresuró a aclarar que el proceso podía controlarse, que podían identificar y seleccionar solo a los individuos a los que quisieran resucitar en forma de gholas. El pequeño maestro, viendo que su vida declinaba, ya no tenía con qué negociar. Y en un momento de debilidad, explicó cómo separar las células de los Danzarines Rostro de las otras.

Y luego, una vez más, suplicó que le dejaran crear un ghola de sí mismo, antes de que fuera demasiado tarde.

En aquellos momentos, Sheeana andaba arriba y abajo por el centro médico, observando a Scytale con los hombros rígidos y el cuello arqueado. El maestro tleilaxu aún no se sentía del todo a gusto con su nueva libertad. Parecía nervioso,

como si se sintiera culpable por haber revelado tantas cosas. Lo había contado todo, y ya no tenía ningún control.

—Lo mejor serían tres tanques nuevos —dijo el hombre como si hablara del tiempo—. De otro modo, crear el grupo deseado de gholas uno a uno llevaría demasiado tiempo, puesto que cada uno necesita nueve meses de gestación.

—Confío en que encontraremos voluntarias. —La voz de Sheeana era fría.

—Cuando iniciéis finalmente el programa, mi ghola tendría que ser el primero. —Scytale pasó la vista de uno de aquellos pálidos tanques axlotl al otro, como un médico que examina los tubos de ensayo en un laboratorio—. Mi necesidad es más apremiante.

—No —dijo Sheeana—. Debemos verificar que lo que dices es cierto, que realmente esas células son muestras de quien dices que son.

El minúsculo hombre miró a Teg frunciendo el ceño, como si esperara apoyo de alguien que decía servir al honor y la lealtad.

—Sabéis perfectamente que la parte genética ya ha sido verificada. Vuestras propias bibliotecas y secuenciadores de cromosomas han tenido meses para comparar y catalogar el material celular que os proporcioné.

—El solo hecho de cribar las células y seleccionar a los primeros candidatos será una tarea ingente. —Habla con tono pragmático. Todas las células habían sido separadas y almacenadas en cajones seguros en la biblioteca genética, protegidas mediante códigos de seguridad y con vigilancia para asegurarse de que nadie las manipulaba—. Tu gente se mostró muy ambiciosa con las células que robó y que se remontan a los tiempos de la Yihad Butleriana.

—Las adquirimos. Sí, es posible que los míos no tuvieran programas reproductivos como los vuestros, pero sabíamos que había que conservar la línea de los Atreides. Sabíamos que importantes acontecimientos estaban por llegar y que vuestra prolongada búsqueda de un kwisatz haderach sobrehumano probablemente se haría realidad en la época de Muad'Dib.

—Bueno, ¿y cómo conseguisteis todas esas células? —preguntó Teg.

—Durante milenios, los obreros tleilaxu han manipulado a los muertos. Aunque muchos lo consideran una profesión sucia y despreciable, nos permitía un acceso a los cuerpos, sin precedentes. Si un cuerpo no está totalmente destruido, conseguir un par de muestras de piel es muy sencillo.

Teg solo tenía catorce años, y aún era un joven larguirucho. Cuando se sentía abochornado, le salían gallos, por mucho que los pensamientos y los recuerdos de su mente fueran los de un anciano. Habló lo bastante bajo para que solo Sheeana le oyera.

—Me gustaría conocer a Paul Muad'Dib y su madre, dama Jessica.

—Eso es solo el principio —dijo Scytale, y sus ojos furiosos miraban a Sheeana—. Y aceptasteis mis términos, Reverenda Madre.

—Tendrás tu ghola. Pero de momento no tengo prisa.

Aquel duendecillo se mordió el labio inferior con sus dientes diminutos y afilados.

—El tiempo se agota. Necesito tiempo para crear mi ghola y que crezca lo suficiente para que pueda despertar sus recuerdos.

Sheeana agitó la mano con desdén.

—Tú mismo dijiste que aún te quedan al menos diez años, seguramente quince. Tendrás la mejor atención médica. Nuestras doctoras Bene Gesserit vigilarán la evolución de tu salud. Y si no quieres que sean mujeres quienes te cuiden, el rabino es un doctor suk retirado. Entretanto, probaremos las nuevas células que nos has proporcionado.

—¡Por eso necesitáis tres tanques axlotl más! El proceso de conversión llevará meses, luego hay que implantar el embrión, y esperar durante el período de gestación. Tenemos que hacer muchas pruebas. Cuanto antes creemos los suficientes gholas para aclarar vuestras dudas, antes comprobaremos la veracidad de cuanto he dicho.

—Y antes podrás tener tu ghola —añadió Teg y se quedó mirando fijamente los dos tanques axlotl, hasta que pudo imaginar a las mujeres que eran antes del horripilante proceso de conversión, mujeres reales con una mente y un corazón. Mujeres con una vida y unos sueños, con gente que las quería. Y sin embargo, en cuanto la Hermandad dijo lo que necesitaba, se ofrecieron sin vacilar.

Teg sabía que Sheeana solo tenía que pedirlo. Y habría nuevas voluntarias que verían como un honor gestar a héroes de los legendarios días de Dune.

Somos la fuente de la supervivencia humana.

MADRE COMANDANTE MURBELLA

Las exploradoras de Murbella regresaron con expresión macilenta de un reconocimiento por las coordenadas que habían encontrado en la nave fugitiva de las Honoradas Matres. En su viaje a un lejano sistema estelar, mucho más allá de los límites conocidos de la Dispersión, encontraron evidencia de una gran carnicería.

Cuando Murbella tuvo las grabaciones, las visionó en su habitación, en compañía de Bellonda, Doria y la vieja Madre de Archivos Accadia.

—Totalmente exterminados —dijo la exploradora, una antigua Honorada Madre llamada Kiria, joven y ardiente—. A pesar de su potencia militar y su agresividad... —La mujer seguía sin acabar de creerse lo que estaba diciendo, lo que había visto. Colocó un rollo de hilo shiga en el proyector y los hologramas aparecieron en medio de la habitación—. Podéis verlo por vosotras mismas.

El planeta sin identificar, una tumba calcinada, era obviamente un antiguo centro de población de Honoradas Matres; los reductos de docenas de grandes ciudades presentaban la distribución típica. Toda la población había muerto, los edificios se veían ennegrecidos, había secciones enteras de las ciudades convertidas en cráteres vidriosos, infraestructuras fundidas, puertos espaciales cubiertos de grietas, y una atmósfera que era como un caldo de hollín y vapores venenosos.

—Esto es aún peor. —Profundamente turbada, Kiria pasó a otras imágenes, que mostraban un campo de batalla espacial. Esparcidos por la zona orbital, flotaban los restos de miles de naves enormes y con pesados blindajes. Naves fuertemente armadas, la poderosa flota de las Honoradas Matres... destruida en su totalidad, y formando un amplio anillo—. Hemos escaneado los restos, madre comandante. Todas las naves presentan un diseño similar al de la que encontramos aquí. Y no había naves destruidas de otro tipo. ¡Es increíble!

—¿Cuál es el significado de todo esto? —preguntó Bellonda.

Kiria contestó con voz brusca.

—Significa que las Honoradas Matres fueron aniquiladas (miles de sus mejores naves de guerra) y que no consiguieron destruir... ¡ni una sola de las naves enemigas! —Golpeó la mesa con el puño.

—A menos que el Enemigo retirara sus naves dañadas para mantener en secreto su forma de operar —dijo Accadia, aunque la explicación no parecía muy plausible.

—¿No habéis encontrado ninguna pista sobre la naturaleza del Enemigo? ¿O de las Honoradas Matres? —Una vez más, Murbella había tratado de buscar en las Otras Memorias, de adentrarse en su pasado, pero solo había encontrado misterios y callejones sin salida. Su mente solo podía remontarse a través de los linajes Bene

Gesserit, siguiendo una vida tras otra, hasta los días de la Vieja Tierra. Pero por las líneas de Honoradas Matres no encontraba prácticamente nada.

—He reunido la suficiente información para estar asustada —dijo Kiria—. Se trata claramente de una fuerza a la que no podemos derrotar. Si una cantidad tan grande de Honoradas Matres ha sido destruida, ¿qué esperanza tiene la Nueva Hermandad?

—Siempre hay esperanza —dijo la vieja Accadia sin ninguna convicción, como si estuviera citando un tópico.

—Y ahora también hay un incentivo y una dura advertencia —dijo Murbella. Miró a sus consejeras—. Convocaré una reunión inmediatamente.

— o O o —

Casi un millar de mujeres fueron convocadas desde todos los confines del planeta y hubo que modificar sustancialmente la sala de asambleas para el evento. El trono de la madre comandante y todos los símbolos de su cargo se retiraron; muy pronto el significado de aquel gesto quedaría a la vista de todas. Ordenó que se cubrieran todos los frescos y decoraciones de las paredes y los techos abovedados para dar a la sala un aire utilitario. Una señal de que debían concentrarse en importantes asuntos.

Sin explicar el porqué, la Odrade-interior le recordó a Murbella un axioma Bene Gesserit: «Toda vida es una sucesión de tareas y decisiones aparentemente insignificantes, que culminan en la definición del individuo y su propósito en la vida. —Y siguió con otro—. Cada hermana es parte de un organismo humano más grande, una vida dentro de otra vida».

Murbella pensó en el descontento que bullía entre las diferentes facciones, incluso allí, en Casa Capitular, y entendió por qué lo decía.

—Cuando nuestras hermanas se matan entre ellas, mueren más que simples individuos.

Recientemente, durante una comida, un altercado había terminado con una Bene Gesserit muerta y una Honorada Madre en un coma profundo. Murbella había decidido convertir a la que estaba en coma en tanque axlotl como castigo ejemplar, pero ni siquiera eso era suficiente para castigar aquella continua y descarada actitud de desafío.

Mientras andaba arriba y abajo por la sala de conferencias, la madre comandante se obligó a recordar los avances que había logrado en los pasados cuatro años, desde la fusión forzada. Ella misma había necesitado años para hacer el cambio, para aceptar las enseñanzas de base de la Hermandad y ver los defectos de los métodos violentos y los objetivos a corto plazo de las Honoradas Matres.

Tiempo atrás, cuando estuvo presa entre las Bene Gesserit, incluso ella había asumido ingenuamente que su fuerza y sus capacidades serían más fuertes que las de

las brujas. ¡Cuánta arrogancia! Al principio maquinó para destruir a la Hermandad desde dentro, pero cuanto más aprendía del saber y la filosofía Bene Gesserit, más comprendía —y detestaba— los defectos de la organización a la que había pertenecido. Ella fue la primera conversa, el primer híbrido entre Honorada Madre y Bene Gesserit...

La mañana de la reunión, las representantes tomaron asiento en los lugares que les habían asignado, sobre cojines verde oscuro dispuestos en una serie de círculos concéntricos, como pétalos de una flor que se abre. La madre comandante puso su cojín entre los de sus hermanas, en lugar de alzarse por encima de todas desde su trono.

Murbella vestía un sencillo traje negro de una pieza que le permitía una libertad total de movimiento, pero sin los llamativos colores, sin la capa ni la ornamentación que tanto gustaban a las Honoradas Matres; también evitaba las túnicas amplias con que las Bene Gesserit ocultaban sus formas.

Mientras veía a las representantes formar un tapiz de colores y ropajes inconexos, Murbella decidió imponer un código en el vestir. Tendría que haberlo hecho hacía cosa de un año, tras la refriega que se saldó con la muerte de varias acólitas. Ya habían pasado cuatro años, y sin embargo aquellas mujeres seguían aferrándose a su antigua identidad. No habría más bandas en los brazos, ni colores o capas chillonas, no más túnicas de cuervo. A partir de ahora, un sencillo traje negro de una sola pieza serviría para todas.

Las dos partes tendrían que aceptar cambios. Murbella no buscaba compromiso, sino síntesis. Porque el compromiso solo podía llevar a los dos extremos del círculo a una media inaceptable y débil. No, cada grupo debía tomar lo mejor del otro y descartar el resto.

Intuyendo la inquietud de las presentes, Murbella se incorporó sobre las rodillas y miró a las mujeres. Había oído hablar de nuevos grupos de antiguas Honoradas Matres que habían huido para unirse a las forajidas de la región del norte. Otros rumores —que ya no parecían tan absurdos— sugerían que algunas incluso se habían unido al grupo de rebeldes más importante, liderado por la madre superiora Hellica, en Tleilax. A la luz de lo que acababan de descubrir sobre el Enemigo, no podía tolerar más distracciones.

Sabía que muchas de las hermanas allí reunidas se opondrían automáticamente a los cambios que quería imponer. Ya estaban resentidas por los altercados que había provocado en el pasado. Durante un espeluznante momento, se sintió como Julio César ante el senado, cuando quiso proponer reformas monumentales que habrían beneficiado al Imperio. Y los senadores votaron con sus dagas.

Antes de hablar, Murbella realizó un ejercicio de respiración Bene Gesserit para tranquilizarse. Y de pronto notó un cambio en las corrientes de aire de la sala, algo intangible. Entrecerrando los ojos, se fijó en todos los detalles, en el lugar que ocupaba cada mujer.

Tras conectar el sistema de sonido de la sala con una señal de la mano, Murbella habló a través de un micrófono que descendió sobre un suspensor y quedó delante de su cara.

—Soy distinta a cualquier líder que las Honoradas Matres hayan podido tener. No es mi propósito complacer a todo el mundo, sino forjar un ejército que tenga una oportunidad, por pequeña que sea, de sobrevivir. Se trata de nuestra supervivencia. No podemos permitirnos perder el tiempo con cambios graduales.

—¿Y podemos permitirnos realmente algún cambio? —dijo una Honorada Madre con tono gruñón—. No veo que nos hayan beneficiado en nada.

—Dices eso porque tú no ves. ¿Piensas abrir los ojos o regodearte en tu ceguera? —Los ojos de la otra mujer relampaguearon, aunque las motas naranjas habían desaparecido hacía tiempo por la falta de un sustituto de especia.

Una Bene Gesserit llegó por detrás, tarde. Descendió por un estrecho pasillo, escudriñando la zona, como si buscara su asiento. Pero todas las presentes conocían el lugar que se les había asignado. La recién llegada no tendría que haber ido por aquel lado.

Murbella la veía en su zona periférica de visión, pero siguió hablando, como si no hubiera notado nada extraño. Aquella mujer de pelo oscuro y pómulos altos no le era familiar. *No la conozco.*

Mantuvo la vista al frente, contando los segundos, mientras seguía mentalmente los avances de la recién llegada. Y entonces, sin mirar atrás, utilizando los reflejos adquiridos gracias a su adiestramiento como Bene Gesserit y Honorada Madre, se puso en pie de un salto y giró en el aire para ver de cara a la otra y, antes de que sus pies tocaran el suelo, su cuerpo se dobló hacia atrás, porque en un único movimiento, la atacante se sacó algo del bolsillo de la túnica y atacó. Blanco lechoso y afilado como cristal... ¡una antigua daga crys!

Los músculos de Murbella respondían sin necesidad de un pensamiento consciente. Se agachó, con una palma extendida, y golpeó hacia arriba contra la muñeca. Un hueso delgado crujió con un sonido como de madera seca. Los dedos de la aspirante a asesina se abrieron y el crys cayó, pero lo hizo tan despacio que fue como si estuviera suspendido, como una pluma. Cuando la mujer levantó el otro brazo para evitar un segundo golpe, Murbella le asestó un puñetazo en la garganta, y le destrozó la laringe sin darle tiempo ni a gritar.

La adversaria de Murbella se desplomó, el crys cayó al suelo y la hoja se hizo añicos. En cierto modo, Murbella se sintió complacida al ver que tanto las hermanas como las Honoradas Matres saltaban instintivamente de sus cojines por si había otras implicadas en el intento de atentado. En sus movimientos, Murbella reconocía la verdad, igual que había visto la falsedad en los movimientos de la atacante.

La gorda Bellonda y la enjuta Doria saltaron sobre la caída para sujetarla. ¡Estaban actuando en colaboración! Aún de pie, Murbella escudriñó la sala y catalogó los rostros que veía para asegurarse de que no había más intrusas, más amenazas.

Aunque la atacante solitaria se sacudía, tratando de respirar, o quizá de morir, Bellonda le oprimía la garganta con la mano para mantener la vía de aire y evitar que muriera. Doria pedía a gritos un doctor suk.

El crys quebrado yacía en el suelo, junto a la mujer moribunda. Murbella lo evaluó con una mirada y comprendió. Un arma tradicional... métodos antiguos. El simbolismo del gesto estaba claro.

Murbella utilizó la Voz, con la esperanza de que la mujer estuviera demasiado débil para utilizar las defensas habituales contra la orden.

—¿Quién eres? ¡Habla!

Con una voz rota y quebrada que raspaba su garganta, la mujer contestó. Parecía contenta, desafiante.

—Soy tu futuro. Otras como yo surgirán de entre las sombras, caerán del techo, se abalanzarán sobre ti salidas de la nada. ¡Y tarde o temprano te mataremos!

—¿Por qué queréis matarme? —Las otras Bene Gesserit de la sala habían caído en un profundo silencio y trataban de oír lo que decía la atacante.

—Por lo que le has hecho a la Hermandad. —La mujer consiguió volver la cabeza hacia Doria, símbolo de las Honoradas Matres. De haber tenido fuerzas, quizá le habría escupido—. Eres la madre comandante, y estás provocando la alarma por un Enemigo Exterior, y sin embargo dejas que el verdadero enemigo se instale entre nosotras. ¡Necia!

Con el ceño ligeramente fruncido, Bellonda dijo el nombre de la agresora tras rebuscar en su mente de mentat.

—Es la hermana Osafa Chram. Una de las trabajadoras de los huertos, recién llegada del otro lado del planeta.

Una Bene Gesserit ha tratado de matarme. Ya no se trataba solo de Honoradas Matres sedientas de poder que trataban de usurpar su puesto.

—Sheeana hizo bien al huir... ¡y dejar que nos pudriéramos aquí! —Osafa Chram miró a las hermanas, luego dedicó una última mirada furibunda a Murbella, y entonces reunió el valor y se obligó a morir.

Cuando vio que la asesina empezaba a sacudirse, Murbella gritó.

—¡Bellonda! ¡Comparte con ella! ¡Debemos averiguar lo que sabe! Hasta qué punto está extendida la conspiración.

La Reverenda Madre reaccionó con una rapidez y gracia inesperadas, apoyó las palmas en las sienes de la mujer y unió su frente a la de ella.

—¡Se resiste a mí incluso en la hora de su muerte! No deja que su pensamiento fluya. —Bellonda pestañeó, luego se apartó—. Se ha ido.

Doria se inclinó sobre la mujer e hizo una mueca.

—¿Oléis eso? Shere, y mucho. Se ha asegurado de que no pudiéramos liberar su pensamiento ni siquiera con una sonda mecánica.

Las hermanas presentes murmuraban con inquietud. Murbella se preguntó si no sería mejor someter a todo el mundo a un interrogatorio con las guardianas de la

verdad. Pero, si aquella hermana Bene Gesserit había tratado de matarla, ¿podía confiar realmente en sus guardianas de la verdad?

Tratando de concentrarse, señaló el cadáver con un gesto de desdén de la mano.

—Lleváosla. Las demás, volved a vuestros asientos. Una asamblea es algo muy serio, y ya nos hemos salido del programa.

—¡Estamos con vos, madre comandante! —gritó una joven entre el público. Murbella no sabía quién.

Doria regresó con discreción a su asiento, mirando a Murbella con envidia y respeto. Algunas de las antiguas Honoradas Matres que había en la sala estaban claramente sorprendidas —indignadas unas, con cara de suficiencia otras— porque el ataque hubiera venido de las pacifistas Bene Gesserit.

El cuerpo fue retirado a toda prisa, y Murbella no le dedicó más que una mirada molesta.

—He evitado intentos de asesinato otras veces. Tenemos un importante trabajo que hacer. Hemos de aplastar estas estúpidas rebeliones en nuestro seno, eliminar todo vestigio de nuestros conflictos pasados.

—Para eso haría falta una amnesia colectiva —dijo Bellonda en son de mofa.

Una ligera oleada de risas se extendió por la sala y se apagó enseguida.

—Yo la impondré —dijo Murbella con mirada furiosa—, no me importa las cabezas que tenga que golpear para lograrlo.

El tejido del universo está conectado por hilos de pensamiento y una maraña de alianzas. Otros quizá puedan atisbar una parte del diseño, pero solo nosotros podemos descifrarlo en su totalidad. Y podemos utilizar esa información para formar una red mortífera con la que atrapar a nuestros enemigos.

KHRONE, mensaje secreto a la miríada de Danzarines Rostro

Un comunicado insistente atrapó a Khronne en la red de taquiones cuando la nave de la Cofradía partió de Tleilax, donde había comprobado en secreto los progresos que hacía el nuevo ghola en su tanque axlotl.

Su lacayo Uxtal había conseguido implantar un embrión creado a partir de las células ocultas en el cuerpo calcinado del maestro tleilaxu. Vaya, después de todo no era del todo incompetente. El niño misterioso estaba desarrollándose. Y si su identidad era la que Khronne sospechaba, las posibilidades eran interesantes.

Un año atrás, Khronne había dejado a Uxtal en Bandalong con instrucciones muy estrictas, y el investigador, aterrado, había obedecido en todo. Con una imprimación mental de los conocimientos de Uxtal, aquel trabajo podía haberlo hecho cualquier Danzarín Rostro, pero aquel hombre trabajaba con un desespero que ningún Danzarín Rostro podría igualar. Ah, el predecible instinto de supervivencia de los humanos... Era tan fácil utilizarlo en su contra...

Mientras el carguero de la Cofradía se desplazaba hacia el lado nocturno de Tleilax, a través de las pantallas panorámicas veía las cicatrices negras de las ciudades que habían sido borradas del mapa. Solo unas pocas luces que brillaban débilmente señalaban poblaciones que luchaban por sobrevivir. En algún lugar, allá abajo, habían tenido su origen las más grandes obras de los tleilax, incluso las versiones primitivas de los Danzarines Rostro, miles de años atrás. Aunque, comparadas con la obra maestra que eran Khronne y sus compañeros, aquellos híbridos que cambiaban de forma eran poco más que pinturas rupestres.

Los Danzarines Rostro habían suplantado a la tripulación de la nave, tras matar y reemplazar a un puñado de hombres de la Cofradía, y solo dejaron al navegante, que seguía en su tanque, ajeno a todo. Khronne no estaba seguro de que un Danzarín Rostro pudiera imprimir y sustituir a la figura mutada de un navegante. Era un experimento que consideraría más adelante. Entretanto, nadie sabría que había ido a Tleilax a observar.

Nadie excepto los lejanos controladores que vigilaban a los Danzarines Rostro en todo momento.

En aquel instante, mientras caminaba por un pasillo de la nave, sus pasos vacilaron. Las paredes de metal pulido se emborronaron y perdieron nitidez. El entorno que veía se ladeó. De pronto, la realidad de la nave se desvaneció, y Khronne quedó suspendido en un frío vacío, sin ninguna superficie visible bajo los pies. Las

líneas centelleantes y coloridas de la red de taquiones lo envolvieron, las conexiones se extendían por todas partes a través del universo.

Khrone se quedó inmóvil, y miró a su alrededor con los ojos muy abiertos. Prefirió no hablar.

Ante él distinguió una imagen afilada como el cristal de las figuras que las dos entidades decidieron que viera: una pareja de ancianos, tranquila y amable. En realidad, eran cualquier cosa menos amables e inofensivos. Los dos tenían ojos brillantes, pelo blanco, y una piel arrugada que irradiaba calidez y una imagen de salud. Llevaban ropas cómodas: el anciano, una camisa roja a cuadros, y ella un mono de jardín. Pero, aunque había adoptado las formas de un cuerpo femenino, no había nada femenino en ella. En la visión que atrapó a Khrone, los ancianos estaban entre árboles frutales en flor, tan cargados de pétalos blancos y abejas que Khrone podía olerlas y oírlas.

No entendía por qué insistían en mostrar aquella fachada, pero desde luego no era por él. A él no le importaba su aspecto, no le impresionaba.

A pesar de su cara de abuelo, las palabras del hombre fueron bruscas.

—Estamos empezando a impacientarnos contigo. La no-nave se nos escapó de Casa Capitular. La vimos un instante hace un año, pero volvió a escapar. Nosotros seguimos buscando, pero prometiste que tus Danzarines Rostro la encontrarían.

—La encontraremos. —Khrone ya no sentía la nave a su alrededor. El aire tenía el aroma dulce de las flores—. Los fugitivos no nos podrán esquivar para siempre. Los tendréis, os lo aseguro.

—No podemos esperar tanto. Después de tantos milenios, el tiempo se nos echa encima.

—Vamos, vamos, Daniel —le reprendió la anciana—. Te concentras demasiado en el objetivo. ¿Qué has aprendido mientras perseguíamos la no-nave? ¿Acaso el viaje en sí no nos ha brindado numerosas recompensas?

El anciano la miró con gesto hosco.

—Eso no viene al caso. Siempre me ha preocupado la poca fiabilidad de tus mascotas de distracción. A veces sienten la necesidad de convertirse en mártires. ¿No es así, Mártir mía? —Y lo dijo con un profundo sarcasmo.

La anciana rio entre dientes como si el hombre estuviera bromeando.

—Sabes muy bien que prefiero que me llames Marty. Es un nombre más humano, más personal.

Se volvió hacia los árboles floridos que tenía a su espalda y alzó su mano marrón para coger un portygul de una redondez perfecta.

El resto de flores desaparecieron y de pronto el árbol estaba cargado de fruta madura, lista para cogerla.

Khrone hervía por dentro, perdido en aquel mundo extraño e ilusorio. No le gustaba que sus supuestos amos pudieran presentarse de forma tan inesperada, estuviera donde estuviese. La miríada de Danzarines Rostro era una red muy

extendida, estaban por todas partes, y atraparían la no-nave. Él mismo deseaba controlar aquella nave perdida y sus valiosos pasajeros tanto como el anciano y la anciana. Tenía sus propios planes, aunque aquellos dos no sospechaban nada. Y el gholá que estaba desarrollando en Tleilax podía ser una pieza clave de su plan.

El anciano se ajustó el sombrero de paja sobre la cabeza y se inclinó hacia Khroné, aunque su imagen venía de un lugar imposiblemente lejano.

—Nuestras detalladas proyecciones nos han dado la respuesta que buscábamos. No hay error posible. Kralizec pronto caerá sobre nosotros, y para vencer necesitamos al kwisatz haderach, el ser sobrehumano criado por las Bene Gesserit. De acuerdo con las predicciones, la no-nave es la clave. Él está, o estará, a bordo.

—¿No es asombroso que unos simples humanos llegaran a la misma conclusión que nosotros hace miles de años con sus profecías y sus escritos? —La anciana se sentó en un banco y se puso a pelar el portygal. Un jugo dulzón le chorreaba entre los dedos.

Sin dejarse impresionar, el anciano agitó su mano callosa.

—Escribieron tantas profecías que era imposible que se equivocaran en todas. Sabemos que cuando consigamos la no-nave, tendremos el kwisatz haderach. Eso está demostrado.

—Ha sido predicho, Daniel, pero no está demostrado. —La mujer le ofreció una parte de la fruta, pero el anciano la rechazó.

—Una cosa está demostrada cuando no hay duda. Y yo no tengo ninguna duda.

A Khroné no le hizo falta fingir seguridad.

—Mis Danzarines Rostro encontrarán la no-nave.

—Confiamos en tus capacidades, querido Khroné —dijo la anciana—. Pero han pasado casi cuatro años, y queremos algo más que palabras. —Sonrió dulcemente, como si fuera a extender la mano y darle una palmadita en la mejilla—. No olvides tus obligaciones.

De pronto, las líneas multicolores de fuerza que rodeaban a Khroné se pusieron incandescentes. A través de todos los nervios de su cuerpo, penetrando cada músculo, cada hueso, sintió una terrible agonía, un dolor indescriptible que iba más allá de sus células y su cerebro. Con su control intrínseco de Danzarín Rostro trató de bloquear sus receptores, pero no había escapatoria. La agonía continuó, y sin embargo la voz de la anciana seguía sonando con una claridad excepcional en el fondo de su mente:

—Podemos prolongar esto diez millones de años si queremos.

De pronto el dolor había desaparecido. Y el anciano estiró el brazo para coger la mitad de la fruta que la mujer le ofrecía. Desgarró un gajo y dijo:

—No nos des un motivo para hacerlo.

Y el mundo ilusorio vaciló. El jardín bucólico desapareció y también la brillante red de líneas, y quedaron únicamente los pasillos de paredes metálicas de la nave. Khroné se había desplomado, pero no había nadie cerca. Se puso en pie, sacudiéndose. El dolor punzante seguía allí, como un eco celular que llegaba desde

las imágenes grabadas en el fondo de sus ojos. Respiró hondo varias veces para recuperar la fuerza, apoyándose en la indignación que sentía.

Durante aquellos momentos de dolor, sus facciones habían pasado por numerosos disfraces y finalmente volvió a su rostro inexpresivo de Danzarín Rostro. Cuando recuperó la compostura, con inquina Khroné formó una réplica exacta del rostro del anciano. Pero con eso no tenía bastante. Lleno de rabia, dejó al descubierto los dientes, que transformó en piezas marrones y decrepitas. El rostro arrugado se volvió decrepito. La piel colgaba, y se volvió amarillenta antes de separarse finalmente del músculo. Unas vengativas manchas cubrieron su carne y el rostro se convirtió en una masa de llagas, los ojos estaban blanquecinos y ciegos.

Si al menos pudiera proyectar aquel estado... ¡era exactamente lo que aquel cabrón se merecía!

Khroné volvió a reafirmarse y recuperó su aspecto normal, aunque la ira seguía bullendo en su interior. Su sonrisa regresó gradualmente.

Aquellos que se consideraban los amos de los Danzarines Rostro habían sido engañados de nuevo, igual que los maestros tleilaxu originales, y sus sucesores, los tleilaxu perdidos. Aún sacudiéndose, Khroné caminó por el pasillo, riendo entre dientes. Volvía a tener el aspecto de un miembro normal y corriente de la tripulación. Desde luego, nadie comprendía el arte del engaño mejor que él.

Soy el practicante más dotado, pensó.

¡Malditos sean vuestros análisis y vuestras proyecciones infernales! Malditos vuestros argumentos legales, vuestras manipulaciones, vuestras presiones sutiles y no tan sutiles. ¡No hacéis más que hablar, hablar, hablar! Y todo se reduce a lo mismo: Cuando hay que tomar una decisión difícil, la elección es obvia.

DUNCAN IDAHO, noveno ghola, poco antes de su muerte

En la luminosa sala que servía a los judíos a modo de templo, en una ceremonia tan tradicional como permitían los almacenes de la no-nave, el viejo rabino dirigía el *seder*. Rebecca lo observaba con una nueva percepción del verdadero significado de aquel antiguo ritual.

Ella lo había vivido a través de los recuerdos, hacía siglos. Y, aunque el rabino jamás lo habría reconocido, ni siquiera él comprendía los detalles, a pesar de toda una vida de estudio. Sin embargo, Rebecca no le corregía. Ni delante de los otros ni en privado; el rabino no era hombre que buscara un refinamiento en su comprensión de las cosas, ni como doctor suk, ni como rabino.

Allí, aislado de muchos de los estrictos requisitos de la antigua ceremonia de la Pascua judía, el rabino observaba la norma del Seder como mejor podía. Su gente reconocía las dificultades, aceptaba la verdad en su corazón, y trataba de convencerse de que todo era correcto y apropiado, de que no faltaba nada.

—Dios lo entenderá, siempre y cuando no olvidemos —dijo el rabino en voz baja, como si estuviera pronunciando un secreto—. Ya hemos salido adelante otras veces.

Para la ceremonia en los alojamientos ampliados del rabino, que también hacían las veces de templo, tenían *matzahs*, *maror* —hierbas amargas— y algo parecido al tipo de vino que necesitaban... pero no cordero. Una carne procesada procedente de las despensas de la nave era lo más parecido que podían encontrar. Sus seguidores no se quejaban.

Rebecca había celebrado la Pascua judía toda su vida, y participaba en la ceremonia sin cuestionarla. Sin embargo, gracias a los millones de Lampadas que tenía en su cabeza, ahora podía sumergirse por incontables senderos de recuerdo a través de una extensa red de generaciones. En su interior llevaba los recuerdos de la primera Pascua, la auténtica, de la esclavitud en una civilización increíblemente antigua llamada egipcia. Ella conocía la verdad, sabía qué partes eran estrictamente históricas y cuáles habían degenerado poco a poco en ritual y leyenda, a pesar de los esfuerzos de los rabinos por mantener la fe.

—Quizá tendríamos que salpicar el umbral de nuestras habitaciones con sangre —dijo Rebecca pausadamente—. El ángel de la muerte es distinto al de antaño, pero sigue siendo un ángel de la muerte. Seguimos sufriendo persecución.

—Eso si damos crédito a lo que dice Duncan Idaho. —El rabino no sabía cómo responder a sus comentarios, a menudo provocativos, y se protegía parapetándose en

el formalismo del *seder*. Jacob y Levi le ayudaron con la bendición con vino, con la ablución de las manos. Todos volvieron a rezar, y leyeron del Haggadah.

Últimamente, el rabino se enfurecía con frecuencia con Rebecca, le contestaba con brusquedad, desafiaba cada palabra que decía, porque veía que el mal obraba en ella. De haber sido otra persona, Rebecca podría haber pasado horas hablando con él, describiendo los recuerdos que tenía del antiguo Egipto y el faraón, las terribles plagas, la huida al desierto. Podía haberle hablado de conversaciones reales en su lengua original, haber compartido con él sus impresiones sobre Moisés. De hecho, entre el millar de ancestros que llevaba en su cabeza, había también uno que había oído hablar a aquel gran hombre.

Si el rabino fuera diferente...

Su rebaño era pequeño; muy pocos habían logrado huir de las Honoradas Matres en Gammu. Durante milenios, su pueblo había sufrido persecución, se habían visto obligados a ir de un escondite a otro. Y en aquellos momentos, mientras se dejaban llevar por el festivo ritual de la Pascua, sus voces eran pocas, pero fuertes. El rabino nunca reconocía la derrota. Se obstinaba en hacer lo que creía correcto, y veía a Rebecca como un acicate contra el que demostrar su valor.

Rebecca no le pedía su aprobación ni propuso ningún debate.

Con todos los recuerdos y vidas que llevaba en su interior, podía contestar fácilmente a cualquier declaración errónea que hiciera, pero no deseaba hacerle quedar como un necio, ni que adoptara una actitud más defensiva y resentida.

No le había comunicado todavía su decisión de asumir una mayor responsabilidad y un mayor dolor. Las Bene Gesserit la habían llamado, y ella había respondido. Ya sabía lo que el rabino le iba a decir, pero no cambiaría de opinión. Cuando quería, podía ser tan testaruda como él. Los horizontes de su pensamiento se remontaban a los albores de la historia, en cambio los de él estaban constreñidos por su propia existencia.

Cuando dieron gracias después de la comida, después del alegre *hallel* y los cánticos, se dio cuenta de que las lágrimas humedecían sus mejillas. Jacob vio esto con una callada reverencia. Era un servicio conmovedor, y con la perspectiva de Rebecca parecía tener más sentido que nunca. Sin embargo, las lágrimas se debían a la certeza de que no viviría para presenciar otro *seder*...

Mucho después, tras la bendición y la última lectura, cuando el pequeño grupo terminó de comer y se dispersó, Rebecca se quedó para ayudar al anciano a recoger los arreos del servicio. La incómoda distancia que los separaba le decía que él sabía que algo la perturbaba. El hombre guardaba silencio, y ella no hizo tampoco ademán de hablar. Intuía que la miraba con sus ojos llameantes.

—Otra ceremonia de Pascua en esta no-nave. ¡Ya van cuatro! —dijo el rabino finalmente, con fingida locuacidad—. ¿Es esto mejor que ocultarnos bajo tierra como roedores mientras las Honoradas Matres tratan de localizarnos? —Rebecca sabía que cuando se sentía incómodo, el anciano empezaba a lamentarse.

—Qué pronto ha olvidado los meses de terror que pasamos apiñados en aquella cámara oculta, viendo cómo los sistemas de ventilación fallaban, los tanques de reciclaje de basuras se saturaban, las provisiones eran cada vez más escasas —le recordó—. Jacob no fue capaz de arreglarlo. No habríamos tardado en morir, o habríamos tenido que escabullirnos.

—Quizá podríamos haber evitado a aquellas terribles mujeres. —Las palabras le salieron mecánicamente, y Rebecca supo que ni siquiera él creía lo que estaba diciendo.

—No lo creo. Allá arriba, en el hoyo de ceniza, las Honoradas Matres nos buscaban con sistemas de sondeo, tanteando el suelo, excavando. Estaban cerca. Tenían sus sospechas. Usted sabe que solo era cuestión de tiempo que descubrieran nuestro escondite. Nuestros enemigos siempre encuentran nuestros escondites.

—No todos.

—Tuvimos suerte de que las Bene Gesserit atacaran Gammu cuando lo hicieron. Era nuestra única posibilidad, y la aprovechamos.

—¡Las Bene Gesserit! Hija mía, siempre las defiendes.

—Nos salvaron.

—Porque era su obligación. Y ahora esa obligación ha hecho que te perdamos. Estás manchada para siempre, jovencita. Todos esos recuerdos que has aceptado en tu interior te han corrompido. Si pudieras olvidarlos... —Y dejó caer la cabeza en un melodramático gesto de desdicha, frotándose las sienes—. Siempre me sentiré culpable por lo que te obligué a hacer.

—Lo hice voluntariamente, rabino. No se culpe por algo que no le corresponde. Sí, todos esos recuerdos han provocado grandes cambios en mí. Ni siquiera yo imaginaba el peso tan grande que caería sobre mí desde el pasado.

—Ellas nos rescataron, pero estamos perdidos otra vez y vagamos de un lado a otro en esta nave. ¿Qué será de nosotros? Hemos empezado a tener descendencia, pero ¿de qué nos sirve? Dos bebés, de momento. ¿Cuándo tendremos un nuevo hogar?

—Esto es como el viaje de nuestro pueblo por el desierto, rabino. —De hecho, Rebecca recordaba algunas partes—. Tal vez Dios nos guiará a una tierra de leche y miel.

—Y tal vez desapareceremos para siempre.

A Rebecca le impacientaba aquel continuo lamentarse y retorcerse las manos. En otro tiempo le había sido fácil tolerarlo, darle el beneficio de la duda y dejar que la aconsejara. Le respetaba, creía todo cuanto le decía, nunca se planteó cuestionarlo. Cuánto le habría gustado poder recuperar aquella inocencia y seguridad, pero se habían ido para siempre. La Horda de Lampadas se había asegurado de ello. Los pensamientos de Rebecca eran más claros, la decisión era irrevocable.

—Mis hermanas han pedido voluntarias. Tienen... una necesidad.

—¿Una necesidad? —El rabino alzó sus pobladas cejas, se subió las lentes.

—Las voluntarias serán sometidas a cierto proceso. Se convertirán en tanques axlotl, receptáculos para el desarrollo de bebés que han decidido que son necesarios para nuestra supervivencia.

El rabino parecía furioso y asqueado.

—Sin duda, eso es obra del maligno.

—¿Y será el maligno si nos salva a todos?

—¡Sí! No importa las excusas que pongan las brujas.

—No estoy de acuerdo, rabino. Yo creo que es obra de Dios. Si se nos dan herramientas para nuestra supervivencia, eso significa que Dios quiere que sobrevivamos. Pero la inclinación al mal nos confunde plantando la simiente del miedo y el recelo.

Tal como esperaba, el hombre se ofendió. Sus narices se hincharon, estaba indignado.

—¿Acaso insinúas que yo me dejo llevar por una inclinación al mal?

La respuesta de ella fue tan rápida que casi le hizo perder pie.

—Estoy diciendo que he decidido presentarme voluntaria. Yo seré uno de sus tanques-matriz. Mi cuerpo será un receptáculo que permita el desarrollo de los gholas. —Su tono era más suave, sus palabras más amables—. Confío en que cuidará usted de los bebés que yo alumbré y les proporcionará la ayuda y el consejo que necesiten. Que les enseñe cuanto pueda.

El rabino estaba perplejo.

—Tú... no puedes hacer eso, hija. Te lo prohíbo.

—Estamos en la Pascua, rabino. Recuerde la sangre del cordero en la puerta.

—Esto solo se permitía en los tiempos del templo de Salomón, en Jerusalén. Está prohibido hacerlo en ningún otro lugar.

—Aun así, aunque estoy muy lejos de ser una persona sin tacha, tal vez sea suficiente. —Ella conservaba la calma, pero el rabino se sacudía.

—¡Es una locura, un acto de orgullo! Las brujas te han atraído a su trampa con engaños. Debes rezar conmigo...

—La decisión está tomada, rabino. He visto que es lo más sabio. Las Bene Gesserit tendrán sus tanques. Encontrarán sus voluntarias. Piense en las otras mujeres que viajan a bordo, más jóvenes y fuertes con diferencia. Tienen todo el futuro por delante, mientras que yo llevo incontables vidas en mi cabeza. Es más que suficiente, y estoy satisfecha. Al ofrecirme yo, estoy salvando una vida.

—¡Quedarás maldita! —Su voz ronca se quebró antes de convertirse en grito. Rebecca se preguntó si se rasgaría las mangas y la echaría, renunciando a cualquier contacto posterior con ella. En aquellos momentos, el hombre parecía totalmente horrorizado.

—Como me recuerda usted con frecuencia, rabino, ahora llevo millones en mi interior. Muchos de mis pasados son de judíos devotos. Otros seguían los dictados de su conciencia. Pero no se confunda, es un precio que pagaré de buena gana. Un

precio honorable. No piense que va a perderme... piense en la joven a la que voy a salvar.

—Eres demasiado mayor. Ya no estás en edad de tener hijos —dijo él tratando de agarrarse a lo que fuera.

—Mi cuerpo solo tiene que proporcionar la incubadora, no los ovarios. Ya me han hecho las pruebas. Las hermanas me aseguran que sirvo. —Apoyó la mano en el brazo del rabino, consciente de que el hombre se preocupaba por ella—. En otro tiempo usted fue un doctor suk. Confío en las doctoras Bene Gesserit, pero me quedaría más tranquila si sé que también usted velará por mí.

—Yo... yo...

Rebecca fue hasta la puerta de la sala y le dedicó una última sonrisa.

—Gracias, rabino. —Y se fue antes de que pudiera ordenar sus pensamientos dispersos y seguir debatiendo con ella.

Para el ojo del que ama, incluso una abominación puede ser un hermoso bebé.

MISSIONARIA PROTECTIVA, adaptado del *Libro de Azhar*

Durante meses, bajo la mirada severa y atenta de las Honoradas Matres, Uxtal se dedicó a controlar la evolución del tanque axlotl a la vez que supervisaba el funcionamiento de los laboratorios de dolor. Aquel esfuerzo continuo por satisfacer a los que le controlaban le agotaba.

Khrone había ido a visitarle en dos ocasiones en el último medio año (que él supiera, aunque un Danzarín Rostro podía pasar inadvertido si quería). En sus míseros alojamientos, el investigador tleilaxu perdido llevaba su propio calendario, y cada día que tachaba era una pequeña victoria para él, como si la supervivencia fuera una cuestión de puntos.

Entretanto, también había empezado a producir el sustituto de la melange en cantidades suficientes para que las rameras lo vieran como un personaje importante. Por desgracia, sus éxitos se debían más a sus repetidos intentos que a una verdadera capacidad por su parte. A pesar de la incertidumbre y de las pifias, que ocultaba a toda prisa, Uxtal había descubierto un método de producción lo bastante eficaz. Y, aunque tenía defectos, por el momento era suficiente para que las rameras le mantuvieran con vida.

Y entretanto, el bebé-ghola seguía desarrollándose.

Cuando llegó el momento, Uxtal tomó muestras del feto masculino para realizar análisis y comparó el ADN con los registros genéticos que Khrone le había proporcionado. Aún no sabía qué planes tenían los Danzarines Rostro para el bebé; es más, estaba convencido de que no tenían ningún plan, más allá de la curiosidad.

En un primer momento, Uxtal logró aislar la línea genética general, luego fue reduciendo el espectro, a un planeta de origen, un linaje... y luego a una familia concreta. Finalmente, sus investigaciones le permitieron remontarse a un personaje histórico concreto. Los resultados le sorprendieron y a punto estuvo de borrarlos antes de que nadie los viera. Pero seguramente le observaban, y si le descubrían tratando de ocultar información, las Honoradas Matres serían muy duras con él.

Así que, en vez de eso, se entregó a un torbellino de preguntas. ¿Por qué habían conservado los viejos maestros tleilaxu aquellas células en particular? ¿Qué propósito podían ver en ellas? ¿Qué otras células destacables había en la cápsula de nulotropía destruida? Era una pena que las Honoradas Matres hubieran destruido los cuerpos, incinerándolos o echándoselos a los sligs.

Khrone volvería pronto. Y entonces quizá los Danzarines Rostro se llevarían a su bebé-ghola y Uxtal sería libre. O le matarían y acabarían con el asunto de una vez...

Tras un período de gestación cuidadosamente controlado, el momento de decantar al bebé era inminente. Más que inminente. Ahora Uxtal pasaba la mayor parte del día en la sala axlotl, asustado y fascinado a la vez. Se inclinaba sobre el tanque femenino hinchado y comprobaba el ritmo cardíaco del bebé, sus movimientos. Con frecuencia daba patadas, como si detestara la célula carnosa que lo contenía. No era tan raro, pero no dejaba de asustar.

Cuando llegó el día, Uxtal llamó a sus ayudantes.

—Si el bebé no nace sano, os enviaré al ala de torturas... —De pronto dio un respingo, porque recordó sus otros deberes, y corrió a la nueva sección del laboratorio, dejando a sus perplejos ayudantes junto al tanque.

Allí, entre gritos y gemidos, con el débil sonido de fondo del chorrito de sustancias químicas precursor del sustituto de la especia, encontró a Hellica, que le esperaba con impaciencia. Durante un rato, la mujer se había distraído observando el proceso de «recolección» de la especia, pero al ver a Uxtal, se acercó a él con movimientos sinuosos.

Él apartó la vista, y habló farfullando.

—L-lo siento, Madre Superiora. El gholá está a punto de nacer y me he distraído. Tendría que haber abandonado mis otras responsabilidades en cuanto habéis llegado. —Y rezó en silencio para que no le matara allí mismo. Los Danzarines Rostro se iban a enfadar mucho si le mataba antes de que pudiera decantar al bebé, ¿no es cierto?

Cuando vio que los ojos de Hellica relampagueaban peligrosamente, estuvo por salir corriendo.

—Me parece que no acabas de comprender cuál es tu sitio en este nuevo orden, hombrecito. Es hora de que te esclavice... antes de que nazca el gholá. Necesito confiar en ti. No volverás a perder de vista tus prioridades.

De pronto Uxtal fue plenamente consciente del volumen de sus pechos y sus movimientos bajo las mallas ceñidas. Sus miradas se encontraron, pero no sintió ningún impulso sexual.

—En cuanto pases a depender de mis placeres —siguió diciendo ella mientras le masajeaba el rostro suavemente con los dedos—, tendré tu dedicación completa a mi proyecto. Y cuando el gholá ya no esté no tendrás excusa.

Uxtal sintió que el pulso se le aceleraba. ¿Qué pasaría cuando descubriera lo que Khroné le había hecho?

Oyeron un grito que venía del laboratorio, seguido de unos berridos de bebé. A Uxtal el corazón se le subió a la garganta.

—¡El bebé ha nacido! ¿Cómo han podido hacerlo sin mí? —Trató de apartarse. Le aterraba que sus ayudantes hubieran demostrado que podían hacer solos el trabajo. No podía permitir que nadie creyera que su presencia era innecesaria—. Por favor, Madre Superiora, dejad que vaya a comprobar que los necios de mis ayudantes no han hecho nada mal.

Por suerte, Hellica parecía tan interesada como él. El tleilaxu se escabulló y corrió al tanque axlotl, ahora vacío. Con una sonrisa cohibida y confusa, uno de los ayudantes levantó al bebé aparentemente sano por un pie. La Madre Superiora se acercó, con la capa ondeando a su espalda.

Uxtal le arrebató el bebé a su ayudante, aunque todo aquel proceso le resultaba repugnante. Si dejaba que le pasara algo al bebé, Khrono le mataría... y lentamente.

Le mostró el bebé a Hellica.

—Mirad, Madre Superiora. Como veis, esta distracción desaparecerá pronto, porque los Danzarines Rostro se llevarán al bebé. Mi trabajo para ellos ha terminado. Ahora podré dedicar buena parte de mi tiempo y mis energías a crear la especia naranja que tanto deseáis. A menos... a menos que queráis devolverme mi libertad. —Y arqueó las cejas con expresión suplicante.

Ella aspiró con desdén y volvió a la parte nueva del edificio, donde los gritos resonaban por los pasillos.

Uxtal miró al bebé, maravillándose por su buena suerte. Por una milagrosa alineación numérica, había conseguido el éxito. Khrono no se quejaría, no le castigaría. Pero un estremecimiento le recorrió la columna. ¿Y si los Danzarines Rostro insistían en que restaurara también los recuerdos del ghola? ¡Cuántos años de trabajo!

Sin embargo, en aquellos momentos, mientras contemplaba al recién nacido, tan sencillo, tan inocente, tan «normal», se sintió confuso. Había revisado los archivos históricos, y no acertaba a imaginar cuál podía ser el destino de aquel ghola o qué haría Khrono con él. Seguramente formaba parte de un plan cósmico, pero solo podría entenderlo si encontraba los números que apuntaban hacia la verdad.

Sostuvo al bebé-ghola ante él, miró su rostro diminuto y meneó la cabeza.

—Bienvenido, barón Vladimir Harkonnen.

TERCERA PARTE

Seis años después de la huida de Casa Capitalar

Todos llevamos una bestia en nuestro interior, hambrienta y agresiva. Algunos podemos alimentarla y controlar al predador, pero cuando se suelta es impredecible.

REVERENDA MADRE SHEEANA, cuadernos de navegación del *Ítaca*

Sheeana caminaba sola por corredores aislados y silenciosos, meditando en sus obligaciones y sus dilemas. Ahora que habían tomado una decisión sobre el programa de resurrección de los gholas, la larga espera había empezado. Después de un año y medio de preparativos, otros tres tanques axlotl estaban listos, sumando un total de cinco. El primero de los preciosos embriones ya se estaba gestando en una de las matrices ampliadas. Pronto, las figuras casi míticas de la historia habrían vuelto.

El maestro tleilaxu Scytale atendía cuidadosamente los tanques, totalmente decidido a conseguir que los primeros salieran perfectos para que Sheeana le permitiera crear un ghola de sí mismo. Dado que aquel hombrecito tenía mucho que ganar con el éxito del proyecto, Sheeana confiaba en él... de momento, y solo hasta cierto punto.

Nadie sabía lo que el Enemigo quería, ni por qué estaban tan interesados en aquella no-nave concreta. «Para combatir al enemigo, primero debes comprenderle», había escrito en una ocasión la primera encarnación del bashar Miles Teg. Y ella pensó: *No sabemos nada de este anciano y esta anciana que solo Duncan puede ver. ¿A quién representan? ¿Qué quieren?*

Sheeana siguió recorriendo las cubiertas inferiores, preocupada. Durante los años que llevaban en el *Ítaca*, Duncan había mantenido una angustiosa vigilancia, atento a cualquier señal de la red del Enemigo, que siempre buscaba. La nave se había mantenido a salvo desde que escaparon por poco hacía más de dos años. Sí, después de todo, puede que ella y el resto del pasaje estuvieran a salvo.

Puede.

Los meses iban pasando sin una amenaza abierta, y con frecuencia Sheeana tenía que recordarse que no hay que dejarse llevar por la complacencia, por la tendencia natural a relajarse. Gracias a las lecciones de las Otras Memorias, sobre todo de su linaje Atreides, sabía de los peligros de bajar la guardia.

Los sentidos de una Bene Gesserit debían estar siempre despiertos a la señal de cualquier peligro sutil. Sheeana se detuvo en mitad de un paso en un corredor aislado. Se quedó petrificada, porque su olfato captó algo, un olor animal que no cuadraba con la atmósfera procesada de aquellos pasillos. Y estaba mezclado con un olor metálico.

Sangre.

Un instinto primario le dijo que la estaban observando, o incluso puede que acechándola. La mirada invisible quemaba su piel como una pistola láser. El vello de

detrás del cuello se le erizó. Sheeana comprendió que estaba en una situación delicada y se movió muy despacio, extendiendo las manos y los dedos... en parte en un gesto tranquilizador, pero también en preparación para un combate cuerpo a cuerpo.

Los pasillos tortuosos de la no-nave eran lo bastante amplios para permitir la maniobrabilidad de maquinaria pesada, como los tanques de los navegantes de la Cofradía. La nave había sido construida durante la Dispersión, y buena parte del diseño respondía a necesidades y presiones que ya no importaban. Por encima de su cabeza, las riostras de soporte se curvaban como las costillas de una inmensa bestia prehistórica. Los pasadizos adjuntos se unían en ángulo. Las cámaras de almacenaje y los camarotes desocupados estaban a oscuras, y la mayoría de las puertas de las principales áreas para el pasaje estaban cerradas, pero no con llave. A bordo solo estaban los refugiados, así que las Bene Gesserit no sentían la necesidad de asegurar las puertas.

Pero allí había algo. Algo peligroso.

En la cabeza de Sheeana, las voces de su pasado le decían que tuviera cuidado, y luego se replegaron al necesario silencio para dejar que se concentrara. Ella olfateó el aire, avanzó dos pasos y se detuvo, porque la sensación de peligro se hizo más acuciante. *¡El peligro está aquí!*

La puerta de una de las salas de almacenaje estaba a oscuras, casi cerrada, pero no del todo. Había una pequeña rendija abierta, suficiente para poder espiar desde dentro a quien pasara.

¡Ahí! Sí, el olor de la sangre venía de allí, y un olor animal, rancio, a almizcle. Estaba demasiado concentrada en su descubrimiento para disimular.

La puerta se abrió de golpe y ante ella vio a una dinamo musculosa, desnuda, con la piel clara recubierta de un vello rojizo y una boca amplia para acomodar los gruesos y afilados colmillos. Bajo la piel, los músculos estaban tan tensos como hilo shiga. *¡Uno de los futar!* Sus garras y los labios oscuros estaban manchados de sangre fresca.

—¡Basta! —espetó Sheeana, empleando toda la fuerza de la Voz en una sola palabra.

El futar se quedó paralizado, como si llevara un collar al cuello y acabaran de darle un tirón. Sheeana permaneció inmóvil bajo la intensa luz del pasillo, con gesto no amenazador. La criatura la miraba rabiosa, mostrando sus largos dientes. Ella volvió a utilizar la Voz, aunque era consciente de que quizá aquellas criaturas habían sido creadas con capacidad para resistirse a las capacidades de las Bene Gesserit. Y se maldijo por no haber dedicado más tiempo a estudiarlas para comprender mejor sus motivaciones y sus puntos débiles.

—No me hagas daño.

El futar seguía en posición de ataque, como una bomba a punto de estallar.

—¿Eres adiestrador? —Se sorbió los mocos—. ¡Tú no adiestrador!

En la sala oscura de almacenaje que el futar había elegido para cobijarse, Sheeana atisbo un destello de carne y ropas negras desgarradas. Vio unos dedos claros curvados hacia el techo, en el reposo de la muerte. ¿Quién era?

Hasta aquel momento, los cuatro futar cautivos se habían mostrado hoscos e inquietos, pero no habían tenido comportamientos asesinos. Ni siquiera habían matado a las Honoradas Matres que los tuvieron presos —su presa natural—, porque según parece no actuaban si no tenían instrucciones de sus amos. Los adiestradores. Y sin embargo, después del maltrato que sufrieron a manos de las Honoradas Matres y de haber permanecido años prisioneros en la no-nave, ¿es posible que estuvieran cambiando? Incluso el adiestramiento más riguroso podía desdibujarse y dar pie a «accidentes».

Sheeana se concentró en su adversario y se obligó a no ver a aquella criatura como algo inestable o quebrantado. *¡No le subestimes!* De momento, no podía perder el tiempo pensando cómo había escapado de su celda de alta seguridad. ¿Estarían los cuatro vagando por los pasillos o sería aquél el único?

Con mucho cuidado, Sheeana alzó el mentón y volvió la cabeza a un lado, dejando la garganta al descubierto. Cualquier predador habría entendido enseguida aquel gesto universal de sumisión. La necesidad del futar de dominar, de ser el líder de la manada, exigía que lo aceptara.

—Eres un futar —dijo Sheeana—. No soy una de tus adiestradoras.

Él se acercó a rastras, para olfatearla.

—Tampoco soy una Honorada Matre.

Él lanzó un aullido bajo y burbujeante, una muestra del odio que sentía por las rameras que les habían esclavizado a él y los suyos. Pero las hermanas Bene Gesserit eran algo totalmente distinto. Y aun así había matado a una.

—Ahora nosotros os cuidamos. Os damos comida.

—Comida. —El futar se lamió la sangre de sus labios oscuros.

—Nos pedisteis asilo en Gammu. Nosotras os rescatamos de las Honoradas Matres.

—Mujeres malas.

—Nosotras no somos malas. —Sheeana permanecía inmóvil, con expresión pacífica, haciendo frente al peligro que acechaba en la figura del futar. De niña, se había enfrentado a un gusano de arena gigante y le gritó, sin pensar en el peligro. Sí, ella podía hacerlo. Habló con una voz lo más tranquilizadora posible.

—Soy Sheeana. —Su voz era cantarina, susurrante—. ¿Tienes un nombre?

La criatura gruñó... o al menos eso le pareció a Sheeana. Y entonces se dio cuenta de que aquel ronroneo de su laringe en realidad era su nombre.

—Hrrm.

—Hrrm. ¿Te acuerdas de cuando llegaste a esta no-nave, cuando huisteis de las Honoradas Matres? Nos pedisteis que os lleváramos con nosotras.

—¡Mujeres malas! —repitió el futar.

—Sí, y nosotras os salvamos. —Sheeana se acercó. Aunque no estaba muy segura de la eficacia de aquello, manipuló su química corporal para acentuar su olor, tratando de imitar algunos de los distintivos que producían las glándulas de almizcle del futar. Quería asegurarse de que al olerla percibía a una hembra, no una amenaza. Alguien a quien había que proteger, no atacar. También se aseguró de no despedir ningún olor que transmitiera miedo, para que no la viera como una presa.

—No tendrías que haber huido de tu habitación.

—Quiero adiestradores. Quiero casa. —Con una expresión anhelante en sus ojos fieros, Hrrm lanzó una mirada a la sala de almacenamiento que tenía a su espalda, donde el cuerpo de la hermana yacía despedazado en el suelo. Sheeana se preguntó cuánto tiempo llevaría alimentándose de él.

—Debo llevarte con los otros futar. Tenéis que estar juntos. Nosotras os protegemos. Somos vuestras amigas. No debéis hacernos daño.

Hrrm gruñó. Y entonces, aprovechando la ocasión, Sheeana estiró el brazo y tocó su hombro velludo. El futar se puso rígido, pero ella lo acarició con cuidado, buscando los centros del placer en sus nervios intensos. Aunque aquellas atenciones le chocaban, Hrrm no se apartó. Las manos de Sheeana subieron, moviéndose con suavidad, y le acarició el cuello, luego detrás de las orejas. El gruñido receloso del futar se convirtió en algo muy parecido a un ronroneo.

—Somos vuestras amigas —insistió ella, con apenas un toque de la Voz, solo para reforzar sus palabras—. No debéis hacernos daño. —Y miró con expresión significativa a la cámara donde yacía la hermana.

Hrrm se puso tenso.

—Yo mata.

—No deberías haberlo hecho. No era una Honorada Madre. Era una de mis hermanas. Tu amiga.

—Los futar no mata amigos.

Sheeana volvió a acariciarle, y el vello del cuerpo de la bestia se erizó. Empezó a avanzar con él por el pasillo.

—Nosotras os damos de comer. No tenéis necesidad de matar.

—Mata Honoradas Matres.

—No hay Honoradas Matres en esta nave. Nosotras también las odiamos.

—Necesita caza. Necesita adiestradores.

—En estos momentos no podéis tener ninguna de las dos cosas.

—¿Otro día? —Hrrm parecía esperanzado.

—Otro día. —Era lo único que Sheeana podía prometer.

Se lo llevó lejos de la Bene Gesserit muerta, deseando que no se encontraran a nadie en el camino de vuelta a las celdas, ninguna otra víctima potencial. Su control sobre la criatura era muy endeble. Si alguien le asustaba, es posible que atacara.

Utilizó pasillos secundarios y ascensores de servicio que pocos utilizaban, hasta que llegaron al nivel de las mazmorras. El futar parecía desconsolado, reacio a volver

a su celda, y ella lo compadeció por aquel encierro sin fin. Como el de los siete gusanos de la cubierta de carga.

Cuando llegaron a la puerta, vio que un circuito menor de seguridad había fallado después de años. En un primer momento temió que hubiera algún problema en el sistema y que todos los futar hubieran escapado. En cambio, aquello era algo sin importancia, resultado de un mal servicio de mantenimiento. Un accidente de una vieja nave.

Un año antes, hubo otro problema relacionado con el sistema de reciclaje del agua, y una tubería corroída provocó la inundación de un pasillo. También habían tenido repetidos problemas con las cubas de algas que utilizaban para producir oxígeno y alimentos. El mantenimiento empezaba a descuidarse. *Complacencia*.

Sheeana dominó su ira; no quería que Hrrm la oliera. Las Bene Gesserit vivían en un peligro continuo pero intangible, aunque ese peligro ya no parecía tan inmediato. A partir de ahora tendría que imponer una disciplina más estricta. ¡Un error como aquel podía haber acabado en desastre!

Hrrm entró en la cámara de confinamiento con aspecto triste y derrotado.

—Debes permanecer ahí —dijo Sheeana, tratando de sonar animosa—. Solo un poco más.

—Quiere mi casa —dijo Hrrm.

—Intentaré encontrar tu casa. Pero de momento debo manteneros a salvo.

Hrrm fue hasta el extremo más alejado de la celda y se acucilló. Los otros futar se acercaron a los barrotes de sus celdas para mirar, con ojos curiosos y hambrientos.

Asegurar el mecanismo de la puerta fue fácil. Ahora todos estarían a salvo, los futar y las Bene Gesserit. Sin embargo, Sheeana temía por ellos. Llevaban demasiado tiempo errando sin un rumbo fijo en la no-nave, sin un objetivo.

Y eso tenía que cambiar. Quizá el nacimiento de los nuevos gholas les daría lo que necesitaban.

Para la Hermandad, las Otras Memorias son una de las mayores bendiciones y los mayores misterios. Solo tenemos una idea muy leve del proceso mediante el que las vidas pasan de una Reverenda Madre a otra. Esa inmensa reserva de voces del pasado es una luz brillante pero misteriosa.

REVERENDA MADRE DARWI ODRADE

En los dos últimos años, la Nueva Hermandad había empezado a convertirse en un único organismo unificado, y mientras tanto, el planeta de Casa Capitular seguía muriendo. La madre comandante Murbella caminaba con rapidez por los huertos marrones. Algún día todo aquello sería un desierto. Deliberadamente.

Como parte del plan para crear una alternativa a Rakis, las truchas de arena trabajaban a destajo para absorber el agua. El cinturón árido se expandía, y solo los manzanos más resistentes y con las raíces más profundas se aferraban todavía a la vida.

Aun así, el huerto era uno de los lugares favoritos de Murbella, un placer que había descubierto gracias a Odrade... su captora, su maestra y, con el tiempo, su respetada mentora. Estaban a media tarde, y la luz del sol se colaba entre las hojas escasas y las ramas quebradizas. Y a pesar de ello, el día era fresco y soplaba una brisa del norte. Murbella se detuvo e inclinó la cabeza en señal de respeto por la mujer que había enterrada bajo un pequeño manzano Macintosh, que luchaba por seguir creciendo a pesar de la aridez cada vez más acusada del entorno. No había ninguna placa de braz señalando el lugar donde descansaba la Madre Superiora. Aunque las Honoradas Matres gustaban de las muestras de ostentación y los objetos conmemorativos, a Odrade la habría horrorizado algo semejante.

Murbella deseó que su predecesora hubiera vivido para ver los resultados de su gran plan de síntesis: Honoradas Matres y Bene Gesserit juntas en Casa Capitular. Ambos grupos habían aprendido del otro, habían sacado fuerzas del otro.

Y sin embargo, en otros planetas, las Honoradas Matres renegadas seguían siendo una espinita clavada en su corazón, se negaban a unirse a la Nueva Hermandad y causaban disturbios, cuando ella lo que necesitaba era unidad para poder hacer frente a la gran amenaza del Enemigo Exterior. Aquellas mujeres no la reconocían como su líder, decían que había ensuciado y diluido sus costumbres. Querían eliminar a Murbella y sus seguidoras, hasta la última. Y es posible que todavía tuvieran sus terribles destructores... aunque no muchos, desde luego, porque de lo contrario ya los habrían utilizado.

Cuando su nuevo grupo de luchadoras hubiera completado su aprendizaje, Murbella cogería a las renegadas y las haría entrar en vereda, antes de que fuera demasiado tarde. Algún día, la Nueva Hermandad tendría que enfrentarse a grandes

contingentes de Honoradas Matres que resistían en Buzzell, Gammu, Tleilax y otros mundos.

Debemos doblegarlas y assimilarlas, pensó. Pero primero debemos asegurarnos de nuestra unidad.

Murbella se agachó y cogió un puñado de tierra cerca de la base del pequeño árbol. Se acercó la tierra seca a la nariz y aspiró su olor terroso y fuerte. A veces, le parecía detectar aunque fuera muy levemente, el infinitésimo olor de su mentora y amiga.

—Quizá algún día iré a hacerte compañía —dijo en voz alta, mirando al árbol que luchaba por vivir—, pero todavía no. Primero, tengo un importante trabajo que hacer.

Tu legado, murmuró su Odrade interior.

—Nuestro legado. Tú me inspiraste para sanar las facciones y unir a mujeres que eran enemigas mortales. No esperaba que fuera tan duro, ni que llevara tanto tiempo. —En su cabeza, Odrade guardó silencio.

Murbella siguió caminando y se alejó de la fortaleza de Central, que quedó atrás, junto con todas las responsabilidades que conllevaba. Al pasar, iba identificando las hileras de árboles moribundos: manzanos que daban paso a melocotoneros, cerezos y naranjos. Decidió ordenar un programa de plantación de palmeras datileras, que sobrevivirían más tiempo en aquel clima en evolución. Pero ¿disponían realmente de esos años?

Subió a una colina cercana y se dio cuenta de que el suelo era más seco y duro. Más allá de los huertos, los rebaños de la Hermandad seguían pastando, pero la hierba era escasa, y los animales cada vez tenían que alejarse más para encontrar pastos. Vio el movimiento veloz de un lagarto que corría sobre el suelo templado. Intuyendo peligro, el pequeño reptil se escabulló hasta lo alto de una roca y se volvió a mirarla. Y de pronto, un halcón del desierto se abalanzó desde el cielo, lo cogió y se lo llevó.

Murbella respondió a la escena con una sonrisa dura. El desierto no dejaba de acercarse, y a su paso mataba toda la vegetación. El viento hacía que el polvo tiñera aquellos cielos azules de una bruma marronosa. Los gusanos de arena crecían en el cinturón árido, y el desierto crecía con ellos para acomodarlos. Un ecosistema en expansión continua.

Allí delante, en el desierto invasor, y en los huertos moribundos que tenía a su espalda, Murbella veía dos grandes sueños Bene Gesserit colisionando como mareas opuestas, un principio que absorbía un final. Mucho antes de que Sheeana llevara allí a ningún gusano, la Hermandad había plantado aquel huerto. Sin embargo, el nuevo plan tenía una importancia galáctica mucho mayor que el simbolismo del cementerio del huerto. Gracias a su acción temeraria, las Bene Gesserit habían salvado a los gusanos de arena y la melange, antes de los ataques de las Honoradas Matres.

¿No valía eso la pérdida de unos pocos árboles frutales? La melange era a la vez una bendición y una maldición. Murbella se dio la vuelta y regresó a Central.

La mente consciente no es más que la punta del iceberg. Bajo la superficie yace una masa ingente de pensamiento inconsciente y capacidades latentes.

El manual del mentat

Cuando Duncan Idaho estaba prisionero en el puerto espacial de Casa Capitular, en la no-nave había suficientes minas para destruirla tres veces. Odrade y Bellonda las pusieron por toda la nave, para hacerla estallar si Duncan trataba de huir. Supusieron que las minas serían suficiente disuasión. A las hermanas leales jamás se les habría ocurrido pensar que Sheeana y sus aliadas conservadoras desactivarían las minas y robarían la nave para sus propios propósitos.

En teoría, los pasajeros que viajaban a bordo del *Ítaca* eran de fiar, pero Duncan, con el apoyo inamovible del Bashar, seguía diciendo que aquellas minas eran demasiado peligrosas para dejarlas sin protección. Solo él, Teg, Sheeana y otras cuatro personas tenían acceso directo al armamento.

Durante su comprobación rutinaria, Duncan abrió la cámara de seguridad y examinó la amplia variedad de armas. Le tranquilizaba ver que tenían tantas alternativas, saber que, si era necesario, el *Ítaca* podía responder de tantas formas distintas a un ataque. Intuía que el anciano y la anciana no habían dejado de buscar, aunque ya hacía tres años que no topaban con la red centelleante. No podía bajar la guardia.

Inspeccionó hileras de pistolas láser modificadas, rifles de impulsos, pistolas de dardos y lanzaproyectiles. La violencia potencial que veía en aquellas armas le recordaba a las Honoradas Matres. Las rameras no querían armas que aturdieran al enemigo de lejos; ellas preferían causar un daño extremo de cerca, para poder ver la sangre y sonreír. Ya se había hecho una idea bastante aproximada de sus gustos cuando descubrió la cámara de torturas. ¿Qué otras cosas habrían escondido aquellas horribles mujeres a bordo?

Mientras él estuvo prisionero en la no-nave, aquellas armas habían estado allí, a buen recaudo, y aun así al alcance de la mano.

De haber querido, sin duda podría haber entrado en la sala de armas y haberlas robado. Le sorprendía que Odrade le hubiera subestimado de esa forma... o quizá solo confiaba en él. Al final, le había planteado lo que la historia llamaba «elección Atreides», le explicó las consecuencias y le permitió decidir si quería o no seguir en la no-nave. Confiaba en su lealtad. Cualquiera que lo conociera, personalmente o a través de la historia, sabía que Duncan Idaho era sinónimo de lealtad.

En aquellos instantes, pensó en las minas selladas y compactas que se colocaron para hacer estallar la no-nave. Un mecanismo de seguridad.

—Esas no son las únicas bombas de relojería que llevamos a bordo. —La voz le sobresaltó, y se dio la vuelta, adoptando de forma instintiva una postura defensiva. La

figura austera y de pelo ensortijado de Garimi estaba en la escotilla. A pesar de su experiencia con ellas, a Duncan le seguía sorprendiendo lo silenciosas que podían llegar a ser las brujas.

Trató de recuperar la compostura.

—¿Hay alguna otra armería, un arsenal secreto? —Sí, podía ser, puesto que en la nave seguía habiendo miles de cámaras que jamás habían sido abiertas ni examinadas.

—Hablaba metafóricamente. Me refería a esos gholas del pasado.

—Eso ya se ha discutido, ya se tomó la decisión. —En el centro médico, el primer ghola creado a partir de las células de muestra de Scytale no tardaría en ser decantado.

—El hecho de tomar una decisión no implica que sea la correcta —dijo Garimi.

—Siempre repites lo mismo.

Garimi levantó los ojos al techo.

—Ni siquiera tú has visto señales de tus perseguidores desde que arrojamos a nuestras cinco hermanas torturadas al espacio. Es hora de buscar un mundo adecuado y establecer una base para la Hermandad Bene Gesserit.

Duncan frunció el ceño.

—El Oráculo del Tiempo también dijo que nuestros perseguidores nos buscan.

—Otro encuentro que solo tú experimentaste.

—¿Estás sugiriendo que lo imaginé? ¿O que miento? Tráeme a la guardiana de la verdad que quieras. Te lo demostraré.

Ella farfulló.

—Aun así, hace años que el Oráculo te previno. Y durante todo este tiempo hemos evitado que nos atrapen.

Duncan la miró fríamente, apoyándose en uno de los estantes donde estaban las armas.

—¿Y cómo sabes si el Enemigo no está siendo paciente, si no se está limitando a esperar que cometamos un error? Quieren esta nave, o a alguien que viaja a bordo... yo, seguramente. En cuanto esos gholas recuperen sus conocimientos y su experiencia, podrían ser nuestra mejor baza.

—O un peligro oculto.

Duncan se dio cuenta de que nunca lograría convencerla.

—Yo conocí a Paul Atreides. Como maestro de armas de los Atreides, ayudé a educar y adiestrar a ese joven. Y volveré a hacerlo.

—Y se convirtió en el terrible Muad'Dib. Inició una yihad que acabó con la vida de trillones de personas y acabó siendo un emperador tan corrupto como los que le precedieron en la historia.

—Fue un buen niño y un buen hombre —insistió Duncan—. Y, si bien él dio forma al mapa de la historia, los sucesos que se produjeron a su alrededor le dieron

forma a él. Aun así, al final se negó a seguir un camino que sabía que solo llevaría al dolor y la ruina.

—Su hijo Leto no tuvo tantos reparos.

—Leto II también se vio obligado a tomar una decisión Hobson. No podemos juzgar sus actos hasta que no conozcamos todos los hechos. Quizá aún no ha pasado tiempo suficiente para que podamos decir si hizo lo correcto o no.

Una profunda ira atravesó el rostro de Garimi.

—Han pasado cinco mil años desde que el Tirano inició su obra, mil quinientos desde su muerte.

—Una de las lecciones más importantes que nos enseñó es que la humanidad tendría que aprender a pensar a largo plazo.

Duncan, que se sentía incómodo sabiendo que aquella mujer estaba tan cerca de tantas armas tentadoras, salió con ella al pasillo y selló la entrada.

—Yo estaba en Ix, combatiendo a los tleilaxu del lado de la casa Vernius, cuando Paul Atreides nació en el palacio imperial de Kaitain. Participé en las primeras batallas de la guerra de Asesinos, que consumió las energías de la Casa de Ecaz y el duque Leto durante tantos años. Dama Jessica había sido llamada a Kaitain para pasar allí sus últimos meses de embarazo, porque dama Anirul ya sospechaba del potencial de Paul y quería estar presente en el parto. A pesar de las traiciones y asesinatos, el bebé sobrevivió y fue llevado de vuelta a Caladan.

Garimi echó a andar, visiblemente alterada.

—Según la leyenda, Paul Muad'Dib nació en Caladan, no en Kaitain.

—Las leyendas solo son eso, leyendas. A veces tienen errores, o se distorsionan deliberadamente. Paul Atreides fue bautizado en Caladan, y siempre lo consideró su planeta natal, hasta que llegó a Dune. Vosotras las Bene Gesserit escribisteis la historia.

—¿Y ahora tú quieres reescribirla con lo que nos aseguras que es la verdad, con tu precioso Paul y los otros niños-ghola del pasado?

—Reescribirla no. Queremos recrearla.

Claramente insatisfecha, viendo que seguir discutiendo no serviría de nada, Garimi se detuvo para ver qué dirección tomaba Duncan. Y entonces se volvió y se alejó en la dirección contraria.

Lo desconocido puede ser algo terrible, y a menudo la imaginación lo hace aún más monstruoso. Sin embargo, el verdadero Enemigo es mucho peor que nada que podamos imaginar. No bajas la guardia.

MADRE SUPERIORA DARWI ODRADE

La oronda Reverenda Madre y la fiera Honorada Madre estaban muy tiesas, lado a lado, separándose tanto como podían sin que fuera demasiado obvio. Incluso un observador sin el adiestramiento especial de una Bene Gesserit habría notado el desagrado que sentían por la otra.

—Vosotras dos tendréis que colaborar. —La voz de Murbella no dejaba pie a discusiones—. He decidido que debemos dedicar un mayor esfuerzo al cinturón desértico. No olvidéis nunca que la melange es la clave. Haremos venir a investigadores del exterior para que establezcan bases de observación en los territorios más recónditos de los gusanos. Tal vez encontraremos algún viejo experto que visitara Rakis antes de que fuera destruido.

—Nuestras reservas de melange siguen siendo importantes —señaló Bellonda.

—Y las truchas de arena parecen estar destruyendo toda la tierra fértil —añadió Doria—. El flujo de especia está asegurado.

—¡Nunca hay nada seguro! La complacencia puede ser más peligrosa que las Honoradas Matres... o incluso el Enemigo Exterior —dijo Murbella—. Para enfrentarnos a ambos, necesitamos la cooperación incondicional de la Cofradía Espacial. Necesitamos sus naves inmensas armadas, para que nos lleven y nos traigan a donde queramos. Podemos utilizar a la Cofradía y la CHOAM como la zanahoria y el palo para obligar a planetas, gobiernos y sistemas militares independientes a seguir nuestras pautas. Y para eso, nuestra arma más efectiva es la melange. Si no tienen otras fuentes, tendrán que acudir a nosotras.

—También pueden pilotar otras naves de la Dispersión —dijo Bellonda.

Doria resopló.

—La Cofradía jamás lo aceptaría.

Mirando de reojo a su rival y compañera, Bellonda añadió:

—Dado que solo permitimos que la Cofradía nos saque cantidades pequeñas de melange, pagan precios exorbitantes por la melange que el mercado negro consigue de otras fuentes. Una vez se hayan agotado, estarán a nuestros pies y harán cuanto les pidamos. —Bellonda asintió—. Seguramente la Cofradía ya está desesperada. Cuando el administrador Gorus y el navegante Edrik vinieron hace tres años estaban histéricos. Desde entonces les hemos tenido a nuestra merced.

—Podrían muy bien estar al borde de un acto irracional —advirtió Doria.

—La especia debe circular, pero solo en nuestros términos. —Murbella se volvió hacia las mujeres—. Tengo una nueva asignación para vosotras. Cuando ofrezcamos

nuestro generoso perdón a cambio de la cooperación de la Cofradía en la guerra que se avecina, tendremos que pagarles generosamente. Doria y Bellonda, os pongo al frente de la zona árida, del proceso de extracción de especia y los nuevos gusanos de arena.

Bellonda parecía perpleja.

—Madre comandante, ¿no os haré mejor servicio aquí, como consejera... y guardiana?

—No, no lo harás. Como mentat, has demostrado una gran habilidad con los detalles. Y Doria tiene el suficiente carácter para presionar cuando hace falta. Aseguraos de que nuestros gusanos producen en las cantidades que nosotras (y la Cofradía) vamos a necesitar. A partir de ahora, los desiertos de Casa Capitular son responsabilidad vuestra.

— o O o —

Cuando aquel par tan incongruente partió hacia el desierto, Murbella fue a ver a la vieja Madre de Archivos Accadia. Seguía buscando respuestas.

En aquella ala amplia y espaciosa de la torre de Central, la vieja bibliotecaria había dispuesto numerosas mesas y reservados donde miles de Reverendas Madres hacían su trabajo. En circunstancias normales, los archivos de Central habrían sido un lugar tranquilo para la meditación y el estudio, pero Accadia se había impuesto una misión especial que daba a la Nueva Hermandad una inesperada riqueza en esperanza.

El mundo biblioteca de las Bene Gesserit, Lampadas, estaba entre los que habían sucumbido a los ataques de las Honoradas Matres. Conscientes de su inminente desaparición, las habitantes del planeta habían compartido entre ellas, destilando la experiencia y los conocimientos de una población entera en unas pocas. Finalmente, todos esos recuerdos, junto con la biblioteca entera de Lampadas, llegaron a la mente de la agreste reverenda madre Rebecca, que a su vez compartió con otras muchas, salvando así los recuerdos de toda esa gente.

El gran plan de Accadia consistía en reconstruir la biblioteca perdida de Lampadas. Y para ese fin reunió a las Reverendas Madres que habían conseguido los conocimientos y las experiencias de la Horda de Lampadas. Las que también eran mentats, recordaban palabra por palabra todo lo leído y aprendido por aquellas vidas anteriores.

El ala de archivos era un zumbido continuo de conversaciones y sonidos de fondo, de mujeres que dictaban de memoria ante rollos de grabación de hilo shiga y que leían en voz alta una página tras otra de los raros ejemplares que recordaban de sus experiencias. Otras estaban sentadas con los ojos cerrados, esbozando en láminas de cristal los diagramas y diseños que llevaban en la mente. Murbella veía aparecer

un volumen tras otro ante sus ojos. Cada mujer tenía una tarea asignada para evitar la posibilidad de malgastar esfuerzos repitiendo los mismos libros.

Accadia recibió a su visitante con aire satisfecho.

—Bienvenida, madre comandante. Con gran esfuerzo, cada vez reparamos más pérdidas.

—Solo espero que el Enemigo no destruya Casa Capitular y haga que vuestros esfuerzos hayan sido en vano.

—Conservar el conocimiento no es nunca un ejercicio inútil, madre comandante.

Murbella meneó la cabeza.

—Pero por lo que veo hay ciertos conocimientos vitales que no tenemos. Faltan elementos claves, la información más sencilla y directa. ¿Quién o qué es nuestro Enemigo? ¿Por qué tanta destrucción? O, ya que estamos ¿quiénes son las Honoradas Matres? ¿De dónde vienen, cómo han podido provocar tanta ira?

—Vos misma fuisteis Honorada Matre. ¿No os dan ninguna pista vuestras Otras Memorias?

Murbella rechinó los dientes. Lo había intentado una y otra vez, sin éxito.

—Puedo estudiar el camino de los linajes de Bene Gesserit que he adquirido, pero no el de las Honoradas Matres. Su pasado es un muro negro ante mis ojos. Cada vez que me sumerjo en él, llego a una barrera infranqueable. O las Honoradas Matres no conocen sus orígenes, o es algo tan terrible que lo han bloqueado.

—He oído decir que lo mismo les sucede a todas las Honoradas Matres que han pasado por la Agonía de Especia.

—Todas. —Murbella había recibido la misma respuesta una vez y otra vez. Los orígenes de las Honoradas Matres y el Enemigo no eran más que mitos nebulosos del pasado. Aquellas nunca habían sido reflexivas, no meditaban las consecuencias ni se remontaban en el tiempo buscando los antecedentes de los hechos. Y ahora parece que todos iban a pagar por ello.

—Tendréis que encontrar la información en otro lado, madre comandante. Si descubrimos alguna pista mientras reproducimos la biblioteca de Lampadas, os informaré.

Murbella le dio las gracias, aunque intuía que la información que buscaba no estaba allí.

— o O o —

Poco antes de que Janess decidiera someterse a la Agonía de Especia —tres años después de que su gemela fracasara—, la madre comandante acudió a su habitación en los barracones de las acólitas.

—Me engañé respecto a las posibilidades de Rinya en la prueba. —Para Murbella no era fácil pronunciar aquellas palabras—. Jamás imaginé que una hija mía y de

Duncan pudiera fallar. Mi altanería de Honorada Madre, cómo no.

—Esta hija no fracasará, madre comandante —dijo Janess, sentándose derecha—. Me he entrenado a conciencia, y estoy tan preparada como pueda estarlo cualquier otra. Estoy asustada, sí, pero solo lo suficiente para mantenerme alerta.

—Las Honoradas Matres consideran que no hay lugar para el miedo —musitó Murbella—. No creen que la persona pueda fortalecerse por el hecho de admitir su debilidad, en lugar de ocultarla y tratar de superarla.

—Si no afrontas tu debilidad, ¿cómo sabrás dónde has de ser fuerte? He leído esta cita en los escritos de Duncan Idaho.

Durante años, Janess había estudiado las muchas vidas de Duncan Idaho. Aunque jamás conocería a su padre, había aprendido mucho de las técnicas de combate del gran maestro de armas de la casa Atreides, habilidades clásicas del combate que habían quedado registradas y habían pasado a otros.

Dejando a un lado la distracción de Duncan, Murbella miró a la gemela que le quedaba.

—No necesitas mi ayuda. Lo veo en tus ojos. Mañana te enfrentarás a la Agonía de Especia. —Se levantó y se dispuso a marcharse—. He estado buscando a alguien en cuya lealtad y capacidad pueda confiar plenamente. Después de mañana, creo que esa persona serás tú.

Ningún planeta de tierra o mar es eterno. Estemos donde estemos, siempre es solo de paso.

MADRE SUPERIORA DARWI ODRADE

Con sus dos pasajeras, el ornitóptero sobrevolaba el desierto recién nacido y las formaciones rocosas, alejándose de Central. Bellonda miró atrás desde su amplio asiento en la parte trasera y vio los anillos de cosechas y huertos moribundos desaparecer detrás de las dunas. En la pequeña cabina de delante, Doria pilotaba la aeronave. La antigua y osada Honorada Madre rara vez dejaba que Bellonda pilotara un tóptero, aunque ciertamente lo hacía con holgura. Apenas hablaron durante las horas que duró el vuelo.

Más hacia el sur, las regiones yermas seguían extendiéndose mientras el planeta se secaba. Durante casi diecisiete años, las truchas de arena habían estado drenando el mar y en su lugar dejaron una cuenca de polvo y un cinturón árido cada vez mayor. Casa Capitular no tardaría en convertirse en otro Dune.

Si es que alguna de nosotras vive para verlo, pensó Bellonda. *El Enemigo nos encontrará y encontrará todos nuestros mundos tarde o temprano*. No era supersticiosa, ni alarmista; aquella conclusión era una certeza de mentat.

Ambas mujeres llevaban trajes negros de una pieza diseñados para que fueran permeables y frescos. Desde el intento de asesinato, Murbella había implantado de forma obligatoria el uniforme por toda la Nueva Hermandad y ya no se permitía que las mujeres alardearan de sus diferentes orígenes.

—En tiempos de paz y prosperidad, la libertad y la diversidad son derechos absolutos —decía Murbella—. Sin embargo, con una crisis tan grande ante nosotros, semejantes conceptos se convierten en un elemento de disensión y autocomplacencia.

Y ahora, todas las hermanas de Casa Capitular llevaban su traje negro de una pieza, sin ningún distintivo visible que las identificara como Honoradas Matres o Bene Gesserit. A diferencia de las túnicas pesadas y amorfas de las Bene Gesserit, la fina malla de aquel traje ceñido no disimulaba la oronda figura de Bellonda.

Parezco el barón Harkonnen, pensó. Cada vez que la fiera y esbelta Doria la miraba con desagrado, ella experimentaba un extraño placer.

La antigua Honorada Madre estaba de un humor de perros: no deseaba hacer aquel viaje de reconocimiento..., y menos en compañía de Bellonda. Contestación de Bellonda: hizo un esfuerzo para mostrarse de lo más animada.

Por más que intentara negarlo, las dos tenían una personalidad parecida; las dos eran obstinadas y seguían siendo absolutamente fieles a sus respectivas facciones, y sin embargo reconocían a regañadientes el propósito más importante de la Nueva Hermandad. Bellonda, que enseguida veía los defectos, nunca había vacilado en criticar a la madre superiora Odrade. A su manera Doria hacía otro tanto, no tenía

miedo de señalar los defectos de las Honoradas Matres. Las dos trataban de aferrarse a los métodos desfasados de sus respectivas órdenes. Como directoras de las operaciones de extracción de especia, ella y Doria compartían la administración del desierto en ciernes.

Bellonda se limpió el sudor de la frente. Casi estaban en el desierto, y en el exterior el calor aumentaba por momentos. Levantó la voz para hacerse oír por encima del zumbido de las alas del tóptero.

—Tú y yo tendríamos que aprovechar al máximo este viaje, por el bien de la Hermandad.

Bellonda se agarró a una de las abrazaderas de seguridad, porque el ornitóptero pasó por una zona de turbulencias.

—Te equivocas si crees que estoy totalmente de acuerdo con lo que la madre comandante está haciendo. Nunca pensé que su alianza mestiza sobreviviría más de un año, y mucho menos seis.

Doria estudió los controles, con el ceño fruncido.

—Eso no nos acerca en ningún sentido.

Allá abajo, unos tramos de arena y polvo remolineaban, ocultando momentáneamente el suelo. Las dunas estaban invadiendo una línea de árboles muertos. Al comparar las coordenadas de la pantalla de la mampara superior con su cuaderno de notas, Bellonda estimó que el desierto había avanzado casi cincuenta kilómetros en unos pocos meses. Más arena significaba más territorio para los gusanos, y en consecuencia más especia. Murbella estaría contenta.

Cuando las corrientes de aire se suavizaron, Bellonda divisó una interesante formación rocosa que hasta entonces había quedado oculta tras un denso bosque. En un lado liso de la roca vio la extraordinaria salpicadura de unas pinturas primitivas en rojo y amarillo y que de alguna manera habían aguantado el paso del tiempo. Ya había oído hablar de estos lugares, que supuestamente demostraban la existencia de los misteriosos muadru, un pueblo de hacía miles de años, pero hasta ahora nunca había visto nada que lo corroborara. Le sorprendió que aquella raza perdida hubiera llegado hasta allí. ¿Qué les había llevado hasta aquel lugar remoto?

Evidentemente, Doria no demostró ningún interés por aquella curiosidad arqueológica.

Al poco, la nave aterrizó en una sección plana de roca, cerca de uno de los primeros observatorios que Odrade había establecido para controlar a los gusanos. La estructura pequeña y cuadrada se elevaba por encima de ellas. Cuando la cubierta del tóptero se abrió y las dos mujeres salieron a las dunas, cerca de la Estación de Vigilancia del Desierto, a pesar de las propiedades refrescantes de su traje, Bellonda notó que tenía sudor en las sienes y en la rabadilla.

Dio un largo suspiro. Toda la vegetación y la tierra habían desaparecido, y el paisaje reseco olía a muerte. Aquella franja desértica era lo bastante árida para que

los gusanos vivieran, aunque aún no había alcanzado la pureza estéril e inflexible del verdadero desierto del Rakis perdido.

Tras tomar un ascensor que las llevara a lo alto de la torre, Doria y Bellonda entraron en el observatorio. A lo lejos veían un pequeño grupo de extracción donde una cuadrilla de hombres y mujeres trabajaba en una veta de arenas de color óxido.

Doria utilizó un potente telescopio para mirar.

—¡Gusanos!

Con ayuda de su telescopio, Bellonda contempló el montículo en movimiento bajo la arena. A juzgar por el tamaño de las ondulaciones, el gusano era pequeño, de unos cinco metros quizá. Mucho más lejos, en el mar de dunas vieron otro pequeño habitante de las arenas que avanzaba hacia el lugar de las extracciones. Aquella nueva generación de gusanos aún no tenía la fuerza y la ferocidad para marcar territorios.

—Gusanos más grandes crearían más melange —dijo Bellonda—. En unos años, nuestros ejemplares podrían convertirse en una amenaza para nuestras cuadrillas. Quizá tengamos que invertir en los cosechadores flotantes más caros.

Tras actualizar los gráficos de su pantalla de datos manual, Doria dijo:

—Pronto podremos exportar cantidades tan grandes de melange que nos haremos ricas. Podremos comprar todo el material que queramos.

—El propósito de la especia es incrementar el poder de la Nueva Hermandad, no llenarte a ti los bolsillos. ¿De qué nos serviría la riqueza si ninguna de nosotras sobrevive al Enemigo? Con la suficiente especia podremos construir un poderoso ejército.

Doria la miró con dureza.

—Imitas muy bien a la madre comandante. —A través de las ventanas en ángulo contempló las tenues sombras de los bosques que las arenas habían engullido y se protegió los ojos de tanta luminosidad—. Cuánta devastación... Cuando las Honoradas Matres hicieron algo parecido con vuestros planetas con sus destructores lo calificasteis de destrucción absurda. En cambio, vosotras estáis haciendo lo mismo y os enorgulleceis de ello.

—La transformación es con frecuencia algo sucio, y no todo el mundo es capaz de ver el resultado final como algo positivo. Es una cuestión de perspectiva. Y de inteligencia.

El mal se puede detectar por el olor.

PAUL MUAD'DIB, el original

Khrone recibía informes sobre los progresos del barón de los muchos Danzarines Rostro que tenía en Bandalong. Al principio había pedido la creación del ghola por curiosidad, pero para cuando el pequeño cumplió los dos años, ya tenía muchos planes para él.

Planes de Danzarín Rostro.

Barón Vladimir Harkonnen. Qué interesante elección. Ni siquiera él sabía cómo los antiguos maestros habían logrado preservar las células de aquel villano de la antigüedad, perversamente brillante.

Pero ya tenía sus propias ideas para el ghola.

Sin embargo, primero había que educar al niño y buscar sus talentos especiales. Aún tendría que pasar una década antes de que pudieran despertar los recuerdos latentes de su vida original. Una nueva tarea para Uxtal, si es que el hombrecito lograba mantenerse con vida.

Durante décadas, o incluso siglos, muchos de los componentes de su plan global se habían ido superponiendo. Khrone veía como esas piezas iban encajando, igual que los pensamientos de la miríada de los Danzarines Rostro. Podía discernir los patrones pequeños y los más grandes, y a cada paso él desempeñaba el papel que le correspondía. Nadie más en el vasto escenario del universo —ni el público, ni los directores ni sus compañeros de reparto— era consciente de hasta qué grado los Danzarines Rostro lo controlaban todo.

Con la satisfacción de saber que todo estaba bajo control en Bandalong, Khrone se dirigió a Ix para otro importante compromiso...

— o O o —

Cuando el preciado ghola de Vladimir Harkonnen nació, la primera y difícil tarea del desventurado Uxtal quedó completada. Y sin embargo, la opresión no disminuyó.

El investigador tleilaxu perdido no había defraudado a los Danzarines Rostro. Y, lo más sorprendente, durante casi tres años había conseguido mantenerse con vida entre las Honoradas Matres. Y había tachado cada uno de aquellos días del improvisado calendario que tenía en sus alojamientos.

Vivía en un continuo estado de terror, siempre tenía frío. Se pasaba las noches temblando, sin dormir apenas, pendiente siempre de cualquier sonido, temiendo que alguna de las Honoradas Matres entrara para cumplir la amenaza de someterlo

sexualmente. Miraba debajo de la cama por si algún Danzarín Rostro se había escondido allí.

Él era el único de los suyos que seguía con vida. Todos los ancianos de los tleilaxu perdidos habían sido suplantados por Danzarines Rostro, y los antiguos maestros habían sido asesinados por las Honoradas Matres. Y él, Uxtal, aún respiraba, que es más de lo que podía decir de todos los otros. Aun así, se sentía terriblemente desdichado.

Uxtal deseaba que los Danzarines Rostro se llevaran al pequeño Vladimir. ¿Por qué no le liberaban al menos de esa carga? ¿Durante cuánto tiempo se suponía que debía responsabilizarse del mocoso?

¿Qué más querían? ¡Siempre pedían más, más, más! Seguro que cualquier día cometía un error fatal. No podía creerse que hubiera logrado salir adelante durante tanto tiempo.

Uxtal tenía ganas de gritar a las Honoradas Matres, a cualquiera que se cruzaba en su camino, con la esperanza de que fuera un Danzarín Rostro disfrazado. ¿Cómo podía hacer aquello? Pero se limitaba a apartar la mirada y trataba de aparentar que estaba trabajando con ahínco. Sentirse desdichado era con diferencia preferible a estar muerto.

Sigo vivo. Pero ¿cómo lo haré para seguir así?

— o O o —

¿Tenía siquiera la Madre Superiora idea de cuántos cambiadores de forma vivían entre su gente? Lo dudaba. Seguramente Khroné tenía sus propios planes insidiosos. Quizá si los descubría y exponía las maquinaciones de los Danzarines Rostro ante las Honoradas Matres, Hellica se sentiría en deuda con él y le recompensaría...

Pero él sabía perfectamente que eso no iba a pasar.

A veces, la madre superiora Hellica llevaba visitas al laboratorio de torturas y se pavoneaba ante aquellas otras Honoradas Matres que, por lo visto, gobernaban mundos que seguían resistiéndose a los intentos de la Nueva Hermandad de asimilarlos. Hellica les vendía la droga amarilla que Uxtal producía en grandes cantidades. Con los años, el tleilaxu había perfeccionado la técnica para recoger la adrenalina y los neurotransmisores de catecolamina, dopamina y endorfinas, un cóctel que se utilizaba como precursor del sustituto de especia.

Con voz de superioridad, Hellica explicaba:

—¡Somos Honoradas Matres, no esclavas de la melange! Nuestra versión de la especia es un resultado directo del dolor. —Ella y las observadoras miraban al sujeto que se retorció—. Algo más apropiado a nuestras necesidades.

Aquella aspirante a reina alardeaba (como hacía con frecuencia) sobre sus programas de laboratorio, exagerando la realidad, del mismo modo que Uxtal

exageraba sus cuestionables capacidades. Y, cuando ella decía sus mentiras, Uxtal siempre asentía dándole la razón.

Dado que la producción del sustituto de la melange se había ampliado, ahora Uxtal supervisaba el trabajo de una docena de ayudantes de casta inferior, junto con una Honorada Madre algo pasada y de piel curtida llamada Ingva, que actuaba más como espía y chivata que como ayudante. Casi nunca le pedía a aquella arpía que hiciera nada, porque ella siempre fingía ignorancia o ponía alguna excusa. A ella no le gustaba recibir órdenes de ningún macho, y él temía exigirle nada.

Ingva iba y venía sin un horario fijo, sin duda para desestabilizar a Uxtal. En más de una ocasión, se había puesto a aporrear la puerta de sus alojamientos en mitad de la noche bajo los efectos de alguna droga. Y, dado que la Madre Superiora no lo había reclamado para ella, Ingva le amenazaba con someterlo sexualmente, aunque no se atrevía a desafiar a Hellica abiertamente. Inclínándose sobre él en la oscuridad, la vieja Honorada Madre pronunciaba amenazas que le helaban la sangre.

En una ocasión, Ingva había consumido tanta especia artificial robada de los suministros frescos del laboratorio que estuvo a punto de morir. Sus ojos delirantes se pusieron totalmente naranjas, sus constantes vitales eran débiles. Uxtal se moría de ganas de dejarla morir, pero le dio miedo. La muerte de Ingva no habría solucionado sus problemas; habría hecho recaer sospechas sobre él, y quién sabe las consecuencias terribles que eso habría tenido. Y a lo mejor en su sitio habrían puesto a otra peor.

Así que, tras pensar con rapidez, Uxtal le había administrado un antídoto y le salvó la vida. Ingva nunca le dio las gracias, nunca reconocía ningún favor. Pero claro, tampoco le había matado. Ni le había sometido sexualmente. Algo es algo.

Sigo vivo. Sigo vivo.

El gholá de Vladimir Harkonnen vivía en una cámara-guardería vigilada, en los terrenos de los laboratorios. El pequeño conseguía prácticamente cuanto pedía, incluidas mascotas con las que «jugar», muchas de las cuales no sobrevivían. Desde luego, era el barón auténtico.

Su vena mezquina divertía mucho a Hellica, incluso cuando el pequeño volvía su rabia contra ella. Uxtal no entendía por qué la Madre Superiora le prestaba atención, ni por qué se preocupaba por los planes de los Danzarines Rostro.

Al pequeño investigador le inquietaba dejar a Hellica a solas con el niño; temía que pudiera hacerle daño y luego dejar que él, Uxtal, cargara con las culpas y fuera castigado. Pero no tenía forma de impedir que hiciera lo que ella quisiera. Solo con insinuar una queja, Hellica lo habría fulminado con la mirada. Por suerte, parece que el pequeño monstruo le gustaba. Y veía sus interacciones con él como un juego. En la granja vecina de sligs, los dos daban alegremente miembros humanos a aquellas criaturas lentas e inmensas, que los masticaban hasta convertirlos en una pasta que posteriormente digerirían con sus múltiples estómagos.

Viendo que la vena cruel ya empezaba a manifestarse en el pequeño Vladimir, Uxtal se alegró de que las otras células de la cápsula de nulotropía del maestro hubieran sido destruidas. ¿Qué otras bestias habían salvado los herejes tleilaxu de la antigüedad?

Los orígenes de la Cofradía Espacial están envueltos en una neblina cósmica, no muy distinta de los intrincados senderos que surca el navegante.

Archivos del Imperio Antiguo

Ni siquiera el más experimentado de los navegantes de la Cofradía podía asimilar aquel universo alterado y sin sentido donde la realidad guardaba celosamente sus misterios. Pero el Oráculo del Tiempo había convocado a Edrik y sus compañeros allí.

El navegante flotaba en su tanque de especia en lo alto del carguero, y miraba con inquietud el paisaje espacial y al interior de su mente. A su alrededor, hasta donde le alcanzaban la vista y la imaginación, veía miles de enormes cargueros de la Cofradía. Hacía miles de años que no se reunía un grupo tan grande.

Respondiendo a la convocatoria, Edrik y sus compañeros navegantes habían acudido a unas coordenadas normales entre sistemas estelares, pensando que allí recibirían instrucciones de la voz ultraterrena. Y entonces, de forma inesperada, el tejido del universo se plegó a su alrededor y los arrojó a aquel vasto y profundo vacío del que no parecía haber salida.

Tal vez el Oráculo sabía lo desesperadamente que necesitaban la especia, porque Casa Capitular les estaba dosificando los suministros como «castigo» por haber colaborado con las Honoradas Matres. ¡La perversa madre comandante, haciendo gala de su poder pero sin ser realmente consciente del daño que podía causar, había amenazado con destruir las arenas de especia si no se salía con la suya! ¡Qué necedad! Quizá el Oráculo les mostraría otra fuente de especia.

Los suministros de la Cofradía no dejaban de menguar, porque los navegantes la necesitaban para guiar las naves por el tejido espacial. Edrik no sabía cuánta especia quedaría en los numerosos búnkeres de almacenamiento que tenían ocultos, pero el administrador Gorus y los suyos estaban visiblemente nerviosos. Gorus ya había solicitado una reunión en Ix para dentro de unos días, y Edrik le acompañaría. Los administradores humanos esperaban que los ixianos pudieran crear o al menos mejorar algún sistema tecnológico que les permitiera soslayar la escasez de melange. Más tonterías.

Como un aliento de gas de especia cargado y fresco, Edrik intuyó algo que afloraba desde las profundidades de su mente y ocupaba su conciencia. Un diminuto punto de sonido que se expandía desde dentro y era cada vez más fuerte. Cuando finalmente apareció en la forma de palabras en su cerebro mutado, las oyó simultáneamente miles de veces, superponiéndose con las mentes prescientes de otros navegantes.

El Oráculo. Su mente era impensablemente avanzada, más que la de ningún navegante. El Oráculo era los antiguos cimientos de la Cofradía, un tranquilizador

refugio para todo navegante.

—Es en este universo alterado donde vi por última vez la no-nave pilotada por Duncan Idaho. Ayudé a la nave a liberarse, a volver al espacio normal. Pero he vuelto a perderles. Sus perseguidores siguen buscándolos con su red de taquiones, por eso hemos de encontrarles primero. Kralizec ya está aquí, y el kwisatz haderach último está en esa no-nave. Los dos bandos de esta contienda le quieren para lograr la victoria.

El eco de los pensamientos del Oráculo llenó el alma de Edrik de un terror que amenazaba con descontrolarse. Había oído leyendas sobre Kralizec, la batalla del fin del universo, y las había desdeñado como una mera superstición propia de humanos. Pero si al Oráculo le preocupaba...

¿Quién era Duncan Idaho? ¿De qué no-nave estaba hablando? Y, lo más asombroso, ¿cómo es posible que hubiera logrado eludir incluso al Oráculo? En el pasado, aquella voz siempre había sido una fuerza tranquilizadora que les guiaba. Ahora en ella Edrik intuía incertidumbre.

—He buscado, pero no la encuentro. Es una maraña perdida entre las diferentes líneas de presciencia que puedo ver. Navegantes, he de avisaros. Si la amenaza es como pienso, quizá me veré en la necesidad de pedir vuestra ayuda.

La mente de Edrik sintió vértigo. Y notó la desazón de los navegantes que le rodeaban. Algunos, incapaces de asimilar aquella información que trastocaba su frágil contacto con la realidad, se pusieron a girar y girar en el interior de sus tanques, completamente enloquecidos.

—Oráculo —dijo Edrik—, la amenaza es que no tenemos melange...

—La amenaza es Kralizec. —Su voz atronó en la mente de cada navegante—. Cuando necesite la presencia de mis navegantes, os convocaré.

Y con una sacudida expulsó a los miles de grandes cargueros fuera de aquel extraño universo y los dispersó por el espacio normal. Edrik sintió vértigo y trató de orientarse a sí mismo y su nave.

Los navegantes estaban confusos y agitados.

A pesar de la llamada del Oráculo, Edrik tenía una preocupación mucho más egoísta: *¿Cómo vamos a ayudar al Oráculo si nos morimos por falta de especia?*

El joven junco muere con tanta facilidad... los inicios siempre son tiempos de grave peligro.

DAMA JESSICA ATREIDES, la original

Fue un nacimiento regio, pero sin la habitual pompa. De haber sucedido aquello en otra época, en el lejano Rakis, los fanáticos habrían corrido por las calles gritando: «Paul Atreides ha vuelto a nacer. Muad'Dib, Muad'Dib».

Duncan Idaho recordaba muy bien aquel fervor.

Cuando la Jessica original dio a luz al Paul original, corrían tiempos de intrigas políticas, asesinatos y conspiraciones que desembocaron en la muerte de dama Anirul, esposa del emperador Shaddam IV, y en el casi asesinato del bebé.

Según la leyenda, todos los gusanos de arena de Arrakis se elevaron por encima de las dunas para anunciar la llegada de Muad'Dib. Las Bene Gesserit no pasaron de manipular a las masas con trompetas y presagios y celebraciones delirantes sobre profecías que se hacían realidad.

Sin embargo, ahora, el hecho de decantar al primero de los gholas de la historia parecía algo totalmente mundano, más próximo a un ejercicio de laboratorio que a una experiencia religiosa. Y sin embargo, no se trataba de un niño cualquiera, ni de un gholá cualquiera, ¡era Paul Atreides! El joven maestro Paul, quien fuera emperador Muad'Dib y posteriormente Predicador ciego. ¿En qué se convertiría el bebé esta vez? ¿En qué le obligarían a convertirse las Bene Gesserit?

Mientras esperaban que el proceso de decantación se completara, Duncan se volvió hacia Sheeana. Y vio satisfacción en sus ojos, e inquietud, aunque aquello era exactamente lo que había pedido. Duncan era consciente de los temores de las Bene Gesserit: Paul tenía el potencial en su sangre. Era casi seguro que de nuevo se convertiría en el kwisatz haderach, y hasta puede que con mayores poderes. ¿Esperaban Sheeana y las suyas poder controlarlo mejor esta vez, o sería un desastre de proporciones aún mayores?

Por otro lado, ¿y si Paul era el único que podía salvarles del Enemigo Exterior?

La primera vez, la Hermandad había jugado con sus técnicas de reproducción para conseguir un kwisatz haderach, y como recompensa Paul las había atacado con rabia. Desde los tiempos de Muad'Dib, y el largo y terrible reinado de Leto II (otro kwisatz haderach), a las Bene Gesserit les aterraba la idea de crear otro como ellos.

Muchas Reverendas Madres asustadas veían indicios del kwisatz haderach en cualquier capacidad destacable, incluso en el precoz Duncan Idaho. Los once gholas previos de Duncan habían sido asesinados de pequeños, y algunas de las supervisoras no ocultaban que a este también querían matarlo. Para Duncan la sola idea de que lo consideraran un mesías, como Paul, era absurda.

Cuando las doctoras suk Bene Gesserit sujetaron al bebé en alto, Duncan contuvo el aliento. Después de limpiar su piel de fluidos pegajosos, las severas doctoras lo sometieron a numerosas pruebas y análisis y luego lo envolvieron en ropas térmicas estériles.

—Está intacto, íntegro —informó una—. El experimento ha sido un éxito.

Duncan frunció el ceño. ¿Experimento? ¿Es así como lo veían? No podía apartar la mirada. Un velo de recuerdos sobre el joven Paul cayó sobre él y casi le cegó: de cuando él y Gurney dieron al joven Paul sus primeras lecciones sobre el uso de espada y escudo; cuando se llevó al joven durante la guerra de Asesinos del duque para esconderlo entre los primitivos habitantes de Caladan; cuando la familia dejó su hogar ancestral en Caladan para ir a Arrakis, directos a la trampa de los Harkonnen...

Pero sintió muchas otras cosas. Mientras miraba a aquel bebé saludable, en su rostro trató de ver al gran emperador Muad'Dib. Duncan sabía muy bien el dolor y las dudas que aquel niño-ghola iba a experimentar. El gholá de Paul recibiría enseñanzas sobre su vida pasada, pero no recordaría nada, al menos no durante años.

Sheeana cogió al bebé en brazos y habló lentamente.

—Para los fremen, él era el mesías que venía a llevarles a la victoria. Para las Bene Gesserit, un ser sobrehumano que apareció en las circunstancias equivocadas y escapó a nuestro control.

—Es un bebé —dijo el viejo rabino—. Un bebé antinatural.

El rabino, que también había sido doctor suk, ayudó en el parto, pero a desgana. Sentía una fuerte aversión por los tanques, pero se le veía derrotado. Con la frente arrugada y mirada torturada, le había susurrado a Duncan:

—Me siento obligado a estar aquí. Prometí que cuidaría de Rebecca.

La mujer estaba sobre la mesa de operaciones, totalmente irreconocible, conectada a tubos y bombas. ¿Estaría soñando con sus otras vidas? ¿Perdida en un mar de recuerdos ancestrales? El anciano miraba el rostro flácido de Rebecca y veía un fracaso personal. Antes de que las Bene Gesserit extrajeran al bebé de su vientre hinchado, había rezado por su alma.

Duncan se concentró en el bebé.

—Hace mucho tiempo, di mi vida para salvar a Paul. ¿Habría sido mejor el universo si él hubiera muerto aquel día bajo la hoja de los cuchillos de los Sardaukar?

—Muchas hermanas dirían que sí. La humanidad lleva miles de años recuperándose de los cambios que él y su hijo provocaron en el universo —dijo Sheeana—. Pero ahora tenemos la oportunidad de criarlo adecuadamente y ver qué puede hacer frente al Enemigo.

—¿Incluso si vuelve a cambiar el universo?

—El cambio es preferible a la extinción.

La segunda oportunidad del maestro Paul, pensó Duncan.

Estiró el brazo para tocar con mano fuerte la mano de un maestro de armas, la diminuta mejilla del bebé. Si un milagro es producto de la tecnología ¿sigue siendo

un milagro? El bebé olía a medicamentos, antiséptico y melange, que habían sido agregados al receptáculo de la madre de alquiler durante meses en una combinación muy precisa que el viejo Scytale había dicho que era necesaria.

Por un momento los ojos del bebé parecieron enfocar a Duncan, aunque todos sabían que un bebé tan pequeño no podía ver. Pero ¿quién sabe lo que ve o deja de ver un kwisatz haderach? Paul había visto el futuro de la humanidad tras viajar en su mente a donde otros no podían ir.

Como si fueran los reyes magos, otras tres doctoras suk Bene Gesserit se arremolinaron en torno al bebé, parloteando con reverencia de aquella criatura que tanto habían luchado por crear.

Con un profundo desagrado, el rabino se dirigió hacia la puerta, musitando:

—¡Qué abominación! —Y salió al pasillo.

A su espalda, las doctoras Bene Gesserit ajustaron la maquinaria de soporte vital y anunciaron que el tanque axlotl vacío estaba listo para ser impregnado con otro de los bebés-ghola de las células del maestro tleilaxu.

Cuando tienes una necesidad evidente, tienes una debilidad evidente. Ten cuidado cuando pides algo, porque al hacerlo pones al descubierto tus puntos débiles.

KHRONE, comunicación privada a sus Danzarines Rostro infiltrados

Durante miles de años, los ixianos se las habían arreglado para conseguir milagros, hacían lo que nadie más hacía, y no pasaba con frecuencia que no estuvieran a la altura. Cuando vieron que necesitaban una solución poco ortodoxa para la escasez de melange, la Cofradía Espacial no tuvo más remedio que ir a Ix.

Los tecnócratas y fabricantes de Ix seguían con su industriosa labor de investigación, forzando los límites tecnológicos con sus inventos. Durante el caos de la Dispersión, los ixianos habían logrado importantes avances en el desarrollo de máquinas que hasta entonces se habían considerado tabú a causa de las ancestrales restricciones impuestas después de la Yihad Butleriana. Al adquirir artefactos que se parecían sospechosamente a «máquinas pensantes», los clientes se convertían en cómplices de aquella violación de las leyes. Así pues, era del máximo interés para todos actuar con la mayor discreción posible.

Cuando la desesperada delegación de la Cofradía llegó a Ix, los miembros de la miríada de los Danzarines Rostro estaban por todas partes, en secreto. Khrono mismo asistió a la reunión haciéndose pasar por un ingeniero ixiano... un paso más en un baile tan bien coreografiado que los participantes no veían sus movimientos. La Nueva Hermandad y la Cofradía cavaban su propia tumba, y a Khrono le parecía bien.

Los representantes fueron conducidos a una de las fábricas subterráneas gigantes, donde los blindajes de cobre y los descodificadores de escáneres los hacían invisibles. Nadie sabría jamás que habían estado allí, solo los ixianos. Y los Danzarines Rostro. Después de décadas de infiltración, Khrono y la versión mejorada de sus cambiadores de forma podían colocarse donde querían. Tenían la apariencia de cualquier científico, cualquier ingeniero, cualquier burócrata charlatán.

En aquellos momentos, en su papel de hábil fabricante delegado, Khrono llevaba el pelo castaño y corto y expresión ceñuda. Las líneas que rodeaban su boca indicaban que era un funcionario trabajador, alguien en cuya opinión se podía confiar y cuyas conclusiones superarían cualquier comprobación. Otros tres en la silenciosa asamblea eran Danzarines Rostro, pero el portavoz de los ixianos era (al menos de momento) un verdadero humano. Hasta la fecha Shayama Sen, el fabricante mayor, no les había dado ningún motivo para reemplazarlo. Era como si Sen quisiera lo mismo que Khrono.

Ixianos y Danzarines Rostro compartían el mismo desprecio apenas disimulado por los miedos absurdos y el fanatismo. Y Khrono se preguntó, ¿era aquello

realmente una invasión y una conquista, cuando en realidad los ixianos habrían aceptado el nuevo orden de todos modos?

En el interior de la inmensa sala, la atmósfera estaba saturada por el siseo de las líneas de producción, los vapores de los baños fríos, los fluidos acres de los productos químicos para la imprimación. A otros, aquel clamor de imágenes, sonidos y olores les habría resultado turbador, pero para los ixianos era como una música relajante.

El tanque blindado del navegante Edrik se deslizaba sobre unos suspensores, flanqueado por cuatro escoltas vestidos de gris. Khroné sabía que era el navegante quien plantearía más problemas, porque los suyos eran los que más tenían que perder. Pero aquella criatura mutada no llevaría las negociaciones. No, la tarea recaería en el portavoz de ojos agudos de la Cofradía, Rentel Gorus, quien se adelantó sobre sus piernas esbeltas. Su larga trenza blanca colgaba de su cráneo calvo como una sogá. Los visitantes se cubrían con un aire de importancia y nobleza, y eso revelaba el alcance de su inquietud. La verdadera seguridad es algo discreto e invisible.

—La Cofradía Espacial tiene necesidades —dijo el administrador Gorus, recorriendo la sala con sus ojos lechosos, pero no ciegos—. Si Ix las satisface, estamos dispuestos a pagar un precio razonable. Ayudadnos a librarnos del yugo que nos ha impuesto la Nueva Hermandad.

Shayama Sen cruzó las manos y sonrió.

—¿Y qué es lo que necesitáis? —Las uñas de sus dos índices eran metálicas y tenían un diseño de líneas caleidoscópicas de circuitos.

Edrik flotó hacia el micrófono de su tanque de gruesas paredes.

—La Cofradía necesita especia para que podamos guiar nuestras naves. ¿Pueden crear las máquinas de Ix la melange? No entiendo qué hacemos aquí.

Gorus dedicó al navegante una mirada de pura irritación.

—Yo no soy tan escéptico. La Cofradía Espacial se preguntaba si la tecnología ixiana podría utilizarse de forma regular y segura para la navegación... al menos durante este difícil período de transición. Desde los tiempos del Dios Emperador, Ix ha creado ciertas máquinas calculadoras que pueden reemplazar a los navegantes.

—Solo parcialmente. Las máquinas siempre han sido inferiores —dijo Edrik—. Copias defectuosas de un verdadero navegante.

—Aun así, fueron muy útiles en tiempos de gran necesidad —señaló Shayama Sen—. Durante las diferentes oleadas de la Dispersión, muchas naves utilizaron antiguos sistemas para viajar sin la ayuda de los navegantes o la especia.

—Y un gran número de esas naves se perdieron —le interrumpió Edrik—. Nunca sabremos cuántas se estrellaron contra soles o densas nebulosas. No sabremos cuántas se... se perdieron simplemente porque llegaron a sistemas estelares desconocidos y no pudieron encontrar el camino de vuelta.

—Hasta hace poco, cuando había melange en abundancia (gracias a la especia fabricada en los tanques tleilaxu), la Cofradía no tenía reparos en confiar únicamente en nuestros navegantes —dijo el administrador Gorus con tono razonable—. Sin

embargo, los tiempos han cambiado. Si podemos demostrar a la Nueva Hermandad que no dependemos solo de ellas, entonces no tendrán el monopolio. Y entonces quizá no se mostrarán tan altaneras e intratables y estarán más dispuestas a vendernos especia.

—Eso aún está por ver —musitó el navegante.

—Entre ciertos grupos se han seguido utilizando otros sistemas de navegación —añadió Shayama Sen—. Cuando las Honoradas Matres empezaron a regresar de los límites exteriores, no tenían navegantes. Y hasta que no tuvieron necesidad de conocer el paisaje del Imperio Antiguo no solicitaron los servicios de la Cofradía.

—Y vosotros cooperasteis con ellas —dijo Khroné utilizando las palabras como agujas—. ¿No es ese el motivo por el que la Hermandad está disgustada con vosotros?

—Las brujas también utilizaron sus propias naves, saltándose a la Cofradía —dijo Gorus con un bufido—. Hasta hace poco, ni siquiera nos habían confiado las coordenadas de Casa Capitular por temor a que delatáramos su posición ante las Honoradas Matres.

—¿Y lo habríais hecho? —Sen parecía divertido—. Sí, yo creo que sí.

—Eso no tiene nada que ver con el tema de los aparatos de navegación. —El administrador de la Cofradía atajó la discusión.

El fabricante mayor sonrió y golpeó sus uñas entre sí, provocando un revuelo de chispas entre los circuitos, como minúsculas ratas fosforescentes corriendo por un laberinto.

—Aunque tales aparatos no fueran exactos, ni prácticos ni necesarios, los instalamos en algunas naves, y en tiempos relativamente recientes. Ni la Cofradía ni las naves independientes confiábamos en ellos, pero el propósito era demostrar a los tleilaxu y los sacerdotes del Dios Dividido que podíamos funcionar sin su especia. Sin embargo, los planos llevan siglos guardados.

—Quizá —siguió diciendo Gorus—, con un incentivo económico suficiente, podríais revisar esa vieja tecnología y desarrollarla.

Khroné tuvo que controlar todos sus músculos faciales fluidos para no sonreír. Aquello era exactamente lo que quería.

El fabricante mayor Sen también parecía satisfecho. Escudriñó el tanque blindado de Edrik, intrigado por su diseño.

—Quizá los navegantes tendrían que haber utilizado su presciencia para prevenir esta escasez de melange.

—Nuestra presciencia no funciona de ese modo.

—Actualmente —señaló Gorus— la Nueva Hermandad es la única que puede proporcionar melange, y su madre comandante, Murbella, no cederá a pesar de nuestras súplicas.

—Nos hemos entrevistado con ella —añadió Edrik—. No es racional.

—Pues a mí me parece que Murbella es totalmente consciente de su poder y su posición de ventaja —dijo el fabricante mayor, hablando con aire dócil.

—Nos gustaría arrebatarnos esa ventaja a las brujas, pero solo podemos hacerlo con vuestra ayuda —dijo el administrador—. Dadnos otra alternativa.

Khrone sabía que en este caso su apoyo no aportaría nada; sin embargo, si manifestaba dudas de hombre débil, reforzaría la alianza entre los otros.

—Desarrollar un aparato de navegación tan sofisticado... y utilizarlo como algo más que un simple símbolo requeriría el uso de una tecnología peligrosamente parecida a las máquinas pensantes. Tenemos que pensar en las restricciones impuestas durante la Yihad Butleriana.

Sen, Gorus e incluso el navegante respondieron con desprecio.

—La gente no tardará en olvidar las antiguas directrices de la Yihad en cuanto vea que las naves de la Cofradía no pueden volar y los viajes espaciales se resienten —dijo el administrador.

Khrone se volvió hacia el fabricante mayor, en teoría, su jefe.

—Me sentiré honrado si Ix acepta este desafío, señor. Mis mejores equipos se pondrán a trabajar en la adaptación de compiladores numéricos y artefactos de proyección numérica.

Shayama Sen se rio tontamente mirando al enviado de la Cofradía.

—El precio será elevado. Un porcentaje quizá. La Cofradía Espacial y la CHOAM están entre nuestros mejores clientes... y los vínculos que nos unen podrían hacerse más fuertes.

—Sin duda la CHOAM contribuirá con los costes si lo considera necesario para el comercio interestelar —admitió Gorus.

¡Con cuánto ahínco trataba de ocultar aquella gente su desesperación! Khrone decidió que lo mejor era ponerles un objetivo distinto.

—Mientras las Bene Gesserit y las Honoradas Matres han estado enzarzadas tratando de matarse entre ellas, la Cofradía y CHOAM han seguido con su actividad comercial sin problemas. Ahora la Nueva Hermandad dice que hay un enemigo mucho peor que viene a por ellas, a por todos nosotros, desde el exterior.

Gorus profirió un bufido, como si él tuviera mucho que decir sobre el asunto, pero se tragó su opinión como un grueso pegote de flema.

El fabricante mayor miró con suficiencia.

—¿Hay alguna prueba de que ese enemigo existe de verdad? Y ¿es el enemigo de la Hermandad y de las Honoradas Matres necesariamente enemigo de Ix, de la Cofradía o la CHOAM?

—El comercio es el comercio —dijo Edrik con un barboteo—. Todo el mundo lo necesita. La Cofradía necesita navegantes, y nosotros necesitamos especia.

—O aparatos de navegación —añadió Gorus.

Khrone asintió con gesto plácido.

—De modo que volvemos al precio por los servicios de los ixianos.

—Si podéis producir lo que pedimos, nuestros beneficios (y desde luego el cambio en la balanza de poderes) serán de un incalculable valor. Creo que podemos convertirlo en un proyecto viable para los dos. —El administrador hablaba, y el navegante escuchaba con aire incómodo.

Khrone se permitió una leve sonrisa de satisfacción en su rostro falso. Gracias a los lejanos amos que siempre lo vigilaban a través de la red de taquiones, él ya tenía acceso a cualquier aparato de navegación que la Cofradía pudiera necesitar. Era una tecnología bastante elemental comparada con la que el «Enemigo» tenía a su disposición. Solo tendría que fingir que la desarrollaba en Ix y luego venderla a un alto precio a la Cofradía.

A su alrededor, la planta de fabricación seguía produciendo sonidos y olores industriales.

—Siguen sin gustarme las implicaciones de una tecnología que sustituya a los navegantes. —Edrik parecía atrapado en su tanque.

—Edrik, debes lealtad a la Cofradía Espacial —le recordó bruscamente Gorus—. Y haremos lo que haga falta para sobrevivir como organización. No tenemos elección.

El tratamiento de una herida puede llegar a doler más que la herida en sí. No permitas que una llaga se infecte por miedo al dolor momentáneo.

DOCTORA SUK BENE GESSERIT FLORIANA NICUS

Murbella paseaba con Janess —ahora reverenda madre Janess— por los restos pedregosos de los jardines moribundos que rodeaban la torre de Central. Estaban en pie junto al lecho seco de un arroyo, que había perdido su humedad a causa de los drásticos cambios en el clima de Casa Capitular. Las piedras lisas eran un doloroso recordatorio de las aguas que en otro tiempo habían fluido por el canal.

—Ya no eres mi hija, ahora eres mi teniente. —Sabía que sus palabras sonarían duras, pero Janess no se inmutó. Las dos sabían que a partir de ahora debían mantener un apropiado distanciamiento emocional, que Murbella debía ser la madre comandante, no su madre—. Tanto las Bene Gesserit como las Honoradas Matres han tratado de prohibir el amor, pero solo pueden prohibir la manifestación de este, no el pensamiento o la emoción. Entre las hermanas, la madre superiora Odrade fue considerada una hereje porque creía en el poder del amor.

—Comprendo, madre... comandante. Cada una de nosotras debe renunciar a algo por el bien del nuevo orden.

—Te enseñaré a nadar arrojándote a las aguas turbulentas, una metáfora que, me temo, aquí ya no sirve. Espero que avances más deprisa que ninguna de las dos facciones. Han sido necesarios seis años de lucha, atrayendo a ambos lados hacia el centro, para que las mujeres aprendan a convivir. Es posible que pasen generaciones antes de que haya cambios verdaderamente significativos, pero hemos dado importantes pasos.

—Duncan Idaho lo llamó «compromiso a punta de espada» —citó Janess.

Murbella arqueó las cejas.

—¿En serio?

—Si quieres, puedo mostrarte el registro histórico.

—Una descripción muy apropiada. La Nueva Hermandad todavía no funciona con la suavidad que yo esperaba, pero he convencido a las hermanas para que dejen de matarse entre ellas. Al menos a la mayoría.

Por un momento pensó en la antigua enemiga de Janess, Caree Debrak, que desapareció de los barracones de las alumnas unos días antes de someterse a la Agonía; Caree anunció que la conversión era un lavado de cerebro y huyó en mitad de la noche. Muy pocas la echarían de menos entre las hermanas.

—En circunstancias normales —siguió diciendo Murbella—, podría tolerar el hecho de que algunas Honoradas Matres no acepten mi mandato. Libertad de expresión, manifestación de diferentes filosofías. Pero no ahora.

Janess se puso derecha, indicando que estaba lista para la misión que le había encomendado.

—Las Honoradas Matres renegadas todavía controlan buena parte de Gammu y otra docena de planetas. Se han apropiado de la producción de soopiedras en Buzzell y han reunido sus fuerzas en Tleilax.

Durante el pasado año, la madre comandante había reunido una fuerza de hermanas y las había entrenado vigorosamente en un estilo de combate que combinaba técnicas Bene Gesserit y de las Honoradas Matres. La unión entre ambas facciones se percibía mejor en el combate cuerpo a cuerpo.

—Es hora de que mis alumnas tengan un objetivo.

—Que dejen de entrenar y luchen —dijo Janess.

—¿Otra cita de Duncan?

—No que yo sepa... pero creo que estaría de acuerdo.

Murbella sonrió secamente.

—Sí, seguramente. Si las renegadas no quieren unirse a nosotras, habrá que eliminarlas. No puedo permitir que nos claven un puñal por la espalda cuando estamos pendientes de batallas reales.

—Han tenido años para prepararse, y no caerán sin oponer una gran resistencia.

Murbella asintió.

—Lo más preocupante en estos momentos es la presencia de disidentes aquí, en Casa Capitular. Es como tener una espina clavada en la mano. En el mejor de los casos, solo dolerá; en el peor, se infectará y propagará el daño. Pero, sea como sea, hay que sacarla.

Janess entrecerró los ojos.

—Sí, están demasiado cerca. Incluso si las disidentes de Casa Capitular no actúan abiertamente en nuestra contra, dan una imagen de debilidad a los observadores exteriores. Esta situación me recuerda otro sabio comentario de la primera vida de Duncan Idaho. En un informe que escribió cuando vivía entre los fremen de Dune, dijo: «Una gotera en un *qanat* es una debilidad que actúa de forma lenta pero fatal. Encontrar el agujero y taponarlo es una tarea difícil, pero hay que hacerlo por la supervivencia de todos».

La madre comandante se sentía orgullosa y divertida.

—Aunque citas mucho los escritos de Duncan, no olvides que debes pensar por ti misma. Y algún día otros te citarán a ti. —Su hija pareció debatirse con esa idea, luego asintió. Murbella prosiguió—. Tú me ayudarás a taponar el agujero del *qanat*, Janess.

— o O o —

La Bashar de las principales fuerzas de la Nueva Hermandad, Wikki Aztin, dedicaba su tiempo y buena parte de sus recursos a entrenar a Janess para su primera misión. Wikki tenía mucho sentido del humor, y una historia para cada ocasión. Era una mujer cargada de espaldas y de rostro enjuto, con una energía poco habitual, y sufría un defecto congénito de corazón que impedía que pasara por la Agonía. Por tanto, Wikki no había podido convertirse en Reverenda Madre, y había sido asignada a las operaciones militares de la Hermandad, entre cuyas filas había ido ascendiendo.

En el exterior del refugio de la madre comandante, en los campos aislados de entrenamiento, los focos iluminaban los tópteros de combate que Janess estaba preparando para su vigoroso ataque al día siguiente.

«Limpieza doméstica», así lo había llamado Murbella. Aquellas rebeldes la habían traicionado. A diferencia de las extranjeras, que no sabían nada de las enseñanzas de la Hermandad, o de mujeres que no conocían la amenaza inminente del Enemigo. Murbella detestaba la resistencia que oponían las Honoradas Matres en Buzzell, Gammu y Tleilax, pero aquellas mujeres no conocían otra cosa. Sin embargo, estas disidentes... su traición era mucho peor. Era una afrenta personal.

Cuando Janess estaba ocupada y no podía oírla, Murbella se acercó a la Bashar.

—¿Sabíais que algunas de las hermanas están haciendo apuestas en contra de vuestro cachorro, madre comandante? —dijo Wikki.

—Me lo imaginaba. Piensan que le he dado una responsabilidad excesiva demasiado pronto, pero eso sólo hace que se esfuerce más.

—Veo que se ha puesto con una gran determinación, quiere demostrar que se equivocan. Tiene vuestro espíritu, y adora a Duncan Idaho. Sabe que todos los ojos están puestos en ella, y está deseando una oportunidad para destacar, para dar ejemplo a las otras. —Wikki miró a la noche—. ¿Estáis segura de que no queréis que os acompañe al ataque de mañana? Será muy cerca de casa, un ataque discreto, pero es importante. Un ejercicio real sería... gratificante.

—Necesito que te quedes aquí a vigilar. Alguien podría intentar dar un golpe mientras me ausento de Central.

—Pensé que habíais conseguido hacerles superar sus diferencias.

—Es un equilibrio inestable —susurró Murbella—. A veces me gustaría que el verdadero Enemigo atacara... así se verían obligadas a luchar todas del mismo bando.

— o O o —

A la mañana siguiente, Murbella y su escuadrón partieron y sobrevolaron la superficie del planeta. Janess iba a su lado en el tóptero de cabeza. A pesar de su entrenamiento y de la confianza que su madre había puesto en ella, Janess aún estaba verde, no estaba del todo preparada para asumir el mando.

Durante años la madre comandante había hecho la vista gorda, pero no podía seguir tolerando la presencia de desertoras y descontentas. Aun en las regiones más remotas, aquel asentamiento era un defecto demasiado grande, un imán para posibles saboteadores, además de un punto de apoyo para una fuerza mayor de Honoradas Matres renegadas que vinieran de fuera.

Murbella no tenía dudas sobre lo que había que hacer, ni compasión. La Nueva Hermandad necesitaba desesperadamente luchadoras competentes, por tanto, invitaría a las desertoras a volver al redil, pero no tenía muchas esperanzas al respecto. Aquellas mujeres cobardes y quejumbrosas ya habían mostrado sus verdaderos colores. ¿Qué habría hecho Duncan en una situación semejante?

Cuando el escuadrón se acercaba a las coordenadas del campamento, Janess informó que habían interceptado señales de calor y transmisiones. Sin esperar, ordenó a las naves que activaran sus escudos por si las rebeldes les disparaban con armas robadas de los arsenales de Casa Capitular.

Sin embargo, cuando Janess y sus oficiales tácticas escanearon la zona en un primer barrido de altura, no detectaron la presencia de vehículos aéreos ni equipamiento militar en las proximidades, tan solo unos cientos de mujeres con armamento ligero que intentaban ocultarse en el denso bosque de coníferas. Los tramos nevados provocaban importantes variaciones en el mapa térmico de la zona, pero los cuerpos humanos seguían resaltando como hogueras.

Tras pasar a imagen visual, Murbella fue repasando los rostros de las desertoras y reconoció a muchas de ellas. Algunas hacía años que habían huido, incluso antes de que ejecutara a una de sus líderes, Annine.

A través de los altavoces del tóptero, se dirigió a las rebeldes.

—Os habla la madre comandante Murbella, y vengo a ofreceros una rama de olivo. Tenemos tópteros de transporte en la retaguardia de la formación, listos para llevaros de vuelta a Central. Si entregáis las armas y cooperáis, os concederé la amnistía y una oportunidad para volver a iniciar vuestro aprendizaje.

Vio a Caree Debrak en el suelo. Aquella mujer amarga apuntó un rifle farzee que escupió diminutos puntos de fuego contra ellas. Los proyectiles impactaron de forma inofensiva contra los escudos del tóptero.

—Tenemos suerte de que no sea una pistola láser —dijo Murbella.

Janess parecía perpleja.

—Las pistolas láser están prohibidas en Casa Capitular.

—Hay muchas cosas prohibidas, pero no todas siguen las normas. —Moviendo la mandíbula con furia, Murbella volvió a hablar por el altavoz, esta vez con tono más duro—. Habéis abandonado a vuestras hermanas en momentos de crisis. Dejad vuestras divisiones atrás y regresad con nosotras. ¿O es que sois unas cobardes y teméis enfrentaros al verdadero Enemigo?

Caree volvió a disparar el rifle farzee, lanzando un nuevo surtido de proyectiles contra los escudos del tóptero.

—Al menos no hemos sido las primeras en disparar. —Janess miró a su madre—. Madre comandante, en mi opinión negociar con ellas es una pérdida de tiempo. Con dardos sedantes podríamos desarmarlas y obligarlas a volver a Central, y una vez allí tratar de recuperarlas. —Abajo, muchas otras cogieron sus armas y dispararon inútilmente contra la fuerza de asalto de la Hermandad.

Murbella meneó la cabeza.

—Jamás lograremos hacerlas entrar en razón... ya no podemos confiar en ellas.

—Entonces, ¿debemos intentar un enfrentamiento militar limitado para asustarlas? Así nuestro nuevo escuadrón adquiriría cierta práctica en la lucha. Podemos hacer desembarcar a nuestras soldados para que ataquen y humillen a la resistencia. Si no podemos derrotar a ese puñado de rebeldes en combate cuerpo a cuerpo, no tendremos ninguna posibilidad contra las ramera de verdad, que han tenido años para preparar sus defensas planetarias.

Viendo que las descontentas les disparaban con sus rifles, Murbella sintió que su ira iba en aumento. Su voz sonó como cristal roto a sus propios oídos.

—No. Eso solo serviría para arriesgar la vida de otras hermanas leales. No pienso perder ni a una sola guerrera aquí. —Y se estremeció al pensar en el daño que podrían hacer aquellas mujeres si fingían rendirse y se dedicaban después a propagar su veneno desde dentro—. No, Janess. Ellas han decidido. No podemos confiar en ellas. Nunca más.

Los ojos de su hija destellaron, porque comprendió.

—No son más que insectos. ¿Debemos exterminarlas?

Abajo, cada vez había más disidentes que salían de entre los árboles cargadas con armas pesadas.

—Desactivad escudos y abrid fuego —gritó Murbella por el comunicador que conectaba con las otras naves—. Utilizad bombas incendiarias para quemar el bosque. —Desde uno de los tópteros una de las oficiales protestó por considerarlo una respuesta excesiva, pero Murbella la hizo callar—. No habrá debate.

Su escuadrón escogido abrió fuego y el deslumbrante baño de sangre no dejó supervivientes. La madre comandante no disfrutó con aquello, pero había demostrado que si la provocaban se defendería como un escorpión. Esperaba que eso acabara con el descontento y la oposición.

—Que esto sea un ejemplo para todas —dijo—. Tener al enemigo entre nosotras puede hacer tanto daño como el Enemigo Exterior.

CUARTA PARTE

Once años después de la huida de Casa Capitular

Caladan: tercer planeta de Delta Pavonis; mundo natal de Paul Muad'Dib. Con posterioridad conocido como Dan.

Terminología del Imperio (revisada)

Cuando el gholá del barón Vladimir Harkonnen tenía siete años, los Danzarines Rostro ordenaron a Uxtal que lo llevara al mundo oceánico de Dan.

—Dan... Caladan. ¿Por qué vamos allí? —preguntó Uxtal—. ¿Tiene algo que ver con el hecho de que fue el mundo natal de los Atreides, enemigos de la casa Harkonnen? —En su alegría por poder alejarse de la madre superiora Hellica, el investigador tleilaxu acabó por ver al Danzarín Rostro como su salvador.

—Hemos encontrado algo allí. Algo que puede ayudarnos a utilizar al barón resucitado. —El Danzarín Rostro que le escoltaba alzó la mano, atajando la pregunta que Uxtal estaba a punto de hacer—. Es todo lo que tienes que saber.

Si bien había rezado fervientemente para que llegara el día en que pudiera entregar a aquel niño-gholá tan problemático, a Uxtal le preocupaba que Khroné dejara de considerarlo útil. Quizá se acercarán por detrás, le pondrán los dedos sobre los ojos y apretarán, igual que habían hecho con Burah, el anciano...

Se dirigió apresuradamente hacia la lanzadera que debía llevárselos a él y el mocoso de Tleilax. Y, como si fuera un mantra, musitó para sus adentros: «Aún estoy vivo. ¡Estoy vivo!».

Al menos estaría lejos de Ingva y Hellica, del hedor de los sligs, de los gritos de las víctimas de torturas a las que extraían hasta la última gota de las sustancias que producían por el dolor.

— o O o —

En los años previos, Hellica no había dejado de disfrutar de la compañía del joven Vladimir Harkonnen. Eran tal para cual. A Uxtal le daban escalofríos cuando oía al niño y la Madre Superiora reír mientras discutían sobre quién merecía morir y elegían a las víctimas para los laboratorios de torturas.

Aquel niño traicionero informaba constantemente a la aspirante a reina y le contaba los supuestos errores o indiscreciones cometidos por los ayudantes de laboratorio. Uxtal había perdido a muchos de sus mejores ayudantes de este modo, y aquel crío perverso sabía muy bien el poder que tenía. En presencia del gholá, Uxtal apenas era capaz de controlar el pánico. No era más que un niño, pero ya era casi tan alto como él.

Sin embargo, sin buscarlo, Uxtal había logrado hacerse querer por el ghola, y en una forma que además tuvo el efecto de distanciarlo de Hellica. Como tleilaxu, Uxtal tenía muchos hábitos que los extranjeros consideraban groseros, como la tendencia a emitir sonidos corporales. Viendo el placer que el barón sentía con aquello, Uxtal empezó a exagerar sus hábitos en su presencia, y eso creó un curioso vínculo entre los dos.

Ofendida por el carácter veleidoso de Vladimir y demostrando no mucha más madurez que el niño-ghola, Hellica dejó de relacionarse con él. Cuando la nave de la Cofradía llegó para llevarse a Uxtal y el ghola a Dan, reaccionó con indiferencia y desdén. Pero el investigador sabía que cuando regresara ella estaría esperándole...

— o O o —

Tras un viaje a través del tejido espacial, el tleilaxu y su protegido descendieron al planeta en una lanzadera. Por el camino se entretuvieron con un pasatiempo privado, compitiendo para ver quién era más grosero y conseguía que los pétreos Danzarines Rostro que les acompañaban reaccionaran de alguna forma. Vladimir, con un repertorio asombroso de talentos escatológicos, emitió más sonidos asquerosos y olores nocivos que nadie que Uxtal conociera. Y después de cada exhibición, aquel joven querúbico ponía una sonrisa descomunal.

Uxtal admitió su derrota, consciente de que siempre es más seguro perder que ganar ante un Harkonnen, incluso si no tenía a la Madre Superiora mirando por encima de su hombro.

Uno de los Danzarines Rostro se acercó a la pantalla panorámica de la lanzadera y señaló al exterior.

—Las ruinas del castillo de Caladan, hogar ancestral de los Atreides. —El edificio estaba en ruinas, al borde de un acantilado, y había una pista de aterrizaje en las afueras de un pueblecito pesquero cercano.

Evidentemente, el Danzarín Rostro quería llevar a Vladimir a un lugar que provocara una reacción visceral en él, pero Uxtal no detectó el brillo del reconocimiento en los ojos negro-araña del niño, no hubo ninguna chispa. El barón-ghola aún era demasiado joven para acceder a sus recuerdos, pero al situarlo en el entorno de sus archienemigos, con tantas cosas que potencialmente podían despertar sus recuerdos, quizá lograrían remover algo en su interior, o al menos poner una buena base para el éxito.

Quizá eso es lo que Khrono quería. Uxtal esperaba que así fuera, que le permitieran quedarse en Dan de forma permanente. Aunque era algo austero y húmedo, aquel mundo oceánico parecía una gran mejora comparada con Bandalong.

En cuanto bajaron de la lanzadera y pusieron pie en la pista pavimentada, Vladimir miró al castillo en ruinas. Sus cabellos desgreñados volaban con la brisa

marina.

—¿Mis enemigos vivieron aquí? ¿El duque Leto Atreides procedía de aquí?

Aunque Uxtal no conocía la respuesta con seguridad, sabía lo que el niño-ghola quería oír.

—Sí, seguramente estuvo en el mismo sitio donde estás tú ahora, respirando el mismo aire que llena tus pulmones.

—¿Por qué no lo recuerdo? Quiero recordar. Quiero saber más que lo que me has dicho, más de lo que encuentro en los librofílmes. —Golpeó el suelo con el pie.

—Algún día recordarás. Algún día todo volverá a tu mente.

—¡Yo lo quiero ahora! —El niño lo miró con expresión picajosa, frunciendo los labios. Y Uxtal sabía que potencialmente eso significaba peligro.

Antes de que aquella rabieta infantil fuera a más, Uxtal cogió al niño de la mano y lo llevó a toda prisa hacia un vehículo terrestre que les esperaba.

—Ven, vamos a ver qué han descubierto los Danzarines Rostro.

Conocer las decisiones y los errores de los otros puede asustar. Sin embargo, las más de las veces me reconforta.

REVERENDA MADRE SHEEANA, diarios de navegación del *Ítaca*

El cuadro de Van Gogh colgaba de una pared de metal en el camarote de Sheeana. Había robado aquella obra de arte de los alojamientos de la Madre Superiora antes de huir de Casa Capitular.

De todos los delitos que cometió durante su huida, aquel fue el único acto egoísta e injustificado. Durante años, aquella gran obra y todo lo que representaba habían sido un consuelo para ella.

Los paneles de luz estaban ajustados para dar una iluminación perfecta, y Sheeana permaneció sin pestañear ante el cuadro. Aunque lo había estudiado en detalle muchas veces, siempre encontraba nuevas perspectivas ante aquellas manchas luminosas, las gruesas pinceladas, aquel revuelo de energía creativa. Van Gogh, un hombre profundamente turbado que había convertido aquellas manchas y pintajos de color en la obra de un genio. ¿Podía la cordura, tan fría, haber resultado en algo semejante?

Casitas en Cordeville había sobrevivido al bombardeo atómico de la Tierra, hacía eras, a la Yihad Butleriana y las posteriores épocas de oscuridad, a la yihad de Muad'Dib, a los tres mil quinientos años de mandato del Tirano, la Hambruna y la Dispersión. Sin duda, aquella frágil obra de arte estaba bendita.

Pero, arrastrado por sus pasiones, su creador había acabado al borde de la locura. Van Gogh había canalizado sus visiones en colores y formas, en una salpicadura figurativa de realidad tan intensa como solo un lienzo podía mostrar.

Algún día enseñaría el cuadro a los niños-ghola. Paul Atreides era el mayor. Ya tenía cinco años y era un niño normal. Su «madre», Jessica, tenía un año menos, la misma edad que el gholá del guerrero-mentat Thufir Hawat. El amor de Paul, Chani, tenía tres años, mientras que el traidor histórico de la casa Atreides, Wellington Yueh, tenía dos; su nacimiento coincidió cronológicamente con el momento en que Sheeana autorizó a Scytale a crear un gholá de sí mismo. El gran planetólogo y líder fremen Liet-Kynes, tenía un año, y el naib Stilgar acababa de nacer.

Pasarían años antes de que las Bene Gesserit pudieran despertar los recuerdos de aquellos gholas, antes de que las recreaciones históricas pudieran convertirse en las armas y herramientas que Sheeana necesitaba. Si les enseñaba el cuadro de Van Gogh ahora ¿reaccionarían basándose en algún instinto de sus vidas pasadas o verían las imágenes con otros ojos?

Un genio de Ix había restaurado y mejorado el original dotándolo de una capa invisible de plaz, fina pero resistente, que protegía la pieza y evitaba su deterioro. Y el ixiano no solo había devuelto al original su antigua gloria, había añadido

simulaciones interactivas para que un observador atento pudiera seguir cada pincelada, ver cómo aquella maravilla tan compleja y primitiva había surgido a través de las diferentes pasadas. Sheeana había experimentado aquella simulación tantas veces que podría haber pintado las casitas con los ojos cerrados. Pero, ni siquiera una copia perfecta podría igualar al original.

Sheeana retrocedió hasta su cama y se sentó, sin apartar en ningún momento los ojos del cuadro. Las voces de sus Otras Memorias parecían apreciarlo, aunque trataba de mantener su clamor bajo control.

Su Odrade-interior le habló con tono de reprobación. *Estoy segura de que otras hermanas consideran el robo de este cuadro como algo más grave que el robo de la no-nave o los gusanos de arena del cinturón desértico. Esas cosas podían sustituirse, una obra maestra no.*

—Quizá no soy la persona que pensabas. Pero claro, yo más que nadie, soy incapaz de estar a la altura del mito que se ha creado en torno a mi persona. ¿Todavía tiene el Culto a Sheeana seguidores en el Imperio Antiguo? ¿Sigue reverenciándome vuestra religión de laboratorio como un ángel y un salvador?

Las Bene Gesserit conocían el valor de una fe inquebrantable entre las masas. Las hermanas esgrimían las religiones como armas, las creaban, las dirigían, y luego las soltaban como harían al disparar una flecha con el arco.

Las religiones eran algo extraño. Nacían con la aparición de un líder fuerte y carismático, y sin embargo cuando esa figura clave moría se hacían más fuertes, sobre todo si sufría martirio. Ningún ejército podría luchar jamás con tanto ahínco sin su Bashar, ningún gobierno sería tan fuerte sin su rey o su presidente, y sin embargo, en cuanto los conversos se convencieron de que Sheeana estaba muerta, su religión se extendió con rapidez. La experiencia única de Sheeana había dado a la Missionaria Protectora mucho a lo que acogerse, suficiente material en bruto para atraer a hordas y más hordas de fanáticos.

Y sin embargo, en aquel retiro tranquilo y callado, Sheeana se alegraba de estar lejos de todo aquello.

Cuando pensó que supuestamente era una mártir en torno a la que se había formado una poderosa religión, sintió que otra vida despertaba y se levantaba en su interior, una voz lejana y ancestral. *Muad'Dib y Liet-Kynes advirtieron de los peligros de seguir a un líder carismático.*

Cuando las vidas que llevaba consigo lo permitían, a Sheeana le gustaba sumergirse en las líneas de las Otras Memorias, remontarse más y más atrás en el tiempo por los rápidos y los remolinos del río de la historia.

—Estoy de acuerdo. Por eso hay que vigilar y orientar a los que están dispuestos a derrochar su vida de esa forma.

¿Orientar o manipular?

—Lo que cambia es la palabra, no la esencia.

A veces manipular a las masas es la única forma de defenderse adecuadamente. Un ejército de fanáticos siempre superará cualquier arma.

—Paul Muad'Dib lo demostró. Su yihad sangrienta sacudió la galaxia entera.

La otra voz rio en su interior.

No fue en modo alguno el primero en utilizar esa táctica. Aprendió mucho del pasado. De mí.

Sheeana buscó más hondo en su mente.

—¿Quién eres?

Alguien que conoce este tema mejor que la mayoría. Mejor que prácticamente todo el mundo. La voz hizo una pausa. *Soy Serena Butler. Yo inicié la madre de todas las yihads.*

— o O o —

Con la advertencia de Serena Butler aún en la cabeza, Sheeana avanzó por un corredor de los niveles inferiores. Tras pensar en las diferentes facciones que viajaban en el *Ítaca*, cada una con sus planes y sus distorsiones, supo que había entre ellos una fuente de información inocente aunque impenetrable: los cuatro futar cautivos.

Las criaturas no habían vuelto a causar problemas desde que uno de ellos escapó y asesinó a una hermana hacía cinco años. Una supervisora menor. Sheeana los visitaba de vez en cuando, y hablaba con todos, pero por el momento había fracasado en sus intentos de conseguir información útil. Aun así, Serena Butler le había dado una idea: utilizaría el sentimiento de reverencia religiosa como herramienta.

Convencida de que podría protegerse si hacía falta, dejó salir al que se hacía llamar Hrrm de la gran cámara donde ahora vivían los futar. Años atrás, cuando encontró a Hrrm perdido en los corredores, hizo lo que pudo por conseguirles un espacio más amplio. Eran predadores, criaturas salvajes, y necesitaban correr y merodear. Así pues, Sheeana hizo instalar sistemas especiales de seguridad en un muelle de almacenaje con paredes blindadas y ordenó a varias supervisoras y a algunos de los obreros del rabino que construyeran un entorno simulado. Aquella nueva prisión no los engañaba, pero al menos les reconfortaba. No era igual que la libertad, pero era infinitamente mejor que las celdas desnudas y aisladas.

Durante la construcción del bosquecillo especial, Sheeana había tratado de averiguar cómo era el hogar de los futar con los adiestradores, pero no consiguió apenas datos. El vocabulario de los futar era muy limitado. Cuando decían «árboles», no conseguía que le describieran el tamaño ni la especie. Así que se dedicó a enseñarles imágenes, hasta que finalmente se entusiasmaron señalando un álamo temblón, alto y con corteza plateada.

En aquellos momentos, después de asegurarse de que los corredores y los elevadores próximos estaban libres de distracciones o amenazas, Sheeana se llevó a la

tensa bestia-hombre a la cámara de observación que había encima de la sala de carga con la arena.

Hrrm caminaba con hastío junto a ella. Las Honoradas Matres lo habían maltratado tanto que era reacio a confiar en nadie, pero con los años había acabado por aceptar a Sheeana.

Si quería sacarles alguna información, Sheeana sabía que tenía que causarles una fuerte impresión. Así que, aunque iba en contra de sus principios, decidió hacer que la viera como la pintaba la Missionaria Protectora, como una figura religiosa con poderes místicos. Los futar la verían bajo una luz distinta. Quizá si lograba impresionar a Hrrm, le contestaría a las mismas preguntas, pero de forma más útil. Los futar eran demasiado simples y directos para guardar secretos, pero era evidente que no entendían las implicaciones de las cosas que sabían.

En el interior de la cámara de observación, el futar se acercó a la ventana de plaz y miró abajo, a las arenas de la sala de carga. Sus pupilas se dilataron y sus narices se hincharon cuando percibió movimiento en las dunas. Uno de los enormes gusanos se levantó, abriendo su boca cavernosa mientras la arena se escurría entre sus anillos. La cabeza ciega de un segundo gusano apareció, como si las criaturas intuyeran la presencia de Sheeana allá arriba.

Hrrm reculó, con una mueca en sus labios. Su respiración sonaba como un gruñido.

—Monstruos.

—Sí. Mis monstruos. —El futar parecía confuso e intimidado. No podía apartar los ojos de los gusanos—. Mis monstruos —repitió—. Tú quédate aquí y observa.

Sheeana salió de la cámara y marcó el código para cerrar la puerta, y entonces bajó con un elevador al nivel de la sala de carga. Abrió la escotilla y salió a las arenas, templadas bajo un sol artificial. Los gusanos avanzaron hacia ella, sacudiendo la cámara con su peso y la fricción. Sheeana caminó sin miedo y trepó a las dunas para recibirlos.

Con una explosión de arena, el gusano más grande se elevó, seguido por otro gusano, y un tercero que venía detrás. Sheeana levantó la vista hacia la pequeña ventana de observación; esperaba que Hrrm estuviera observando con reverencia.

Corrió hacia el gusano más próximo, y el gigante retrocedió arrastrándose por la arena. Corrió hacia otro y este también reculó. Y entonces se quedó allí en medio y empezó a girar. Agitaba sus manos ante los gusanos, y empezó a ondular su cuerpo en una danza. Los gusanos la seguían, se ondulaban.

A su alrededor Sheeana olía la especia, aquel aroma acre pero estimulante que no tenía ninguna otra fuente natural. Los gusanos se movían en círculos a su alrededor como sicofantes. Finalmente, se dejó caer en la arena mientras los gusanos seguían dando vueltas, hasta que las siete criaturas se elevaron ante ella y las despachó.

Se dieron la vuelta y desaparecieron bajo las dunas, dejándola sola. Sheeana se levantó con esfuerzo, se sacudió y fue hasta la escotilla. Aquello habría impresionado

a Hrrm suficientemente.

Cuando volvió a entrar en la cámara de observación, el futar se volvió hacia ella, retrocedió y alzó el rostro hacia un lado, dejando al descubierto la garganta en un gesto de sumisión. Sheeana estaba emocionada.

—Mis monstruos —dijo.

—Tú más fuerte que las mujeres malas —dijo Hrrm.

—Sí, más fuerte que las Honoradas Matres.

El hombre-bestia pronunció las palabras con gran esfuerzo.

—Mejor que... adiestradores.

Sheeana saltó.

—¿Quiénes son los adiestradores?

—Adiestradores.

—¿Dónde están? ¿Quiénes son?

—Adiestradores... controla futar.

—¿Qué son los futar? —Necesitaba saber más, tenía que arrinconarlo. Había demasiados interrogantes sobre lo que las ramerías habían traído consigo de la Dispersión y en qué modo estaban todos conectados con el Enemigo Exterior.

—Nosotros futar —dijo Hrrm con tono indignado—. No hombres-pea.

Ah, un intrigante nuevo pedacito de información.

—¿Hombres-pea?

—Fibios —gruñó Hrrm con desagrado. A su boca parecía costarle formar la palabra.

Sheeana frunció el ceño, imaginando una modificación que combinara genes de anfibio con humanos, igual que el ADN de los felinos se había utilizado para crear a los futar. Híbridos.

—¿Los adiestradores crearon a los fibios?

—Adiestradores crea futar. Nosotros futar.

—¿Crearon también a los fibios?

Hrrm parecía furioso.

—Adiestradores crea futar. Mata Honoradas Matres.

Sheeana guardó silencio mientras procesaba la información. El apaño cromosómico que había servido para crear a los futar quizá se parecía al que se usaba para crear fibios, criaturas acuáticas. Los adiestradores habían utilizado aquellas técnicas para crear unas criaturas que cazaran Honoradas Matres, y otros habían creado a los fibios. Pero ¿con qué propósito?

Se preguntó si algún tleilaxu perdido de la Dispersión había vendido sus conocimientos al mejor postor. Si los futar odiaban a los fibios ¿significa eso que los hombres-pea estaban de alguna forma aliados con las Honoradas Matres? ¿O quería ver más de lo que había en las palabras burdas del hombre-bestia?

—¿Quiénes son los adiestradores? —preguntó otra vez.

—Tú mejor —contestó Hrrm. Fue la única respuesta que consiguió sacarle. Aunque ahora la miraba de otro modo, Sheeana no había conseguido información vital ni ideas. Solo pistas, desprovistas de un contexto necesario.

Lo llevó de vuelta a su cámara de confinamiento y lo soltó entre los otros. No sabía hasta qué punto se comunicarían entre ellos, pero estaba segura de que Hrrm compartiría lo que había visto con sus compañeros. De que les hablaría de la mujer que dominaba a los gusanos.

El mejor método de ataque es matar con rapidez. Estad siempre listas para saltar a la yugular de vuestro adversario. Si lo que queréis es ofrecer un bonito espectáculo, dedicaos a la danza.

MADRE COMANDANTE MURBELLA, arenga ante un despliegue de tropas

Cuando el Enemigo llegara, la Nueva Hermandad no lucharía sola. Murbella no pensaba aceptarlo. Aunque no había un liderazgo centralizado en las civilizaciones disgregadas del Imperio Antiguo, se prometió que conseguiría que participaran. No podía permitir que se quedaran sentadas a un lado cuando la humanidad se jugaba tanto.

Bajo la dirección de su hija Janess y de la veterana bashar Wikki Aztin, las mejores guerreras de la Hermandad estaban recibiendo entrenamiento, pero Murbella necesitaba acceso a armas poderosas, y muchas. Así pues, viajó a Richese, el principal competidor de Ix.

La pequeña lanzadera de Murbella aterrizó en el principal complejo comercial de Richese, donde el comisionado de fábrica acudió a recibirla. Era un hombre bajito de rostro redondo, con el pelo muy corto y una sonrisa sincera que podía utilizar a voluntad. Dos mujeres y tres hombres le acompañaban, todos con elegantes trajes de negocios, idénticos. Llevaban tacos de proyección y papeles, contratos, listas de precios.

—La Nueva Hermandad desea hacer negocios con vosotros, comisionado. Por favor, enseñadnos todo el armamento que tengáis... ofensivo y defensivo.

Sonriendo, el hombre de rostro redondeado estiró el brazo para estrecharle la mano, cosa que ella le permitió hacer a desgana.

—Richese se alegra de poder ayudaros, madre comandante. Podemos fabricar de todo, desde una daga a una flota de naves de guerra. ¿Os interesan los explosivos, las armas de mano, los lanzaproyectiles? Tenemos minas espaciales defensivas que pueden ocultarse mediante campos negativos. Por favor, decidme, ¿qué necesitáis en concreto?

Murbella le miró con dureza.

—Todo. Vamos a necesitar la lista completa.

Durante miles de años, Richese e Ix habían sido rivales tecnológicos e industriales, cada uno con sus propias áreas de especialización. Ix se había labrado su reputación gracias a innovadoras investigaciones, diseños creativos y tecnologías pioneras. Aunque muchos de sus proyectos fracasaban estrepitosamente, los que no lo hacían generaban los suficientes beneficios para compensar más que de sobra los errores.

Por su parte, a Richese se le daba mejor imitar. Eran más conservadores a la hora de asumir riesgos, pero cada vez se mostraban más ambiciosos en la producción y la

eficacia. Aprovechando el ahorro que supone la producción en masa y forzando las fábricas automatizadas hasta los límites de lo que las restricciones de la Yihad Butleriana permitían, Richese podía producir artículos muy buscados en grandes cantidades y a precios muy bajos. Murbella los escogió por delante de Ix porque la Nueva Hermandad necesitaba enormes cantidades de armas... tan pronto como fuera posible.

El complejo de negocios donde el comisionado recibía siempre a sus clientes potenciales incluía exuberantes parques y fuentes, con edificios limpios, estilizados, acogedores. Las antiestéticas zonas industriales estaban fuera de la vista. Mientras avanzaban por los espaciosos salones de escaparates donde se exhibían artículos que Richese podía producir de un día para otro, Murbella se sintió como si estuviera vagando por un salón de exposiciones interminable de objetos de mercado.

El comisionado le dio todo el tiempo que quiso para examinar la mercancía, y mientras iban de un escaparate a otro estuvo charlando con ella.

—Desde la muerte del Tirano y los tiempos de la Hambruna, muchas veces se ha recurrido a Richese para que proporcione armamento defensivo en guerras poco importantes. Seguro que os satisfará ver lo que podemos producir.

—Si sobrevivimos al conflicto que se avecina, entonces estaré satisfecha.

Murbella estudió la armadura corporal y el blindaje para naves, las bombas pseudoatómicas, pistolas láser, lanzaproyectiles, microexplosivos, cañones de impulsos, polvos venenosos, dagas de astillas, pistolas de dardos, disruptores, decodificadores de mentes, sondas X ofensivas, herramientas asesinas cazadoras-buscadoras, engañadores, energizadores, quemadores, lanzadardos, granadas, incluso bombas atómicas auténticas «solo para exposición». Un modelo holográfico de los continentes meridionales de Richese mostraba inmensos astilleros donde se construían yates espaciales y no-naves militares.

—Quiero que conviertan todos esos yates en naves de guerra —dijo Murbella—. De hecho, necesito estar al mando de todos vuestros sistemas de fabricación. Debéis dedicar todas vuestras cadenas de producción a las armas que necesitamos.

Los abogados y vendedores jadearon, se consultaron entre ellos. El comisionado parecía alarmado.

—Es una petición asombrosa, madre comandante. Tenemos otros clientes...

—Ninguno tan importante como nosotras. —Y lo miró con frialdad—. Pagaremos por el privilegio, desde luego... en melange.

Los ojos del comisionado se iluminaron.

—Desde hace tiempo se dice que los tiempos de guerra son duros para la gente, y buenos para el negocio. ¿Acaso no tiene la Cofradía prioridad sobre toda la especie que produce vuestro nuevo cinturón desértico?

—He restringido drásticamente las ventas a la Cofradía, aunque la demanda sigue siendo alta —dijo Murbella. El richesiano ya lo sabía, por supuesto. Solo estaba interpretando un papel.

Los abogados y representantes de ventas estaban haciendo ciertos cálculos mentales preliminares. Cuando recibieran su pago en especie, podían darse la vuelta y venderla a la Cofradía desesperada por diez veces el elevado precio al que la vendía la Nueva Hermandad. Recogerían beneficios por todas partes.

Murbella cruzó los brazos sobre el pecho.

—Necesitaremos una fuerza militar como la humanidad nunca ha visto, porque nos enfrentamos a un Enemigo nunca visto.

—He oído rumores. ¿Quién es el enemigo y cuándo atacará? ¿Qué quieren?

Ella pestañeó, porque sintió un ramalazo de inquietud.

—Ojalá lo supiera.

Sin embargo, antes de eso sus escuadrones de combate se enfrentarían a las Honoradas Matres rebeldes en sus enclaves dispersos, y para eso necesitaba tópteros blindados, naves de asalto, vehículos terrestres pesados, lanzaproyectiles personales, rifles de impulsos, e incluso afilados cuchillos mono-hoja. Muchas de las batallas contra las disidentes implicarían una lucha cuerpo a cuerpo.

—Podemos proporcionaros ciertos productos de nuestros stocks de forma inmediata, algunas naves, algunas minas espaciales. Un señor de la guerra cliente nuestro recientemente ha sufrido... mmm, ha sufrido un asesinato. Por tanto, nadie ha reclamado el pedido, y podemos ofrecérselo entero.

—Me lo llevaré, ahora —dijo ella.

— o O o —

La madre comandante siguió entrenando a sus tropas, afinando sus capacidades para convertirlas en un arma afilada. Ataviada con su traje negro de una pieza, Murbella estaba junto a Janess en una plataforma suspensora que flotaba sobre el campo de entrenamiento más grande. Abajo, bajo el sol del mediodía, sus tropas escogidas realizaban sus ejercicios de combate, cada vez más difíciles, sin descansar en ningún momento, sin permitirse ni el más mínimo error.

Cuando supieron que el escuadrón especial de la madre comandante había aplastado el campamento de disidentes de Casa Capitular, sus consejeras se habían sorprendido por tanta brutalidad, pero la madre comandante se mostró firme.

—No soy el bashar Miles Teg. Él podría haber utilizado su reputación para manipular sutilmente a las descontentas y llegar a un compromiso que evitara la violencia. Pero el Bashar ya no está entre nosotras, y me temo que sus inteligentes tácticas no servirán contra el ejército del Armagedón del Enemigo. La violencia será cada vez más necesaria.

Las mujeres no encontraron ningún argumento efectivo que oponer.

Tras aquella primera batalla decisiva, las fuerzas de la madre comandante adoptaron un nuevo nombre: valquirias.

Murbella retó a sus valquirias a que aprendieran una nueva técnica de lucha que Janess había desenterrado de los archivos: las técnicas de los maestros de armas de Ginaz. Al resucitar la disciplina y entrenar a sus hermanas en una lucha que ningún humano vivo recordaba, la madre comandante buscaba guerreras mejor preparadas que nadie que pudieran neutralizar a las Honoradas Matres atrincheradas.

En aquellos momentos, los escuadrones estaban ejecutando una compleja maniobra en la que combatían a las fuerzas enemigas en tierra, atacándolas en formación de estrella girando. Desde la plataforma suspensora, era un espectáculo impresionante ver las cinco puntas de cada estrella rotando y arrojándose contra las fuerzas opositoras, haciendo que se dispersaran. Murbella lo llamaba «coreografía del combate personal», y estaba impaciente por probarlo en el campo de batalla.

Al igual que su madre, Janess se entregaba al trabajo con fervor. Hasta había adoptado el apellido de su padre, y se hacía llamar teniente Idaho. A ella le sonaba bien; también a Murbella. Madre e hija se estaban convirtiendo en una fuerza formidable. Algunas hermanas bromeaban y decían que no necesitaban un ejército... que aquellas dos solas ya eran bastante peligrosas.

Con aire satisfecho, la madre comandante revisó las tropas. Janess también parecía visiblemente satisfecha de sus guerreras.

—Opondré nuestras valquirias a cualquier ejército que las Honoradas Matres lancen contra nosotras.

—Sí, Janess, lo harás... y pronto. Pero primero conquistaremos Buzzell.

Muad'Dib podía ver realmente el futuro, pero debéis ser conscientes de los límites de su poder. Pensad en la vista. Tenéis ojos, y sin embargo no veis si no hay luz. Si estáis en un valle, no veis qué hay del otro lado. Del mismo modo, Muad'Dib no siempre podía ver a través de un terreno misterioso. Y él mismo nos cuenta que una sola decisión sobre la profecía, el hecho de escoger una palabra en lugar de otra quizá, podía cambiar totalmente el aspecto del futuro. Nos dice: «La visión del tiempo es amplia, pero cuando pasas por ella, el tiempo se convierte en una puerta angosta». Él siempre evitó la tentación de elegir el camino más claro y seguro, y advierte: «Ese camino siempre lleva al estancamiento».

PRINCESA IRULAN, de *Despertar de Arrakis*

El planeta Dan estaba lleno de Danzarines Rostro. Solo con mirar a los nativos del asentamiento próximo al castillo en ruinas, Uxtal intuía su presencia por todas partes. Se le ponía la piel de gallina, pero no se atrevió a manifestar temor. Quizá podría huir, esconderse en la espesura, en las zonas de los cabos, o hacerse pasar por un simple pescador o un granjero de los acantilados.

Pero si lo intentaba, los Danzarines Rostro lo capturarían y le castigarían. No podía arriesgarse a incurrir en su ira. Así que siguió avanzando dócilmente.

Quizá Khroné quedaría tan contento al ver al niño-barón que lo liberaría, le recompensaría por sus servicios y le dejaría marchar. El investigador a veces se aferraba a esperanzas tan irreales...

De forma temporal él y el joven Vladimir se alojaron en un hostel en las afueras del pueblo. El niño-ghola se quejó porque quería tirar piedras al agua y los botes, o fisgonear en los puestos del mercado, donde los hombres estaban limpiando el pescado, pero Uxtal no dejó de buscar excusas para contener a aquel niño inquieto mientras esperaban en la habitación fría y rústica. Vladimir se puso a registrar los cajones y posibles escondites. Uxtal se consoló pensando que, al menos, las Honoradas Matres no estaban por allí.

Un hombre anodino apareció en la puerta. Tenía el aspecto de cualquier otro aldeano, pero a Uxtal se le puso la piel de gallina.

—Vengo a llevarme al barón-ghola. Debemos probarlo.

Y oyó un extraño sonido, como de huesos que se parten y se desplazan. El rostro del hombre se metamorfoseó, y Uxtal se encontró mirando al rostro inexpresivo y cadavérico de Khroné, con sus ojos negros.

—S-sí —dijo Uxtal—. El chico hace progresos. Ahora tiene siete años. Sin embargo, me sería de gran utilidad si supiera para qué le queréis. De grandísima utilidad.

Vladimir miraba al Danzarín Rostro con respeto y curiosidad. Nunca había visto a uno de aquellos cambiadores de forma recuperar su aspecto original.

—Buen truco. ¿Me puedes enseñar a cambiar mi cara así?

—No. —Khrone se volvió de nuevo al tleilaxu—. Cuando te pedí que desarrollaras este gholá, no sabía quién era. Y cuando conocí su identidad, tampoco sabía si el barón Harkonnen podía servirnos, aunque pensé que tal vez sí. Ahora he descubierto una posibilidad maravillosa. —Cogió al niño de la mano y se dispuso a salir—. Espera aquí, Uxtal.

De modo que el diminuto investigador permaneció a solas en su habitación primitiva, preguntándose durante cuánto más se le permitiría vivir. En otras circunstancias, habría disfrutado de aquellos momentos de paz, de relajación, pero tenía demasiado miedo. ¿Y si los Danzarines Rostro encontraban algún defecto en el gholá? ¿Para qué le necesitaban allí, en Dan? ¿Lo volvería a arrojar Khrone a las garras de la madre superiora Hellica? Los Danzarines Rostro le habían dejado entre las Honoradas Matres durante años. Y no sabía si podría aguantar mucho más. No acababa de creerse que Hellica le hubiera dejado vivir, o que la vieja y ajada Ingva no hubiera intentado todavía someterle sexualmente. Cerró los ojos y se tragó el gemido que quería brotar de su garganta. Había tantas cosas que podían ir mal si volvía allí...

Para tranquilizarse, Uxtal inició un ritual tradicional de aseo. Junto a una ventana abierta, de cara al mar, introdujo un paño blanco en un barreño y lavó su pecho desnudo. Hacía mucho tiempo que no podía realizar sus abluciones corporales como exigía su religión. Siempre había gente espiándole, intimidándole. Cuando terminó, estuvo meditando en el balcón de madera con vistas al pueblecito pesquero. Rezó, organizando mentalmente números y signos, buscando la verdad en los esquemas sagrados.

La puerta de la habitación se abrió de pronto y el niño-gholá entró corriendo, arrebolado, riendo. Llevaba un cuchillo que goteaba y empezó a ocultarse entre los muebles como si jugara. Tenía las ropas cubiertas de barro y de sangre.

Khrone entró detrás, a un paso más pausado, con un pequeño paquete en los brazos. Había vuelto a adoptar su disfraz inocuo de hombre anodino. Riendo entre dientes, el joven Vladimir le dijo a Khrone que se diera prisa.

Uxtal lo interceptó enseguida.

—¿Qué haces con ese cuchillo? —Y extendió la mano para cogerlo.

—He estado jugando con un slig pequeño. Tienen una pequeña cuadra en el pueblo, aunque aquí no son tan grandes como en casa. —Sonrió—. Me he metido entre ellos y he apuñalado a unos cuantos. —Se limpió la hoja en los pantalones y se la dio al tleilaxu, que la puso fuera de su alcance, en lo alto de un ropero.

Khrone miró con aire contemplativo las manchas de sangre.

—No siento aversión por la violencia, pero ha de ser una violencia orientada. Constructiva. Este gholá no tiene ningún autocontrol. Necesita ciertas modificaciones de comportamiento.

Uxtal trató de desviar la conversación de aquella crítica implícita.

—¿Por qué ha cogido un cuchillo y se ha metido en la cuadra con los sligs?

—Nuestra conversación lo ha incentivado. Estaba discutiendo nuestro descubrimiento con mis compañeros y el chico se sintió inspirado al ver el objeto. Parece tener un gran aprecio por los cuchillos.

—La madre superiora Hellica se lo ha inculcado. —Uxtal tragó con dificultad—. He leído su historia celular. El barón Harkonnen original era...

—Lo sé todo sobre el original. Su potencial para lo que tengo pensado es excelente. Nuestros planes han cambiado debido a lo que hemos descubierto aquí en Dan.

Uxtal miró el misterioso paquete que el Danzarín Rostro llevaba en las manos.

—¿Y qué habéis descubierto?

Aunque el tajo de su boca no sonrió, Khroné parecía complacido. Se puso a desenvolver el objeto.

—Otra solución a nuestra crisis.

—¿Qué crisis?

—Una que no podrías entender.

Sintiéndose humillado, Uxtal se calló sus preguntas y observó cómo Khroné sacaba otro cuchillo, un cuchillo ornamentado, sellado en un contenedor de plaz transparente. El arma tenía un mango enjovado, con un grabado de intrincados diseños. La hoja tenía letras y símbolos de un antiguo lenguaje, pero las palabras estaban emborronadas por una mancha carmesí. Sangre, apenas oxidada. Se acercó un poco. Aún parecía húmeda en su cubierta protectora.

—Es un arma muy antigua, de miles de años, que se ha conservado hasta nuestros días en un campo de nulotropía, y durante siglos ha sido ocultada y protegida por diversos fanáticos religiosos.

—¿Es sangre? —preguntó Uxtal.

—Yo prefiero llamarlo material genético. —Con cautela, el Danzarín Rostro dejó el objeto sobre la mesa—. Lo descubrimos en un altar que había permanecido clausurado, aquí, en Dan, bajo la vigilancia de las pocas Habladoras Pez que quedan, que se han unido al Culto a Sheeana. La daga está manchada con la sangre de Paul Atreides.

—¡Muad'Dib! El padre del Profeta, Leto-II, el Dios Emperador.

—Sí, el mesías que llevó a los guerreros fremen a una gran guerra santa. Un kwisatz haderach. Le necesitamos.

—Gracias al campo de nulotropía, la sangre de Muad'Dib aún está húmeda... fresca —dijo Uxtal, temblando de emoción—. Perfectamente conservada.

—Oh, entonces ya ves adónde quiero ir a parar. Aún hay esperanza para ti. Después de todo quizá puedas seguir siendo útil.

—¡Pues claro que soy útil! Dejad que os lo demuestre. Pero... necesito más información sobre lo que queréis.

A un gesto de la mano de su líder, otros dos Danzarines Rostro entraron en la habitación, acompañando a una mujer consumida con un vestido de un azul intenso;

sus cabellos castaños colgaban en mechones apelmazados. Cuando se acercó, Uxtal reparó en el famoso escudo Atreides, un halcón rojo, bordado en el lado izquierdo del traje. Cuando vio la daga, la mujer trató de zafarse de sus captores. No parecían preocuparle los Danzarines Rostro, ni nadie... solo le importaba el cuchillo.

Khrone la aguijoneó.

—Habla, sacerdotisa. Cuéntale a este hombre la historia de tu cuchillo sagrado para que pueda entender.

Ella miró momentáneamente a Uxtal, y su mirada de adoración volvió enseguida a la daga.

—Soy Ardath, antiguamente sacerdotisa de las Habladoras Pez, ahora sierva de Sheeana. Hace mucho tiempo, el perverso conde Hasimir Fenring trató de asesinar a Muad'Dib el bendito con esta daga. El arma pertenecía al emperador Shaddam IV, fue entregada al duque Leto Atreides como regalo y regresó de nuevo a Shaddam durante su juicio ante el Landsraad. Más adelante, el emperador Shaddam ofreció la daga a Feyd-Rautha para su duelo contra Muad'Dib. —La sacerdotisa Ardath parecía estar recitando unas escrituras.

»Un tiempo después, durante la yihad de Muad'Dib, un exiliado Hasimir Fenring, otro kwisatz haderach fracasado, consiguió la daga. Mediante una trama mezquina, apuñaló a Muad'Dib por la espalda. Algunos dicen que murió por la herida, pero que el cielo lo mandó de vuelta entre los vivos, porque su misión aún no estaba completa.

Volvió a nosotros gracias a un milagro.

—Y los fanáticos conservaron el cuchillo ensangrentado como una reliquia religiosa —dijo Khrone terminando por ella con impaciencia—. Lo trajeron a un altar, aquí, a Caladan, hogar de la casa Atreides, donde ha permanecido oculto todos estos años. Ya puedes imaginarte qué es lo que queremos que hagas, tleilaxu. Desactivar el campo de nulotropía, tomar muestras celulares...

Ardath consiguió liberarse de los guardas y se dejó caer de rodillas. Inclinandose de cara a la antigua reliquia, se puso a rezar.

—Por favor, no deben jugar con un objeto sagrado.

A una señal de Khrone, uno de los Danzarines Rostro la cogió por la cabeza y se la giró bruscamente, partiéndole el cuello. La mujer se desplomó como una muñeca. Cuando se la llevaron, Uxtal apenas le dedicó ni un pensamiento; era totalmente irrelevante. No, él estaba intrigado por las posibilidades de aquella adorable daga. De todos modos, con tanto parloteo la mujer no había hecho más que distraer.

Se acercó y cogió la daga sellada con manos temblorosas, ladeándola para que la luz iluminara la hoja húmeda. ¡Las células de Muad'Dib! Las posibilidades eran increíbles.

—Ahora tienes el proyecto de otro ghola en tus manos —dijo Khrone—, además de la misión de educar al barón Harkonnen. Los dos volveréis a Tleilax los años que haga falta. —Más Danzarines Rostro entraron en la habitación—. Cuando llegue el momento, tendremos una misión mucho más provechosa para el barón.

Las defensas de las Honoradas Matres en Buzzell son mínimas. Bastará con que lleguemos y tomemos el control. Otro síntoma de su arrogancia.

BASHAR WIKKI AZTIN, asesora militar de la madre comandante Murbella

Las primeras naves acorazadas llegaron de Richese tal y como Murbella había ordenado, sesenta y siete naves de guerra diseñadas para el combate espacial y transporte de tropas, cargadas de armamento. La madre comandante también pagó el correspondiente soborno en especia para que la Cofradía las trasladara directamente y pudieran aparecer de forma inesperada ante Buzzell. Esperaba que aquello fuera la primera de muchas conquistas sobre las renegadas Honoradas Matres.

Los talleres de Richese, entusiasmados por los inmensos pedidos de armamento, trabajaban a destajo para crear equipamiento militar de todos los diseños y eficacias posibles. Cuando la amenaza exterior llegara al Imperio Antiguo, no encontrarían a la raza humana desprevenida o desprotegida.

Sin embargo, la Hermandad reestructurada primero tenía que aplastar la corrosiva resistencia dentro de casa. *Tenemos que hacer borrón y cuenta nueva antes de que llegue el Enemigo real.*

Tras consultarlo detenidamente con Bellonda, Doria y Janess, Murbella había elegido el objetivo de su primera campaña con esmero. Ahora que las valquirias habían eliminado a las descontentas en Casa Capitular, estaban listas para ir a por un nuevo objetivo. Buzzell era perfecto, tanto por su importancia estratégica como económica. Las Honoradas Matres eran altaneras y confiadas, y eso las hacía vulnerables. Y Murbella no pensaba mostrar compasión.

No conocía con exactitud la disposición ni la distribución de las defensas en Buzzell, pero se las imaginaba. Las valquirias estaban listas, y esperaban en el interior de sus naves, en la cubierta de carga del enorme carguero de la Cofradía.

En cuanto el carguero saliera de entre los pliegues del tejido espacial, las compuertas de la base se abrirían. Las mujeres no pidieron ni recibieron nuevas instrucciones, ya sabían lo que tenían que hacer: encontrar objetivos prioritarios y destruirlos. Sesenta y siete naves, todas equipadas con tecnología punta, salieron del carguero y empezaron a disparar proyectiles y explosivos teledirigidos que hicieron pedazos las quince grandes fragatas que las Honoradas Matres tenían en órbita. Las Honoradas Matres no tuvieron tiempo de reaccionar... casi no tuvieron tiempo ni de gritar indignadas por las líneas de comunicación. En diez minutos, el bombardeo convirtió las quince naves en un montón de chatarra flotante y sin vida. Buzzell ya no tenía defensas.

—¡Madre comandante! Una docena de naves sin alinear se alejan de la atmósfera. Su diseño es distinto... no parecen naves de combate.

—Contrabandistas —dijo Murbella—. Las soopiedras son valiosas, es normal que haya contrabandistas.

—¿Hemos de destruirlos, madre comandante? ¿Hemos de recuperar su cargamento?

—No. —Murbella observó las diminutas naves, que se alejaban de aquel mundo oceánico. Si los contrabandistas hubieran afectado de forma preocupante la riqueza de las soopiedras, las Honoradas Matres no les habrían dejado actuar—. Tenemos un objetivo más importante ahí abajo. Primero expulsaremos a las Honoradas Matres; luego ya negociaremos con los contrabandistas.

Y lanzó sus naves a la conquista de los pocos tramos de tierra habitable de aquel vasto y fértil océano.

Durante mucho tiempo Buzzell había sido utilizado como planeta de castigo, y las Bene Gesserit enviaban allí a las mujeres que las decepcionaban, que faltaban al antiguo orden de alguna forma. Allí no había nada, pero su mar profundo y fecundo era hogar de unas criaturas con concha llamadas colisteros y que producían unas bonitas gemas.

Soopiedras. Las mujeres de la nobleza las utilizaban. Coleccionistas y artesanos pagaban precios desorbitados por ellas.

Como Rakis, pensó. Es curioso que los lugares más inhóspitos produzcan objetos de tanto valor.

En su inexorable búsqueda de riquezas, las Honoradas Matres habían vuelto su atención hacia Buzzell hacía años. Las ramerar arrasaron las islas, mataron a la mayoría de las hermanas Bene Gesserit y obligaron a las supervivientes a trabajar en la recolección de soopiedras para ellas.

Con ayuda de sistemas de rastreo orbital, Murbella determinó sin dificultad cuáles eran las principales masas de tierra habitadas, que apenas sobresalían por encima de las olas. La Nueva Hermandad pronto recuperaría los centros donde las Honoradas Matres concentraban la actividad con las piedras. Y Buzzell tendría nuevos líderes.

Las naves richesianas aterrizaron en torno al principal campamento de procesamiento de soopiedras. Aquella enorme cantidad de naves desbordó la pequeña zona de aterrizaje, y la mayoría tuvieron que confiar en pontones hinchables, embarcaderos o simples campos suspensores sobre el agua. Las naves rodearon la isla rocosa como una soga.

Finalmente, resultó que, aparte de las fragatas que había en órbita, apenas un centenar de ramerar controlaban las instalaciones de Buzzell con mano de hierro. Cuando las valquirias llegaron, las Honoradas Matres, que vivían en los mejores edificios de la isla (aunque seguían siendo espartanos), salieron armadas hasta los dientes. Aunque lucharon con empeño, las superaban en número y armamento. Las guerreras de Murbella asesinaron fácilmente a la mitad antes de que el resto capitulara. Era lo que esperaban.

La madre comandante salió a aquel aire cortante y salado para examinar el mundo ralo que acababan de conquistar.

Cuando sus guerreras rodearon a las Honoradas Matres supervivientes, Murbella descubrió entre ellas a nueve mujeres que obviamente no pertenecían al grupo; se las veía oprimidas, pero vestían su hábito negro con orgullo. Bene Gesserit. ¡Y solo nueve! Como planeta de castigo, se habían enviado a Buzzell a más de cien hermanas... y solo nueve habían sobrevivido entre las ramera.

Murbella se puso a andar arriba y abajo, mirando a aquellas mujeres. Sus valquirias permanecían en formación a su espalda, con sus trajes negros de una pieza embellecidos con afiladas púas negras, un objeto de adorno y un arma. Las Honoradas Matres tenían aspecto desafiante, asesino... tal como Murbella esperaba. Las hermanas cautivas apartaban los ojos, porque ya llevaban muchos años bajo el yugo de aquellas amas opresoras.

—Soy vuestra nueva comandante. ¿Quién de vosotras dirige a estas mujeres? —Y su mirada pasó como un látigo sobre ellas—. ¿Quién será mi subordinada aquí?

—Nosotras no somos subordinadas —dijo con desprecio una Honorada Madre nervuda, que se moría por pelear—. No te conocemos, no reconocemos tu autoridad. Actúas como una Honorada Madre, pero hueles como las brujas que te rodean. No creo que seas ninguna de las dos cosas.

Así que Murbella la mató.

La líder de las Honoradas Matres llevaba años persiguiendo a las hermanas en el planeta. Sus patadas y sus golpes eran rápidos, pero insuficientes frente a las técnicas combinadas de Murbella. Al final, la mujer se desplomó sobre las piedras negras del asentamiento, con el cuello roto, las costillas partidas, y la sangre supurando de sus oídos reventados.

Murbella ni se despeinó. Se volvió hacia las otras.

—Bueno, ¿quién habla ahora en representación de todas? ¿Quién será mi primera ayudante?

Una de las Honoradas Matres dio un paso al frente.

—Soy la madre Skira. Pregúntame a mí.

—Quiero que me hables de las soopiedras y vuestros negocios aquí. Necesitamos saber cómo extraer beneficios de Buzzell.

—Las soopiedras son nuestras —dijo Skira—. Este planeta es...

Murbella le asestó un golpe en el mentón, tan rápido que la mujer no tuvo ni tiempo de levantar la mano para protegerse y cayó hacia atrás. Cerniéndose sobre ella como un ave de presa, Murbella dijo:

—Te lo diré otra vez: explícame cómo funciona el negocio con las soopiedras.

Una de las Bene Gesserit oprimidas se separó de la fila. Una mujer de mediana edad, con el pelo rubio ceniza, y un rostro que en otro tiempo debió de ser asombrosamente hermoso.

—Yo os lo puedo explicar.

Skira se arrastró como un cangrejo sobre los codos y trató de ponerse en pie.

—No escuches a esa burra, solo sirve para recibir golpes.

—Me llamo Corysta —dijo la mujer rubia sin hacer caso de Skira.

Murbella asintió.

—Soy la madre comandante de la Nueva Hermandad. La madre superiora Odrade me escogió personalmente como sucesora antes de que la mataran en la batalla de Conexión. He unificado a Bene Gesserit y Honoradas Matres para que podamos enfrentarnos juntas a nuestro Enemigo común y mortífero. —Tocó con el pie a Skira—. Ya solo quedan unos pocos focos de resistencia de Honoradas Matres como este. Si no podemos asimilarlos los destruiremos.

—No es tan fácil derrotar a las Honoradas Matres —insistió Skira.

Murbella miró a la mujer que yacía en el suelo.

—A vosotras sí. —Volvió su atención a Corysta—. ¿Eres una Reverenda Madre?

—Lo soy, pero me exiliaron por el delito de amar.

—¡Amar! —La esbelta Skira escupió la palabra, como si esperara que su captora estuviera de acuerdo con ella. Y empezó a hablar de Corysta en tono despectivo, acusándola de ser una ladrona de bebés y una criminal, entre las Bene Gesserit y entre las Honoradas Matres.

Murbella dedicó a la hermana una mirada fugaz y apreciativa.

—¿Es eso cierto? ¿Eres una destacada ladrona de bebés?

Corysta seguía evitando su mirada.

—No es robo si lo que tomé ya era mío. No, fue a mí a quien robaron. Yo cuidé a los dos bebés por amor cuando nadie más habría aceptado hacerlo.

Murbella sabía que tenía que aprender deprisa, así que tomó una decisión.

—En pro de la rapidez y la eficacia compartiré contigo. —De ese modo, obtendría toda la información que Corysta tenía en un momento.

La otra mujer vaciló un instante, inclinó la cabeza y se acercó para que Murbella pudiera tocarla, frente contra frente, mente con mente.

En una marea, la madre comandante absorbió todo lo que necesitaba saber de Buzzell y mucho más de lo que habría querido saber sobre Corysta.

Todas las experiencias de la mujer, su día a día, sus conocimientos, sus dolorosos recuerdos y su lealtad a la Hermandad, se convirtieron en una parte de Murbella, como si los hubiera vivido en persona.

En su interior, a través de los ojos de Corysta, Murbella la vio trabajando junto con otras esclavas en una mesa de clasificación y limpieza en un muelle, cerca de un accidentado acantilado. La brisa llevaba el penetrante olor del mar a su nariz. Veía el cielo nublado y gris de la mañana. Las gaviotas que iban dando saltitos por el muelle, buscando fragmentos de crustáceos y pequeños bocados que caían durante las operaciones de procesamiento.

Un fibio imponente y cubierto de escamas caminaba arriba y abajo, supervisando el trabajo de la cadena. Su cuerpo hedía a pescado podrido. Vigilaba el trabajo de las

esclavas Bene Gesserit y periódicamente comprobaba que no hubieran robado nada. ¿Adónde habría podido ir Corysta de haber robado un fragmento de soopiedra?

Llevaba casi dos décadas exiliada en Buzzell. La Hermandad la envió allí cuando era joven, y luego quedó atrapada y convertida en esclava de las ramerías de la Dispersión. Corysta había sido enviada como castigo a Buzzell por lo que las Bene Gesserit llamaban un «delito de humanidad». Se le había ordenado que procreara con un noble consentido y petulante que vestía con un traje distinto cada vez que lo veía. Siguiendo las órdenes de las mujeres procreadoras, Corysta sedujo a aquel hombre al que jamás habría podido amar y manipuló su química interna para asegurarse de que el bebé era una niña.

Desde el momento de la concepción, su hija estaba destinada a entrar en la orden de las Bene Gesserit. Corysta lo sabía intelectualmente, pero su corazón no quiso aceptarlo. Conforme el bebé crecía en su vientre, empezó a tener dudas, sobre todo cuando empezó a moverse y dar patadas. Cuando estaba sola, iba conociendo a su hija, y se imaginaba criándola como madre. Y, aunque la Hermandad prohibía aquella práctica, a pesar de la rigurosidad de los diferentes programas de cría, tenía que haber excepciones, tenía que haber lugar para un poquito de amor. Cada día Corysta hablaba a su hija con voz suave, diciéndole bendiciones especiales. Y poco a poco empezó a pensar en huir de sus obligaciones opresivas.

Una noche, mientras cantaba en tono triste a su bebé no nacido, Corysta tomó la decisión de quedársela. No entregaría a su hija a las mujeres procreadoras como le habían ordenado. Así que huyó a un lugar aislado y dio a luz ella sola, en una cueva, como un animal. Una severa mujer procreadora descubrió dónde estaba y entró hecha una furia, con un escuadrón de agentes de la ley de hábitos negros. El bebé solo pudo disfrutar de unas horas del amor de su madre, luego se la llevaron y Corysta no volvió a verla.

Apenas recordaba el viaje posterior a Buzzell, donde la abandonaron para que pasara el resto de su vida en el «programa de penitencia», con las otras hermanas exiliadas. En todos los años que llevaba allí, en tramos de tierra negra no más extensos que el patio de una prisión rodeados de océanos, no había dejado de pensar en su hija ni un solo día.

Y entonces las Honoradas Matres llegaron arrasándolo todo como carroñeros, y masacraron a las exiliadas Bene Gesserit en Buzzell. Solo perdonaron la vida a un puñado para tenerlas como esclavas.

Cada vez que el olor hediondo del yodo anunciaba la presencia de los supervisores fibios, Corysta trabajaba más deprisa clasificando las piedras por tamaño y color. A su espalda, el hombre anfibio pasaba de largo, respirando pesadamente a través de unas branquias que absorbían el oxígeno del aire en lugar del agua de mar. Corysta tenía demasiado miedo al castigo, por eso nunca lo miraba.

En su primer año de cautividad, Corysta hervía por dentro, y no dejaba de pensar cómo recuperar a su hija. Pero el tiempo pasaba y fue perdiendo la esperanza,

empezó a aceptar su situación. Durante años había vivido el día a día, y pocas veces se paró a pensar en sus errores del pasado, como alguien que se hurga en un diente flojo. Las profundas aguas de Buzzell se convirtieron en los límites de su universo.

En realidad, ella y las compañeras que sobrevivieron no tenían que sumergirse para buscar las piedras marinas. Eso lo hacían los fibios, híbridos modificados genéticamente, creados en la Dispersión, mitad hombre mitad anfibio, con cabeza en forma de bala, cuerpos delgados y aerodinámicos y una piel verde y aceitosa con un brillo iridiscente. A Corysta le fascinaban, le asustaban.

Luego, años después, rescató un bebé fibio abandonado del mar, y lo escondió y lo cuidó durante meses en su humilde choza. Devolvió la salud al Hijo del Mar, y entonces, en un cruel eco de su experiencia anterior, las Honoradas Matres le arrebataron al bebé híbrido.

Conocían su caso, y se burlaban de ella, la llamaban la «mujer que perdió dos bebés». La ridiculizaban abiertamente, mientras que sus compañeras exiliadas la admiraban en silencio...

— o O o —

Profundamente conmovida, Murbella se apartó de la desdichada hermana y se dio cuenta de que solo había pasado un instante. Ante ella, Corysta pestañeaba con asombro ante el torrente de noticias e información que había recibido. El acto de compartir funcionaba en los dos sentidos, así que la Bene Gesserit exiliada ahora sabía todo lo que sabía la madre comandante. Murbella aceptó el riesgo de buena gana.

Viendo la facilidad con que sus valquirias habían conquistado todos los puntos vulnerables, Murbella estaba segura de que la Nueva Hermandad no tendría ningún problema para dirigir los trabajos de recolección. Dejaría una fuerza defensiva en órbita, convertiría o mataría a las Honoradas Matres que quedaban y volvería al trabajo. Miró a su alrededor buscando a los guardas fibios, pero todos habían desaparecido en las aguas profundas cuando vieron llegar a las valquirias. Después de compartir con Corysta, sabía todo lo que necesitaba.

—Reverenda madre Corysta, la nombro supervisora de las operaciones de extracción de soopiedras de la Hermandad. Sé que es consciente de muchos errores y sabrá cómo mejorar el proceso.

La mujer asintió, con los ojos brillantes. Estaba orgullosa de que Murbella le hubiera confiado aquella responsabilidad. La madre Skira, con el rostro rojo de ira, apenas pudo controlarse.

—Si alguna Honorada Madre resulta problemática, tenéis mi permiso para ejecutarla.

Dos días después, satisfecha con los cambios y lista ya para volver a Casa Capitular, Murbella iba sola por el deteriorado asentamiento. En aquellos momentos pasaba entre unos cobertizos de almacenamiento de soopiedras y un surtido inconexo de alojamientos y edificios administrativos. Estaba anocheciendo y el resplandor de los globos de luz empezó a aparecer en el interior de los edificios mientras la oscuridad caía bajo el manto cobrizo del sol.

Cuatro Honoradas Matres surgieron de las sombras, entre un cobertizo con material y la entrada de un edificio a oscuras. Aunque se movían con sigilo, Murbella las vio enseguida. Sus intenciones emanaban de su ser como vapores nocivos.

Ella, sintiendo un hormigueo y lista para luchar, las miró con desdén. Las cuatro mujeres avanzaron, confiadas en su número, aunque las Honoradas Matres no luchaban bien en equipo. En cambio para ella luchar con varias a la vez sería una simple escaramuza.

Las Honoradas Matres la rodearon. En un revoltijo de movimientos, Murbella giró y giró y golpeó y golpeó con los pies. Una síntesis coreografiada de métodos de combate Bene Gesserit y trucos de Honoradas Matres retocada con las técnicas de maestro de armas de Duncan... cualquiera de sus valquirias podía haber hecho lo mismo.

En menos de un minuto, sus atacantes quedaron muertas en el suelo. Otro grupo de Honoradas Matres salió de los cobertizos de material. Murbella se preparó para el combate y lanzó una carcajada.

—¿Queréis que os mate a todas o preferís que deje a una viva como testigo para que disuada a otras de cometer esta tontería? ¿Quién más quiere intentarlo?

Otras dos lo intentaron y las dos murieron. Confusas, el resto de Honoradas Matres se contuvo. Murbella quería asegurarse de que habían captado el mensaje, así que las picó.

—¿Quién más quiere enfrentarse conmigo? —Señaló los cuerpos—. Estas seis han aprendido la lección.

Nadie aceptó el desafío.

QUINTA PARTE

Trece años después de la huida de Casa Capítular

En solo un instante, un amigo se puede convertir en competidor o en un peligroso enemigo. Es esencial analizar las probabilidades en todo momento, para evitar que nos cojan por sorpresa.

DUNCAN IDAHO, observación de mentat

Agitado, con sus gafas puestas, el rabino andaba a toda prisa por el corredor con un rollo bajo el brazo, musitando:

—¿Cuántos más crearéis? —Había reforzado sus argumentos reuniendo pruebas en los escritos talmúdicos, pero las Bene Gesserit no estaban impresionadas. Podían contestarle citando otras tantas profecías oscuras y confundirle con un misticismo tan antiguo como el suyo.

Duncan Idaho se cruzó con él, pero el rabino estaba demasiado preocupado y no se dio cuenta. Con los años, su presencia en el corredor exterior del centro médico y la guardería de gholas se había convertido en algo habitual. Varias veces a la semana el rabino visitaba los tanques axlotl, rezaba por la mujer que él había conocido como Rebecca y echaba un vistazo a aquel grupo de extrañas criaturas que habían sido incubadas en los tanques. Aunque era inofensivo, el pobre hombre parecía aislado, y se aferraba a una realidad que solo existía en su mente y su sentimiento de culpa. Aun así, Duncan y los otros trataban de mostrarle el respeto que merecía.

Cuando el rabino se fue, Duncan también estuvo observando cómo los niños-ghola interactuaban entre ellos como niños normales, extraordinariamente brillantes, pero ajenos a sus personalidades previas. El maestro tleilaxu Scytale mantenía a su ghola separado de los otros niños, pero los ocho gholas históricos, con edades que iban de uno a ocho años, se criaban juntos. Todos eran equivalentes celulares perfectos.

Duncan era el único que los recordaba como fueron realmente. Paul Atreides, dama Jessica, Thufir Hawat, Chani, Stilgar, Liet-Kynes, el doctor Yueh y el bebé Leto II. Ahora no eran más que niños, dulces e inocentes, un grupo poco ortodoxo con distintas edades. En aquellos momentos, en una de las salas, Paul y su madre, que curiosamente era más joven, estaban jugando juntos, posicionando soldados de juguete y armamento en torno a un castillo.

Paul, que era el mayor de los gholas, era tranquilo, inteligente y curioso. Era exactamente igual que las imágenes de archivo de las Bene Gesserit de sus primeros años de vida en el castillo de Caladan. Duncan le recordaba bien.

La decisión de que dama Jessica fuera el siguiente había suscitado debate en la no-nave. En su primera vida, dama Jessica había arrojado los cuidadosos planes reproductores de la Hermandad a un torbellino. Había tomado decisiones impetuosas basándose en su conciencia y su corazón, y obligó con ello a la Hermandad a revisar un sistema con siglos de antigüedad. Entre las seguidoras de Sheeana algunas

pensaban que el consejo y la experiencia de Jessica podía ser muy útil; otras disentían... de forma contundente.

A continuación, Teg y Duncan defendieron enérgicamente el regreso de Thufir Hawat, porque el guerrero-mentat podía ayudarles en una situación crítica de combate. También querían al duque Leto Atreides, otro gran líder, aunque en un primer momento hubo problemas con el material celular.

La amada de Muad'Dib, Chani, fue otra de las primeras escogidas, aunque solo fuera como mecanismo de control, por si el kwisatz haderach daba muestras de convertirse en lo que todos temían. Pero sabían muy poco sobre la joven original. Fue hija de un fremen; por tanto en los registros Bene Gesserit no se conservaba ningún dato sobre la primera parte de su vida, y buena parte de su pasado era un misterio. La información fragmentaria que tenían procedía de su relación con Paul y del hecho de que fuera hija de Liet-Kynes, el planetólogo visionario que había arengado a las gentes de Dune para que convirtieran su mundo desértico en un jardín.

Sí, Liet-Kynes también estaba allí, y era dos años más joven que su hija... *Debemos olvidar la imagen que tenemos de la familia*, pensó Duncan. Los detalles de la edad y el linaje no eran más extraños que la existencia misma de los niños.

El comité Bene Gesserit había decidido recuperar a Kynes por sus dotes para pensar a largo plazo, para planificar a gran escala. Por razones similares, un año más tarde recuperaron al gran líder fremen Stilgar.

Allí también estaba el gholá de Wellington Yueh, el gran traidor que provocó la caída de la casa Atreides y la muerte del duque Leto.

La historia denostaba a Yueh, por eso Duncan no entendía los motivos de la Hermandad para resucitarlo. ¿Por qué Yueh y no, por ejemplo, Gurney Halleck? Quizá las Bene Gesserit lo consideraban un experimento interesante, nada más.

Hay tantas figuras históricas aquí, pensó Duncan. *Incluido yo.*

Levantó la vista a un panel de pantallas de vigilancia que había muy altas en las paredes. La guardería, el centro médico, las salas de biblioteca y la sala de juegos... todas quedaban controladas por las cámaras. Mientras observaba, Duncan vio que los gholas reparaban en él, uno a uno. Lo miraron con ojos de adulto en sus cuerpos de niños, y luego siguieron jugando, inventando, experimentando con los juguetes.

Aunque las actividades parecían perfectamente normales, un grupo de supervisoras tomaba nota diligentemente de cada interacción, de cada juguete que escogían, de cada pelea. Se fijaban en las preferencias en colores, en las amistades que hacían, y analizaban los resultados buscando posibles significados.

El bashar Miles Teg, otra leyenda reencarnada, entró en la cámara. Le sacaba a Duncan media cabeza, y vestía pantalón negro y camisa blanca, con la insignia dorada en el cuello, el símbolo de su rango pasado como Bashar.

—Nunca me acostumbraré a verles así, Miles. Es como si hubiéramos jugado a ser Dios al elegir a quiénes resucitábamos y a quiénes manteníamos bajo llave celular.

—Algunas decisiones eran obvias. Aunque las células estaban ahí, es evidente que no queremos a otro barón Harkonnen, a otro conde Fenring o a Piter de Vries. —Frunció el ceño con desaprobación al ver que el bebé de Leto II, con su pelo negro, lloraba porque había perdido un gusano de arena de juguete ante Liet-Kynes, de tres años.

—Yo amaba al pequeño Leto y su hermana Ghanima —dijo Duncan— cuando eran gemelos huérfanos. Y, como Dios Emperador, Leto me mató una y otra vez. A veces, cuando ese pequeño ghola me mira, tengo la sensación de que ya tiene los recuerdos del Tirano. —Meneó la cabeza.

—Algunas de las hermanas más conservadoras —dijo Teg— piensan que hemos creado un monstruo. —Leto II, aunque era más pequeño que Kynes, peleó con fiereza por su juguete—. Su muerte provocó la Dispersión, la Hambruna... y ahora, por causa de aquella gran y despiadada diáspora, hemos provocado que un Enemigo venga a por nosotros. ¿Es este realmente un fin aceptable para su Senda de Oro?

Duncan arqueó las cejas y dijo pensativo, de mentat a mentat:

—¿Quién puede decir si la Senda de Oro ha llegado a su fin? Incluso después de tanto tiempo, quizá todo esto sea parte del plan de Leto. No subestimes su presciencia.

En tanto que gholas, él y Teg habían asumido buena parte de la responsabilidad del proyecto. Los verdaderos problemas aún tardarían años en aparecer, cuando los niños alcanzaran un nivel de madurez suficiente para despertar sus recuerdos. En lugar de ocultarles la información, Duncan insistía en que tuvieran libre acceso a los datos sobre sus vidas previas, con la esperanza de que eso les ayudaría a convertirse en armas útiles más deprisa.

Aquellos niños eran como espadas de doble filo. En ellos podía estar la clave para salvar a la no-nave de futuras crisis, o quizá ellos serían quienes provocaran los problemas. Eran más que seres de carne y hueso, más que personalidades individuales. Representaban un sorprendente despliegue de talentos en potencia.

Como si acabara de tomar una importante decisión, Teg entró en la sala, separó a los dos niños y buscó otros juguetes para tenerlos contentos. Duncan seguía mirando, y pensó en todas las veces que él mismo había tratado de asesinar al Dios Emperador y cuántas veces Leto II lo había devuelto a la vida en forma de ghola. *Si hay alguien capaz de encontrar la forma de vivir para siempre, ese es él.*

Todo juicio oscila siempre al borde del error. Proclamar el conocimiento absoluto es monstruoso. El conocimiento es una aventura interminable que raya la incertidumbre.

LETO ATREIDES II, dios emperador

De océano a desierto, de un mundo azul a la arena. Tras abandonar el recién conquistado Buzzell, Murbella volvió a Casa Capitular para supervisar los avances del desierto.

Desde la torre de Central, tomó un ornitóptero. Era una mujer autosuficiente, y pilotó el tóptero personalmente sobre las dunas cada vez más extensas, donde los dominios de los gusanos seguían extendiéndose. Miraba el paisaje, las ramas quebradizas y sin hojas de lo que había sido un bosque frondoso. Los árboles alargaban sus ramas hacia arriba como hombres que se ahogan tratando de frenar la lenta marea de arenas aniquiladoras. Pronto, el nuevo desierto —hermoso a su manera— engulliría todo el planeta, como Rakis.

Yo elegí que este ecosistema muriera lo antes posible, dijo la voz de su Odrade-interior. *Era lo más humano.*

—Es más fácil crear un yermo que un jardín.

No había nada fácil en esto. No en Casa Capitular, y desde luego no para mi conciencia.

—O la mía. —Murbella miró abajo, a aquel yermo estéril. Los huesos de un ecosistema estaban allí, desecándose bajo el sol abrasador de la tarde. Y todo como parte del detallado plan Bene Gesserit—. Pero hemos de hacerlo por la especie. Por el poder. Por el control. Para que la Cofradía Espacial, la CHOAM, Richese y los gobiernos planetarios hagan lo que queremos.

Es la supervivencia, niña mía.

Apenas unos meses atrás, allí abajo había un bosque. No queriendo malgastar unos recursos cada vez más escasos, las hermanas habían empezado a talar los árboles conforme morían, pero el desierto avanzó demasiado rápido y no pudieron terminar. Así que, con la eficacia propia de las Bene Gesserit, los grupos de trabajo empezaron a abrir carreteras temporales por las arenas y desplazaron grandes transportes al bosque muerto. Desenterraban los troncos, cortaban las ramas secas y retiraban la madera para utilizarla como combustible y material de construcción. Los árboles muertos ya no eran parte de un ecosistema viable, así que la Hermandad aprovecharía la madera. Murbella detestaba malgastar recursos.

Viró hacia una zona más extensa de dunas que se extendían en una sucesión aparentemente interminable de ondas de arena paralizadas en el tiempo. Sin embargo, las dunas se movían constantemente, batiendo una cantidad incontable de partículas de sílice en un tsunami tremendamente lento. La arena y la tierra fértil siempre habían

estado enzarzadas en una gran danza cósmica, tratando de dominar la una a la otra. Como hacían ahora las Bene Gesserit y las Honoradas Matres.

Los pensamientos de la madre comandante se desviaron a Bellonda y Doria, que se habían visto obligadas a colaborar por el bien de la Hermandad. Durante años las dos habían supervisado juntas las operaciones de recolección de especia, aunque sabía que detestaban trabajar juntas. Murbella, que no había anunciado su visita, siguió adentrándose en el desierto en su tóptero sin distintivos.

Abajo, vio a los obreros de Casa Capitular y al personal de apoyo extraplanetario montando un campamento temporal para la recolección de especia en un tramo de arenas naranjas. Aquella veta de especia era grande para Casa Capitular, pequeña para los antiguos estándares de Rakis, y una simple mota comparada con lo que los tleilaxu produjeron en otro tiempo en sus tanques axlotl. Pero los tramos eran cada vez más grandes, y también los gusanos que los creaban.

Tras buscar un lugar donde aterrizar, la madre comandante ladeó la nave y ralentizó el movimiento de las alas. Vio a sus dos Directoras de Operaciones de Extracción de Especia juntas sobre la arena, tomando muestras de silicio o muestras bacteriológicas para su posterior análisis en el laboratorio. Ya habían montado varias estaciones de investigación en el cinturón desértico para que los científicos pudieran analizar posibles explosiones de especia. El material para la extracción aún no había sido desplegado: pequeños raspadores y recolectores, no las monstruosas cosechadoras flotantes que se usaron en otro tiempo en Rakis.

Tras aterrizar con el ornitóptero, Murbella se quedó sentada en la cabina; aún no estaba lista para bajar. Bellonda se acercó con paso dificultoso, sacudiéndose la arena de su ropa de trabajo. Doria la siguió con una expresión preocupada en su rostro quemado, entrecerrando los ojos para protegerse del reflejo del sol en la cabina del tóptero.

Finalmente, Murbella salió y aspiró aquel aire cálido y seco, que olía más a polvo que a melange.

—Aquí fuera, en el desierto, tengo una sensación de serenidad, de calma eterna.

—Ojalá yo pudiera sentir lo mismo. —Doria dejó caer el pesado paquete y el kit que llevaba sobre la tierra—. ¿Cuándo asignaréis a otra a los trabajos con la especia?

—Yo estoy contenta con mis responsabilidades —dijo Bellonda, principalmente para irritar a Doria.

Murbella suspiró ante aquella competitividad petulante y aquellas burlas.

—Necesitamos especia y soopiedras, y necesitamos cooperación. Demuéstrame que eres digna, Doria, y entonces quizá te envíe a Buzzell, donde podrás quejarte del frío y la humedad, y no de la aridez y el calor. De momento, te ordeno que trabajes aquí. Con Bellonda. Y, Bell, tu misión es recordar lo que eres y convertir a Doria en una hermana superior.

El viento arrojó una cortina de arena hiriente contra sus rostros, pero Murbella se obligó a no pestañear. Bellonda y Doria estaban lado a lado, tratando de controlar su

desagrado. La antigua Honorada Madre fue la primera en asentir con gesto seco.

—Vos sois la madre comandante.

— o O o —

Aquella noche, de vuelta en Central, Murbella fue a su habitación de trabajo para estudiar las meticulosas proyecciones de Bellonda sobre la cantidad de especia que podían recoger en los próximos años en el desierto en ciernes y el ritmo al que aumentaría la producción. La Nueva Hermandad había dispensado la especia de sus stocks con suficiente generosidad para que los extranjeros pensaran que tenían un suministro inagotable. Sin embargo, con el tiempo, sus almacenes secretos podían agotarse y dejar tan solo el aroma a canela. Contrastó las cifras con los beneficios que empezarían a llegar gracias a las soopiedras de Buzzell y luego con los pagos que exigían los almacenes de armas de Richese.

Fuera, a través de las ventanas de Central, a lo lejos Murbella vio el resplandor silencioso de unos relámpagos, como si los dioses hubieran apagado el sonido. Y entonces, como si fuera una respuesta a su pensamiento, un viento seco empezó a golpear la torre, acompañado de los truenos. Murbella se acercó a la ventana y contempló unas lenguas de arena y unas pocas hojas muertas que remolineaban entre los edificios.

La tormenta se intensificó, y el repiqueteo inquietante de gruesas gotas de lluvia empezó a golpear el plaz polvoriento, dejando un reguero marrón. En Casa Capitular, el clima llevaba años alterado, pero Murbella no recordaba que en Control hubieran planificado ninguna tormenta sobre Central. No recordaba ya la última vez que había visto un aguacero como aquel. Una tormenta inesperada.

Muchas tormentas peligrosas acechaban allí afuera... y no se trataba solo del Enemigo. Las Honoradas Matres seguían teniendo importantes enclaves intactos en varios mundos, como llagas infestadas. Y nadie sabía aún de dónde habían venido, ni qué habían hecho para provocar al Enemigo implacable.

La humanidad llevaba demasiado tiempo evolucionando hacia el lado equivocado, vagando por un camino sin salida —la Senda de Oro— y el daño tal vez era irreversible. El Enemigo Exterior se acercaba y es posible que estuvieran a las puertas de la tormenta más importante: Kralizec, Arafel, Armagedón, Ragnarok... lo que fuera, la oscuridad al final del universo.

La lluvia duró solo unos momentos, pero el viento continuó aullando toda la noche.

¿Aparecen nuestros enemigos de forma natural, o los creamos nosotros mismos a través de nuestros actos?

MADRE SUPERIORA ALMA MAVIS TARAZA, archivos Bene Gesserit,
registros abiertos para las acólitas

La sola existencia del ghola de Leto II era una ofensa para Garimi. ¡Pequeño Tirano! ¡Un bebé con la destrucción de la raza humana en los genes! ¿Cuántos más recordatorios de su culpa y fracaso debían afrontar las Bene Gesserit? ¿Cómo es posible que sus hermanas se negaran a aprender de sus errores? ¡Ciega arrogancia, necedad!

Desde el principio, Garimi y sus aliadas, de un conservadurismo inflexible, se opusieron a la creación de los gholas históricos por razones obvias. Esas figuras ya habían vivido su momento. Muchas causaron un gran daño y pusieron el universo patas arriba. Leto II, el Dios Emperador de Dune, conocido como Tirano, era el peor de todos con diferencia.

Garimi se estremecía solo de pensar en el riesgo que Sheeana corría con todos aquellos gholas. Ni siquiera Paul Atreides, el tan deseado e incontrolable kwisatz haderach, había hecho tanto daño como Leto II. Al menos Paul había conservado cierta vena cautelosa, había sabido guardar una parte de humanidad en su ser y se negó a hacer las cosas terribles que su hijo haría más adelante. Al menos Muad'Dib tuvo la delicadeza de sentirse culpable.

Pero Leto II no.

El Tirano sacrificó su humanidad desde el principio. Sin remordimientos, aceptó las terribles consecuencias de fundirse con un gusano de arena y siguió avanzando por la historia como un torbellino, arrojando las vidas de los inocentes a su paso como quien separa el grano de la cizaña. Él mismo era consciente de hasta qué punto se le odiaría, puesto que dijo: «Mi presencia es necesaria para que nunca en la historia vuelva a hacer falta alguien como yo».

Y ahora Sheeana había recuperado al pequeño monstruo, ¡a pesar del riesgo de que hiciera un daño aún mayor! Duncan, Teg, Sheeana y otros consideraban que Leto podía ser el más poderoso de los gholas. ¿El más poderoso? ¡El más peligroso! De momento, no era más que un niño de un año en una guardería, indefenso y débil.

Nunca volvería a ser tan vulnerable.

Garimi y sus hermanas leales decidieron actuar sin dilación. Moralmente, no tenían más remedio que destruirle.

Ella y su compañera de hombros anchos, Stuka, se deslizaron por los corredores poco iluminados del *Ítaca*. En deferencia a ciertos ciclos biológicos ancestrales, Duncan, el «capitán», había impuesto la graduación de la intensidad de las luces en la

nave para simular el día y la noche. Aunque no era obligatorio ceñirse a estos horarios, la mayoría lo consideraba algo socialmente conveniente.

Juntas, las dos mujeres doblaron esquinas y más esquinas, y descendieron de cubierta en cubierta en elevadores y plataformas de carga. Mientras la mayoría del pasaje se preparaba para acostarse, Garimi y Stuka entraron en la guardería silenciosa situada cerca de las extensas cámaras médicas. Stilgar (de dos años) y Liet-Kynes (de tres) estaban en la guardería, los otros cinco gholas estaban con sus supervisoras. Leto II era el único bebé, aunque era evidente que tarde o temprano los tanques axlotl traerían más.

Aprovechando su conocimiento de la nave, desde la antesala Garimi manipuló los controles para evitar las pantallas de vigilancia.

No quería que quedara constancia del supuesto crimen que ella y Stuka estaban a punto de cometer, aunque sabía que no podrían mantener el secreto por mucho tiempo. Muchas de las Reverendas Madres que había a bordo eran guardianas de la verdad. Podían descubrir a las asesinas con métodos probados de interrogatorio, incluso si para ello tenían que preguntar a todos los refugiados de la nave.

Garimi había tomado su decisión. Y Stuka juró también que sacrificaría su vida para hacer lo correcto. Y si fracasaban, Garimi sabía de al menos otra docena de hermanas que si tenían ocasión, harían lo mismo.

Miró a su amiga y compañera.

—¿Estás preparada?

El rostro ancho de Stuka, aunque joven y terso, parecía llevar consigo una edad y una tristeza infinitas.

—He hecho las paces conmigo misma. —Respiró hondo—. No debo temer. El temor destruye la mente. —Las hermanas recitaron el resto de la Letanía juntas. A Garimi siempre le había resultado muy reconfortante.

Ahora que las cámaras de vigilancia estaban desactivadas, las dos mujeres entraron en la guardería con todo el silencio y sigilo Bene Gesserit que pudieron. El bebé Leto estaba en una de las cunas monitorizadas, como un bebé inocente cualquiera, con un aspecto tan humano. ¡Tan inocente! Garimi hizo una mueca de desprecio. Cuán engañosas pueden ser las apariencias.

En realidad no necesitaba la ayuda de Stuka. Asfixiar a aquel pequeño monstruo sería sencillo. Aun así, las dos Bene Gesserit furiosas se daban ánimo mutuamente.

Stuka miró a Leto y le susurró a su compañera:

—En su vida original, la madre del Tirano murió durante el parto y un Danzarín Rostro trató de asesinar a los gemelos cuando solo tenían unas horas de vida. Su padre huyó ciego al desierto, y dejó que otros criaran a sus pequeños. Ni Leto ni su gemela estuvieron nunca en los brazos amorosos de sus padres.

Garimi le dedicó una mirada agria.

—No te me pongas blanda ahora. No es solo un bebé. En esa cuna duerme una bestia, no un niño.

—Pero no sabemos dónde ni cuándo consiguieron los tleilaxu las células para crear este ghola. ¿Cómo es posible que consiguieran muestras del inmenso Dios Emperador? Si realmente tomaron las células de él, ¿por qué no tenemos un bebé que sea mitad humano mitad gusano? Lo más probable es que guardaran muestras del joven Leto antes de que pasara por la transformación. Lo que significa que el bebé sigue siendo inocente, que sus células proceden de un cuerpo inocente. Incluso cuando recupere sus recuerdos, no será el odiado Dios Emperador.

Garimi la miró furiosa.

—¿Quieres que corramos ese riesgo? Incluso de niños, Leto II y su gemela, Ghanima, tenían una capacidad de presciencia asombrosa. Y, sea como sea, sigue siendo un Atreides. Sigue llevando en su sangre los caracteres genéticos que llevaron a la aparición de dos peligrosos kwisatz haderach. ¡Eso es innegable! —Estaba empezando a levantar la voz. Garimi miró al bebé, que se movía, y vio los brillantes ojos del niño mirándola con una inquietante sabiduría y con la boca entreabierta. Era como si supiera por qué estaba allí. La reconocía... y sin embargo ni siquiera pestañeó.

—Si tiene presciencia —dijo Stuka vacilante—, quizá sabe lo que vamos a hacerle.

—Estaba pensando exactamente lo mismo.

De pronto una de las alarmas de los monitores empezó a parpadear y Garimi corrió a los controles para pararla. No podía permitir que ninguna señal alertara a las doctoras suk.

—¡Deprisa! No hay tiempo. Hazlo ya... ¡o tendré que hacerlo yo!

La otra mujer cogió una almohada y la levantó ante el rostro del bebé. Mientras Garimi trataba de manipular el panel de las alarmas, Stuka empezó a bajar la almohada para asfixiar al pequeño.

Y entonces Stuka gritó y al volverse, por un momento, Garimi creyó ver unos segmentos marrones, una forma sinuosa que se elevaba de la cuna. Stuka reculó asustada. La almohada que llevaba en las manos quedó hecha jirones.

Garimi no podía creerse lo que estaba viendo. Era como si viera doble, como si dos cosas distintas estuvieran sucediendo a la vez en el mismo lugar. Una boca bordeada por diminutos dientes cristalinos atacó desde la cuna y golpeó a la mujer en el costado. Hubo una salpicadura de sangre. Asustada, respirando a bocanadas, Stuka se llevó la mano a la herida, que le había desgarrado la carne hasta las costillas.

Garimi se acercó trastabillando, pero cuando llegó a la cuna solo vio al pequeño Leto descansando. El niño estaba tendido sobre la espalda, mirándola tranquilamente con ojos brillantes.

Stuka dejó de gritar de dolor y utilizó sus poderes de Bene Gesserit para detener la hemorragia. Se apartó de la cuna, con los ojos muy abiertos, tratando de no perder el equilibrio. Garimi volvió a mirar al bebé. ¿Había visto realmente a Leto transformado en un gusano de arena?

No había imágenes de seguridad. Nunca podría demostrar lo que había visto. Pero ¿cómo explicar entonces la herida de Stuka?

—¿Qué eres, pequeño Tirano? —Garimi no veía sangre en los deditos ni en la boca. Leto la miraba pestañeando.

La puerta de la guardería se abrió y Duncan Idaho entró corriendo, seguido por dos supervisoras y por Sheeana. Y se quedó allí parado, con el rostro ensombrecido por la ira. Vio la sangre, la almohada desgarrada, al bebé en su cuna.

—¿Qué demonios estáis haciendo aquí?

Garimi se apartó de la cuna, tratando de mantener la distancia, por si el pequeño Leto volvía a convertirse en gusano y atacaba. Mientras miraba a Duncan, se le pasó por la cabeza decir que Stuka había ido allí a matar al bebé y que ella había llegado a tiempo para salvarlo. Pero la mentira se descubriría enseguida bajo un examen más atento.

Así que se puso derecha. Una doctora suk llegó respondiendo a la señal de alarma. Tras comprobar el estado del bebé, fue a ver a Stuka, que se había desplomado. Sheeana retiró la tela desgarrada de su hábito y dejó al descubierto la profunda herida, que había sangrado profusamente antes de que Stuka detuviera la hemorragia con un arranque de energía. Duncan y las supervisoras estaban perplejos.

Garimi apartó la mirada, sintiendo más miedo que nunca por Leto II. Señaló con gesto furioso a la cuna.

—Ya sospechaba que ese bebé era un monstruo. Ahora no tengo ninguna duda.

A pesar de las palabras de los igualitaristas, no todos los humanos somos iguales. Cada uno de nosotros es una combinación única con un potencial oculto. En momentos de crisis, hemos de descubrir estas capacidades antes de que sea demasiado tarde.

BASHAR MILES TEG

Durante el alboroto que siguió al intento de asesinato del joven Leto, Miles Teg observó los predecibles juegos de poder entre las Bene Gesserit.

En un primer momento, la huida de Casa Capitular hizo que dejaran a un lado sus diferencias, pero con los años habían ido apareciendo facciones que se emponzoñaban como heridas mal curadas. El cisma era cada vez más profundo, y los gholas fueron un poderoso acicate. En años recientes, Teg había visto signos de inquietud y resistencia entre las seguidoras de Garimi, centrados en la figura de los nuevos gholas. La crisis de Leto II fue como unir un deflagrador a unas ramitas empapadas en acelerador.

La madre de Teg le había criado en Lernaesus, y le enseñó las costumbres Bene Gesserit. Janet Roxbrough-Teg era leal a la Hermandad, pero no ciegamente. Enseñó a su hijo capacidades muy útiles, pero también le enseñó a protegerse de los trucos de las Bene Gesserit, y quiso que supiera hasta dónde eran capaces de llegar en sus maquinaciones aquellas mujeres ambiciosas. Una verdadera Bene Gesserit haría lo que fuera para conseguir su objetivo.

Pero ¿intentar asesinar a un bebé? A Teg le preocupaba que incluso Sheeana hubiera subestimado el peligro.

Garimi y Stuka estaban con gesto desafiante en el banco de los acusados, y no se molestaron en negar su culpabilidad. Las pesadas puertas de la enorme sala de audiencias estaban cerradas, como si temieran que las dos mujeres trataran de huir de la no-nave. El aire enrarecido de la sala tenía el olor rancio y fuerte de la melange exudada a través del sudor. El resto de las presentes estaban muy agitadas, y por el momento incluso la mayoría de las conservadoras estaban en contra de Garimi.

—¡Habéis obrado en contra de la Hermandad! —Sheeana se aferró al borde del podio. Hablaba alzando el mentón, con sus ojos de un azul sobre azul destellantes, y su voz se oía fuerte y clara. Se había sujetado a la espalda su espesa mata de pelo salpicado de cobrizo, dejando al descubierto su tez oscura. Sheeana no era mucho mayor que Garimi, pero en su calidad de líder del pasaje de Bene Gesserit, proyectaba la autoridad de alguien mucho mayor—. Habéis traicionado nuestra confianza. ¿Es que no tenemos ya suficientes enemigos?

—Creo que no los ves a todos, Sheeana —dijo Garimi—. Y estáis creando más en los tanques axlotl.

—Aceptamos de buena gana el debate y la disensión y tomamos una decisión... ¡como Bene Gesserit! ¿Acaso eres tú también una tirana cuyos deseos pasan por encima de la voluntad de la mayoría, Garimi?

Al oír aquello, incluso las conservadoras más acérrimas gruñeron. Los nudillos de Garimi se pusieron blancos.

Desde la primera fila, donde estaba sentado junto a Duncan, Teg observaba con sus capacidades de mentat. El banco de plazmetal en el que estaba sentado era duro, pero apenas lo notaba. El joven Leto había sido conducido a la sala y lo observaba todo con ojos brillantes, extrañamente tranquilo.

—Estos gholas históricos —siguió diciendo Sheeana— podrían ser nuestra única posibilidad de sobrevivir, ¡y tú has tratado de matar al que podría ser de más ayuda!

Garimi frunció el ceño.

—Ya sabes que disiento sobre ese particular, Sheeana.

—Disentir es una cosa —dijo Teg, y en su voz había el peso de la autoridad—. Un intento de asesinato es otra.

Garimi miró al Bashar furiosa por la interrupción. Habló Stuka.

—¿Es un asesinato cuando matas a un monstruo?

—Cuidado —dijo Duncan—. El Bashar y yo también somos gholas.

—No digo que sea un monstruo porque es ghola —dijo Garimi, señalando al pequeño con el gesto—. ¡Le vimos! Lleva al gusano en su interior. Ese bebé inocente se transformó en una criatura que atacó a Stuka. Todos habéis visto las heridas.

—Sí, y hemos escuchado tus imaginativas explicaciones. —Sheeana habló con escepticismo.

Garimi y Stuka parecieron profundamente ofendidas, y se volvieron hacia las hermanas de los bancos elevados, levantando las manos en busca de apoyo.

—¡Seguimos siendo Bene Gesserit! Estamos entrenadas en la observación y manipulación de las creencias y las supersticiones. No somos niñas miedosas. ¡Esa... abominación se transformó en un gusano para defenderse de Stuka! Podemos repetir nuestra historia ante una guardiana de la verdad.

—No dudo que creéis lo que estáis diciendo —dijo Sheeana.

Duncan intervino, y habló con una calma absoluta.

—El bebé-ghola ha sido sometido a ciertas pruebas... como los otros gholas. Su estructura celular es normal, tal como esperábamos. Comprobamos y volvimos a comprobar las células originales de la cápsula de nulentropía de Scytale. Se trata de Leto II, nada más.

—¿Nada más? —Garimi dejó escapar una risa sarcástica—. ¡Cómo si el hecho de ser el Tirano no fuera bastante! Los tleilaxu pueden haber manipulado sus genes. Hemos encontrado células de Danzarines Rostro entre el otro material. ¡Sabes que no debemos fiarnos!

El maestro tleilaxu no estaba allí para defenderse de las acusaciones.

—Ya se han manipulado células otras veces —admitió Sheeana mirando a Duncan—. Un ghola puede tener capacidades inesperadas, o ser una bomba de relojería.

Teg vio que la atención de todos se volvía hacia él. Ahora era un adulto, pero seguían recordando sus orígenes en los primeros tanques axlotl Bene Gesserit. No había ninguna duda sobre sus genes. Teg había sido creado bajo el control directo de las Bene Gesserit; ningún tleilaxu había tenido la oportunidad de intervenir.

Ninguno de los refugiados que había en la sala, ni siquiera Duncan Idaho, sabían que Teg podía moverse a velocidades imposibles. Y que a veces tenía la capacidad de ver campos negativos que ni los escáneres más sofisticados podían detectar. Sin embargo, a pesar de la probada lealtad del Bashar, la Hermandad tenía recelos. Veían sombras de la pesadilla de otro kwisatz haderach por todas partes.

Las Bene Gesserit no son las únicas que pueden mantener un secreto.

Habló en voz alta.

—Sí, todos tenemos un potencial oculto. Solo un necio se negaría a utilizarlo.

Sheeana dedicó una mirada dura a Garimi, una mujer severa y de pelo oscuro que en otro tiempo fue su amiga íntima y protegida. Garimi cruzó los brazos, tratando de controlar su visible indignación.

—En otras circunstancias, habría decretado destierro y exilio. Sin embargo, no podemos permitirnos perder a nadie. ¿Adónde vamos a enviarlos? ¿A la ejecución? No, creo que no. Ya nos hemos escindido de Casa Capitular, y hemos tenido muy pocos hijos en los trece años que han pasado desde entonces. ¿Debo eliminarlos a ti y a tus partidarias, Garimi? Una espera la aparición de facciones en un culto débil y desbocado. Nosotras somos Bene Gesserit. ¡Estamos por encima de esas cosas!

—Entonces, ¿qué sugieres, Sheeana? —Garimi se apartó del banco de los acusados y avanzó hacia el podio donde estaba—. Yo no puedo ignorar mis convicciones, y tú no puedes limitarte a ignorar nuestro supuesto crimen.

—Los gholas (todos ellos) serán analizados de nuevo. Si se demuestra que tienes razón y ese niño es una amenaza, entonces no habrá crimen. De hecho, nos habrás salvado a todos. Sin embargo, si te equivocas, retirarás formalmente tus objeciones. —Y cruzó los brazos, imitando el gesto de Garimi.

—La Hermandad ha tomado su decisión, y tú la has desafiado. Estoy dispuesta a crear otro ghola de Leto II (o diez si hace falta) para asegurarme de que al menos uno sobrevive. Varios gholas de Duncan fueron asesinados también antes de que encargáramos su protección al Bashar. ¿Es eso lo que quieres, Garimi? —La mirada de terror que vio en los ojos de la otra fue suficiente respuesta.

—Entretanto, te asigno a ti la tarea de vigilar a Leto II, como supervisora. A partir de ahora serás la responsable de todos los gholas, porque oficialmente serás la Supervisora Mayor.

Garimi y sus seguidoras estaban perplejas. Sheeana sonrió al ver sus caras de incredulidad. Todos en la sala sabían que ahora la seguridad del bebé dependería

únicamente de Garimi. Teg no pudo evitar una débil sonrisa. Sheeana había pensado un castigo Bene Gesserit perfecto. Ahora Garimi no osaría dejar que le ocurriera nada.

Garimi, viendo que estaba atrapada, asintió con gesto brusco.

—Vigilaré, y descubriré qué peligros acechan dentro de él. Y cuando lo haga, espero que emprenderéis las acciones necesarias.

—Exacto, solo las acciones que sean estrictamente necesarias.

Leto II seguía sentado inocentemente en su sillita acolchada, con aspecto de un bebé pequeño e indefenso... y tres mil quinientos años de recuerdos tiránicos encerrados en su interior.

— o O o —

Tras contemplar una vez más *Casitas en Cordeville*, Sheeana se echó un rato y estuvo entrando y saliendo del sueño, con pensamientos agitados e hiperactivos. Hacía un tiempo que ni Serena Butler ni Odrade volvían a susurrarle, pero notaba una profunda turbación en las Otras Memorias, cierta inquietud. Conforme la fatiga desdibujaba sus pensamientos, intuyó una extraña clase de trampa que la envolvía, una visión que la arrastraba, mucho más que un sueño. Trató de despertar, pero no pudo.

Marrones y grises remolineaban a su alrededor. Más allá veía un resplandor que la atraía e hizo que su cuerpo pasara entre los colores para llegar hasta él. El sonido apareció en la forma de aullidos de viento, y un polvo seco llenó sus pulmones y le hizo toser.

De pronto, el alboroto y el ruido remitieron y Sheeana se encontró sobre la arena, rodeada de grandes dunas que se extendían hasta el horizonte. ¿Era el Rakis de su infancia? ¿O se trataba quizá de un planeta más antiguo? Curiosamente, aunque estaba descalza y con su ropa de dormir, no notaba la arena bajo los pies, ni sentía el calor del sol que brillaba en lo alto. Sin embargo, tenía la garganta seca.

Estaba rodeada de dunas desiertas, no habría tenido sentido caminar o correr en ninguna dirección, así que esperó. Se inclinó y cogió un puñado de arena. Levantó la mano y dejó que la arena fuera cayendo... pero esta formó un extraño reloj de arena en el aire, y las partículas se filtraban lentamente por un estrechamiento imaginario. Vio que la base imaginaria del reloj empezaba a llenarse. ¿Significaba aquello que el tiempo se agotaba, para quién?

Convencida de que se trataba de algo más que un sueño, pensó si no estaría realizando un viaje a las Otras Memorias que no se limitaba solo a voces, sino a experiencias reales. Las visiones táctiles saturaban sus sentidos, como la realidad. ¿Había tomado un sendero que llevaba a algún otro lugar... del mismo modo que en una ocasión la no-nave se había colado en un universo alternativo?

Mientras estaba en medio de aquel yermo, la arena seguía cayendo en el reloj etéreo. Si aquel paisaje era una réplica de Dune, ¿aparecería un gusano?

Sheeana vio una figura distante sobre las dunas, una mujer que se movía sobre la arena siguiendo un patrón deliberadamente aleatorio, como si llevara toda la vida haciéndolo. La desconocida descendió por la parte delantera de la duna y desapareció de la vista en la ondulación entre dos dunas. Unos momentos después reapareció en lo alto de un montículo más próximo. La figura bajaba una duna y subía otra, acercándose cada vez más, haciéndose cada vez más grande. En un primer plano, la arena seguía cayendo con un susurro por el cuello del reloj invisible.

Finalmente, la mujer subió a la última duna y bajó a toda prisa directamente hacia Sheeana. Curiosamente, no dejaba huellas, y la arena no se soltaba a su paso.

Ahora Sheeana pudo ver que llevaba un antiguo destiltraje con capucha negra. Aun así, unos mechones grises flotaban en torno a su rostro, tan seco y correoso que parecía madera seca. Sus ojos legañosos eran del azul sobre azul más profundo que había visto en su vida. La mujer debía de haber consumido mucha especia durante muchos años. Parecía increíblemente vieja.

—Hablo con la voz de la multitud —dijo la arpía con voz misteriosa y resonante. Tenía los dientes amarillos y torcidos—. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—¿La multitud de las Otras Memorias? ¿Hablas en nombre de las hermanas muertas?

—Hablo en nombre de la eternidad, en nombre de todos cuantos han vivido y los que aún han de vivir. Soy la sayyadina Ramallo. Hace mucho tiempo, Chani y yo administramos el Agua de Vida a dama Jessica, la madre de Muad'Dib. —Y con un dedo retorcido señaló a una lejana formación de rocas—. Fue allí. Y ahora tú los has traído a todos de vuelta.

Ramallo. Sheeana conocía la historia de la anciana, una figura clave en la epopeya de la historia registrada. Al hacer pasar a dama Jessica por la Agonía en un sietch fremen sin saber que estaba embarazada, Ramallo alteró sin querer el feto que llevaba dentro. La hija, Alia, sería conocida como Abominación.

La sayyadina parecía remota, un simple portavoz del tumulto de las Otras Memorias.

—Escucha mis palabras, Sheeana, y guárdalas cerca de tu corazón. Ten cuidado con lo que creas. Estás recuperando demasiado y demasiado deprisa. Una cosa sencilla puede tener importantes repercusiones.

—¿Quieres que detenga el proyecto de los gholas? —En la no-nave, las células de Alia también estaban entre las que el maestro tleilaxu había conservado en la cápsula de nulentropía. En Otras Memorias Ramallo debía de haber visto a la infame Abominación como uno de sus errores más graves y trágicos, aunque en vida no había llegado a conocer a Alia.

»¿Quieres que evite a Alia? ¿Alguno de los otros gholas? —Alia iba a ser la siguiente, la primera de una nueva hornada en la que también estaban Serena Butler,

Xavier Harkonnen, el duque Leto Atreides y muchos otros.

—Precaución, niña. Escucha mis palabras. Tómate tu tiempo. Procede con cautela cuando te mueves por un terreno peligroso.

Sheeana se acercó a la figura.

—Pero ¿qué significa eso? ¿Hemos de esperar un año? ¿Cinco años?

Y en ese momento la arena del reloj imaginario se agotó y la vieja Ramallo empezó a desdibujarse, formando una figura fantasmal que quedó suspendida como un demonio de polvo antes de desaparecer por completo. Junto con ella, el paisaje del antiguo Dune desapareció también, y Sheeana se encontró de nuevo en su habitación, mirando a las sombras con una extraña sensación de inquietud y ninguna respuesta clara.

Quienes piensan igual no siempre se complementan. La combinación puede ser explosiva.

MADRE COMANDANTE MURBELLA

Durante más de trece años, desde que llegó con las Honoradas Matres conquistadoras a Casa Capitular, Doria había fingido llevarse bien con las brujas. A estas alturas lo hacía muy bien. Doria había intentado tolerar sus hábitos y aprender de ellas para utilizar aquella información en su contra. Poco a poco, había aceptado ciertos compromisos en sus patrones de pensamiento, pero no podía cambiar lo que era.

Por respeto a la madre comandante, a regañadientes Doria hacía cuanto podía con las operaciones de extracción, tal como le habían ordenado. Intellectualmente comprendía la idea: incrementar los ingresos por la venta de especia que, junto con el flujo de soopiedras de Buzzell, serviría para financiar el gasto inimaginable de construir una fuerza militar gigante capaz de hacer frente a las Honoradas Matres y luego al Enemigo.

Aun así, con frecuencia las Honoradas Matres actuaban por impulso, no por lógica. Y a ella la habían educado, entrenado e incluso *programado* para ser una Honorada Madre. No le resultaba fácil cooperar, sobre todo con Bellonda, aquella bruja corpulenta y arrogante. Murbella había cometido un grave error al pensar que obligándolas a trabajar en colaboración conseguiría que evolucionaran y se adaptaran... como un físico atómico de la antigüedad que unía por la fuerza dos núcleos con la esperanza de lograr una fusión.

Pero en los años que llevaban trabajando juntas en la zona árida en expansión, su odio mutuo había ido en aumento. A Doria se le hacía intolerable. Aquel día, habían realizado otro vuelo de reconocimiento en un tóptero. Tener a aquella foca tan cerca solo hacía que Doria la detestara mucho más... siempre resollando, siempre sudando, siempre fastidiando. La estrecha cabina se había convertido en una cámara a presión.

Cuando Doria llevó por fin el tóptero de vuelta a Central, lo hizo a una velocidad implacable, impaciente por alejarse de la otra mujer. A su lado, visiblemente consciente de la incomodidad de su compañera, Bellonda iba sentada con una sonrisa de suficiencia. ¡Solo con su tamaño ya parecía desestabilizar el tóptero! Con aquel traje de una pieza negro parecía un zepelín cubierto de grumos.

Durante toda la tarde, habían cruzado palabras tensas, sonrisas malintencionadas y miradas asesinas. El defecto más importante de Bellonda era que su adiestramiento como mentat le hacía comportarse como si lo supiera todo sobre todo. Pero no lo sabía todo sobre las Honoradas Matres. Ni mucho menos.

Doria nunca había controlado su vida. Desde su nacimiento, había estado a disposición de un ama severa tras otra. Siguiendo la costumbre de la Honorada Madre, se había educado en comunidad en Prix, en los vastos territorios ocupados durante la

Dispersión. A las Honoradas Matres no les interesaba la genética, así que dejaban que el proceso de cría siguiera su camino, dependiendo del macho al que seducía y doblegaba cada Honorada Madre.

Las hijas de éstas eran segregadas según sus habilidades para la lucha y su capacidad sexual. Desde muy jovencitas, eran sometidas a repetidas pruebas, conflictos a vida o muerte que servían para pulir la cantera de candidatas. Doria deseaba con toda su alma pulir a aquella gorda.

Una imagen le vino a la cabeza y le hizo sonreír. *Parece un tanque axlotl ambulante.*

Ante ellas, Central se recortaba contra la salpicadura naranja de la puesta de sol. El polvo omnipresente daba un colorido espectacular al cielo. Pero Doria no veía ninguna belleza en la imagen, y se limitaba a pensar obsesivamente en aquella bola sudorosa de carne.

No soporto cómo huele. Seguramente está pensando la forma de matarme antes de que yo la ensarte como un cerdo.

Cuando el tóptero descendía para aterrizar, Doria dejó que una píldora de melange se disolviera en su boca, aunque apenas le hizo efecto. Había perdido la cuenta de las pastillas que había tomado en las pasadas horas.

Al verla agachada sobre los controles, Bellonda dijo con su voz de barítono:

—Tus pensamientos insignificantes siempre han sido transparentes para mí. Sé que quieres eliminarme y solo estás esperando una ocasión.

—A los mentats os gusta calcular probabilidades. ¿Cuáles son las probabilidades de que aterricemos y nos separemos en paz?

Bellonda consideró la pregunta seriamente.

—Muy pocas, debido a tu paranoia.

—¡Ah, me psicoanalizas! Los beneficios de tu compañía son incontables.

El ornitóptero ralentizó el ritmo de sus alas y la nave se posó con una sacudida en el suelo. Doria esperaba que la otra criticara el aterrizaje; pero Bellonda se dio la vuelta con desdén y se puso a manipular el cierre de la escotilla del lado del pasajero. Aquel momento de vulnerabilidad encendió una chispa en Doria, despertó en ella una respuesta visceral y predatoria.

Aunque en la cabina del vehículo apenas había espacio, saltó para golpear con los pies. Bellonda intuyó el ataque y respondió, utilizando su corpulencia para arrojar a Doria contra la escotilla del piloto justo en el momento en que empezaba a abrirse. La Honorada Madre cayó al exterior dando tumbos. Y la miró, humillada y furiosa.

—No subestimes nunca a una Reverenda Madre, tenga el aspecto que tenga —le dijo Bellonda alegremente desde la cabina del ornitóptero. Y bajó como una ballena que está naciendo.

Al fondo de la pista, la madre comandante las esperaba para recibir su informe. Sin embargo, al ver el altercado, corrió hacia ellas como una tormenta inminente.

A Doria le daba igual. Sin poder controlar la ira, se incorporó de un salto, consciente de que toda semblanza de civismo entre ellas había desaparecido para siempre. Cuando la mujerona bajó del vehículo, Doria giró a su alrededor, sin hacer caso del grito de Murbella. Aquella sería una lucha a muerte. A la manera de las Honoradas Matres.

El traje negro de Doria estaba roto, y la rodilla le sangraba por la caída. Se puso a cojear, exagerando la herida. Bellonda, que también hizo caso omiso a la madre comandante, se movía con una gracia y rapidez sorprendentes. Al ver que su oponente cojeaba, se acercó para atacar.

Pero cuando Bellonda saltaba hacia ella en un ataque combinado de puño y codo, Doria se echó al suelo para que su oponente pasara de largo —una finta—, se puso en pie de un brinco y saltó utilizando todo el cuerpo, como un kindjal. El impulso actuaba en contra de la hermana más pesada. Antes de que pudiera darse la vuelta, Doria cayó sobre su espalda, golpeándole los riñones con los puños.

Con un rugido, Bellonda se giró, tratando de enfrentarse a su atacante, pero Doria siguió como una sombra a su espalda, golpeando y golpeando con los puños. Oyó costillas que se partían y golpeó con más ahínco, con la esperanza de que algún hueso roto perforara el hígado y los pulmones a través de todos aquellos pliegues de carne. A cada movimiento de Bellonda, seguía uno suyo, de modo que siempre se mantenía fuera de su alcance.

Finalmente, cuando la sangre oscura empezó a salir a borbotones de la boca de la mujerona, Doria permitió el cara a cara. Bellonda cargó contra ella como un toro furioso. Aunque tenía una hemorragia interna generalizada, fingió un ataque, pero en el último momento giró hacia un lado y le asestó una fuerte patada a Doria en el costado. La mujer cayó al suelo.

Murbella y varias hermanas se acercaron desde diferentes lados.

Con mirada furiosa, Bellonda rodeó a Doria por la izquierda, buscando una nueva oportunidad para golpear. La Honorada Madre se apoyó en la fuerza de su oponente, una táctica diseñada para confundir a las Reverendas Madres.

Doria solo tenía una fracción de segundo. Cuando vio que los músculos de su oponente se relajaban apenas, saltó como una serpiente enroscada y hundió los dedos en el cuello de Bellonda, clavando las uñas en los pliegues de carne, hasta que encontró la yugular. Desgarró la vena de un tirón y un chorreón de líquido carmesí salió disparado con la fuerza de un corazón.

Doria retrocedió, sintiendo un espantoso placer al sentir aquella sangre salpicándole la cara y el traje. Aquella voluminosa mujer se llevó una mano al cuello, con expresión de sorpresa. No podía detener la hemorragia, ni ajustar su química interna para reparar una herida tan grave.

Doria la empujó con repugnancia, y Bellonda se desplomó. Limpiándose la sangre de los ojos, Doria se alzaba sobre ella triunfal, viendo cómo la vida se le

escapaba. Un duelo tradicional, como le habían enseñado. Su piel se sonrojó de la emoción. Aquel adversario no se recuperaría.

Sujetándose el cuello con dedos débiles y temblorosos, Bellonda la miró con incredulidad. Los dedos resbalaron.

En ese momento Murbella le asestó a Doria una fuerte patada que le llenó la boca de sangre.

—¡La has matado! —Una segunda patada la hizo caer.

Arrastrándose, la antigua Honorada Madre se puso a cuatro patas.

—Ha sido un duelo justo.

—¡Era una mujer útil! No eres quién para decidir qué recursos descartamos. Bellonda era tu hermana... ¡y la necesitaba! —Estaba tan furiosa que tuvo que hacer un esfuerzo para articular las palabras. Doria estaba convencida de que la madre comandante la mataría—. *¡La necesitaba, maldita seas!*

Y, aferrándola por el material de su traje negro, la arrastró hasta donde estaba Bellonda, hasta el charco rojo que se estaba formando a su alrededor en el suelo.

—¡Hazlo! Es la única manera de compensar lo que has hecho. La única forma de que te deje vivir.

—¿Cómo? —Los ojos de la muerta empezaban a ponerse vidriosos.

—Comparte con ella. Ahora. De lo contrario te mataré y yo misma compartiré con las dos.

Inclinándose sobre el cuerpo aún caliente, Doria puso a desgana su frente contra la de su oponente. Tuvo que controlar el asco y la repugnancia. En cuestión de segundos, la vida de Bellonda empezó a fluir a su interior, llenándola con todo el veneno que aquella perversa mujer había sentido por ella, junto con sus pensamientos y experiencias y todas las Otras Memorias que llevaba en su conciencia. Al poco Doria poseía todos los repugnantes datos que habían formado la persona de su rival.

No pudo moverse hasta que el proceso estuvo completo. Finalmente, se dejó caer sobre el duro suelo. Bellonda, en silencio, cada vez más fría, tenía una sonrisa enloquecedora y extrañamente triunfal en sus labios gruesos y muertos.

—La llevarás siempre contigo —dijo Murbella—. Las Honoradas Matres tienen una larga tradición de ascensos a través del asesinato. Tus actos te han dado el puesto, así que acéptalo... es un adecuado castigo Bene Gesserit.

Doria se incorporó sobre las rodillas y miró a la madre comandante, angustiada. Se sentía sucia y violada, habría querido vomitar y acabar con aquella intrusión, pero era imposible.

—A partir de ahora, eres la única directora de las operaciones de extracción. Todo lo relacionado con los gusanos de arena será tu responsabilidad, así que tendrás que trabajar el doble. No vuelvas a decepcionarme como has hecho hoy.

Una voz profunda de mujer apareció en la cabeza de Doria, pinchando y fastidiando. *Sé que no quieres mi antiguo trabajo*, dijo su Bellonda-interior, *y que no estás cualificada para hacerlo. Tendrás que consultarme continuamente para que te*

asesore, y a lo mejor no siempre me apetece ser amable contigo. Una risa de barítono se extendió por su mente.

—¡Cállate! —Doria miró con expresión vengativa al cadáver que yacía a los pies del ornitóptero, que todavía se estaba refrigerando.

Murbella le habló con voz fría.

—Tendrías que haberte esforzado más. Habría sido mucho más fácil para ti. —Y contempló la escena con disgusto—. Ahora limpia todo esto y prepárala para el funeral. Escucha a Bellonda... ella te dirá cómo lo quiere. —La madre comandante se marchó, dejándola a solas con una compañera interior de la que ya no podría escapar.

Las herramientas para el buen gobierno siempre deben estar listas y afiladas. Poder, miedo... siempre listos y afilados.

BARÓN VLADIMIR HARKONNEN, el original, 10.191 antes de la Cofradía

De vuelta ya en los laboratorios de Bandalong, soportando el duro y desquiciante trabajo diario, Uxtal estaba en pie ante el tanque axlotl, visiblemente embarazado. El niño de nueve años que tenía a su lado miraba con una fascinación inquietante.

—¿Es así como yo nací?

—No del todo. Así es como se te creó.

—Qué asqueroso.

—¿Te parece asqueroso? Pues tendrías que ver cómo procrean los humanos de forma natural. —Apenas fue capaz de disimular el asco.

El aire olía a sustancias químicas, antiséptico y canela. La piel del tanque palpitaba suavemente. A Uxtal la imagen le resultaba hipnótica y repelente. Al menos, trabajando con los tanques axlotl, desarrollando otro ghola para los Danzarines Rostro se sentía como un verdadero tleilaxu que habla el Lenguaje de Dios... ¡alguien importante! Era más satisfactorio que limitarse a crear droga fresca para satisfacer la demanda constante de las ramera. Tras dos años de preparativos y esfuerzos —y más de un costoso error— todo estaba listo para que el próximo y vital ghola fuera decantado en un mes.

Y entonces tal vez le dejarían en paz. Aunque lo dudaba. Khronne parecía estar impacientándose, como si adivinara que los retrasos se debían a su torpeza e ineptitud.

Evidentemente, a la madre superiora Hellica no le gustó que el tleilaxu perdido tuviera que apartar sus atenciones de la producción del sustituto naranja de la especia, pero le había concedido otro tanque axlotl quejándose sin mucha convicción. ¿Con qué la tendrían atrapada los Danzarines Rostro?

Tras comprobar el tanque preñado por décima vez en la pasada hora, Uxtal miró las lecturas. Ya no había nada que hacer, salvo esperar. El feto se desarrollaba sin problemas, y tenía que confesar que esta vez él mismo sentía curiosidad. Un ghola de Paul Atreides... Muad'Dib... el primer hombre que se convertiría en kwisatz haderach. Él había traído de vuelta al barón Harkonnen y luego a Muad'Dib.

¿Qué podían querer los Danzarines Rostro de aquellos dos?

Tras regresar de Dan con el cuchillo ensangrentado conservado, el proceso de desarrollar el ghola le había tomado más de lo que esperaba. En cuanto desactivó el campo de nulotropía, encontrar células viables en la hoja no le fue difícil, pero el primer intento de implantar un ghola en un tanque axlotl fracasó. Su idea era desarrollar al nuevo Paul Atreides en la misma matriz que alumbró a Vladimir Harkonnen —tenía una cierta ironía histórica—, pero durante aquellos años el tanque

no había recibido los cuidados adecuados y rechazó el primer feto. Y luego la matriz murió. Un derroche de carne femenina.

Cuando sucedió, Ingva lo miró con expresión acusadora, con un resentimiento cada vez más evidente por el hombrecito. Por lo visto se imaginaba que su trabajo en los laboratorios de torturas la hacía tan importante como la Madre Superiora. Además, extrañamente engañada por sus habilidades sexuales, parece ser que se consideraba una mujer atractiva. ¡Su espejo no funcionaba bien! A él le parecía un lagarto vestido de mujer.

Cuando el primer tanque axlotl murió, Uxtal se sintió aterrado, aunque hizo cuanto pudo por encubrir los posibles errores y dejar pruebas que inculparan a sus ayudantes. Después de todo, eran prescindibles, él no. Pero las represalias no llegaron.

La madre superiora Hellica tuvo la frivolidad de entregarle a una mujer defectuosa como sustituto del tanque. El cráneo y el cerebro estaban dañados, pero el cuerpo seguía con vida. Una Honorada Madre... ¿que casi había resultado muerta en un intento fallido de asesinato, tal vez? Fuera como fuese, su sistema reproductor — en su opinión, la única parte de la anatomía femenina que importaba— funcionaba a la perfección. Así que Uxtal volvió a empezar; primero adaptó el cuerpo para convertirlo en un tanque axlotl, haciendo meticulosas y repetidas pruebas, y luego seleccionó nuevo material genético de la sangre que se conservaba en la daga. Esta vez no habría errores.

Los ojos oscuros del niño de diez años destellaron.

—¿Será mi compañero de juegos? ¿Mi nuevo gatito? ¿Hará todo lo que le mande?

—Ya veremos. Los Danzarines Rostro tienen grandes planes para él.

Vladimir parecía furioso.

—¡También tienen planes para mí! Yo soy importante.

—Podría ser. Khrono no me cuenta nada.

—No quiero un nuevo ghola. Yo quiero un gatito. ¿Cuándo tendré mi nuevo gatito? —dijo Vladimir haciendo pucheros—. El último se ha roto.

Uxtal dejó escapar un suspiro de exasperación.

—¿Ya has matado a otro?

—Se rompen enseguida. Consígueme uno nuevo.

—Ahora no. Tengo trabajo que hacer. Ya te lo he dicho, este nuevo ghola es muy importante. —Estudió los tubos y bombas para asegurarse de que las lecturas eran aceptables. Y de pronto, temiendo que Ingva pudiera estar mirando, añadió en voz alta—: Aunque no tan importante como mi trabajo para las Honoradas Matres.

Aunque las líneas de producción funcionaban sin problemas, Hellica cada vez exigía cantidades más grandes de especia de adrenalina; decía que sus mujeres tenían que estar más fuertes y más despiertas ahora que la Nueva Hermandad ponía tanto

empeño en eliminarlas. Las brujas de Casa Capitular ya habían tomado Buzzell y varios enclaves menos importantes de las Honoradas Matres.

Entretanto, dado que tras la pérdida del negocio de las soopiedras necesitaban una fuente de ingresos, Hellica insistía en que recuperara la antigua técnica tleilaxu para fabricar melange auténtica. Uxtal se encogió al oír aquello; era una labor de una dificultad imposible —mucho más que crear simples gholas—, y hasta la fecha había fracasado en todos sus intentos. Sencillamente, quedaba fuera de sus capacidades. Cada mes, cuando tenía que dar el mismo informe patético, la misma falta de resultados, estaba seguro de que le iban a ejecutar.

Diez años... ¿cómo he podido sobrevivir a esta pesadilla diez años?

Vladimir pinchó la carne distendida del tanque con el dedo, y Uxtal le apartó la mano de un manotazo. Con aquel niño había que marcar unos límites muy claros. Si había alguna forma de dañar al Atreides no nacido, aquel crío la encontraría.

Vladimir retrocedió y se miró la mano furioso, luego miró a Uxtal. Evidentemente, cuando se volvió de mal humor para marcharse, su cabecita estaba tramando algo.

—Voy afuera a divertirme. Igual mato algo.

— o O o —

Tras dejar el tanque axlotl, contando el tiempo que faltaba para que pudieran decantar al bebé, Uxtal fue a las salas de «estimulación del dolor». Allí, bajo la estricta supervisión de las Honoradas Matres, sus ayudantes extraían sustancias de las víctimas de las torturas. Con los años, Uxtal había aprendido que ciertos tipos de dolor llevan a diferencias en la pureza y la potencia de la sustancia resultante.

Hellica lo vigilaba esperando ese tipo de resultados y análisis.

Algo inquieto tras la rabieta de Vladimir, se metió de lleno en el trabajo, espetando órdenes a sus ayudantes, comprobando el miedo en los ojos mortecinos de las víctimas sujetas con correas a las que extraían sustancias preespecia. Al menos estas cooperaban. No pensaba darle a la lagarta de Ingva nada que contarle a la Madre Superiora.

Horas después, exhausto, ansioso por poder gozar de unos momentos de intimidad en sus habitaciones para realizar sus abluciones y sus oraciones rituales y tachar un nuevo día de vida, Uxtal abandonó los laboratorios de dolor.

A esas alturas, Vladimir o se habría metido en problemas o habría encontrado a la Madre Superiora y estarían intercambiando comentarios crueles. Le traía sin cuidado.

Estaba cansado, y aun así se dirigió a la sección más pequeña del laboratorio para comprobar el tanque axlotl una última vez. Pero el joven barón le cerró el paso, con las manos en las caderas.

—Quiero otro gatito. Ahora.

—Ya te he dicho que no. —Uxtal trató de rodearlo, pero el niño se movió para seguir cerrándole el paso.

—Pues otra cosa. ¡Un cordero! Consígueme un corderito. Los sligs son aburridos.

—Basta —espetó Uxtal. Atraída por el sonido de voces, Ingva salió del ala de torturas y los miró con gesto ávido. Él apartó la vista y tragó con dificultad.

Cuando el niño vio a la espía, su atención se desvió a otro tema, como un proyectil que rebota contra un blindaje resistente.

—Ingva le ha dicho a la madre superiora Hellica que mi sexualidad está muy desarrollada para mi edad... y que tengo una vena perversa. —Parecía saber perfectamente que el comentario era provocativo—. ¿Qué quería decir con eso? ¿Crees que me quiere someter?

Uxtal miró por encima del hombro.

—¿Por qué no se lo preguntas tú mismo? Sí, ¿por qué no te vas ahora mismo a preguntarle? —Intentó rodear al niño una vez más y de pronto reparó en un sonido poco habitual que venía del laboratorio. Un sonido como de chapoteo, cerca del tanque axlotl.

Asustado, Uxtal empujó a Vladimir a un lado y corrió hacia el tanque.

—¡Espera! —dijo el niño tratando de alcanzarle.

Pero Uxtal ya había alcanzado la figura femenina hinchada.

—¿Qué has hecho? —Corrió hacia las conexiones con los tubos de nutrientes. Estaban desconectadas, y los fluidos rojos y amarillos se estaban derramando por el suelo. El sistema nervioso simpático del cuerpo-matriz hacía que la carne gelatinosa temblara. Un tenue chillido y sonidos de succión brotaban de lo que quedaba de boca, un sonido casi consciente de desesperación. En el suelo había un cuchillo quirúrgico de las salas de estímulo del dolor. Una alarma se disparó.

Presa del pánico, Uxtal trató de reconectar los tubos. Se dio la vuelta, aferró al chico de la camisa y lo sacudió.

—¿Has sido tú?

—Pues claro que sí, idiota. —Le propinó una patada en la entrepierna y, aunque falló y solo consiguió acertarle en el muslo, fue suficiente para que le soltara. El niño salió corriendo, gritando.

—¡Voy a decírselo a Hellica!

Dividido entre el miedo a la Madre Superiora y los Danzarines Rostro, Uxtal miró con desánimo los sistemas de soporte del tanque. No podía dejar que la matriz —y el importantísimo niño que llevaba dentro— muriera. Pobre criatura... ¡y pobre Uxtal!

Atraídos por la alarma, dos ayudantes llegaron corriendo... de los competentes, gracias a Dios, no Ingva. Quizá si se movían con rapidez...

Siguiendo sus indicaciones, él y los ayudantes instalaron a toda prisa nuevos tubos flexibles, repusieron las reservas, bombearon estimulantes y estabilizadores y reconectaron los monitores. Uxtal se limpió el sudor de su frente grisácea.

Sí, Uxtal salvó el tanque. Y al gholá no nacido.

Vladimir pensaba que había sido más listo. Sin embargo, su castigo fue inmediato, severo y, para él, algo inesperado.

Fue corriendo a Hellica para criticar a Uxtal por su maltrato, pero el rostro de la Madre Superiora estaba rojo de ira. Ingva había sido más rápida, y corrió a Palacio para darle el fatídico informe.

Antes de que el niño pudiera dar su falsa versión de la historia, Hellica lo aferró por la camisa con unos dedos tan fuertes y afilados como las garras de un tigre.

—Pequeño bastardo, espero por tu bien que el nuevo ghola esté a salvo. Querías matarle, ¿verdad?

—N-no. Quería jugar con él. Ahora. —Muerto de miedo, Vladimir dio un paso atrás. Trató de poner cara llorosa—. No quería hacerle daño. Solo quería que saliera. Estoy cansado de esperar un compañero de juegos. Solo quería sacarlo. Por eso cogí el cuchillo.

—Uxtal le detuvo antes de que lo lograra. —Ingva salió de detrás de unas cortinas, desde donde había estado escuchando.

Con los ojos de un naranja llameante, la Madre Superiora le dio una reprimenda.

—¡No seas estúpido, niño! ¿Por qué destruir cuando puedes controlar? ¿No es esa una mejor venganza contra la casa Atreides?

Vladimir pestañeó. No se le había ocurrido.

Hellica lo despachó, como si fuera un insecto molesto.

—¿Sabes lo que es el exilio? Significa que volverás a Dan... o a donde Khrona quiera enviarte. En cuanto consiga una nave de la Cofradía, estarás en sus manos.

—¡No puedes hacer eso! ¡Soy demasiado importante! —A pesar de su corta edad, su cabecita retorcida empezaba a entender de maquinaciones y trampas, aunque no acababa de asimilar las intrigas políticas que veía a su alrededor.

Hellica lo hizo callar con una expresión que daba miedo.

—Por desgracia para ti, el bebé ghola es mucho más importante que tú.

SEXTA PARTE

Catorce años después de la huida de Casa Capitular

El cuerpo humano puede lograr muchas cosas, pero quizá su función más importante sea la de actuar como mecanismo de almacenaje de la información genética de la especie.

MAESTRO TLEILAXU WAFF, en una reunión kehl sobre el proyecto del
ghola de Duncan Idaho

Su hijo gholá era él mismo... o lo sería, cuando despertaran los recuerdos que llevaba en su interior. Pero eso no pasaría hasta dentro de unos años. Scytale esperaba que su cuerpo envejecido aguantara hasta entonces.

Todo lo que el maestro tleilaxu había experimentado y aprendido en incontables vidas secuenciales estaba guardado en su memoria genética y reflejado en el mismo ADN que se había utilizado para crear al duplicado de cinco años que en aquellos momentos tenía delante. En realidad aquello era un clon, no un verdadero gholá, porque las células de muestra se habían tomado de un donante vivo.

El predecesor del niño no estaba muerto. Todavía.

Pero el viejo Scytale notaba que su cuerpo degeneraba con rapidez. Un maestro tleilaxu no debía temer a la muerte. Hacía milenios que aquello había dejado de ser una posibilidad real para ellos, desde que su raza descubrió una forma de inmortalidad a través de la reencarnación gholá. Aunque el niño-gholá hacía progresos, seguía siendo demasiado pequeño.

Año tras año, la muerte se había ido extendiendo inexorablemente por su organismo, y sus funciones corporales eran cada vez más deficientes. *Obsolescencia planificada*. Durante miles de años, la élite masheij de su raza se había reunido en consejos secretos, pero jamás habrían imaginado que se enfrentarían a un holocausto como el que se avecinaba... que Scytale se enfrentaría a él, puesto que era el último maestro vivo.

Siendo realistas, tampoco tenía muy claro que solo pudiera hacer nada. De haber tenido acceso ilimitado a los tanques axlotl podría haber restaurado a otros maestros, los verdaderos genios de su raza. En su cápsula de nulotropía también habían guardado células de los miembros del último consejo tleilaxu, pero las Bene Gesserit no permitían que creara gholas de esos hombres. De hecho, tras el alboroto que hubo en torno a la figura del bebé Leto II y la ominosa visión que Sheeana decía haber tenido a través de las Otras Memorias, las brujas habían interrumpido el programa de los gholas, «temporalmente».

Al menos aquellas powindah le habían permitido crear por fin a su hijo, una copia de sí mismo. Así que, después de todo, quizá su persona tendría continuidad.

En aquellos momentos el niño estaba con él en la zona de la nave que antes era su prisión. Cuando Scytale reveló su último secreto, las restricciones a las que estaba sometido se suavizaron, y ahora podía moverse por donde quería. Podía observar a

los otros ocho gholas mientras las Bene Gesserit les sometían al entrenamiento que consideraban necesario. Garimi, la Supervisora Mayor, que aceptó a desgana la responsabilidad de velar por los jóvenes gholas, se había ofrecido a educar también a su hijo, pero Scytale rechazó la oferta; no quería que se lo contaminaran.

El maestro tleilaxu enseñaba a su hijo en privado para prepararle para su gran responsabilidad. Antes de morir, tenía que pasarle una gran cantidad de información, en su mayoría secreta.

Le habría gustado tener la capacidad de las brujas de compartir sus recuerdos. «Descarga de datos humana», así es como él lo llamaba. Si pudiera despertar a su hijo de ese modo..., pero la Hermandad tenía bien guardado su secreto. Ningún tleilaxu había sido jamás capaz de descubrir el método, y la información no estaba en venta. Las brujas decían que era una capacidad que tenían como mujeres, que ningún varón podría adquirirla jamás. ¡Ridículo! Los tleilaxu sabían, y además lo habían demostrado, que las mujeres eran tan insignificantes como el color de una pared. No eran más que un recipiente biológico para producir hijos, y para eso no hacía falta un cerebro consciente.

Solo, Scytale afrontó el desafío de enseñar al niño los rituales y ceremonias de purificación más sagrados. Aunque hablaba entre susurros y silbidos, utilizando un lenguaje secreto que en teoría solo conocían los maestros, tenía miedo de que las brujas le entendieran.

Años atrás, Odrade había tratado de engatusarle hablándole en aquel antiguo lenguaje, para demostrarle que podía confiar en ella. Pero lo que él entendió es que nunca debía subestimar las artimañas de aquellas mujeres. Tenía la sospecha de que habían instalado sistemas de escucha en sus alojamientos, y ninguna powindah debía escuchar los profundos misterios.

La desesperación hacía que se sintiera cada vez más arrinconado. Su cuerpo se moría, y aquel niño era su única posibilidad. Si no se arriesgaba a que oyeran algunas de sus palabras, es posible que los secretos sagrados murieran con él. Un saber extraordinario, perdido para siempre. ¿Qué era peor, descubrirse o extinguirse?

Scytale se inclinó hacia delante.

—Llevas una pesada carga. Pocos en nuestra gloriosa historia han tenido una responsabilidad tan grande. Eres la única esperanza de la raza tleilaxu, y mi esperanza personal.

El niño parecía intimidado y a la vez impaciente.

—¿Cómo voy a hacerlo, padre?

—Yo te enseñaré —dijo Scytale en galach, antes de volver al antiguo lenguaje. El niño había demostrado una aptitud excepcional para aprenderlo—. Te explicaré muchas cosas, pero solo es una preparación, una base para que comprendas. Una vez restaure tus recuerdos, lo sabrás todo de forma intuitiva.

—Pero ¿cómo restaurarás mis recuerdos? ¿Me dolerá?

—No hay agonía más grande, ni satisfacción más grande. No se puede describir con palabras.

El niño respondió con premura.

—La esencia del *s'tori* está en aceptar nuestra incapacidad de saber.

—Sí. Debes aceptar tu incapacidad de comprender y tu importancia como persona para preservar la clave a ese conocimiento. —El viejo Scytale se recostó en su cojín. El niño ya era casi tan alto como él—. Escucha mientras te hablo de Bandalong, la hermosa ciudad santa del sagrado Tleilax, la ciudad perdida donde se fundó nuestra Gran Creencia.

Y pasó a hablarle de las gloriosas torres y minaretes, de las cámaras secretas donde tenían a las hembras fértiles para producir la prole deseada, mientras otras eran transformadas en tanques axlotl para las diferentes necesidades de los laboratorios. Le habló de cómo los maestros del Consejo habían preservado la Gran Creencia durante miles de años. De cómo los astutos tleilaxu habían engañado a los perversos extranjeros fingiendo que eran débiles y avariciosos para que los subestimaran y pudieran cosechar con el tiempo las semillas de la victoria.

Su hijo ghola lo absorbía todo, un público extasiado ante un gran narrador.

El viejo Scytale tenía que despertar los recuerdos de su duplicado lo antes posible. Era una carrera contrarreloj. La piel del maestro ya empezaba a mostrar manchas, y sus manos y sus piernas temblaban de manera notable. ¡Si tuviera más tiempo!

El niño se movió inquieto.

—¡Tengo hambre! ¿Cuándo comemos?

—¡No podemos hacer ningún descanso! Debes asimilar cuanto sea posible.

El niño dio un suspiro, apoyó su mentón pequeño y afilado en las manos y puso toda su atención en el maestro. Scytale habló de nuevo, pero esta vez más deprisa.

Sé quién fui. Los registros históricos son muy claros respecto a los hechos. Sin embargo, la pregunta es... ¿quién soy?

PAUL ATREIDES, sesiones de adiestramiento en la no-nave

Desde el exterior de la cámara de instrucción, observando a través de una ventana de espíaplaz, Duncan se sentía como si estuviera mirando al pasado. Los ocho niños, de edades e importancia histórica diferentes, eran alumnos aplicados y seguían su instrucción diaria con diferente grado de inquietud, intimidación y fascinación.

Paul Atreides era un año mayor que su «madre», su hijo Leto II era un pequeño precoz que aún gateaba, y su padre el duque Leto aún no había nacido. *Una cosa está clara: en la historia nunca ha habido una familia como esta.* ¿Cómo se enfrentarían a aquella situación tan peculiar cuando restauraran sus recuerdos?

Casi a diario, la supervisora mayor Garimi sometía a los jóvenes gholas a un régimen bien estructurado de entrenamiento prana-bindu, ejercicio físico y desafíos de agudeza mental. Las Bene Gesserit llevaban milenios moldeando a sus acólitas, y Garimi sabía muy bien lo que hacía. No le gustaba estar al cargo de los niños-ghola, pero aceptaba su misión y sabía que si algo le pasaba a alguno de ellos el castigo sería peor. Con un entrenamiento físico y unos métodos de estimulación mental tan exhaustivos, aquellos niños se habían desarrollado de forma precoz, y eran más maduros e inteligentes que otros de la misma edad.

Ese día, Garimi había metido al grupo en un enorme falso solario, con material y un trabajo concreto. Aunque Duncan los observaba en secreto, no parecía que hubiera nadie con ellos. La cámara estaba bañada por una luz cálida y dorada, supuestamente de un espectro similar al del sol de Arrakis. El techo liso proyectaba un cielo azul artificial, y sobre el suelo se había extendido una capa de arena procedente de la cámara de carga. La idea era sugerir el recuerdo de Dune, sin la dureza de su realidad.

El lugar perfecto para el trabajo de ese día.

Con ayuda de bloques de sensiplaz neutro, moldeadores y cuadrículas históricas, se esperaba que los niños-ghola realizaran un ambicioso proyecto. Levantar un modelo exacto del Gran Palacio de Arrakeen, construido por el emperador Muad'Dib durante su violento reinado.

Los archivos del *Ítaca* contenían gran cantidad de imágenes, descripciones, folletos para turistas y planos con frecuencia contradictorios. De su segunda vida, Duncan recordaba que el verdadero Gran Palacio tenía muchos pasadizos y habitaciones secretas, lo que hacía necesarios unos mapas alternativos.

Paul se inclinó para recoger un guante moldeador y lo miró con escepticismo. Probando sus capacidades, empezó a extender el material informe en una capa delgada pero firme: los cimientos de su palacio. Los otros niños distribuyeron los

bloques de sensiplaz en bruto; los almacenes de la no-nave siempre podían proporcionar más.

En sesiones anteriores, los gholas habían estudiado los sumarios biográficos de sus predecesores históricos. Leían y releían sus propias historias, familiarizándose con los detalles disponibles, mientras buscaban en sus mentes y sus corazones tratando de comprender lo que no estaba documentado, los motivos y las influencias que los habían empujado en cada ocasión.

Si empezaban de cero ¿alguno de aquellos vástagos celulares volvería a hacer lo mismo que en el pasado? Desde luego, estaban recibiendo una educación diferente.

Aquellos niños eran como actores aprendiéndose su papel en una obra con un reparto enorme. Ya estaban empezando a entablar amistades y alianzas. Stilgar y Liet-Kynes ya daban muestras de amistad. Paul se sentaba junto a Chani, mientras que Jessica estaba sola, sin su duque; el hijo de Paul, Leto II echaba en falta a su gemela, y también iba camino de convertirse en un solitario.

El pequeño Leto II debería tener a su gemela. No estaba destinado a convertirse en un monstruo, pero sin Ghani, seguramente sería más vulnerable. Un día, después de estar observando al niño silencioso, Duncan se presentó ante Sheeana exigiendo respuestas.

Sí, las células de Ghanima estaban en la reserva de Scytale, pero por los motivos que fueran las Bene Gesserit no la habían querido desarrollar en los nuevos tanques axlotl. «No esta vez», habían dicho. Por supuesto, siempre podían hacerlo más adelante, pero Leto II quedaría separado por años de una persona que tendría que ser su gemela, su otra mitad. A Duncan le apenaba que tuviera que pasar innecesariamente por aquel trauma.

Unidos por su pasado común, además de sus instintos, Paul y Chani, que tenía seis años, se habían sentado juntos. Él se acuclilló y estudió la distribución. Una proyección holográfica brillaba en el aire, con muchos más detalles de los que necesitaba. El niño se concentró en las paredes maestras, la parte más importante de aquel complejo, la estructura más grande construida jamás por el hombre.

Duncan sabía que la tarea que Garimi había puesto a los niños tenía diferentes objetivos, algunos artísticos, otros prácticos. Al hacer un modelo a escala del Gran Palacio de Muad'Dib, aquellos gholas estarían tocando la historia. «Las sensaciones táctiles y los estímulos visuales evocan una comprensión distinta a la de las simples palabras y registros archivados», había explicado. La mayoría de los gholas habían estado en el palacio auténtico en sus vidas anteriores; quizá la réplica alimentaría sus recuerdos internos.

Aunque era demasiado pequeño para ayudar, Leto II andaba torpemente arriba y abajo y observaba con fascinación. Ya había pasado un año desde que Garimi y Stuka trataron de matarlo en la guardería. Era un niño plácido y despierto, hablaba poco, pero demostraba un nivel de inteligencia que asustaba, y parecía asimilar todo cuanto sucedía a su alrededor.

El pequeño se sentó en el suelo arenoso y se puso a mecerse ante la proyección de la entrada principal del palacio, sujetándose las rodillas. Parecía comprender ciertas cosas igual que los otros, puede que incluso mejor.

Thufir Hawat, Stilgar y Liet-Kynes trabajaban juntos levantando los muros exteriores de la fortaleza. Reían y jugaban, porque veían aquello más como un juego que como una lección. Desde que leyó la heroica biografía de su vida anterior, Thufir había desarrollado una personalidad más temeraria.

—Ojalá encontráramos al Enemigo y empezáramos de una vez. Estoy seguro de que el Bashar y Duncan podrían con ellos.

—Y ahora que nos tienen a nosotros podemos ayudarles —dijo Stilgar con descaro, dándole un codazo a su amigo Liet y derribando sin querer algunos bloques.

Duncan, que los observaba, musitó:

—No os tenemos exactamente... no como queremos.

Jessica creó más bloques con el sensiplaz, y Yueh la ayudó obedientemente. Chani rodeó la proyección y señaló el perímetro en el plano. Luego ella y Paul abrieron una representación a escala del enorme anexo donde en tiempos se alojó el servicio de los Atreides y sus familias... ¡treinta y cinco millones de personas! Los registros no exageraban, pero era una cifra difícil de asimilar para cualquiera.

—No nos imagino viviendo en una casa como esta —dijo Chani, caminando alrededor del perímetro recién señalado.

—Según los archivos, durante muchos años fuimos felices allí.

Ella le dedicó una sonrisa traviesa, porque entendía mucho más de lo que habría correspondido a una niña.

—Esta vez, ¿no podríamos eliminar los alojamientos de Irulan?

Duncan, que lo estaba oyendo todo, rio por lo bajo.

Las células de Irulan, hija de Shaddam IV, estaban también entre el tesoro de Scytale, pero los tanques axlotl del centro médico no tenían previsto recuperarla de momento. No había ningún nuevo ghola programado, aunque Duncan se sentía confuso, pues sabía que Alia habría sido la próxima. Desde luego, Garimi y sus conservadoras no se habían quejado por la interrupción cautelar del proyecto.

En el interior del modelo del palacio, los niños esbozaron una estructura independiente, el templo de Santa Alia del Cuchillo. El templo había favorecido el auge de una religión incipiente en torno a la figura de Alia estando aún viva, y sus sacerdotes y burócratas habían destruido el legado de Muad'Dib. Duncan veía la ventana de tablillas desde donde Alia —poseída y enajenada— había saltado al vacío.

Tras estudiar una vez más las proyecciones, los gholas, cada uno con sus guantes moldeadores, convirtieron el sensiplaz en una aproximación de la estructura del palacio. Crearon representaciones de los inmensos pilares de la entrada y el arco del capitolio, dejando las numerosas estatuas y escaleras para después, junto con los toques finales. Incluir con exactitud toda la ornamentación, los regalos y los adornos que llevaron los peregrinos procedentes de cientos de mundos conquistados en la

Yihad de Muad'Dib habría sido imposible. Pero eso también formaba parte del aprendizaje: ponerlos ante una tarea imposible y ver hasta dónde llegaban.

Cansado de sentirse como un *voyeur*, Duncan dio la espalda al espíaplaz y entró en la sala. Los gholas levantaron la vista al verlo entrar, y volvieron enseguida al trabajo. Pero Paul Atreides se acercó a él.

—Perdona, Duncan. Tengo una pregunta.

—¿Solo una?

—¿Puedes decirme cómo recuperaremos nuestros recuerdos? ¿Qué técnicas utilizarán las Bene Gesserit y qué edad tendremos cuando pase? Casi tengo ocho años. Miles Teg solo tenía diez años cuando lo despertaron.

Duncan se puso rígido.

—Se vieron obligados a hacerlo. Fue un momento de necesidad. Sheeana lo hizo personalmente, utilizando una variante de las técnicas de imprimación sexual. Miles estaba en el cuerpo de un niño de diez años, pero tenía la mente de un hombre muy, muy anciano. Las Bene Gesserit decidieron arriesgarse a dañar su psique porque necesitaban de su genio militar para derrotar a las Honoradas Matres. El joven Bashar no tuvo elección.

—¿Y no estamos en un momento de necesidad?

Duncan estudió la fachada del palacio.

—Basta con que sepas que restaurar tus recuerdos será un proceso traumático. No conocemos otro modo de hacerlo. Y, puesto que cada uno de vosotros tiene una personalidad diferente —miró a los otros niños—, el despertar será diferente para cada uno. Tu mejor defensa será comprender quién fuiste, para que cuando los recuerdos vuelvan, estés preparado.

El joven Wellington Yueh, de cinco años, empezó a hablar con voz vacilante e infantil.

—Pero yo no quiero ser quien fui.

Duncan sintió una profunda tristeza en el corazón.

—Lo siento, pero ninguno de nosotros tiene el lujo de poder escoger.

Chani siempre estaba cerca de Paul. Su voz era pequeña, pero sus palabras eran grandes.

—¿Tendremos que estar a la altura de las expectativas de la Hermandad?

Duncan se encogió de hombros y se obligó a sonreír.

—¿Y por qué no superarlas?

Juntos, siguieron levantado las paredes del Gran Palacio.

Nuestro eterno vagar es una metáfora de toda la historia humana. Los que participan en los grandes acontecimientos no ven su lugar en el esquema general. Sin embargo, que no lo veamos, no significa que no esté ahí.

REVERENDA MADRE SHEEANA, diarios de navegación del *Ítaca*

Sheeana volvió a caminar por la arena. Sus dedos desnudos se hundían en aquel polvo granuloso y suave. La atmósfera cerrada tenía el olor quebradizo de la piedra y el fecundo aroma a canela de la melange fresca.

Aún no había olvidado la extraña visión de las Otras Memorias en la que habló con la sayyadina Ramallo y recibió la críptica advertencia sobre los gholas. «Cuidado con lo que creas». Sheeana se tomó la advertencia en serio; como Reverenda Madre, no podía hacer otra cosa.

Pero actuar con cautela no era lo mismo que detener completamente el proyecto. ¿Qué había querido decirle Ramallo? Aunque había buscado y buscado en su mente, no había vuelto a encontrar a la antigua sayyadina fremen. El clamor de voces era demasiado fuerte. Sin embargo, sí encontró la voz más antigua de Serena Butler. La legendaria líder de la Yihad le ofrecía sabios consejos.

En el interior de la cámara de carga, de un kilómetro de largo, Sheeana avanzó con dificultad por las arenas removidas, sin molestarse en utilizar el cuidadoso paso aleatorio de los fremen de Dune. Los gusanos cautivos sabían instintivamente que había entrado en sus dominios, y ella intuía que venían.

Mientras esperaba que cargaran contra ella entre las dunas, Sheeana se tumbó sobre la arena. No llevaba un destiltraje como cuando era pequeña. Sus brazos y sus piernas estaban desnudos. *Libre*. Notaba los granos de arena contra su piel. El polvo se pegaba al sudor de sus poros. Arropada de aquella forma por la arena, se imaginó cómo sería ser un gusano en un desierto y poder sumergirse bajo la superficie como un gran pez en un gran mar árido.

Cuando los tres primeros gusanos se acercaban, se puso de pie. Cogió la canasta vacía para recoger especia de donde la había dejado e hizo frente a las sinuosas criaturas. Estas extendieron sus cabezas redondas, con la boca llena de relucientes dientes de cristal y pequeños puntos de llama avivados por el horno de la fricción interna.

Los gusanos originales de Arrakis eran agresivos y territoriales. Cuando el Dios Emperador volvió «a las arenas», cada uno de los nuevos gusanos que engendró llevaba en sí una perla de su conciencia, y podían actuar en colaboración cuando lo deseaban.

Ella ladeó la cabeza y levantó la canasta sellada para mostrársela.

—He venido a recoger especia, Shaitán. —En el pasado, los curas de Rakis quedaron horrorizados al oírla hablar de esa forma a su Dios Dividido.

Sheeana caminó sin miedo entre los cuerpos segmentados, como si no fueran más que altos árboles. Ella y los gusanos siempre se habían entendido. Muy pocos en la no-nave se atrevían a entrar en la cubierta de carga ahora que los gusanos se habían hecho tan grandes. Sheeana era la única que podía recoger la especia de la arena, parte de la cual se agregaba a los suministros de melange que se creaban en los tanques axlotl de la nave.

Olfateó el aire y siguió el olor hasta un nuevo afloramiento de canela. En otro tiempo, los niños de su aldea también hacían aquello. Los restos de melange que el viento esparcía por las dunas les ayudaban a comprar provisiones y herramientas. Y ahora aquel estilo de vida había desaparecido, junto con Rakis...

En su cabeza, la voz fascinante y antigua de Serena Butler llegó una vez más de las profundidades de sus Otras Memorias. Sheeana llevó la conversación en voz alta.

—Dime una cosa: ¿cómo es posible que Serena Butler esté entre mis ancestros?

Si escarbas lo bastante, yo estoy aquí. Ancestro tras ancestro, generación tras generación...

Sheeana no se dejó convencer tan fácilmente.

—Pero el único hijo de Serena fue asesinado por las máquinas pensantes. Eso fue el desencadenante de la Yihad. ¿Cómo puedes estar en mis Otras Memorias, por mucho que me remonte en el tiempo?

Levantó la vista a las extrañas figuras de los gusanos, como si pensara que en ellas iba a encontrar el rostro de la mártir.

Porque, dijo Serena, lo estoy. La voz ancestral no dijo más, y Sheeana supo que no tendría una respuesta más explícita.

Sheeana pasó rozando al gusano más cercano y acarició uno de los segmentos duros y costrosos. Intuía que ellos también soñaban con la libertad, que anhelaban un paisaje abierto donde poder sumergirse, donde poder reclamar un territorio y luchar por la dominación y propagarse.

Día a día, Sheeana los estudiaba desde la cámara de observación. Veía a los gusanos dando vueltas por la cámara, tanteando sus límites, conscientes de que debían esperar... ¡esperar! Igual que los futar que andaban arriba y abajo por su arboreto, o las refugiadas Bene Gesserit, o los judíos, Duncan Idaho, Miles Teg y los niños-ghola. Todos estaban atrapados allí, en aquella odisea. Tenía que haber un lugar seguro a donde ir.

Cuando encontró un tramo de arena de color óxido, se agachó para empujar la melange con un cepillo a su cesto impermeable. Los gusanos solo producían pequeñas cantidades, pero era fresca, la auténtica, y Sheeana guardaba la mayor parte para su uso personal.

La especia que producían los tanques axlotl era químicamente idéntica, pero ella prefería aquella conexión más íntima con los gusanos, aunque solo fuera en su imaginación. ¿Igual que Serena Butler? ¿O la sayyadina Ramallo?

Los gusanos pasaron de largo y empezaron a introducirse con sus grandes cuerpos entre la arena. Sheeana se inclinó para coger más especia.

— o O o —

En el centro médico —¡cámara de tortura, más bien!— el rabino se arrodilló junto a la obscena figura femenina y rezó, como hacía con frecuencia.

—Que nuestro Dios de antiguo te bendiga y te perdone, Rebecca. —Aunque cerebralmente estaba muerta y su cuerpo ya no se parecía al de la mujer que había conocido, el rabino seguía llamándola por su nombre. Rebecca le había dicho que estaría soñando, en compañía del millar de vidas que llevaba consigo. ¿Sería cierto? A pesar de lo que veía y olía en aquella cámara de los horrores, la seguiría recordando y la honraría.

¡Diez años como tanque!

—Madre de monstruos. ¿Por qué permitiste que te hicieran esto, hija? —Y ahora que el proyecto de los gholas estaba paralizado, su cuerpo ya ni siquiera servía para lo que se había sacrificado. Qué terrible.

Su abdomen desnudo, adornado con tubos y monitores, ya no estaba hinchado, aunque el rabino la había visto en varios embarazos tan antinaturales que el mismísimo Dios habría apartado los ojos. Rebecca y las otras dos Bene Gesserit que se ofrecieron voluntarias yacían en lechos estériles. ¡Tanques axlotl! Incluso la palabra sonaba antinatural, ajena a lo humano...

Durante años, aquellos «tanques» habían producido gholas; ahora se limitaban a secretar precursores químicos que se procesaban para convertirse en melange. Sus cuerpos no eran más que una fábrica detestable. Y se las mantenía con vida mediante un suministro continuo de fluidos, nutrientes y catalizadores.

—¿Hay realmente algo que valga un precio tan alto? —susurró el rabino, sin saber muy bien si estaba rogando al Todopoderoso en oración o le estaba preguntando a Rebecca. En cualquier caso, no hubo respuesta.

Con un estremecimiento, dejó que sus dedos rozaran el vientre de Rebecca. Las doctoras Bene Gesserit le regañaban con frecuencia, le decían que no tocara «el tanque». Pero, por más que despreciara lo que Rebecca se había hecho a sí misma, jamás le habría hecho daño.

Y había acabado por aceptar que ya no podía salvarla.

El rabino había pasado a ver a los niños-ghola. Parecían inocentes, pero a él no le engañaban. Sabía muy bien para qué habían nacido aquellos bebés genéticamente tan viejos, y no quería tener nada que ver con algo tan insidioso.

En medio del zumbido de la sala médica, oyó que alguien llegaba y al levantar la vista vio a un hombre con barba. Jacob, discreto, inteligente y competente, que velaba por el rabino, igual que hizo Rebecca en su momento.

—Sabía que le encontraría aquí, rabino. —Su expresión era grave y severa... la que él mismo habría utilizado ante un comportamiento que desaprobaba—. Le hemos estado esperando. Ya es la hora.

El rabino miró el cronómetro y se dio cuenta de que era muy tarde. Según sus cálculos y los hábitos que seguían, estaban a la puesta de sol del viernes, la hora de inicio de las veinticuatro horas del sabbat. Diría sus oraciones en la sinagoga improvisada; leería el Salmo 29 del texto original (no la versión corrompida de la Biblia Católica Naranja) y luego su pequeño grupo cantaría.

Estaba tan concentrado en sus oraciones, debatiéndose con su conciencia, que había perdido la noción del tiempo.

—Sí, Jacob. Ya voy. Lo siento.

Jacob lo cogió del brazo y le ayudó a caminar, aunque no necesitaba ayuda. Y se inclinó para enjugar unas lágrimas que de pronto empezaron a caer por las mejillas del anciano.

—Está llorando, rabino.

El anciano se volvió a mirar a aquella mujer que había estado tan llena de vida. Rebecca. Se detuvo por un largo momento, y luego dejó que su compañero se lo llevara.

Soopiedras: joyas muy valoradas producidas por el caparazón desgastado de una criatura marina monópoda, el cholistes, que se encuentra únicamente en Buzzell. Las soopiedras absorben arco iris de color, dependiendo del contacto con la carne o de cómo la luz incide en ellas. Debido a su elevado valor y facilidad de transporte, al igual que la melange, estas piedras pequeñas y redondas se utilizan como moneda de cambio, sobre todo en tiempos de agitación económica y social.

Terminología del Imperio (revisada)

Envuelta por el olor de la sal —¡tan distinto del desierto de Casa Capitular!—, la madre comandante Murbella supervisaba la marcha de las operaciones en Buzzell. En el pasado año, la reverenda madre Corysta había enviado a la Nueva Hermandad muchos cargamentos de soopiedras con los que se cubrían otros gastos, mientras que la producción de especia se destinaba a pagar el armamento de Richese. Murbella había repartido ampliamente a sus espías para que reunieran información sobre los enclaves que las Honoradas Matres aún conservaban y poder preparar un plan a largo plazo. Pronto estaría preparada para atacar.

Al reconquistar Buzzell y hacerse con la producción de soopiedras había privado a las Honoradas Matres de su principal fuente de ingresos. Había servido a la vez para provocar y para debilitar a los enclaves rebeldes más fuertes.

Además de Buzzell, hasta la fecha, la Nueva Hermandad se había hecho con otras cinco plazas rebeldes. Por cada cien mil mujeres que sus soldados mataban, solo capturaban a mil. Y de esas mil, con suerte lograban convertir a la Nueva Hermandad a cien. Murbella había dicho a sus consejeras: «La rehabilitación nunca está garantizada, pero la muerte sí. No hace falta que nadie nos recuerde cómo piensan las Honoradas Matres. ¿Respetarán nuestras súplicas para la unificación? ¡No! Primero habrá que doblegarlas».

Los últimos bastiones de aquellas violentas mujeres serían duros de roer, pero Murbella estaba segura de que sus valquirias estarían a la altura. No todas las conquistas podían ser tan limpias y fáciles como la de Buzzell.

En los pasados meses, Corysta había introducido muchos cambios en las operaciones de extracción en el planeta oceánico, y la madre comandante estaba de acuerdo. Desde el principio, Corysta —la mujer que había perdido a dos bebés— había querido ayudar. Antes incluso de compartir con Murbella, parecía recordar perfectamente lo que significa ser una Bene Gesserit.

Los asentamientos de Buzzell consistían en un puñado de edificios y torres defensivas en aquellos salientes de roca y aquellas islas que tan poco daban de sí, además de grandes barcos, barcasas de procesamiento y plataformas flotantes. Bajo la supervisión de Corysta, en un primer momento algunas de las exiliadas Bene Gesserit habían pedido que las retiraran del duro trabajo con las piedras. Se mostraron irritables, querían vengarse de las rameras horribles. Y Corysta, que deliberadamente

dejó a las más vociferantes en sus antiguos puestos, ascendió a otras como asesoras locales, como habría hecho Murbella.

Había tomado los alojamientos razonablemente cómodos que la madre Skira y sus rameras habían arrebatado a las exiliadas Bene Gesserit y ordenó que el puñado de Honoradas Matres que quedaban levantaran tiendas para su uso sobre el suelo de roca. Murbella sabía que aquello era una forma de control, no de venganza. Al igual que las exiliadas Bene Gesserit, durante muchos años Skira y las suyas habían permanecido al margen de la política exterior. Evidentemente, unir a aquellas mujeres era otra difícil tarea, y una forma de probar la capacidad de liderazgo de Corysta, pero poco a poco empezaban a ver las ventajas de trabajar en colaboración. Aquello era como un microcosmos de lo que había sucedido en Casa Capitular.

En aquellos momentos, en la tarde del segundo día de su inspección de seguimiento, la madre comandante dio una vuelta para supervisar las actividades con las soopiedras, acompañada por Corysta y la honorada madre Skira. Cerca encontraron una docena de trabajadoras —todas honoradas madres supervivientes— que lavaban y clasificaban piedras según el tamaño y el color, el mismo trabajo que antes obligaban a hacer a las Bene Gesserit. Los guardas fibios ya no vigilaban. Murbella se preguntó si aquellas criaturas acuáticas se habrían dado cuenta de que sus amas habían cambiado, o si les importaba.

Bajo el agua, los buzos fibios atrapaban a aquellos crustáceos grandes y lentos. Los cholistes tenían un cuerpo carnoso cubierto por un caparazón grueso y granuloso: las abrasiones continuadas sobre la concha resultaban en cicatrices lechosas endurecidas que podían rascarse como si se tratara de gemas encastadas en la roca. El lento crecimiento de los nódulos, la escasez de estas criaturas marinas y la dificultad de recogerlas del fondo del mar contribuían a la rareza y el precio de las gemas.

Cuando las Honoradas Matres llevaron allí a los fibios, la producción aumentó drásticamente. Aquellas gentes anfibias vivían en el mar, y podían sumergirse a grandes profundidades sin ningún equipo especial y alejarse mucho de la orilla cuando buscaban cholistes en su lento arrastrarse.

Murbella, que estaba sobre la roca con sus nuevas consejeras, se volvió hacia un gran fibio macho que estaba al borde del arrecife; por lo visto, había sido guarda, porque aún llevaba el látigo con púas.

Otros cuatro buzos fibios estaban acucillados en la playa rocosa, donde acababan de entregar una carga de soopiedras.

Las Honoradas Matres no sabían exactamente de dónde habían salido. Solo sabían que llegaron de «algún lugar de la Dispersión, hace mucho tiempo». Skira decía que los mestizos anfibios eran una especie insular con un sistema de comunicación verbal muy limitado, pero los instintos de Bene Gesserit de Murbella le decían que se equivocaba. Y los recuerdos que había compartido con Corysta lo corroboraban; los fibios eran más de lo que aparentaban.

Tras ordenar a sus dos escoltas que la acompañaran, Murbella bajó hacia la playa de guijarros por una escalera de piedra mojada por la espuma.

—Esto no es seguro. —Skira corrió para alcanzar a la madre comandante—. Los fibios pueden ser violentos. La semana pasada uno de ellos ahogó a una Honorada Madre. La cogió y la sumergió bajo el agua.

—Seguramente lo merecía. ¿Acaso crees que nosotras tres no podemos defendernos? —Muy cerca, un escuadrón de valquirias también vigilaba a su comandante, con las armas preparadas.

Corysta señaló al grupo.

—El más alto es nuestro mejor productor. ¿Veis la cicatriz de su frente? Él se sumerge más abajo que nadie y trae la mayoría de las piedras.

En un flash de la memoria de Corysta, Murbella recordó al bebé fibio abandonado al que había rescatado de un charco que dejó la marea. Tenía una cicatriz en la frente, la marca de una garra. ¿Es posible que fuera el mismo, después de tantos años? El Hijo del Mar. Recordó otras situaciones, otros encuentros. Sí, definitivamente, aquel fibio macho sabía quién era Corysta.

El fibio de la cicatriz fue el primero en darse cuenta de que se acercaban. Todos se volvieron con cautela; sus ojos achinados pestañeaban. Tres de los más pequeños retrocedieron hacia el agua espumeante, y permanecieron allí, fuera de su alcance. Sin embargo, el de la cicatriz se quedó donde estaba.

Murbella lo observó con atención, tratando de interpretar el desconocido lenguaje de su cuerpo, buscando alguna pista de lo que podía estar pensando. Aunque era más baja que la criatura, asumió una confiada postura de lucha.

Durante un largo momento, el fibio la miró con sus ojos membranosos. Luego habló con una voz gutural que sonó como un trapo empapado al pasar por el interior de una tubería.

—Jefa jefa.

—¿Qué quieres decir?

—Tú. Jefa jefa.

Corysta le tradujo.

—Sabe que sois la jefa de las otras jefas.

—Sí. Ahora soy tu jefa.

Él inclinó la cabeza con gesto deferente.

—Creo que eres mucho más listo de lo que aparentas. ¿Eres un buen fibio?

—No bueno. El mejor.

Murbella se adelantó un paso. Aparte de lo que sabía por Corysta, no tenía ni idea de las inclinaciones sociales de los fibios o de sus tabúes.

—A nuestro modo, tú y yo somos líderes. Y, como líder, te prometo que no volveremos a trataros como hicieron las Honoradas Matres. Ya habéis visto los cambios. No utilizaremos el látigo con vosotros, ni dejaremos que nadie lo haga. Trabajo para todos. Beneficios para todos.

—No más látigo. —Alzó el mentón, orgulloso y severo—. No más piedras para contrabandista.

Murbella no acababa de entender. ¿Aquello era una promesa o una amenaza? Sin duda, después de un año, los fibios tenían que haber notado un cambio significativo en sus vidas.

—Los contrabandistas siempre traen problemas —le explicó Corysta—. No podemos evitar que se lleven soopiedras de alta mar.

Las aletas de la nariz puntiaguda de Skira se hincharon.

—Hace tiempo que sospechamos que los fibios comercian con los contrabandistas; roban nuestras cosechas de soopiedras y sacan provecho.

—No son vuestras piedras —dijo el fibio con un largo borboteo.

Murbella tenía la sensación de que estaba a punto de descubrir algo interesante.

—¿Prometéis que no haréis negocios con los contrabandistas si os tratamos bien? ¿Es eso lo que quieres decir?

Skira parecía mortalmente ofendida.

—¡Los fibios son esclavos! Criaturas subhumanas. Hacen aquello para lo que han sido creados...

Murbella le dedicó una mirada asesina.

—Provócame si te atreves. Estoy deseando matar a otra ramera para dejar bien clara mi postura.

Los ojos de Skira la miraron como los de un ratón ante una culebra. Finalmente hizo una reverencia y retrocedió un paso.

—Sí, Gran Honorada Madre. No pretendía ofenderos.

El fibio parecía divertido.

—No más contrabandistas.

—Los contrabandistas —explicó Corysta— siempre han sido lo bastante inteligentes para dejarnos la mayor parte de lo recolectado.

Sí, puede que fueran un motivo de irritación para las Honoradas Matres, pero no lo bastante para exigir medidas drásticas.

Skira farfulló.

—Tarde o temprano les hubiéramos aplastado.

—¿Con qué os pagaban los contrabandistas? —preguntó Murbella a la criatura, sin hacer caso de Skira—. ¿Qué queréis los fibios?

—Contrabandista tiene especia. Nosotros piedras.

¡Así que era eso! Aunque la Cofradía necesitaba desesperadamente especia y Murbella seguía negándose a darles lo mínimo para cubrir sus necesidades, grupos de contrabandistas y comerciantes del mercado negro habían empezado a distribuir la especia que conseguían.

Del bolsillo de su traje negro de una pieza sacó una pequeña tableta de color canela y se la entregó al fibio.

—Nosotras tenemos mucha más melange de la que los contrabandistas podrían traeros nunca.

Con expresión perpleja, la criatura la sujetó en su mano palmeada y la olfateó con tiento.

La sonrisa volvió a sus labios gruesos.

—Especia. Bueno. —Y se quedó mirando muy serio la tableta que tenía en la mano, aunque no trató de ingerirla.

—Seguro que tendréis una buena relación con la Hermandad. Vemos las cosas igual. —Y le señaló la tableta de melange—. Quédatela.

—¿Yo pago?

Ella meneó la cabeza.

—No. Es un regalo, para ti.

—No comprende el concepto de regalo. No forma parte de su cultura —dijo Skira—. Los esclavos no están acostumbrados a tener posesiones. —Murbella se preguntó si todas las Honoradas Matres serían igual de ciegas y simplistas, llenas de ideas preconcebidas.

—Contrabandistas nos enseña —dijo el líder fibio.

O bien porque no entendía o porque rechazaba el regalo, el fibio le devolvió la tableta —con gesto reverente, no despechado—, y se adentró en las aguas junto a sus compañeros. Pronto su cabeza desapareció bajo las olas y los otros tres le siguieron.

Skira suspiró.

—Si vuestra Hermandad tiene tanta melange, podemos pagar a los fibios con ella para que se mantengan alejados de los contrabandistas y nos den todas las soopiedras.

—En cuanto regrese a Casa Capitular, daré nuevas órdenes. Si la necesitan, proporcionaremos melange a los fibios. —Murbella miró a Corysta, preguntándose cuánto haría que la hermana exiliada no tomaba una dosis. Sin duda, bajo el mandato de las Honoradas Matres les habían cortado el suministro. Y habrían tenido que pasar por el terrible síndrome de abstinencia. Pero entonces, en sus memorias compartidas con Corysta recordó momentos en que el fibio de la cicatriz (el Hijo del Mar) le había hecho llegar melange que conseguía a través de los contrabandistas escondiéndola entre las rocas, donde ella pudiera encontrarla—. Y proporcionaremos especia a cualquiera que la necesite en el planeta.

Las supersticiones y otras tonterías del pasado no tendrían que ser un obstáculo al progreso. En el momento en que nos refrenamos, estamos admitiendo que nuestros miedos pueden más que nuestras capacidades.

Los fabricantes de Ix

Cuando el fabricante mayor de Ix envió un mensaje a la Cofradía anunciando su éxito con las nuevas máquinas de navegación, una pequeña delegación se presentó enseguida en el planeta. La velocidad con que acudieron le dijo a Khrone todo lo que necesitaba saber. Los administradores de la Cofradía estaban mucho más desesperados de lo que daban a entender.

Él y sus Danzarines Rostro habían prolongado la «fase de invención» durante ocho años, el tiempo mínimo en que podían justificar la reintroducción de una nueva tecnología tan sofisticada. No podía permitirse despertar dudas entre la Cofradía, o incluso los ixianos. Aquel nuevo artefacto prodigioso podía guiar a cualquier nave de forma segura y eficaz. No hacían falta navegantes... y por tanto tampoco la especia.

Khrone los tendría comiendo de su mano.

Ataviado con un traje gris formal de plazseda con un brillo aceitoso, Khrone aguardaba en silencio junto al fabricante mayor, Shayama Sen. En su aislamiento en Caladan, el gholá de nueve años del barón Harkonnen y el de un año de Paul Atreides necesitaban una atención constante, pero Khrone había querido ir personalmente a Ix para presenciar la entrevista.

El administrador Gorus entró en la sala acompañado por otros seis hombres. Además, Khrone vio que también había un representante del independiente Banco de la Cofradía y un maestro mercader de la CHOAM. Por lo visto, los administradores habían evitado deliberadamente llevar a un navegante a las conversaciones. Lo habían dejado en su cámara de gas de especia, allá arriba, aislado en la nave en órbita. ¡Oh, cuánto debían de necesitar aquella nueva tecnología!

Esta vez se reunieron en una pequeña sala, no en la gran sala de producción donde se encontraron la primera vez, rodeados por el estruendo de sonidos industriales. Sen pidió un refrigerio para dilatar más el momento. Parecía disfrutar enormemente con todo aquello.

—Caballeros, el comercio intergaláctico está a punto de cambiar para siempre. Lo que deseáis está ya en vuestras manos, gracias a las innovaciones ixianas.

Gorus trató de disimular su entusiasmo con una expresión escéptica.

—Vuestras declaraciones son impresionantes y extravagantes, fabricante mayor.

—También son ciertas.

Khrone adoptó un papel sumiso y sirvió unos dulces y una fuerte bebida que, irónicamente, tenía un alto contenido de melange.

Mientras tomaba educadamente aquellas delicias, el administrador Gorus hojeó los informes técnicos y los resultados de las pruebas del equipo de Khrone.

—Estas nuevas máquinas de navegación parecen mil veces más exactas que las que incorporamos en el pasado en algunas de nuestras naves. Mucho mejores que nada que se haya utilizado en la Dispersión.

El fabricante mayor dio un largo sorbo a su infusión de melange.

—No subestime nunca a los ixianos, hombre de la Cofradía. Vemos que no habéis traído a ningún navegante a las conversaciones.

Gorus adoptó un aire altanero.

—No era necesario.

Khrone contuvo la sonrisa. Aquellas palabras eran ciertas a diferentes niveles.

—La humanidad ha estado buscando un sistema seguro de navegación durante... ¡milenarios! ¡Pensad en todas las naves que se perdieron en los tiempos de la Hambruna! —dijo el banquero con un rostro súbitamente enrojecido—. Esperábamos que tardarían décadas en lograr una revisión tan importante partiendo de los principios básicos.

Sen le sonrió con orgullo a Khrone. Incluso el fabricante mayor daba por sentado que los recientes adelantos se basaban en los conocimientos ixianos y su ingenio, y no en los del Enemigo Exterior.

El maestro mercader de la CHOAM miró con el ceño fruncido al banquero.

—No creo que sea algo nuevo. Evidentemente, los ixianos han estado trabajando en una tecnología prohibida desde hace tiempo.

—Afortunadamente para nosotros —terció Gorus, atajando cualquier posible debate.

—Los ixianos no nos dormimos en los laureles. —Y acto seguido Shayama Sen pasó a citar uno de los dogmas de Ix—: «Quienes no buscan activamente la innovación y el progreso, no tardan en encontrarse a la cola de la historia».

Khrone decidió intervenir antes de que alguien hiciera alguna pregunta absurda.

—Nosotros preferimos llamar a estos nuevos artefactos «compiladores matemáticos» para evitar que se las confunda con alguna forma de máquinas pensantes. Los compiladores se limitan a automatizar el proceso que realiza el navegante, o el mentat. No deseamos despertar el feo espectro que llevó a la Yihad Butleriana.

Khrone escuchó sus propias palabras y razonamientos, consciente de que, de todos modos, aquellos hombres harían lo que quisieran, independientemente de las leyes o las restricciones morales. Tenían la suficiente imaginación —y avaricia— para encontrar las justificaciones que hicieran falta si alguien preguntaba.

—Caballeros —añadió Shayama Sen con tono grave—, si tuvieran ustedes alguna duda, no estarían aquí. Al fingir inquietud y citar antiguas prohibiciones contra las máquinas pensantes ¿no estarán tratando de hacernos bajar los precios? Porque les advierto que no funcionará. —Dejó su taza, sin dejar de sonreír.

»En realidad, comercialmente consideramos que lo lógico es que ofrezcamos esta tecnología de forma más general. Sin duda la Nueva Hermandad estará encantada de tener sistemas de navegación propios para construir una flota autónoma. Actualmente tienen tratos con la Cofradía porque no tienen elección. Cuánto estarían dispuestas a pagar por su independencia, me pregunto.

Al oír esto, el administrador Gorus, el banquero y el representante de la CHOAM empezaron a protestar indignados. Ellos habían sugerido aquella línea de desarrollo; les habían prometido exclusividad; ya habían accedido a pagar una suma exorbitante.

Khrone detuvo sus protestas antes de que desembocaran en una discusión. No quería que sus cuidadosos planes quedaran aparcados a un lado.

—Caballeros, el fabricante mayor solo les está poniendo un ejemplo para asegurarse de que entienden el gran valor de nuestros avances tecnológicos. Y, si bien parecen creer que tienen algún derecho sobre los resultados, también deben pensar que podríamos conseguir acuerdos al margen de ustedes. El precio acordado no se subirá ni se bajará.

Sen asintió con rapidez.

—Muy bien, no perdamos más tiempo con tonterías. Es cierto que nuestro precio es alto, pero lo pagarán. Se acabaron los desembolsos desproporcionados para comprar melange, se acabó la dependencia de los caprichosos navegantes. Son ustedes hombres de negocios visionarios, y hasta un niño vería los inmensos beneficios que repercutirán en la Cofradía una vez sus naves estén equipadas con nuestros —hizo una pausa para buscar el término que Khrone había utilizado— «compiladores matemáticos». —Y entonces se volvió al representante de la CHOAM, que se había comido todos sus dulces y se había terminado la infusión caliente de especia—. No creo que haga falta decírselo a un maestro mercader.

—La CHOAM debe mantener el comercio incluso en tiempos de guerra. Richese está sacando enormes beneficios porque está construyendo una ingente fuerza militar para la Nueva Hermandad.

El fabricante mayor de Ix gruñó con irritación al recordarlo.

El administrador Gorus parecía entusiasmado.

—En el pasado, cuando instalamos los primitivos sistemas de navegación en nuestros cargueros, seguimos llevando con nosotros un navegante en cada nave. —Miró con expresión de disculpa al fabricante mayor—. No confiábamos del todo en sus máquinas, es cierto, pero también es cierto que en aquel entonces no necesitábamos hacerlo. Había cuestiones de fiabilidad, demasiadas naves desaparecidas... Sin embargo, ahora que la Nueva Hermandad nos raciona tanto los suministros de especia y que ha quedado sobradamente probada la exactitud de sus... compiladores, no veo razón para no confiar plenamente en sus sistemas de navegación.

—Siempre y cuando funcionen tan bien como prometen —dijo el banquero.

Cuando quedó claro que todos creían en los nuevos compiladores matemáticos, Khrone plantó la semilla de la discordia.

—Por supuesto, supongo que saben que con este cambio la figura de los navegantes se convertirá en algo obsoleto. Y eso no les va a gustar.

El administrador Gorus se movió algo incómodo y miró al banquero y sus compañeros de la Cofradía.

—Sí, lo sabemos. Una situación de lo más desafortunada.

Nuestras motivaciones son tan importantes como nuestros objetivos. Utiliza esto para comprender a tu enemigo. Si conoces sus motivaciones puedes derrotarle o, mejor aún, manipularle para convertirlo en tu aliado.

BASHAR MILES TEG, *Memorias de un comandante de batalla*

Entre los navegantes la crisis era tan grave que Edrik pidió una audiencia con el *Oráculo del Tiempo*.

Los navegantes utilizaban la presciencia para guiar las naves que plegaban el espacio, no para observar acontecimientos humanos. La facción del administrador les había engañado, los había dejado al margen. Aquellas criaturas esotéricas nunca habían dado importancia a las actividades y deseos de la gente ajena a la Cofradía. ¡Qué necedad! La desaparición de la especia y la poca accesibilidad de los únicos proveedores que quedaban habían cogido a la Cofradía Espacial totalmente por sorpresa. Ya había pasado un cuarto de siglo desde la destrucción de Rakis; y, para acabar de empeorar las cosas, las Honoradas Matres habían exterminado hasta el último de los maestros tleilaxu, que sabían cómo producir melange a partir de los tanques axlotl.

Y ahora que había tantos grupos desesperados por conseguir especia, los navegantes estaban al borde del abismo. Quizá el Oráculo le mostraría una salida. En su entrevista anterior, había insinuado que tal vez había una solución. Y Edrik estaba seguro de que no incluía sistemas de navegación informáticos.

Ante aquella difícil situación, Edrik ordenó que llevaran su tanque al recinto gigante y antiguo que albergaba al Oráculo del Tiempo siempre que decidía manifestarse en el universo físico. Edrik se sentía intimidado en su presencia, y había dedicado mucho tiempo a planificar el encuentro y ordenar sus pensamientos, aunque sabía que sería inútil. Con su presciencia infinitamente superior y expansiva, el Oráculo seguramente ya había visto la entrevista y conocía hasta la última palabra que Edrik pudiera decir.

Apocado, miró a través de su tanque curvado a la estructura translúcida del Oráculo. Tiempo atrás, se habían grabado en sus paredes símbolos arcanos... coordenadas, diseños hipnóticos, runas, misteriosas señales que solo ella podía entender. Aquel recinto le recordaba una catedral en miniatura, y él se sentía como un suplicante.

—Oráculo del Tiempo, nos enfrentamos a la situación más grave desde los tiempos del Tirano. Vuestros navegantes necesitan especia pero incluso los administradores maquinan a nuestras espaldas. —Estaba tan furioso que se estremeció. ¡Aquellos hombres necios e inferiores creían que podían resolver el problema con sistemas de navegación mecánicos! Copias inferiores. La Cofradía

necesitaba especia, no compiladores matemáticos artificiales—. Os lo ruego, mostradnos el camino para la supervivencia.

Edrik intuía pensamientos tempestuosos y una gran preocupación en aquella mente que se ocultaba entre penachos brumosos. Cuando el Oráculo contestó, Edrik sintió que solo le estaba dedicando una fracción minúscula de su atención, porque estaba concentrada en asuntos de mucha mayor trascendencia.

—Veo siempre un hambre insaciable de especia. Es un problema pequeño.

—¿Pequeño? —dijo Edrik con incredulidad. Todos sus argumentos se vinieron abajo—. Nuestros stocks están casi agotados, y la Nueva Hermandad solo nos da una pequeña parte de lo que necesitamos. Los navegantes podríamos extinguirnos. ¿Puede haber un problema más grande?

—Kralizec. Volveré a convocar a mis navegantes cuando los necesite.

—Pero ¿cómo podremos ayudarlos si no tenemos melange? ¿Cómo vamos a sobrevivir?

—Encontraréis la forma de obtener especia... lo he visto. Una forma olvidada. Pero debéis descubrirla por vosotros mismos.

El repentino silencio que se hizo en su mente le dijo a Edrik que el Oráculo había dado la conversación por terminada y había vuelto a sus importantes meditaciones. Se aferró a aquellas palabras sorprendentes: ¡Otra fuente de especia!

Rakis ya no existía, la Nueva Hermandad se negaba a repartir sus stocks y los maestros tleilaxu estaban todos muertos. ¿En qué otro sitio podían buscar? Pero, puesto que el Oráculo había pronunciado las palabras, Edrik confiaba en que había una solución. Mientras flotaba, dejó volar su pensamiento. ¿Es posible que hubiera otro planeta con gusanos de arena? ¿Otra fuente natural de especia?

¿Y si había una nueva forma —o una forma redescubierta— de producir melange? ¿Qué se les estaba pasando por alto? Solo los tleilaxu sabían crear especia artificialmente. ¿Habría alguna forma de redescubrir ese saber? ¿Quedaba todavía con vida alguien que conociera la técnica? La información había quedado enterrada hacía mucho tiempo por obra y gracia de las Honoradas Matres. ¿Cómo sacarla de nuevo a la luz?

Los maestros se habían llevado sus secretos a la tumba, pero con frecuencia ni siquiera la muerte puede enterrar los conocimientos. Los ancianos de los tleilaxu perdidos, una mera sombra de los grandes maestros, no sabían cómo crear melange, pero sí cómo crear gholas. ¡Y a los gholas se les despiertan sus recuerdos!

De pronto Edrik supo la respuesta, o creyó saberla. Si resucitaba a alguno de los viejos maestros, podría recuperar la técnica. Y una vez más la detestable Hermandad perdería su ventaja.

El vasto espacio inexplorado al que los humanos huyeron durante la Dispersión era un territorio inhóspito, lleno de trampas inesperadas y bestias peligrosas. Los que sobrevivieron quedaron endurecidos y cambiados de una forma que no podemos asimilar plenamente.

REVERENDA MADRE TAMALANE, archivos de Casa Capitular,
proyecciones y análisis de la Dispersión.

Sheeana estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo del arboreto, mientras los cuatro futar merodeaban a su alrededor.

Utilizaba técnicas Bene Gesserit para ralentizar su ritmo cardíaco y la respiración. Después de que el futar llamado Hrrm la viera bailar entre los gusanos, el respeto que aquellos hombres-bestia sentían por ella hacía que estuviera segura allí dentro. Y, aunque controlaba los olores que emanaban de su cuerpo, no evitaba sus ojos.

La mayor parte del tiempo los futar caminaban erguidos, pero de vez en cuando volvían a las cuatro patas. Y estaban inquietos, siempre estaban inquietos.

Sheeana llevaba minutos sin moverse. Los futar se sobresaltaban cada vez que pestañeaba, y luego seguían rondando inquietos. Hrrm se acercó y la olfateó. Ella alzó el mentón y lo olfateó a él.

A pesar de la violencia potencial de aquellas criaturas, era importante que estuviera allí con ellas. Después de un prolongado estudio, estaba convencida de que podían revelar mucha más información, solo tenía que encontrar la forma de cribarla.

En las profundidades de la Dispersión, habían sido creados por los «adiestradores» con la misión específica de cazar Honoradas Matres. Pero ¿quiénes eran los adiestradores? ¿Sabían de la existencia del Enemigo? Quizá a través de ellos podría entrever la clave del origen de las ramera y la naturaleza del anciano y la anciana que Duncan decía que les perseguían.

—Más comida —dijo Hrrm, andando en círculos muy cerca. El vello de su cuerpo era tieso y tupido, y su aliento olía a carne parcialmente digerida.

—Hoy ya habéis comido. Si coméis demasiado os pondréis gordos. Y entonces os volveréis lentos a la hora de cazar.

—Hambre —dijo uno de los futar.

—Siempre tenéis hambre. La comida llegará más tarde. —Los futar sentían el impulso biológico de comer continuamente y sus captoras, las Honoradas Matres, les habían tenido al borde de la inanición. Sin embargo, las Bene Gesserit tenían para ellos un saludable programa de comidas.

—Háblame de los adiestradores. —Había hecho la misma pregunta cientos de veces, tratando de sacarle alguna palabra nueva a Hrrm, otro pequeño pedacito de información.

—¿Dónde adiestradores? —preguntó el futar, con un repentino interés.

—No están aquí, y no puedo encontrarles si no me ayudas.

—Futar y adiestradores. Amigos. —Hrrm estiró los músculos, respirando ruidosamente. A los otros se les erizó el pelo y flexionaron sus músculos como si estuvieran orgullosos de su apariencia física.

Por lo visto, cuando los futar estaban concentrados en algo, era difícil llevar su atención a otros asuntos. En cualquier caso, Sheeana había convencido a Hrrm (y en menor medida a los otros tres) de que las Bene Gesserit no eran como las Honoradas Matres. Hrrm ya había olvidado que años atrás había matado a una supervisora.

Pero, aunque las hermanas no eran sus esperados adiestradores, habían acabado por aceptar que no había que matar y comerse a aquellas mujeres como hacían con las Honoradas Matres. Al menos eso esperaba Sheeana. Lentamente, descruzó las piernas y se puso en pie.

—Hambre —repitió Hrrm—. Quiere comida ahora.

—Tendrás tu comida. Nunca hemos dejado de alimentarnos, ¿verdad?

—Nunca —confirmó Hrrm.

—¿Dónde adiestradores? —preguntó otro futar.

—Aquí no. Muy lejos.

—Quiere adiestradores.

—Pronto. En cuanto nos digáis cómo encontrarlos.

Y dejó el recinto, mientras los futar saltaban inquietos entre los árboles artificiales, buscando algo que nunca encontrarían en el *Ítaca*. Se aseguró de cerrar con llave la cámara.

Con frecuencia es más fácil destruirnos los unos a los otros que resolver nuestras diferencias. ¡Es la ironía cósmica de la naturaleza humana!

MADRE COMANDANTE MURBELLA, notas en Casa Capitular

A fin de recoger sus raciones escasas pero desesperadamente necesarias de melange, la Cofradía enviaba regularmente cargueros a Casa Capitular. Las naves llevaban consigo suministros, reclutas para la Nueva Hermandad e información recogida por las naves exploradoras en sus lejanos viajes. Murbella tenía vigilados los enclaves rebeldes de las Honoradas Matres y se preparaba para la próxima ofensiva a gran escala de sus valquirias.

Seis horas antes de la llegada prevista del carguero de la Cofradía, una nave de menor tamaño entró en el sistema. Desde el momento en que salió del espacio plegado, empezó a emitir una señal de emergencia.

La pequeña nave de la Dispersión tenía un diseño oval inusual, motores Holtzman y un campo negativo propio que funcionaba de forma intermitente. Sus tubos de escape expulsaban altos niveles de radiación y seguramente habían resultado dañados durante el precipitado viaje hasta allí. Se acercó con maniobras erráticas.

En cuanto se le notificó su presencia, Murbella corrió al centro de comunicaciones de la torre de Central, temiendo que se tratara de otra nave de guerra de las Honoradas Matres procedente de algún lejano lugar fuera del Imperio Antiguo. En la pantalla, la imagen chisporroteaba y estaba cubierta de estática, así que apenas podía distinguir el contorno impreciso de un piloto. Finalmente, cuando la nave quemó el combustible que le quedaba para situarse en una órbita mínimamente estable, la resolución de las imágenes mejoró notablemente y Murbella vio el rostro de una sacerdotisa del Culto a Sheeana, enviada por la Missionaria Protectora para propagar su disparatada religión.

—¡Madre comandante, traemos noticias terribles! Una advertencia urgente.

Murbella veía otras figuras en la atestada cabina oval, pero la hermana no había utilizado ninguna palabra en clave que indicara que la estaban coaccionando o que estaba prisionera. Consciente de que aquellas otras personas escuchaban, eligió bien sus palabras tras identificar a la joven.

—Sí... Iriel. ¿De dónde venís?

—De Gammu.

Las imágenes adquirían nitidez por momentos. Murbella veía a cinco mujeres en la cabina de piloto. Varias llevaban ropa tradicional de Gammu. Aquellas personas inquietas se veían magulladas y abatidas; tenían sangre seca en las mejillas y la ropa. Y, al menos dos, parecían muertas o inconscientes.

—No tuvimos elección... ninguna oportunidad. Teníamos que arriesgarnos.

Murbella habló bruscamente a la mujer que tenía más cerca en el centro de comunicación.

—Enviad una nave de rescate. Traed a esa gente aquí sana y salva... ¡ahora!

—No queda tiempo —transmitió la sacerdotisa; toda ella se sacudía de puro cansancio—. Debemos avisaros. Escapamos de Gammu antes de que el carguero de la Cofradía partiera, pero las ramera casi nos matan. Saben que las hemos descubierto. ¿Cuándo esperáis al carguero?

—Aún nos quedan unas horas —dijo Murbella tratando de sonar tranquila.

—Quizá sean menos, madre comandante. Lo saben.

—¿Qué es lo que saben? ¿Qué habéis descubierto?

—Destruyores. Las Honoradas Matres de Gammu aún conservan cuatro destructores. Han recibido órdenes de su madre superiora Hellica, en Tleilax. Y vienen hacia aquí en el carguero de la Cofradía. Vienen a destruir Casa Capitular.

— o O o —

Aunque no estaba gravemente herida, la sacerdotisa Iriel estaba agotada y medio muerta de inanición. Había agotado todas sus reservas corporales para ayudar a escapar a la pequeña nave. Tres de sus compañeras murieron antes de que pudieran recibir atención médica. Las otras fueron llevadas a la enfermería de Central.

Antes de descansar, Iriel insistió en terminar su informe ante la madre comandante, aunque apenas se tenía en pie. Murbella pidió que trajeran potentes infusiones de melange y el estimulante la reanimó temporalmente.

Iriel le habló del infierno que había pasado en Gammu. Hacía ya años que la habían asignado a aquel planeta, con la orden de preparar a la gente para el conflicto inminente. Iriel había predicado la palabra de Sheeana y defendido la necesidad de plantar cara al Enemigo Exterior, y sus seguidores eran entusiastas y fanáticos. Cuanto más preocupada estaba la gente de Gammu por el peligro exterior, más interés demostraban por el mensaje de esperanza de Iriel.

Pero las Honoradas Matres rebeldes también tenían uno de sus enclaves más importantes en Gammu. Conforme el culto se extendía, las ramera empezaron a atacar y perseguir a los seguidores de Sheeana. Curiosamente, la persecución reforzó la determinación y la fuerza de los cultistas. Cuando Iriel les pidió ayuda para sustraer aquella información vital y escapar de Gammu, no le costó encontrar voluntarios. Quince de sus bravos seguidores murieron antes de que la nave pudiera salir del planeta.

—Has hecho lo que debías, Iriel. Has entregado el mensaje a tiempo. Ahora ve a recuperarte. —En sus manos, Murbella tenía las láminas de cristal riduliano que la sacerdotisa había robado a las Honoradas Matres.

Y en ese preciso momento, el carguero llegó... dos horas antes de lo previsto.

Iriel miró a la madre comandante con expresión de connivencia.

—El trabajo apenas acaba de empezar.

Murbella habría querido disponer de más tiempo, pero tampoco fue ninguna sorpresa. Una hora antes, lanzadores propulsados por suspensores habían colocado cientos de minas espaciales de Richese de nuevo diseño en órbita. Ocultas mediante campos negativos individuales, flotaban en las zonas orbitales donde los cargueros de la Cofradía solían atracar.

Ya había dado instrucciones para la batalla y, en cuanto apareció la gigantesca nave, los miembros de la Nueva Hermandad se pusieron manos a la obra. Su hija Janess dirigiría uno de los principales grupos de ataque, pero la madre comandante estaba decidida a luchar junto a ella. No quería convertirse en una simple burócrata.

Según había explicado la sacerdotisa, las Honoradas Matres habían sobornado a la tripulación del carguero para que las llevaran a Casa Capitular, y eso era una violación flagrante de las normas de la Cofradía. Otro ejemplo de cómo hacía la vista gorda cuando le convenía. Pero ¿estaba el navegante al corriente de la presencia de los destructores en la fragata de las Honoradas Matres? Por mucho que quisieran castigar a la Nueva Hermandad por retener la melange, Murbella no creía que fueran tan estúpidos para permitir que el planeta se convirtiera en otra bola calcinada. Allí tenían su única fuente de especia, su última oportunidad.

Murbella decidió que un soborno merecía otro soborno, aunque solo fuera para demostrar a la Cofradía que las Honoradas Matres jamás podrían competir económicamente con la Hermandad. Con las soopiedras, los stocks de melange y los gusanos del cinturón desértico, podían superar cualquier oferta... y acompañarla además de una bonita amenaza.

Antes de que las compuertas del gran carguero pudieran abrirse para vomitar las naves de la CHOAM o de las Honoradas Matres que llevara ocultas, Murbella transmitió una llamada insistente. Su expresión era implacable.

—Atención, carguero de la Cofradía. Vuestros sensores os confirmarán que he colocado un enjambre de minas richesianas alrededor de vuestra nave. —Dio una señal y los campos negativos que rodeaban las minas se desactivaron. Cientos de explosivos móviles y relucientes aparecieron a la vista, como muescas de diamante en el espacio.

—Si abris las compuertas o dejáis salir alguna nave, haré que las minas choquen contra vuestro casco y os conviertan en polvo.

El navegante trató de protestar. Los administradores de la Cofradía hablaron por el comunicador, indignados. Pero Murbella no contestó. Muy tranquila, envió copia de las láminas de cristal riduliano que Iriel le había entregado y dejó un par de minutos para que absorbieran la información. Luego dijo:

—Como veis, tenemos toda la razón del mundo para destruir vuestro carguero, para evitar que soltéis a los destructores, y también como castigo. Las minas harían el trabajo sin necesidad de que exponga la vida de mis hermanas.

—Os lo aseguro, madre comandante, no sabemos nada de ningún arma atroz a bordo...

—Incluso una guardiana de la verdad aficionada detectaría vuestras mentiras, hombre —dijo atajando sus protestas. Le dio unos instantes para recuperarse y ser más razonable y le habló en un tono más asequible—. Hay una alternativa mucho más recomendable, puesto que no se perderían las vidas inocentes de los pasajeros que lleváis, y es que nos dejéis subir a bordo para capturar a las Honoradas Matres y los destructores. De hecho —se pasó un dedo por los labios—, seré generosa. Si cooperáis sin mayor dilación y no insultáis nuestra inteligencia defendiendo vuestra inocencia, os concederemos dos medidas enteras de especia... cuando la misión haya culminado con éxito.

El navegante vaciló unos momentos, luego aceptó.

—Identificaremos las fragatas de la cubierta de carga que provengan de Gammu. Presumiblemente es donde viajan las Honoradas Matres y los destructores. Tendréis que encargáros de esas mujeres vosotras mismas.

Murbella le dedicó una sonrisa predatoria.

—No quisiera que fuera de otro modo.

— o O o —

Cansada y resentida, pero entusiasmada y orgullosa, la madre comandante estaba junto a su hija en la cámara de carga cubierta de sangre de una de las naves sin distintivos de las Honoradas Matres. Once de las ramera yacían en el suelo, con las mallas rotas, los cuerpos quebrantados. Murbella no esperaba que ninguna se dejara capturar con vida. Seis de sus hermanas habían muerto en el combate cuerpo a cuerpo.

Por desgracia, una de las Bene Gesserit caídas era la valiente sacerdotisa Iriel, que había suplicado que la dejaran intervenir a pesar del cansancio. Movida por el fuego de la venganza, había matado a dos ramera antes de que un cuchillo le acertara entre los omóplatos. Antes de que muriera, Murbella había compartido con ella para absorber sus conocimientos sobre Gammu y la infestación de ramera allí.

La amenaza era mayor de lo que imaginaba. Tendría que ocuparse inmediatamente.

Equipos de obreros masculinos retiraron los destructores de aspecto ominoso con ayuda de paletas suspensoras. Dos en las escotillas que había bajo cada una de las fragatas de las Honoradas Matres. Aquellas rebeldes salvajes habrían destruido un planeta entero con todos sus habitantes solo para decapitar a la Nueva Hermandad. Había que castigarlas.

—Tenemos que estudiar estas armas —dijo Murbella entusiasmada ante la perspectiva de duplicarlas—. Y recrear esta tecnología. Las necesitaremos a miles

cuando llegue el Enemigo.

Janess miró con expresión sombría al cadáver de la sacerdotisa y las ramera masacradas que yacían como muñecas por los pasillos de la nave. La ira tiñó sus mejillas de color.

—Tal vez tendríamos que utilizar uno de esos destructores contra Gammu y eliminar de una vez por todas a esas mujeres.

Murbella sonrió por la expectación.

—Oh, sin duda, nuestro próximo objetivo será Gammu, pero será un ataque mucho más personal.

No vemos la mandíbula del cazador cerrándose sobre nosotros hasta que los colmillos hacen brotar la sangre.

DUNCAN IDAHO, *Un millar de vidas*

Duncan tocó las almohadillas táctiles de la consola de mando para alterar ligeramente el rumbo del *Ítaca* por el vacío del espacio.

Sin mapas ni registros, no tenía forma de saber si algún humano había llegado tan lejos en la Dispersión. No importaba. Durante catorce años habían viajado a ciegas, sin un destino concreto. Para reducir el riesgo de accidentes, Duncan rara vez activaba los motores Holtzman.

Al menos los había mantenido a salvo. Algunos de los pasajeros —sobre todo Garimi y su facción, así como la gente del rabino— estaban cada vez más inquietos. Ya habían nacido docenas de niños, y las supervisoras Bene Gesserit se encargaban de criarlos en secciones aisladas de la nave. Todos querían un hogar.

—¡No podemos seguir huyendo para siempre! —había dicho Garimi durante una de sus recientes reuniones.

Sí podemos. Y quizá tendremos que hacerlo. Aquella nave gigante y autosuficiente solo necesitaba repostar una o dos veces cada siglo, puesto que extraía casi todo lo que necesitaba del mar enrarecido de moléculas del espacio.

La no-nave llevaba años navegando, sin dar ningún salto por el tejido espacial. Duncan los había llevado más allá de los límites imaginables para quienes habían cartografiado el paisaje espacial. No solo había evitado al Enemigo, también había huido del Oráculo del Tiempo, pues nunca sabía en quién confiar.

En todo ese tiempo, no había visto señal de la red titilante, pero le inquietaba pasar demasiado tiempo en una misma zona. *¿Por qué nos buscan el anciano y la anciana con tanto afán? ¿Es a mí a quien buscan? ¿Es la nave? ¿O alguna otra persona de a bordo?*

Mientras esperaba, sus pensamientos empezaron a vagar con la nave y sintió que sus vidas se superponían, *sus muchas vidas*. La fusión de carne y conciencia, el flujo de experiencia e imaginación, las grandes enseñanzas y los acontecimientos épicos que había vivido. Buscó en sus incontables vidas, remontándose hasta su infancia original en Giedi Prime, bajo la tiranía Harkonnen, y luego hasta Caladan, donde fue leal maestro de armas de la casa Atreides. Dio su primera vida por salvar a Paul Atreides y dama Jessica. Luego los tleilaxu lo recuperaron como gholá con el nombre de Hayt, y sus encarnaciones posteriores sirvieron al caprichoso Dios Emperador. Tanto dolor, tantas alegrías...

Él, Duncan Idaho, había estado presente en muchos momentos críticos de la historia, la caída del Imperio Antiguo y el advenimiento de Muad'Dib, el largo mandato y la muerte del Dios Emperador... y mucho más. Y en todo momento, la

historia no había dejado de destilar acontecimientos, de procesarlos y cribarlos a través de los sucesivos Duncan, de renovarlos.

En un pasado lejano, amó a la hermosa Alia, a pesar de su carácter extraño. Siglos más tarde, amó profundamente a Siona, aunque era evidente que el Dios Emperador los juntó a propósito. En sus múltiples vidas-ghola había amado a muchas mujeres exóticas y hermosas.

Entonces, ¿por qué le costaba tanto olvidar a Murbella? No podía romper el vínculo debilitador que le unía a ella.

Aquella semana había dormido muy poco, porque cada vez que se metía en la cama y se agarraba a la almohada no podía dejar de pensar en ella y sentir su ausencia. Después de tantos años... ¿por qué no disminuían el dolor y aquel anhelo adictivo?

Inquieto, deseando poner una mayor distancia entre él y el canto de sirena de Murbella, borró las coordenadas de navegación que la nave tenía en aquellos momentos y utilizó su intuición temeraria (o despiadada) para saltar aleatoriamente por el tejido espacial.

Cuando llegaron a una nueva sección no cartografiada del espacio, Duncan dejó que su mente flotara en un estado de amnesia más profundo que el trance de un mentat. Aunque no quería admitirlo, estaba buscando indicios de la presencia de Murbella, aunque sabía que no podía estar allí.

Obsesión.

Duncan no podía concentrarse, y sus ensoñaciones le pusieron a merced de la red delicada pero mortífera que había empezado a formarse alrededor de la no-nave sin que él se diera cuenta.

— o O o —

Teg llegó al puente de navegación y vio a Duncan ante los controles, sumido en sus pensamientos, como solía, sobre todo últimamente.

Su mirada se fue a los módulos de control, la pantalla panorámica, el rumbo que había seguido la nave. Estudió los patrones en la consola, luego contempló los patrones en el vacío. Pero incluso sin los sensores y las pantallas, él podía percibir el volumen de espacio vacío que los rodeaba. Un nuevo vacío, una región sin estrellas distinta de la que acababan de dejar.

Duncan había saltado de forma implacable por el tejido espacial. Pero la naturaleza de lo aleatorio era tal que la nueva localización podía estar muy cerca del Enemigo o muy lejos.

Algo inquietaba a Teg. Sus capacidades de Atreides le permitían concentrarse en ciertas anomalías y discernir cosas que no estaban. Duncan no era el único que veía cosas extrañas.

—¿Dónde estamos?

Duncan contestó con un enigma.

—¿Quién puede saber dónde estamos? —Y de golpe salió del trance, y exclamó —. ¡Miles! La red... se está cerrando a nuestro alrededor, como una soga.

Duncan no había lanzado la nave a una región yerma y segura, sino directa al Enemigo. Como arañas hambrientas que reaccionan ante una vibración inesperada en su tela, el anciano y la anciana los estaban rodeando.

Ya alerta a causa de su premonición, Teg reaccionó con un arranque de velocidad, sin pensar. Su cuerpo entró en modo *overdrive*, sus reflejos se activaron, sus actos se aceleraron a unas velocidades indefinibles. Moviéndose con un metabolismo que ningún cuerpo humano podía aguantar, se hizo con los mandos de navegación. Sus manos se movían en un revoltijo. Su mente corría de un sistema a otro y volvió a activar los motores Holtzman cuando aún se estaban recargando. Incommensurablemente despierto y rápido, como una parte más de la nave... les hizo dar un nuevo y alarmante salto por el tejido espacial.

Podía intuir la red, los hilos *racionales* que intentaban atraparlos en un último intento, pero Teg liberó la nave, la hizo saltar por uno de los pliegues del espacio y desgarró la red. Saltaron a un lugar, y luego a otro, alejando la nave de la trampa. Atrás intuía dolor, graves daños a la red y quienes la habían arrojado, y luego indignación por haber vuelto a perder a la presa.

Teg volaba por el puente, haciendo ajustes, enviando órdenes, moviéndose con una rapidez tal que nadie —ni siquiera Duncan— sabría que estaba reparando el error del otro. Finalmente, volvió a velocidad normal, agotado, hambriento.

Asombrado por lo que Teg había hecho en menos de un segundo, Duncan meneó la cabeza para apartar de ella el pozo negro de los recuerdos de Murbella.

—¿Qué acabas de hacer, Miles?

Derrumbado ante una consola secundaria, el Bashar dedicó a Duncan una sonrisa misteriosa.

—Solo lo que era necesario. Estamos fuera de peligro.

Un simple jugador no tendría que dar por sentado que puede influir en las reglas del juego.

BASHAR MILES TEG, lecciones de estrategia

¡Ras!

Las hojas de la podadora se movían, y cortaron varias ramas para modificar la forma de las plantas.

—¿Ves cómo la vida se empeña en salirse de sus fronteras definidas? —Molesto, el anciano avanzó metódicamente junto al arbusto que había en el lado del césped, podando los tallos y hojas que sobresalían, cualquier cosa que lo apartara de la perfección geométrica—. Los setos díscolos son tan irritantes...

Y atacó las zonas más altas con un insistente sonido de las tijeras. Cuando acabó, su superficie estaba totalmente plana, lisa, tal como exigían sus especificaciones.

La anciana estaba echada en su tumbona, con una expresión divertida en la cara. Levantó su vaso de limonada.

—Yo lo que veo es a alguien que insiste en imponer un orden en lugar de aceptar la realidad. Lo aleatorio también tiene su valor.

Dio otro sorbito y pensó en activar mentalmente un grupo de aspersores para mojar al anciano y hacer así una demostración de lo impredecible. Pero ese tipo de broma, aunque divertida, solo serviría para provocar tirantez. Así que se limitó a contemplar el trabajo innecesario de su compañero.

—En lugar de volverte loco apegándote a una serie de normas ¿por qué no cambiar las normas? Tienes el poder para hacerlo.

Él la miró furioso.

—¿Estás sugiriendo que estoy loco?

—Solo era una figura retórica. Hace tiempo que te recuperaste del daño que hubieras podido sufrir.

—Me provocas, Marty. —El pequeño destello de peligro pasó y el anciano volvió a concentrarse en sus tijeras con renovado vigor. De nuevo atacó los setos, dándoles forma, moldeando, y no quedó satisfecho hasta que cada hoja estuvo en el sitio que él quería.

La anciana dejó su vaso y se acercó a los lechos de flores, donde una profusión de tulipanes y lirios daban pinceladas de color.

—Yo prefiero sorprenderme... saborear lo inesperado. Hace la vida mucho más interesante. —Frunciendo el ceño, se inclinó para examinar una planta espinosa que se estaba extendiendo entre sus flores—. Aunque hay límites, por supuesto. —Y la arrancó con un tirón rencoroso.

—Teniendo en cuenta que aún no tenemos la no-nave bajo nuestro control, te veo muy tranquila. ¡Cada vez que consiguen escapar me enfurezco más! Kralizec se nos

echa encima.

—Esta vez ha estado muy cerca. —La mujer avanzó entre su jardín de flores, sonriendo. A su espalda, las flores que se estaban marchitando de pronto se animaron, cuajadas de un nuevo color. El cielo era de un azul perfecto.

—No parece que te preocupe el daño que nos han hecho. Invertí una gran cantidad de esfuerzo para crear y arrojar la última red de taquiones. Adorables zarcillos que se extendieran muy lejos... —Sus labios se crisparon en una mueca—. Y ahora está rota, enmarañada, deshilachada.

—Oh, pero puedes rehacerla con un pensamiento. —La mujer agitó una mano bronceada—. Estás molesto porque las cosas no han salido como querías. ¿No se te había ocurrido que la reciente huida de la no-nave es una prueba más de la proyección profética? Sin duda significa que la persona a la que esperas (lo que los humanos conocen como el kwisatz haderach) está realmente a bordo. ¿Cómo, si no, pudieron escapar? ¿No crees que podría ser la demostración tangible de la proyección?

—Siempre hemos sabido que estaba a bordo. Por eso debemos capturar la no-nave.

La anciana rio.

—Hemos «predicho» que está a bordo, Daniel. No es lo mismo. Siglos y siglos de proyecciones matemáticas nos han llevado a la conclusión de que la persona que necesitamos estaría allí.

El anciano clavó sus afiladas tijeras en la hierba como si fuera un enemigo.

La proyección matemática era tan sofisticada y compleja que era prácticamente como una profecía. Los dos sabían muy bien que necesitaban al kwisatz haderach para ganar la inminente batalla-tifón. En otro tiempo habrían considerado la profecía como poco más que una leyenda de gentes supersticiosas y primitivas. Pero, con aquellas proyecciones analíticas tan imposiblemente detalladas, junto con milenios de profecías humanas misteriosamente exactas, la pareja de ancianos sabía que para lograr la victoria necesitaban tener aquella carta en su poder, un cañón humano.

—Hace tiempo, otros descubrieron lo absurdo de intentar controlar a un kwisatz haderach. —La mujer dejó lo que hacía con las malas hierbas y se incorporó. Se llevó la mano a la rabadilla, como si tuviera algún dolor muscular, aunque no era más que un gesto afectado—. Casi los destruyó, y tuvieron que pasar mil quinientos años lamentándose por lo que había sucedido.

—Eran débiles. —El anciano cogió un vaso medio lleno de limonada de la mesa de jardín donde lo había dejado y se lo bebió de un trago.

Ella fue a su lado y, a través de un hueco con bordes perfectos del seto, miró hacia las extravagantes y complejas torres y los edificios interconectados de la lejana ciudad que rodeaba su perfecto santuario. Le tocó el codo.

—Si me prometes que no te enfurruñarás, te ayudaré a reparar la red. De verdad, debes aceptar que es normal que los planes se desbaraten.

—Entonces tendremos que hacer mejores planes.

Aun así, los dos se concentraron y una vez más empezaron a entrelazar las delicadas hebras por el tejido del universo, reconstruyeron la red de taquiones y la arrojaron al exterior a una gran velocidad, cubriendo distancias imposibles en un abrir y cerrar de ojos.

—Seguiremos intentando atrapar la nave —dijo la anciana—, pero será mejor que concentremos nuestros esfuerzos en el plan alternativo de Khrone. Gracias a lo que ha descubierto en Caladan, tenemos una segunda oportunidad para lograr la victoria. Tendríamos que trabajar en las dos alternativas. Sabemos que Paul Atreides fue un kwisatz haderach, y que el gholá del chico ya ha nacido, gracias a la previsión de Khrone...

—Una previsión puramente accidental, estoy seguro.

—Sea como fuere, también tiene al barón Harkonnen, que será una pieza clave para volver al nuevo Paul hacia nuestros propósitos. Por tanto, incluso si no capturamos la no-nave, tendremos garantizado a un kwisatz haderach. De una forma o de otra, nosotros ganamos. Me aseguraré de que Khrone no nos falla. He enviado observadores especiales.

El anciano era poderoso y rígido, pero a veces también era un ingenuo. No recelaba lo bastante de los demás. En cambio ella sabía que debía vigilar a los secuaces que tenía repartidos por el Imperio Antiguo. A veces los Danzarines Rostro se preciaban demasiado de sí mismos.

Y ella dejaba de buena gana que cada uno desempeñara su papel, tanto si se trataba del anciano, los Danzarines Rostro, los pasajeros de la no-nave, o las hordas de víctimas que había de por medio en el Imperio Antiguo.

De momento le divertía, pero todo es mudable. El universo es así.

Planes dentro de planes dentro de planes... como un diseño infinito de reflejos en una sala de espejos. Se necesita una mente superior para ver todas las causas y efectos.

KHRONE, mensaje a la miríada de los Danzarines Rostro

Una extraña delegación llegó a Caladan desde muy, muy lejos para ver a Khrono. No hubo necesidad de que se identificaran cuando pidieron que les informara de sus progresos con el niño-barón y el gholá de Atreides, al que llamaban «Paolo». Khrono ya tenía lo que el anciano y la anciana querían, un niño con todo el potencial necesario en sus caracteres genéticos. Un kwisatz haderach.

Sin embargo, en lugar de recompensarle, aquellos lejanos titiriteros le controlaban y miraban con lupa todo lo que hacía. Querían controlarlo todo, y a Khrono eso le molestaba. En los milenios que hacía que existían, la miríada de los Danzarines Rostro había sufrido la dominación de demasiados necios.

Aun así, se tomó su tiempo. Manejaría sin problemas a aquellos espías contrahechos.

Según el manifiesto de la Cofradía y los magistrales glifos falsos de identificación que llevaban, aquellos humanos extrañamente mejorados venían de Ix. Una tapadera aceptable que explicaría su extraña apariencia a los humanos que los vieran. Pero Khrono sabía que la tecnología tenía un origen muy distinto y que aquellos embajadores venían de mucho más lejos, de un lugar donde las aguas agitadas de los límites de la Dispersión se habían estrellado contra el baluarte del Enemigo.

En ocasiones anteriores, sus amos entrometidos le habían importunado mediante su red interconectada, pero por lo visto recientemente la red había sufrido daños y habían preferido utilizar un sistema de comunicación menos vulnerable. El anciano y la anciana le habían enviado a aquellas... monstruosidades. Se preguntó si sus supuestos amos querían intimidarle... ¿intimidarle a él! El líder de los Danzarines Rostro sonrió ante la idea mientras iba al encuentro de la delegación.

En el vestíbulo de techos altos del castillo restaurado de Caladan, Khrono escogió un disfraz parecido a una pintura de archivo del duque Leto Atreides. Se vistió con ropas grises y pulcras de estilo antiguo, comprobó su aspecto en el espejo alto con marco de plazoro y, tras juntar las manos a la espalda, bajó la gran escalinata que llevaba al salón cavernoso. Se detuvo en el último escalón, esbozó una sonrisa afable y esperó tranquilamente a los seis hombres.

Los representantes, hombres de piel clara y cubiertos de cicatrices, estaban visiblemente sofocados por el esfuerzo de subir la empinada escalera desde el puerto espacial. Sin embargo, Khrono no tenía intención de hacerles el viaje más agradable. Él no había solicitado su presencia, y no pensaba hacer que se sintieran bienvenidos. Si la red de taquiones estaba dañada, quizá el anciano y la anciana no volverían a

transmitir sus ondas de agonía para aguijonearle. Y entonces por fin los Danzarines Rostro podrían actuar impunemente.

O no. Aunque inseguro, Khroné decidió mantener la máscara de docilidad un poco más.

Cuando los extraños embajadores se colocaron en posición, Khroné los miró desde los escalones.

—Informad a vuestros superiores que habéis llegado bien. —Separó las manos y las puso delante, y chasqueó los nudillos—. Y, por favor, decidles que los desperfectos de vuestros cuerpos no son responsabilidad mía.

Los hombres parecían confusos.

—¿Desperfectos? —Aquellos hombres tenían una piel clara y aceitosa. Y llevaban varios dispositivos implantados en el cráneo y el pecho: primitivos manómetros electrónicos, tubos, chips de memoria mejorados, luces indicadoras. La zona que rodeaba los implantes estaba en carne viva, porque las heridas no habían curado. En ellos todo parecía tan horripilante y retrógrado que Khroné se preguntó si no sería una broma sutil e incomprensible de la anciana. Ella tenía mucho más sentido del humor que su compañero.

—¿Desperfectos? Fuimos diseñados así.

—Ah, qué interesante. Mis condolencias.

Los añadidos mecánicos eran tan primitivos que parecían el experimento chapucero de un niño. *Sí, pensó Khroné, tiene que ser una broma. La anciana debe de estar realmente aburrida.*

—Hemos venido a observar y grabar. —El primero se separó del grupo. Un líquido oscuro circulaba por unos tubos en su garganta y se extendía a una bomba que tenía por detrás de los hombros. Sus ojos eran de un azul metálico, sin la parte blanca. ¿Otra broma, para sugerir adicción a la melange?

—Deben de sentirse frustrados por haber perdido la no-nave. Otra vez. —Con un ademán, Khroné indicó a los representantes que pasaran a la gran sala—. Ciertamente, espero que nuestros amos no lo paguen conmigo. Los Danzarines Rostro estamos haciendo un trabajo excepcional, como se nos ordenó.

—Los Danzarines Rostro tendrían que ser más humildes —dijo otro de los delegados mejorados.

Khroné arqueó las cejas. Y se preguntó si su expresión se parecería a la que habría podido poner antiguamente el duque Leto.

—¿Soy un anfitrión negligente? Vamos ¿os apetece tomar un refresco? ¿Un festín? —Controló la sonrisa—. ¿O tal vez preferís una urgente sesión de mantenimiento?

—Preferimos pasar nuestro tiempo reuniendo y analizando datos para poder volver con un informe completo.

—En ese caso, permitid que facilite vuestra partida lo antes posible. —Khroné los acompañó a los niveles del castillo donde estaban los laboratorios—.

Afortunadamente, a pesar de la huida de la no-nave y el daño sufrido por la red, lo demás avanza extremadamente bien. Aquí, en el Imperio Antiguo, mis Danzarines Rostro están minando los cimientos de la civilización humana. Nos hemos infiltrado en todos los grupos de poder importantes, y hemos empezado a hacer que se vuelvan unos contra otros.

—Necesitamos pruebas. —Un extraño olor emanaba del cuerpo del primer representante... productos cáusticos, halitosis y un toque de descomposición.

—¡Entonces abrid los ojos! —Khrone se detuvo a mitad de un paso, trató de dominar la voz y siguió en un tono más relajado—. Os invito a viajar por los mundos del Imperio Antiguo. Vuestro aspecto seguramente asustará a la mayoría de humanos, pero han aparecido las suficientes anomalías desde la Dispersión para que nadie cuestione vuestra identidad con especial interés. Os puedo dar una lista de planetas clave y señalaros lo que debéis buscar. Todos están listos para caer como un castillo de naipes en cuanto las fuerzas militares lleguen del exterior. ¿Han lanzado ya nuestros amos la flota, o prefieren esperar a tener al kwisatz haderach?

—No nos corresponde a nosotros decirlo —dijeron tres de los representantes al unísono, con sus mentes mejoradas enlazadas, las voces superpuestas en un eco horripilante.

—Entonces me será más difícil concluir mis actividades. ¿Por qué iban a querer nuestros amos ocultarme una información vital?

—Quizá no confían en ti —dijo otro de los representantes a parches—. Hasta la fecha tus avances son insignificantes.

—¿Insignificantes? —espetó Khrone—. Tengo el ghola del barón Harkonnen, y el de Paul Atreides. Está garantizado.

En la entrada de las cámaras de los laboratorios de gruesas paredes, Khrone abrió una pesada puerta. Dentro, un niño algo rechoncho de diez años se levantó de un salto y sus ojos porcinos miraron a su alrededor con cautela, como si le hubieran pillado haciendo algo que no debía. El adolescente se recuperó enseguida y, cautivado por aquellos observadores horripilantes y deformes, les dedicó una mueca burlona.

Khrone no le dijo una palabra. Se volvió hacia los seis representantes.

—Como veis, la siguiente fase de nuestro plan es inminente. En breve espero restituir los recuerdos del barón.

—Puedes intentarlo —le espetó el niño—, pero aún no me has convencido de que a mí me beneficie en nada. ¿Por qué no me dejas jugar con el pequeño Paolo? Sé que lo tenéis aquí, en Caladan.

—¿Para qué necesitamos exactamente al barón Harkonnen? —dijo uno de los horribles observadores sin hacer caso del niño—. A nuestros amos solo les interesa el kwisatz haderach.

—El barón nos facilitará las cosas. Será como un acicate para el ghola de Paolo. Cuando vuelva a ser él mismo, nuestro barón será una herramienta para desatar los poderes del ser sobrehumano. Históricamente, el problema de los kwisatz haderach es

el del control. Si el barón me ayuda a educar a Paolo adecuadamente, estoy seguro de que puede asegurar nuestro control sobre él.

El niño sonrió a los recién llegados.

—Mira que sois feos. ¿Qué pasa si os quitáis esos tubos?

—No parece que quiera colaborar —dijo uno de los espías.

—Ya aprenderá. Despertar los recuerdos de un gholá es un proceso muy doloroso —dijo Khrone, que seguía sin hacer caso del joven Harkonnen—. Estoy deseando ponerme.

El barón gholá soltó una risotada que sonó como metal retorcido.

—Y yo estoy deseando ver cómo lo intentas.

Khrone se detuvo en la puerta. No quería olvidarse de activar ninguno de los sistemas de seguridad, sobre todo con aquel niño tan despabilado y propenso a las travesuras. Sí, hizo pasar a la delegación de hombres de pesadilla a otra sala y selló cuidadosamente la cámara. No quería que Vladimir Harkonnen se le escapara.

—Nuestro gholá Atreides evoluciona adecuadamente.

Antes de entrar en la cámara principal del castillo, Khrone dedicó una mirada fría a aquella gente espantosa hecha de parches.

—Nuestra victoria está predestinada. Pronto iré a Ix para completar otro de los pasos del plan. —Khrone se refería a la victoria para los Danzarines Rostro, pero dejaría que los embajadores interpretaran lo que quisieran—. El resto no es más que una mera formalidad.

La reputación puede ser una bonita arma. Y derrama mucha menos sangre.

BASHAR MILES TEG, primera encarnación

La principal arma de la madre comandante eran sus guerreras. Las Honoradas Matres rebeldes de Gammu no tenían ninguna posibilidad frente a las valquirias. Habían cometido un grave error al intentar atacar Casa Capitular con sus destructores.

Tras el fracaso de su ataque, las disidentes de Gammu esperaban que Murbella contraatacara enseguida y de forma desproporcionada. Pero ella actuó con el tiento y la paciencia adquiridos con su aprendizaje Bene Gesserit. Ahora, tras un mes de espera, atacaría sabiendo que hasta el último detalle de su plan estaba perfectamente coordinado.

Antes de partir hacia Gammu, Murbella revisó y repasó las opciones basándose en los informes más recientes de inteligencia y en la información que encontró en los recuerdos de la sacerdotisa Iriel, con quien compartió antes de su muerte. Aún no estaba claro si las ramera renegadas defenderían Gammu hasta la muerte y utilizarían los destructores que les quedaban antes que permitir que cayera en manos de la Nueva Hermandad. Aquella sería su batalla más importante hasta la fecha, el enclave rebelde más poderoso.

Sola con la responsabilidad del mando, Murbella estaba en lo alto de la muralla oeste de Central. El ataque y la victoria serían rápidos. Pero, aparte de extirpar la llaga emponzoñada de las Honoradas Matres rebeldes, la Nueva Hermandad necesitaba los complejos de industria militar de Gammu para tener mejores defensas contra el Enemigo.

Murbella ya había enviado operativos para suavizar la resistencia: asesinos secretos, diestros agentes de propaganda y miembros de la Missionaria Protectora que azuzaran a los grupos religiosos siempre en aumento contra las «rameras que mataron a la bendita Sheeana en Rakis». Era exactamente lo que habría hecho Duncan Idaho.

Las Honoradas Matres de Gammu estaban lideradas por una mujer carismática y amarga llamada Niyela, que decía que su linaje se remontaba a la casa Harkonnen... una mentira, desde luego, puesto que las Honoradas Matres no podían atravesar las redes de las Otras Memorias ni recordar a sus predecesores. Niyela había hecho estas declaraciones después de indagar en los registros de los tiempos en que Gammu era un sucio planeta industrial llamado Giedi Prime. A pesar del tiempo que había pasado, la población local seguía sintiendo un odio visceral por los Harkonnen. Y por lo visto Niyela quiso aprovecharlo.

Las Honoradas Matres habían instalado importantes defensas en Gammu, incluyendo sofisticados escáneres para detectar y destruir aparatos aéreos e interceptar misiles. Habían sido diseñados específicamente para responder al método

tradicional de ataque de la Nueva Hermandad. Pero aún quedaban algunos huecos sin protección, sobre todo en las zonas menos pobladas del planeta.

Janess le aseguró a la madre comandante que podía hacer entrar a sus fuerzas por alguno de esos huecos y preparar un apabullante ataque sorpresa. Por primera vez, sus guerreras confiarían principalmente en sus habilidades como maestras de armas.

Tras reunir a sus naves y solicitar transporte a la Cofradía, las valquirias partieron.

— o O o —

Desde la cara nocturna de Gammu, montones de transportes salieron de una no-nave en órbita y descendieron hacia una zona de extensas llanuras heladas. Volando a solo unos metros del suelo helado, la nave de Murbella se dirigió a toda velocidad a la capital, Ysai. Una formación de pequeñas lanzaderas la seguían como un banco de pirañas hambrientas. Bajo su dirección, las sigilosas lanzaderas se detuvieron lo justo para dejar salir a los enjambres de comandos femeninos en la ciudad y desaparecieron sin un solo disparo, sin hacer saltar ninguna alarma.

El alba rayaba cuando Murbella y miles de sus hermanas de negro se infiltraron en Ysai para sorprender a sus defensas desde dentro y atacar donde menos lo esperaban. Las rameras atrincheradas esperaban un ataque relámpago a gran escala, desde arriba, con armamento pesado y tópteros de combate, pero las comandos de la Hermandad atacaron como escorpiones entre las sombras; salían, picaban, mataban. El combate cuerpo a cuerpo que los maestros de armas de Ginaz habían hecho famoso no exigía nada más sofisticado que una hoja afilada.

La madre comandante eligió su objetivo después de repasar los hábitos personales de la honorada madre Niyela. Acompañada por una pequeña guardia de guerreras, corrió directamente a los ostentosos alojamientos de Niyela, cerca de los edificios de la sede del Banco de la Cofradía en Ysai. Con sus trajes de combate de una pieza, las valquirias parecían envueltas en aceite negro. Antes de que las rameras tuvieran tiempo de dar la alarma, la mitad de las misiones de asesinato se habían completado.

Honoradas Matres con coloridos atuendos protegían la entrada a los alojamientos de Niyela, pero Murbella y las suyas golpearon con contundencia, disparando proyectiles silenciosos que acertaron a sus blancos. La madre comandante corrió por una escalera interior, seguida por Janess y sus guerreras de confianza. En el segundo nivel, en el vestíbulo, una mujer alta y atlética salió de las sombras. Vestía con mallas púrpuras y una capa adornada con cadenas y afilados fragmentos de cristal, y se movía con la gracia de un felino.

Murbella reconoció a Niyela por los vividos recuerdos de la sacerdotisa Iriel.

—Es curioso, pero no te pareces nada al barón Harkonnen —dijo—. A lo mejor no has sacado algunos de sus rasgos más destacables.

Eso estaría bien.

Como si hubieran estado esperando emboscadas, cincuenta honoradas madres salieron de diferentes puertas para adoptar una posición defensiva en torno a Niyela, asumiendo con arrogancia que al verlas el escuadrón atacante, más reducido, se apocaría y se retiraría. Como en una danza mortífera, las valquirias eligieron a sus víctimas, blandiendo hojas relucientes en sus manos y afiladas púas en sus trajes de combate.

Murbella solo tenía ojos para Niyela. Las dos líderes se enfrentaron, moviéndose en círculos en torno a la otra. La Honorada Madre parecía esperar una madre comandante «blanda» que se apocara ante la perspectiva del combate.

De pronto la líder de las Honoradas Matres atacó con un pie endurecido y mortífero, pero Murbella fue más rápida y evitó el golpe. En un movimiento veloz, contraatacó por el costado con puños y codos e hizo caer a su oponente de espaldas. Luego rio, y eso enfureció a su adversaria.

La Honorada Madre se abalanzó sobre Murbella, con los dedos extendidos como cuchillos, pero Murbella golpeó con el codo izquierdo, y atrapó a Niyela con la púa blindada que sobresalía de su traje de combate. El corte hizo que la sangre corriera por el brazo de Niyela. Murbella asestó una fuerte patada en el plexo solar de la mujer que la hizo caer contra la pared.

Al chocar contra aquella barrera de piedra, Niyela se derrumbó, como si estuviera derrotada. Saltó hacia un lado y atacó, pero Murbella estaba preparada y contestaba a cada uno de sus movimientos, haciéndola retroceder, hasta que ya no pudo moverse ni a un lado ni a otro. Tampoco sus seguidoras pudieron con las rápidas técnicas de combate que la madre comandante había enseñado a sus guerreras. Las cincuenta guardias estaban muertas, su líder estaba sola y derrotada.

—Mátame. —Niyela escupió las palabras.

—Haré algo peor. —Murbella sonrió—. Te llevaré a Casa Capitular conmigo, como prisionera.

Al día siguiente, la victoriosa madre comandante desfiló por las calles de Ysai, mezclándose con las multitudes curiosas. El Culto a Sheeana había arraigado allí y los nativos de Gammu veían su liberación como un milagro, y al ejército de hermanas como soldados que luchaban por su amada mártir.

Murbella, que detectó ciertos patrones definidos de comportamiento entre la multitud, tenía la sospecha de que entre la gente había Honoradas Matres que se habían quitado sus ropas características. ¿Eran cobardes, o la semilla de una quinta columna que seguiría resistiendo en Gammu? Aunque tenía su victoria, Murbella sabía que la lucha y las labores de consolidación llevarían un tiempo, si no en Ysai, sí en las ciudades colindantes. Tendría que enviar equipos para que acabaran con los posibles focos de resistencia.

Ella no fue la única que reparó en la presencia de Honoradas Matres de incógnito. Sus agentes se movieron entre la multitud, arrestando, diezmándola. A toda aquella a

quien se capturaba se le daba la oportunidad de convertirse. Niyela misma sería sometida a un adiestramiento forzoso en Casa Capitular. Y las que no cooperaran morirían.

Las fuerzas triunfales de Murbella llevaron a más de ocho mil Honoradas Matres de vuelta a Casa Capitular, y habría más cuando las operaciones de limpieza terminaran bajo la dirección de Janess. Sería un proceso de conversión difícil, supervisado de cerca por tropas de guardianas de la verdad y otras Honoradas Matres que ahora le eran leales... pero no más difícil que la unificación original. A pesar del riesgo, la madre comandante no podía permitirse desperdiciar a tantas guerreras potenciales.

Y así, la Nueva Hermandad se hizo más fuerte, incorporando más y más miembros a sus filas.

SÉPTIMA PARTE

Dieciséis años después de la huida de Casa Capitular

¿Nace el amor con nosotros como parte de nuestra humanidad, como lo es respirar o dormir, o es algo que debemos crear por nosotros mismos?

MADRE SUPERIORA DARWI ODRADE, registros privados Bene Gesserit
(censurados)

Dos años más transcurrieron a bordo de la no-nave. Paul Atreides, con un cuerpo de diez años y la cabeza a rebosar con los recuerdos externos que los archivos de la biblioteca le proporcionaban y las historias de lo que se suponía que era, iba paseando con la joven Chani.

Era una jovencita delgada como vara de sauce, y tenía dos años menos que él. Aunque había crecido lejos de las áridas tierras de Arrakis, su metabolismo, adaptado genéticamente por su herencia fremen, seguía sin desaprovechar ningún fluido. Chani llevaba sus cabellos rojo oscuro sujetos en una trenza. Su piel morena era tersa y su boca parecía pronta a la sonrisa, sobre todo cuando estaba con él.

Sus ojos eran de color sepia, no del azul sobre azul de los adictos a la especia que Paul había visto en todas las imágenes de archivo de la Chani original, amada concubina de Muad'Dib y madre de sus gemelos.

Mientras bajaban de cubierta en cubierta, hacia la sección de motores de popa de la enorme no-nave, Paul la cogió de la mano. No eran más que unos críos, pero parecía algo agradable, y ella no lo rechazó. Habían jugado juntos toda la vida, habían explorado juntos y jamás se cuestionaron su relación, como en las historias antiguas.

—¿Por qué te fascinan tanto los motores, Usul? —dijo ella, llamándolo por el nombre fremen que había aprendido de sus propios diarios y de los registros de los archivos de la nave.

En una antigua poesía que se conservaba, Paul Muad'Dib había descrito la voz de Chani como «los tonos bellamente perfectos del agua fresca que corre sobre la rocas». Al oírla, el nuevo Paul entendía perfectamente por qué lo había dicho.

—Los motores Holtzman son extraños y poderosos, y pueden llevarnos a cualquier lugar imaginable. —Estiró el brazo para darle unos toquecitos en la barbilla menuda y afilada con el dedo y dijo con tono conspirador—: O a lo mejor la verdadera razón es que nadie nos vigila en la sala de motores.

Chani arrugó la frente.

—En una nave como esta hay montones de sitios donde podemos estar solos.

Paul se encogió de hombros, sonriendo.

—Nadie ha dicho que fuera una buena razón. Solo quería ir allí.

Entraron en la gigantesca cubierta de motores donde, en circunstancias normales, solo habrían podido entrar miembros acreditados de la Cofradía. Sin embargo, las circunstancias eran las que eran, y Duncan Idaho, Miles Teg y algunas Reverendas

Madres sabían lo suficiente sobre los motores que plegaban el espacio para que siguieran funcionando. Afortunadamente, las no-naves estaban hechas de forma tan exquisita y concienzuda que pocas cosas podían ir mal, incluso después de años sin un mantenimiento estándar. Los principales sistemas operativos del *Ítaca* y los mecanismos de autorreparación bastaban para mantener la nave acondicionada. Cuanto más importante era un elemento, más sistemas de autodiagnóstico incluía.

Aun así, utilizando sus capacidades de mentat, Teg y Duncan habían empezado a estudiar y memorizar todas las especificaciones conocidas de la inmensa nave en previsión a una posible crisis. Paul suponía que Thufir Hawat colaboraría también con su intelecto en cuanto creciera y volviera a ser un mentat.

En aquellos momentos, los dos jóvenes estaban rodeados por la maquinaria ruidosa. Aunque los proyectores del campo negativo estaban repartidos por diferentes zonas de la nave, con repetidores y estaciones de refuerzo montados por todo el casco, aquellos motores gigantes eran similares a los diseños que se utilizaban para plegar el espacio en tiempos de Muad'Dib, y antes incluso, durante la Yihad Butleriana. Los entonces peligrosos motores de Tio Holtzman habían sido la clave para la victoria última sobre las máquinas pensantes.

Paul levantó la vista a aquellas inmensas máquinas, tratando de percibir la fuerza matemática que las impulsaba, aunque intelectualmente no la comprendía. Chani, unos centímetros más baja, lo sorprendió cuando se puso de puntillas y le besó en la mejilla. Él volvió el rostro hacia ella, sonriendo.

Chani vio su expresión sorprendida.

—¿No es esto lo que se supone que debo hacer? He leído todos los archivos. Estamos destinados a estar juntos ¿no?

Muy serio, Paul la aferró por sus hombros menudos y la miró a los ojos. Le acarició la ceja izquierda y sus dedos descendieron por su mejilla. Se sintió terriblemente torpe.

—Es extraño, Chani. Pero siento un hormigueo...

—¡O un cosquilleo! Yo también lo siento. Un recuerdo que está justo bajo la superficie.

Paul la besó en la frente, experimentando con la sensación.

—La supervisora mayor Garimi nos hizo leer nuestra historia en los archivos, pero no son más que palabras. Aquí dentro no las sabemos. —Se dio unos toquitos en el pecho—. No podemos saber exactamente cómo nos enamoramos la otra vez. Seguramente nos dijimos un montón de cosas en privado.

Ella frunció los labios, no como si hiciera pucheros, sino con expresión preocupada. Su educación y madurez aceleradas le hacían aparentar más años de los que tenía.

—Nadie sabe cómo enamorarse, Usul. ¿Recuerdas la historia? Paul Atreides y su madre estaban en un grave peligro cuando se unieron a los fremen. Toda la gente a la

que conocías había muerto. Estabas desesperado. —Respiró hondo—. Quizá esa fue la verdadera razón de que nos enamoráramos.

Él seguía muy cerca, abochornado, sin saber muy bien qué debía hacer.

—¿Cómo esperas que crea eso, Chani? Un amor como el nuestro dio origen a la leyenda. Y eso no pasa porque sí. Yo solo digo que si tenemos que volver a enamorarnos cuando seamos mayores, tendremos que hacerlo por nosotros mismos.

—¿Crees que tenemos una segunda oportunidad?

—Todos la tenemos.

Ella agachó la cabeza.

—De todo lo que he leído, lo más triste es la historia de nuestro primer hijo, Leto.

Paul notó con sorpresa que se le formaba un nudo en la garganta. Había leído sus diarios sobre su hijo. Estaba tan orgulloso..., pero debido a aquella maldita presciencia suya, ya sabía que su primer Leto sería asesinado en un ataque de los Harkonnen. Aquel pobre niño no tenía ninguna posibilidad, ni siquiera vivió lo bastante para que lo bautizaran con el nombre de Leto II, por el padre de Paul.

De acuerdo con los registros, su segundo hijo —el infame— no tuvo reparos en seguir la senda oscura y terrible por la que Paul se había negado a aventurarse. ¿Había tomado Leto II la decisión correcta? Ciertamente, el Dios Emperador de Dune había cambiado a la humanidad y el curso de la historia para siempre.

—Lo siento, he hecho que te pongas triste, Usul.

Él se apartó un paso. A su alrededor la sala de motores parecía vibrar de expectación.

—Todo el mundo odia a nuestro Leto II por aquello en lo que se convirtió. Según la historia, hizo cosas muy malas. —La primera Chani había muerto durante el parto, y apenas vivió lo justo para ver a los gemelos.

—Quizá también él tendrá una segunda oportunidad —dijo Chani.

El gholá del pequeño tenía cuatro años y ya demostraba una agudeza y un talento inusuales.

Paul la tomó de la mano e impulsivamente la besó en la mejilla. Y entonces salieron de la sala de motores.

—Esta vez, nuestro hijo podría hacer las cosas bien.

Cuando tienes suficientes abejas trabajando para ti, el día transcurre envuelto en un delicioso zumbido.

BARÓN VLADIMIR HARKONNEN, el original

En un fuerte estado de agitación, el niño de doce años miraba a un prado prístino de flores coloridas. Una cascada se precipitaba bulliciosamente sobre las rocas y formaba una laguna azul y helada. Ver tanto de eso que llamaban «belleza» le resultaba doloroso e inquietante. En el aire no había olores industriales y químicos. No soportaba respirar aquella cosa.

Para romper la monotonía y consumir parte de su energía, el joven Vladimir Harkonnen había salido a dar un largo paseo, a kilómetros del complejo donde le habían condenado a vivir en el planeta de Dan. *Caladan*, se recordó a sí mismo. La abreviatura le ofendía. Había leído la historia, había visto las imágenes de sí mismo cuando era un barón viejo y gordo.

Ya llevaba tres años exiliado allí, y añoraba los laboratorios de Tleilax, a la madre superiora Hellica e incluso el olor de los excrementos de los sligs. El chico estaba atrapado allí, bajo la tutela y adiestramiento de aquellos Danzarines Rostro tan sosos, y estaba impaciente por hacer algo grande. Después de todo, su figura era importante para el plan... fuera cual fuese.

Poco después de que lo enviaran a Caladan por el trivial delito de sabotear el tanque axlotl donde estaba el gholá de Paul Atreides, el bebé nació en Bandalong... sano y salvo, a pesar de los esfuerzos de Vladimir. Khroné apartó al pequeño Atreides de Uxtal y lo llevó a Caladan para instruirle y tenerlo bajo observación. Por lo visto los Danzarines Rostro tenían una misión vital para el Atreides, y necesitaban la ayuda de un Harkonnen.

El niño, al que llamaban Paolo para distinguirlo de su doble histórico, ya tenía tres años. Los Danzarines Rostro tenían mucho cuidado de tenerlo en un recinto separado, «a salvo» de Vladimir, que estaba impaciente por que pudieran... jugar juntos.

En tiempos pasados, Caladan había sido un mundo de sencillos pescadores, vinateros y granjeros. Con su inmenso océano, había demasiada agua y demasiada poca tierra para desarrollar grandes industrias. En la actualidad, la mayoría de pueblecitos habían desaparecido, y la población local no era más que un porcentaje muy pequeño de lo que fue. La Dispersión había roto muchos de los hilos que unían las civilizaciones intergalácticas y, dado que Caladan tenía tan pocas cosas de interés comercial, nadie se había molestado en volver a incluirla en el conjunto.

Vladimir había investigado a conciencia en el castillo reconstruido. De acuerdo con la historia escrita, la casa Atreides había gobernado aquel lugar «con mano firme pero benevolente», pero él sabía que no hay que tragarse la propaganda. La historia

siempre lava la realidad y el tiempo distorsiona incluso los sucesos más dramáticos. Evidentemente, los archivos locales habían sido embellecidos con comentarios elogiosos del duque Leto.

Los Atreides y los Harkonnen eran enemigos mortales, y él sabía perfectamente que era su familia la que había tenido una actuación heroica. Cuando recuperara sus recuerdos, podría recordar aquellas cosas por sí mismo. Quería volver a sentir aquellos hechos con un realismo visceral. Quería saber hasta qué punto los Atreides eran traicioneros y los Harkonnen valerosos. Quería sentir la adrenalina de vivir una victoria real y probar la sangre del enemigo en sus dedos. Quería recuperar sus recuerdos ¡ya! No soportaba tener que esperar tanto para que le devolvieran los recuerdos de su antigua vida.

Solo en el prado, se puso a jugar con una pistola infernal que había encontrado en el castillo. Aquel entorno natural tan exuberante de los cabos le desagradaba. Quería que las máquinas lo cubrieran y lo pavimentaran. ¡Que abrieran paso a la verdadera civilización! Las únicas plantas que quería ver aparecer allí eran las de las fábricas. No soportaba ver tanta agua cristalina por todas partes; él quería que los productos químicos la enturbiaran y le dieran un olor sulfuroso.

Con una sonrisa diabólica, Vladimir activó la pistola y vio que el cañón se ponía de color anaranjado. Tocó el botón amarillo para activar el quemador del primer estadio y vio la fina capa de partículas incendiarias extenderse sobre el prado como semillas de destrucción. Tras desplazarse a una zona segura entre las rocas, tocó el botón rojo de la segunda fase y el cañón del arma vomitó una llamarada. Las partículas inflamables se encendieron y transformaron el prado en una conflagración.

¡Qué bonito!

Con una perversa felicidad, el niño se desplazó a un lugar más elevado para ver cómo las llamas ardían y chisporroteaban, enviando humo y chispas a cientos de metros de altura. En el otro lado del prado, el fuego lamía la superficie de roca, como si buscara una presa. Ardía con tanta intensidad que el calor agrietó la misma piedra e hizo que grandes fragmentos cayeran a la pacífica laguna en una ruidosa cascada.

—¡Mucho mejor!

El ambicioso joven había visto las imágenes holográficas de Gammu y las había comparado con imágenes de los tiempos en que se llamaba Giedi Prime y estaba bajo el dominio de los Harkonnen. Con los siglos, su hogar ancestral había degenerado a un estado primitivo y agrícola. Los signos de civilización, tan duramente conseguidos, habían quedado en algo sórdido y blando.

Mientras sentía el purificador olor del fuego y el humo en sus fosas nasales, deseó tener pistolas infernales más potentes y material pesado para cambiar la fisonomía de aquel lugar. Con el tiempo, con las herramientas y la fuerza de trabajo adecuados, podía convertir aquel planeta atrasado de Caladan en un lugar civilizado.

En el proceso, incendiaría vastas extensiones de verdes paisajes, para dejar sitio a nuevas fábricas, pistas de aterrizaje, minas a cielo abierto y plantas de procesamiento

de metales. Las montañas que veía a lo lejos también eran feas, con sus cimas blancas. Le habría gustado allanar todo el terreno con poderosos explosivos y cubrirlo de fábricas que produjeran bienes para la exportación. ¡Con beneficios! Vaya, eso sí que devolvería Caladan al mapa galáctico.

Evidentemente, no destruiría los ecosistemas totalmente como habían hecho las Honoradas Matres con sus quemadores de planetas. En zonas remotas, poco aptas para la industria, dejaría la suficiente vegetación para mantener el nivel de oxígeno. Y los mares proporcionarían pescado y algas para alimentar a la población, porque importarlo todo de otros planetas sería excesivamente caro.

Tal como estaba, Caladan se estaba desaprovechando. Qué poco adorno veía allí... pero qué bonito podía ser con un poco de esfuerzo. Con bastante esfuerzo, en realidad. Pero valdría la pena... esculpir el planeta natal de sus enemigos mortales — la casa Atreides— según su propia visión. La visión de un Harkonnen.

Aquellas sensaciones y fantasías hicieron que se sintiera mucho, mucho mejor. Vladimir se preguntó si sus recuerdos ya estarían listos para regresar, poco a poco. Esperaba que sí.

Oyó ruido de piedras a su espalda y se volvió.

—Te he estado observando —dijo Khroné— y me alegra comprobar que tu pensamiento discurre por el camino adecuado, como el antiguo barón Harkonnen. Necesitarás algunas de estas técnicas cuando pongamos al joven Paolo a tu cargo.

—¿Cuándo podré jugar con él?

—Tu supervivencia depende de ciertos factores. Debes entender una cosa: ayudarnos con el gholá de Paul Atreides es el objetivo más importante de tu vida. Él es la clave para nuestros numerosos planes, y tu supervivencia depende de lo bien que lo haga.

Vladimir esbozó una sonrisa feroz.

—Es mi destino estar junto a Paolo y triunfar con él. —Besó al Danzarín Rostro en la boca, con desapasionamiento, y Khroné lo apartó.

Por dentro, Vladimir no sonreía. Incluso en aquella extraña representación de su vida, seguía sintiendo la necesidad de estrangular al gholá de Atreides.

El manso ve amenazas potenciales por todas partes. El valiente ve beneficios potenciales.

Memorando administrativo de la CHOAM

Más dolor, más torturas, más sustituto de especia. Pero seguía sin conseguir nada que se pareciera mínimamente a progresos en la creación de melange en los tanques axlotl. En otras palabras, lo de siempre.

Uxtal trabajaba en los laboratorios de Bandalong, subordinado a las necesidades de las Honoradas Matres. Al menos, aquellos dos críos ya hacía años que se habían ido: dos motivos menos para estar aterrado. En sus alojamientos, él había seguido tachando los días y buscando la forma de cambiar su situación. De escapar, esconderse. Pero ninguna de las soluciones parecía ni remotamente viable.

Con la excepción de Dios, odiaba a cualquiera que tuviera autoridad sobre él. Más allá de las cosas que sus superiores querían de él, más allá de las mentiras y las excusas que les contaba en relación con su trabajo, Uxtal buscaba señales y portentos, patrones numéricos, cualquier cosa que le revelara el significado de su misión sagrada.

¡Había sobrevivido tanto tiempo que tenía que haber un propósito en aquella pesadilla!

Desde que se llevaron al gholá recién nacido de Paul Atreides, los Danzarines Rostro no le habían ordenado que hiciera nada más, y sin embargo el pequeño investigador no se sentía aliviado. No era libre. Sabía que volverían y le pedirían alguna cosa imposible. Las Honoradas Matres seguían presionándole para que produjera melange auténtica con los tanques axlotl, y él realizaba extravagantes experimentos para demostrar que se esforzaba... aunque no obtuviera resultados.

Ahora que parecía que los Danzarines Rostro no tenían interés por él, estaba completamente a merced de la madre superiora Hellica. Cerró los ojos con fuerza y pensó en lo dura que era su vida desde hacía unos años.

Dado que la Nueva Hermandad había conquistado la mayoría de sus otros enclaves, las Honoradas Matres cada vez necesitaban menos cantidad de droga con base de adrenalina. Pero eso no le hacía las cosas más fáciles. ¿Y si a aquellas terribles mujeres se les metía en la cabeza, que ya no le necesitaban? Ya hacía tiempo que no conseguía progresos y seguro que pensaban que jamás lograría producir melange. (En realidad, él ya hacía años que lo sabía).

Pensando solo en los negocios, los cargueros de la Cofradía y los mercaderes de la CHOAM iban y venían de las zonas devastadas de Tleilax. Con una neutralidad obligada en el conflicto, comerciaban sin intervenir en política. Las Honoradas Matres necesitaban ciertos suministros y objetos de planetas exteriores, sobre todo con aquellos extraños gustos que tenían en cuestión de ropa, joyas y comidas.

En otro tiempo, las Honoradas Matres habían sido fabulosamente ricas, controlaban el Banco de la Cofradía y llevaban valiosas divisas consigo en sus barridos por los sistemas estelares y planetas, y a su paso dejaban solo tierra quemada. Uxtal no las entendía, no entendía cómo habían podido aparecer unos monstruos semejantes, ni qué los había hecho huir de la Dispersión. Como siempre, a él nadie le decía nada.

— o O o —

Cuando los navegantes de la Cofradía se presentaron ante Hellica y sus rebeldes atrincheradas en Tleilax con una propuesta, Uxtal supo que su pesadilla estaba a punto de empeorar.

Un mensajero llegó a Bandalong desde un carguero que esperaba en órbita. Hellica en persona fue a buscar a Uxtal para escoltarlo ante las miradas recelosas de Ingva y los trabajadores apocados del laboratorio.

—Uxtal, tú y yo viajaremos para reunirnos con el navegante Edrik. Nos espera en el carguero de la Cofradía.

Uxtal se sentía confuso y asustado, pero no podía discutirle. ¿Un navegante? Tragó saliva. Nunca había visto ninguno. Ignoraba por qué le habrían elegido para algo tan importante, pero no podía ser nada bueno. ¿Cómo había sabido el navegante de su existencia? ¿Mediante la presciencia? ¿Tendría alguna oportunidad de escapar, o de conseguir un indulto... o le cargarían con alguna otra tarea imposible?

Cuando ya estaban en el carguero, aunque nadie podía oírles en la cámara acorazada, Uxtal seguía sin sentirse seguro. Permaneció en pie, en silencio, temblando, mientras Hellica caminaba pavoneándose delante del gran tanque blindado. Del otro lado de las paredes curvas de plaz, envuelta en la bruma, la figura de Edrik le pareció tan peculiar que no habría sabido decir si su voz filtrada llevaba una amenaza implícita.

El navegante parecía hablarle a él, no a la Madre Superiora, y eso seguro que la irritaba.

—Los antiguos maestros tleilaxu sabían crear melange con los tanques axlotl. Tú redescubrirás el proceso para nosotros. —El rostro inhumano y distorsionado del navegante flotaba detrás del cristal.

Por dentro Uxtal gimió. Ya había demostrado que no era capaz de hacerlo.

—Yo ya le he dado esa orden —dijo Hellica aspirando—. Durante años me ha fallado una y otra vez.

—Entonces debe dejar de fallar.

Uxtal se retorció las manos.

—No es una tarea sencilla. Mundos enteros de maestros tleilaxu trabajaron durante los tiempos de la Hambruna para perfeccionar ese complejo proceso. Yo soy

un hombre solo, y los antiguos maestros no compartieron sus secretos con los tleilaxu perdidos. —Volvió a tragar. Sin duda la Cofradía ya lo sabía, ¿no?

—Si tu gente es tan ignorante, ¿cómo es posible que crearan unos Danzarines Rostro tan superiores? —preguntó el navegante. Uxtal se estremeció, porque (ahora) sabía que su gente no había creado ni a Khrone ni a su raza superior de cambiadores de forma. Por lo visto, se los habían encontrado en la Dispersión.

—No me interesan los Danzarines Rostro —espetó Hellica. Siempre le había parecido que estaba en malos términos con Khrone—. Me interesan los beneficios de la melange.

Uxtal tragó.

—Cuando todos los maestros murieron, sus conocimientos murieron con ellos. He trabajado con diligencia para recuperar esa técnica. —No mencionó que las Honoradas Matres eran responsables de la pérdida de aquellos secretos. Hellica no se tomaba muy bien las críticas, ni siquiera las veladas.

—Entonces enfoca el asunto de otra forma. —Edrik soltó las palabras como un golpe—. Trae a uno de ellos de vuelta.

La idea sorprendió a Uxtal. Ciertamente, podía utilizar un tanque axlotl para resucitar a alguno de los maestros, siempre y cuando tuviera células viables.

—Pero... están todos muertos. Incluso en Bandalong, los maestros fueron asesinados hace muchos años. —Pensó en el joven barón y en Hellica alimentando alegremente a los sligs con miembros de sus cuerpos—. ¿Dónde encontraremos células para un ghola?

La Madre Superiora dejó de andar arriba y abajo como un tigre y se volvió hacia él como si quisiera asestarle una estocada fatal.

—¿Eso es lo único que necesitabas? ¿Unas pocas células? ¿Trece años y no me has dicho que solo necesitabas unas cuantas células para resolver el problema? —Las motas naranjas de sus ojos se encendieron como ascuas.

Él se encogió. Nunca se le había ocurrido.

—¡No pensé en esa posibilidad! Los maestros desaparecieron...

Ella le rugió.

—¿Es que nos tomas por estúpidas, hombrecito insignificante? Jamás prescindiríamos de algo tan valioso. Si me garantizas que el plan de los navegantes puede funcionar, si podemos crear melange y vendérsela a la Cofradía, te daré las células que necesitas.

La enorme cabeza de Edrik se movió arriba y abajo detrás de las paredes de plaz, y sus ojos saltones miraron furiosos al investigador tembloroso.

—¿Aceptas el proyecto?

—Lo aceptamos. Este tleilaxu perdido trabaja para nosotras, y si vive es solo porque nosotras queremos.

Uxtal aún estaba aturdido por la revelación.

—Entonces... ¿alguno de los antiguos maestros sigue con vida?

La extraña sonrisa de Hellica le asustó.

—¿Con vida? En cierto modo. Con la bastante vida para proporcionarte las células que necesitas. —Hizo la reverencia de rigor ante Edrik y cogió a Uxtal del brazo—. Te llevaré hasta ellos. Debes empezar enseguida.

— o O o —

Mientras bajaba con la Madre Superiora al nivel inferior del palacio expropiado de Bandalong, el hedor era cada vez más intenso. Iba dando traspiés, pero ella lo arrastraba como si fuera una muñeca de trapo. Aunque las Honoradas Matres se ataviaban con coloridas telas y adornos estafalarios, no eran especialmente limpias ni escrupulosas. A Hellica no le molestaba el hedor que salía de las sombrías cámaras que había allí delante; para ella solo era el olor del sufrimiento.

—Aún están vivos, pero no conseguirás nada de sus mentes, hombrecito. —Con el gesto, Hellica le indicó que pasara delante—. No los conservamos para eso.

Con paso vacilante, Uxtal entró en la sala oscura. Oía sonidos barboteantes, el susurro rítmico de respiraciones, sonido de bombeo. Le recordaba la guarida ruidosa de alguna bestia repulsiva. Una luz rojiza se filtraba desde los paneles de luz situados cerca de la puerta y el techo. Mientras sus ojos se adaptaban a la escasa claridad, trató de respirar superficialmente para evitar las arcadas.

Y vio a veinticuatro pequeños hombres, o lo que quedaba de ellos. Contó con rapidez, antes de fijarse en otros detalles, buscando un significado numérico. *Veinticuatro... tres grupos de ocho.*

Aquellos hombres de piel grisácea tenían los rasgos característicos de los antiguos maestros, los líderes de las castas superiores de Tleilax. Con los siglos, la segregación genética y la consanguinidad habían dado a los tleilaxu perdidos una apariencia muy definida; para alguien de fuera, aquellos pequeños hombres eran todos iguales, pero Uxtal veía enseguida las diferencias.

Todos estaban atados a mesas planas y duras, como si fueran estanterías. Aunque las víctimas estaban desnudas, tenían tantos sensores y tantos tubos conectados que apenas veía sus figuras deterioradas.

—Los maestros tleilaxu tenían la desagradable costumbre de crear continuamente gholas de sí mismos de repuesto. Como si regurgitaran la comida una y otra vez. —Hellica se acercó a una de las mesas y miró al hombre de rostro flácido que yacía allí—. Estos son gholas de uno de los últimos maestros, cuerpos sueltos y que se podían intercambiar cuando se hacían demasiado viejos. —Señaló—: Este se llamaba Waff y tenía tratos con las Honoradas Matres. Lo mataron en Arrakis, creo, y no tuvo la oportunidad de despertar a su ghola.

Uxtal se sentía reacio a acercarse. Perplejo, miró a todos aquellos hombres silenciosos e idénticos.

—¿De dónde salieron?

—Los encontramos almacenados y conservados cuando ya habíamos eliminado a todos los otros maestros. —Sonrió—. Así que destruimos químicamente sus cerebros y les dimos un mejor uso.

Los veinticuatro equipos zumbaban y siseaban. Unos tentáculos y tubos sinuosos que subían hasta la entrepierna de los gholas inconscientes empezaron a bombear. Los cuerpos atados se sacudían, y la maquinaria emitía un fuerte sonido de succión.

—Ahora solo sirven para proporcionar esperma, por si alguna vez decidimos utilizarlo. Y no es que valoremos particularmente el decepcionante material genético de tu raza, pero parece que aquí en Tleilax andáis escasos de hombres decentes. —Se volvió, frunciendo el ceño, mientras Uxtal miraba horrorizado. La mujer parecía estar ocultando algo; sí, Uxtal intuía que no se lo había contado todo.

—En cierto modo, son como tus tanques axlotl. Un buen uso para los machos de tu raza. ¿No es eso lo que los tleilaxu habéis hecho con las mujeres durante milenios? Estos hombres no merecían nada mejor. —Lo miró con suficiencia—. Seguro que estarás de acuerdo.

Uxtal trató de disimular su aversión. *¡Cuánto deben de despreciarnos!* Hacer algo así a los machos —incluso a un maestro tleilaxu, que para él eran enemigos— era una monstruosidad. Las palabras de la Gran Creencia dejaban muy claro que Dios había creado a la mujer con el único propósito de procrear. Una hembra no podía servir mejor a Dios que convirtiéndose en un tanque axlotl; su cerebro no era más que tejido externo. Pero pensar en los varones en términos similares era inconcebible. ¡De no haber estado tan aterrorizado, le habría dicho a Hellica un par de cosas!

Sin duda aquel sacrilegio acarrearía sobre ellas la ira de Dios. Antes Uxtal ya despreciaba a las Honoradas Matres. Ahora estaba casi por desmayarse. Las máquinas seguían exprimiendo a los hombres sin cerebro de las mesas.

—Date prisa y toma las muestras celulares —espetó Hellica—. No tengo todo el día, ni tú tampoco. Los navegantes no serán tan comprensivos contigo como yo.

Los tanques axlotl han traído gholas y melange, han traído a los Danzarines Rostro y los mentats torcidos. El trabajo genético de los tleilaxu perdidos en la Dispersión seguramente es responsable de la creación de los futar y los fibios. ¿Qué otras criaturas se han desarrollado en esos vientres fecundos? ¿Qué queda aún ahí fuera que no conocemos?

Simposio Bene Gesserit, comentarios de apertura a cargo de la madre
comandante Murbella

En los dos años que habían pasado desde la toma de Gammu, los enclaves de las Honoradas Matres habían ido cayendo uno tras otro, un total de doce plazas rebeldes menores eliminadas mediante maniobras que habrían enorgullecido incluso al mejor maestro de armas de Ginaz. Las valquirias de Murbella habían demostrado su valía sobradamente.

Pronto la última de aquellas heridas infectadas sería cauterizada.

Y entonces la humanidad estaría lista para afrontar un desafío mucho peor.

Recientemente, Casa Capitular había hecho otro pago sustancial en especie a Richese. Durante años, las industrias richesianas se habían dedicado por entero a construir armas para la Nueva Hermandad, habían reequipado sus centros de fabricación y habían ido incrementando el ritmo de la producción a gran escala. Aunque hacían regularmente entregas de naves de guerra y armamento, sus fábricas aún se estaban preparando para producir la mayoría de artículos que las hermanas habían encargado. En unos pocos años, la madre comandante tendría una fuerza apabullante de naves para defenderse del Enemigo Exterior. Murbella esperaba que fuera pronto.

En aquellos momentos estaba en sus alojamientos privados, atareada con montañas de trabajo administrativo, y fue un alivio que la interrumpieran con un informe llegado de Gammu. Desde que se impusieron allí medidas enérgicas, Janess —ascendida a comandante de regimiento— se había ocupado de la consolidación, y de reforzar el control de la Hermandad sobre las industrias y la población.

Pero su hija no era una de las tres valquirias que entraron en su despacho. Las tres eran antiguas Honoradas Matres, se dio cuenta enseguida. Una era Kiria, la endurecida exploradora que había investigado el lejano planeta arrasado por el Enemigo, lugar de origen de la nave que llegó a Casa Capitular hacía años. Cuando se le ofreció la oportunidad, Kiria estuvo encantada de ayudar a aplastar a las insurgentes de Gammu.

Murbella se sentó derecha.

—¿Vuestro informe? ¿Habéis arrancado, matado o convertido al resto de ramerías rebeldes?

Las antiguas Honoradas Matres se encogieron al oír la palabra, sobre todo porque venía de alguien que había formado parte del grupo. Kiria se adelantó para hablar.

—La comandante de regimiento no tardará en llegar, madre comandante, pero ha querido que os informemos inmediatamente. Hemos hecho un descubrimiento alarmante.

Las otras dos asintieron, como si aceptaran la autoridad de Kiria. Murbella se fijó en que una tenía un morado en el cuello.

Kiria se volvió hacia el pasillo y ladró unas órdenes a un par de operarios masculinos que esperaban fuera. Los hombres entraron, llevando una figura pesada y sin vida envuelta toscamente en láminas de conservación. Kiria le descubrió la cabeza. El rostro estaba vuelto hacia el otro lado, pero el cuerpo tenía la forma y la ropa de un humano.

Murbella se puso en pie, intrigada.

—¿Qué es esto? ¿Está muerto?

—Más que muerto, pero no es un hombre. Ni una mujer.

La madre comandante rodeó su mesa atestada para acercarse.

—¿Qué significa eso? ¿Que no es humano?

—Esta criatura es lo que ella decida, hombre, mujer, niño, niña, de apariencia agradable o espeluznante. —Volvió la cabeza de aquella cosa hacia Murbella. Los rasgos faciales eran blandos y humanoides, con los ojos pequeños y negros abiertos, nariz chata y piel clara y cerosa.

Murbella entrecerró los ojos.

—Nunca había visto un Danzarín Rostro tan de cerca. Ni tan muerto. Deduzco que este es su estado natural.

—¿Quién puede decirlo, madre comandante? Cuando eliminamos a todas las rebeldes... rameras, entre las muertas encontramos a varios Danzarines Rostro. Asustadas, llevamos a las guardianas de la verdad para que interrogaran a las Honoradas Matres supervivientes, pero no encontramos más. —Kiria señaló el cuerpo—. Esta era una de ellas. Trató de huir y la matamos... y así fue como descubrimos su verdadera identidad.

—¿Dices que las guardianas de la verdad no pueden detectarlos? ¿Estás segura?

—Totalmente.

Murbella se debatía pensando en las complicadas implicaciones de aquello.

—Asombroso.

Los Danzarines Rostro eran criaturas creadas por los tleilaxu, y la versión mejorada que había regresado con los tleilaxu perdidos era muy superior a nada que las Bene Gesserit hubieran visto. Al parecer, los nuevos Danzarines Rostro trabajaban para o en colaboración con las Honoradas Matres. ¡Y ahora se enteraba de que podían engañar a las guardianas de la verdad!

Las preguntas aparecían mucho más deprisa que las respuestas. Pero entonces, ¿por qué habían destruido las Honoradas Matres, los planetas de los tleilaxu y habían tratado de exterminar a todos los maestros originales? Murbella misma había sido una Honorada Madre, y seguía sin entenderlo.

Intrigada, tocó la piel del cadáver, el basto pelo blanco de la cabeza; cada mechón tenía un tacto áspero. Aspiró profundamente, cribando, separando con sus sentidos olfativos, pero no pudo encontrar ningún olor distintivo. En los archivos Bene Gesserit se decía que a un Danzarín Rostro se le podía detectar por un olor muy sutil. Pero no estaba segura.

Tras un largo silencio, Kiria dijo:

—La conclusión es que podría haber más Honoradas Matres rebeldes que en realidad son Danzarines Rostro, pero no hemos encontrado indicadores a los que agarrarnos. No tenemos forma de identificarlos.

—Salvo matarlos —dijo una de las otras dos—. Esa es la única forma de asegurarse.

Murbella frunció el ceño.

—Es efectiva quizá, pero no del todo útil. No podemos ejecutar a todo el mundo sin más.

Kiria también frunció el ceño.

—Esto nos lleva a otra clase de crisis, madre comandante. Aunque matamos a cientos de Danzarines Rostro entre los rebeldes de Gammu, no fuimos capaces de capturar ni a uno solo con vida... que nosotras sepamos. Son mimos perfectos. Absolutamente perfectos.

Murbella se puso a andar arriba y abajo, profundamente turbada.

—¿Matasteis a cientos de Danzarines Rostro? ¿Significa eso que masacrasteis a miles de rebeldes? ¿Qué porcentaje de ellos eran estos... infiltrados?

Kiria se encogió de hombros.

—Haciéndose pasar por Honoradas Matres formaron un escuadrón de ataque y trataron de recuperar Gammu por la fuerza. Tenían un plan muy complejo y detallado, con los puntos más vulnerables bien localizados, y atrajeron a muchas de las rebeldes a su causa. Afortunadamente, localizamos el nido de la víbora y atacamos. Los habríamos matado de todos modos, tanto si eran Danzarines Rostro como si eran ramera.

—Lo más irónico —dijo una de las otras— es que las Honoradas Matres que los seguían se sorprendieron tanto como nosotras cuando vieron que sus líderes se convertían en... esto. —Y señaló con el gesto al cadáver no humano—. Ni siquiera sabían que tenían infiltrados.

—La comandante de regimiento Idaho —dijo la tercera mujer— ha puesto el planeta entero en cuarentena, a la espera de vuestras órdenes.

Murbella se guardó de pronunciar en voz alta la evidente pesadilla que aquello suponía para su seguridad: *Si había tantos Danzarines Rostro infiltrados entre las rebeldes de Gammu, ¿los habrá también entre nosotras, aquí en Casa Capitular?* Había aceptado a tantas candidatas para darles una nueva instrucción... su política había sido siempre la de asimilar a todas las Honoradas Matres que quisieran convertirse, bajo la estricta supervisión de las guardianas de la verdad. Después de

que la capturaran en Gammu, Niyela había preferido matarse a convertirse. Pero ¿y las que supuestamente habían aceptado cooperar?

Inquieta, Murbella estudió a las tres mujeres, tratando de determinar si también eran cambiadores de forma. Pero, de haber sido así ¿por qué avisarla?

Viendo los recelos de la madre comandante, Kiria miró a sus compañeras.

—Ellas no son Danzarines Rostro. Ni yo.

—¿Y no es eso lo que diría un Danzarín Rostro? Vuestras palabras no me convencen.

—Nos someteremos a un interrogatorio de las guardianas de la verdad —dijo una de las otras—, pero vos sabéis que eso ya no es indicativo de nada.

—Durante el combate —señaló Kiria—, reparamos en una cosa. Algunos Danzarines Rostro murieron enseguida por las heridas, pero otros no. Y cuando estaban a las puertas de la muerte, las facciones de dos de ellos empezaron a cambiar antes de tiempo.

—Entonces, si llevamos a un individuo a las puertas de la muerte, ¿se descubriría si es o no un Danzarín Rostro? —Murbella parecía escéptica.

—Exacto.

Con un movimiento brusco, Murbella saltó sobre Kiria y le asestó una fuerte patada en la sien. El golpe fue muy preciso, y la madre comandante desvió el pie una fracción de centímetro, lo justo para que no fuera fatal.

Kiria cayó al suelo como una piedra. Sus compañeras no se movieron.

De espaldas en el suelo, Kiria boqueó tratando de respirar, con los ojos vidriosos. En un revoltijo de movimientos, antes de que pudieran huir, Murbella derribó a las otras dos del mismo modo y las dejó incapacitadas.

Se inclinó sobre el trío, lista para asestar un golpe mortal. Pero, aparte de crisparse por el dolor, sus facciones no cambiaron. En cambio, bajo las láminas de conservación, el rostro macabro del cambiador de forma muerto era inconfundible.

La madre comandante atendió primero a Kiria, utilizando técnicas curativas Bene Gesserit para calmar la respiración de la víctima.

Luego le masajeó la sien herida, tocando con sus dedos en los puntos de presión exactos. La antigua Honorada Madre reaccionó enseguida y finalmente consiguió sentarse.

Dado que ninguna de las tres se había transformado, eso significaba, o bien que no eran Danzarines Rostro, o que la prueba no funcionaba. La inquietud de Murbella iba en aumento, porque en su mente no dejaban de surgir interrogantes. Se encontraba en territorio desconocido. Los Danzarines Rostro podían estar en cualquier parte.

Que no veas una cosa no significa que no esté ahí. Incluso el más observador puede cometer ese error. Hay que estar siempre alerta.

BASHAR MILES TEG, debates sobre estrategia

Miles Teg llegó al puente de navegación con un propósito específico en mente. Se sentó en una de las sillas que había ante el panel de mandos, junto a Duncan, que volvió su atención hacia él a desgana. Desde que estuvieron a punto de quedar atrapados en la red centelleante porque él estaba pensando en Murbella, Duncan se había mostrado concienzudo en sus obligaciones, hasta el punto de aislarse. No quería volver a bajar la guardia.

—Cuando morí la primera vez —dijo Teg—, casi tenía trescientos años estándar. Había formas de frenar mi envejecimiento... consumo masivo de melange, ciertos tratamientos suk, secretos biológicos de las Bene Gesserit. Pero decidí no recurrir a ellos. Y ahora me siento viejo otra vez. —Eché un vistazo a aquel hombre de cabellos oscuros—. Duncan, en todas tus vidas ghola, ¿alguna vez te has sentido realmente viejo?

—Soy más viejo de lo que puedes imaginar. Recuerdo cada una de mis vidas y de mis incontables muertes... tanta violencia contra mí... —Duncan se permitió una sonrisa pesarosa—. Pero hubo unas pocas veces en las que tuve una vida larga y feliz, con mujer e hijos, y morí plácidamente mientras dormía. Sin embargo, esto fueron excepciones.

Teg se miró las manos.

—Este cuerpo no era más que un niño cuando partimos. ¡Dieciséis años! Ha nacido y ha muerto gente, pero a bordo del *Ítaca* todo parece estancado. ¿Hay algo más en nuestro destino aparte de esta huida constante? ¿Nos detendremos alguna vez? ¿Encontraremos un planeta?

Duncan escaneó una vez más el espacio alrededor de la nave errante.

—¿Dónde estaremos seguros, Miles? Nuestros perseguidores nunca se darán por vencidos, y cada salto por el tejido espacial es un riesgo. ¿Deberíamos buscar al Oráculo del Tiempo y pedir su ayuda? ¿Hemos de confiar en la Cofradía? ¿Debo llevar la nave de nuevo a aquel otro universo vacío y extraño? Tenemos más opciones de las que queremos admitir, pero ninguna es buena.

—Tendríamos que buscar un lugar desconocido e impredecible. Nosotros podemos seguir rutas a las que ninguna mente podría acceder. Tú y yo podríamos hacerlo.

Duncan se levantó de la silla del piloto y señaló el panel.

—Tu presciencia es tan buena como la mía, Miles. Seguramente mejor, gracias a tu ascendencia Atreides. Jamás me has dado motivos para dudar de tu competencia. Adelante, guíanos a ese lugar. —Su ofrecimiento era sincero.

La expresión de Teg parecía vacilante, pero aceptó. Podía sentir la confianza de Duncan, y eso le recordó sus campañas militares del pasado. Como Bashar, él había llevado enjambres de hombres a su muerte. Ellos aceptaban sus tácticas. La mayoría de las veces, evitaba tener que recurrir a la violencia, y sus hombres habían acabado por pensar que tenía capacidades sobrenaturales. Pero incluso cuando fallaba, morían sabiendo que si el Gran Bashar no podía, es que realmente el problema no tenía solución.

Teg estudió las proyecciones, tratando de hacerse una impresión de la zona donde estaban. Cuando estaba planeando aquello, antes de acudir al puente de navegación, había consumido la ración de especia correspondiente a cuatro días. De nuevo, tenía que hacer lo imposible.

La especia iba haciendo efecto, y Miles veía aparecer coordenadas, dejando que la doble visión de su presciencia innata le guiara. Llevaría la nave a donde fuera necesario. Sin pensárselo dos veces, sin realizar ningún tipo de cálculo de refuerzo, lanzó el *Ítaca* al vacío. Los motores Holtzman plegaron el espacio, los arrancaron de una parte del espacio y los depositaron en otro lugar...

Teg llevó la no-nave a un sistema solar poco destacable, con un sol amarillo, dos planetas gigantes gaseosos y tres mundos de roca similares próximos a la estrella, pero nada dentro de la zona habitable. En las lecturas no había absolutamente nada.

Y sin embargo, su presciencia le había llevado allí. *Por algún motivo...* Durante casi una hora, estuvo estudiando las órbitas vacías, tanteando con sus sentidos excepcionales, convencido de que su capacidad no les había llevado por el camino equivocado.

Cuando los motores Holtzman se activaron, Sheeana acudió al puente de navegación, temiendo que la red los hubiera vuelto a encontrar. En aquellos momentos esperaba impaciente por saber qué había encontrado Teg. No cuestionó la presciencia del Bashar.

—No hay nada, Miles. —Duncan se inclinó por encima de su hombro para estudiar las mismas pantallas. Aunque no podía demostrar lo contrario, no estaba de acuerdo.

—No..., espera. —Su vista se nubló y de pronto lo vio, no con su visión real, sino a través de un rincón oscuro y aislado de su mente. Siempre había tenido aquella capacidad en sus complejos genes, y despertó a causa de las terribles torturas con la sonda T, que también desataron su capacidad para moverse a velocidades increíbles. La capacidad instintiva de ver otras no-naves era otro de los talentos que Teg había ocultado cuidadosamente a las Bene Gesserit por miedo.

Sin embargo, la no-nave que veía en aquellos momentos era más grande que la nave más enorme que hubiera visto nunca. *Mucho más grande.*

—Ahí hay algo. —Mientras se acercaban, no intuyó ningún peligro, solo un profundo misterio. Aquella zona orbital no estaba tan vacía como había pensado en

un primer momento. El silencio no era más que una ilusión, un sudario impreciso lo bastante grande para ocultar un planeta. ¡Un planeta entero!

—Yo no veo nada. —Sheeana miró a Duncan, quien meneó la cabeza.

—No, confiad en mí. —Por suerte, el disfraz del campo negativo no era perfecto, y mientras Teg trataba de encontrar una explicación plausible, el campo parpadeó y una mota de cielo apareció por un instante antes de que volviera a quedar oculto.

Duncan también lo vio.

—Tiene razón. —Dedicó a Teg una mirada inquisitiva y reverente—. ¿Cómo lo has sabido?

—El Bashar lleva los genes de los Atreides, Duncan. A estas alturas no deberías subestimarlos —dijo Sheeana.

Mientras la nave seguía acercándose, el campo negativo parpadeó una vez más y les permitió ver una imagen fugaz y seductora de un mundo totalmente oculto, una salpicadura de cielo, continentes marrones y verdes. Teg no podía apartar sus ojos de la pantalla.

—Una red de satélites que generan campos negativos podría explicarlo. Pero el campo es defectuoso, o ha sufrido desperfectos.

La no-nave se acercó al planeta que no estaba allí. Duncan volvió a sentarse en su asiento de mando.

—Es... es casi inconcebible. La cantidad de energía que se necesita es inmensa. Esta gente debe de haber tenido acceso a una tecnología mucho más avanzada que la nuestra.

Durante años, Casa Capitular había permanecido oculta mediante una barrera de no-naves, suficientes para hacerla indetectable en una búsqueda rutinaria, pero se trataba de un escudo fragmentario e imperfecto... que obligó a Duncan a permanecer a bordo de la no-nave en tierra. Sin embargo, aquel mundo estaba completamente rodeado por un campo negativo que lo abarcaba todo.

Mientras Teg guiaba la nave, atravesaron la red invisible de satélites que generaban los campos negativos superpuestos. Por un momento, los sensores orbitales quedaron cegados, pero la tecnología similar de camuflaje del *Ítaca* les permitió atravesarla.

A su espalda, como si a su paso hubieran alterado un delicado equilibrio, el campo negativo del planeta volvió a vacilar, activándose y desactivándose, y luego quedó restaurado.

—Un gasto tan grande de energía habría arruinado a imperios enteros —dijo Sheeana—. Nadie haría algo así porque sí. Está claro que quien sea quiere permanecer oculto aquí. Debemos ser cautos.

Podemos aprender mucho de aquellos que vinieron antes que nosotros. El legado más valioso que pueden dejarnos nuestros ancestros es la conciencia de cómo evitar los mismos errores mortales.

REVERENDA MADRE SHEEANA, diarios de navegación del *Ítaca*

La poderosa civilización que en otro tiempo había medrado en el no-planeta estaba muerta. Todo estaba muerto.

Mientras el *Ítaca* rodeaba el planeta oculto en una órbita cerrada, las púas erizadas de los escáneres captaban ciudades silenciosas, reductos visibles de industrias, asentamientos agrícolas abandonados, complejos de viviendas vacíos. Las frecuencias de transmisiones estaban totalmente mudas, y ni tan siquiera se escuchaba la estática de los satélites repetidores del tiempo o las señales de socorro.

—Los habitantes de este planeta se tomaron muchísimas molestias para esconderse —dijo Teg—. Pero parece que a pesar de todo les encontraron.

Sheeana estudió las lecturas. Ante aquella situación misteriosa, había convocado a varias hermanas para estudiar los datos y sacar conclusiones.

—Los ecosistemas parecen intactos. Los niveles mínimos de polución residual en el aire sugieren que el lugar lleva deshabitado por lo menos un siglo, depende del nivel de industrialización que tuviera. Las praderas y bosques están intactos. Todo parece normal, casi prístino.

La expresión de preocupación de Garimi hizo aparecer profundas arrugas en torno a sus labios y en la frente.

—En otras palabras, esto no fue causado por el mismo tipo de intervención mediante el que las ramerías convirtieron Rakis en una bola calcinada.

—No, solo ha desaparecido la gente. —Duncan meneó la cabeza, mientras analizaba los datos que iban apareciendo en las pantallas, incluidos los planos de las ciudades y detalles sobre la atmósfera—. O se fueron o murieron. ¿Creéis que se estaban escondiendo del Enemigo Exterior, que estaban tan desesperados por pasar inadvertidos que ocultaron el planeta entero tras un campo negativo?

—¿Es un planeta de Honoradas Matres? —preguntó Garimi.

Sheeana tomó una decisión.

—Aquí podría estar la clave para saber de qué huimos. Tenemos que averiguar lo que podamos. Si ahí abajo vivían Honoradas Matres ¿qué las hizo huir, o las mató?

Garimi levantó un dedo.

—Las ramerías acudieron a las Bene Gesserit preguntando cómo controlamos nuestros cuerpos. Estaban desesperadas por saber cómo las Reverendas Madres manipulamos nuestro sistema inmunitario, célula a célula. ¡Claro!

—Habla claro, Garimi. ¿Qué quieres decir? —La voz de Teg era brusca, la voz de un endurecido comandante de batalla.

Ella lo miró con expresión agria.

—Tú eres un mentat. Haz una proyección primaria.

Teg no se molestó por el comentario. No, en vez de eso, por un momento sus ojos se pusieron vidriosos, luego su expresión volvió a su aspecto habitual.

—Ahhh. Si las ramera querían aprender a controlar sus respuestas inmunitarias, quizá es que el Enemigo atacó con un agente biológico. Las ramera no tenían la habilidad ni los conocimientos médicos para protegerse, por eso necesitaban conocer el secreto de la inmunidad Bene Gesserit, incluso si para ello tenían que eliminar planetas enteros. Estaban desesperadas.

—Tenían miedo a las epidemias del Enemigo —dijo Sheeana.

Duncan se inclinó hacia delante para contemplar la imagen pacífica pero ominosa de la tumba que tenían allí abajo.

—¿Estás sugiriendo que el Enemigo descubrió este planeta a pesar incluso de la presencia del campo negativo y lo sembró de enfermedades que mataron a todo el mundo?

Sheeana señaló con el gesto la gran pantalla.

—Tendremos que bajar y comprobarlo por nosotros mismos.

—No es prudente —dijo Duncan—. Si la epidemia mató a toda esa gente...

—Como ha señalado Miles, las Reverendas Madres sabemos proteger nuestros cuerpos de la contaminación. Garimi puede venir conmigo.

—Es una temeridad —dijo Teg.

—Tanto cuidado y cautela nos han reportado bien poco en estos dieciséis años —dijo Garimi—. Si no aprovechamos esta oportunidad para descubrir algo sobre el Enemigo y las Honoradas Matres, entonces nos mereceremos lo que nos pase cuando vengan a por nosotros.

Garimi guio la pequeña gabarra a través de aquella atmósfera que el tiempo había limpiado y descendió sobre la metrópoli fantasmal. La ciudad vacía era ostentosa e imponente, y estaba compuesta principalmente de elevadas torres y edificios imponentes con una cantidad superflua de ángulos. Cada estructura tenía una marcada solidez, un aire un tanto «llamativo», como si los constructores exigieran grandeza y respeto. Pero se estaban viniendo abajo.

—Extravagancia y ostentosis —comentó Sheeana—. Denota falta de sutileza, puede incluso que inseguridad en el propio poder.

En su cabeza, la antigua voz de Serena Butler despertó. *En la Era de los Titanes, los grandes tiranos cymek construyeron grandes monumentos para sí mismos. Era su forma de reforzar la imagen que tenían de su propia importancia.*

Sheeana supuso que habrían pasado cosas parecidas incluso antes.

—Como humanos, aprendemos las mismas lecciones una y otra vez. Estamos condenados a cometer siempre los mismos errores.

Cuando vio que la Supervisora Mayor la miraba con cara rara, Sheeana se dio cuenta de que había hablado en voz alta.

—Este lugar lleva la marca inconfundible de las Honoradas Matres. Un lujo espectacular pero innecesario. Dominación e intimidación. Las rameras avasallaron a las gentes a quienes conquistaron, pero al final no fue suficiente. Incluso el desmesurado desembolso necesario para generar un campo negativo que se autoalimentara demostró no ser suficiente frente al Enemigo.

Los labios de Garimi esbozaron una sonrisa.

—¡Qué humillante tener que esconderse! Parapetarse en la invisibilidad, y aun así fallar.

La nave aterrizó en medio de una calle vacía. Tras mirarse la una a la otra buscando apoyo, Sheeana y Garimi abrieron la escotilla y salieron al mundo-cementerio. Las dos inspiraron con cautela. Jirones de nubes grises se deslizaban con rapidez por el cielo, como un recuerdo del humo industrial.

Con el control exacto que ejercían sobre su sistema inmunitario, las hermanas podían proteger hasta la última célula de su cuerpo y repeler cualquier vestigio que pudiera quedar de la epidemia. En cambio, las Honoradas Matres habían olvidado cómo hacerlo..., o quizá nunca habían llegado a saberlo.

Las calles y las pistas de aterrizaje estaban cubiertas de hierbajos y malezas que habían agrietado el pavimento. Arbustos silvestres de formas tortuosas, con una infinidad de espinas en las que una víctima despistada podía quedar empalada. Árboles atrofiados que parecían soportes para espadas y lanzas. Seguramente, supuso Sheeana, aquella era la imagen que las Honoradas Matres tenían de lo que son plantas ornamentales. Otras plantas nudosas, compuestas de una serie de terrones superpuestos, brotaban del suelo como hongos escamosos.

Sin embargo, la ciudad no estaba en silencio. Una suave brisa se colaba por las ventanas rotas y los umbrales medio derrumbados con un sombrío gemido. Bandadas de aves de largas plumas se habían instalado en las torres y los tejados. Los jardines, atendidos antes seguramente por esclavos, se habían convertido en un caos de vegetación exuberante. Los árboles, constreñidos, levantaban las losas del suelo; aparecían flores entre las grietas de los edificios, como parches de coloridos cabellos. La naturaleza se había desbordado de sus límites y había conquistado la ciudad. El planeta había reclamado alegremente lo que era suyo, como si bailara sobre las tumbas de millones de Honoradas Matres.

Sheeana avanzó, en guardia. Aquella ciudad vacía tenía un algo ominoso y misterioso, aunque estaba convencida de que no quedaba nadie con vida. Confiaba en que sus sentidos y sus reflejos de Bene Gesserit la alertarían de cualquier peligro, pero quizá tendría que haber llevado con ella a Hrrm o alguno de los otros futar para que la protegieran.

Las dos mujeres permanecieron en una sombría contemplación, asimilando todo lo que veían. Sheeana hizo un gesto a su compañera.

—Tenemos que encontrar algún centro de información... una biblioteca, una base de datos.

Estudió los edificios que veía a su alrededor. El perfil de la ciudad tenía un aspecto ajado y roto. Después de un siglo o más sin mantenimiento, algunas de las torres más altas se habían desplomado. Postes que en otro tiempo debieron de ser soporte de coloridos estandartes estaban ahora desnudos, porque con los años el frágil tejido debía de haberse desintegrado.

—Utiliza tus ojos y las enseñanzas que has recibido —dijo Sheeana—. Incluso si las rameras se originaron a partir de Reverendas Madres sin un adiestramiento, quizá se mezclaron con refugiadas Habladoras Pez. O tal vez tuvieron un origen totalmente distinto, pero llevan parte de nuestra historia en su inconsciente.

Garimi soltó un bufido escéptico.

—Una Reverenda Madre jamás habría olvidado capacidades tan básicas. Por Murbella sabemos que las rameras no tienen acceso a las Otras Memorias. Nada en nuestra historia podría explicar su violencia y su rabia desmedida.

Sheeana seguía sin estar convencida.

—Si salieron de la Dispersión, las rameras comparten una parte de la historia de la humanidad, solo hay que remontarse suficientemente atrás en el tiempo. En general, la arquitectura se basa en una serie de estándares. Una biblioteca o un centro de información no tiene el mismo aspecto que un complejo administrativo o de viviendas. En una ciudad como esta, tiene que haber edificios de negocios, centros de recepción y alguna clase de almacén central de información.

Las dos pasaron ante los rígidos árboles espinosos, examinando los diferentes edificios. Todos eran grandes bloques, como fortalezas, como si la población temiera sufrir un ataque externo en cualquier momento y tener que esconderse.

—Esta ciudad debió de construirse cuando el campo negativo planetario aún no estaba activado —dijo Garimi—. En todos los edificios se ve claramente la mentalidad de quien teme ser sitiado.

—Pero ni las armas más poderosas ni las almenas pueden contra una epidemia.

Al anochecer, después de haber registrado docenas de edificios oscuros que olían como la guarida de un animal, Sheeana y Garimi descubrieron un centro con registros que, más que una biblioteca, parecía un centro de detención. Allí, protegidos por fuertes blindajes, algunos archivos se habían conservado intactos. Y las dos se pusieron a indagar en los antecedentes del lugar, activando los poco frecuentes pero familiares rollos de hilo shiga y las láminas grabadas de cristal riduliano.

Garimi regresó a la gabarra para enviar un informe a la no-nave e informar a los demás de lo que habían encontrado. Para cuando regresó, Sheeana estaba sentada con expresión grave junto a un globo de luz portátil. Sostuvo en alto las láminas de cristal.

—La epidemia que atacó el planeta fue más virulenta y terrible que ninguna enfermedad de la que se tenga constancia. Se extendió con una eficacia imposible y tuvo prácticamente un índice de mortalidad del ciento uno por ciento.

—¡Es algo inaudito! No existe ninguna enfermedad que pueda...

—Esta lo hizo. La prueba está aquí. —Sheeana meneó la cabeza—. Ni siquiera las terribles epidemias de la Yihad Butleriana fueron tan eficaces, y eso que se extendieron por todas partes y estuvieron a punto de acabar con la civilización humana.

—Pero ¿cómo consiguieron las Honoradas Matres detener la enfermedad? ¿Por qué no murió todo el mundo?

—Aislamiento y cuarentena. Inflexibilidad. Sabemos que las ramera actúan en células independientes. Huyeron de su mundo de origen, siempre hacia delante, sin volver la vista atrás. No hubo cooperación.

Garimi asintió fríamente.

—Y su violencia seguramente también ayudó. No habrían tolerado ningún error.

Sheeana escogió un rollo de hilo shiga y pasó la grabación. La imagen de una severa Honorada Madre con ojos naranjas apareció en pantalla. Su actitud era desafiante, con el débil mentón alzado, los dientes al descubierto. Por lo visto estaba en un juicio, ante un severo tribunal y un público vociferante. Desde el exterior del encuadre llegaban voces femeninas furiosas.

—Soy la honorada madre Rikka, adepta al nivel siete. He asesinado a diez personas para conseguir mi rango, ¡y exijo vuestro respeto! —Los gritos que llegaban del público no demostraban ningún respeto—. ¿Por qué me ponéis en el banquillo de los acusados? Sabéis que tengo razón.

—Todas nos morimos —gritó alguien.

—Culpa vuestra —espetó Rikka—. Nosotras solitas hemos acarreado este destino sobre nuestras cabezas. Nosotras provocamos al Enemigo de Muchos Rostros.

—¡Somos Honoradas Matres! Nosotras tenemos el control. Tomamos lo que queremos. Las armas que robamos nos harán invencibles.

—¿De verdad? Mirad lo que nos han reportado hasta ahora. —Rikka levantó sus brazos desnudos para enseñar las lesiones que cubrían su piel—. Mirad bien, porque dentro de poco todas estaréis igual.

—¡Ejecutadla! —gritó alguien—. La Larga Muerte.

Rikka enseñó los dientes en una mueca salvaje.

—¿Con qué propósito? Sabéis que de todos modos moriré dentro de poco. —Volvió a mostrar las lesiones de sus brazos—. Igual que vosotras.

En lugar de contestar, una anciana juez pidió una votación, y Rikka fue sentenciada a la Larga Muerte. Sheeana ya se lo imaginaba.

Las Honoradas Matres eran bastante retorcidas: ¿cuál sería para ellas la muerte más terrible?

—¿Por qué no la creyeron? —dijo Garimi—. Si la epidemia ya se estaba extendiendo, tenían que saber que Rikka tenía razón.

Sheeana meneó la cabeza con pesar.

—Las Honoradas Matres jamás admitirán que son vulnerables a la debilidad o la muerte. Mejor atacar a algún supuesto Enemigo que admitir que iban a morir de todos

modos.

—No las entiendo —dijo la Supervisora Mayor—. Me alegro de que no nos quedáramos en Casa Capitular.

—Quizá nunca sabremos de dónde vienen las Honoradas Matres —dijo Sheeana—. Pero no tengo ningunas ganas de vivir en su tumba. —Por lo que veía, la epidemia había cumplido su ciclo, consumiendo a todas las víctimas, sin dejar nada que pudiera contagiarse.

—Yo también deseo abandonar este lugar. —Garimi contuvo un escalofrío, y pareció avergonzada—. Ni siquiera yo podría considerar esto como un posible hogar. El olor de la muerte seguirá en la atmósfera durante siglos.

Sheeana estaba de acuerdo. Desde la no-nave, Teg las reafirmó en su opinión al informar que los satélites que generaban el campo de invisibilidad del planeta estaban fallando. En unos pocos años, el velo desaparecería por completo. Y dado que el Enemigo ya había encontrado y destruido aquel mundo, ella y los suyos no estarían a salvo allí ni serían invisibles para sus perseguidores.

Tras recoger la documentación que habían encontrado, Sheeana y Garimi abandonaron el centro de detención y la cámara de registros y corrieron de vuelta a la gabarra en medio de la creciente oscuridad.

Siempre hay información disponible, si estás dispuesto a llegar a donde sea.

El manual del mentat

Las Honoradas Matres lo querían todo, y Uxtal temía que los ocho nuevos tanques axlotl de Bandalong no fueran suficiente. Pronto —como le habían ordenado Hellica y el navegante Edrik— decantaría los ocho gholas del maestro tleilaxu Waff, el masheij, Maestro de Maestros, al que habían conservado en la cámara de los horrores de Hellica. Ocho oportunidades de recuperar el conocimiento perdido para la fabricación de melange.

Si no funcionaba, crearía ocho más, y otros ocho, un flujo continuo de posibles reencarnaciones que le permitieran acceder a ciertos recuerdos, que le abrieran las puertas a un saber que no podía encontrar por sí mismo.

La Madre Superiora había dado al investigador tleilaxu perdido todo lo que necesitaba, y los navegantes le habían pagado bien por ello. Pero no era tan sencillo. Después de extraer las copias idénticas de Waff de los vientres, tendría que lograr que vivieran hasta la madurez, y luego despertar sus recuerdos y conocimientos de vidas pasadas, como un hombre que trata de abrir un cajón sellado a golpes.

Y el proceso no era sencillo. Ni siquiera el barón Harkonnen, que ya tenía doce años, había despertado todavía. Afortunadamente, ese ya no era su problema, porque Khrone había decidido ocuparse personalmente en Dan.

En aquellos momentos, mientras realizaba su ronda habitual, Uxtal se sintió satisfecho al examinar los vientres redondeados y carnosos, las extremidades atrofiadas, los rostros tan flácidos que parecían amnios de piel. Los cuerpos femeninos podían ser tan útiles...

Uxtal ya había forzado al máximo el desarrollo de los gholas del maestro. El tiempo pasaba, y era plenamente consciente de la desesperación de los navegantes de la Cofradía y de la Madre Superiora por conseguir especia; por eso decidió que la rapidez era más importante que la perfección y había utilizado un proceso prohibido e inestable de aceleración, derivado de factores genéticos asociados a un proceso prematuro de envejecimiento que antiguamente era incurable. En consecuencia, los ocho Waffs nacerían después de pasar solo cinco meses en el útero y, una vez decantados, durarían dos décadas como mucho. Crecerían de forma rápida y dolorosa y luego se consumirían.

A Uxtal le *parecía* una solución innovadora. No le importaban aquellos gholas, ni cuántos tuviera que utilizar antes de conseguir la información que quería. Le bastaba con que uno sobreviviera y despertara.

En cualquier otro momento, se habría sentido importante, como una pieza fundamental, pero ni las Honoradas Matres ni los navegantes *parecían* respetarle.

Quizá tendría que imponerse y exigir que lo respetaran y lo trataran mejor. Podía negarse a seguir trabajando. Exigir lo que le correspondía...

—Deja de soñar despierto, hombrecito —espetó Ingva.

Uxtal casi se sale de su propia piel del susto, y apartó la mirada enseguida.

—Sí, Ingva. Me estoy concentrando. Es un trabajo muy delicado. —*No puede matarme, y ella lo sabe.*

—No quiero errores —le advirtió aquella arpía nervuda.

—Nada de errores. Haré un trabajo perfecto. —Estaba demasiado asustado para cometer ningún error.

Pensó en las antiguas copias de Waff, con el cerebro muerto, sujetas a aquellas mesas inclinadas. *Fábricas de esperma*. En cambio, aunque su situación era un infierno, podía haber sido peor. Sí, podía haber sido peor. Trató de esbozar una sonrisa esperanzada, pero no pudo.

Ingva se situó detrás de él y miró el tanque axlotl que había salido de una Honorada Madre herida.

—Respiras demasiado cerca de ellos. Podrías contaminarlos. O asustar a los fetos.

—Hay que supervisar los tanques muy de cerca. —A pesar de sus esfuerzos por controlar el miedo, la voz le salió chillona.

La mujer pegó su cuerpo ajado al de él, probando sus técnicas de seducción de Honorada Madre, aunque más que una mujer parecía un despojo.

—Es una pena que la Madre Superiora haya decidido no someterte. Si Hellica no te quiere, entonces ya es hora de que te convierta en mi juguete.

—Ella... no le gustará, Ingva. Se lo aseguro. —Le estaban dando náuseas.

—Hellica no será Madre Superiora para siempre. Un día de estos alguien podría asesinarla. Y, entretanto, yo te haría trabajar con más empeño, hombrecito. Eso me reportaría un mayor respeto, incrementaría mi poder, independientemente de lo que pase.

Afortunadamente, en ese momento se produjo cierto alboroto y a pesar del fuerte olor de los productos químicos del laboratorio notaron otro olor que distrajo a Ingva. Un hombre sucio con las ropas sucias y la mirada gacha pasó empujando un carro sucio por el vestíbulo estéril.

—La carne de slig que me habían encargado —gritaba el granjero oprimido—. ¡Recién sacrificada, aún con la sangre!

Ingva soltó a Uxtal y salió al encuentro del hombre, concentrando su ira en él.

—Te esperábamos hace una hora. Los esclavos necesitan tiempo para preparar el festín de esta noche.

Ingva había perdido el interés por Uxtal, y fue a ocuparse de la carne. Él se estremeció, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no poner expresión de asco y alivio.

La mente humana no es un rompecabezas, sino un cofre del tesoro que debemos abrir. Si no podemos abrir la cerradura, entonces la romperemos. De una forma o de otra, las riquezas del interior serán nuestras.

KHRONE, comunicado a los Danzarines Rostro

Un frío aguacero caía sobre los océanos de Caladan. Las olas rompían contra las rocas negras y escarpadas, muy por debajo del castillo restaurado. Los pescadores locales habían llevado sus barcos a puerto para dejarlos amarrados, y luego se metieron en sus casas con sus familias. En las oscuras sombras de la memoria cultural, sus antepasados habían amado a su duque, pero ellos no sentían la misma reverencia por los extranjeros que habían reconstruido el antiguo edificio y se habían instalado allí.

Las ventanas de plaz del castillo estaban bien cerradas por la tormenta. Los deshumidificadores eliminaban la humedad omnipresente en el interior. Generadores térmicos instalados detrás de deslumbrantes fuegos holográficos caldeaban el ambiente.

En una cámara con paredes de piedra iluminada por un poderoso fuego artificial, Khronne preparó los instrumentos de tortura y ordenó que trajeran al barón-ghola. El joven Paolo estaba a salvo en su residencia en otro pueblecito, lejos, donde nadie podía encontrarle. Sin embargo, aquel sería el día del barón Vladimir Harkonnen.

Los emisarios espantosamente mejorados de los amos extranjeros estaban en pie contra una de las paredes de piedra, observando, grabando. Sus rostros eran pálidos, salvo por los parches rojos en carne viva y las heridas abiertas de los tubos y los implantes.

La maquinaria producía un perturbador sonido de barboteo y siseo.

Los observadores llevaban años allí, vigilando, siempre vigilando a Khronne y su proyecto. Cada día, esperaba que alguno de ellos se desplomara y se cayera a trozos, pero aquella gente hecha de parches estaba siempre igual, siempre observando, esperando.

Hoy les enseñaría un éxito.

Tres Danzarines Rostro escoltaron al altanero y joven ghola. En su papel de guardias, habían decidido adoptar la apariencia de brutos musculosos capaces de partírle el cuello a alguien con un dedo. El joven Vladimir llevaba el pelo revuelto, como si le hubieran sacado de la cama. Miró a su alrededor con expresión aburrida.

—Tengo hambre.

—Es mejor que no comas. Habrá menos probabilidades de que vomites —dijo Khronne—. Aunque claro, a final del día, un fluido corporal más o menos no cambiará gran cosa.

Vladimir meneó los hombros para que los fornidos guardias le soltaran. Sus ojos se movían a un lado y a otro con recelo, con expresión combativa. Cuando vio las cadenas, la mesa y los aparatos de tortura, el ghola sonrió por la expectación. Khroné señaló con la mano el material.

—Es para ti.

Los ojos de Vladimir se iluminaron.

—¿Voy a aprender técnicas para desollar a la gente? ¿O es algo menos asqueroso?

—Tú serás la víctima.

Antes de que pudiera reaccionar, los guardas lo arrastraron y lo colocaron sobre la mesa. Khroné esperaba ver una expresión de pánico en su cara regordeta. Pero en lugar de renegar, aullar, o resistirse, el joven espetó:

—¿Cómo sé que sabes lo que estás haciendo? ¿Que no lo vas a fastidiar?

El rostro de Khroné formó una sonrisa amable y paternal.

—Aprendo deprisa.

Los emisarios a parches del Exterior intercambiaron una mirada, luego siguieron observando a Vladimir, asimilando en silencio cada instante. Khroné esperaba dar un bonito espectáculo a sus amos lejanos. Los guardas musculosos sujetaron los brazos del joven con correas, luego le esposaron los tobillos.

—Pero no tan fuerte que no pueda retorcerse y resistirse —les ordenó Khroné—. Esa podría ser una parte importante del proceso.

Vladimir levantó la cabeza y la volvió hacia el sonriente Khroné.

—¿Me piensas decir qué vas a hacerme? ¿O adivinarlo forma parte del juego?

—Los Danzarines Rostro hemos decidido que ha llegado el momento de despertar tus recuerdos.

—Bien. Ya me estaba impacientando. —Aquel ghola tenía el don de decir siempre lo inesperado y desorientar a cualquiera que pensara que iba a ganarle la mano. Aquella predisposición suya podía ser un obstáculo para provocar una crisis lo bastante intensa.

—Y mis amos lo exigen —siguió explicando Khroné, aunque hablaba para los emisarios que estaban contra la pared—. Te creamos con un único propósito. Y, antes de que puedas cumplir ese propósito, has de tener tus recuerdos, debes volver a ser el barón.

Vladimir rio entre dientes.

—¿Para qué molestarme?

—Es una tarea para la que estás eminentemente dotado.

—Y ¿cómo sabréis que querré hacerlo?

—Nosotros te ayudaremos. No temas.

Vladimir volvió a reírse, mientras le sujetaban una correa más gruesa al pecho, con largas agujas que se le clavaron en la piel para inducir el dolor. Khroné apretó más la correa.

—No tengo miedo.

—Eso se puede cambiar. —Khrone hizo una señal y sus ayudantes acercaron la Caja de Agonía.

Khrone sabía por el viejo tleilaxu que el dolor era un componente necesario para restituir los recuerdos de un gholá. Y él, un Danzarín Rostro con un conocimiento preciso e íntimo del sistema nervioso del humano y sus centros de dolor, creía estar preparado para la labor.

—¡Hazlo lo peor que puedas! —espetó el joven con una risa gutural.

—Al contrario, lo haré lo mejor que pueda.

La Caja era un aparato muy antiguo utilizado por las Bene Gesserit para provocar y probar. Sus lados planos tenían grabados unos símbolos incomprensibles, incisiones aserradas y complejos dibujos.

—Esto te obligará a explorarte a ti mismo. —Khrone deslizó la mano clara y crispada de Vladimir por la abertura—. Contiene agonía en su forma más pura.

—Estoy impaciente.

Khrone sabía que aquello sería un desafío interesante.

Durante miles de años, los tleilaxu habían creado gholas, y desde los tiempos de Muad'Dib los habían despertado mediante una combinación de angustia y dolor físico que llevaba mente y cuerpo a una crisis primordial. Por desgracia, ni siquiera Khrone sabía qué se necesitaba exactamente para lograr eso. Quizá tendría que haber hecho venir al patético Uxtal de Bandalong para el acontecimiento, aunque dudaba que la ayuda del tleilaxu perdido hubiera servido de nada.

El barón-gholá estaba particularmente maduro para el despertar. Mejor proceder vigorosamente. Khrone colocó una segunda Caja sobre la otra mano de Vladimir.

—Bueno, ya está. Que disfrutes. —Khrone activó los dos aparatos y el joven se sacudió y se convulsionó. Su rostro se puso blanco, sus labios regordetes se cerraban con fuerza sobre los dientes, los ojos estaban apretados con fuerza. Los espasmos le ondulaban el rostro, el pecho, los brazos. Vladimir trató de retirar las manos. Debía de estar sintiendo un auténtico tormento, aunque Khrone no notaba olor a carne quemada, ni veía daño en ningún órgano corporal... eso era lo bueno de la Caja: la inducción nerviosa podía provocar un dolor insoportable, y no hacía falta parar hasta que la mente de la víctima quedara totalmente sobrecargada.

—Puede que nos lleve un rato —dijo Khrone con un suave susurro junto a la frente sudada del joven. E incrementó el nivel de dolor.

Vladimir se estremeció. Sus labios se tensaron en un rictus, pero no gritó. Como el agua que sale a presión de una manguera, la agonía penetraba en el cuerpo del gholá.

A continuación, Khrone introdujo agujas en el cuello, el pecho y los muslos del joven para extraer las sustancias generadas por la adrenalina. Podían utilizarse como precursores para el sustituto naranja de la especia y, con aquella intensidad y pureza, seguro que podía venderlas a las Honoradas Matres de Tleilax. Incluso la Madre Superiora las consideraría de una cosecha excelente. Sí, siempre podía contar con la

insaciable necesidad de las ramera de Hellica. Bajo la mirada vigilante de los emisarios mejorados, Khrono demostraría una doble eficacia.

Después de prolongar la tortura durante horas, Khrono desconectó las cajas y miró los ojos llorosos del joven sudado.

—Hacemos esto solo para ayudarte.

El ghola le dedicó una mirada inexpresiva. No había ningún destello de sus recuerdos pasados en sus ojos negro-araña.

—No... es... fácil...

Así que Khrono volvió a colocar las cajas sobre las manos del ghola. Y, sin apenas pensarlo, ordenó que le metieran los pies en otras dos. Cuatro puntos de agonía insoportable. Era un dolor puro, sin filtros, sazonado con adrenalina y adornado con angustia. La tortura siguió resonando y resonando por la mente del ghola, buscando la forma de desatar sus recuerdos escondidos. Vladimir se retorció, maldecía, y finalmente gritó.

Pero no cambió nada.

Cuando llegó la hora de comer, Khrono invitó a los representantes a parches a acompañarle. Abandonaron la cámara y se sentaron en el salón de comidas, arropados por el sonido de la tormenta. Khrono, que a aquellas alturas esperaba poder celebrar su éxito, había encargado un extenso banquete; así que comieron cada uno de aquellos platos exquisitos y horas después volvieron a las cámaras inferiores. Vladimir seguía retorciéndose, pero aún no daba muestras de ser él mismo.

—Esto podría llevar días —les advirtió Khrono a los emisarios.

—Pues que tome días —contestaron ellos.

El Danzarín Rostro empezaba a cuestionarse sus cálculos, y se dio cuenta de algo que no había previsto: dolor físico no es lo mismo que dolor psíquico. Quizá las Cajas de Agonía no serían suficiente.

Cuando miró a Vladimir, que seguía debatiéndose, cuando miró sus ropas sudadas y la sonrisa desafiante de su rostro sofocado, el Danzarín Rostro se dio cuenta de otro posible problema. La tortura quizá no bastaría simple y llanamente porque aquel ghola disfrutaba con ella.

OCTAVA PARTE

Diecinueve años después de la huida de Casa Capitular

Con frecuencia, aquellos que creen ver más claramente son los que están más ciegos.

Aforismo Bene Gesserit

Sheeana volvió a danzar entre los gusanos, como había hecho de niña en Rakis. En el interior de la inmensa cámara de carga del *Ítaca*, las siete criaturas se elevaron a su alrededor, retorciendo sus cuerpos, ondulándose como metrónomos flexibles. Un extraño público para Sheeana, que golpeaba la arena con sus pies descalzos, agitaba los brazos y giraba y giraba en lo alto de la duna.

Entre la gente de Rakis, la danza sagrada se conocía como siaynoq. Sheeana se dejaba llevar y, con movimientos febriles, levantaba polvo y arena con los pies. El siaynoq la ayudaba a aplacar sus emociones y consumir el exceso de energía. Su intensidad bastaba para ahuyentar el pensamiento de su mente y la desdicha de su corazón.

Respondiendo a sus movimientos, los gusanos se elevaban por encima de ella y se ondulaban. Sheeana bailó con más ímpetu. Las gotas de sudor salían disparadas de su frente y empapaban sus cabellos apelmazados. Tenía que purificar su pensamiento, ahuyentar el miedo y la duda de su mente.

Tres años antes, cuando dejaron el planeta de las Honoradas Matres muerto tras su campo negativo defectuoso, Sheeana había sentido que el oscuro espectro de la desazón se adueñaba de su mente. Un planeta lleno de mujeres muertas, junto con sus seguidores y sus esclavos... todos exterminados por algo que no podía entender y que les había cogido por sorpresa.

Sheeana sabía que las odiadas Honoradas Matres merecían cualquier terrible castigo que hubiera caído sobre ellas. Pero ¿matar hasta la última persona de un planeta entero? Sin duda no todos merecían morir de una forma tan espantosa.

Y solo era un planeta. ¿Cuántos otros enclaves habían sido aniquilados por las epidemias del Enemigo? ¿Cuántos trillones de personas habían perecido a causa de una enfermedad con una tasa de mortalidad del cien por cien? Y ¿a cuántos más mataría el Enemigo ahora que las ramera habían huido como una jauría de perros salvajes hacia el vulnerable Imperio Antiguo... atrayendo al enemigo con su rastro?

Sheeana trastabilló sobre la arena. Recuperó el equilibrio enseguida, dio una voltereta y siguió girando. A pesar del ejercicio, no encontró la paz interior que tan desesperadamente buscaba. Aquella danza interminable solo sirvió para aclarar sus ideas. El fuerte aliento a melange de los gusanos flotaba a su alrededor como la bruma de una tormenta que se acerca.

Al borde mismo del agotamiento, Sheeana se dejó caer sobre la arena. Primero de rodillas, y luego rodó, con una respiración acelerada y caliente. Quedó tendida de espaldas, mirando a los techos altos de la cámara. Tenía los músculos doloridos, las

extremidades le temblaban. Cerró los ojos, mientras su corazón latía al ritmo de unos tambores de guerra imaginarios. Tendría que consumir una gran cantidad de melange para recuperarse.

Una de las criaturas se acercó, y Sheeana sintió la arena vibrar bajo su cuerpo. Se sentó, y el monstruo pasó deslizándose, desplazando con su cuerpo un montón de arena. Luego se detuvo. Buscando un último jirón de energía en su interior, Sheeana se desplazó y se apoyó contra los anillos duros y curvos del gusano. Bajo el polvo incrustado, podía sentir la solidez y el poderío de aquella criatura.

Levantó un brazo y lo apoyó contra el lado de la bestia, deseando poder subir por los segmentos del gusano y cabalgar hacia el horizonte... Pero allí, en el interior de la no-nave, el horizonte —el casco— no estaba lejos.

—Viejo Shaitán, ojalá tuviera tus conocimientos.

Tiempo atrás, cuando ella, el simplón maestro tleilaxu Waff y la reverenda madre Odrade cabalaron a las profundidades del desierto de Rakis, un gusano de arena les llevó deliberadamente a las ruinas del viejo sietch Tabr. Dentro, Odrade encontró un mensaje oculto de Leto II. Con su increíble presciencia, el Dios Emperador había anticipado aquel encuentro en el futuro lejano y había dejado unas palabras para ella.

Pero ¿es posible que con una presciencia semejante el Dios Emperador no hubiera predicho la destrucción de Rakis... o lo hizo? ¿Había hecho el Tirano sus propios planes? ¿Hasta dónde se extendía la Senda de Oro? ¿Había sido su capacidad sobrenatural de ver el futuro la responsable de que Sheeana rescatara al último gusano, para que así pudiera reproducirse en un nuevo mundo, Casa Capitular? Pero no, sin duda, Leto II no había visto a las Honoradas Matres, ni al Enemigo de Muchos Rostros.

Sheeana se preguntó si no sería que todavía veía una parte demasiado pequeña de la imagen global. A pesar de su lucha, quizá todos estaban siguiendo sin querer un plan mucho más extenso que el Dios Emperador había preparado para ellos.

Sheeana sentía la perla de la conciencia de Leto II en aquel fuerte gusano contra el que estaba apoyada. Sí, ningún plan diseñado por Honoradas Matres o por Bene Gesserit podía ser más presciente que el Dios Emperador.

Los dragones del desierto empezaron a batir las arenas una vez más. Sheeana levantó la vista a la ventana de plaz y vio a dos pequeñas figuras que la miraban desde allí.

El fango es algo sólido que puedes sostener en tu mano. Con nuestra ciencia y nuestra pasión, podemos moldearlo, darle forma y despertar la vida. ¿Es posible que haya una labor mejor para nadie?

PLANETÓLOGO PARDOT KYNES, petición al emperador Elrood IX,
registros antiguos

Desde la galería de observación, dos niños miraban a través de la ventana de plaz manchada de polvo para ver a Sheeana y los gusanos.

—Ella baila —dijo Stilgar, de ocho años, con un evidente tono de reverencia—. Y Shai-Hulud baila con ella.

—Solo responden a sus movimientos. Si la estudiamos el tiempo suficiente, seguro que encontramos una explicación racional. —Liet-Kynes era un año mayor que su compañero, que tan asombrado parecía ante aquella danza. No podía negarse que Sheeana hacía cosas que nadie podía hacer con los gusanos—. No intentes hacerlo tú, Stilgar.

Incluso cuando Sheeana no estaba en la cámara con aquellas grandes bestias, los dos jóvenes amigos iban con frecuencia a la galería de observación y pegaban la cara al plaz para contemplar las arenas irregulares. Aquel pequeño trozo cautivo de desierto les atraía. Kynes entrecerraba los ojos, dejaba que su mirada se perdiera e hiciera desaparecer las paredes de la cámara de carga para poder imaginar un paisaje mucho más extenso.

Durante sus clases intensivas con la supervisora mayor Garimi, Kynes había visto imágenes históricas de Arrakis. Dune. Con una aguda curiosidad, el joven Kynes había profundizado en los registros. El misterioso planeta desértico parecía llamarle, como si fuera una parte de su memoria genética. Su búsqueda de conocimiento era insaciable, quería algo más que limitarse a conocer los hechos de su vida pasada. Quería volver a vivirlos. Durante toda su nueva vida, las Bene Gesserit les habían entrenado a él y los otros niños-ghola para esa eventualidad.

Su padre, Pardot Kynes, el primer planetólogo oficial del imperio enviado a Arrakis, había formulado el gran sueño de convertir aquel yermo en un inmenso jardín. Pardot puso las bases para un nuevo Edén, reclutó a los fremen para las plantaciones iniciales y preparó grandes cuevas selladas para criar las plantas. Pero el hombre murió de forma inesperada en un derrumbamiento.

La ecología es peligrosa.

Gracias al trabajo y los recursos invertidos por Muad'Dib y su hijo Leto II, con el tiempo Dune se había convertido en un planeta exuberante y verde. Pero la terrible consecuencia de tanta humedad venenosa fue la muerte de los gusanos. La especie quedó reducida a un hilillo en el recuerdo. Luego, después de tres mil quinientos años

de mandato del Tirano, los gusanos de arena regresaron del cuerpo de Leto, invirtiendo el avance ecológico y convirtiendo Arrakis una vez más en desierto.

¡Y cómo! No importa lo que los líderes o los ejércitos o los gobiernos hicieran a Arrakis, con el tiempo el planeta se regeneraba. Dune era más fuerte que todos ellos.

—El solo hecho de mirar el desierto me relaja —dijo Stilgar—. No es que recuerde exactamente, pero sé que este es mi sitio.

Kynes también sentía paz al contemplar aquel pedazo de un planeta perdido tiempo ha. Su sitio también estaba en Dune. Gracias a los métodos avanzados de adiestramiento de las Bene Gesserit, había estudiado todos los antecedentes que había podido conseguir, había aprendido mucho sobre los procesos ecológicos y la ciencia de la planetología. Muchos de los tratados originales sobre el tema, los clásicos, habían sido escritos por su padre, estaban documentados en los archivos imperiales y se habían conservado durante milenios gracias a la Hermandad.

Stilgar restregó la mano sobre la ventana, pero la mancha de polvo estaba dentro del plaz.

—Ojalá pudiéramos entrar ahí con ella. Hace mucho tiempo yo sabía montar gusanos.

—Eran gusanos distintos. He comparado los registros. Estos proceden de gusanos engendrados por la disolución de Leto II. Son menos territoriales, menos peligrosos.

—Siguen siendo gusanos —dijo Stilgar encogiendo los hombros.

Abajo, en la arena, Sheeana había dejado de bailar y descansaba contra el costado de un gusano. Miró hacia lo alto, como si supiera que los dos niños-ghola estaban allá arriba, observando. Y, mientras miraba, el gusano más grande levantó también la cabeza, intuyendo su presencia.

—Algo está pasando —dijo Kynes—. Nunca les había visto hacer eso.

Sheeana se apartó ligeramente, mientras los siete gusanos se aproximaban y se subían uno encima de otro y formaban una criatura única y mucho mayor, lo bastante alta para alcanzar el plaz de observación.

Stilgar se apartó, más por reverencia que por miedo.

Sheeana trepó por el costado de las criaturas entrelazadas, hasta llegar al extremo de la cabeza del más alto. Mientras los dos niños miraban asombrados, Sheeana se puso de nuevo a girar y girar, durante varios minutos, aunque ahora estaba sobre la cabeza del gusano; era bailarina y jinete a la vez. Cuando se detuvo, la torre de gusanos se dividió en sus siete componentes originales, y Sheeana hizo descender al gusano sobre el que estaba hasta el suelo.

Ninguno de los dos gholas habló durante varios minutos. Se miraban entre ellos con una sonrisa de asombro.

Abajo, una Sheeana agotada fue hacia el ascensor arrastrando los pies. Kynes consideró la posibilidad de poner alguna excusa para salir corriendo y hablar con ella cuando aún tenía reciente su experiencia en la arena, como haría cualquier buen planetólogo. Quería percibir el olor a pedernal de los gusanos en su cuerpo. Sería

interesante, y potencialmente instructivo. Tanto él como Stilgar ansiaban saber cómo controlar a las criaturas, aunque sus razones eran muy distintas.

Kynes la siguió con la mirada mientras salía.

—Incluso cuando recuperemos nuestros recuerdos, esa mujer seguirá siendo un misterio para nosotros.

Las fosas nasales de Stilgar se hincharon.

—Shai-Hulud no la devora. Con saber eso me basta.

Cuatro muertes me esperan: la muerte de la carne, la muerte del alma, la muerte del mito y la de la razón. Y en todas ellas está la semilla de la resurrección.

LETO ATREIDES II, registros de Dar-es-Balat

La vida de Doria se había convertido en algo ridículo, como le recordaba continuamente su Bellonda-interior.

Te estás poniendo gorda, le decía la otra Reverenda Madre.

—¡Es culpa tuya! —espetó Doria. Ciertamente, había aumentado de peso, y mucho, aunque había seguido con un vigoroso programa de entrenamiento y ejercicio. Cada día comprobaba su metabolismo mediante técnicas internas, pero era en vano. Aquel cuerpo suyo, tan fuerte y flexible en otro tiempo, daba ahora claras muestras de dejadez—. Me pesas como una enorme roca por dentro. —Oyó claramente que Bellonda reía en su cabeza.

Renegando para sus adentros tan discretamente como pudo, la antigua Honorada Madre trepó con dificultad por las arenas sueltas del lado de una duna. Otras quince hermanas subieron detrás, ataviadas todas con idénticos trajes de una pieza. Iban parloteando entre ellas, mientras pronunciaban en voz alta las lecturas de los instrumentos y los gráficos que llevaban. De hecho, hasta parece que disfrutaban de aquel trabajo sórdido.

Las mujeres reclutadas para los trabajos con la especia tomaban regularmente lecturas espectrales y de temperatura en la arena, y utilizaban los datos para levantar un mapa de las estrechas vetas de especia y los limitados depósitos. Estos datos se enviaban a las estaciones de investigación del desierto y se combinaban con las observaciones *in situ* para determinar los mejores emplazamientos para la extracción.

La humedad del planeta disminuía a marchas forzadas; los gusanos eran cada vez más grandes y ya empezaban a producir cantidades importantes de melange... de «producto», como decía la madre comandante. Estaba impaciente por poder sacar algún provecho de aquella baza de la Nueva Hermandad. La especia le permitiría pagar los enormes cargamentos de armas que se estaban preparando en Richese y sobornar a la Cofradía para que facilitara los preparativos para la guerra. Murbella gastaba la melange y las soopiedras con la misma rapidez con la que entraban, y pedía más y más.

Detrás de Doria, dos jóvenes aspirantes a valquiria practicaban técnicas de lucha en la arena, atacando, defendiéndose. Y tenían que amoldar sus movimientos en función de la pendiente de las dunas, de si la arena era suelta o compactada, del peligro invisible de los árboles muertos que habían quedado enterrados debajo.

Doria, que sentía el fuego de su pasado como Honorada Madre quemarle en las venas, también habría preferido luchar. Quizá le permitirían participar en el asalto final sobre Tleilax, cuando Murbella hubiera decidido que ya tenía fuerzas suficientes

para la batalla. ¡Qué gran victoria lograrían! Doria podría haber luchado en Buzzell, en Gammu, en cualquiera de los campos de batalla más recientes. Habría sido una excelente valquiria, y en cambio se había convertido en poco más que... que una administradora. ¿Por qué no le permitían derramar sangre por la Nueva Hermandad? Luchar era lo que mejor se le daba.

Doria estaba atrapada allí, y seguía saliendo al desierto, pero con los años había empezado a impacientarse. *¿Estoy condenada a ser la niñera de este planeta para siempre? ¿Es este mi castigo por el único error de asesinar a Bellonda?*

Ah, admities que fue un error, ¿eh?, la azuzó la irritante voz de su interior.

Cállate, vaca estúpida.

No podía huir de Bellonda. Con sus continuos sarcasmos no dejaba de recordarle sus defectos, y hasta le ofrecía consejos que no quería sobre cómo cambiar. Al igual que Sísifo, Doria tendría que pasar el resto de su vida empujando aquella roca colina arriba. Y ahora encima se estaba poniendo gorda.

En su cabeza, le pareció que Bellonda canturreaba. Luego, su voz le dijo: *En los antiguos tiempos de la Tierra, la gente tenía una cosa que se llamaba doorbell, timbre, y la persona que venía de visita tenía que apretarlo cuando llegaba a la puerta.*

—¿Y qué? —dijo Doria en voz alta, y enseguida volvió el rostro de espaldas a las aprendizas, que la miraron con cara rara.

Pues que es la combinación de nuestros nombres: Doria-Bellonda. DorBell. Ding dong, ding dong, ¿puedo entrar?

No, maldita seas. Lárgate.

Echando humo de la rabia, Doria se concentró en los instrumentos de análisis. ¿Por qué no podía la madre comandante encontrar un planetólogo entregado en alguno de los mundos humanos que habían sobrevivido? En sus escáneres, ella solo veía números y diagramas electrónicos que no le interesaban en absoluto.

Durante seis desesperantes años, cada día Doria había apretado los dientes y había tratado de no hacer caso de los sarcasmos de Bellonda. Era la única forma de cumplir con su trabajo. Murbella le había dicho que debía supeditar sus deseos a las necesidades de sus hermanas, pero, al igual que tantos otros conceptos de la filosofía Bene Gesserit, el de «supeditación» funcionaba mejor en la teoría que en la práctica.

La madre comandante había moldeado a otras y las había convertido en lo que había querido, había forjado una Hermandad unificada, e incluso había recuperado e incorporado a algunas de las Honoradas Matres rebeldes. Doria se había insinuado como personaje con una posición de poder junto a Murbella, pero no había podido suprimir del todo la violencia natural que llevaba dentro, ese carácter impulsivo que tan a menudo acababa en un baño de sangre. El compromiso no estaba en su naturaleza, pero si quería sobrevivir tendría que ser lo que la madre comandante quisiera. *¡Maldita sea! Después de todo ¿habrá triunfado en su empeño de convertirme en una Bene Gesserit?*

Su Bellonda-interior volvió a reír entre dientes.

En última instancia, Doria se preguntaba si tendría que enfrentarse a Murbella personalmente. Con los años, muchas la habían desafiado y habían muerto en el intento. Doria no temía por su vida, pero le asustaba tomar la decisión equivocada. Sí, Murbella era severa y enloquecedoramente impredecible, pero después de casi dos décadas, no estaba tan claro que se hubiera equivocado en su plan de fusión.

Súbitamente, Doria apartó sus preocupaciones de su mente y reparó en unos lejanos montículos de arena que se movían, en las ondas, que cada vez estaban más y más cerca.

La voz de Bellonda la arengó: *¿Además de estúpida resulta que también estás ciega? Con tanto pisotón has inquietado a los gusanos.*

—Son pequeños.

Puede, pero siguen siendo peligrosos. Sigues siendo una arrogante, te crees que puedes derrotar a cualquier cosa que se te ponga por delante. Te niegas a reconocer una amenaza real.

—Tú no fuiste precisamente una amenaza —musitó Doria.

Una de las aprendizas gritó, señalando los dos montículos que se deslizaban por la arena.

—¡Gusanos! ¡Y van juntos!

—¡Allí también! —exclamó otra.

Doria vio que los gusanos estaban por todas partes, y que se acercaban, como si algo les atrajera. Las mujeres se apresuraron a tomar lecturas.

—¡Dios! Son el doble de grandes que la media de los especímenes que medimos hace un par de meses.

En la cabeza de Doria, Bellonda la pinchó. *Estúpida, estúpida, estúpida.*

—¡Maldita sea, Bell, cierra el pico! Tengo que pensar.

¿Pensar? ¿Es que no ves el peligro? ¡Haz algo!

Los gusanos se acercaban desde diferentes direcciones; definitivamente, daban muestras de un comportamiento coordinado. El rastro que habían ido dejando en la arena le recordaba a una manada. *Una manada de caza.*

—¡A los tópteros! —Doria vio que se habían alejado demasiado por las dunas. Los vehículos aéreos estaban algo lejos.

El pánico se adueñó de las hermanas más novatas. Algunas corrieron, escurriéndose por las arenas sueltas de las dunas. Soltaron sus instrumentos y gráficos. Una de las hermanas envió un mensaje urgente a Central.

Ya ves adónde te ha llevado tu estúpido plan, dijo Bellonda. Si no me hubieras matado, yo habría estado alerta. Jamás habría dejado que esto pasara.

—¡Cállate!

Los gusanos acechan. Tú me acechaste a mí y ahora ellos te acechan.

Una de las hermanas gritó, luego otra. Cada vez había más gusanos que se elevaban sobre las dunas y se acercaban. Varias valquirias se unieron, tratando de

luchar contra lo imposible.

Doria miraba, con los ojos muy abiertos. Cada una de las criaturas medía al menos veinte metros y se movía a una velocidad increíble.

—¡Marchaos! ¡Volved a vuestro desierto!

Tú no eres Sheeana. Los gusanos no te obedecerán.

Los gusanos saltaron, entre el destello de sus dientes de cristal, y sus bocas cogieron arena y hermanas, y las arrojaron al horno de sus gaxnates.

¡Idiota!, exclamó su Bellonda-interior. *Me has matado otra vez.*

Una fracción de segundo más tarde, un gusano se elevó en el aire y se lanzó sobre Doria, y se la tragó de un solo bocado. Por fin, la voz fastidiosa de su interior calló.

La magia de nuestro Dios es nuestro único puente.

De las escrituras súfi-zensuníes, catecismo de la Gran Creencia

A pesar del temor constante, Uxtal seguía trabajando con los numerosos gholas de Waff, y lo hacía lo bastante bien para seguir con vida. Las Honoradas Matres veían progresos. Tres años antes, había decantado a los primeros ocho gholas idénticos del maestro tleilaxu. Y, con el desarrollo corporal acelerado, aquellos niños grises aparentaban más del doble de la edad que tenían.

Mientras los veía jugar, a Uxtal le parecieron bastante atractivos, con aquel aspecto encanijado que te desarmaba, las narices puntiagudas, los dientes afilados. Tras una rápida imprimación educativa, habían aprendido a hablar en solo unos meses, y aun así parecían algo salvajes y se mantenían unidos en su mundo particular, sin interactuar apenas con sus guardianes.

Uxtal los estimularía como considerara necesario. Aquellos gholas eran como pequeñas bombas de relojería de información, y tenía que encontrar la forma de detonarlas. Ya no pensaba, ni le importaban, los dos primeros gholas que había creado. Khroné se los había llevado a Dan hacía mucho tiempo. ¡Con viento fresco!

Sin embargo, aquella prole estaba bajo su control. Waff era uno de los viejos maestros herejes, y estaba listo para el readoctrinamiento. Ciertamente, Dios había dado un buen rodeo para mostrarle a Uxtal cuál era su verdadero destino. Los navegantes, desesperados por conseguir especia, creían que él era un instrumento, que estaba haciendo lo que ellos querían. En cambio, a él le daba igual si los navegantes extraían algún provecho de aquello, o si la Madre Superiora se quedaba con todo. Él no veía nada de todo aquello.

Ahora estoy haciendo un trabajo sagrado, pensó. Eso es lo que importa.

Según las escrituras más sagradas, el profeta —mucho antes de reencarnarse como Dios Emperador— pasó ocho días en el desierto, donde recibió unas extraordinarias revelaciones. Fueron momentos de prueba y tribulación, como los que padecieron los tleilaxu perdidos durante la Dispersión, como la dura prueba que él mismo estaba pasando. En sus momentos más oscuros, el profeta había recibido la información que necesitaba, igual que le había pasado a él. Iba por el buen camino.

Aunque el pequeño investigador no había sido nombrado maestro oficialmente, él consideraba que lo era por defecto. ¿Quién había con una posición de poder mayor que la suya? ¿Quién tenía más autoridad, más conocimientos genéticos? Una vez aprendiera los secretos que guardaban las mentes de aquellos Waffs, superaría a cualquiera de los ancianos tleilaxu perdidos o de los antiguos maestros de Bandalong. Lo tendría todo (incluso si el navegante y las Honoradas Matres se lo quitaban).

Uxtal inició el proceso de romper la cáscara de los ocho gholas idénticos en cuanto pudieron hablar y pensar. Si fracasaba, siempre podía probar con los ocho siguientes, que ya se habían desarrollado en los tanques. Los guardaría en reserva, junto con las posteriores hornadas. Seguro que alguno de los Waffs revelaría sus secretos.

En unos pocos años, los cuerpos en rápido crecimiento de los ocho primeros alcanzarían la madurez física. Y sí, aunque eran muy monos, Uxtal los veía principalmente como carne criada con un propósito específico, como los sligs de la granja que Gaxhar tenía allí al lado.

Por el momento, los ocho gholas de Waff andaban correteando en el interior de un cercado electrónico. Los niños acelerados querían salir, y cada uno de ellos tenía una mente pequeña y brillante. Los Waffs tanteaban el campo reluciente con los dedos para ver cómo funcionaba y cómo podían desactivarlo. Si les daba tiempo, Uxtal estaba convencido de que lo lograrían. Rara vez hablaban si no era entre ellos, y Uxtal sabía lo diabólicamente inteligentes que podían ser.

Pero él lo era más.

Interesante, porque entre ellos veía disensión y competencia, pero muy poca cooperación. Los Waffs peleaban por los juguetes, la comida, por el lugar donde sentarse, y todo con muy pocas palabras. ¿Sería telepatía? Qué interesante. Quizá tendría que diseccionar a alguno.

Discutían incluso cuando se encaramaban unos encima de otros para ver si podían saltar por encima del campo de fuerza, porque todos querían ser el que estaba arriba. Eran idénticos, y sin embargo no confiaban los unos en los otros. Si conseguía enfrentarlos, Uxtal estaba seguro de que podría aplicar la presión justa para obtener la información que necesitaba.

Uno de los niños trastabilló en el borde de una rampa resbaladiza y cayó al suelo. Se puso a llorar, sujetándose el brazo, que parecía roto, o cuanto menos muy magullado. Para tenerlos controlados, Uxtal les había marcado un pequeño número en la muñeca izquierda. Aquel era el número 5. Aunque el crío lloriqueaba, sus hermanos gemelos no le hicieron caso.

Uxtal dijo a dos de sus ayudantes de laboratorio que abrieran el campo de fuerza para poder entrar. Le disgustaba e impacientaba tener que dispensarles asistencia médica innecesariamente; quizá sería más fácil controlarlos si se limitaba a tenerlos atados a unas mesas, como sus predecesores donantes de esperma.

La vieja Ingva estaba allí, como siempre, vigilando, mirando de reojo, haciendo sentir su presencia amenazadora en silencio. Uxtal intentó concentrarse en sus obligaciones más inmediatas. Se arrodilló y trató de examinar el brazo del número 5 para ver si era grave. El Waff se apartó bruscamente y no dejó que se acercara.

De pronto, los otros siete Waffs formaron un círculo alrededor del investigador. Cuando se acercaron, Uxtal pudo oler su aliento agrio. Algo no iba bien.

—¡Apartaos! —ladró tratando de intimidarlos. Lo rodeaban por todos lados, y tuvo la inquietante sensación de que le habían engañado para que entrara.

Los ocho Waffs se abalanzaron sobre él enseñando sus dientes afilados, mordieron y arañaron su piel y sus ropas. Él se debatía, dando golpes, pidiendo ayuda a gritos a sus ayudantes, tratando de quitarse de encima a los pequeños gholas. No eran más que críos, y sin embargo habían formado un grupo mortífero. ¿Actuarían en grupo como las abejas en un panal, como hacían los Danzarines Rostro? Incluso el niño que supuestamente estaba herido se metió en la refriega, porque lo del «brazo herido» no había sido más que una treta.

Afortunadamente, los Waffs aún no eran fuertes, y pronto estuvieron todos por los suelos. Los inquietos ayudantes de laboratorio ayudaron a Uxtal a mantenerlos a raya mientras lo sacaban del interior del campo.

Uxtal trató de recuperar la compostura y miró a su alrededor buscando a quién culpar, sudando, con la respiración agitada. Sus heridas eran poco importantes, apenas unos rasguños y moretones, pero le asustaba pensar que le habían cogido por sorpresa.

De nuevo en su corralito, los gholas idénticos se pusieron a corretear frenéticamente de frustración. Finalmente, guardaron silencio y se fueron a diferentes partes del recinto a jugar, como si nada hubiera pasado.

—Los hombres deben hacer el trabajo de Dios —se recordó Uxtal a sí mismo, pensando en el catecismo de la Gran Creencia. La próxima vez iría con más cuidado con esos pequeños monstruos.

¿Es suficiente con encontrar un hogar, o hemos de crearlo nosotros? Si al menos lográramos decidirnos, tanto me da que sea lo uno o lo otro.

SUPERVISORA MAYOR GARIMI, diario personal

Otro salto a ciegas por el tejido espacial. El *Ítaca* emergió sano y salvo, tras haber seguido un rumbo aleatorio marcado por los caprichos de la presciencia. Con Duncan ante los mandos, la no-nave se dirigió hacia un planeta luminoso y de aspecto agradable. Un nuevo mundo. Él y Teg habían hablado sobre el rumbo a seguir, sobre lo prudente de hacer un nuevo viaje a pesar de que sus perseguidores no habían vuelto a encontrarles... y entre los dos llevaron a la enorme nave a aquel lugar.

Incluso de lejos el planeta parecía prometer, y a bordo el entusiasmo se extendió entre los refugiados. Al fin, después de casi dos décadas de vagar sin un rumbo fijo, tres años después de haber encontrado el no-planeta muerto, ¿podrían por fin descansar y recuperarse en aquel planeta? ¿Un nuevo hogar?

—Parece perfecto. —Sheeana dejó a un lado el sumario con los datos del escáner. Miró a Duncan y a Teg—. Vuestro instinto nos ha guiado.

Garimi, que estaba con ellos en el puente de navegación, miraba con nerviosismo las masas de tierra, los océanos, las nubes.

—A menos que sea otro mundo azotado por una epidemia.

Duncan meneó la cabeza.

—Ya hemos empezado a detectar transmisiones procedentes de pequeñas ciudades, de modo que hay una población activa. La mayoría de continentes tienen masa forestal y son fértiles. La temperatura está dentro de los límites de la habitabilidad. Capacidad atmosférica, humedad, vegetación... Quizá es uno de los mundos que se establecieron durante la Dispersión, hace mucho tiempo. Muchos grupos se perdieron y desaparecieron en el vacío.

Los ojos de Garimi destellaron.

—Tenemos que investigar. Este podría ser un buen lugar para poner las nuevas bases de nuestra Hermandad.

Duncan era más práctico.

—Si otra cosa no, sería bueno que renováramos el suministro de aire y agua de la nave. Nuestros almacenes y los sistemas de reciclaje no durarán para siempre y nuestra población aumenta gradualmente.

—Convocaré una reunión general —espetó Garimi—. Aquí hay mucho más en juego que solo reabastecer nuestros depósitos. ¿Y si la gente que vive ahí abajo nos recibe bien? ¿Y si es un lugar apropiado para asentarnos? —Miró a su alrededor—. Al menos algunos.

—Entonces tenemos una importante decisión ante nosotros.

Aunque todos los adultos que viajaban a bordo asistieron, la inmensa sala de reuniones del *Ítaca* parecía vacía. Miles Teg estaba recostado en su asiento, en una de las butacas más bajas de la grada, y cambiaba sus largas piernas de posición continuamente. Aunque escucharía el debate con atención, esperaba no tener que hacer muchos comentarios. Él siempre se había sometido a los dictados de las Bene Gesserit, aunque en aquellos momentos no estaba seguro de quién dictaría qué.

Un joven tomó asiento junto a Teg, el ghola de Thufir Hawat.

Aquel niño de doce años y expresión ceñuda no solía apartarse de su camino para estar con el Bashar, pero Teg sabía que lo observaba con atención, casi como si fuera un héroe. Y con frecuencia estudiaba los detalles de su carrera militar en los archivos.

Teg le saludó con el gesto. Aquel era el leal maestro de armas y guerrero-mentat que había servido al viejo duque Atreides, luego al duque Leto y finalmente a Paul, antes de ser capturado por los Harkonnen. Teg sentía que tenía muchas cosas en común con aquel genio curtido en combate. Algún día, cuando el ghola de Thufir Hawat hubiera recuperado sus recuerdos, tendrían mucho de que hablar, de comandante a comandante.

Thufir se inclinó hacia delante, reunió el valor y susurró:

—Hace tiempo que quería hablarle, bashar Teg. Sobre la revuelta de Cerbol y la batalla de Ponciard. Las tácticas que empleó fueron de lo más inusuales. Jamás habría imaginado que pudieran funcionar, y sin embargo lo hicieron.

Teg sonrió al recordar.

—No habrían funcionado con ninguna otra persona. Del mismo modo que las Bene Gesserit utilizan la Missionaria Protectora para plantar la semilla del fervor religioso, mis soldados crearon un mito en torno a mis capacidades. Me convertí en un personaje sobrehumano, y eso sugestionó e intimidó a mis oponentes más de lo que habrían hecho los soldados o las armas. En realidad hice bien poco en esas batallas.

—No estoy de acuerdo, señor. Para que vuestra reputación se convirtiera en un arma tan poderosa primero os la tuvisteis que ganar.

Teg sonrió y confesó que el mito que había en torno a su persona era cierto con tono bajo, casi triste.

—Oh, desde luego que me la gané. —Y le explicó al joven fascinado cómo había evitado una masacre en Andioyu, una confrontación contra los reductos desesperados de un ejército que perdía y que sin duda habría acabado con la muerte de todos ellos y el asesinato de decenas de miles de civiles. Aquel día había muchas cosas en juego...

—Y entonces murió usted en Rakis combatiendo a las Honoradas Matres.

—En realidad, morí en Rakis para provocar a las Honoradas Matres, como parte de un plan más amplio de las Bene Gesserit. Yo desempeñé mi papel para que

Duncan Idaho y Sheeana pudieran escapar. Pero después de mi muerte, las hermanas me trajeron de vuelta porque consideraban que mis capacidades de mentat y mis experiencias no tenían precio... como las tuyas. Por eso nos recuperaron.

Thufir estaba totalmente absorto en sus palabras.

—He leído la historia de mi vida y estoy seguro de que puedo aprender mucho de usted, Bashar.

Teg oprimió el hombro del joven, con una sonrisa en los labios. El muchacho estaba desconcertado.

—¿He dicho algo divertido, señor?

—Cuando te miro, ¿cómo podría no recordar que yo mismo aprendí mucho del estudio de la figura del famoso guerrero-mentat de la casa Atreides? Tú y yo podríamos aprender mucho el uno del otro. —El muchacho se ruborizó.

El debate empezó, y Teg y Thufir volvieron su atención al centro de la sala de convocatorias. Sheeana permanecía sentada en el imponente banquillo del defensor, un reducto de los orígenes de aquella nave, diseñada para otras gentes.

Como de costumbre, Garimi estaba ansiosa por cambiar la situación. Fue hasta el podio y habló sin preámbulos, bien alto, para que todos la oyeran.

—No partimos en una carrera o un viaje. Nuestro objetivo era huir de Casa Capitular antes de que las Honoradas Matres lo destruyeran todo. Queríamos preservar la esencia de la Hermandad, y lo hemos hecho. Pero ¿adónde vamos? Es una pregunta que lleva diecinueve años acosándonos.

Duncan se puso en pie.

—Escapamos del verdadero Enemigo, que se estaba acercando. Y todavía nos busca... eso no ha cambiado.

—¿Nos busca a nosotros? —preguntó Garimi desafiante—. ¿O solo a ti?

Él se encogió de hombros.

—¿Quién puede decirlo? Pero no estoy dispuesto a dejar que me capturen o me maten solo para *aclarar* tus dudas. En esta nave, muchos tenemos talentos especiales, sobre todo los niños-ghola, y necesitamos todos los recursos que tenemos.

El rabino habló en ese momento. Aunque aún estaba sano y en forma, su barba y su pelo estaban más largos y canosos; detrás de las lentes, sus vivos ojos de pajarillo estaban rodeados de arrugas.

—Yo y mi gente no elegimos esto. Pedimos que nos rescatara de Gammu, y desde entonces hemos estado atrapados en esta locura. ¿Cuándo terminará todo esto? ¿Tendremos que pasar cuarenta años vagando por el desierto? ¿Cuándo nos dejaréis marchar?

—Pero ¿adónde quiere ir, rabino? —La voz de Sheeana era tranquila, pero a Teg le pareció algo condescendiente.

—Me gustaría que tomáramos en consideración, y seriamente, el planeta que acabamos de encontrar. No diré que es una nueva Sión, pero podría ser nuestro hogar. —El hombre se volvió a mirar al puñado de seguidores que le acompañaban, todos

ataviados con ropas oscuras, apegados a sus costumbres. Aunque en el *Ítaca* ya no tenían necesidad de ocultar sus creencias, los judíos se mantenían al margen, porque no deseaban integrarse con el resto del pasaje.

Habían tenido sus propios hijos, diez hasta la fecha, y los educaban como consideraban más apropiado.

Finalmente, Teg habló.

—De acuerdo con los escáneres, este planeta parece ideal para instalarnos. Su población es mínima. Y nuestros refugiados no serán apenas molestia para los habitantes locales. Incluso podríamos buscar algún lugar remoto y establecernos lejos de ellos.

—¿Tienen una civilización muy desarrollada? ¿Poseen algún tipo de tecnología? —preguntó Sheeana.

—Como mínimo a un nivel pre Dispersión —dijo Teg—. Los indicadores muestran industrias locales menores, algunas transmisiones electromagnéticas. Sin capacidades visibles para los desplazamientos espaciales ni puertos espaciales. Si se instalaron aquí después de la Dispersión, no han hecho nuevos viajes a ningún sistema estelar. —Para escanear el planeta, Teg había pedido la ayuda del joven y entusiasta Liet-Kynes y su amigo Stilgar, que habían estudiado más sobre ecología y dinámicas planetarias que la mayoría de hermanas adultas. Todas las lecturas habían sido contrastadas.

—Podría ser una nueva Casa Capitular —comentó Garimi, como si el debate ya hubiera acabado.

El rostro de Duncan se ensombreció.

—Si nos instalamos aquí seremos vulnerables. Nuestros perseguidores ya nos han encontrado otras veces. Si permanecemos mucho tiempo en el mismo lugar nos atraparán en su red.

—¿Y qué interés pueden tener tus misteriosos perseguidores en mi gente? —preguntó el rabino—. Nosotros somos libres de asentarnos aquí.

—Está claro que debemos investigar más —dijo Sheeana—. Bajaremos en una gabarra para dilucidar los hechos. Conozcamos a esa gente y averigüemos cómo son. Y entonces decidiremos.

Teg se volvió hacia el joven ghola que estaba sentado a su lado, e impulsivamente dijo:

—Pienso ir en esa expedición, Thufir, y me gustaría que me acompañaras.

Asumiendo arrogantemente nuestra superioridad, creemos que nuestros sentidos y nuestras capacidades son el resultado directo de la evolución. Estamos convencidos de que nuestra especie ha mejorado gracias a los avances tecnológicos. Y es por ello que nos sentimos avergonzados y abochornados cuando algo que consideramos «primitivo» demuestra tener unos sentidos muy superiores a los nuestros.

REVERENDA MADRE SHEEANA, cuadernos de navegación del *Ítaca*

Mientras se preparaba la misión al planeta, el *Ítaca* siguió sin ser visto en órbita. El campo negativo limitaba la capacidad de los sensores de la nave, sí, pero era imprescindible hasta que supieran más de aquella gente.

Como capitán *de facto*, Duncan permanecería a bordo, por si se producía una emergencia, ya que solo él podía ver la misteriosa red. Sheeana quería a Miles Teg a su lado, y el Bashar insistió en llevar al gholá de Thufir Hawat.

—Físicamente es un niño de doce años, pero sabemos que tiene potencial para convertirse en un gran guerrero-mentat. Debemos alentar esas capacidades si queremos que nos sea útil. —Nadie le discutió su elección.

Paralelamente a la misión para reunir información, Duncan hizo los arreglos necesarios para que un pequeño contingente de operarios descendiera a una zona deshabitada del planeta a recoger agua, aire y cualquier alimento disponible para reponer los suministros de la nave. Solo por si decidían seguir su camino.

Cuando Sheeana estaba ultimando los detalles de la partida, el rabino entró en el puente de navegación y se quedó allí plantado como si esperara un desafío. Sus ojos relampagueaban, y estaba rígido, aunque nadie le había afrentado, ni siquiera habían tenido tiempo de hablarle. Sus palabras les sorprendieron.

—Quiero bajar al planeta con esta expedición. Mi gente insiste. Si este lugar puede o no ser un hogar para nosotros es algo que debo decidirlo yo. No me impediréis que os acompañe. Estoy en mi derecho.

—Somos un grupo pequeño —le advirtió Sheeana—. No sabemos lo que vamos a encontrar ahí abajo.

El rabino señaló con el dedo a Teg.

—Él quiere llevarse a uno de los gholas. Si es seguro para un niño de doce años, es seguro para mí.

Duncan había conocido al Thufir Hawat original. Incluso si aún no había recuperado sus recuerdos, jamás lo habría visto como un simple niño. Aun así dijo:

—No tengo inconveniente en que se una a la expedición, si a Sheeana le parece bien.

—¡Sheeana no es quién para decidir mi suerte!

A ella pareció divertirle el comentario.

—¿Ah, no? Pues a mí me parece que todas las decisiones que tomo a bordo de esta no-nave tienen un impacto directo en su situación.

Teg interrumpió sus pullas con impaciencia.

—Hemos tenido diecinueve años para discutir entre nosotros a bordo de esta nave. Hay un planeta esperándonos. ¿No tendríamos que mirar primero por qué discutimos?

— o O o —

Antes de partir hacia el planeta, un operario nervioso solicitó la presencia de Sheeana en las cubiertas de las celdas. Los futar no dejaban de aullar, y estaban mucho más inquietos que de costumbre en su arboreto rodeado de paredes de metal. Andaban arriba y abajo, buscando la forma de salir. Cuando dos de ellos se encontraban, gruñían e intentaban morderse, y se daban algún zarpazo sin mucho entusiasmo. Luego, antes de que pudieran saltar más que unas pocas gotas de sangre, los hombres-bestia perdían interés y seguían merodeando. Uno de ellos emitió un chillido que helaba la sangre, un sonido diseñado para despertar un miedo primario en el humano. En todos los años que llevaban a bordo de la no-nave, los futar jamás habían exhibido un comportamiento tan frenético.

Sheeana se plantó a la entrada del arboreto, como una diosa.

Contra lo que dictaba el sentido común, desactivó el campo de energía que cerraba el acceso y entró. Solo ella podía tranquilizar a las cuatro criaturas y comunicarse con ellas de una forma primitiva.

Hrrm, que era el más grande de los cuatro, había adoptado un papel dominante, en parte por su fuerza y en parte por su relación con Sheeana. Fue dando saltos hacia ella, y ella no se movió, ni se inmutó. Tenía el pelaje erizado, y enseñó los colmillos, levantando las garras.

—Tú no adiestradora —dijo.

—Soy Sheeana. Ya me conoces.

—Lleva nosotros con adiestradores.

—Ya te prometí que lo haría. En cuanto encontremos a los adiestradores, os entregaremos.

—¡Adiestradores aquí! —Las palabras que pronunció a continuación eran gruñidos y maullidos ininteligibles; luego dijo—: Casa. Casa aquí. —Y se tiró contra la pared. Los otros futar aullaron.

—¿Casa? ¿Adiestradores? —Sheeana aspiró con asombro—. ¿Esta es la casa de los adiestradores?

—¡Nuestra casa! —Hrrm volvió a acercarse—. Lleva nosotros a casa.

Sheeana estiró el brazo para rascarle el punto sensible que tenía en la espalda. La decisión era evidente.

—Muy bien, Hrrm. Os llevaré a casa.

El predador se restregó contra ella.

—No adiestrador. Tú Sheeana.

—Soy Sheeana. Soy tu amiga. Os llevaré con los adiestradores. —Vio que las otras criaturas se habían quedado muy quietas, con los músculos en tensión, listas para saltar si daba la respuesta equivocada. En sus ojos veía un brillo amarillento, de hambre interior y desesperación.

¡El planeta de los adiestradores!

Si las Bene Gesserit querían causar una buena impresión a la gente que vivía allí abajo, devolverles cuatro futar perdidos podía allanarles el terreno. Y sería bueno poder devolverlos al lugar al que pertenecían.

—Sheeana promete —dijo Hrrm—. Sheeana amiga. Sheeana no mujer Honorada Madre mala.

Sonriendo, Sheeana volvió a acariciarle.

—Los cuatro me acompañaréis.

Incluso una gran torre tiene algún punto débil. El guerrero más logrado sabe encontrar y explotar los defectos más pequeños para provocar la ruina total.

MADRE SUPERIORA HELLICA, directiva interna, 67B-1138

Ahora que la madre superiora Hellica le había suministrado los servicios de su investigador mascota, Edrik confiaba en que Uxtal reviviría a uno de los antiguos maestros que sabían crear especia. ¿Acaso no le había dicho el mismísimo Oráculo que había una solución?

Pero ahora la Madre Superiora exigía algo a cambio. Si quería su especia, Edrik no podía negarse.

A desgana, el navegante aceptó la tarea, plenamente consciente de las posibles consecuencias. La bruja Murbella se pondría furiosa, que en parte era la razón por la que le complacía tanto lo que estaba a punto de hacer.

Cinco años atrás, las Honoradas Matres de Gammu cometieron la temeridad de intentar lanzar sus últimos destructores contra Casa Capitular, pero el plan estaba mal desde el principio. Ni siquiera el navegante que dirigía el carguero estaba al corriente del alcance real de la acción. Al atacar Casa Capitular, las Honoradas Matres pretendían eliminar el único lugar donde seguía produciéndose especia. ¡Idiotas! Aquellas necias ramera habían fallado, y la madre comandante Murbella se hizo con los destructores. Poco después, aplastó a las Honoradas Matres en Gammu y lo destruyó completamente.

Sin embargo, esta vez el objetivo era diferente, y Edrik no tenía reparos en ayudar a Hellica a castigar a Murbella y sus brujas avariciosas. Las Bene Gesserit iban a notar el golpe y, en cuestión de momentos, mil millones de personas morirían en Richese. Pero Edrik no se sentía culpable. La Cofradía Espacial no había provocado aquella crisis. Era Murbella quien tendría las manos manchadas de sangre.

La política draconiana de la Nueva Hermandad con la especia no había contribuido precisamente a asegurar la lealtad ni la cooperación de los navegantes. La Cofradía pagaba precios exorbitantes por la melange del mercado negro extraída de antiguos almacenes, mientras que la facción del administrador buscaba alegremente sistemas de guía alternativos que convertirían la figura de los navegantes en algo obsoleto.

Edrik se había visto obligado a buscar su propia fuente de especia, confiando en los recuerdos encerrados en el interior de los gholas del maestro tleilaxu Waff. Una vez esos recuerdos fueran recuperados, los navegantes tendrían una fuente segura y barata de melange.

Su carguero apareció por encima del planeta industrializado. Durante milenios, Richese había sido un centro de sofisticadas tecnologías. La Nueva Hermandad había invertido una fortuna allí, y en los pasados años los astilleros habían crecido más que

ninguna de las renombradas instalaciones de la Cofradía en Conexión ni en ningún otro sitio... eran los más extensos que la raza humana había creado jamás. La Hermandad proclamaba que todas aquellas armas eran para defenderse del Enemigo Exterior. Sin embargo, era evidente que primero Murbella las utilizaría contra las Honoradas Matres de Tleilax.

—Destrúyelo —dijo la madre superiora Hellica desde su sala de observación, bajo la cubierta del navegante—. Destrúyelo todo.

En los monitores no dejaban de sonar pitidos, preguntas y voces que solicitaban establecer comunicación desde los complejos de los puertos espaciales de la superficie y las estaciones de los satélites. Aunque Richese era un importante fabricante de armas enfrascado en los preparativos para las batallas inminentes, nunca habían tenido motivo para ver a la Cofradía Espacial como una amenaza.

—Carguero de la Cofradía, no estábamos al corriente de vuestra llegada.

—Por favor, transmitid vuestro manifiesto. ¿Qué zona de amarre pensáis utilizar?

—Carguero, prepararemos los cargamentos que deben enviarse. ¿Hay algún representante de la CHOAM a bordo?

Edrik no contestó. La Madre Superiora no dio ningún ultimátum, no lanzó ninguna advertencia. Ni siquiera abrió el canal de comunicación para regodearse.

Los hombres de la Cofradía siguieron las instrucciones y desplegaron los pocos destructores que las Honoradas Matres habían conservado en Tleilax. Flotando en su tanque sellado, Edrik sonrió. Esto retrasaría los planes militares de la Nueva Hermandad en años, si no décadas. Todas esas armas desaparecerían, al igual que la capacidad industrial para fabricar más. Con un solo golpe, la madre superiora Hellica quitaría de en medio una clave del arco de la civilización humana.

Lo hago por la especie, pensó Edrik. El Oráculo nos prometió una nueva fuente de especie.

Las compuertas del vientre del carguero se abrieron y los destructores descendieron sobre el planeta como bolas de cañón fundidas. Cuando penetraron suficientemente la atmósfera, se fisieron y empezaron a propagar ondas de calor aniquilador. La gente de Richese vio que el planeta entero empezaba a arder sin entender lo que estaba pasando.

Continentes enteros se agrietaban, los frentes de llamas se extendían furiosos por la atmósfera. Las bandas electromagnéticas estaban colapsadas de gritos desesperados, gritos de terror y dolor, y cuando los destructores completaron su misión solo quedó el hiriente sonido de la estática. Por todo el planeta, talleres de armas, astilleros, ciudades, cadenas montañosas y océanos enteros desaparecieron convertidos en vapor ionizado. El suelo se convirtió en cerámica cocida y caliente.

Incluso Edrik estaba impresionado por lo que veía. Esperaba que Hellica supiera lo que estaba haciendo. La madre comandante Murbella no podría pasar por alto una agresión como aquella, y sabría muy bien a quién debía culpar. Tleilax era el único enclave rebelde que las Honoradas Matres conservaban.

El carguero partió en silencio, y atrás quedó el planeta muerto de Richese.

La podredumbre de dentro se extiende siempre al exterior.

Proverbio sufí

—Hay un momento para las conversaciones y un momento para la violencia. Este no es momento para hablar. —Murbella había convocado a Janess y a Kiria, una antigua Honorada Madre, para que la acompañaran en la torre más alta de Central. Después de la destrucción de Richese, su ira era tan grande que incluso ahogaba las voces de las Otras Memorias—. Tenemos que cortar la cabeza del monstruo.

Se habían destruido tantas armas importantes, una flota gigantesca y armada que casi estaba terminada, todo aquel potencial para defender a la humanidad... ¡y todo arruinado por culpa de aquella ramera de Hellica! Aparte de los cargamentos de armas que ya habían recibido, Murbella no tenía nada que compensara todos aquellos años de pagos a Richese.

En Casa Capitular la mañana era nublada, aunque las nubes se debían a las tormentas de polvo, no a la lluvia. Un frente frío había llegado. Caprichos del clima de un ecosistema en los estertores de la muerte. Allí abajo, en el campo de prácticas, las valquirias vestían hábitos negros con capuchas y guantes para protegerse del viento penetrante, aunque las Reverendas Madres podían manipular su metabolismo para soportar temperaturas extremas. Los enfrentamientos entre ellas eran impresionantes, porque se entregaban a la lucha con abandono. Todas habían oído la noticia de la destrucción de Richese.

—Tleilax es nuestro último objetivo —dijo Kiria—. Tendríamos que actuar sin dilación. Golpear ahora, sin piedad.

Janess se mostraba más cauta.

—No podemos permitirnos nada que no sea una victoria absoluta. Tleilax es el enclave más poderoso que les queda, el lugar donde las rameras están más protegidas.

Murbella adoptó una expresión reservada.

—Por eso precisamente utilizaremos una táctica distinta. Necesito que vosotras dos me despejéis el camino.

—Pero destruiremos Tleilax, ¿verdad? —Kiria estaba obsesionada con la idea.

—No, lo conquistaremos. —La brisa cortante soplaba ahora más fuerte—. Pienso matar a la madre superiora Hellica personalmente, y las valquirias eliminarán al resto de rameras rebeldes. De una vez por todas.

Murbella habría querido tranquilizarlas diciendo que la Nueva Hermandad podría conseguir nuevas armas, nuevas naves, pero ¿dónde? Y ¿cómo afrontar un desembolso tan grande cuando casi estaban en bancarrota y habían ampliado su crédito a unos extremos impensables?

Lo que había que hacer estaba muy claro. Incrementar la recolección de especia en la franja desértica de Casa Capitular y ofrecerla a la voraz Cofradía, cosa que los convencería para que cooperaran en el plan global de la Hermandad para defender a la humanidad. Si satisfacía su sed insaciable de melange, la Cofradía la ayudaría de buena gana a montar una operación militar eficaz. Un precio bien pequeño.

—¿Cuál es vuestro plan, madre comandante? —preguntó Janess.

Murbella se volvió a mirar el rostro severo de su hija y a la temeraria Kiria.

—Vosotras dos bajaréis secretamente a Tleilax con un grupo de valquirias. Vestíos como Honoradas Matres y moveos entre ellas, y descubrid sus puntos débiles. Os doy tres semanas para que descubráis cómo destruir al enemigo desde dentro. Necesito que estéis preparadas para cuando lance el ataque a gran escala.

—¿Queréis que me haga pasar por una de las rameras? —preguntó Janess.

Kiria suspiró.

—Para nosotras será fácil. Ninguna Honorada Madre podría caminar entre nosotras sin que la descubriéramos, pero lo contrario sí es posible. —Le dedicó una sonrisa descomunal a Janess—. Yo te enseñaré cómo hacerlo.

La otra joven ya estaba calibrando las diferentes posibilidades.

—Si actuamos secretamente entre ellas, podemos colocar explosivos en puntos estratégicos, sabotear sus defensas y transmitir planes codificados con los detalles sobre Bandalong. Podemos provocar el caos en el momento decisivo...

Kiria la interrumpió.

—Os despejaremos el camino, madre comandante. —Y dobló sus dedos como garras, ansiosa por volver a probar la sangre—. Estoy impaciente.

Murbella miraba a lo lejos. Cuando se hubieran asegurado Tleilax, la Nueva Hermandad, la Cofradía Espacial y los otros aliados de la humanidad podrían hacer frente al verdadero Enemigo. *Si hemos de ser destruidos, que sea a manos de nuestro verdadero enemigo, no con un puñal clavado en la espalda.*

—Quiero que venga un representante de la Cofradía enseguida. Tengo una propuesta que hacer.

La Dispersión nos llevó mucho más allá del alcance de cualquier amenaza. También nos cambió, e hizo que nuestras líneas genéticas se diversificaran tanto que la palabra «humano» ya nunca volverá a significar una única cosa.

MADRE SUPERIORA ALMA MAVIS TARAHA, *Petición de análisis y modificación del programa reproductivo Bene Gesserit*

La gabarra de la no-nave voló en círculos sobre una zona boscosa cerca de uno de los extraños asentamientos de los nativos. Sheeana vio una ciudad parecida a un parque con torres cilíndricas repartidas entre los árboles, camufladas para pasar desapercibidas entre el paisaje. Los adiestradores (si eran ellos realmente quienes vivían allí) repartían sus asentamientos de forma regular por las zonas de bosque. Por lo visto aquella gente prefería los espacios abiertos a la vida en metrópolis masificadas como colmenas. Quizá la Dispersión había sofocado en ellos el deseo de aglomeraciones.

Aunque no había tenido muchas ocasiones de hacer prácticas de vuelo, era evidente que el Bashar recordaba cómo hacerlo de su vida anterior. Cuando aterrizó en un prado salpicado de flores, Sheeana apenas notó una ligera sacudida. El joven Thufir Hawat iba en el asiento del copiloto, observando todo cuanto hacía su mentor.

Los principales edificios de aquella ciudad de bosque eran elevados cilindros de varios pisos de altura contruidos con madera lacada en dorado, como tubos de un órgano para una catedral en la espesura. ¿Torres de vigilancia? ¿Estructuras defensivas? ¿O se trataba simplemente de plataformas de observación para tener una vista privilegiada sobre los bosques serenos y fluidos?

A su alrededor, los densos bosques de álamos temblones de corteza plateada se veían sanos y hermosos, como si los nativos los cuidaran con mimo. En la nave, guiándose por las parcas descripciones de los futar, Sheeana había intentado recrear lo mejor posible el hogar que recordaban. Sin embargo, al contemplar los majestuosos álamos comprendió que había fracasado miserablemente.

Seguros en la cámara de carga de la gabarra, los cuatro futar hacían ruidos y aullaban impacientes, como si intuyeran que estaban en casa y supieran que los adiestradores estaban muy cerca. Cuando la escotilla lateral de la nave se abrió y la rampa de desembarque se extendió, Sheeana salió la primera. Teg y Thufir se unieron a ella en la suave hierba; en cambio el rabino prefirió esperar junto a la escotilla.

Sheeana dio una bocanada de aquel aire tan puro, saturado del aroma resinoso a pulpa de madera y hojas, a serrín y lluvia. Diminutas flores blancas y amarillas añadían un toque perfumado. El aire perpetuamente reciclado del *Ítaca* nunca olía tan bien, ni tampoco el aire seco de Rakis, donde Sheeana había pasado su infancia, ni siquiera en Casa Capitular.

No muy lejos, Sheeana veía figuras en lo alto de las torres. Otras siluetas aparecieron en las pequeñas ventanas recortadas en el mosaico lacado de tablones. Los vigías señalaban desde los tejados circulares. El sonido de los cuernos resonaba por el bosque y señales estroboscópicas destellaban para alertar a observadores más lejanos. Todo tenía un aspecto bucólico, natural y refrescantemente primitivo.

Cuando finalmente una delegación fue a su encuentro, Sheeana y sus compañeros pudieron ver por primera vez a los supuestos adiestradores. Como raza, aquella gente eran altos y delgados, con cabezas alargadas y hombros estrechos. Sus largas extremidades colgaban sueltas, y se doblaban con ligereza por las articulaciones.

El líder del grupo era un hombre relativamente atractivo con un pelo tieso de un blanco plateado. Lo más sorprendente era una franja oscura de pigmento que cruzaba su rostro pálido pasando por encima de los ojos verdes, como la máscara de un bandido. Todos los nativos, hombres y mujeres por igual, presentaban la misma pigmentación, que no parecía artificial.

Como portavoz del grupo, Sheeana se adelantó. Antes de que tuviera tiempo de decir nada, vio que los nativos la miraban con recelo, evaluando, condenando. No se fijaron en el Bashar, ni en el rabino, ni en Thufir Hawat, no, sus ojos agudos la miraban solo a ella. Sheeana se puso enseguida en guardia, buscando en su mente. ¿Había hecho algo mal?

Y entonces, mientras meditaba en el grupo que la acompañaba —un anciano, un joven y un niño junto a una mujer fuerte que obviamente asumía el mando—, de pronto comprendió su estupidez. Los adiestradores habían creado a los futar para que cazaran y mataran a Honoradas Matres. Por tanto, eso es que consideraban a las ramerías sus enemigos mortales. Y al verla aparentemente al frente de aquellos hombres...

—No soy una Honorada Matre —espetó antes de que sacaran una conclusión equivocada—. Estos hombres no son mis esclavos. Todos nosotros hemos luchado contra las Honoradas Matres, y huimos de ellas.

El rabino reaccionó con sorpresa, mirando a Sheeana con el ceño fruncido, como si no entendiera de qué hablaba.

—¡Por supuesto que no eres una Honorada Matre! —No había captado aquella corriente subterránea de recelo.

Teg, en cambio, asintió, porque comprendió enseguida.

—Tendríamos que haberlo pensado. —Thufir Hawat también analizó la información y llegó a la misma conclusión.

El hombre más alto con ojos de mapache consideró sus palabras por un momento, miró a los tres hombres que acompañaban a Sheeana e inclinó su cabeza alargada. Su voz era tranquila pero resonante, como si le saliera de muy adentro del pecho y no de la garganta.

—Entonces tenemos el mismo enemigo. Soy Orak Tho, adiestrador mayor de este distrito.

Adiestradores. Entonces es cierto. Sheeana sintió una oleada de emoción, y alivio.

Orak Tho se inclinó hacia delante, acercándose desagradablemente a Sheeana. En lugar de ofrecerle la mano en un gesto más tradicional de saludo, olfateó con fuerza la base de su cuello. Y se incorporó sorprendido.

—Lleváis futar con vosotros. Los huelo en tu piel y tus ropas.

—Cuatro, rescatados de manos de las Honoradas Matres. Nos pidieron que los trajéramos aquí.

Teg le susurró algo a Thufir, y el joven corrió obedientemente a la gabarra. Sin demostrar ningún miedo, dejó salir a los cuatro hombres-bestia de la cámara de seguridad. Los futar salieron dando brincos, felices, con Hrrm a la cabeza. Dando gráciles saltos, Hrrm corrió por la hierba hacia el líder de los adiestradores y sus compañeros.

—¡Casa! —ronroneó Hrrm contra su cuello.

Orak Tho inclinó su rostro estilizado para acercarse a Hrrm. Los movimientos del adiestrador también tenían un algo animal. Quizá aquellos amaneramientos les ayudaban a relacionarse con los futar, o quizá es que aquellas dos ramas codependientes de la humanidad no estaban tan alejadas después de todo.

Los futar correteaban alrededor de los adiestradores, que los tocaban y los olfateaban entusiasmados. Sheeana percibía el fuerte olor de las feromonas, liberadas como forma de comunicación o de control. Hrrm se apartó de los otros un instante y se volvió hacia Sheeana. Y en el resplandor de sus ojos amarillos de predador, Sheeana vio una inmensa gratitud.

Los recuerdos de un ghola pueden ser un cofre del tesoro o un demonio que espera agazapado para saltar. No desates nunca el pasado de un ghola sin tomar antes precauciones.

REVERENDA MADRE SCHWANGYU, informe desde Central de Gammu

Después de tres años de intentos infructuosos y diferentes técnicas de tortura para despertar sus recuerdos, Vladimir empezaba a temer que Khronne estuviera perdiendo el interés, o la esperanza. El Danzarín Rostro estaba atrapado en una rutina de métodos ineficaces y, sencillamente, ya no sabía lo que hacía. Aun así, el joven ghola de quince años esperaba con entusiasmo sus pequeñas «sesiones de sufrimiento». Ya había descubierto que Khronne no le haría daño de verdad, y había acabado por disfrutar del dolor.

Ese día, cuando los Danzarines Rostro que lo vigilaban le dijeron que se tendiera en una mesa diferente, no se molestó en disimular una amplia sonrisa. Parecía que sus sonrisas les ponían muy nerviosos.

Vladimir no cooperaba para complacer a Khronne, pero sentía una gran curiosidad por acceder a los recuerdos del barón Harkonnen histórico. Estaba seguro de que de ellos podía sacar muchas ideas excelentes para divertirse. Por desgracia, el hecho de que quisiera recuperar sus recuerdos, sumado al perverso placer que sentía con el dolor que le infligían, era un impedimento.

Mientras esperaba, miró aquella cámara carcelaria con paredes de piedra del castillo restaurado, imaginando cómo fue en la antigüedad. Seguramente los Atreides la hicieron soleada y luminosa, aunque quién sabe si algún duque olvidado no la había usado para torturar a Harkonnen cautivos.

Sí, Vladimir podía imaginar los instrumentos que utilizaban.

Sondas electrónicas que penetraban en los cuerpos vivos, instrumentos perforadores que buscaban y destruían órganos específicos. Arcaicos, anticuados y efectivos...

Cuando Khronne entró en la sala, su rostro normalmente plácido mostraba pequeñas señales de tensión en torno a los ojos y la boca.

—En nuestra última sesión estuviste a punto de morir. Demasiado estrés cerebral. Tendré que calibrar mejor tus límites.

—Oh, debió de ser terrible para ti —dijo el joven con sarcasmo, y suspiró con exageración—. Si para restaurar mis recuerdos se necesita tanto dolor como para matarme, todos tus esfuerzos habrían sido en vano. ¿Qué hacemos, eh? ¿Qué hacemos?

El Danzarín Rostro se inclinó sobre él.

—Lo verás enseguida.

Vladimir oyó sonido de maquinaria, algo que claqueteaba y llegaba sobre ruedas a la habitación. Se acercó hacia su cabeza por detrás, pero permaneció fuera de su campo de visión. La expectación y el miedo eran deliciosos. ¿Qué haría Khrono diferente esta vez?

Por el sonido, seguramente la máquina estaba justo detrás, pero no se detuvo. Vladimir volvió la cabeza a un lado y a otro y vio una cámara cilíndrica con gruesas paredes que lo engullía, como una ballena. Era como una tubería muy grande o una unidad médica de diagnóstico. O un ataúd.

Vladimir sintió un ramalazo de placer mientras trataba de adivinar qué sería aquello. ¡Una caja de Agonía de cuerpo entero! Los Danzarines Rostro debían de haberla construido especialmente para que él viviera una experiencia más íntima. El joven sonrió, pero no preguntó para no estropear la sorpresa. Desde fuera, Khrono observaba con una expresión ininteligible mientras la mesa entera entraba en la cámara. Los feos observadores de parches también estaban allí, pero nadie hablaba.

La tapa del extremo de la máquina se cerró y se selló con un siseo. Vladimir notó que los oídos se le taponaban por el cambio en la presión. La voz de Khrono le llegó a través de un sistema de megafonía con sonido metálico.

—Estás a punto de experimentar una variante de los procesos utilizados por los antiguos maestros tleilaxu para desarrollar a sus mentat torcidos.

—Ah, en una ocasión tuve a un mentat torcido. —Vladimir rio con una genuina falta de miedo—. ¿Me vas a explicar cómo funciona el aparato o prefieres que lo pruebe directamente?

En el interior del cilindro la iluminación se apagó y lo dejó en una completa oscuridad. ¡Sí, aquello era distinto!

—¿Crees que me da miedo la oscuridad? —gritó, pero las paredes del cilindro estaban revestidas con una sustancia que absorbía los sonidos y se tragaba incluso el susurro de un eco. Vladimir no veía nada.

A su alrededor percibía un leve zumbido, y la sensación de ingravidez era cada vez más acusada. La mesa de debajo de su cuerpo desapareció; ya no la sentía contra su espalda. Estaba en un campo suspensor que lo mantenía perfectamente equilibrado e inmóvil; no veía ni sentía nada. Allí dentro la temperatura era perfecta, no hacía ni frío ni calor. Y entonces también desapareció el leve zumbido, y se hizo un silencio tan absoluto que solo quedó el ligero pitido de sus oídos, y después ni eso.

—¿Qué aburrimiento! ¿Cuándo va a empezar?

La oscuridad se prolongó, acompañada del silencio, su compañero. Vladimir no sentía nada, no podía moverse.

El joven hizo un sonido algo rudo.

—¡Esto es ridículo! —Khrono todavía no comprendía los entresijos del sadismo—. Juegas con mi cuerpo para llegar a mi mente y con mi mente para llegar a mi cuerpo, retuerces, contorsionas. ¿Es eso todo lo que tienes?

Diez minutos más tarde —¿o sería una hora?— seguía sin recibir respuesta.

—¿Khrone?

No pasaba nada. Estaba bastante cómodo, desprovisto de cualquier sensación.

—¡Estoy listo! ¡Pórtate lo peor que sepas!

Khrone no contestó. No hubo dolor. Nada. Debían de estar tratando de llevar su expectación a niveles febriles. Se humedeció los labios. Sí, seguro que empezarían enseguida.

Pero Khrone lo dejó en aquel aislamiento e ingravidez durante una eternidad.

Vladimir trataba de aferrarse al recuerdo de sensaciones anteriores, pero se escabullían y se desvanecían en su mente. En un esfuerzo por recuperar su pensamiento, siguió una senda mental y se vio transportado por un conducto neural a lo más profundo de su cerebro, a un dominio de oscuridad total. Las experiencias que buscaba eran como cabezas de alfiler de luz allí delante, y él nadaba tratando de alcanzarlas. Pero ellas eran más rápidas y no podía atraparlas.

Pasó otra eternidad.

¿Horas? ¿Días?

No sentía nada. Absolutamente nada. Vladimir no quería estar allí. Quería salir a la luz de la vida de gholas que tenía antes de que empezara aquello. Pero no podía. ¡Era una trampa!

Con el tiempo, gritó. Al principio, solo fue para hacer ruido, para perturbar aquel vacío palpitante. Luego gritó de verdad. Y una vez empezó ya no pudo parar.

Y aun así, el silencio continuaba. Vladimir forcejeaba, se debatía, pero el campo le impedía moverse. No podía respirar. No podía oír.

¿Le habrían cegado los Danzarines Rostro de algún modo? ¿Le habrían dejado sordo?

Vladimir se mojó, y por unos instantes aquella sensación fue una revelación, pero se desvaneció enseguida. Y quedó solo en la oscuridad, vacía, silenciosa. Necesitaba sensaciones, estímulos, dolor, interacción, placer. ¡Lo que fuera!

Finalmente, notó un cambio gradual a su alrededor. Luz, sonidos, olores inexistentes que empezaban a penetrar y llenaban gradualmente el universo estigio, convirtiéndolo en algo distinto.

Incluso el destello más ínfimo era como una explosión. Con este catalizador, los sentidos se desbordaron en su mente consciente e inconsciente, llenando cada cavidad. Y el dolor, un dolor mental que hacía que se sintiera como si la cabeza le fuera a estallar.

Volvió a gritar. Esta vez el dolor no le produjo ninguna semblanza de placer.

La vida entera del barón Vladimir Harkonnen penetró en el cuerpo del gholas con la sutileza de una avalancha. Recuperó cada pensamiento y cada experiencia, todo hasta el momento de su primera muerte en Arrakis. Vio a la pequeña Alia clavándole una aguja envenenada, el gom jabbar...

Su universo interior se expandió y volvió a oír voces. Ahora estaba fuera de la cámara, le habían sacado de aquella especie de ataúd.

El barón se sentó con indignación, complacido y sorprendido al notar aquel cuerpo más joven. Parecía algo rechoncho por un exceso de caprichos, pero estaba lejos del abotagamiento y la debilidad de la enfermedad que Mohiam le había causado. Se miró a sí mismo, sonrió a los Danzarines Rostro.

—¡Ajá! Lo primero que quiero es un buen guardarropa. Y luego quiero ver a ese mocoso Atreides que habéis creado para mí.

Khrone se acercó, con expresión inquisitiva.

—¿Tenéis acceso a todos vuestros recuerdos, barón?

—¡Por supuesto! El barón Harkonnen ha vuelto. —Deambuló por su pensamiento, reafirmandose al ver todas las cosas que había logrado en su gloriosa vida original. Estaba encantado de volver a ser él mismo.

Pero en lo más profundo de su cerebro, acechando en el fondo de su mente, intuía que algo iba mal, algo que escapaba a su control.

Una presencia no deseada se había unido a él en su mente, haciendo autoestop con sus recuerdos.

Hola, abuelo, dijo la voz de una niña. Y rio tontamente.

La cabeza del barón se sacudió. ¿De dónde había salido aquello? No la veía.

¿Me has añorado, abuelo?

—¿Dónde estás?

Donde no me puedas perder. Ahora siempre estaré contigo. Igual que hacías tú conmigo, siempre acosándome, apareciéndote en visiones, negándote a darme reposo. La risita de la niña se volvió más aguda. *Ahora me toca a mí.*

Era la Abominación, la hermana de Paul.

—¿Alia? ¡No, no! —Su mente debía de estar jugándole una mala pasada. Se clavó los dedos en la sien, pero la voz estaba dentro, no podía llegar a ella. Con el tiempo, se iría.

Yo no contaría con eso, abuelo. He venido para quedarme.

Por muy altruista que diga ser, toda civilización tiene sus métodos para interrogar y torturar a los prisioneros, así como elaborados sistemas para justificar tales actos.

De un informe Bene Gesserit

Aunque genéticamente era idéntico a los otros siete gholas de la primera hornada, al Waff número 1 no le gustaba ser tan bajo, pequeño y débil. Su cuerpo acelerado había alcanzado la madurez en menos de cuatro años, pero él quería ser lo bastante fuerte para escapar de aquel encierro enloquecedor.

Mientras miraba a través del reluciente campo que los mantenía encerrados, Waff hervía de rabia contra Uxtal y sus ayudantes de laboratorio. Igual que sus siete compañeros. El tleilaxu perdido era como un guardián nervioso, y los reunía y los aguijoneaba continuamente. Los ocho Waffs lo detestaban.

El número 1 se imaginaba clavando sus dientes en el cuello de Uxtal y sintiendo la sangre caliente en su boca. Sin embargo, ahora el investigador y sus ayudantes eran más cautos. Los hermanos gholas no tendrían que haberles atacado cuando lo hicieron, no estaban preparados. Había sido un error táctico. Pero claro, hacía un año eran muchísimo más jóvenes.

A salvo del otro lado del campo energético de confinamiento, con frecuencia Uxtal les daba sermones sobre su Gran Creencia en los que insinuaba que los tleilaxu originales eran criminales y herejes. Y sin embargo, todos los Waffs sabían que quería algo de ellos. Desesperadamente. Eran lo bastante listos para comprender que no eran más que peones.

Con frecuencia, Ingva, la ajada Honorada Madre, hablaba con Uxtal de la melange como si no creyera o no le importara que la oyeran. Quería saber cuándo iban a revelar su secreto los niños.

Waff no era consciente de que tuviera ningún secreto. No recordaba ninguno.

—Se imitan y se miran en los otros —le decía Uxtal a Ingva—. Les he oído hablar simultáneamente y proferir los mismos sonidos, los mismos movimientos. Según parece, los gholas de los otros grupos están creciendo aún más deprisa.

—¿Cuándo podremos empezar? —Ingva se acercó peligrosamente y el pequeño investigador pareció violentarse—. Estoy dispuesta a amenazarte o tentarte con una experiencia sexual que iría más allá de tus fantasías más increíbles.

Uxtal se encogió y cuando contestó la voz se le quebró del miedo.

—Sí, estos ocho están todo lo listos que podrían estar. No tiene sentido esperar más.

—Son prescindibles —dijo Ingva.

—No exactamente. La siguiente hornada es seis meses más joven, y los otros han salido de los tanques más recientemente. Un total de veinticuatro, de diferentes edades. Aun así, si nos vemos obligados a matar a estos ocho, pronto habrá otros.

Podemos intentarlo todas las veces que haga falta. —Tragó con dificultad—. Es de esperar que haya errores.

—No, no lo es. —Ingva desactivó el campo de fuerza y se relamió. Ella y Uxtal penetraron en la cámara protegida mientras los ayudantes montaban guardia en el exterior. Los ocho gholas se agruparon y retrocedieron. Hasta entonces no habían sabido que había tantos gholas Waff criándose en otros lugares del edificio.

Uxtal dedicó a los gholas acelerados una forzada sonrisa de ánimo que no convenció a ninguno.

—Venid con nosotros. Hay algo que debemos enseñaros.

—¿Y si nos negamos? —preguntó el Waff número 3.

Ingva rio entre dientes.

—Entonces os llevaremos a rastras... inconscientes, si hace falta.

Uxtal trató de engatusarlos.

—Al fin descubriréis por qué estáis aquí, por qué os hemos creado y qué tenéis que nosotros necesitamos.

El Waff 1 vaciló, miró a sus hermanos idénticos. Era una tentación que no podían resistir. Aunque habían recibido una inducción educativa forzada, aunque les habían dado unos antecedentes inexplicables como base para «algo», los gholas necesitaban desesperadamente comprender.

—Yo voy —dijo el Waff 1, y de hecho cogió a Uxtal de la mano, como un niño obediente. El nervioso investigador dio un respingo ante el contacto, pero salió con ellos de la cámara. Los Waffs del 2 al 8 los siguieron.

Entraron en un laboratorio cerrado y Uxtal hizo desfilar a los gholas ante un espectáculo: varios maestros tleilaxu conectados a tubos y diferentes instrumentos. La baba les resbalaba por sus barbillas grises. Unas máquinas cubrían sus genitales, bombeando, ordeñándolos, llenando unas botellas translúcidas. Todas las víctimas tenían un desagradable parecido con los Waffs, solo que eran mayores.

Uxtal esperó mientras los niños asimilaban lo que estaban viendo.

—Vosotros erais esto. Todos.

El Waff número 1 alzó el mentón con cierto orgullo.

—¿Éramos maestros tleilaxu?

—Y ahora debéis recordar lo que erais. Junto con todo lo demás.

—¡Que se pongan en fila! —ordenó Ingva. Uxtal le pasó el Waff con brusquedad a un ayudante y esperó hasta que todos estuvieron delante.

Andando a un lado y a otro ante las copias idénticas, como un comandante de caricatura, Uxtal dio explicaciones y exigió.

—Los antiguos maestros tleilaxu sabían cómo manufacturar melange utilizando tanques axlotl. Vosotros tenéis el secreto. Está enterrado en vuestro interior. —Hizo una pausa y unió las manos a la espalda.

—No tenemos nuestros recuerdos —dijo uno de los Waffs.

—Entonces encontradlos. Si recordáis, os dejaremos vivir.

—¿Y si no lo hacemos? —preguntó el Waff número 1 desafiante.

—Vosotros sois ocho, y tenemos más. Nos basta con que recuerde uno. Los demás sois totalmente prescindibles.

Ingva rio entre dientes.

—Y si los ocho nos falláis, simplemente, pasaremos a los ocho siguientes y repetiremos el proceso. Tantas veces como sea necesario.

Uxtal trató de dar una imagen intimidatoria.

—Bueno, ¿quién de vosotros piensa decirnos lo que queremos saber?

Los gholas idénticos estaban en fila; algunos se movían inquietos, otros conservaban la expresión desafiante. Se trataba de una técnica estándar para despertar gholas, llevarles a una crisis psicológica y física que obligara a los recuerdos a superar las barreras químicas que les impedían salir.

—Yo no me acuerdo —dijeron todos los Waffs al unísono.

Un alboroto los interrumpió, y al volverse Uxtal vio a la madre superiora Hellica. Estaba resplandeciente, con unas mallas púrpuras y rodeada de velos y capas vaporosos, y entró en la sala a la cabeza de una pequeña delegación de la Cofradía y de la cámara flotante y siseante de un navegante. ¡El mismísimo Edrik!

—Venimos a ver cómo finalizas tu tarea, hombrecito. Y, si lo consigues, para acordar unos términos financieramente aceptables con los navegantes.

Rodeado de penachos de gas anaranjado y canela, Edrik se aproximó a la ventana panorámica de su tanque. Los ocho gholas sintieron que la tensión aumentaba en la cámara.

Uxtal reunió el valor para gritar a los Waffs, aunque casi quedó cómico.

—¡Decidnos cómo fabricar especia en los tanques axlotl! Hablad si queréis seguir con vida.

Los Waffs entendieron la amenaza, la creyeron, pero no tenían ningún recuerdo que revelar, ningún conocimiento guardado. El sudor brotó de sus pequeñas frentes grises.

—Sois el maestro tleilaxu Tylwyth Waff. Todos lo sois. Cada uno de vosotros es todo lo que él fue. Antes de morir en Rakis, Waff preparó gholas de reemplazo para su persona aquí en Tleilax. Utilizamos las células de esos de ahí —y señaló con la cabeza a los pobres descerebrados que yacían en las mesas de extracción— para crearos a los ocho. Tenéis sus recuerdos guardados en vuestras mentes.

—Evidentemente, necesitan un incentivo —dijo la madre superiora Hellica con aire aburrido—. Ingva, mata a uno. El que quieras, da lo mismo.

La vieja Honorada Madre había estado esperando que la activaran, como una máquina de matar. Podría haber atacado con la tradicional combinación de golpes y patadas, pero tenía preparado algo más colorido. Sacó un largo cuchillo de degüello que había confiscado en la granja vecina. Con un rápido movimiento lateral de la monohoja y un chorreón de sangre, Ingva decapitó al Waff número 4 en medio de la fila.

Cuando la cabeza golpeó el suelo, el Waff 1 gritó en un gesto de simpatía, igual que sus hermanos supervivientes. La cabeza se detuvo en un ángulo extraño y quedó mirando con ojos vidriosos el charco que se estaba formando con su sangre. Todos los gholas trataron de correr como ratoncillos asustados, pero fueron brutalmente contenidos por los ayudantes.

Uxtal se puso verde, como si fuera a desmayarse o vomitar.

—¡Los recuerdos se activan mediante una crisis psicológica, Madre Superiora! Matar a uno no basta. Tiene que ser mediante una angustia prolongada. Un dilema mental...

Hellica tocó la cabeza ensangrentada con un dedo del pie.

—Este no debía ser torturado, hombrecito, los otros siete sí. Es una regla básica: si solo infliges dolor, el sujeto se puede aferrar a la esperanza de que la tortura acabará, de que puede sobrevivir. —Una débil sonrisa despojó el rostro de la Madre Superiora de toda belleza—. Sin embargo, ahora los otros no tienen ninguna duda: si yo digo que mueran, morirán. No es broma. La certeza de que van a morir debería ser suficiente acicate... porque de lo contrario morirán. ¡Y ahora, procede!

Ingva dejó el pequeño cuerpo tirado en el suelo.

—Quedáis siete —dijo Uxtal, que ya había alcanzado su punto de crisis—. ¿Quién de vosotros recordará primero?

—¡No conocemos la información que pedís! —gritó el Waff 6.

—Es una pena. Intentadlo con más empeño.

Mientras Hellica y el navegante observaban, Uxtal hizo una señal a Ingva. La mujer se tomó su tiempo para elegir, aumentando la tensión, andando arriba y abajo detrás de la fila de jóvenes gholas.

Los Waffs temblaban y se sacudían, mientras ella seguía acechando por detrás.

—¡No me acuerdo! —lloriqueó el Waff 3.

Como respuesta, Ingva le clavó el cuchillo por la espalda, haciéndolo salir por el pecho, y atravesando de paso el corazón.

—Entonces no nos sirves.

El Waff 1 sintió que un agudo dolor le atravesaba el corazón, como si un eco de aquella hoja se le hubiera clavado a él. El clamor de su mente iba en aumento. Ya no tenía pensamientos desafiantes, no pensaba en ocultar información. No oponía resistencia a los recuerdos o las vidas pasadas que llevaba en su interior. Apretó los ojos y gritó con fuerza para sus adentros, suplicando a su cuerpo que le dijera lo que sabía.

Pero no pasó nada.

Ingva alzó su largo cuchillo y levantó en el aire al Waff 3, que aún agitaba las piernas. Luego dejó que se escurriera por la hoja y cayera con un golpe sordo al suelo. Retrocedió, esperando a que la volvieran a llamar. Era evidente que estaba disfrutando.

—Hacéis esto más difícil de lo necesario —dijo Uxtal—. Los otros podéis seguir con vida... lo único que tenéis que hacer es recordar. ¿O es que la muerte no significa nada para un ghola?

Con un suspiro de decepción, asintió con el gesto e Ingva mató a otro.

—Quedáis cinco. —Bajó la vista a aquel desagradable estropicio, luego miró con aire de disculpa a Hellica—. Existe la posibilidad de que ninguno de estos gholas sea válido. La siguiente hornada pronto estará lista, pero quizá tendríamos que preparar más tanques axlotl, por si acaso.

—¡Lo estamos intentando! —gritó uno de los Waffs.

—Pues os morís. El tiempo se acaba. —Uxtal esperó un momento, hasta que su expectación se convirtió en una visible desazón. Él también sudaba; su carrera colgaba de un hilo.

Ingva mató a otro. Ahora la mitad de los Waffs yacían muertos en el suelo.

Unos momentos después mató al quinto: se acercó por detrás, lo agarró de sus cabellos oscuros y le cortó el cuello.

Histéricos, los tres Waffs que quedaban se pusieron a mesarse los cabellos y golpearse el pecho y el rostro, como si pensaran que golpeándose físicamente iban a despertar sus recuerdos. Con su largo cuchillo, Ingva les hacía pequeños cortes juguetones en la piel gris. Y, a pesar de sus protestas frenéticas, mató a un sexto ghola.

Solo quedaban dos.

El Waff 1 y su gemelo —el Waff 7— notaban pensamientos y experiencias ocultos que burbujearan en el torbellino de sus mentes, como comida regurgitada. El Waff 1 contemplaba la agonía que le rodeaba, veía los cadáveres de sus hermanos. Aquellos recuerdos estaban ocultos, pero no detrás del velo del tiempo. Tenía la sospecha de que los antiguos maestros habían implantado una especie de sistema de seguridad.

—¡Oh, mátalos a todos! —dijo Hellica—. Hoy te hemos hecho perder tu tiempo, navegante.

—Espera —dijo Edrik a través del altavoz de su tanque—. Deja que termine el juego.

La tensión y el pánico de los dos gholas había alcanzado el límite. A aquellas alturas la presión tendría que haber provocado el crítico desenlace.

Actuando de motu propio, sin mirar ni a Uxtal ni a la Madre Superiora, Ingva rajó con su cuchillo el vientre del Waff 7 y lo destripó. La sangre y las entrañas empezaron a salir, y el joven se dobló, gritando, tratando de aguantarse los intestinos. Tardó un buen rato en morir, llenando la habitación con sus gemidos, mientras Uxtal no dejaba de pedirle que hablara.

La Madre Superiora se acercó mirando a Uxtal con expresión furiosa.

—Esto es un tedioso fracaso, hombrecito. No vales nada. —Sacó una daga pequeña y gruesa de su cintura. Se acercó al Waff 1 y colocó la punta contra su sien

—. Aquí está el punto más delgado de tu cráneo. Con poco que apriete, la hoja penetrará en tu cerebro. ¿Crees que eso liberará tus recuerdos? —La punta de la daga hizo aparecer una gota de sangre oscura—. Tienes diez segundos.

El Waff estaba mareado de terror y solo era vagamente consciente de que sus intestinos y su vejiga se habían aflojado. Hellica empezó la cuenta atrás. Al joven los números le martilleaban en la cabeza. Números... fórmulas, cálculos. Sagradas combinaciones matemáticas.

—¡Esperad!

La Madre Superiora terminó la cuenta atrás. El navegante seguía observando. Uxtal mismo temblaba de terror, convencido de que luego lo mataría a él.

De pronto el Waff empezó a soltar un flujo de información que no había salido de los sistemas de educación forzada. Brotaba de sus labios como aguas residuales de una tubería reventada. Materiales, procedimientos, citas aleatorias del catecismo secreto de la Gran Creencia. Describió reuniones secretas con las Honoradas Matres a bordo de una no-nave, en las que el viejo tleilaxu hablaba de traicionar a las Bene Gesserit, de que él y sus compañeros los maestros no confiaban en los tleilaxu perdidos que habían regresado de la Dispersión extrañamente cambiados. Tleilaxu perdidos como Uxtal...

—Por favor, retirad el cuchillo, Madre Superiora —dijo el navegante.

—¡Aún no ha revelado la información que necesitamos! —Ingva esgrimió su cuchillo, visiblemente impaciente por matar al último ghola, como si no hubiera derramado sangre suficiente por un día.

—Lo hará. —Uxtal miró al desdichado y aterrado ghola—. El Waff ha quedado momentáneamente abrumado por la avalancha de su vida pasada.

—¡Vidas! —En un gesto desesperado de autodefensa, el maestro redespertado escupió todo lo que pudo. Pero su memoria era imperfecta y no tenía acceso a todo. Secciones enteras de conocimientos estaban corrompidas... un efecto secundario del proceso prohibido de aceleración.

—Dadle tiempo para ordenarlo todo —dijo Uxtal con voz patéticamente aliviada—. Incluso con lo poco que ha dicho veo posibles métodos que pueden ayudarme con la melange. —Hellica aún tenía la punta de la daga contra la sien del Waff—. ¡Madre Superiora, es un recurso demasiado importante para desaprovecharlo en estos momentos! Podemos incentivarlo para que saque más cosas.

—O torturarlo —sugirió Ingva.

Uxtal aferró la mano sudada del último ghola.

—Necesito a este para mis trabajos. De otro modo, habría retrasos. —Y, sin esperar respuesta, se llevó al Waff de piernas temblorosas de aquel macabro escenario.

—Recoge todo esto —le ordenó Hellica a Ingva, que a su vez ordenó a los ayudantes de laboratorio que lo hicieran.

Cuando se alejaba a toda prisa con su joven protegido, Uxtal bajó la voz a un susurro amenazante:

—He mentido para salvarte la vida. Y ahora dame el resto de la información.

El ghola casi se cae redondo.

—No recuerdo nada más. Lo tengo todo mezclado ahí dentro. Pero intuyo grandes lagunas. Hay algo mal...

Uxtal lo abofeteó.

—Será mejor que pienses algo y pronto. Porque si no los dos estamos muertos.

Como seres humanos, tenemos dificultades para movernos en un entorno en el que nos sentimos amenazados. La amenaza se convierte en el eje de nuestra existencia. Sin embargo, la «seguridad» es una de las grandes ilusiones del universo. No existe ningún lugar donde se esté realmente seguro.

Estudio sobre la condición humana, archivos Bene Gesserit, sección VZ908

Los adiestradores recibieron a sus visitantes como amigos y aliados, y quisieron saber más sobre sus enfrentamientos con las Honoradas Matres. El grupo se sentó en lo alto de una de las amplias torres cilíndricas. Sobre una piedra plana, en medio del suelo de tablones, un brasero emitía un resplandor cálido y reconfortante a la noche.

—Sabíamos que veníais —dijo Orak Tho—. Cuando desactivasteis el campo negativo para lanzar vuestras pequeñas naves, detectamos vuestra inmensa nave. También sabemos que habéis mandado grupos a buscar alimentos a zonas deshabitadas del planeta. Estábamos esperando que vinierais directamente a nosotros.

Miles Teg, acucillado junto a Sheeana, estaba sorprendido, porque aquella gente no parecía tener una tecnología muy avanzada.

—Se necesitan detectores muy sensibles para localizarnos.

—Hace tiempo, por nuestra propia seguridad, desarrollamos un sistema para detectar las naves pilotadas por Honoradas Matres. Y, dado que se consideran infalibles, no es difícil.

—La soberbia es su principal debilidad —dijo Thufir Hawat.

Bajo la franja de piel oscura los ojos verdes destellaron.

—Tienen muchas debilidades. Y tuvimos que aprender a explotarlas.

Comieron todos juntos: nueces, fruta, pescado ahumado y medallones de una carne oscura y especiada que al parecer procedía de un roedor arborícola. El rabino estaba más relajado de lo que Sheeana le había visto nunca, aunque parecía preocupado por la procedencia de la comida. Estaba claro que había tomado una decisión: quería que su gente se estableciera allí, si los adiestradores les aceptaban.

Mientras estuvieron sentados en el tejado abierto, escuchando el zumbido de los insectos nocturnos y viendo oscuros pájaros que se abalanzaban, Sheeana se sintió aislada. Según los escáneres, la población de adiestradores era relativamente grande, y había minas e industrias en otras zonas del planeta. Por lo visto habían desarrollado una civilización tranquila y pacífica.

—Imagino que vuestro pueblo se originó en la Dispersión, mucho después de la muerte del Tirano. ¿Este planeta fue vuestra primera parada?

El adiestrador mayor encogió sus hombros huesudos.

—Tenemos mitos sobre eso, pero fue hace más de mil años.

—Quince siglos —comentó Thufir. Era un alumno brillante. Obviamente, con su pasado y el lugar que ocupaba en la historia, el mentat-ghola tenía un especial interés

por los diferentes períodos.

—Nuestra raza se extendió a muchos planetas cercanos. No formamos un imperio sino una... una hermandad política. Y entonces, un día las Honoradas Matres salieron de la nada como una estampida de animales cegados y torpes, tan destructivas por su ignorancia como por su maldad. —Orak Tho inclinó su rostro alargado hacia el resplandor del brasero. Una luz anaranjada iluminó su piel.

Había otros adiestradores sentados alrededor de la pared circular de la cubierta más alta, escuchando, musitando. Sus característicos olores corporales flotaban en la atmósfera. Por lo visto aquella raza tenía cierta afinidad por los olores, como si entre ellos fueran un importante elemento de comunicación.

—Llegaron sin avisar, para saquear, destruir, conquistar. —El rostro de Orak Tho era duro como madera petrificada, tenía la mandíbula apretada—. Evidentemente, tuvimos que detenerlas. —Sus labios se curvaron en una débil sonrisa—. Por eso desarrollamos a los futar.

—Pero ¿cómo lo hicisteis? —preguntó Sheeana. Si aquella gente engañosamente sencilla podía detectar la presencia de naves en órbita y crear complejos híbridos genéticos, debían de tener una tecnología mucho más avanzada de lo que aparentaban.

—Algunos de los que se establecieron con nosotros eran huérfanos de la raza tleilaxu. Nos enseñaron cómo modificar nuestra prole para crear lo que necesitábamos, porque Dios y la evolución habrían tardado demasiado en dárnoslo.

—Los futar —dijo Teg—. Son muy interesantes. —Tras su reunión inicial, los adiestradores se habían llevado a los predadores a zonas de confinamiento donde podrían estar con los de su especie.

—¿Qué pasó con aquellos tleilaxu? —El rabino miró a su alrededor. Nunca le había gustado el maestro Scytale.

—Ay, todos murieron.

—¿Asesinados? —preguntó Teg.

—Extinguidos. No se reproducen como los demás. —Aspiró, como si aquella parte de la historia no le interesara—. Creamos a nuestros futar para perseguir a las Honoradas Matres. Esas mujeres vinieron a nuestros planetas pensando que podían conquistarnos. Pero nosotros hicimos que las tornas se volvieran. Solo valen como comida para nuestros futar, para nada más.

— o O o —

Por motivos de seguridad, Teg sugirió que durmieran en la gabarra, con las escotillas selladas y los campos defensivos activados, cosa que molestó visiblemente a sus anfitriones. El adiestrador mayor miró atrás por encima del hombro.

—Aunque estos bosques están domesticados, por las noches aún pueden encontrarse merodeando algunos viejos predadores. Lo mejor sería que os quedarais con nosotros, aquí arriba, en las torres.

Una expresión de desazón cruzó el rostro del rabino.

—¿Qué viejos predadores? —No quería oír hablar de ningún defecto en aquel planeta.

—Los felinos que nos proporcionaron el material genético para crear a los futar —Orak Tho señaló con sus brazos desgarrados a otra de las torres—. Mañana tenemos un gran espectáculo. Tendríais que estar descansados para lo que vais a presenciar.

—¿Qué clase de espectáculo? —Hawat parecía impaciente. A veces parecía un niño cualquiera, y no un guerrero-mentat en potencia.

Con una sonrisa enigmática, el adiestrador mayor les indicó que le siguieran. El iris verde de sus ojos parecía esmeraldas candentes.

Fuera estaba totalmente oscuro. Constelaciones desconocidas titilaban como millones de ojos que reflejan la luz de un fuego. Orak Tho guio a sus visitantes por una pasarela de gruesos tablones hasta una torre próxima, luego descendieron por una escalera de caracol interior que rodeaba el cilindro dos veces y finalmente llegaron al nivel del suelo. Caminaron por el suelo del bosque, cubierto de hojas, hasta una torre mucho más baja que parecía el grueso tocón de un árbol.

El hedor fue lo primero que notaron. La base de aquel grueso árbol artificial había sido vaciada por dentro, como una guarida. Y unos gruesos barrotes verticales que se hundían en la tierra cubierta de pajote la cerraban.

Teg arqueó las cejas.

—Tenéis prisioneras.

En la cámara había cinco cautivas harapientas y furiosas. A pesar de su aspecto lastimoso, Sheeana vio que eran humanas. Todas mujeres, con pelo sin brillo, manos ásperas y nudillos ensangrentados. Lo que quedaba de unas mallas rotas se pegaba a su piel clara, y sus ojos tenían un ligero brillo anaranjado.

¡Honoradas Matres!

Una de las ramerales les vio acercarse. Gruñendo, se lanzó contra los barrotes de madera de su jaula, tratando de asestar una patada.

Su pie descalzo golpeó contra la madera, dura como acero. Algo se agrietó con el impacto y, cuando vio que la Honorada Madre se apartaba renqueando, Sheeana se dio cuenta de que lo que se había quebrado era el hueso, no la madera. Aquellas mujeres estaban cubiertas de sangre de tanto golpearse contra los barrotes.

El rostro de Orak Tho se constriñó como si detrás se estuviera fraguando una tormenta.

—Hace tres meses un grupo de Honoradas Matres descendió en un transporte pensando que iban a encontrar presas fáciles. Las matamos a todas, pero conservábamos a algunas para... para entrenar. —Sus labios se curvaron—. No es la

primera vez que tratan de atacarnos. Forman células independientes que no necesariamente saben lo que hacen las otras. Y por eso repiten los mismos errores.

Dos futar merodeaban por la base de la torre, caminando en círculo, olfateando. Sheeana reconoció a Hrrm; el segundo hombre-bestia tenía una franja negra en el vello tieso de su pecho.

Una de las Honoradas Matres cautivas gritó con tono desafiante.

—Dejadnos libres, o nuestras hermanas os arrancarán la carne de los huesos en vivo.

Hrrm gruñó y saltó sobre la jaula, pero en el último momento reculó. La saliva caliente de su boca salpicó a la Honorada Madre. Tres de las mujeres se acercaron a los barrotes, con un aire tan fiero como los futar.

—Como he dicho —siguió diciendo Orak Tho con voz tranquila y segura—, las Honoradas Matres no sirven más que como alimento.

Un adiestrador se acercó con un cuenco de madera lleno de huesos rojos que aún tenían pegados unos trozos de carne y piel grasienta con algunos parches de pelaje. En otro cuenco había vísceras brillantes y órganos purpúreos. Lo arrojó al interior de la celda por una rendija. Las sucias Honoradas Matres lo miraron con asco.

—Comed si queréis estar fuertes para la cacería de mañana.

—¡Nosotras no comemos basura! —dijo una de ellas.

—Pues moríos de hambre. A mí me da igual.

Sheeana veía claramente que estaban hambrientas. Tras un momento de vacilación, saltaron sobre los despojos, desgarrando y devorando, hasta que sus rostros y sus dedos quedaron cubiertos de grasa y sangre seca. A través de los barrotes miraban a sus captores con tanto odio que casi parecía que los iban a fulminar.

Una de las mujeres miró con ira a Sheeana.

—Tú no eres una de ellos.

—Tú tampoco. Sin embargo, yo estoy fuera de la jaula y tú estás dentro.

La mujer golpeó la barrera de barrotes con la palma con un fuerte crujido, pero fue un intento de agresión muy desinflado. Hrrm se colocó junto a Sheeana de un brinco, como si quisiera protegerla, y se puso a andar arriba y abajo ante la celda, con los músculos en tensión. Parecía muy alterado.

Sabiendo como sabía lo que las Honoradas Matres habían hecho a Hrrm y sus compañeros, a Sheeana le pareció irónico. Las perversiones sexuales, los azotes, las privaciones. Un giro sorprendente ver a las mujeres encarceladas y a los futar andando libres.

Se volvió hacia el adiestrador mayor.

—Las Honoradas Matres maltratan a sus futar cautivos. Vuestros castigos son apropiados.

—Invitados míos, mañana os llevaremos a nuestras mejores estaciones de observación para que podáis seguir la cacería. —Orak Tho dio unas palmaditas en la

cabeza a los dos futar—. Será bueno que este vuelva a correr con los suyos y practique. Ha nacido para eso.

Y, mirando con ojos salvajes a las Honoradas Matres, Hrrm enseñó los dientes en una sonrisa amenazadora.

Antes de que todos se fueran a dormir, Teg volvió a la gabarra para transmitir un informe optimista al *Ítaca*.

Con frecuencia, una alianza es más una obra de arte que una simple transacción empresarial.

MADRE SUPERIORA DARWI ODRADE, registros privados, archivos Bene Gesserit

Finalmente, el navegante de la Cofradía acudió a Casa Capitular en respuesta a la llamada de la madre comandante. Aunque Murbella se sentía impaciente y frustrada, el navegante no explicó dónde había estado ni por qué había retrasado su visita tantos días.

Entretanto, Janess, Kiria y otras diez valquirias escogidas —en su mayoría antiguas Honoradas Matres que habían superado el adiestramiento Bene Gesserit— habían sido trasladadas en secreto a Tleilax. Su misión era infiltrarse en la última plaza fuerte de las ramera rebeldes para minar sus defensas y plantar la semilla de la destrucción, al tiempo que preparaban el terreno para un ataque sorpresa. En cierto modo a Murbella le habría gustado estar con ellas, vistiendo de nuevo las ropas tradicionales de las Honoradas Matres, y permitir que la parte predadora de su naturaleza dual aflorara.

Pero confiaba en Janess y sus compañeras. Por el momento, ella debía ocuparse de los otros detalles y asegurarse la cooperación de la Cofradía, bien mediante sobornos o con amenazas. Tenía que ser la madre comandante, no una guerrera normal.

El navegante mutado flotaba en su tanque de especia, con expresión muy poco impaciente o interesada, y eso inquietó a la madre comandante. Había insinuado que lo recompensaría bien si accedía a hablar con ella, pero el navegante no parecía especialmente entusiasmado.

—No veo mucho gas en tu tanque, navegante —dijo.

—Se trata solo de una escasez temporal. —No parecía un farol.

—Si la Cofradía acepta colaborar y ayudarnos en la lucha contra el Enemigo que se acerca quizá podríamos aumentar vuestro suministro de melange.

La voz metálica de Edrik salió a través de los altavoces del tanque.

—Vuestra oferta llega demasiado tarde, madre comandante. Durante años habéis tratado de asustarnos con la presencia de ese Enemigo fantasma y nos habéis seducido prometiéndonos melange. Pero vuestro tesoro ha perdido lustre. Nos hemos visto obligados a buscar otras alternativas, otras fuentes de abastecimiento.

—No hay otras fuentes de melange. —Murbella se adelantó para acercarse al plaz curvado y miró dentro.

—La Cofradía Espacial está en crisis. La grave escasez de especia (perpetuada por vuestra Hermandad) nos ha dividido en dos facciones. Muchos navegantes han muerto por el síndrome de abstinencia, y los otros no tienen suficiente melange para

percibir caminos seguros a través del tejido espacial. Una facción de la Cofradía dirigida por administradores humanos ha contratado clandestinamente a los ixianos para que desarrollen sistemas de navegación mejorados. Y pretenden instalarlos en todas las naves de la Cofradía.

—¡Máquinas! Ix lleva siglos hablando de estos artefactos. En la Dispersión la gente utilizó sistemas de navegación mecánicos, y también se utilizaron en Casa Capitular. Pero nunca habían sido del todo fiables.

—Después de años de investigaciones intensivas, parece que podrían haber encontrado una solución viable al problema. En mi opinión son sustitutos inferiores, en modo alguno comparables con los navegantes. Pero funcionan.

La mente de la madre comandante se puso a trabajar, tanteando diferentes posibilidades deseables que hasta entonces no había considerado. Si los ixianos habían desarrollado aparatos fiables para guiar a las naves por el tejido espacial, la Nueva Hermandad podría utilizarlos para su flota. Y, si no necesitaban forzar la cooperación de los navegantes, eso significaba que no estarían a merced de una base de poder tan voluble e impredecible como la de la Cofradía.

Eso si Ix aceptaba vender esos sistemas a la Hermandad, claro. Seguramente la Cofradía tendría un contrato en exclusiva...

Y entonces se dio cuenta de que incluso la solución a corto plazo de utilizar aparatos de navegación para su flota de guerra tenía sus inconvenientes. Consecuencias de segundo y tercer orden. Solo había especia en Casa Capitular. Y con ella podían pagar y controlar a los navegantes, de modo que ninguna otra facción podría competir con ellas. Si la melange se convertía en algo innecesario, entonces el valor y la fuerza de la Nueva Hermandad disminuirían considerablemente.

Y todo esto pasó por la mente de Murbella en un instante.

—Esos aparatos de navegación significarían el fin de los navegantes como tú.

—Y también os haría perder a los principales clientes de vuestra melange, madre comandante. Por eso buscamos una fuente fiable y segura de especia, para que los navegantes podamos seguir existiendo. Vuestra Nueva Hermandad nos ha llevado a esto. No podemos depender de vosotras para conseguir la especia que necesitamos.

—¿Y habéis descubierto otro lugar donde abasteceros? —Su voz adoptó un tono de burla—. Lo dudo. Si ese lugar existiera, nosotras lo sabríamos.

—Tenemos una gran confianza en nuestra alternativa. —Edrik se alejó flotando, regresó.

Murbella se encogió de hombros con indiferencia.

—Os ofrezco un aumento inmediato en el suministro de especia. —Con un gesto, indicó a tres de sus ayudantes que entraran una pequeña carreta suspensora; estaba cargada de paquetes de especia, tanta como la que podría utilizar un navegante durante casi un año estándar.

Los altavoces del tanque permanecieron mudos, pero Murbella veía hambre en los extraños ojos de Edrik. Por un momento, temió que el navegante rechazara su

oferta y que sus cuidadosos planes quedaran en nada.

—La especia nunca sobra —dijo el navegante tras una pausa interminable—. Hemos aprendido la dolorosa lección de que no debemos depender de una única fuente. Lo mejor para los navegantes, y para la Nueva Hermandad, sería que llegáramos a una suerte de acuerdo.

Tenía razón, pensó Murbella.

—Vosotros necesitáis nuestra especia y nosotros vuestras naves.

—La Cofradía escuchará vuestra propuesta, madre comandante... siempre y cuando haya conversaciones, y no amenazas. Una propuesta comercial entre socios que se respetan, no el látigo de un avasallador.

Murbella miró el tanque, sorprendida ante tanto atrevimiento. *Ciertamente, debe de tener otra fuente de especia, o la posibilidad de tenerla. Pero parece que tiene dudas y prefiere ir a lo seguro.*

—Necesito dos cargueros de la Cofradía para transporte a Tleilax. Una equipada con un campo negativo y la otra no, un carguero tradicional.

—¿A Tleilax? ¿Con qué propósito?

—Vamos a destruir el último enclave importante de las Honoradas Matres de una vez por todas, la última amenaza viable que tienen.

—En dos días todo estará preparado. Ahora me llevaré la especia.

— o O o —

Honoradas Matres renegadas. El misterioso Enemigo. Danzarines Rostro. Murbella no podía evitarlos a todos, pero el ejercicio físico —correr, sudar, forzarse— la ayudaba a pensar mientras planificaba su ataque final sobre Tleilax.

Ataviada con un ceñido traje de una pieza, Murbella corrió por un sendero pedregoso hacia una colina cercana a la torre de Central. Se forzó hasta que cada aliento fue como una cuchilla en sus pulmones. Algunas de sus voces interiores la reprendieron por perder el tiempo de aquella forma cuando había tanto que hacer. Murbella corrió con más empeño.

Quería estimular y provocar a sus Otras Memorias, necesitaba que estuvieran despiertas. El mar clamoroso de vidas pasadas siempre estaba ahí, pero no siempre estaba disponible, y desde luego no siempre le ayudaba. Extraer algo con sentido de aquel saber colectivo era un desafío constante, incluso para la más influyente de las hermanas.

Cuando pasaba por la Agonía de Especia, una nueva Reverenda Madre era como un bebé en un vasto océano: si quería sobrevivir tenía que aprender a nadar entre el oleaje de las Otras Memorias. Con tantas hermanas en su interior, siempre podía hacer preguntas, pero también corría el riesgo de quedar anulada en el torbellino de sus consejos.

Las Otras Memorias eran una herramienta. Podían ser una bendición o un gran peligro. Las hermanas que se adentraban demasiado en aquella reserva del pasado corrían el riesgo de perder el juicio. Tal había sido el destino de la madre kwisatz, dama Anirul Corrino, en tiempos de Muad'Dib. Era como estirar la mano y coger la espada por la hoja en lugar de la empuñadura. Cuestión de equilibrio.

Las almas flotantes veían la mente de Murbella desde dentro, y algunas creían conocerla mejor de lo que se conocía ella misma. Pero aunque Murbella veía a las hermanas Bene Gesserit del pasado, las antepasadas que tenía entre las Honoradas Matres permanecían ocultas tras una pared negra.

De pequeña, Murbella había sido capturada en una de las incursiones de las Honoradas Matres. Fue apartada de su familia y adiestrada en la crueldad y la dominación sexual. *Como ramera*. Sí, el nombre que les habían buscado las Bene Gesserit era muy apropiado.

Aquellas terribles mujeres de la Dispersión tenían sus oscuros secretos, su vergüenza, sus crímenes ignominiosos. En algún lugar del pasado fueron conscientes de sus orígenes, sabían qué habían hecho para provocar al Enemigo. De haber podido encontrar esa información en su interior, Murbella habría sabido la verdad sobre las perversas mujeres a las que estaba a punto de enfrentarse.

Cuando alcanzó la zona de hierba y rocas marrones y planas de la colina, trepó hasta la cima salpicada de rocas y se sentó en el punto más elevado. Desde allí podía ver la torre de Central hacia el este y las dunas que iban ganando terreno hacia el oeste. El corazón le latía con violencia por el esfuerzo, el sudor le caía por la frente y las mejillas. Había llevado su cuerpo al límite físicamente; ahora tenía que hacer lo mismo con su mente.

Había logrado grandes cosas como madre comandante. Había conseguido evitar que los dos polos opuestos de la Nueva Hermandad se arrancaran los ojos, pero las cicatrices seguían siendo profundas. Había aplastado o consolidado todos los enclaves de las Honoradas Matres... excepto uno.

Necesitaba saber más, necesitaba comprender a los Danzarines Rostro que se habían infiltrado en el Imperio Antiguo, al Enemigo..., y a las Honoradas Matres. *Necesito tener esa información antes de partir hacia Tleilax.*

Murbella abrió un pequeño paquete que llevaba sujeto a la cintura y sacó tres obleas de melange fresca concentrada traídas de lo más profundo del desierto. Sostuvo aquellas obleas de un color rojizo en la palma de la mano y notó un ligero hormigueo cuando la especia se mezcló con el sudor de su mano. Comió las tres, con la idea de que actuaran a modo de ariete mental.

Esta vez quiero sumergirme muy adentro, pensó. Guiadme, hermanas, y traedme luego de vuelta, porque tengo una importante información que descubrir.

La especia empezó a hacer efecto. Murbella cerró los ojos y se dejó llevar por el sabor de la melange. Veía el amplio paisaje de los recuerdos de las Bene Gesserit extendiéndose hasta el horizonte infinito de la historia humana. Era como correr por

un pasillo caleidoscópico de espejos, de una madre a otra y otra y otra. El miedo amenazaba con abrumarla, pero las hermanas de su interior se abrieron para acogerla entre ellas y absorber su consciente.

Sin embargo, Murbella exigió conocer la otra mitad de su existencia, descubrir lo que había detrás de aquella pared negra que bloqueaba la senda al pasado de las Honoradas Matres. Sí, los recuerdos estaban ahí, pero empantanados, desorganizados, y parecían llegar a un punto muerto tras un puñado de siglos, como si hubieran surgido de la nada.

¿Descendían las ramerías de un grupo perdido y corrompido de Reverendas Madres como se había postulado? ¿Habían formado su sociedad asociándose con las Habladoras Pez que quedaban de la guardia personal del Dios Emperador, con una burocracia basada en la violencia y la dominación sexual?

Las Honoradas Matres rara vez miraban al pasado, salvo cuando atisbaban temerosas por encima del hombro porque el Enemigo las perseguía.

La especia impregnaba el organismo de Murbella y la sumergió cada vez más adentro en sus abarrotados pensamientos, haciendo que se estrellara contra la barrera de obsidiana. En trance en lo alto de la colina de piedra, Murbella se remontó a una generación tras otra. Su respiración se volvió trabajosa, su visión externa se nubló hasta desaparecer por completo; oyó un murmullo de dolor que brotaba de sus labios.

Y entonces, como un viajero que sale de un estrecho desfiladero, divisó un claro mental y unas mujeres fantasmales que la ayudaban a avanzar. Ellas le enseñaron dónde mirar. Una grieta, en la pared había una grieta, y Murbella pasó. Sombras profundas, frío... y entonces... *¡Puedo ver!* La respuesta la hizo tambalearse.

Sí, durante los tiempos de la Hambruna, un grupo disidente de arrogantes Bene Gesserit, unas cuantas Reverendas Madres agrestes y sin un adiestramiento apropiado y Habladoras Pez fugitivas huyeron en medio del alboroto que se produjo tras la muerte del Tirano. Pero eso solo era una pequeña parte de la respuesta.

En su huida, aquellas mujeres se encontraron con mundos tleilaxu aislados. Durante más de diez mil años, los fanáticos bene tleilax habían utilizado a sus hembras como máquinas reproductoras y tanques axlotl. Mantenían a sus mujeres ocultas, inmovilizadas, en coma, sin alfabetizar, como simples matrices. Ninguna Bene Gesserit, ningún extranjero había visto nunca a una hembra tleilax.

Cuando las Bene Gesserit y las combativas Habladoras Pez descubrieron aquella terrible realidad, su reacción fue inmediata e inflexible: no dejaron a un solo varón tleilaxu con vida en aquellos mundos remotos. Luego liberaron los tanques, se llevaron a las mujeres tleilaxu con ellas y las cuidaron en un intento por recuperarlas.

La mayoría de aquellos tanques descerebrados murieron, simplemente porque no querían seguir viviendo, pero algunas mujeres tleilaxu se recuperaron. Cuando recobraron las fuerzas, juraron vengarse por los monstruosos crímenes que los varones habían cometido contra ellas durante mil generaciones. Juraron no olvidar.

¡La esencia de las Honoradas Matres eran hembras tleilaxu deseosas de venganza!

Y así fue como las Reverendas Madres renegadas, las soldados Habladoras Pez y las mujeres tleilaxu que se recuperaron se unieron para crear las Honoradas Matres. Después de estar perdidas durante más de doce siglos, sin acceso a la melange, ya no podían pasar por la Agonía de Especia y no encontraron una alternativa que les permitiera acceder a las Otras Memorias. Con el tiempo, empezaron a procrear con los machos de las poblaciones que iban encontrando, empezaron a dominarlos y acabaron convirtiéndose en algo totalmente distinto.

Y ahora Murbella sabía por qué la cadena de sus predecesoras se acababa en un negro vacío. Retrocedió en el tiempo, generación tras generación, hasta una hembra tleilaxu que había sido un tanque de procreación, una matriz sin cerebro.

Murbella reunió valor y concentró su rabia, empujó con fuerza y se convirtió en ese tanque que la hembra tleilaxu había sido. Y se estremeció cuando aquella amortiguada sensación de indefensión penetró en ella. Ella fue esa niña criada en cautividad, sin entender apenas nada del mundo que había más allá de su lastimoso confinamiento, sin saber leer, y casi ni hablar. El mes de su primera menstruación, se la llevaron, la sujetaron a una mesa y la convirtieron en una cuba de carne. Sin una mente consciente, aquella mujer sin nombre no podía saber cuántos hijos había producido su cuerpo. Y luego la despertaron y la liberaron.

La madre comandante comprendió lo que significaba haber sido esa mujer tleilaxu y otras, entendió por qué las Honoradas Matres se habían vuelto tan fieras. Jamás volverían a ser las madres degradadas y despreciadas de los machos tleilaxu, y exigieron que se las reverenciara y que en lo sucesivo se las conociera como «Honoradas Matres». A través de sus ojos de Bene Gesserit, Murbella reconoció finalmente que eran humanas.

Con el conocimiento, llegó la liberación, y todo lo que había en su línea de Honorada Madre volvió a ella como una marea. Murbella despertó y se encontró de nuevo sentada en la roca, pero el sol ya no estaba. Mientras ella viajaba por sus otras vidas, habían pasado horas. El viento seco de la noche le dio frío.

Temblando por efecto de la melange y de su devastador viaje, Murbella se puso en pie de un salto. Por fin tenía la respuesta. Ahora compartiría aquella importantísima información con sus asesoras.

Oyó gritos lejanos y miró hacia Central. De la fortaleza empezaron a salir haces de luz: su gente salía a buscarla. Ella también había buscado, y ahora tenía que contar al resto de la Nueva Hermandad lo que había encontrado.

Las valquirias estarían preparando el ataque en Tleilax.

Una decisión puede ser tan peligrosa como un arma. Negarse a elegir ya es en sí una decisión.

PEARTEN, antiguo filósofo mentat

Aunque a bordo quedaban casi doscientas personas, a Duncan el *Ítaca* le parecía vacío. La gabarra había aterrizado sin contratiempos en el nuevo planeta, con Sheeana, Teg, el viejo rabino y Thufir Hawat. Equipos de recuperación habían recogido discretamente suministros de agua y aire, y luego volvieron a la no-nave. Todo estaba tranquilo, según lo previsto.

El mensaje del Bashar no hacía pensar que los adiestradores supusieran una amenaza, y Duncan aprovechó para abandonar el puente de navegación. Ahora que la idea estaba ahí, no podía quitársela de la cabeza.

Allí, solo ante la cámara sellada de nulentropía, se sentía como un delincuente que acecha para hacer algo prohibido. No la había tocado desde hacía años, ni siquiera había pensando en los objetos que contenía. Se movió con sigilo, asegurándose de que no había nadie en los pasillos. Aunque se había convencido a sí mismo de que no estaba haciendo nada malo, no quería tener que andar dando explicaciones.

Se había estado engañando a sí mismo, y a mucha de la gente que viajaba a bordo. Pero lo cierto es que aún no se había liberado del influjo adictivo y debilitador de Murbella. Seguramente ella ni siquiera era consciente de aquello; porque, mientras estuvieron juntos, mientras pudo tenerla cuando quería, jamás se sintió tan débil.

Pero después, durante aquellos años...

Los paneles de luz de los pasillos brillaban con intensidad. Aparte de los furiosos latidos de su corazón, Duncan no oía nada, solo el susurro de los sistemas de recirculación del aire.

Antes de que pudiera cambiar de idea, renunciando a su capacidad de mentat de proyectar posibles consecuencias, Duncan aplicó su huella de identificación y desactivó el campo de nulentropía. La puerta se abrió con el ligero susurro de las presiones atmosféricas al ajustarse. Y con ellos llegó el olor de Murbella, como una bofetada en la cara... como si la tuviera allí delante.

Ya habían pasado diecinueve años, y sin embargo su olor seguía tan vivo como si acabara de tenerla abrazada. Su ropa y sus objetos personales tenían esa inconfundible fragancia tan suya. Duncan sacó los objetos uno a uno, una túnica amplia, una toalla, el par de cómodos leguis que tan a menudo se ponía cuando practicaban el combate en la sala de entrenamiento. Tocó cada uno con precaución, como si temiera encontrar un cuchillo entre ellos.

Duncan había reunido los objetos y los había guardado poco después de la huida de Casa Capitular. No quería nada que le recordara a Murbella en sus alojamientos, ni

en las salas de entrenamiento. Y los había sellado, pues no soportaba la idea de destruirlos. Incluso en aquel entonces se dio cuenta de la fuerza de las cadenas que lo sujetaban a ella.

Duncan miró el cuello de una túnica arrugada y, tal como esperaba, vio unos cabellos ambarinos, como hilos delicados de un metal precioso. Y, en el extremo de cada cabello, la raíz, más clara. Esperaba haberlos guardado a tiempo.

Células viables.

De pronto se dio cuenta de que no respiraba. Contempló aquellas hebras de pelo y dejó que sus ojos se cerraran, bloqueando deliberadamente el trance automático del mentat. Aquella idea era una tentación imposible.

Habían pasado años desde que crearon el último ghola, aunque los tanques axlotl seguían siendo funcionales. La perturbadora visión de Sheeana les había obligado a paralizar el proyecto. Aun así, tenían capacidad para desarrollar los gholas que quisieran. En aquellos momentos los tanques no estaban ocupados. Después de lo que había hecho por la gente que viajaba en el *Ítaca*, tenía todo el derecho del mundo a plantearlo.

Cogió una de las túnicas de Murbella, se la llevó a la nariz y aspiró con fuerza. ¿Qué quería realmente?

Durante mucho tiempo, había estado muy ocupado con sus obligaciones y los problemas de la nave, y la imagen fantasmal de Murbella se había replegado a su inconsciente. Pensaba que lo había superado. Pero su recuerdo obsesivo casi había hecho que perdiera la nave ante el anciano y la anciana hacía unos años, y si se salvaron fue solo gracias a la capacidad de reacción de Teg.

Si no hubiera estado distraído, preocupado... ¡obsesionado! Su error casi les había costado la libertad. Murbella era peligrosa. Tenía que dejarla marchar. No podía permitir que aquella debilidad suya volviera a ponerlos en peligro.

Pero entonces recordó los objetos que guardaba en la caja de nulentropía y cuando se le ocurrió la posibilidad —posibilidad— de tener a otra Murbella fue como acercar la llama a la yesca.

Si lograba reunir el valor —y no hacía caso de sus reservas racionales—, podía hablar con el maestro tleilaxu sobre el proceso antes de que Sheeana y los otros volvieran del planeta de los adiestradores. Lo racionalizó todo en su cabeza, y se convenció de que no había nada malo en mencionarle la idea a Scytale. No le obligaba a nada.

Volvió a dejar los objetos en el bidón. Y al hacerlo se sintió como si estuviera nadando contra una fuerte corriente. La idea había prendido con fuerza en su cabeza. Cerró la puerta del cubículo de golpe y lo dejó allí sellado.

De momento.

La única cosa que me gusta más que el olor a especia es el olor de la sangre fresca.

ANTIGUA HONORADA MATRE DORIA, registros de sus sesiones iniciales
de entrenamiento

La cacería empezó al amanecer. Aquellos hombres altos con cara de mapache utilizaron varas aturdidoras para hacer salir a las cinco Honoradas Matres cautivas de su celda maloliente en la parte baja de la torre. Hrrm y el futar de la franja negra merodeaban; seis futar más jóvenes gimoteaban y gruñían impacientes.

Con sus brillantes ojos naranjas, las mujeres habían reparado en la barcaza, situada en el extremo más alejado del claro. Dos de las Honoradas Matres saltaron impulsivamente desde el interior de la celda, asestando patadas y golpes para apartar las varas aturdidoras.

Pero los adiestradores y los futar tenían experiencia. Antes de que las ramerías pudieran correr, el futar de la franja negra saltó y derribó a una de ellas. Descubrió sus largos dientes a unos milímetros de la garganta, y tuvo que contenerse para no arrancarle la laringe y acabar con la cacería allí mismo. La mujer se debatía con fiereza, pero el futar le había clavado las garras en el hombro y la mantenía controlada con su fuerza y su peso.

Hrrm había acorralado a la segunda, y andaba en círculos a su alrededor, con los músculos en tensión. Un gruñido hambriento barboteó en su garganta. Los futar más jóvenes se movían arriba y abajo, esperando su parte.

—Todavía no. —El adiestrador mayor permitió que una sonrisa tranquila se dibujara en su rostro alargado y estilizado. Hrrm y el de la franja negra se quedaron inmóviles. Los jóvenes aullaron.

Miles Teg no sentía precisamente aprecio por las Honoradas Matres. Habían causado un gran daño a las Bene Gesserit y a él le habían torturado. Y le mataron una vez, cuando destruyeron Rakis. Pero, como militar, las veía como oponentes y no creía que hubiera que guardarles un rencor indebido. El joven Thufir Hawat, viendo la concentración del Bashar, lo imitó, y trató de reunir datos con los que tomar posteriores decisiones.

El viejo rabino parecía horrorizado ante la idea de una cacería, por mucho que las Honoradas Matres hubieran perseguido a su gente en Gammu. Sheeana permanecía a un lado, en silencio, aceptando la violencia. Estaba intrigada.

—Os mataremos —dijo con desprecio la Honorada Madre a la que Hrrm tenía acorralada. La mujer se acuclilló, con las manos extendidas como armas, lista para saltar. Hrrm no parecía asustado.

Los seis jóvenes futar gruñían y hacían como si quisieran morder, ansiosos por tener su cacería. El hambre que sentían iba más allá del deseo de comida. Las otras

tres rameras salieron de la celda. Aunque lo hicieron con cautela, listas para saltar, decidieron esperar una mejor ocasión.

—Os mataremos —repitió la primera Honorada Madre.

—Tendréis ocasión de intentarlo. —Orak Tho estaba muy derecho, y la franja oscura que cubría sus ojos quedaba en sombras—. Llevadlas al bosque, donde puedan correr.

—¿Por qué no ejecutarlas aquí, sin más?

—Porque no lo disfrutaríamos tanto. —Varios de los adiestradores sonrieron. Estaban tranquilos y confiaban en su superioridad.

Mientras observaba, Sheeana trató de formular una teoría sobre aquella gente misteriosa y aislada, de dónde habían venido, cuáles eran sus verdaderos objetivos. Avanzó un paso hacia la Honorada Madre que tenía más cerca.

—Decidme vuestros nombres para que pueda hacer un registro corporal cuando la jornada termine.

La ramera que seguía atrapada bajo el futar de la franja negra pataleó y aulló. La que estaba más tranquila se limitó a mirar a Sheeana con frialdad.

Orak Tho levantó la mano ligeramente, interrumpiendo posibles demostraciones de fanfarronería.

—Tu nombre ya habrá sido olvidado cuando tu carne pase por los sistemas digestivos de estos futar. Terminarás tu existencia física como excremento en el suelo del bosque.

El adiestrador mayor se dio la vuelta y echó a andar con paso desgarbado. Los futar ansiosos las rodearon para evitar que las mujeres intentaran escapar de nuevo y las hicieron avanzar.

—Vamos al bosque. —Orak Tho se volvió a mirar a las furiosas Honoradas Matres—. Allí fuera tendréis ocasión de derramar sangre o morir en el intento.

— o O o —

En pie en una plataforma descubierta, en lo alto de una elevada torre de vigilancia hecha de madera lisa y dorada, Teg se aferró a una baranda y miró abajo, al bosque. Sheeana estaba con él. Abajo, los adiestradores vigilaban la entrada, con sus varas aturdidoras preparadas por si las Honoradas Matres aparecían en su huida precipitada de los futar. No parecían preocupados, aunque tenían a Teg y Sheeana bien arriba, a salvo.

Los invitados del adiestrador mayor podrían seguir el espectáculo desde arriba, porque en teoría desde allí tendrían la mejor vista. Y, puesto que el radio de la cacería en sí era imprevisible, el rabino y el joven Thufir Hawat fueron enviados a una torre diferente, a un kilómetro de distancia. El anciano había protestado débilmente,

diciendo que prefería esperar en la gabarra, pero los adiestradores insistieron en que presenciara el espectáculo.

—Esto os demostrará que no somos vuestros enemigos —había dicho Orak Tho—. Os enseñaremos lo que hacemos con las Honoradas Matres. Sin duda, después del daño que han causado, querréis verlas sufrir, ¿no es cierto?

—A mí me gustaría ver la cacería y ver a vuestros futar en acción —había comentado Thufir, y luego dedicó una mirada significativa a Teg—. Es importante que veamos cómo luchan estas mujeres, ¿verdad, Bashar? Así podremos prepararnos por si nos encontramos con más.

Cuando los cuatro observadores fueron situados en las torres de observación separadas, los cuernos empezaron a sonar por el bosque. Sheeana y Teg miraron a aquel laberinto de álamos inmensos. Los guardas que aguardaban en la base de la torre enviaron otra señal. En algún lugar, fuera de la vista, las cinco Honoradas Matres se dividieron y huyeron entre la maleza, dispersando un montón de hojas muertas.

Para Teg era evidente que adiestradores y futar habían hecho aquello muchas veces.

Allí abajo, dos musculosos hombres-bestia pasaron dando saltos entre los árboles, siguiendo el rastro de sus presas. Teg casi podía sentir su sed de sangre. Las Honoradas Matres opondrían resistencia, pero no tenían ninguna posibilidad. Los futar desaparecieron enseguida entre el laberinto de árboles.

Él y Sheeana siguieron observando. El enorme bosque que se extendía desde el asentamiento era un laberinto interminable de dorado otoñal y cortezas plateadas. Los bosquecillos tradicionales de álamo temblón eran genéticamente idénticos, y se hacían brotar del mismo árbol a través de acodos en lugar de utilizar semillas. Clones naturales. Los troncos estaban rodeados de hojas muertas amarillentas, como antiguas monedas solaris repartidas por el suelo. Desde allí arriba, aquellos troncos rígidos e interminables parecían los barrotes de una jaula gigante.

Mientras esperaba que la acción se acercara, Teg entró en una profunda conciencia mentat y analizó el bosque, encajando todas las pequeñas piezas, hasta que encontró un patrón inesperado, escondido inteligentemente entre lo aleatorio. En otro tiempo, aquellos enormes árboles de corteza gris habían sido colocados en un orden muy preciso, especialmente pensado para dar una imagen de «geometría natural».

Teg siguió con su análisis. No había error posible.

—Este bosque ha sido creado artificialmente.

Sheeana lo miró.

—¿Una proyección mentat?

Él respondió con un leve gesto de la cabeza, preocupado por la posibilidad de que hubiera aparatos de escucha en la torre. Le inquietaba que los hubieran separado del

rabino y Thufir. ¿Habían preparado aquella cacería para dividir al grupo y poder espiar sus conversaciones?

Hizo una proyección de segundo orden. Evidentemente, aunque los que plantaron aquel extenso bosque habían tratado de crear una imagen agreste, no habían logrado superar su sentido innato del orden. ¿Habían cultivado los colonizadores originales de la Dispersión aquel bosque en un terreno yermo generaciones atrás? ¿O el verdadero caos les había parecido tan perturbador que habían talado los árboles que había y habían diseñado una espesura con un esquema más aceptable?

A lo lejos oyeron un estrépito entre los árboles, futar que gruñían, gritos femeninos. De pronto, el alboroto se desplazó hacia la torre. Sheeana se inclinó para acercarse más al Bashar, y se puso a mirar exageradamente abajo para disimular. Habló en un susurro.

—¿Te preocupa algo, Miles? —Acababan de enviar una señal para avisar a Duncan de que todo iba bien y estaba bajo control.

—Tengo... pensamientos. Esta cacería es una muestra. Por ejemplo, sabemos que los adiestradores crearon a sus futar con el propósito específico de matar Honoradas Matres.

—Considerando lo peligrosas que son las rameras, parece perfectamente razonable que crearan predadores y los imprimaran —dijo Sheeana—. Los argumentos del adiestrador mayor tienen sentido. No hay duda de que compartimos el enemigo común de las Honoradas Matres.

—Si piensas quién más puede querer destruir a las Honoradas Matres, verás que las alianzas se ven mucho menos claras —siguió diciendo Teg—. El hecho de que los dos odiamos a las Honoradas Matres no garantiza que los adiestradores tengan los mismos objetivos que nosotros.

Proyección de tercer orden: si los adiestradores habían adquirido sus conocimientos genéticos y técnicas sofisticadas de los tleilaxu que huyeron en la Dispersión, ¿qué papel tenían los bene tleilax en todo aquel conflicto? ¿A quién guardaban lealtad?

En cuanto volvieran al *Ítaca* tendría que hablar seriamente con el maestro Scytale. Evidentemente, el viejo maestro, el último de los suyos, sentía un gran resentimiento por los tleilaxu perdidos, que los habían traicionado. En la Dispersión sus hermanastros habían cambiado. Quizá Scytale sabía más de lo que decía.

Su conciencia de mentat corría y corría. Su corazón latía con violencia, su metabolismo se estaba acelerando. *No somos los únicos que odiamos a las rameras.* De alguna forma las Honoradas Matres habían enfurecido al Enemigo Exterior lo suficiente para arrastrarlo hacia el Imperio Antiguo.

Teg aferró la baranda de madera con más fuerza. Intuyendo su tensión, Sheeana le dedicó una mirada inquisitiva, pero con un gesto apenas perceptible de la cabeza, él la disuadió para que no hablara abiertamente. Trató de pensar una forma de alertar a Duncan.

Sheeana lo cogió del brazo.

—¡Mira!

Una de las Honoradas Matres llegó corriendo entre los álamos, zigzagueando entre los troncos, amagando. Detrás, tres futar que corrían tras su presa, con el vello erizado y las garras extendidas. La mujer corría como el viento por entre el sotobosque, levantando hojas como nubes doradas de polvo con los pies descalzos.

Al pie de la torre, dos de los vigilantes con antifaz de bandido apuntaron sus varas aturdidoras, pero no intervinieron. Dejarían que los futar hicieran el trabajo.

Pero, por más veloz que corriera, la mujer no podía superar a aquellas bestias humanas. Sus cabellos estaban alborotados, sus ojos muy abiertos, y apretaba la mandíbula con determinación, como si se fuera a volver y desgarrar la garganta de sus perseguidores con los dientes.

Con varios saltos, los jóvenes futar le dieron alcance, hambrientos y ruidosos. Teg se preguntó si ya habían sido iniciados en la caza o aquella era su primera vez.

La Honorada Madre notó el aliento caliente de los futar a su espalda y, consciente de que estaban a punto de derribarla, saltó en el aire contra el tronco de uno de los álamos y rebotó hacia el lado. El futar que tenía más cerca trató de apartarse tan precipitadamente que levantó un surtidor de tierra y ramitas.

La mujer aterrizó en el suelo y saltó en la dirección opuesta, con los brazos extendidos, enseñando los dientes. Colisionó contra el segundo futar con tanta fuerza que le hizo perder el equilibrio. La mujer rodó con él por el suelo y le clavó los dedos en los ojos, como si fueran púas. La criatura aulló y se debatió, sin ver nada. Moviéndose como un relámpago líquido, ella lo agarró con saña por el morro y le partió el cuello.

Sin un momento de descanso, sin jadear casi, saltó contra el tercer futar, con los dedos ensangrentados extendidos. Sin embargo, antes de que pudiera golpear, el futar profirió un alarido brutal y estremecedor, más fuerte y terrible que nada que Teg hubiera oído nunca.

El alarido —tal como querían el futar y sus adiestradores, sin duda— dejó a la mujer paralizada. Trastabilló, como si sus músculos se hubieran desconectado involuntariamente. *¿Una versión animal de la Voz?*

Antes de que pudiera recuperarse, el primer futar la golpeó por detrás y cuando la tuvo en el suelo la hizo rodar sobre la espalda. Le dio un fuerte zarpazo en el rostro y hundió la otra mano en su abdomen, hasta el codo, penetrando el músculo endurecido para arrancar el corazón.

La mujer se sacudió en un charco de sangre y luego quedó inmóvil. El otro futar olfateó el cuerpo de su compañero muerto y luego se volvió para unirse al festín.

Teg miraba con fascinación y repugnancia. Los guardas adiestradores recogieron el cuerpo del futar muerto. Los otros dos no hicieron caso, siguieron desgarrando, devorando ruidosamente la carne correosa de la víctima.

A lo lejos, de la dirección donde se encontraba la torre desde donde Thufir y el rabino observaban, llegó el sonido de más cuernos, más gruñidos, más forcejeos. La cacería continuaba.

Sospechar tu propia mortalidad es conocer el inicio del terror. Saber de forma irrefutable que eres mortal es el fin del terror.

Archivos Bene Gesserit, *Manual de aprendizaje para acólitas*

Aunque sus valquirias invictas viajaban hacia Tleilax, la madre comandante se sentía inquieta. Tleilax... las mujeres tleilaxu... las Honoradas Matres. Había tantas cosas que ahora cobraban sentido. Que las rameras hubieran destruido de forma tan inconsciente todos los planetas tleilaxu ya no era tan incomprensible.

Pero el entendimiento no llevó a la piedad. Los planes de la Nueva Hermandad no cambiarían. Había demasiado en juego, aquello sería la culminación de un conflicto agotador que impedía que se concentraran en prepararse para la batalla principal. El ataque desbaratado contra Casa Capitular, la destrucción de Richese, las insurgentes y los Danzarines Rostro en Gammu. Después de hoy, todo aquello habría pasado.

El inmenso carguero transportaba las tropas de Murbella y el material al último bastión de las rameras rebeldes. Cuando la nave de la Cofradía dejara salir a la vistosa flota de valquirias en las mismas naves de guerra que habían utilizado para atacar Buzzell y Gammu, desde luego el despliegue sería imponente. Sin embargo, por lo que sabía de la madre superiora Hellica, seguramente no bastaría con intimidarlas. Las valquirias estaban dispuestas a emplear tanta violencia como fuera necesaria; de hecho, lo estaban deseando.

El navegante Edrik insistió en guiar personalmente el carguero. Amparándose en la neutralidad habitual de la Cofradía Espacial, no participaría en combate, pero quería estar presente durante la toma de Bandalong. Murbella tenía la sensación de que la facción del navegante ganaría algo con aquello. ¿Estarían escondiendo algo en Tleilax? Aunque los navegantes y los administradores humanos habían negado categóricamente cualquier implicación, estaba claro que alguna nave tuvo que llevar los destructores de Hellica hasta Richese. Ella había dado por sentado que fue una nave de las Honoradas Matres, pero también podía haber sido un carguero de la Cofradía... como aquel.

En una cámara transparente, por encima de sus naves, el navegante flotaba en gas fresco de especia procedente de los stocks de Casa Capitular. Murbella no confiaba en él.

Aquella misma semana, una nave de suministros de la Cofradía de aspecto inocuo había enviado una transmisión en código con los planes de la Nueva Hermandad a Janess, que se ocultaba entre las Honoradas Matres. Ella y su grupo estaban bien camuflados, y los datos de inteligencia y la información que la joven envió dieron mucho que pensar a Murbella y le permitieron planificar el perfecto golpe de gracia. En colaboración con Kiria y las otras diez falsas Honoradas Matres, Janess lo había

preparado todo para atacar los puntos más vulnerables mientras aquellas rameraas confiadas miraban al cielo.

Pronto...

La nave gigantesca emergió del tejido espacial y entró en la órbita de Tleilax. La bashar Wikki Aztin ya tenía órdenes.

Desde el puente de navegación, Murbella contempló el planeta. Los continentes aún presentaban grandes cicatrices negras por la violencia con que las Honoradas Matres tomaron en su momento el planeta. Aquellas mujeres utilizaron armas terribles, pero en lugar de acabar de aniquilar definitivamente el principal planeta de los tleilaxu, prefirieron aplastar y conquistar lo que quedaba. Una venganza inconsciente en nombre de incontables generaciones de mujeres tleilaxu. Sin duda la madre superiora Hellica no conocía su propia historia, pero sabía muy bien lo que es el odio.

En las décadas que siguieron al ataque original, aquellas mujeres draconianas salvaron lo que parecía insalvable. Mientras Murbella estudiaba el terreno allá abajo, sus asesoras tácticas fueron encajando los detalles con los informes de inteligencia que Janess y sus espías habían enviado. La bashar Wikki estaría haciendo una última valoración, formulando los planes para el ataque principal y ultimando los detalles.

Sin duda las rameraas habrían detectado la presencia del carguero, cuya llegada no estaba programada. Cuando Murbella dio la señal, más de sesenta naves de ataque de Casa Capitular salieron de la gran cámara de carga y quedaron en espera en ordenados escuadrones, como peces piloto rodeando un gran tiburón. Al ver aquella fuerza militar las Honoradas Matres no tendrían ninguna duda sobre las intenciones de los recién llegados.

Su oficial de comunicaciones activó el interruptor de transmisión.

—La madre comandante Murbella de la Nueva Hermandad desea hablar con Hellica.

Una mujer contestó con tono desafiante.

—Os referís a la *Madre Superiora*. Ya aprenderéis a mostrarle el debido respeto.

—Vosotras también. —La voz de Murbella estaba infundida de autoridad y confianza—. He venido para facilitar vuestra rendición.

La mujer parecía indignada, pero momentos después otra voz se hizo con el mando.

—Palabras osadas de alguien que me consta que es débil.

—Nosotras hemos aniquilado planetas enteros. ¡Un carguero y un puñado de naves no nos asustan!

—¿No? ¿Incluso si llevamos algunas de las armas que utilizasteis para calcinar Richese?

—Nosotras tampoco estamos precisamente desarmadas —replicó Hellica—. Sigo sin creer en la necesidad de rendirnos.

En lugar de amedrentarse, Murbella se sintió más segura. Si Hellica realmente hubiera tenido esas defensas, habría atacado de forma preventiva en lugar de amenazarlas.

—Tu bravuconería me aburre, Hellica. Sabes muy bien que las otras rebeldes o se han unido a la Nueva Hermandad o han sido aniquiladas. Tu causa está perdida. Deberíamos buscar otra solución. Encontrémonos, cara a cara.

La Madre Superiora profirió una risa quebradiza.

—Sí, me reuniré contigo, aunque solo sea para demostrarte tu debilidad. — Murbella sabía perfectamente cómo pensaban las Honoradas Matres: para ellas la costumbre de negociar de las Bene Gesserit no era más que un defecto. Hellica aprovecharía cualquier ocasión y seguramente intentaría asesinarla, pensando que podía asumir el control de la Nueva Hermandad. Murbella ya contaba con ello.

—Bien. Bajaré a Bandalong con mi escolta de sesenta naves. Juntas encontraremos una solución.

—Baja si te atreves. —La Madre Superiora cortó la transmisión. Murbella casi pudo oír el sonido de la trampa al cerrarse.

Anteriormente, la madre comandante había considerado la posibilidad de capturar a la aspirante a reina con vida y aceptarla en la Nueva Hermandad como aliada. Niyela, de Gammu, había preferido suicidarse antes que convertirse... no había sido una gran pérdida. Pero tras la espantosa destrucción de Richese, Murbella había comprendido que capturar a Hellica sería como llevar una bomba de relojería a Casa Capitular. La Madre Superiora debía morir. Duncan jamás habría cometido un error táctico tan absurdo.

Murbella subió a una de las naves de sus valquirias e iniciaron el descenso a Bandalong. Aquel contingente había bastado para conquistar Buzzell y Gammu en un impresionante despliegue de fuerza, pero no abrumador. La Madre Superiora daría por sentado que sus seguidoras podían derrotarlas.

Si no quieres que tu oponente vea la daga que escondes, asegúrate de llevar bien visible un arma grande y de aspecto mortífero.

Sus naves se acercaron al palacio.

En el momento en que dejan al descubierto nuestros puntos débiles ante el enemigo, nuestras defensas pueden ser un inconveniente.

BASHAR MILES TEG, arenga a las tropas

Por la llamada a las armas y los grupos de Honoradas Matres apresuradas que veía en Bandalong, Uxtal supo que el carguero que acababa de llegar no era otra curiosa delegación de navegantes. Se trataba de algo mucho más serio.

Ya había demostrado que podía despertar los recuerdos del gholá de Waff, y Edrik estaba satisfecho. ¿Por qué iba a molestarles otra vez la Cofradía? ¡Trabajaba tan rápido como podía! Y hasta la fecha había logrado compensar las significativas lagunas en los conocimientos del maestro.

Para acabar de empeorar las cosas, al declararse la situación de emergencia, había recibido orden de presentarse inmediatamente en el palacio de Bandalong. Salió apresuradamente hacia aquel edificio repugnantemente ostentoso. Corrió a toda prisa por la columnata de la entrada, sin hacer caso de las columnas magenta y las estatuas con vestidos chillones de Honoradas Matres en posturas amenazadoras.

Un macho sometido con aspecto apocado y esmoquin amarillo aguardaba ante la inmensa puerta, con expresión perpleja. Uxtal se acercó, alzando el mentón con desdén, puesto que él jamás había sido extorsionado sexualmente por una Honorada Madre.

—Vengo a ver a la Madre Superiora.

El hombre lo miró pestañeando y dijo con voz aburrida:

—Está ocupada preparando una trampa para las brujas. La Nueva Hermandad nos amenaza.

¿Brujas Bene Gesserit? Por eso tanto revuelo, claro... Un enjambre de naves oscuras había empezado a descender como una bandada de aves carroñeras desde el cielo. Uxtal observó con nerviosismo, esperando una lluvia de explosivos. Desde luego Hellica sabía provocar a los demás.

El investigador le mostró el rollo con el mensaje que había recibido.

—Quizá la Madre Superiora me quiere a su lado durante la emergencia. Soy el investigador vivo más importante, el hombre que recuperará la técnica para crear melange en los tanques axlotl. Mi trabajo podría ser la clave para las negociaciones. —Cruzó los brazos sobre su pequeño pecho.

Sí, seguro que era eso. Si las brujas de Casa Capitular contaban con conservar el monopolio sobre la especia, probablemente Hellica querría alardear del éxito de Uxtal con el gholá de Waff. ¡Lo presentaría como un genio y un héroe! Y seguro que el navegante Edrik tampoco permitiría que nada perjudicara a su trabajo. Pasara lo que pasase, él estaría a salvo.

El hombre del esmoquin estudió la citación, asintió con gesto sabio y le desmontó a Uxtal todas sus teorías.

—Ah, ahora comprendo. En realidad esto no es de la Madre Superiora. Hemos preparado una habitación. Sígame.

—¿Y no podrías decirme al menos por qué estoy aquí?

—No. He recibido instrucciones muy concretas al respecto.

Confuso e inquieto, el pequeño investigador fue escoltado por un pasillo con cuadros de Bene Gesserit muertas en posturas macabras. El macho subyugado le indicó que pasara bajo una arcada y bajara unas escaleras, hasta una gran cámara hundida.

Cuando Uxtal llegó abajo, solo, la sala entera empezó a emitir un resplandor naranja, porque miles de ojos luminosos aparecieron en el suelo. Él trató de retroceder, aterrado, pero la escalera se fundió con la pared y quedó atrapado como un esclavo desarmado en un circo romano.

—¿Madre Superiora? ¿Qué queréis de mí? —Y pensó con todas sus fuerzas: *Me necesitan, por eso todavía estoy vivo. ¡Me necesitan!*

Los ojos luminosos del suelo se oscurecieron y la habitación hundida quedó sumida en las sombras. A pesar del miedo, Uxtal reparó en un hilillo de sonido que penetraba en la sala como un hilo de agua que se escurre pared abajo. El sonido era cada vez más fuerte, y se metamorfoseó en la risa irritante de una mujer.

—¿Lo ves, hombrecito? Mis ojos siempre están puestos en ti.

Una luz cegadora inundó la habitación, y lo deslumbró. Mirando como podía entre los dedos de su mano, Uxtal vio que Ingva estaba en pie ante él, completamente desnuda. Su cuerpo ajado estaba hecho de nudos de músculo y piel tensa; los pechos eran demasiado pequeños para estar caídos.

—Es evidente que la Madre Superiora no te quiere. Así que, mientras ella está ocupada con las brujas de Casa Capitular, te reclamaré para mí. Y entonces sí que trabajarás de verdad. Hellica no tiene por qué enterarse, hasta que yo decida dar el paso.

—¡Pero he hecho todo lo que me has pedido! —La voz se le quebró—. He creado gholas, he producido vuestra especia naranja, he recuperado los recuerdos del maestro tleilaxu. Pronto tendréis toda la melange que podríais...

—Exacto. Y por eso justamente debo controlarte. Contra todas mis expectativas, has demostrado que sí eres útil. —Se acercó, y Uxtal se sintió como un ratón hipnotizado por una víbora—. A partir de hoy serás mi esclavo, y eso me hará indispensable. Cuando te haya imprimado, ninguna otra mujer será nunca suficiente para ti... ni siquiera otra Honorada Madre. —Sus labios sonrientes se veían tan agrietados como papel roto—. Tus servicios estos últimos diez años te hacen merecedor de una recompensa. La mayoría de machos no sobreviven tanto tiempo entre nosotras.

Uxtal no se atrevió a echar a correr, por miedo a enfurecerla. Hacía años que temía que aquello acabaría pasando. Vio que un insaciable fuego naranja aparecía en los ojos de Ingva. Subyugación sexual, esclavización absoluta... a aquella espantosa arpía.

—Estás a punto de descubrir mis placeres. —Le acarició el rostro con un dedo huesudo y ganchudo—. Ya verás qué bien te lo pasas.

—Pero, esto no puede ser, Honorada Madre...

Ella rio.

—Hombrecito, soy adepta del quinto orden, miembro cualificado del velo negro. Puedo superar cualquier bloqueo al deseo. —Lo agarró del brazo y lo arrastró al suelo. Era demasiado fuerte, y Uxtal no pudo soltarse. Ingva se sentó a horcajadas sobre él, sonriendo, y dijo—: Ahora tendrás tu recompensa.

Aquella mujer nudosa le arrancó la ropa. Uxtal rezó para salir con vida de aquello, gimoteó. Años atrás, cuando todo empezó, los Danzarines Rostro habían tratado de protegerle antes de llevarle a Bandalong, pero ya hacía un tiempo que Khrone no aparecía por allí.

El Danzarín Rostro le despachó en cuanto tuvo al gholá de Paul Atreides. Simplemente, le había dejado a merced de las Honoradas Matres. Los Danzarines Rostro no podrían protegerle de la furia de Ingva cuando descubriera lo que le habían hecho.

Con manos ávidas y nervudas, la arpía metió la mano y buscó; y entonces dejó escapar una exclamación y lo arrojó al otro lado de la habitación, desnudo.

—¡Castrado! ¿Quién te ha hecho esto?

—L-los Danzarines Rostro. Fue hace mucho tiempo. Yo... yo tenía que concentrarme en mi trabajo sin la tentación de los placeres de las Honoradas Matres.

—¡Hombrecito estúpido y repugnante! ¿Sabes lo que te estás negando a ti mismo? ¿Sabes lo que me estás negando a mí?

Uxtal se escabulló, buscando a rastras lo que quedaba de su ropa antes de que le matara de pura indignación. Pero Ingva se movió como una pantera y le cerró el paso.

—Nunca me has complacido, hombrecito, y ahora me lo has puesto mucho más difícil. Sin embargo, la castración no te hace completamente inútil como esclavo sexual. Para una adepta con el nivel de capacidad que yo tengo, ni siquiera un eunuco es totalmente inalcanzable. Requerirá un mayor esfuerzo, pero te imprimiré de todos modos. —Volvió a empujarlo contra el suelo—. Cuando esto acabe me darás las gracias. Eso te lo aseguro.

Uxtal protestó, gimoteó, y luego gritó, pero nadie le oía, a nadie le importaba.

La caza ha sido una parte fundamental del orden natural desde que la vida existe.
La presa lo sabe tan bien como el predador.

Máxima Bene Gesserit

Solo en la ventosa plataforma de observación, por encima de los álamos gigantes, el ghola de Thufir Hawat trataba de ver y asimilarlo todo, de ir sumando los diferentes detalles para un correcto análisis. Aún no era un mentat, pero según los registros históricos, tenía el potencial para convertirse en un gran guerrero, estratega y ordenador humano.

En su vida original, había servido a tres generaciones de Atreides. Tras la caída de Arrakeen, los Harkonnen lo capturaron y utilizaron un veneno residual para obligarlo a servir al malvado barón. *¡Cuánto debí de detestarlo!* En aquel entonces Thufir era un veterano, con la mente saturada tras una vida de servicio y batallas... como el viejo Bashar. El joven Thufir quería con todas sus fuerzas estar a la altura de las expectativas.

Incluso desde allí arriba, a salvo, notaba el olor de la sangre en el aire. Dos adiestradores larguiruchos montaban guardia en la base de la torre de madera para protegerlos a él y al rabino de los peligrosos futar y las Honoradas Matres que estaban sueltas por el bosque. ¿O sería para asegurarse de que no iban a ningún sitio y no veían nada que no tuvieran que ver?

El inquieto rabino andaba arriba y abajo por la plataforma descubierta, y echó una ojeada abajo, al bosque de árboles de corteza plateada. Thufir ya lo había analizado lo bastante para saber cómo reaccionaría. Endurecido tras una vida entera sintiéndose injustamente oprimido, el rabino luchaba por su gente e intentaba evitar que lo vieran como una víctima. Ante todo, tenía miedo de parecer indeciso, de no comportarse como un líder.

En aquellos momentos, el anciano parecía enfermo y decepcionado, como si su sueño de tener un mundo perfecto para los suyos se estuviera evaporando. ¿Pedirían los refugiados judíos que les permitieran quedarse en aquel planeta a pesar de la posibilidad de posteriores ataques de las Honoradas Matres? ¿A pesar del extraño comportamiento de los adiestradores y sus agresivos futar, que al rabino le repelían por motivos religiosos? ¿Qué decidiría el rabino cuando sopesara los pros y los contras?

Por su parte, Thufir estaba seguro de que él y sus jóvenes compañeros gholas jamás vivirían allí. Su sitio estaba en el *Ítaca*, junto al Bashar y Duncan Idaho, preparándose para defenderse frente al Enemigo Exterior. Para eso justamente los habían recuperado.

Incluso si parte de los refugiados dejaban la no-nave para instalarse en el planeta, Duncan nunca permitiría que el *Ítaca* se quedara allí. *La inmovilidad te hace*

vulnerable. La complacencia es peligrosa. Por muy acogedores que pudieran parecer los adiestradores, para la mayoría aquel planeta solo podía ser una parada temporal. Y, aunque los recuerdos de su vida pasada aún no estaban con él, Thufir sería fiel a la nave.

Abajo, en el bosque, oía el gruñido de los futar, el sonido de ramas que se partían. La cacería se acercaba y, poniéndose la mano por encima de los ojos, trató de distinguir algo entre los árboles.

—No me gusta esto. —El rabino levantó los brazos en un gesto de rechazo.

—Hará falta más que un símbolo supersticioso para repeler a estos atacantes.

—Quizá tú te sientes más seguro porque algún día serás un guerrero, ghola, pero yo lucho en un campo mucho más importante. La fe es mi arma... la única arma que necesito.

Abajo, vieron los movimientos cautos y predatorios de dos futar que se escurrían entre los árboles para preparar una trampa. Thufir comprendió enseguida: por los rugidos que se oían a lo lejos, supo que los otros hombres-bestia estaban empujando a una Honorada Madre en aquella dirección, y que el resto de la manada la rodearía.

Mediante aparatos de comunicación implantados, los guardias que había en la base de la torre recibieron noticias. Volvieron sus ojos con su máscara de bandidos hacia arriba, a la plataforma de observación.

—Tres de las Honoradas Matres ya han caído —gritó uno—. La habilidad de nuestros futar en la caza está demostrada.

Pero aún quedaban dos de aquellas mortíferas mujeres con vida, y en aquel mismo momento una se dirigía hacia allí.

La mujer apareció entre los árboles, con el rostro arañado por las ramas y el brazo izquierdo inutilizado, con los pies descalzos y ensangrentados a causa de la huida por aquel terreno accidentado. Pero no daba muestras de debilidad.

El rabino gimoteó y se cubrió los ojos con la mano, como si se sintiera ofendido.

—No quiero ver esto.

Cuando la mujer entró en el claro, mirando atrás por encima del hombro, dos futar saltaron desde su escondite entre los árboles y la cogieron por sorpresa. Otros dos llegaron corriendo por detrás. Thufir se inclinó sobre la baranda para ver mejor; en cambio el rabino se apartó.

Sin aminorar el paso, la Honorada Madre se inclinó y cogió una rama caída con su mano buena. Haciendo gala de una fuerza sorprendente, se giró y la blandió como una jabalina inestable. Con el extremo astillado ensartó a un futar que había saltado. El futar cayó, mortalmente herido, aullando y debatiéndose, mientras ella saltaba a un lado.

Otro de los futar saltó sobre la mujer y la golpeó en el lado malo, tratando de agarrarla por el hombro para arrancarle el brazo herido de cuajo. Thufir se dio cuenta enseguida de que la Honorada Madre había exagerado la gravedad de la herida, porque levantó el brazo destrozado y agarró al futar por el pescuezo. Las fauces de la

bestia se cerraron a solo unos centímetros de su rostro. Con un gruñido, la ramera arrojó a la criatura, que cayó hacia atrás y chocó contra uno de los troncos plateados, y trató de ponerse en pie, perplejo.

Mientras los otros dos futar la rodeaban, ella miró de soslayo hacia la base de la torre, donde estaban los dos adiestradores. En un despliegue desesperado y vengativo de energía, corrió directamente hacia ellos, dejando atrás a los futar.

Los dos hombres larguiruchos levantaron sus varas aturdidoras, pero ella fue más rápida. Su mano callosa derribó los palos y atacó, disfrutando del miedo que vio brevemente en los ojos de su primera víctima. Con un único golpe, le partió el cuello. El adiestrador se desplomó.

La Honorada Madre quiso saltar sobre el otro adiestrador, pero el futar que había más cerca interceptó sus movimientos para proteger a su amo. Los otros dos se acercaron también, uno de ellos cojeaba. Viendo que no podría con todos, la Honorada Madre cogió la vara aturdidora del suelo y huyó al bosque. Los futar corrieron tras ella, gruñendo.

Thufir cogió al rabino del brazo.

—¡Deprisa! —Y corrió hacia la empinada escalera de madera que llevaba hasta abajo—. Quizá podamos ayudar.

El rabino vaciló.

—Pero si ya está muerto, y estaremos más seguros aquí arriba. Deberíamos quedarnos...

—¡Estoy cansado de mirar! —Thufir bajó los escalones de dos en dos. El rabino fue tras él, farfullando.

Cuando Thufir llegó abajo, el adiestrador que quedaba estaba inclinado sobre su compañero. Thufir esperaba oír a aquel hombre larguirucho gimotear de dolor, o gritar de ira; en cambio, parecía concentrado.

Qué inusual. Curioso.

A lo lejos, en el bosque, se oyó un chillido espeluznante, porque los tres futar habían vuelto a acorralar a la Honorada Madre. Ella les gritaba obscenidades. Thufir oyó sonido de lucha, un crujido como de huesos al partirse, terribles gruñidos, seguidos brevemente por un grito... y luego silencio. Al cabo de un momento, con su fino sentido del oído, Thufir captó el inconfundible sonido de criaturas que comen.

Respirando aparatosamente, el rabino llegó a la base de la torre y se agarró a la baranda de madera para estabilizarse. Thufir corrió hacia el adiestrador y su compañero muerto.

—¿Podemos hacer algo para ayudar?

El que seguía con vida estaba inclinado y de pronto su espalda se puso rígida, como si hubiera olvidado que aquellos dos estaban allí.

Su cabeza giró sobre el largo cuello y los miró. La franja oscura era como una sombra negra sobre sus ojos.

Y entonces Thufir miró al adiestrador que estaba muerto en el suelo.

Los rasgos del cuerpo habían cambiado... habían revertido a su estado original. Ya no era alto y larguirucho; su rostro ya no era estilizado, ni tenía la venda negra sobre los ojos. Aquel adiestrador tenía piel grisácea, ojos oscuros y muy juntos, nariz chata.

Thufir lo reconoció por las imágenes de archivo... ¡un Danzarín Rostro!

El otro adiestrador los miró furioso y dejó que su rostro recuperara su aspecto neutro habitual. Un aspecto no humano, sino cadavérico... e inexpresivo.

La mente de Thufir pensaba y pensaba, y deseó con todas sus fuerzas tener las habilidades de un mentat. ¿Los adiestradores eran Danzarines Rostro? ¿Todos o solo algunos? Los adiestradores luchaban contra las Honoradas Matres, un enemigo común. El Enemigo. Adiestradores, Danzarines Rostro, el Enemigo...

Aquel planeta no era lo que parecía.

Lanzó una mirada fugaz al rabino. El anciano había visto lo mismo que él y, aunque el horror y la sorpresa habían hecho que por un momento se quedara helado, parecía haber llegado a la misma conclusión que él.

El poderoso adiestrador se puso en pie y avanzó hacia ellos con su vara aturdidora.

—Será mejor que corramos —dijo Thufir.

Incluso los planes más cuidadosos pueden caer en el caos por una acción impetuosa de nuestros supuestos amos. ¿No es una ironía cuando dicen que los Danzarines Rostro somos inmovilistas y cambiadizos?

KHRONE, comunicado a la miriada de los Danzarines Rostro

Desde el interior del castillo reconstruido de Caladan, Khrone tiraba de las cuerdas, hacía su papel, movía sus piezas. La miriada de Danzarines Rostro había manipulado a los ixianos, a la Cofradía, a la CHOAM y a las Honoradas Matres rebeldes que aún gobernaban Tleilax. Ya habían alcanzado muchos hitos con sus éxitos. Khrone había viajado allá donde se le necesitaba, donde su presencia era requerida, pero siempre volvía con sus dos preciosos gholas. El barón y Paolo. El trabajo continuaba.

En Caladan, año tras año, el grupo de observadores mejorados mecánicamente enviaba informes regulares a los lejanos anciano y anciana. A pesar de su degeneración física, daban muestras de una irritante paciencia, y aun así seguían sin encontrar nada que criticarle. Los observadores a parches siempre le vigilaban, pero no le habían descubierto. Ni siquiera aquellos horripilantes espías lo sabían todo.

Khrone fue convocado desde la torre del castillo, y la llamada interrumpió su trabajo y su concentración. El Danzarín Rostro subió con dificultad la escalera de piedra para ver qué querían los espías. Cuando invocaban el nombre de sus amos no podía negarse... todavía no. Tenía que seguir manteniendo las apariencias un poco más, hasta que terminara aquella parte de su proyecto.

Khrone sabía que el anciano y la anciana eran conscientes de lo acertado de su plan alternativo. Dado que sus esfuerzos por encontrar la no-nave perdida no dejaban de fracasar, era lógico buscar otra forma de conseguir a su kwisatz haderach: el gholá de Paolo.

Pero ¿le concederían el tiempo que necesitaba para despertar al niño? Paolo solo tenía seis años, y aún faltaba un tiempo para que pudieran iniciar el proceso de despertar sus recuerdos, de saturarlo de especia y prepararlo para su destino. Los amos lejanos habían planteado sus exigencias y puesto sus plazos. De acuerdo con los parcos informes de los observadores a parches, el anciano y la anciana estaban listos para lanzar una inmensa flota a una conquista largamente esperada de «todo», tanto si el kwisatz haderach estaba listo como si no...

Los horripilantes emisarios le esperaban en lo alto de la torre, mudos y pétreos. Cuando Khrone llegó por fin a lo alto de la tortuosa escalera, los hombres se volvieron a mirarle con movimientos torpes.

Él se puso las manos en las caderas.

—Estáis retrasando mi trabajo.

La cabeza de uno de los emisarios se movía compulsivamente a un lado y a otro, como si sus neuronas estuvieran enviando impulsos contradictorios que hacían que

los músculos del cuello y el hombro sufrieran espasmos.

—Este mensaje... no podemos entregar... entregar este mensaje... personalmente. —Cerró su mano huesuda en un puño. Las burbujas borboteaban por los tubos—. Entregar un mensaje.

—¿Qué es? —Khrone cruzó los brazos—. Tengo que completar mi trabajo para nuestros amos.

El líder de los emisarios abrió las manos y le indicó que avanzara. Los otros permanecieron inmóviles, grabando presumiblemente cada uno de sus movimientos. Khrone entró en la galería mientras aquellos engendros de rostro pálido reculaban hasta la pared. Frunció el ceño.

—¿Qué es esto...?

De pronto su visión se empañó por los bordes y las paredes de la torre se desdibujaron. A su alrededor la realidad cambió. Al principio Khrone vio el etéreo enrejado de la red, los hilos de taquiones conectados en una cadena infinita. Luego se encontró en otro lugar, en la simulación de una simulación.

Oía sonido de cascos, olía a estiércol, y oyó las ruedas de una carreta. Se volvió a la derecha y vio al anciano y la anciana sentados en un carro de madera tirado por una mula gris. La bestia avanzaba con una paciencia y un hastío infinitos. Nadie parecía tener prisa.

Khrone tuvo que dar un paso para seguir al carro, cargado de melones de paradan con la piel verde oliva moteada. Miró a su alrededor, tratando de comprender la metáfora de aquel mundo imaginario. A lo lejos, vio que el camino llevaba a unos abarrotados edificios geométricos que parecían moverse y fluir como un todo, una ciudad enorme que parecía viva. Las estructuras con ángulos perfectos eran como el diseño de un panel de circuitos.

El anciano estaba en un primer plano, sentado en el pescante junto a la anciana, sujetando con informalidad las riendas. Miró a Khrone.

—Tenemos noticias. Ese proyecto tuyo que tanto tiempo necesita ya no es relevante. No necesitamos a tu barón Harkonnen ni al gholá de Paul Atreides que has creado para nosotros.

La anciana intervino.

—En otras palabras, no tendremos que esperar a tu candidato a kwisatz haderach tantos años.

El hombre levantó las riendas y azuzó un poco a la mula, pero la bestia no hizo caso.

—Es hora de dejarse de juegos.

Khrone les seguía el paso.

—¿Qué queréis decir? Estoy tan cerca...

—Durante diecinueve años, nuestras sofisticadas redes no han conseguido atrapar la no-nave, pero hemos tenido suerte. Hemos puesto una trampa primitiva, y muy pronto la no-nave y su pasaje estarán bajo nuestro control. Tendremos lo que

queríamos sin necesidad de recurrir a tu kwisatz haderach de repuesto. Tu plan es obsoleto.

Khrone rechinó los dientes, tratando de no parecer alarmado.

—¿Cómo habéis encontrado la nave después de tanto tiempo?

Mis Danzarines Rostro...

—La nave fue al planeta de nuestros adiestradores, y ahora los tenemos. —El anciano sonrió, mostrando sus dientes blancos y perfectos—. Estamos a punto de soltar la trampa.

La mujer se recostó en el pescante.

—Cuando tengamos la no-nave y sus pasajeros, tendremos bajo nuestro control lo que la profecía matemática dice que necesitamos. Todas nuestras proyecciones prescientes indican que el kwisatz haderach está a bordo. Durante Kralizec estará con nosotros.

—Nuestra enorme flota está a punto de lanzar una ofensiva a gran escala contra los mundos del Imperio Antiguo. Pronto todo habrá acabado. Llevamos tanto tiempo esperando... —El anciano volvió a sacudir las riendas, con aire satisfecho.

Los labios agrietados de la mujer se curvaron en una sonrisa de disculpa.

—Así pues, Khrone, tu costoso y largo plan, sencillamente, ya no es necesario.

Horrorizado, el Danzarín Rostro dio dos pasos para no quedarse atrás.

—¡Pero no podéis hacer eso! Ya he despertado los recuerdos del barón, y el ghola de Paolo es perfecto, es ideal para nuestros propósitos.

—Especulaciones. Ya no le necesitamos —repitió el anciano—. Cuando capturemos la no-nave, tendremos al kwisatz haderach.

Como si se tratara de un premio de consolación, la mujer estiró el brazo, escogió un paradan, el melón blando de Caladan, de la parte de atrás del carro y se lo dio a Khrone.

—Ha sido agradable trabajar contigo. Toma, un melón.

Él lo aceptó, confuso y turbado. El espejismo parpadeó y desapareció, y Khrone se encontró de nuevo en la torre. Sus manos seguían ahuecadas, sujetando un paradan inexistente.

Y estaba en el borde de la ventana de la alta torre, con los pies en el límite. Los cristales de plaz estaban abiertos, y un viento racheado le golpeaba el rostro. La caída era de vértigo, y terminaba en las rocas escarpadas de la zona intermareal, allá abajo. Medio paso y caería directo a la muerte.

Khrone agitó los brazos y cayó trastabillando hacia atrás con una embarazosa falta de gracia.

Los emisarios mejorados lo miraban fríamente desde un lado de la habitación. Con un considerable esfuerzo, Khrone mantuvo la compostura. Ni siquiera habló con aquellos monstruos hechos de parches, se limitó a salir.

No importa lo que hubieran dicho el anciano y la anciana, Khrone no abandonaría sus planes hasta que él hubiera terminado.

Para un guerrero curtido, cada batalla es un banquete. La victoria tendría que saborearse como el vino más exquisito o el postre más extravagante. La derrota es como un pedazo de carne rancia.

Enseñanzas de los maestros de armas de Ginaz

Las sesenta naves descendieron al corazón de Bandalong, donde Hellica las esperaba. Murbella estaba convencida de que la Madre Superiora quería saborear aquella confrontación, jugar con lo que veía como una rival inferior. La reina pretendiente esperaba un comportamiento auténticamente Bene Gesserit de la Nueva Hermandad: debates, negociaciones. Para ella sería un juego.

Sin embargo, Murbella no era enteramente Bene Gesserit. Tenía una sorpresa para las Honoradas Matres que esperaban allá abajo. Varias, en realidad.

Las naves que rodearon el palacio se veían ampliamente superadas en número por las fuerzas de Hellica en tierra. Las ramera esperaban un comportamiento civilizado de la madre comandante, protocolos diplomáticos, cortesías de embajadores. Pero ella ya había decidido que sería una pérdida de tiempo. Janess, Kiria y las otras hermanas infiltradas en la ciudad sabían qué tenían que hacer.

En el momento exacto en que el escuadrón de escolta de Murbella se preparaba para aterrizar en la «trampa» de la Madre Superiora, siete de los edificios principales de Bandalong estallaron en llamas. Las ondas de choque derribaron las paredes y los convirtieron en cenizas. Momentos más tarde, tres bombas destruyeron docenas de naves en la pista de aterrizaje del puerto espacial.

Antes de que las perplejas ramera que rodeaban el palacio tuvieran oportunidad de derribar sus aparatos, Murbella gritó por las líneas de comunicación:

—¡Valquirias, al ataque!

Sus naves iniciaron el bombardeo, y destruyeron las fuerzas que protegían el trono de poder de la Madre Superiora. La necesidad había hecho que declarara prescindible Bandalong. Hellica y sus rebeldes eran una peligrosa tea encendida que había que apagar. Y punto. Allá abajo las ramera parecían muy agitadas, como abejorros en un avispero ardiendo.

Luego, desde su posición en órbita, Wikki Aztin lanzó una segunda oleada de naves, mucho más abrumadora. Junto al carguero gigante de Edrik, el segundo carguero de la Cofradía desactivó su campo negativo. De pronto, cuando las compuertas de la parte inferior se abrieron, otras doscientas naves de ataque de las valquirias descendieron a toda velocidad hacia el planeta.

Hasta la fecha misma de su destrucción, Richese había hecho entregas regulares de armamento, y sobre todo de naves. Aunque la mayor parte de la flota había quedado reducida a polvo junto con el resto de fábricas de armamento, Casa

Capitular poseía una potencia de fuego más que suficiente para neutralizar aquel último enclave rebelde de las Honoradas Matres.

Al frente de sus naves, la bashar Aztin fue asestando golpes quirúrgicos contra los objetivos estratégicos e instalaciones clave que habían identificado gracias a las transmisiones encubiertas del equipo infiltrado. Desde su escondite, Janess activó sus propias líneas de comunicación y coordinó a sus saboteadoras con los enjambres de tropas recién llegadas.

Mientras otras guerreras de la Hermandad peinaban la ciudad y las zonas circundantes, las Honoradas Matres se apresuraron a montar unas defensas frente a un ataque tan extendido y concienzudo.

La madre comandante y sus valquirias aterrizaron en el exterior del palacio. Murbella situó los transportes militares a modo de barrera. Sus guerreras, con sus uniformes negros, desembarcaron y rodearon aquella estructura chillona.

Murbella entró sonriendo, con la intención de matar a la Madre Superiora. No habría prisioneras. Era la única forma de acabar con aquello.

Acompañada por su séquito de valquirias, la madre comandante atravesó la entrada principal. Las vigilantes, con mallas y capas de color púrpura, se lanzaron enseguida contra el invasor, pero las guerreras de la Hermandad las superaron enseguida.

En el interior del palacio, su grupo pasó ante una fuente borboteante de un líquido rojo que parecía sangre y olía como sangre. Estatuas de Honoradas Matres atravesaban con sus espadas a las hermanas Bene Gesserit petrificadas; un líquido carmesí brotaba de sus heridas y caía al receptáculo de la fuente. Murbella prefirió no hacer caso de aquella manifestación tan grotesca.

Sin dar ni un traspie, la madre comandante encontró el camino a la sala del trono y entró con toda su guardia, como si ella fuera la dueña de Tleilax. A pesar de la violencia intrínseca de las Honoradas Matres, la victoria de las hermanas era inevitable. Sin embargo, Murbella había aprendido del estudio de la batalla de Conexión, donde incluso el bashar Miles Teg se había dejado deslumbrar por una victoria demasiado fácil, y mantenía su mente y su cuerpo en estado de alerta máxima. Las Honoradas Matres siempre encontraban la forma de convertir la derrota en victoria.

Hellica las esperaba en su trono, pavoneándose con impertinencia, como si aún tuviera el control de la situación.

—Es un detalle que vengas de visita, bruja. —La reina pretendiente vestía un traje rojo, amarillo y azul más apropiado para un actor de circo que para la líder de un planeta. El apretado moño con que recogía sus cabellos rubios estaba salpicado de joyas que no tenían precio y horquillas decorativas—. Eres valiente al venir hasta aquí. Y estúpida.

Murbella se acercó al trono con desparpajo.

—Me parece que tu ciudad está ardiendo, Hellica. Tendrías que haberte unido a nosotras frente al Enemigo que se acerca. Morirás de todos modos. ¿Por qué no morir luchando contra un oponente real?

Hellica rio escandalosamente.

—¡Es imposible combatir al Enemigo! Por eso tomamos cuanto queremos y nos trasladamos a terreno fértil antes de que llegue. Sin embargo, si tus brujas desean distraerlo con batallas inútiles, bienvenido sea el retraso, así nos facilitaréis la huida.

Murbella no la entendía, no entendía por qué Hellica había alentado a sus rebeldes y las había conducido a un conflicto debilitador que ninguna de ellas ganaría. Los enclaves de rebeldes habían causado un gran daño y habían debilitado a la humanidad..., Richese tan solo era el ejemplo más extremo. Y ¿para qué?

—Casi estábamos listas para abandonar Tleilax. En estos momentos te estás interponiendo en mi camino. —La Madre Superiora se puso en pie y adoptó una postura de combate—. Por otro lado, si te mato y me quedo la Nueva Hermandad, quizá permanezcamos un poco más.

—En otro momento, quizá habría tratado de reeducarte. Ahora sé que sería un esfuerzo inútil.

Hellica quería pelear. Por lo visto, no se engañaba respecto a sus posibilidades de sobrevivir, y estaba al tanto de los sangrientos combates que se estaban librando por toda Bandalong. Seguramente su propósito era causar el mayor número de víctimas posible, nada más. Nuevas explosiones sacudieron la ciudad.

Mientras miraba a aquella hermosa mujer con dureza, Murbella la imaginó muerta, derrumbada al pie de la tarima donde estaba su trono. La imagen era tan clara que casi parecía un momento de presciencia. Una técnica clásica de los maestros de armas.

En los límites de su visión, Murbella notaba sombras que se movían, cuerpos que se deslizaban sigilosamente cerca de la sala del trono. Docenas de Honoradas Matres que preparaban una emboscada. Pero no serían suficientes. Sus valquirias ya esperaban la trampa, una última y desesperada representación. Las superaban en número, y se lanzaron a la lucha, más que preparadas para el combate. En el exterior, la bashar Aztin sobrevolaba la ciudad con sus tupidas naves de ataque, haciendo que el palacio se sacudiera.

Murbella subió los escalones a saltos, en el mismo momento en que Hellica saltaba por encima de uno de los reposabrazos. Colisionaron como satélites, pero mediante una técnica de los maestros de armas, Murbella utilizó su equilibrio y su peso para hacer caer a Hellica.

Rodando sobre las losas de piedra en un revoltijo de golpes y bloqueos, Murbella y la reina aspirante se atacaban. La madre comandante le hizo un largo arañazo en la cara a Hellica, que a su vez golpeó a Murbella con la cabeza en la frente y la aturdió lo bastante para soltarse.

Las dos oponentes se pusieron en pie de un salto y se enfrentaron. La Madre Superiora hizo entonces gala de unas técnicas de combate poco ortodoxas, ligeramente más avanzadas que nada que Murbella recordara de su entrenamiento como Honorada Madre. Vaya, así que Hellica había aprendido, o cambiado.

Respondiendo a esta nueva técnica, Murbella modificó el ritmo de ataque buscando la ocasión de golpear pero, inesperadamente, la otra atacó con una rapidez sorprendente y no pudo evitar el golpe. Un golpe duro y doloroso en el muslo izquierdo. Pero la madre comandante no cayó. Bloqueó sus receptores nerviosos, adormeció el dolor de la pierna y volvió a la lucha.

Una Honorada Madre luchaba de forma impulsiva y violenta, pura fuerza y velocidad; Murbella también poseía esos rasgos, combinados con la maestría del arte largamente olvidado de los maestros de armas y las mejores capacidades de las Bene Gesserit. En cuanto Murbella reorientó su mente y el enfoque de la lucha, la Madre Superiora no tenía nada que hacer.

Viendo de antemano una respuesta inesperada de ella misma, Murbella planificó una secuencia de movimientos y contraataques con unos segundos de antelación. Si lo mirabas desde una perspectiva más amplia, la ausencia de un patrón en el estilo de lucha de Hellica en sí ya era un patrón. Murbella no necesitaba una espada, no necesitaba ningún arma... le bastaba consigo misma.

A pesar de la velocidad de los movimientos de la Madre Superiora, los quites, los puñetazos, las patadas, Murbella vio un punto vulnerable y atacó. En el momento en que lo vio en su mente, el curso a seguir en su ataque se convirtió en algo espontáneo. Y en cuanto lo hizo, el combate acabó.

Con la fuerza de un martinete, su pie derecho encontró el camino bajo la caja torácica de Hellica y golpeó directo en el corazón. Los ojos de la mujer se abrieron exageradamente y dijo una maldición sin llegar a pronunciar las palabras. Se desplomó ante la tarima, exactamente como la había visto Murbella en su mente momentos antes.

Jadeando, la madre comandante se volvió y evaluó al puñado de Honoradas Matres que seguían con vida y luchaban contra sus valquirias. Muchos cuerpos con coloridas mallas yacían por el suelo, junto con los de muchas menos hermanas.

—¡Basta! ¡Ahora yo soy vuestra Madre Superiora!

—No obedecemos a las brujas —espetó una mujer indignada, limpiándose la sangre de la boca y lista para seguir luchando—. No somos idiotas.

Por su zona de visión periférica, Murbella notó que la Madre Superiora empezaba a cambiar. Se volvió hacia su víctima y contempló la transformación imposible. El rostro de Hellica se volvió flácido y de un blanco grisáceo; los ojos se hundieron; su pelo se alteró. La que había sido aspirante a reina yacía en el suelo con ropas chillonas. Nariz chata, boca pequeña, ojos negros de muñeca.

La mente de Murbella no dejaba de dar vueltas y, por un instante, se sintió incrédula y asombrada.

—¡No habéis tenido reparos en obedecer a un Danzarín Rostro! ¿Y ahora quién es el idiota? ¿Cuántas más de vosotras sois Danzarines Rostro?

Aunque seguían luchando, las Honoradas Matres que quedaban echaron un vistazo a la criatura de rostro inexpresivo que antes era Hellica. La mayoría se detuvieron, perplejas.

—¡Madre Superiora!

—¡No es humana!

—Mirad a vuestra líder —ordenó Murbella adelantándose—. Habéis estado obedeciendo las órdenes de un Danzarín Rostro infiltrado entre vosotras. ¡Habéis sido engañadas y traicionadas!

Solo una de las Honoradas Matres seguía luchando furiosamente. Las valquirias pronto la despacharon y a Murbella no le sorprendió cuando vio que la caída se transformaba en un segundo Danzarín Rostro.

Allí, y en Gammu... ¿hasta qué punto se extendía aquella insidiosa infiltración? Las acciones provocativas de Hellica siempre habían estado al servicio de los Danzarines Rostro, no de las Honoradas Matres. ¿Se trataba de un plan pergeñado por los tleilaxu perdidos o iba mucho más allá? ¿Para quién luchaban en realidad los cambiadores de forma? ¿Es posible que fueran una vanguardia del Enemigo, enviada al Imperio Antiguo para evaluar y debilitar al objetivo?

Todos aquellos enclaves rebeldes, la disensión, la violencia que habían agotado los recursos de la Nueva Hermandad... ¿es posible que todo formara parte de un plan para debilitar las defensas humanas? ¿Enfrentarlas entre ellas, hacer que murieran guerreras viables para que fueran más vulnerables y que cuando el Enemigo llegara pudiera acabar el trabajo sin problemas? En la ciudad la batalla estaba prácticamente acabada, y no dejaban de llegar valquirias a la sala del trono para consolidar la toma del estrafalario palacio. Por todo Bandalong, las seguidoras de Hellica que quedaban lucharon hasta la muerte, mientras el carguero de la Cofradía permanecía en una órbita estacionaria, observando la batalla desde una distancia segura.

Las dirigía su hija Janess, con aspecto agotado pero con ojos brillantes.

—Madre comandante, el palacio es nuestro.

El enemigo de tu enemigo no es necesariamente tu amigo. Podría odiarte tanto como cualquier otro rival.

Corolario estratégico de Hawat

Ahora que la mortífera cacería había terminado y las cinco Honoradas Matres estaban muertas, Sheeana y Teg bajaron los escalones de madera de la torre de observación. Había sido una experiencia emocionante, e inquietante. A su lado, Sheeana intuía que el joven Bashar se debatía con sus propias preguntas, extrapolaciones, sospechas, pero no podía hablar sin que los guardias les oyeran.

Los adiestradores se reunieron con sus futar en el claro cubierto de hojas donde la última de las Honoradas Matres había sido despedazada a la vista de todos. Hrrm y el futar de la franja negra habían luchado contra aquella ramera, y la redujeron entre los dos.

Había sido increíble, los dos futar moviéndose en círculo alrededor de la mujer, lanzándole zarpazos, evitando los golpes de sus manos y sus pies. Cuando finalmente la presa saltó en el aire, Hrrm la agarró por el tobillo, clavándole sus garras como un anzuelo, y la arrojó contra el suelo. El de la franja negra saltó para arrancarle la yugular. Gotas de color escarlata salpicaban el manto de hojas doradas.

Sheeana y Teg se apartaron de la plataforma de observación y se acercaron a los futar con fascinación y cautela. Hrrm la reconoció y le dedicó una sonrisa ensangrentada, como si esperara que se acercara y le acariciara la espalda. Sheeana intuía su necesidad de ser aceptado y, durante años, eso era algo que solo había podido encontrar en ella. Aunque los adiestradores —sus verdaderos amos— ahora estaban en el bosque, Sheeana dijo:

—Excelente trabajo, Hrrm. Estoy orgullosa de ti.

Un profundo ronroneo se formó en su garganta. Y entonces hundió el rostro en el cuerpo de la Honorada Madre y arrancó otro pedazo de carne. Sheeana no había visto a los otros tres futar de la no-nave, pero sabía que también se habrían unido a la cacería.

Cuatro de aquellos nativos larguiruchos, incluido el adiestrador mayor, contemplaban la espeluznante escena, visiblemente satisfechos.

—Ya habéis visto cuáles son nuestros sentimientos hacia las Honoradas Matres —dijo Orak Tho.

—En ningún momento hemos dudado de ellos —dijo Sheeana—. Pero se acerca otro Enemigo... un Enemigo al que estas rameras provocaron. Y es mucho peor.

—¿Peor? ¿Cómo lo sabéis? —dijo el adiestrador mayor—. ¿Y si resulta que no hay nada que temer de ese Enemigo? Quizá estáis equivocados.

Sheeana se dio cuenta de que los otros adiestradores los estaban rodeando discretamente. Teg también, aunque no hizo nada que lo demostrara.

En medio de los restos sangrientos de la cacería, de pronto Orak Tho cambió de tema.

—Y ahora que os hemos demostrado nuestra buena fe, me gustaría visitar vuestra no-nave. Llevaré conmigo una delegación de adiestradores.

Teg le hizo una discreta señal de advertencia a Sheeana.

—Sin duda es una idea a considerar —dijo ella—, pero primero hemos de hablarlo con nuestros compañeros. Tenemos mucho que contarles sobre vuestra hospitalidad y las cosas que nos habéis mostrado.

—Solo disponemos de una pequeña gabarra —añadió Teg, tratando de no delatar su preocupación—. Prepararemos un transporte para vuestra delegación.

—Tenemos nuestras propias naves. —El adiestrador mayor se volvió, como si la decisión ya estuviera tomada. Teg y Sheeana se miraron. ¿Sus propias naves? Los adiestradores ya habían comentado que tenían escáneres lo bastante sofisticados para detectar la presencia del *Ítaca* en órbita. Aquella civilización tenía una tecnología mucho más avanzada de lo que parecía.

El olor de los adiestradores y la sangre y el olor animal de los futar se mezclaba con el aire del bosque formando un popurrí de aromas perturbadores y desconcertantes. Sheeana detectó también el leve y familiar toque de una tensión injustificada. Junto al cadáver medio devorado de la Honorada Madre, Hrrm y el de la franja negra levantaron la vista, intuyendo que pasaba algo. Los dos empezaron a emitir un gruñido bajo.

Sheeana habló.

—¿Cuándo se reunirán con nosotros el rabino y Thufir Hawat?

Orak Tho siguió como si no la hubiera oído.

—Haré señales a mi gente. Estoy seguro de que vuestros compañeros estarían de acuerdo. Haremos esto de la forma más eficaz posible.

Los adiestradores que estaban más cerca se pusieron tensos.

Sus movimientos eran sutiles, pero Sheeana se dio cuenta de que adoptaban posturas de ataque, con los codos doblados, las piernas listas para saltar. *¡Van a atacar!*

—¡Miles! —gritó.

El joven Bashar golpeó con tal rapidez que para el ojo desnudo apenas fue un parpadeo. Sheeana estampó la palma de su mano en la cara de otro de los adiestradores al tiempo que se agachaba, y saltó hacia el lado cuando los otros cerraban el círculo.

Teg golpeó a uno en medio del pecho, tan fuerte que se le paró el corazón... una técnica de combate de las Bene Gesserit, antigua pero mortífera. Sheeana aferró el largo brazo de otro de los adiestradores y lo dobló hacia atrás para partir el hueso por encima del codo. No dejaban de aparecer más y más adiestradores entre los álamos, como predadores.

Los nativos luchaban con la intención de matar; ni siquiera les pidieron que se rindieran. *Pero ¿qué van a hacer cuando nos maten? ¿Cómo van a subir a la no-nave, si es eso lo que buscan?* Aunque solo eran dos, Sheeana y Teg resistían, por muy poco.

En un frenesí de músculo y garras, Hrrm también atacó... pero no a ella o al Bashar, sino al adiestrador mayor. Orak Tho abrió su gran boca con sorpresa y le ladró una orden áspera y gutural, pero Hrrm no se detuvo. El futar había superado sus condicionamientos. Derribó al adiestrador, mientras pronunciaba su nombre. ¡*Sheeana!* Con una furia desbocada, mordió y sacudió, y al hacerlo partió el largo cuello de Orak Tho.

Hrrm, que no sabía nada de política ni de alianzas, defendió a Sheeana frente a los adiestradores. Lo hacía por ella.

Todo sucedió tan deprisa... Cuando el futar se apartó de su presa, Orak Tho cambió. Su cuerpo adoptó los rasgos no humanos de un Danzarín Rostro. El adiestrador al que Teg había matado también cambió. ¡Danzarines Rostro!

En el pasado, Sheeana siempre había confiado en su capacidad de reconocer a los cambiadores de forma por sus características feromonas, pero los nuevos Danzarines Rostro eran más sofisticados, y con frecuencia ni siquiera las Bene Gesserit podían detectarlos. Eso ya lo sabía cuando partió de Casa Capitular.

Las piezas empezaban a encajar. Si aquellos adiestradores eran Danzarines Rostro de nueva generación, eso significa que no eran aliados, sino enemigos. El hecho de que tanto los adiestradores como las Bene Gesserit odiaran a las Honoradas Matres no significaba necesariamente que compartieran una causa común.

Rugiendo, el futar de la franja negra saltó para atacar al traidor Hrrm. Los dos pelearon, gruñendo, forcejeando, revolcándose en un revuelo de garras y dientes. Sheeana no podía hacer nada por ayudarle, y se volvió para hacer frente a nuevas amenazas.

Varios de los hombres con máscara de bandido recuperaron su forma de Danzarín Rostro; ya no hacía falta que siguieran con el engaño. Por lo visto todos los adiestradores eran Danzarines Rostro.

Orak Tho quería subir a la no-nave. Las razones eran evidentes: los adiestradores querían capturar el *Ítaca*. ¡Para el Enemigo! El Enemigo siempre había querido la nave. Por eso el adiestrador mayor tenía tanto interés por matarles: los Danzarines Rostro podían sustituirlos fácilmente, no solo adoptando su apariencia, sino también una semblanza de sus recuerdos y su personalidad. Podían trabajar desde dentro para lograr lo que hasta la fecha sus perseguidores no habían podido lograr. ¡Tenía que avisar a Duncan!

Sheeana golpeó a otro adiestrador, que cayó hacia atrás sobre sus compañeros. Teg luchaba a su lado, mientras su conciencia de mentat procesaba los mismos datos. Sheeana estaba segura de que habría llegado a las mismas conclusiones.

—Están todos relacionados: el anciano y la anciana, la red, los adiestradores, los Danzarines Rostro. ¡Vamos... al menos uno de nosotros tiene que vivir!

Sheeana comprendió otra terrible verdad.

—Seguramente Thufir y el rabino están muertos. Por eso nos separaron. Divide y vencerás.

Desde el límite de árboles, otros dos futar llegaron dando brincos para unirse a la refriega, y atacaron instintivamente a Hrrm, que se había vuelto contra su gente. Era inconcebible que un futar hubiera atacado a un adiestrador.

Sheeana no creía que ella y el Bashar pudieran contra tantos atacantes. Hrrm seguía luchando, pero no aguantaría mucho más. En aquel momento se incorporó, agarró el cuello del futar de la franja negra clavándole las garras con fuerza y le arrancó la laringe de un bocado. Pero, aunque se estaba desangrando, el futar siguió dando dentelladas con sus afilados colmillos. Y entonces, Hrrm desapareció bajo la masa confusa de garras y pelo de los otros futar.

En cuestión de momentos, se volverían hacia ellos.

—¡Miles! —Sheeana golpeó a un adiestrador en plena cara y lo derribó.

De pronto, a su lado, Teg se «emborronó», moviéndose a tal velocidad que no fue capaz de seguir sus movimientos. Fue como si un viento veloz pasara entre los álamos. Todos los adiestradores que se estaban acercando cayeron al suelo como árboles talados. Sheeana apenas tuvo tiempo de pestañear.

Teg reapareció junto a ella, jadeando, con aspecto agotado.

—Ven. Tenemos que volver a la nave. ¡Ahora!

Sheeana corrió. Las preguntas podían esperar. Hrrm le había dado tiempo para escapar, y no dejaría que su sacrificio fuera en balde.

A su espalda oían a más futar, oían las hojas secas y las ramitas que crujían bajo sus manos y sus pies. ¿La ayudarían los otros tres futar de la no-nave como había hecho Hrrm? Mejor no hacerse ilusiones. Les había visto derribar a Honoradas Matres curtidas en el combate, y de todos modos tampoco confiaba en sus posibilidades frente a tantos enemigos.

Sin duda, habría más adiestradores esperando en las torres de madera de la ciudad. Y seguramente algunos ya habrían rodeado la gabarra. ¿Hasta qué punto estaba coordinado el plan de Orak Tho? ¿Eran todos los adiestradores Danzarines Rostro o, simplemente, se habían infiltrado entre ellos?

Sheeana y Teg pasaron a toda prisa ante el principal asentamiento de los adiestradores. Aquellas gentes con cara de mapache seguían saliendo de las estructuras cilíndricas de madera, reaccionando con bastante lentitud ante la nueva situación.

Allá delante, en el claro, la pequeña nave les esperaba. Tal como Sheeana temía, había dos adiestradores ante la escotilla, provistos de poderosas varas aturdidoras. Sheeana se preparó para una lucha a vida o muerte.

Pero Teg volvió a emborronarse y salió disparado como una bala, mucho más deprisa de lo que entraba en la capacidad de un humano. Los dos adiestradores se volvieron, pero ya era tarde. Teg golpeó y los otros cayeron como si hubieran sido fulminados por una fuerza invisible.

Sheeana corrió para alcanzarle, sintiendo que los pulmones le quemaban. El Bashar frenó lo bastante para reaparecer, y apartó de una patada las varas aturdidoras. Tambaleándose por el agotamiento, introdujo el código en los controles de la escotilla principal. Los engranajes hidráulicos zumbaron y la pesada compuerta empezó a abrirse.

—¡Adentro, deprisa! —Respiraba dando grandes bocanadas—. Tenemos que marcharnos.

Sheeana nunca había visto a un humano con un aspecto tan totalmente agotado. Su piel se había puesto gris y parecía estar al borde del colapso. Lo aferró por el brazo, temiendo que no estuviera en condiciones de pilotar la gabarra.

Quizá tendré que hacerlo personalmente.

Una riada de adiestradores salía de las torres con porras y varas aturdidoras. Ya no tenían nada que esconder, así que la mayoría habían vuelto a sus narices chatas de Danzarines Rostro. Sheeana temió que algunos llevaran lanza proyectiles o aturdidores de larga distancia.

De pronto, oyeron un grito y un cierto revuelo y dos hombres salieron del bosque, corriendo como locos. Sheeana empujó a Teg al interior de la nave y se detuvo ante la escotilla, desde donde vio a Thufir Hawat y el rabino corriendo atropelladamente hacia allí.

Llevaban a los adiestradores pegados a los talones, y oía a los futar avanzando entre la maleza. Estaban sofocados, y corrían trastabillando tan solo unos segundos por delante de sus perseguidores. El joven agarró al rabino y lo arrastró con él. Sheeana no creía que llegaran a la gabarra a tiempo.

Finalmente, en un acto desinteresado, Thufir impulsó al anciano hacia la nave, que seguía estando muy lejos, y se volvió para enfrentarse solo a los adiestradores. Con los puños cerrados, se lanzó contra el enemigo más próximo y lo cogió por sorpresa. Un potente gancho en el abdomen y un golpe seco contra la garganta y el Danzarín Rostro se tambaleó y cayó. Con aquel acto heroico, Thufir había dado al rabino tiempo para ganar algo de terreno. Jadeando, pero negándose a descansar, corrió tras él y lo alcanzó en el claro, cuando casi estaban llegando a la nave.

Justo cuando el primer futar les estaba dando alcance, un segundo futar apareció saltando por un lado y cayó sobre él. Los dos hombres-bestia rodaron por el suelo, dando zarpazos, peleando. ¡Otro de los futar de Hrrm! Aquello les hizo ganar unos preciosos segundos.

Sheeana recogió del suelo una de las varas aturdidoras de los guardas.

—¡Corred! ¡Corred! —Y, por encima del hombro, gritó al interior de la nave—: ¡Miles, enciende motores!

Thufir y el rabino corrieron echando mano de la poca adrenalina que les quedaba.

—Danzarines Rostro —dijo Thufir jadeando—. Hemos visto...

—¡Lo sé! Subid. —Los motores de la nave empezaron a vibrar. De alguna forma, Teg había encontrado la energía para llegar al asiento del piloto.

Sheeana plantó los pies en el prado y le clavó la vara aturdidora al primer adiestrador que llegó, y luego se volvió para golpear a otro en la cabeza.

El viejo rabino subió dando tumbos, y el ghola de doce años entró detrás. Otros tres futar salieron de entre los árboles, seguidos por otro grupo de adiestradores. Sheeana saltó por la escotilla, arrastrándose para activar los controles de la rampa. Apartó los pies justo en el momento en que la pesada escotilla se cerraba. El primer futar se estrelló contra el casco.

—¡Vámonos, Miles! —Se dejó caer sobre la cubierta—. ¡Vamos!

Thufir Hawat ya estaba en el asiento del copiloto. A su lado, el Bashar parecía a punto de perder la conciencia, y Thufir estiró las manos para hacerse con los controles. Pero Teg se las apartó.

—Yo lo haré.

La gabarra se elevó por encima de los árboles y voló veloz hacia el cielo. Con el corazón martilleándole en el pecho, Sheeana miró al rabino, que estaba tirado en el suelo, junto a ella. Su rostro surcado de lágrimas estaba enrojecido por el esfuerzo, y Sheeana temió que ahora que estaba a salvo en la nave le diera un ataque.

Y entonces recordó lo que Orak Tho había dicho. Los adiestradores tenían sus propias naves, y sin duda saldrían a perseguirles.

—Corre. —Su voz no era más que un susurro rasposo.

Sin embargo, Teg, con la cara cenicienta, pareció oírla. La aceleración la empujó contra el suelo.

Los radicales solo son peligrosos cuando tratas de suprimirlos. Tienes que demostrarles que aprovecharás lo mejor que tengan para ofrecerte.

LETO ATREIDES II, el Tirano

Uxtal tenía la mente tambaleante y el cuerpo tembloroso, no acababa de creerse lo que Ingva le había hecho. Utilizando unos poderes que ni comprendía ni había sido capaz de resistir, la vieja arpía lo había escurrido como un trapo sucio y lo había dejado débil y tembloroso, sin poder apenas respirar, caminar o pensar.

¡No tendría que haber pasado!

Sin reparar apenas en las naves atacantes que descendían sobre Bandalong, consiguió volver a trompicones a su laboratorio. Ingva le daba mucho más miedo que las bombas o las incursiones. Y sin embargo, se dio cuenta de que no podía apartar aquellas sensaciones de su mente, no podía olvidar el placer que le había «infligido». Aquel recuerdo indeleble le hacía sentirse sucio y asqueado.

Uxtal odiaba aquel planeta, aquella ciudad, aquellas mujeres... y no soportaba sentirse tan completamente fuera de control. Durante años había sido como un equilibrista, siempre pendiente de lo que pasaría si no lograba mantener el equilibrio y estar despierto.

Pero, después de su aventura coital con Ingva, cuando más falta le hacían sus capacidades mentales, se le estaba haciendo muy difícil no venirse abajo.

Y entonces se inició un ataque a gran escala por toda la ciudad: explosiones en los lugares estratégicos, el sitio del palacio, la aparición repentina de naves de guerra Bene Gesserit en el cielo...

Los explosivos ocultos ya habían destruido algunas paredes del enorme complejo del laboratorio. Seguramente los saboteadores e infiltrados habían estado allí antes y habían señalado el laboratorio como una de las instalaciones importantes.

Dando tumbos, volvió al laboratorio principal y aspiró profundamente el intenso olor a productos químicos que envolvía los nuevos tanques axlotl. También notó el agudo olor a canela de los experimentos fallidos que Waff —que seguía muerto de miedo— había sugerido en los últimos días. De momento, lo dejaría encerrado en sus alojamientos.

Uxtal corrió por su vida. En su corazón sabía que, por más que Waff se esforzara, el proceso en sí estaba tocado. Lo cierto es que el maestro resucitado no recordaba los suficientes datos para crear especia. La metodología que había sugerido podía ser un buen comienzo, pero no es probable que diera los resultados deseados. Quizá tendrían que trabajar en colaboración para redescubrir el proceso. Pero no con Bandalong bajo ataque.

Y aun así, allá arriba había un carguero de la Cofradía. ¡Quizá el navegante Edrik le rescataría! Sin duda la Cofradía querría al gholá que le habían animado a crear... y

a él. El navegante tenía que salvarlos a los dos.

Uxtal oyó voces y el zumbido de maquinaria por encima de las explosiones provocadas por el fuego de las armas y la artillería. Una voz gritó:

—¡Nos atacan! ¡Matres y hombres, defendednos! —El resto quedó ahogado por el ruido de las armas de fuego, pistolas de proyectiles y aturdidores de impulsos. Y Uxtal oyó algo más, que lo dejó paralizado a medio paso.

La voz de Ingva.

Sus músculos se sacudieron en respuesta al sonido, y sus piernas empezaron a llevarle involuntariamente hacia el lugar de donde provenía la voz. Estaba sexualmente dominado por aquella horrible mujer, y sentía el impulso irresistible de defenderla, de protegerla de la amenaza exterior. Pero no tenía armas, ni había sido entrenado en el arte del combate. Tras coger una tubería metálica de un montón de basura cerca de una pared derrumbada, corrió hacia la batalla, sin poder pensar con claridad.

Uxtal vio al menos a veinte Honoradas Matres enzarzadas en la lucha con un grupo mucho mayor de mujeres ataviadas con trajes negros de una pieza, cubiertos de púas. Las invasoras demostraban igual destreza en el uso de armas blancas y pistolas de proyectiles que con sus manos desnudas. ¡Las valquirias de la Nueva Hermandad! Blandiendo la tubería, Uxtal se unió a la refriega, saltando por encima de los cuerpos ensangrentados de las Honoradas Matres. Pero las brujas de negro lo arrojaron a un lado, como si no lo consideraran lo bastante digno para matarlo.

Con sus capacidades superiores para la lucha, las valquirias redujeron con facilidad a las Honoradas Matres. Una de ellas gritó:

—Dejad de luchar. ¡La Madre Superiora ha muerto!

Otra llegó corriendo desde palacio y gritó horrorizada:

—¡Hellica era un Danzarín Rostro! ¡Nos han engañado!

Uxtal se dejó caer, perplejo por lo que acababa de oír. Khroné le había obligado a trabajar en Bandalong, pero el investigador jamás había entendido por qué las Honoradas Matres colaboraban con los intereses esotéricos de los Danzarines Rostro. Sin embargo, si la Madre Superiora era un cambiador de forma de incógnito...

¡Ups...! Casi tropieza con una mujer que yacía en el suelo, lamentándose. La habían apuñalado, y aun así lo agarró con sus zarpas.

—¡Ayúdame! —Cuando oyó su voz fue como si hubiera movido un resorte en su interior, lo dominaba. Ingva. Sus ojos naranjas llameaban llenos de angustia. Su voz rasposa le daba un insistente tono de ira a su dolor—. ¡Ayúdame! ¡Ahora! —El costado le sangraba y, con cada aliento, la cuchillada se abría y se cerraba, como un pez boqueando.

Uxtal la imaginó dominándole, violándole con aquellas dotes sexuales antinaturales que incluso podían hacer caer a un eunuco. Su mano se aferraba a su pierna, pero no en una caricia. Las explosiones se sucedían a su alrededor por las calles. Ingva trató de maldecirle, pero no fue capaz de articular las palabras.

—Estás sufriendo.

—¡Sí! —La mirada agónica y furiosa que le dedicó indicaba que lo consideraba totalmente estúpido—. ¡Date prisa!

Uxtal no necesitaba oír más. No la podía curar, pero sí salvarla del dolor. En eso sí podía ayudarla. Él no era un guerrero, no había aprendido técnicas de combate; su cuerpo era pequeño y aquellas mujeres violentas lo habían quitado de en medio enseguida. Pero cuando su talón golpeó con toda la fuerza que pudo la garganta de su odiada Ingva, descubrió que era perfectamente capaz de partirle el cuello.

Ahora que había roto el terrible vínculo entre los dos, notó una peculiar sensación de vértigo en el estómago, y se dio cuenta de que tenía cierto grado de libertad, mucha más de la que había tenido en dieciséis años.

Las Honoradas Matres de Tleilax estaban perdiendo el combate, eso estaba claro... y estrepitosamente. Y entonces en el cielo vio otras dos naves que bajaban hacia el complejo de los laboratorios. Eran diferentes de las naves de ataque de las brujas, y reconoció el emblema de la Cofradía en los lados del casco. ¡Naves de la Cofradía, aterrizando subrepticamente en mitad de la batalla!

Seguro que iban a rescatarles, a él y al gholá de Waff, que seguía en sus alojamientos privados. Tenía que ir a donde Edrik pudiera encontrarle.

Nuevas explosiones golpearon el lado del edificio principal del laboratorio. Una bomba aérea derrumbó la sección donde tenían a los numerosos gholas más jóvenes, y una gran columna de fuego se elevó en el aire. Todos los candidatos alternativos estallaron en una explosión de fuego y humo, volvieron a convertirse en pequeñas motitas de material celular. Uxtal contempló aquello con expresión decepcionada, y luego corrió a buscar un refugio. De todos modos, todos aquellos extras tampoco hacían falta.

Las dos naves de la Cofradía ya habían aterrizado cerca del laboratorio medio destruido y habían enviado sigilosos exploradores. Pero no podría llegar hasta ellos. Una nave de la Nueva Hermandad pasó volando muy bajo, buscando objetivos. Y vio a un grupo de brujas que estaban peinando las calles. No podría eludirlas.

De momento, tendría que esconderse y esperar a que la batalla pasara. Al tleilaxu perdido no le importaba qué bando ganara, ni si se destruían unas a otras. Estaba en Tleilax. Aquel era su hogar.

Viendo que la atención de las atacantes estaba en otro sitio, Uxtal se escabulló, pasó bajo una verja y corrió por un campo fangoso hacia la granja de sligs. ¿Quién iba a interesarse por un sucio granjero de casta inferior como Gaxhar? Allí estaría seguro. ¡Pediría refugio al anciano!

Tratando de encontrar un escondrijo, Uxtal llegó a una zona de pocilgas donde Gaxhar tenía a sus sligs más gordos. Al mirar atrás, a su laboratorio en llamas, vio a un grupo de valquirias avanzando rápidamente por aquel campo. Qué mala suerte... pronto estarían allí, seguro. Pero ¿por qué preocuparse por un hombre que criaba

sligs? Otras guerreras estaban registrando edificios próximos, buscando a posibles Honoradas Matres emboscadas. ¿Le habrían visto?

Uxtal se agachó para que no le vieran y se metió en una cuadra cenagosa y vacía separada por una verja de la cuadra donde estaban los sligs más hermosos. Allí, elevado sobre unos bloques de piedra, había un pequeño cobertizo para guardar pienso y por debajo quedaba un pequeño espacio vacío. Uxtal se escurrió como pudo bajo el cobertizo. Allí debajo aquellas mujeres dominantes —del bando que fuera— no podrían encontrarle.

Agitados por su presencia, los sligs empezaron a arrastrarse por el fango y emitir aquellos chillidos peculiares del otro lado de la verja.

El hedor y la suciedad le daban ganas de vomitar.

—Casi es hora de comer —dijo una voz.

Retorciéndose para tratar de ver algo, Uxtal vio al anciano granjero ante la verja, mirándole por entre los tablones. El hombre empezó a arrojar pedazos ensangrentados de carne cruda —más miembros de cuerpos humanos— en la cuadra vacía. Algunos aterrizaron muy cerca, y Uxtal los apartó.

—¡No hagas eso, idiota! Estoy tratando de esconderme. ¡No llames la atención sobre mí!

—Ahora estás manchado de sangre —dijo Gaxhar con una voz espeluznantemente tranquila—. Y eso podría atraerlos hacia ti.

El hombre levantó la verja con indiferencia y dejó pasar a los sligs hambrientos. Cinco: un número nada propicio. Aquellas criaturas eran como losas de carne, sus cuerpos fofos estaban recubiertos de una espesa mucosidad, y sus barrigas planas estaban bordeadas por unas bocas trituradoras capaces de convertir cualquier materia orgánica en unas gachas digeribles.

Uxtal trató de apartarse.

—¡Sácame de aquí! ¡Te lo ordeno!

El slig más voluminoso se introdujo por la abertura donde el tleilaxu perdido estaba atrapado y cayó sobre él. Y los otros llegaron detrás, empujando, chocando entre ellos para llegar a la carne fresca. Sus escandalosos gruñidos ahogaron los gritos de Uxtal.

—Me gustaba más cuando todos los maestros estaban muertos —musitó Gaxhar.

A lo lejos el granjero oía disparos y explosiones. La ciudad de Bandalong era un infierno, pero la batalla no se acercó ni remotamente a su granja. Los obreros de casta inferior de las chabolas no eran dignos de atención.

Más tarde, cuando sus sligs terminaron de comer, Gaxhar sacrificó al más grande, el mejor, criado con esmero. Y esa noche, mientras en la ciudad la batalla daba sus últimos coletazos, invitó a unos amigos del pueblo a un banquete.

—No hace falta que sigamos reservando la mejor carne para gente indigna —les dijo.

Había improvisado una mesa y una silla con unas cajas y tablones. Sus invitados se sentaron en el suelo. Y, en aquel entorno humilde, los tleilaxu de casta inferior comieron hasta que el estómago les dolió, y más.

El amor es una de las fuerzas más peligrosas del universo. El amor debilita, haciéndonos creer que es algo bueno.

MADRE SUPERIORA ALMA MAVIS TARAZA

Murbella. Se suponía que tenía que estar vigilando la no-nave. Lo sabía. Pero su nombre, su presencia, su olor, el control adictivo que ejercía sobre él había ido a más desde que había empezado a contemplar la posibilidad de recuperarla en la forma de un ghola.

Podía hacerse, y él lo sabía.

El anhelo de su corazón no había cesado del todo en los diecinueve años que llevaban separados. Era como si lo hubiera atrapado en su red particular, tan mortífera como la red del anciano y la anciana. Todo estaba demasiado tranquilo durante su turno solitario y tedioso en el puente de navegación, y tenía demasiado tiempo para pensar en ella y obsesionarse.

Por eso había decidido hacer algo y acabar con el problema. Apartó de su mente la idea racional de que era una solución pobre y peligrosa, y siguió adelante.

Dejando una vez más el puente de navegación sin vigilancia, recogió las ropas conservadas en el campo de nulentropía y fue a los alojamientos del maestro Scytale. El tleilaxu grisáceo abrió con gesto desconfiado y miró a Duncan y el montón de ropa que llevaba. A su espalda, la habitación poco iluminada rezumaba el exótico aroma de incienso o drogas, y por un momento vio a la joven copia de Scytale. El niño miraba con los ojos muy abiertos, asustado y fascinado por la visita. El maestro tleilaxu rara vez dejaba que su ghola interactuara con nadie de la nave.

—Duncan Idaho. —Scytale lo miró de arriba abajo, y él tuvo la sensación de que lo estaba evaluando—. ¿En qué puedo ayudarte?

¿Seguía viéndolo aquel hombre como una de sus creaciones? En Casa Capitular, él y Scytale habían estado presos en la no-nave, juntos, pero Duncan nunca lo había visto como un compañero. Sin embargo, ahora necesitaba algo de él.

—Necesito de tu saber. —Le tendió las ropas arrugadas y Scytale pestañeó algo confuso, como si fuesen armas—. Preservé esto en un campo de nulentropía unos días después de huir de Casa Capitular. He encontrado cabellos sueltos, y es posible que haya células cutáneas u otras muestras de ADN.

Scytale lo miró frunciendo el ceño. No tocó la ropa.

—¿Con qué propósito?

—Para crear un ghola.

La respuesta no pareció sorprenderle.

—¿De quién?

—Murbella. —Duncan se sentía atraído hacia la idea como si fuera un agujero negro ineludible. Tenía unas hebras de cabellos ámbar oscuro en una toalla verde

claro—. Puedes volver a crearla. Los tanques axlotl no están ocupados.

El Scytale-niño se acercó a su mayor, que volvió a empujarlo hacia atrás. El anciano maestro parecía intimidado.

—El programa ha quedado interrumpido. Sheeana no permitirá que se creen nuevos gholas.

—Este sí. Yo... yo lo exigiré. —Bajó la voz, musitando para sus adentros—. Me lo deben.

El sueño posiblemente presciente de Sheeana les había obligado a reorganizarse, a reconsiderar sus planes y obrar con cautela. Pero habían pasado varios años, y ya habían empezado a debatir la posibilidad de probar con uno o dos gholas nuevos. Las fascinantes células de la cápsula de nulotropía de Scytale eran demasiado tentadoras...

—Duncan Idaho, no creo que sea prudente. Murbella es una Honorada Madre...

—Una *antigua* Honorada Madre. Y un gholá creado a partir de estas células sería... diferente. —No sabía si Murbella volvería con todos sus recuerdos y sus conocimientos de Reverenda Madre, con todos los cambios que había provocado en ella la Agonía de Especia. Pero estaría allí—. Tú no lo entenderías, Scytale. Hace mucho tiempo, Murbella trató de someterme con sus poderes sexuales... y yo hice otro tanto con ella. Estábamos atrapados en una cadena mutua, y no puedo romperla. Mi concentración y mi comportamiento llevan años resintiéndose, aunque trato de resistirme.

—Entonces, ¿por qué traerla de vuelta?

Duncan empujó las ropas hacia él.

—Porque al menos así no sufriría por este interminable y destructivo síndrome de abstinencia. No desaparece, así que he de encontrar otra solución. Llevo demasiado tiempo posponiéndolo.

El solo hecho de que estuviera allí ya indicaba hasta qué punto seguía bajo el influjo de Murbella. Pensar en ella lo anulaba. En aquellos momentos tendría que haber estado en guardia, vigilando desde el puente de navegación, esperando un nuevo mensaje de Sheeana o Teg... pero la idea de resucitar a Murbella había reabierto aquella herida emponzoñada y le dolía tanto como cuando acababa de perderla.

El maestro tleilaxu parecía entender más de lo que Duncan habría querido.

—Tú mismo ves el riesgo que hay en lo que propones. Si estuvieras tan seguro como quieres dar a entender, no habrías esperado a que los otros bajaran al planeta. No habrías venido a mí como un ladrón, hablando entre susurros para que nadie te oiga. —Scytale cruzó las manos sobre el pecho.

Duncan lo miró en silencio, prometiéndose a sí mismo que no suplicaría.

—¿Lo harás? ¿Es posible traerla de vuelta?

—Es posible. En cuanto a lo otro... —Vio que Scytale hacía cálculos, tratando de decidir qué pago o acción recíproca pedirle a Duncan.

Las alarmas los sobresaltaron a los dos. Las luces de emergencia, los avisos de ataque inminente, las naves que se acercaban... los sistemas de alarma habían guardado silencio tantos años, que su sonido resultaba aterrador y chocante.

Duncan dejó caer las ropas al suelo y corrió hacia el elevador más próximo. Tendría que haber estado en el puente de navegación. Tendría que haber estado vigilando, no hablando en secreto con el maestro tleilaxu.

Más tarde ya habría tiempo para sentirse culpable.

Por los sistemas de comunicación de la estación de pilotaje la voz de Sheeana sonaba insistentemente.

—¡Duncan! Duncan, ¿por qué no respondes?

Duncan llegó corriendo y se sentó, mirando a la pantalla panorámica. Una docena de pequeñas naves acababan de salir del planeta, dejando un trazo ardiente en la atmósfera, y avanzaban directamente hacia la no-nave.

—Estoy aquí —dijo—. ¿Qué ha pasado? ¿Cuál es vuestra situación? —La gabarra regresaba a su máxima velocidad, saltándose las restricciones de seguridad.

La voz de Garimi le llegó por el canal de comunicación interna.

—Voy hacia el muelle de aterrizaje. Prepara la nave para recibirlos. Algo ha ido terriblemente mal ahí abajo.

En aquel momento, Duncan oyó un débil mensaje de emergencia por la línea de comunicación. Era Miles Teg, aunque su voz sonaba muy débil.

—Nuestra capacidad de maniobra está gravemente afectada.

Las naves les seguían muy de cerca, atacando con fuego trazador. Teg realizaba maniobras de evasión con maestría, haciendo picados a un lado y a otro, acercándose cada vez más a la nave en órbita. El campo negativo del *Ítaca* estaba activado, y eso significaba que nadie podía ver al gigante.

Maldiciéndose por su distracción y el control que Murbella seguía teniendo sobre él, Duncan desactivó el campo negativo del *Ítaca* lo justo para que Teg viera adonde debía ir. Empezó a calentar los sistemas de navegación y los motores Holtzman.

Garimi había abierto las compuertas del muelle de aterrizaje de una de las cubiertas inferiores; una simple mota en el casco de la inmensa nave. Pero el Bashar ya sabía adónde ir. Se dirigió directamente hacia allí, con las naves de los adiestradores pisándole los talones. La gabarra, que no tenía el diseño veloz de una nave militar, no dejaba de perder terreno frente a sus perseguidores. Del planeta seguían partiendo más y más naves sin identificar. Y ellos que pensaban que aquella civilización era tan bucólica...

Sheeana volvió a hablar por el canal de comunicación.

—Son Danzarines Rostro, Duncan. ¡Los adiestradores son Danzarines Rostro!

—¡Y están compinchados con el Enemigo! —añadió Teg—. No podemos dejar que lleguen a la nave. Es lo que querían desde el principio.

Sheeana habló otra vez, con la voz ronca por el agotamiento.

—Los adiestradores no son tan primitivos como parecen. Tienen armamento pesado con el que podrían inutilizar el *Ítaca*. Era una trampa.

Por la pantalla, Duncan vio que el fuego enemigo no acertaba por muy poco a la gabarra y arañaba la amplia superficie del casco del *Ítaca*. Teg no redujo la velocidad ni alteró el rumbo. Por el sistema de comunicación su voz sonaba como la del viejo Bashar.

—Duncan, ya sabes lo que tienes que hacer. ¡Si se acercan demasiado, pliega el espacio y huye!

Teg se lanzó como una bala hacia la entrada del muelle de aterrizaje, apenas unos segundos por delante de los adiestradores.

Las naves enemigas tampoco redujeron la velocidad, como si estuvieran decididas a lanzarse de cabeza contra la nave. ¿Con qué propósito? ¿Causar los suficientes desperfectos para que no pudieran marcharse?

Desde el muelle de aterrizaje, Garimi gritó:

—¡Ahora, Duncan! ¡Sácanos de aquí!

Duncan reactivó el campo negativo y el *Ítaca* desapareció de la vista, dejando un agujero en el espacio. Las naves de los adiestradores no podrían aterrizar, pero tampoco se desviaron. Por lo visto estaban dispuestas a hacer lo que fuera para evitar que escaparan. Seis de ellas siguieron acelerando en la dirección donde la nave estaba hacía unos momentos... y se estrellaron contra el casco invisible como balas contra una extensa pared.

Los impactos hicieron que la inmensa nave se sacudiera. Bajo sus pies, Duncan sintió que el suelo se ladeaba. Aunque las luces que indicaban daños parpadeaban en los paneles de control, vio que los motores que plegaban el espacio estaban intactos, seguían siendo funcionales y estaban listos.

Los motores Holtzman vibraron y la nave empezó a desplazarse por el tejido del universo. Solo en el puente de navegación, Duncan contempló la aurora de colores y formas cambiantes que los envolvía.

Pero algo estaba interfiriendo en el proceso... una rejilla brillante y multicolor formada por hilos de energía. ¡La red había vuelto a encontrarles! Gracias a los adiestradores, el Enemigo había descubierto dónde buscar exactamente.

Los colores y las formas empezaron a volver atrás, a desplegarse. Ahora la segunda oleada de naves de los adiestradores podría disparar a aquella aberración en el espacio, podrían disparar al vacío y dañar la nave sin necesidad de verla.

Duncan puso su mente en modo mentat, buscando una solución, y finalmente un nuevo rumbo cristalizó en su cabeza, un camino aleatorio que le permitiría escabullirse entre los hilos que lo retenían. Aporreó los controles de los motores, forzó las ecuaciones para plegar el espacio.

Esta vez, el tejido espacial envolvió la nave, la acarició, y la llevó al vacío... lejos del planeta, de los adiestradores, lejos del Enemigo.

No importa lo compleja que llegue a ser la civilización, siempre hay momentos en los que el rumbo de la humanidad depende de los actos de un individuo aislado.

De El libro tleilaxu de Dios

En el complejo de los laboratorios, durante los combates cuerpo a cuerpo entre valquirias y Honoradas Matres, entre explosiones e incendios y naves de ataque, nadie reparó en la pequeña figura de un adolescente que huía por un boquete en una de las paredes y se escabullía en medio del humo.

El único ghola de Waff que seguía con vida se acucilló y pensó qué podía hacer. Las mujeres de la Nueva Hermandad, con uniforme negro, marchaban por la ciudad, haciendo un barrido. Bandalong había caído. La Madre Superiora había muerto.

A pesar de las importantes lagunas que tenía en sus recuerdos y conocimientos, Waff recordaba las dificultades que las Bene Gesserit habían causado a sus predecesores. Y, después de ver cómo las Honoradas Matres asesinaban a sus siete compañeros, no deseaba caer prisionero de ninguno de los dos bandos. Los conocimientos que llevaba en su cabeza, por bien que fragmentarios, eran demasiado valiosos. Las brujas y las rameras eran powindah, extranjeras, mentirosas.

Corrió furtivamente por las calles. Dado que tenía recuerdos de su vida como maestro, sintió un gran pesar al ver que su ciudad sagrada ardía fuera de control. En otro tiempo, Bandalong estuvo llena de lugares sagrados, era un lugar puro, limpio de intrusos. Ya no. Dudaba que Tleilax pudiera recuperarse nunca.

Pero, por el momento, aquella no era su misión. La Cofradía le querría. Eso seguro. El navegante que había presenciado su terrorífico despertar comprendía la importancia de contar con un auténtico maestro tleilaxu, no aquel necio de Uxtal. No entendía por qué los navegantes no habían ido a rescatarle durante el ataque inicial.

Quizá lo habían intentado. Hubo tanta confusión...

Mientras seguía escondiéndose, Waff empezó a considerar las primeras hipnóticas chispas de una idea. Seguro que el carguero de la Cofradía aún estaba allí arriba.

Cuando se hizo de noche, el ghola encontró una pequeña lanzadera para órbitas bajas en un pequeño astillero en los límites de la ciudad. El compartimiento de los motores estaba abierto, y había herramientas por el suelo. Se acercó con cautela, pero no vio a nadie.

En ese momento la puerta de un cobertizo ruinoso se abrió, y vio que salía un tleilaxu de casta inferior vestido con un mono grasiento.

—Eh, niño ¿qué haces? ¿Buscas comida? —Se limpió las manos en un trapo y luego se lo metió en un bolsillo.

—No soy un niño. Soy el maestro Waff.

—Todos los maestros están muertos. —Aquel hombre bajito tenía el pelo inusualmente rubio, y las cejas—. ¿Te has dado un golpe en la cabeza durante el

ataque?

—Soy un gholá, pero tengo los recuerdos de un maestro. El maestro Twylyth Waff.

El hombre le dedicó una mirada más atenta, menos escéptica.

—Muy bien, aceptaré esa posibilidad por el bien del diálogo. ¿Qué quieres?

—Necesito una nave. ¿Funciona esta lanzadera? —Waff señaló la vieja nave.

—Solo necesita un cartucho de combustible. Y un piloto.

—Yo puedo pilotarla. —Tenía suficientes recuerdos sobre eso.

El mecánico sonrió.

—No sé por qué, niño, pero te creo. —Caminó con dificultad hacia un montón de piezas—. He confiscado una paleta de cartuchos de combustible durante la batalla. Nadie se dará cuenta, y no parece que las Honoradas Matres vayan a estar por aquí para castigarnos. —Se puso las manos en las caderas, miró la lanzadera, y luego se encogió de hombros—. De todos modos este trasto no es mío, así que ¿qué más me da?

En menos de una hora, Waff subió a órbita, donde el carguero de la Cofradía esperaba el regreso de la fuerza de ataque de las valquirias. Aquella inmensa nave negra, más grande que la mayoría de ciudades, destellaba por efecto del sol. Otro carguero, dotado de un campo negativo, volaba en círculos alrededor del planeta en una órbita baja.

Tras conectar el sistema de comunicación de la lanzadera, Waff envió un mensaje identificándose por la frecuencia estándar de la Cofradía.

—Necesito reunirme con un representante de la Cofradía... un navegante si es posible. —Y buscó un nombre en su memoria reciente, del sangriento día en que sus siete hermanos idénticos fueron asesinados delante de él—. Edrik. Él sabe que tengo información vital sobre la especie.

Sin mayores argumentos, una señal de guía se hizo con los controles de su nave y la llevó hacia el carguero, hacia los puentes de la élite.

Un destacamento de seguridad formado por cuatro hombres con uniforme gris le esperaba. Hombres con ojos lechosos y más altos que él que lo escoltaron al compartimiento de inspección. Allí en lo alto, Waff vio a un navegante en su tanque, mirando a través del plaz con sus ojos enormes. Cuando supiera de su plan para recuperar la técnica para producir melange en masa, Edrik no informaría a las Bene Gesserit de su presencia a bordo.

Una voz distorsionada habló por los altavoces.

—Háblanos de la especie. Dinos lo que recuerdas sobre los tanques axlotl y te protegeremos.

Waff lo miró con gesto desafiante.

—Prometédme asilo y compartiré con vosotros el fruto de mi saber.

—Ni siquiera Uxtal ha exigido nunca nada semejante.

—Uxtal no sabía lo que yo sé. Y seguramente ha muerto. Ahora que mis recuerdos han despertado, no le necesitáis. —Waff tuvo mucho cuidado de no revelar las peligrosas lagunas que tenía su memoria.

El navegante flotó para acercarse más a la pared, con los ojos llenos de impaciencia.

—Muy bien. Te concedemos asilo.

Waff tenía un plan alternativo en mente. Recordaba hasta el último detalle de la Gran Creencia y su deber para con su profeta.

—Puedo hacer algo mucho mejor que crear una melange artificial e inferior utilizando las matrices y la química de las hembras. Para prever caminos seguros por el espacio, un navegante debería tener melange real, especia pura creada por los gusanos.

—Rakis ha sido destruido, y los gusanos se han extinguido, salvo los pocos que las Bene Gesserit tienen en su planeta. —El navegante le miró—. ¿Cómo traerás de vuelta a los gusanos?

—Tienes más alternativas de las que crees —dijo Waff sonriendo—. ¿No preferiríais tener vuestros propios gusanos de arena? Gusanos avanzados que puedan crear una especia más potente para los navegantes... para vosotros y solo para vosotros.

La figura de Edrik flotaba en su tanque, extraña, incomprensible, pero incuestionablemente intrigada.

—Continúa.

—Estoy en posesión de ciertos conocimientos genéticos —dijo Waff—. Quizá podamos llegar a un acuerdo que nos beneficie mutuamente.

Todos tenemos la capacidad innata de reconocer los errores y los puntos débiles de los demás. Sin embargo, hace falta mucho más valor para ver esos mismos defectos en nosotros mismos.

DUNCAN IDAHO, *Confesiones de algo más que un mentat*

Después de que seis aparatos suicidas se empotraran en el *Ítaca* por diferentes lugares como puntas de lanza, los equipos de emergencia y sistemas automatizados corrieron a reparar el casco de la no-nave. En cuanto el campo atmosférico estuvo de nuevo activado, Duncan entró en el muelle en desuso donde una de las naves de los adiestradores había atravesado el casco. En otras cinco cubiertas, otras naves habían provocado destrozos y habían dejado pilotos muertos.

Buscando entre los restos retorcidos de la nave, Duncan descubrió un cuerpo calcinado. Un Danzarín Rostro. Miró aquel cuerpo ennegrecido e inhumano, tan calcinado que estaba irreconocible.

¿Qué quería aquella gente? ¿Qué relación tenían con el anciano y la anciana que le buscaban?

En aquella apresurada inspección, tras recibir informes de los equipos enviados a los otros cinco puntos de impacto, Duncan descubrió que en tres de las naves siniestradas había dos pilotos muertos, no uno. Sin embargo, en la nave que él tenía delante solo había uno, igual que en las de otras dos cubiertas.

Tres asientos vacíos. ¿Es posible que aquellas tres naves llevaran solo un piloto? ¿O que uno o más de los adiestradores hubieran saltado al espacio? ¿Habían sobrevivido de alguna forma al impacto y se habían escabullido al interior del *Ítaca*?

Tras el precipitado salto por el tejido espacial para huir de los adiestradores, mientras sus equipos respondían a la emergencia, habían tardado casi una hora en encontrar los diferentes aparatos en las seis cubiertas desocupadas.

Duncan estaba convencido de que no podían haber sobrevivido. Las naves habían quedado destrozadas, y los cuerpos de los Danzarines Rostro estaban atrapados en el interior. Nadie podía haber salido con vida. Y sin embargo...

¿Es posible que hubiera hasta tres Danzarines Rostro escondidos por los pasillos de la no-nave? ¡Imposible! Aun así, su mayor error sería subestimar al Enemigo. Miró a su alrededor, olfateando, percibiendo el olor del metal caliente, humo cáustico y los residuos granulados de los supresores del fuego. Un leve toque a carne quemada flotaba en el ambiente.

Durante mucho rato estuvo mirando la nave siniestrada, debatiéndose con sus dudas. Finalmente dijo:

—Limpiad esto. Quiero muestras para analizar, pero, por encima de todo, tened cuidado, tened muchísimo cuidado.

Aquella prueba reciente era lo más cerca que el *Ítaca* había estado de que lo capturaran desde su huida de Casa Capitular. Miles Teg y Sheeana, ya recuperados, se habían unido a Duncan en el puente de navegación, donde esperaban en un silencio reflexivo. Las palabras que no decían pesaban en el ambiente, y hacían que el aire fuera casi irrespirable.

Aunque los adiestradores y los futar habían intentado matarlos, los cuatro miembros de la partida de exploración habían sobrevivido. Durante el trayecto de huida en la gabarra aérea, el viejo rabino había utilizado sus conocimientos como doctor suk para hacer un examen médico a sus compañeros, y declaró que estaban ilesos, salvo por algunos arañazos y moretones. Sin embargo, no había sido capaz de explicar el profundo agotamiento celular de Teg, y el Bashar tampoco dio ninguna explicación.

Sheeana miró a aquellos dos hombres, dos mentats, con su penetrante mirada de Bene Gesserit. Duncan sabía que quería respuestas... y no solo de él. Ya hacía años que sospechaba que Teg tenía capacidades ocultas.

—Necesito entender. —Sus palabras eran tan duras y punzantes, tan difíciles de ignorar, que Duncan pensó que estaba utilizando la Voz—. Al esconderme cosas, *escondernos* cosas, los dos ponéis nuestra supervivencia en peligro. De todos nuestros enemigos, los secretos podrían ser el más peligroso.

Teg miraba con mala cara.

—Un comentario interesante viniendo de alguien con tu posición, Sheeana. Como Bashar-mentat de las Bene Gesserit, sé que los secretos son una importante herramienta para la Hermandad. —Había comido con voracidad, había tomado varias bebidas energéticas cargadas de melange y luego había pasado catorce horas durmiendo. Aun así, seguía pareciendo diez años más viejo que antes.

—¡Ya basta, Miles! Puedo entender la carga que supone para Duncan su antiguo vínculo con Murbella. Le ha estado carcomiendo desde que huimos de Casa Capitular; eso ya lo sabía. Pero tu comportamiento es un misterio para mí. Ahí abajo te vi moverte a una velocidad que ningún humano podría igualar.

Teg la miró con calma.

—¿Insinúas que no soy humano? ¿Tienes miedo de que sea un kwisatz haderach? —Sabía que Duncan había visto lo mismo en dos ocasiones, y que las Honoradas Matres habían difundido rumores sobre las inexplicables capacidades del Bashar. Pero Duncan había optado por no cuestionarlas. ¿Quién era él para acusarle?

—Basta de jueguecitos. —Sheeana cruzó los brazos sobre el pecho. Llevaba el pelo desordenado. Utilizó el silencio como un martillo y esperó... y esperó.

Pero Miles Teg también había recibido el adiestramiento Bene Gesserit, y no cedió. Finalmente, con un suspiro, Sheeana preguntó:

—¿Te alteraron de alguna forma en el tanque axlotl? ¿Nos traicionaron los tleilaxu y te modificaron de alguna forma extraña?

Por fin, Miles rompió la pared helada de sus reservas.

—Se trata de una capacidad que el viejo Bashar ya tenía. Si tienes que culpar a alguien, tendrás que señalar a las Honoradas Matres y sus esbirros. —Teg miró a un lado y a otro, visiblemente reacio a revelar sus secretos—. Bajo sus torturas, desarrollé ciertos talentos excepcionales que puedo utilizar en momentos de gran necesidad.

—¿Acelerar tu metabolismo, moverte a velocidades sobrehumanas?

—Eso, y otras cosas. También puedo ver un campo negativo, aunque siguen siendo invisibles para todos los métodos conocidos de detección.

—¿Y por qué me lo has ocultado? —Sheeana estaba realmente confusa; se sentía traicionada.

Teg la miró frunciendo el ceño. Ni siquiera ella lo entendía.

—Porque desde los tiempos de Muad'Dib y el Tirano, las Bene Gesserit habéis demostrado muy poca tolerancia por los varones con capacidades excepcionales. Once gholas de Duncan fueron asesinados antes de que este sobreviviera... y no podéis achacar todos los asesinatos a las intrigas de los tleilaxu. La Hermandad fue cómplice, de forma pasiva y también activa.

Lanzó una mirada a Duncan, quien asintió fríamente.

—Sheeana, tú tienes la capacidad excepcional de controlar a los gusanos de arena. También Duncan tiene capacidades especiales. Además de ver la red del Enemigo, está genéticamente diseñado para la imprimación sexual, y mucho mejor que las Bene Gesserit o las Honoradas Matres... que es lo que le permitió doblegar a Murbella hace tiempo. Por eso las rameraas estaban tan desesperadas por matarle. —Teg levantó un dedo para enfatizar un punto—. Y, conforme el resto de nuestros niños-ghola vayan creciendo y recuperen los recuerdos de sus vidas pasadas, sospecho que algunos, si no todos, manifestarán nuevas capacidades que pueden ayudarnos a sobrevivir. Tendrás que aceptar y abrazar estas capacidades anómalas, porque de lo contrario su existencia misma se verá comprometida.

Duncan respiró muy hondo.

—Estoy de acuerdo con lo que dice, Sheeana. No lo censures por ocultar sus dones. Nos ha salvado, y en más de una ocasión. Por otro lado, mis errores estuvieron a punto de arruinarlo todo. —Pensó en otros momentos en que su obsesión por Murbella le había distraído, entorpeciendo su capacidad de reacción ante una crisis inesperada—. No puedo liberarme de Murbella, del mismo modo que tú o cualquier otra Reverenda Madre no puede prescindir del uso de la especia. Es una adicción, y muy destructiva. Hace diecinueve años que no la veo ni la toco, pero la herida no ha cicatrizado. Sus poderes de seducción y los míos, junto con mi memoria perfecta de mentat, me impiden escapar de ella. Aquí en el *Ítaca*, encuentro cosas que me la recuerdan por todas partes.

Sheeana habló con voz tranquila y fría, sin compasión.

—Si en Casa Capitular Murbella sentía lo mismo que tú, las rameraas habrán intuido su debilidad hace tiempo y ya la habrán matado. Si está muerta...

—Espero que siga con vida. —Duncan se levantó del asiento del piloto, tratando de reunir fuerzas—. Pero la necesidad que aún siento de ella afecta mi capacidad de funcionar, y necesito encontrar la forma de liberarme. Nuestra supervivencia depende de ello.

—¿Y cómo piensas hacerlo, si no has podido conseguirlo en todos estos años? —preguntó Teg.

—Pensé que había una forma. Y se la insinué al maestro Scytale. Pero ahora sé que me equivocaba. Que era una ilusión. Esa ilusión fue lo que me apartó del puente de navegación cuando más falta hacía mi presencia. Yo no podía saberlo, claro, pero aun así mi obsesión casi nos mata. Otra vez.

Duncan cerró los ojos y entró en un trance de mentat y se obligó a sumergirse en sus recuerdos, retrocediendo a través de sus vidas secuenciales. Buscaba alguna cualidad personal a la que aferrarse, y por fin la encontró: la lealtad.

La lealtad siempre había sido un rasgo definitorio de su carácter. Formaba parte de su ser. Lealtad a la Casa Atreides. Al viejo duque, que había hecho posible que huyera de los Harkonnen; a su hijo, el duque Leto, y su nieto, Paul Atreides, por quien había sacrificado su primera vida. Y lealtad al tataranieto Leto II, que fue un niño encantador e inteligente y luego se convirtió en Dios Emperador y resucitó a Duncan una y otra vez.

Pero ahora le costaba entregar su lealtad. Quizá por eso había perdido el rumbo.

—Los tleilaxu te conectaron a una bomba de relojería, Duncan. Tu misión era atrapar y destruir Honoradas Matres —dijo Sheeana—. Ese era el verdadero objetivo, pero Murbella te atrapó a ti primero y los dos quedasteis cogidos en la trampa.

Duncan se preguntó si aquella programación interna de los tleilaxu sería lo que le impedía superar su obsesión. ¿Le habían hecho así deliberadamente? *Maldita sea, yo soy más fuerte que eso.*

Cuando la miró, Duncan vio que Sheeana tenía una expresión extraña y decidida en el rostro.

—Yo puedo ayudarte a romper tus cadenas, Duncan. ¿Confiarás en mí?

—¿Confiar en ti? Una pregunta algo extraña, ¿no crees?

Sin contestarle, Sheeana se dio la vuelta y abandonó el puente de navegación. ¿Qué tendría en la cabeza?

Duncan despertó en la oscuridad de sus habitaciones, y se puso alerta enseguida. Oyó el débil sonido del código de acceso a la habitación al activarse. ¡Nadie conocía ese código salvo él! Estaba sellado en los bancos de memoria de la nave.

Duncan se escabulló fuera de la cama, moviéndose como azogue, con los sentidos en guardia, absorbiendo cada detalle con la mirada. La luz del pasillo penetró en la habitación y vio el contorno de una figura... femenina.

—He venido por ti, Duncan. —La voz de Sheeana era baja y ronca.

Él retrocedió.

—¿Por qué estás aquí?

—Ya lo sabes, y sabes que debo hacerlo.

Cerró la puerta a su espalda. Las pestañas de luz daban una iluminación mínima, lo justo antes del umbral de oscuridad. Duncan veía sombras hipnóticas, y la silueta de Sheeana bañada en un suave resplandor naranja. Casi no llevaba ropa, tan solo una vaporosa bata que ondeaba a su alrededor como sedas de especia agitadas por el viento y bajo la que su figura se veía perfectamente.

La maquinaria del mentat empezó a girar y le dio la respuesta más obvia.

—Yo no te he pedido...

—¡Sí, lo hiciste! —*¿Utilizando la Voz conmigo?*—. Me lo pediste, y ahora estás obligado. Sabes que estábamos predestinados el uno al otro. Lo llevas dentro, en tus cromosomas. —Dejó que la leve bata cayera al suelo, y se detuvo ante él, toda curvas y sombras. La débil iluminación resaltaba sus pechos y su piel de miel.

—Me niego. —Se puso derecho, listo para luchar—. Tu imprimación no funcionará conmigo. Conozco las herramientas y las técnicas tan bien como tú.

—Sí, por eso podemos utilizar nuestros mutuos conocimientos para romper la influencia que Murbella tiene sobre ti y destruirla de una vez por todas.

—¿Y hacerme igual de adicto a ti? Me resistiré.

Los dientes de Sheeana brillaron en la oscuridad.

—Y yo contraatacaré. En algunas especies, es una parte importante de la danza de apareamiento.

Duncan se resistía, tenía miedo de hacer frente a su debilidad.

—Puedo hacerlo yo solo. No necesito...

—Sí, sí lo necesitas. Por el bien de todos.

Se acercó, con un movimiento lánguido y a la vez inquietantemente veloz. Duncan extendió el brazo para detenerla, pero ella le cogió la mano y la utilizó para impulsarse hacia él. De lo más hondo de su garganta brotaba una especie de ronroneo, uno de los tonos de imprimación que actúan sobre el inconsciente y activan una respuesta atávica.

Duncan sintió que respondía, que se excitaba. Hacía tanto tiempo... Pero la apartó.

—Los tleilaxu querían que te hiciera esto. Me diseñaron para destruirte. Es demasiado peligroso.

—Tu misión era destruir a una niña desamparada de Rakis, una niña que no tenía defensas contra ti. Y derrocar a una mujer procreadora Bene Gesserit, mucho menos experimentada que yo. Si hay alguien en el universo capaz de enfrentarse al gran Duncan Idaho, soy yo.

—Tienes la vanidad de una Honorada Madre.

Como si hubiera sentido un latigazo de ira, Sheeana le sujetó la cabeza por detrás hundiendo los dedos en el pelo negro y tieso y atrajo su rostro hacia ella. Lo besó con fiereza, pegando sus pechos contra el pecho desnudo de él. Sus dedos tocaron grupos de nervios en su cuello y su espalda, provocando una respuesta instintiva. Por un momento Duncan se quedó paralizado. El beso hambriento y furioso de Sheeana se hizo más suave. Duncan respondió, indefenso... quizá con más ímpetu del que ella esperaba.

Duncan recordaba todo aquello de la primera vez que la honorada madre Murbella trató de someterle. Y él había vuelto las tornas utilizando sus propias capacidades sexuales. Aquella sogá lo había tenido ahogado durante tantos años... ¡No podía dejar que volviera a pasar!

Intuyendo peligro, Sheeana trató de apartarlo. Le golpeó el hombro con fuerza, pero él le sujetó la mano y le pegó. Los dos rodaron por las sábanas revueltas de la cama, peleando, abrazándose. El duelo acabó en una agresiva sesión de sexo. Una vez se desataron las aguas, ninguno de los dos tenía elección.

En numerosas sesiones clínicas de entrenamiento en Casa Capitular, Duncan había instruido a Sheeana en aquellos mismos métodos, y ella a cambio le había ayudado a pulir a incontables machos Bene Gesserit que luego soltaron como minas de tierra sexuales contra las Honoradas Matres. El caos que aquellos hombres provocaron sumió a las ramera en un frenesí aún mayor.

Duncan se encontró utilizando todo su poder para doblegarla, igual que hacía ella con él. Los dos imprimadores profesionales colisionaron, utilizando sus capacidades en una batalla. Duncan luchaba del único modo que sabía. Un gemido escapó de su garganta, y formó una palabra, un nombre.

—Murbella...

Los ojos azul especia de Sheeana se abrieron de golpe, y a pesar de la oscuridad, al mirarle le quemaban.

—Murbella no, Murbella no te quería. Y tú lo sabes.

—Tú... tú tampoco. —Luchó por hacer salir las palabras siguiendo el compás de su cuerpo.

Sheeana trató de alcanzarlo y Duncan estuvo a punto de sucumbir bajo la poderosa marea de su sexualidad. Era como si se estuviera ahogando. Incluso su concentración de mentat se había reducido a una distracción cegadora.

—Si no es amor, Duncan, es el deber. Te estoy salvando. Salvándote.

Después, quedaron tendidos, juntos, jadeantes y sudorosos, tan agotados como debía de quedar Miles Teg después de someter su cuerpo a aquella aceleración increíble. Duncan intuía que el cortante hilo de su interior por fin se había roto. Su conexión con Murbella, tensa y mortífera como una hebra de hilo shiga, ya no dominaba su corazón. Se sentía cambiado, notaba una vertiginosa sensación de libertad, y de deriva. Como dos inmensos cargueros de la Cofradía, él y Sheeana

habían coincidido con una fuerza inexorable y ahora se separaban para seguir rumbos distintos.

Duncan yacía abrazado a Sheeana; ella no hablaba. No hacía falta. Estaba agotado, perplejo... estaba curado.

Creamos la historia para nosotros mismos, y tenemos una gran afición por participar en grandes epopeyas.

Instrucción básica Bene Gesserit, *Manual de adiestramiento para acólitas*

Eran unas embarcaciones extraordinarias, miles y miles alineadas sobre un mar rojo vino. Por encima de sus cabezas, el tono plomizo del cielo creaba una apropiada atmósfera de guerra. La imagen representaba una flota como jamás se había reunido en toda la historia.

—Imponente, ¿no crees, Daniel? —La anciana estaba en pie sobre las tablas gastadas del embarcadero, sonriendo, y miraba a través de aquella extensión de aguas imaginarias a las naves de diseño antiguo, galeras de guerra griegas con afiladas proas y ojos furiosos pintados en ellas. Los trirremes estaban atestados de largos remos accionados por hordas de esclavos.

Sin embargo, el anciano no parecía impresionado.

—Tus símbolos pretenciosos me cansan, Mártir mío. Siempre me han cansado. ¿Estás sugiriendo que tu rostro es digno de lanzar un millar de embarcaciones?

Ella dejó escapar una risa seca.

—No me considero de una belleza clásica, ni tan siquiera me considero particularmente femenino o masculino. Pero sin duda verás que estos acontecimientos se asemejan a los del inicio de la epopeya de la guerra de Troya. Pintemos una imagen apropiada para conmemorarlo.

El objetivo que buscaban tan desesperadamente —la no-nave errante— había vuelto a escapar de la aparente certeza de una trampa preparada con esmero. Seguían sin tener aquello que las predicciones decían que necesitaban.

Con impaciencia y arrogancia —rasgos decididamente humanos, aunque jamás lo habría admitido—, el anciano había decidido lanzar su inmensa flota de todos modos. Aplastar todos los planetas habitados de la Dispersión y los mundos del Imperio Antiguo llevaría su tiempo. Esperaba que, para cuando Kralizec se acercara al final, ya tendrían lo que necesitaban. No había ninguna razón lógica para demorar la campaña.

El anciano miró las galeras simbólicas de madera que se apiñaban en el mar falso hasta el horizonte. Con las velas plegadas, las embarcaciones se mecían y crujían suavemente con el oleaje.

—Nuestra flota es miles de veces más importante que el puñado de botes que se utilizaron en aquella vieja guerra. Y nuestras naves son infinitamente superiores a su tecnología primitiva. Nosotros vamos a conquistar el universo, no un planeta o un país insignificante que ya casi nadie recuerda.

Transfigurada por el espectáculo que había creado, la anciana dobló sus piernas huesudas para sentarse en el embarcadero.

—Siempre has sido tan enloquecedoramente literal que las metáforas te superan totalmente. La guerra de Troya sigue siendo uno de los conflictos más decisivos en la historia de la humanidad. Todavía hoy se la recuerda, aunque han pasado decenas de miles de años.

—Y se recuerda básicamente porque yo conservé los archivos —dijo el anciano con un bufido—. Ante nosotros tenemos el Kralizec, no una simple escaramuza entre ejércitos bárbaros.

Una piedra apareció en la mano de la anciana, y la arrojó al agua con un fuerte chapoteo. Las ondas desaparecieron rápidamente entre las olas.

—Incluso tú deseas cimentar tu lugar en la historia, ¿no es cierto? Describirte como un gran conquistador. Y para eso hay que prestar atención a los detalles.

El anciano permaneció rígidamente a su lado, evitando la informalidad de sentarse en el suelo.

—Cuando tenga mi victoria, escribiré toda la historia que quiera.

La anciana hizo un esfuerzo mental adicional y las galeras ilusorias de guerra cristalizaron hasta el punto de que en las cubiertas aparecieron unas diminutas figuras a modo de tripulación.

—Ojalá los adiestradores hubieran logrado atrapar la no-nave.

—Los adiestradores han sido castigados por su fracaso —dijo el anciano—. Y mi confianza sigue intacta. Nuestra reciente... conversación con Khrona tendría que haberle ayudado a clarificar sus prioridades.

—Menos mal que no le mataste y desbarataste sus planes con el gholá de Paul Atreides. Ya te he prevenido en otras ocasiones contra la impetuosidad. Mientras no está todo ligado nunca hay que eliminar por completo otras posibilidades.

—Tú y tus estúpidos tópicos.

—Yo siempre en la brecha —replicó ella.

—¿Por qué te tomas tantas molestias por estudiar a los humanos si nuestro objetivo es destruirlos?

—Destruirlos no. Perfeccionarlos.

El anciano meneó la cabeza.

—Y luego dices que yo me propongo tareas imposibles.

—Es hora de atacar.

—Al menos en algo estamos de acuerdo.

Ella hizo una ligera señal con su mentón afilado. Los comandantes con el pecho desnudo que se encontraban en la proa de los trirremes gritaron órdenes. El sonido de pesados tambores de guerra empezó a resonar por los miles de naves griegas, completamente sincronizadas. A cada lado de las naves, las tres hileras de remos se levantaron a la vez, descendieron al agua y empujaron.

Detrás, allí donde los bordes del océano imaginario se desdibujaban y empezaba la realidad, las líneas definidas de una ciudad alta y compleja se resistían al efecto

suavizador de la bruma marina. La inmensa metrópoli viva se había extendido por todo el planeta y por varios planetas más.

Cuando las naves de guerra se alejaron, cada una simbolizando un grupo de batalla, las imágenes cambiaron. El mar se convirtió en un océano negro e infinito de estrellas.

El anciano sonrió con satisfacción.

—Ahora la incursión avanzará con mayor vigor. Una vez empiecen los combates reales, no permitiré que malgastes tiempo, energía ni imaginación en esta clase de espectáculos.

La anciana agitó los dedos, como si quisiera ahuyentar a un insecto molesto.

—Mis entretenimientos cuestan muy poco, y jamás he perdido de vista nuestro objetivo. De una forma o de otra, todo cuanto hacemos y vemos tiene un elemento ilusorio. Simplemente, nosotros decidimos qué capas descubrimos. —Se encogió de hombros—. Pero si insistes en acosarme por este asunto, por mí perfecto, podemos volver a nuestras formas originales cuando tú quieras.

En un abrir y cerrar de ojos, las imágenes desaparecieron y los dos se encontraron en medio de una inmensa ciudad caleidoscópica.

—Hemos esperado quince mil años para esto —dijo el anciano.

—Sí, es verdad. Pero para nosotros tampoco es tanto, ¿verdad?

Ver no es lo mismo que saber, saber no es lo mismo que prevenir. La certeza puede ser tan mala como la incerteza. Cuando no conoces el futuro, tienes más opciones a la hora de reaccionar.

PAUL MUAD'DIB, *Las doradas cadenas de la presciencia*

El Oráculo del Tiempo se mantenía al margen. Ella existía desde antes de la formación de la Cofradía Espacial, y en los milenios subsiguientes había visto crecer y cambiar a la raza humana. Había visto sus luchas y sus sueños, sus aventuras comerciales, los imperios que aparecían y las guerras que los hacían desaparecer.

En su mente, en el interior de su cámara artificial, el Oráculo había visto el extenso lienzo del universo infinito. Cuanto más amplios eran sus horizontes temporales, menos importantes eran los individuos o los hechos aislados. Sin embargo, algunas amenazas eran demasiado graves para no hacer caso.

En su búsqueda incansable, el Oráculo del Tiempo había dejado a sus hijos navegantes atrás para poder continuar con su misión en solitario, mientras otras zonas de su vasto cerebro consideraban posibles defensas y métodos de ataque contra el gran y antiguo Enemigo.

Se lanzó deliberadamente al universo alternativo y alterado donde había encontrado y rescatado a la no-nave hacía años. El Oráculo navegó en aquel extraño cenagal de leyes físicas e información sensorial invertida, aunque ya sabía que Duncan Idaho no habría vuelto. Su no-nave no estaba en aquel universo.

Con un pensamiento, volvió al espacio normal. Allí encontró los hilos incorpóreos unidos a través del vacío, un entramado de extensas líneas y conductos que el Enemigo había creado. Los hilos de la red de taquiones se extendían más y más lejos, buscando, como los zarcillos de una mala hierba insidiosa. Durante siglos, el Oráculo había seguido los diferentes hilos de la red en sus giros aleatorios.

Viajó por uno de aquellos hilos, de una intersección a la siguiente. Si los seguía el suficiente tiempo, algún día llegaría al nexo del que todos emanaban, pero las piezas aún no estaban en posición, aún no había llegado el momento de la batalla. Seguir la red de taquiones no le ayudaría, ni le llevaría tampoco hasta Duncan Idaho y la no-nave. Si la red hubiera encontrado la nave perdida, el Enemigo ya la habría capturado. Por tanto, era evidente que tenía que buscar más allá de la red.

Elevándose a la velocidad del pensamiento, el Oráculo pensó con asombro en la sorprendente capacidad de la nave para evitarla, y sin embargo ella conocía muy bien el poder personificado en un kwisatz haderach. Y aquel en concreto, por su destino, era más poderoso que cualquiera de los anteriores. Las profecías así lo decían. Cuando se miraba desde una perspectiva lo bastante amplia, sin duda la historia estaba predeterminada.

Durante decenas de miles de años, trillones de humanos habían demostrado una capacidad de presciencia latente. En mitos y leyendas aparecían una y otra vez las mismas predicciones: el fin de los tiempos, batallas titánicas que provocaban cambios épicos en la historia y la sociedad. La Yihad Butleriana había sido una de estas batallas. Ella también estuvo allí, luchando contra terribles antagonistas que amenazaban con aniquilar a la humanidad.

Y ahora aquel antiguo Enemigo había vuelto, un enemigo todopoderoso que ella había jurado destruir cuando no era más que una mujer llamada Norma Cenva.

El Oráculo continuó la búsqueda por el universo.

El futuro no está para que lo miremos como observadores pasivos, sino para que lo creemos.

Discursos conservados de Muad'Dib, editados por el ghola de Paul Atreides

Con ayuda de Chani, Paul se coló fácilmente en los almacenes de especia de la nave. Debido a su conexión personal y al incipiente romance que había entre ellos, él y la joven fremen con frecuencia iban solos. Las supervisoras ya no veían nada extraño en su comportamiento. Paul sabía que la nave tenía cámaras que los vigilaban, que habría algunas Bene Gesserit asignadas específicamente a controlar lo que hacían. Pero quizá, solo quizá, él y Chani lograrían salirse con la suya si actuaban con rapidez.

Sin embargo, Paul no falseaba sus sentimientos hacia Chani para desviar la atención. Aunque ninguno de los dos había recuperado aún los recuerdos de sus vidas anteriores, apreciaba de verdad a aquella joven, y sabía que su afecto acabaría convirtiéndose en algo más profundo. Aunque no se atrevía a confiar en nadie, ni siquiera en Duncan Idaho, sabía que podía fiarse de ella.

Tras sopesar el asunto durante semanas, sobre todo después de que el *Ítaca* estuviera a punto de caer en manos de los adiestradores, Paul llegó a la conclusión de que tenía que consumir la especia. A él y los otros gholas los habían creado con un propósito específico, y el peligro seguía acechando. Si quería ayudar a la gente de la nave, tenía que saber lo que había realmente en su interior.

Tenía que volver a ser el verdadero Paul Atreides.

La cámara donde se guardaba la melange no tenía ningún mecanismo especial de seguridad. Los tanques axlotl producían más que de sobra, así que ya no se trataba de algo tan escaso como para exigir medidas drásticas de protección. La tenían en armarios metálicos protegidos únicamente por unos mecanismos de cierre.

Cuando entraron, Chani, siempre precavida, como una verdadera fremen, miró atrás para asegurarse de que nadie había reparado en su presencia. Su mirada era intensa y preocupada, pero no albergaba dudas respecto a Paul.

Los cierres lo detuvieron solo unos segundos. Cuando abrió la puerta metálica de la taquilla, un intenso aroma impregnado del atractivo de los recuerdos potenciales le asaltó. Como preparación para sus futuras responsabilidades, todos los niños-ghola recibían dosis controladas de melange. Estaban familiarizados con su sabor, pero nunca consumían tanta como para experimentar sus efectos.

Paul era consciente de que podía ser peligrosa. Y poderosa.

Al tocar la especia, perfectamente amontonada, Paul supo que era químicamente idéntica, independientemente del proceso de creación. Aun así, buscó entre las obleas y escogió varias. No sabía por qué, pero en su corazón sintió que era lo correcto.

—¿Por qué estas, Usul? ¿Las otras están envenenadas?

Y entonces comprendió.

—La mayor parte de la especia procede de los tanques axlotl. Pero esta no... — Le mostró las obleas que había elegido, aunque todas parecían iguales—. Esta la hicieron los gusanos. Sheeana la recogió de la arena de la cámara de carga. Es lo más parecido a la especia de Rakis que hay. —Cogió varias obleas comprimidas, mucho más de lo que había consumido nunca.

Chani abrió los ojos exageradamente.

—¡Usul, es demasiada!

—Es lo que necesito. —Le tocó las mejillas—. Chani, la especia es la clave. Soy Paul Atreides. La melange me ha abierto a mi potencial otras veces. La melange me convirtió en lo que fui. Si no consigo desatarme, creo que voy a explotar. —Volvió a cerrar el armario de almacenamiento—. De los gholas yo soy el mayor. Esto podría ser la respuesta que todos buscamos.

Chani apretó la mandíbula y los músculos de su rostro delgado de duendecillo se marcaron.

—Como tú digas, Usul. Debemos apresurarnos.

Corrieron por los pasillos de la no-nave, utilizando pasajes privados donde habría pocas cámaras de seguridad, y abrieron una de las miles de cabinas vacías que no se usaban. Entraron juntos. ¿Qué pensarían las observadoras de la Hermandad de aquello?

—Antes de empezar tendría que tumbarme. —Se sentó en la estrecha cama. Chani le llevó agua del dispensador de la pared y él bebió con agradecimiento—. Cuida de mí, Chani.

—Lo haré, Usul.

Paul olfateó las obleas de especia, tratando de adivinar cuánta debía consumir, aunque fingió que ya lo sabía. El olor era enloquecedor, apetitoso, aterrador.

—Ten cuidado, mi amor. —Chani le besó en la mejilla, y luego le besó los labios algo vacilante. Retrocedió.

Paul comió una oblea entera, la tragó antes de perder los nervios, cogió un poco más y comió. Finalmente, sintiéndose como si acabara de saltar del borde de un acantilado, se tumbó y cerró los ojos. Un hormigueo entumecedor empezaba a subirle por las extremidades. Su cuerpo empezó a descomponer la sustancia en su interior, y sintió la energía liberada recorriendo caminos en otro tiempo familiares para su cuerpo Atreides.

Y cayó en un hoyo de Tiempo.

Mientras todo se oscurecía y se sumía en un trance más profundo, perdido, buscando el camino en su interior, veía flashes, rostros conocidos: su padre el duque Leto, Gurney Halleck, y la princesa Irulan, de una belleza glacial. En aquel nivel, sus pensamientos no estaban enfocados. No habría sabido decir si se trataba de destellos reales de memoria o solo eran datos que había encontrado en los archivos y que salían a la superficie. Oía a su madre, Jessica, leyéndole unas palabras; oía la letra de una

canción obscena que Gurney siempre cantaba cuando tocaba el baliset; los intentos infructuosos de Irulan por seducirle. Pero aquello no era suficiente, no era lo que buscaba.

Paul se sumergió más adentro. La especia daba nitidez a las imágenes, hasta que los detalles fueron demasiado intensos, demasiado difíciles de discernir. De pronto los fragmentos se unieron y tuvo una visión auténtica, como una instantánea de realidad que estallaba en su interior: él estaba tendido en un suelo frío. Le habían clavado un cuchillo y sangraba. Notaba la sangre caliente derramándose por el suelo. Su sangre. A cada latido de su corazón herido, su cuerpo perdía más sangre.

Era una herida mortal; lo supo con la misma certeza con que lo sabe un animal que se esconde para morir. La cabeza le daba vueltas. Trató de mirar más allá para ver dónde estaba, quién estaba con él.

Se consumiría y moriría allí...

¿Quién le había matado? ¿Qué lugar era aquel?

Al principio pensó que él era el antiguo Predicador Ciego, cuando murió entre la multitud ante el templo de Alia en el caluroso Arrakeen..., pero no, aquel lugar no era Dune. No había ninguna multitud, ni veía el sol del desierto. Por encima podía vislumbrar el contorno de un techo ornamentado, una extraña fuente muy cerca. Estaba en un palacio, una gran estructura abovedada y con columnas. Quizá era el palacio del emperador Muad'Dib, como el modelo que los gholas habían construido en la sala de recreación. No habría sabido decirlo.

Y entonces recordó un suceso que conocía por sus pesquisas en la biblioteca. El conde Fenring le había apuñalado... un intento de asesinato que habría situado a la hija de Feyd-Rautha y dama Fenring en el trono. En aquella ocasión Paul había estado a punto de morir.

¿Estaba viendo un flashback de aquel momento crucial de los primeros años de su reinado, durante la época más sangrienta de su Yihad? ¿Era tan vivido!

Pero ¿por qué, de todos los recuerdos que llevaba encerrados en su interior, iba a aflorar precisamente aquel? ¿Cuál era el significado de aquello?

Había algo que no estaba bien. El recuerdo no parecía cristalizado, permanente. Quizá después de todo la melange no había despertado sus recuerdos. ¿Y si lo que había hecho había sido despertar la famosa presciencia Atreides? Quizá era una visión de algo que aún no había sucedido.

Mientras yacía retorciéndose en el lecho, completamente inmerso en la visión inducida por la especia, Paul sentía el dolor de la herida como si fuera insoportablemente real. *¿Cómo puedo evitar que esto suceda? ¿Estoy viendo el futuro, es una visión de cómo morirá mi gholá?*

La escena se emborronó. El Paul moribundo seguía sangrando en el suelo, con las manos cubiertas de rojo. Al levantar la vista, se vio con sorpresa a sí mismo, un rostro joven, idéntico al que veía cada día al mirarse en el espejo. Pero aquella versión de su cara era pura maldad, con ojos burlones y una risa triunfal y fanfarrona.

—¿Ya sabías que te iba a matar? —gritó su otro yo—. Podías haberte clavado la daga con tus propias manos. —Y consumió más especia, con manos ávidas, como un vencedor tomando el botín.

Paul se veía reír a sí mismo, y sentía que la vida se le iba...

— o O o —

Alguien le estaba sacudiendo, tratando de sacarlo de la oscuridad. Los músculos y las articulaciones le dolían terriblemente, pero aquello no era nada comparado con el dolor punzante de la herida de cuchillo.

—Ya vuelve en sí. —La voz de Sheeana, grave, casi severa.

—¡Usul, Usul! ¿Me oyes? —Alguien le había cogido de la mano. Chani.

—No puedo arriesgarme a darle ningún otro estimulante. —Era una de las doctoras suk Bene Gesserit. Paul las conocía a todas, porque se habían mostrado enloquecedoramente eficientes en sus chequeos de los gholas buscando posibles defectos físicos.

Sus ojos pestañearon, pero su mirada estaba velada por una bruma azul especia. Vio a Chani, preocupada. Su joven rostro era tan bello..., y contrastaba tanto con la imagen de perversidad que aún veía de sí mismo.

—Paul Atreides, ¿qué has hecho? —preguntó Sheeana inclinándose sobre él—. ¿Qué esperabas conseguir? Esto ha sido una estupidez.

Él contestó con voz seca, apenas un graznido.

—Me estaba... muriendo. Me apuñalaban. Lo he visto.

Aquello asustó y a la vez entusiasmó a Sheeana.

—¿Has recordado tu primera vida? ¿Cuando eras un ciego y te apuñalaron en Arrakeen?

—No. Era diferente. —Buscó en su mente, y comprendió la verdad. Había tenido una visión, pero no había conseguido despertar sus recuerdos.

Chani le dio agua, y él bebió con ansia. La doctora suk se inclinó sobre él, tratando de ayudar, aunque poco podía hacer.

Mientras aún estaba saliendo de la bruma azul, Paul dijo:

—Creo que ha sido presciencia. Pero sigo sin recordar mi vida real.

Sheeana dedicó a las otras Bene Gesserit una mirada aguda y perpleja.

—Presciencia —repitió él, esta vez con más convicción.

Si su idea era ahuyentar las preocupaciones de Sheeana, no lo consiguió.

La carne se rinde. La eternidad recupera lo que es suyo. Nuestros cuerpos solo han agitado las aguas brevemente, han bailado con una cierta embriaguez ante el amor por la vida y el yo, han manejado algunas ideas extrañas, y luego se han sometido a los instrumentos del Tiempo. ¿Qué podemos decir de esto? He estado. No existo... y sin embargo he estado.

PAUL ATREIDES, *Memorias de Muad'Dib*

Ahora que volvía a ser él mismo, el barón Vladimir Harkonnen se dio cuenta de que en Caladan siempre tenía cosas que hacer, siempre estaba ocupado, aunque no como él habría querido. Desde su despertar, se había esforzado por comprender su nueva situación, y cómo los Atreides habían echado a perder el universo después de su marcha.

En otro tiempo, la Casa Harkonnen había estado entre las más acaudaladas del Landsraad. Ahora aquella gran casa ni siquiera existía, salvo en su recuerdo. El barón tenía mucho trabajo por delante.

Intelectual y emocionalmente tendría que haberle complacido ser el señor del planeta natal de sus enemigos mortales, pero Caladan no podía compararse a su amada Giedi Prime. Se estremeció al pensar en el aspecto que tenía ahora, y deseó poder volver y restituirlo a su antigua gloria. Pero no tenía a su lado a ningún Piter de Vries, a ningún Feyd-Rautha, ni siquiera el tonto pero útil de su sobrino Rabban.

Sin embargo, Khrono se lo había prometido todo... siempre y cuando ayudara a los Danzarines Rostro con su plan.

Ahora que había recuperado sus recuerdos, se le permitían algunos entretenimientos. En las mazmorras del castillo tenía juguetes. Canturreando para sus adentros, Vladimir bajó hacia los niveles inferiores, y se detuvo a escuchar aquellos encantadores susurros y gemidos. Sin embargo, en el momento en que entró en la cámara principal, se hizo el silencio.

Sus juguetes estaban dispuestos a todo alrededor, de acuerdo con sus instrucciones precisas: potros con utillajes para estirar, estrujar, y cortar partes del cuerpo. Máscaras en las paredes con dispositivos electrónicos internos que enloquecían al portador, e incluso podían eliminar el cerebro si el barón así lo decidía. Sillas con conexiones para electrocutar y lengüetas que podían instalarse en lugares curiosos. Infinitamente mejor que nada de lo que Khrono había utilizado con él.

Dos hermosos mozos —algo más jóvenes que él— colgaban de las paredes sujetos con unas cadenas. Sus ojos seguían cada uno de sus movimientos llenos de terror y de una profunda tristeza. Tenían las ropas rotas donde él las había desgarrado para sus juegos.

—Hola, mis bellezas. —Ellos no contestaron con palabras, pero vio que se encogían—. ¿Sabíais que los dos tenéis sangre Atreides corriendo por vuestras venas? Tengo registros genéticos que lo demuestran.

Los dos lo negaron, gimoteando, aunque en realidad no tenían forma de saberlo. Después de tanto tiempo, aquel linaje estaba tan diluido que nadie habría podido saberlo sin unas pruebas genéticas exhaustivas. Bueno, lo que importa es el sentimiento, ¿no es verdad?

—¡No podéis culparnos por los pecados de hace siglos! —gritó uno lastimosamente—. Haremos lo que quieras. Seremos tus siervos leales.

—¿Mis siervos leales? Oh, pero si ya lo sois. —Se acercó al que había suplicado, le acarició sus cabellos dorados. El joven se puso a temblar y apartó la mirada.

El barón se excitó. Era tan adorable, con las mejillas lisas, con apenas una ligera pelusilla y facciones casi femeninas. Cerró los ojos y sonrió, mientras acariciaba la piel suave del rostro.

Cuando los volvió a abrir, vio con sorpresa que las facciones de la víctima habían cambiado. Ahora el bello joven era una jovencita de pelo oscuro y rostro ovalado, con los ojos del profundo azul de la adicción a la especia. Se estaba riendo de él. El barón retrocedió.

—¡No estoy viendo esto!

—¡Oh, por supuesto que sí, abuelo! ¿A que me he puesto muy guapa? —La mujer encadenada movía los labios, pero la voz salía del interior de su cabeza. *Dejé que creyeras que te habías deshecho de mí, pero solo fue un juego. A ti te gustan los juegos, ¿verdad?*

Farfullando con nerviosismo, el barón salió de la cámara de torturas y se escabulló por el vestíbulo húmedo y frío, pero Alia fue con él. *¡Soy tu compañera permanente, una compañera de juegos de por vida!* Rio y rio y rio.

Cuando el barón llegó a la planta principal del castillo, examinó con nerviosismo las armas que colgaban de las paredes y las vitrinas de exposición. Sacaría a Alia de dentro de su cabeza, incluso si para lograrlo tenía que matarse a sí mismo. Khrono siempre podía volver a recuperarlo en forma de gholá. Alia era como una mala hierba dañina que esparcía las toxinas por su cuerpo.

—¿Por qué estás aquí? —gritó en medio del silencio resonante de la sala de banquetes con paredes de piedra—. ¿Cómo?

Era imposible. La sangre de los Harkonnen y los Atreides se había unido hacía siglos, y a los Atreides se los conocía por sus abominaciones, su extraña presciencia, su peculiar forma de pensar. Pero ¿cómo había infestado su mente aquella tara infernal de Alia? ¡Malditos fueran los Atreides!

Se dirigió a toda prisa a la entrada principal, pasando ante varios Danzarines Rostro anodinos que lo miraron con expresión inquisitiva. *No debo demostrar debilidad delante de ellos.* Le sonrió a uno, luego a otro.

¿No te divierte revivir viejas glorias y venganzas?, preguntó su Alia-interior.

—¡Cállate, cállate! —farfulló él por lo bajo.

Antes de que pudiera llegar a las altas puertas de madera, estas se abrieron sobre sus inmensos goznes y Khrone entró acompañado por un séquito de Danzarines Rostro y un jovencito de pelo oscuro con rasgos extrañamente familiares. Tendría seis o siete años.

La voz de su Alia-interior sonaba complacida. *¡Ve a dar la bienvenida a mi hermano, abuelo!*

Khrone empujó al niño y los labios generosos del barón se curvaron en una sonrisa hambrienta.

—Ah, Paolo, por fin. ¿Creéis que no conozco a Paul Atreides?

—Será tu pupilo, tu alumno. —La voz de Khrone era severa—. Él es la razón de que te hayamos criado, barón. Tú eres una herramienta, él es nuestro tesoro.

Los ojos negro araña del barón se iluminaron. Fue directo hacia el niño y lo examinó de cerca. Paolo lo miraba furioso, y eso hizo que el barón riera de gusto.

—Ah, ¿y qué se me permitirá hacer con él exactamente? ¿Qué es lo que queréis?

—Prepararlo. Educarlo. Encargarte de que esté listo para su destino. Debe satisfacer cierta necesidad.

—¿Y qué necesidad es esa?

—Cuando llegue el momento lo sabrás.

Ah, Paul Atreides en mis manos. Esta vez me aseguraré de que recibe una educación adecuada. Como mi sobrino Feyd-Rautha, un joven tan adorable. Esto me ayudará a compensar muchos agravios históricos.

—Ahora tienes tus memorias, barón, por tanto, comprendes los entresijos y las consecuencias. Si sufre algún daño, buscaremos una forma muy especial de hacer que lo lamente. —El líder de los Danzarines Rostro sonaba muy convincente.

El barón agitó su mano regordeta con gesto desdeñoso.

—Claro, claro. Siempre me he arrepentido de haber desconectado su tanque axlotl cuando estábamos en Tleilax. Fue un gesto estúpido e impulsivo por mi parte. No sabía. Pero he aprendido a contenerme.

Una punzada de dolor le atravesó la cabeza y le hizo pestañear. *Yo te puedo ayudar a contenerte, abuelo*, dijo Alia dentro de su cabeza. El barón habría querido gritarle.

Con un colosal empujón mental, la apartó, luego se inclinó sobre el joven ghola y rio entre dientes.

—Llevo mucho tiempo esperando esto, jovencito adorable. Tengo muchos planes para los dos.

Quien está al mando siempre debe aparentar seguridad. Respeta toda esa fe que llevas sobre tus hombros mientras ocupes esa posición crítica, pero no demuestres jamás que sientes la carga.

DUQUE LETO ATREIDES, notas para su hijo, tomadas en Arrakeen

Tleilax había sido conquistado, y las Honoradas Matres rebeldes ya no eran una amenaza. Las valquirias habían cumplido impecablemente con su misión más importante, y la madre comandante no podía disimular el orgullo por su hija Janess y por la Nueva Hermandad.

Por fin podemos avanzar.

En aquellos momentos, Murbella estaba bajo la rotonda abovedada de la biblioteca de Casa Capitular, pero no tenía tiempo para regocijarse ni meditar en la reciente victoria. Por una pequeña ventana miró un instante hacia los huertos esqueléticos y el desierto voraz. El sol se estaba poniendo, y señalaba contra el horizonte las escarpaduras rocosas como habría hecho un artista. Cada vez que miraba, el desierto parecía más grande, más cercano. Y no dejaba de avanzar.

Como el Enemigo... solo que las Bene Gesserit habían puesto las arenas en movimiento deliberadamente, sacrificando todo lo demás para producir una sustancia —melange— en vistas a la victoria última que esperaban conseguir. En las últimas décadas, la guerra contra las Honoradas Matres había costado muy cara a la humanidad, había causado un gran daño y había destruido muchos planetas. Y las rameras eran con diferencia la amenaza menos importante.

Accadia, la vieja Madre de Archivos, estaba en pie en el centro del campo de proyección, en un silencio reverente, con cien de las seguidoras más inteligentes de la Nueva Hermandad.

—Esto os mostrará lo que debéis saber, y el alcance de la amenaza a la que nos enfrentamos. He seguido el cándido testimonio de nuestras antiguas Honoradas Matres, he seguido su expansión inicial por territorios no explorados... y su regreso repentino al Imperio Antiguo.

Ahora que Murbella había penetrado la pared negra de sus Otras Memorias, sabía exactamente qué era el Enemigo y qué habían hecho las Honoradas Matres para provocarle. Sabía más sobre la naturaleza del Enemigo Exterior de lo que imaginó nunca Odrade, Taraza o ninguna de las otras líderes Bene Gesserit.

Ella había vivido esas vidas.

En particular, se veía a sí misma como una comandante dura, ambiciosa y triunfadora guiando a su escuadrón de naves hacia delante, siempre hacia delante. *Lenise. Ese era mi nombre.* En aquellos tiempos, tenía pelo negro y tieso, ojos negro obsidiana y una serie de adornos metálicos que sobresalían de sus mejillas y su frente, trofeos de batalla, uno por cada rival asesinada en su ascenso al poder. Pero, tras

fracasar en el intento de matar a una rival de rango superior, se llevó a sus escuadrones leales a territorios desconocidos. No en un acto de cobardía, se dijo a sí misma Lenise. No en una huida. Sino para conquistar sus propios territorios.

En su búsqueda rapaz de territorios, Lenise y sus Honoradas Matres llegaron a los límites de un vasto imperio en expansión, un imperio no humano de cuya existencia nadie sospechaba. Un Enemigo peligroso y desconocido, cuya génesis se remontaba a más de quince mil años, a los últimos días de la Yihad Butleriana.

Las Honoradas Matres encontraron una extraña avanzadilla dedicada a la producción, una bulliciosa metrópoli interconectada, habitada enteramente por máquinas. Máquinas pensantes. A Lenise y las suyas se les escapaba por completo la importancia de lo que acababan de encontrar. Y no hicieron preguntas sobre su origen.

La supermente, siempre en desarrollo, perpetuándose a sí misma, había vuelto a arraigar, construyendo, propagando un extenso paisaje interconectado de inteligencias artificiales. Lenise no entendió nada de todo esto, ni le importaba. Ella dio la orden —perdida en su visión de la historia, Murbella pronunció las palabras— y las Honoradas Matres hicieron lo que mejor sabían hacer: atacar sin haber sido provocadas, con la idea de conquistar y dominar.

Sin imaginar siquiera la importancia o la fuerza de lo que habían encontrado, Lenise y sus Honoradas Matres cogieron a las máquinas por sorpresa, robaron cargamentos de armas poderosas y exóticas, destruyeron la avanzadilla... y se fueron. Lenise añadió varios adornos metálicos a su rostro para celebrar la victoria. Y volvieron para reconquistar a las Honoradas Matres que las habían obligado a marcharse al derrotarlas.

La respuesta de las máquinas fue rápida y terrible. Lanzaron un ataque masivo de venganza que se extendió por los mundos de la Dispersión y aniquilaron planetas enteros de Honoradas Matres mediante nuevos y mortíferos virus. Y el Enemigo siguió acosándolas, persiguiéndolas y destruyéndolas en sus escondites.

Murbella veía a diferentes generaciones a través de diferentes recuerdos. Las Honoradas Matres, que nunca habían sido precisamente sutiles, iniciaron una huida precipitada, pasando como una estampida por diferentes sistemas estelares que saqueaban antes de seguir su camino. Encendiendo hogueras y quemando sus puentes a su espalda. ¡Qué bochorno... de qué forma tan apabullante habían sido derrotadas por el enemigo!

Y entretanto, arrastraban al Enemigo hacia el Imperio Antiguo.

Murbella lo sabía todo. Lo veía vívidamente en su pasado, en su historia, en sus recuerdos. Y necesitaba compartir esas experiencias con las otras hermanas, que aún no habían podido abrir la llave a sus secretos generacionales. *El Enemigo es Omnius. El enemigo se acerca.*

En aquellos momentos, bajo la rotonda abovedada, ante un público silencioso, Accadia activó la representación visual con dedos retorcidos. Una proyección

holográfica del Universo Conocido se materializó sobre sus cabezas, con los sistemas estelares clave del Imperio Antiguo y los planetas descritos por los que habían regresado de la Dispersión, resaltados. Allí fuera se habían formado diferentes federaciones independientes, agrupaciones gubernamentales, alianzas comerciales y colonias religiosas aisladas, todos unidos por el tenue hilo común de su humanidad.

El Tirano habló de esto en su Senda de Oro, pensó Murbella. ¿O nuestra comprensión es imperfecta, como siempre?

La voz de la vieja bibliotecaria crepitó.

—Aquí están los planetas que las rameras calcinaron utilizando las terribles armas destructoras que robaron al Enemigo.

Una salpicadura roja se extendió como sangre por el mapa estelar. ¡Demasiado rojo! Tantos y tantos planetas Bene Gesserit, incluso Rakis, los mundos tleilaxu y cualquier otro planeta que se encontrara en su camino. Lampadas, Qalloway, Andosia, las ciudades de ensueño de baja gravedad de Oalar... Y ahora todas eran una tumba.

¿Cómo es posible que no hubiera reparado en aquella barbaridad cuando se hacía llamar Honorada Madre? Nunca mirábamos atrás, salvo para saber a qué distancia estaba el Enemigo. Sabíamos que habíamos provocado a algo feroz, y aun así entramos en el Imperio Antiguo como un perro de caza en un gallinero, causando estragos en nuestro afán por huir.

Cuando el Enemigo llegara, todos aquellos planetas removidos lucharían instintivamente, y serían aniquilados. Las Honoradas Matres utilizaron aquello como una técnica evasiva: poner tantos obstáculos como podían en el camino de su perseguidor.

—¿Las rameras hicieron todo eso? —preguntó con un jadeo la reverenda madre Laera, una de las consejeras administrativas de Murbella.

Accadia parecía fascinada por lo que les estaba mostrando.

—Mirad... esto da mucho más miedo.

Otra franja de los sistemas periféricos se volvió de un azul apagado y enfermizo. En los mapas algunos aparecían como puntos borrosos, lo que significa que las coordenadas no se habían verificado. El número de planetas afectados era mucho mayor que la herida roja de la destrucción provocada por las Honoradas Matres.

—Esto son los planetas que sabemos que el Enemigo ha destruido en la Dispersión. Planetas de Honoradas Matres aniquilados principalmente mediante epidemias devastadoras.

Murbella estudió la inmensa y compleja proyección. No necesitaba a ningún mentat para sacar conclusiones de los patrones que veía. Sus asesoras Bene Gesserit y Honoradas Matres musitaban inquietas. Nunca habían visto la amenaza exterior expuesta tan claramente.

Ciertamente, Murbella intuía la proximidad de «Arafel», la oscura nube del fin del universo. Con tantas leyendas que apuntaban en la misma dirección, podía oler su

propia mortalidad.

Incluso Casa Capitular, que aparecía en la proyección holográfica tridimensional como una prístina bola blanca, lejos de las principales rutas de la Cofradía, se convertiría en objetivo de aquellos implacables cazadores.

Ahora la Hermandad unificada contaba con la ayuda de la Cofradía Espacial, aunque Murbella no confiaba en los navegantes, ni en los administradores, menos mutados. Si la guerra iba mal, no se hacía ilusiones respecto a una alianza duradera con la Cofradía o con la CHOAM. El navegante Edrik hacía tratos con ella solo porque lo había sobornado con especia, y dejaría de hacerlo si encontraba una fuente alternativa. Si la facción administrativa de la Cofradía decidía confiar en los compiladores matemáticos de Ix, no tendría con qué controlarlos.

—No parece que el Enemigo tenga prisa —dijo Janess.

—¿Por qué iba a tenerla? —dijo Kiria—. Se acercan, y no parece que haya nada capaz de detenerlos.

Murbella buscó y se fijó en la marca que señalaba el primer encuentro con el Enemigo, un punto en el espacio, pobremente definido por unas coordenadas anecdóticas, el lugar donde una Honorada Madre llamada Lenise, muerta tiempo ha, topó con la avanzadilla de las zonas fronterizas.

Y ahora nosotras tenemos que arreglar el embrollo.

Quizá su amado Duncan Idaho sobreviviría allá fuera. Su recuerdo le hizo sentir una punzada en el corazón. ¿Y si, al final del fabuloso Kralizec, los únicos humanos que quedaban eran los pocos que iban con Duncan y Sheeana en la no-nave? Un bote salvavidas en medio del cosmos. Estudió la gran proyección que ocupaba la biblioteca. No tenía ni idea de dónde podía estar la nave.

Cada vida es la suma total de sus momentos.

DUNCAN IDAHO, *Confesiones de algo más que un mentat*

Duncan pasó a echar un vistazo a los niños-ghola mientras participaban en un juego de roles en una de las salas de actividades. Ya eran lo bastante mayores para tener personalidades definidas, para pensar y para interactuar, no solo entre ellos sino también con los miembros de la tripulación. Comprendían la relación que hubo entre ellos anteriormente y trataban de aceptar las extrañas circunstancias de su existencia.

Jessica, que genéticamente era abuela del pequeño Leto II, estaba muy unida a él, pero se comportaba más bien como una hermana mayor. Stilgar y Liet-Kynes eran muy amigos, como siempre; Yueh trataba de entablar amistad con ellos, pero siempre le dejaban fuera, aunque Garimi lo estudiaba de cerca. Thufir Hawat se veía cambiado, como si hubiera madurado después de su experiencia en el planeta de los adiestradores. Duncan esperaba que muy pronto el joven guerrero-mentat sería de gran utilidad para sus planes. Paul y Chani siempre estaban juntos, y ella parecía una auténtica desconocida para Liet, su «padre».

Había allí tantos recordatorios vivientes del pasado de Duncan...

En su última evaluación, la Supervisora Mayor había dictaminado que ya debían empezar a despertar sus recuerdos. Al menos una parte de los gholas ya estaban preparados. Duncan sentía el hormigueo de la expectación y el miedo.

Cuando se volvió para marcharse, vio a Sheeana en el pasillo vacío, observándolo con una enigmática sonrisa. Involuntariamente sintió un impulso sexual, y luego bochorno. Ella lo había sometido, lo había quebrantado... le había salvado. Pero no permitiría que lo atrapara como había hecho Murbella. Se obligó a pronunciar las palabras.

—Es mejor que mantengamos las distancias. Al menos de momento.

—Estamos en la misma nave, Duncan. No podemos estar siempre escondiéndonos.

—Pero podemos ir con cuidado. —Sentía que aquella cauterización sexual que le había curado de su obsesión por Murbella le quemaba, pero sabía que había sido necesario. Su debilidad lo había hecho necesario. No podía permitir que volviera a pasarle, y Sheeana tenía la capacidad para atraparlo... si le dejaba—. El amor es demasiado peligroso para jugar con él, Sheeana. No es una herramienta que se deba utilizar.

— o O o —

Solo le quedaba una cosa pendiente; no podía seguir posponiéndola. Duncan había reunido todas las pertenencias de Murbella. El maestro Scytale las había recogido con cuidado cuando Duncan las dejó caer sin ceremonias al oír las alarmas. Duncan le exigió que se las devolviera y luego hizo oídos sordos cuando el maestro tleilaxu insistió en que las células eran demasiado viejas, que habían estado demasiado tiempo fuera de su cubierta de nulentropía, pero que la posibilidad de encontrar fragmentos viables de ADN...

Duncan le interrumpió y se fue con las prendas. No quería saber nada más, no quería oír hablar de posibilidades. Todas eran poco prudentes.

Había tratado de engañarse a sí mismo, de convencerse de que podía olvidarla, obligarse a no pensar más en ella. Sheeana le había liberado de las cadenas que lo ataban a Murbella... pero ¡oh, qué tentación! Se sentía como un alcoholico mirando una botella abierta.

Basta. Tenía que hacer aquello personalmente.

Miró las prendas arrugadas, los recuerdos, las hebras sueltas de pelo ambarino. Cuando lo cogió todo, fue como tenerla en los brazos... al menos su esencia, sin el peso físico del cuerpo. Sus ojos se nublaron.

Murbella no había dejado apenas nada. A pesar del tiempo que había pasado en la no-nave con Duncan, tenía muy pocas posesiones allí, porque nunca fue su hogar.

Elimina la amenaza. La tentación. Elimina la posibilidad. Solo entonces sería realmente libre.

Así que avanzó por los pasillos con determinación y se dirigió hacia una de las pequeñas cámaras de despresurización de mantenimiento. Años atrás, habían arrojado desde ellas los restos momificados de las hermanas Bene Gesserit, durante la ceremonia en su memoria. A su manera aquello también era una especie de servicio funerario.

Lo arrojó todo en la cabina y pensó en aquellos desechos de su vida pasada. Parecía tan poca cosa, y sin embargo era tan poderoso. Retrocedió y se acercó a los controles.

Con el rabillo del ojo, vio que aún tenía una hebra de pelo cogida a la manga. Uno de los cabellos de Murbella que se había desprendido de la ropa, una simple hebra... que seguía aferrándose a él.

Cogió el pelo con los dedos y lo miró durante un largo y doloroso momento, y finalmente lo dejó caer sobre los otros artículos. Cerró la cámara y, antes de darse tiempo a cambiar de opinión, inició el ciclo. Los últimos soplos de aire fueron evacuados, y aquel material voló al espacio. Irrecuperable.

Duncan se quedó mirando al vacío mientras los objetos desaparecían rápidamente de la vista. Se sintió inconmensurablemente ligero... o tal vez solo era el vacío. A partir de ahora, Duncan Idaho se elevaría por encima de todas las tentaciones. Sería dueño de sí mismo, no una pieza que otros movían sobre el tablero de juego.

Por fin, después del largo viaje, hemos llegado al principio.

Antiguo enigma mentat

Las naves del Enemigo se dirigían al Imperio Antiguo, miles y miles de naves inmensas, cada una con armamento suficiente para esterilizar un planeta, epidemias capaces de aniquilar a poblaciones enteras. Después de milenios de planificación, todo iba extraordinariamente bien.

En el mundo central de las máquinas, el anciano había dejado ya sus ficciones. Basta ya de juegos o fachadas, ahora todo eran rígidos preparativos para el conflicto final predicho por las profecías humanas y los intensivos cálculos informáticos: Kralizec.

—Imagino que te complace haber destruido ya dieciséis planetas adicionales en tu marcha hacia la victoria. —La anciana no había prescindido todavía de su disfraz.

—Por el momento —dijo la voz atronadora del anciano, que resonaba desde todos los edificios.

Las estructuras de la interminable ciudad estaban vivas y se movían como un inmenso motor, torres y agujas elevadas de metal líquido, enormes construcciones de forma cúbica que albergaban subestaciones y nódulos de mando. Tras cada nueva conquista, en cada planeta se construiría una ciudad muy similar a Sincronía.

La anciana se miró las manos, se sacudió la parte delantera del vestido.

—Incluso estas formas se me antojan primitivas, pero he acabado por encariñarme con ellas. O quizá «acostumbrarme» sería más exacto. —Finalmente, su voz se desvaneció, cambió y adoptó un timbre antiguo y familiar. En lugar de la anciana, ahora estaba el robot independiente Erasmo, acicate intelectual y contrapunto de Omnius. Había conservado su cuerpo de platino de metal líquido, envuelto en las lujosas túnicas a las que se había acostumbrado hacía tanto tiempo.

Ahora que había abandonado su forma física, Omnius habló a través de millones de simuladores de voz de la gran ciudad.

—Nuestras fuerzas han avanzado hasta los límites de la Dispersión humana. Nada puede detenernos. —La supermente informática siempre con sus sueños y sus aspiraciones grandilocuentes.

Al constreñir a la supermente en el disfraz de un anciano, Erasmo esperaba que Omnius empezara a entender un poco a los humanos y aprendiera a evitar aquellos gestos extremados. Y había funcionado durante algunos miles de años, pero cuando las agresivas Honoradas Matres arremetieron contra el Imperio Sincronizado, tan cuidadosamente reconstruido, Omnius no tuvo más remedio que responder. En realidad, la inquieta supermente solo estaba buscando una excusa.

—Demostraremos —dijo en aquellos momentos— que la Yihad Butleriana no fue más que un revés, no una derrota.

Erasmus estaba en pie en medio de la inmensa sala abovedada de la catedral central de las máquinas. A su alrededor, los edificios retrocedieron, apartándose como sicofantes.

—Es un acontecimiento que debemos celebrar. ¡Mira!

Aunque la supermente creía controlarlo todo, Erasmus hizo una señal y el suelo de la cámara cooperó. Las placas de metal se separaron, dejando al descubierto una cavidad recubierta de cristal, un amplio hoyo cuyos suelos se elevaron y levantaron un objeto conservado.

Una pequeña sonda de aspecto inocuo.

—Incluso las cosas que parecen insignificantes tienen gran importancia. Tal como demuestra este artilugio.

Siglos antes de la batalla de Corrin, la última gran derrota de las máquinas pensantes, una de las copias de la supermente había enviado sondas a los confines inexplorados de la galaxia con intención de establecer estaciones receptoras y plantar la semilla para la posterior expansión del imperio. La mayoría de las sondas se perdieron o se destruyeron, jamás llegaron a un planeta sólido.

Erasmus miró al pequeño artilugio, maravillosamente ideado, lleno de agujeros y descolorido por los siglos de viaje aleatorio. Aquella sonda había encontrado un planeta lejano, aterrizó y empezó su trabajo, mientras esperaba... y escuchaba.

—Durante la batalla de Corrin, los fanáticos humanos casi —*casi*— destruyeron al último Omnius —dijo el robot—. Aquella supermente contenía una copia completa y aislada de mí, un pack de datos de la vez en que trataste de destruirme. Demostraste una gran capacidad de previsión.

—Siempre tuve planes secundarios de supervivencia —dijo la voz atronadora. Los ojos-espía se acercaron y se pusieron a revolotear alrededor de la sonda como turistas curiosos.

—Vamos, Omnius, nunca imaginaste una derrota tan dramática —comentó Erasmus, no con tono de reprobación, sino limitándose a constatar un hecho—. Transmitiste una copia de ti mismo a la nada. Un último intento de sobrevivir. Un acto desesperado de esperanza... como el que podría sentir un humano.

—No me insultes.

Aquella transmisión había viajado durante miles de años, degradándose, deteriorándose hasta acabar convertida en otra cosa. Erasmus no tenía ningún recuerdo de aquel viaje silencioso e interminable a la velocidad de la luz. Tras su incalculable excursión por yermos estáticos e interestelares, la señal de Omnius encontró una de las sondas que había lanzado hacía tanto tiempo y se aferró a ella como a una tea ardiendo. Lejos, muy lejos de cualquier tara de civilización humana, el Omnius restaurado empezó a recrearse. Durante milenios, Omnius se había estado

recuperando, construyendo un nuevo Imperio Sincronizado... y había empezado a hacer planes para su regreso, pero esta vez con una fuerza muy superior.

—Nada puede igualar la paciencia de las máquinas —dijo la supermente.

Plenamente recuperado gracias a su copia, mientras aquella nueva civilización se creaba, Erasmo se había dedicado a meditar en el destino de los humanos, especie que había estudiado con esmero. Aquellas criaturas siempre habían sido de lo más irritantes, pero también le intrigaban. Tenía curiosidad por ver cómo luchaban sin la ayuda de máquinas eficientes.

Miró la pequeña sonda, en aquel soporte que parecía un altar. Si el receptor no hubiera estado en el lugar adecuado, la señal de Omnius quizá seguiría viajando a la deriva, atenuándose. Un final de lo más ignominioso...

Entretanto, creyéndose victoriosa, la raza humana había seguido con sus luchas. Seguían ampliando sus fronteras; enfrentándose entre ellos. Diez mil años después de la batalla de Corrin, un maestro tleilaxu llamado Hidar Fen Ajidica mejoró una nueva raza de Danzarines Rostro y los envió como colonos a lejanas tierras deshabitadas.

Mientras su imperio se recuperaba, Omnius interceptó a aquella primera embajada de Danzarines Rostro... seres con una base humana pero con algunos atributos de las mejores máquinas. Fascinado con las posibilidades, Erasmo los adaptó rápidamente para propósitos más adecuados y creó más.

De hecho, el robot independiente aún guardaba algunos especímenes de aquellos primeros Danzarines Rostro. De vez en cuando los sacaba para inspeccionarlos, para ver una vez más lo lejos que había llegado. Tiempo atrás, en Corrin, él también había jugado con una biomecánica similar, tratando de crear máquinas biológicas que pudieran imitar las capacidades del metal líquido de su rostro y su cuerpo. Su nueva raza de Danzarines Rostro hacía eso, y mucho más.

Erasmo podía repasar todos aquellos recuerdos en su cabeza. Deseó poder tener más de aquellos Danzarines Rostro allí para seguir experimentando. Eran tan fascinantes... pero los había mandado de vuelta a los sistemas estelares donde habitaban los humanos; ellos prepararían el camino para la gran conquista de las máquinas. Ya había absorbido las vidas y experiencias de miles de aquellos «embajadores» que cambiaban de forma. ¿O debía llamarlos espías? Tenía tantos resonando en su cabeza que ya no era enteramente él mismo.

Consciente de la fuerza y la capacidad de la civilización humana, Omnius había reagrupado sus fuerzas. Grandes asteroides habían sido fragmentados y convertidos en materiales brutos. Robots de construcción ensamblaban armas y naves de guerra; se probaban nuevos diseños, se mejoraban, se volvían a probar y luego se producían en gran número. Aquella labor se prolongó durante miles de años.

El resultado era indiscutible. Kralizec.

Cuando vio que Omnius no estaba en absoluto impresionado con la historia o embargado por la nostalgia, Erasmo hizo que el suelo se tragara de nuevo la sonda y llenara la cavidad revestida de cristal.

Tras dejar la catedral abovedada, el robot caminó por las calles de la ciudad sincronizada. A su alrededor las estructuras se movían y se deslizaban con suavidad, dejando siempre aberturas para él. Pensó en los edificios, todos ellos manifestaciones del cuerpo en expansión de la supermente. Él y Omnius habían evolucionado muchísimo en quince mil años, pero sus objetivos seguían siendo los mismos. Pronto todos los planetas serían como aquel.

—No más juegos ni ilusiones —dijo la voz atronadora de Omnius—. Debemos concentrarnos en la gran batalla. Somos lo que somos. —Mientras escuchaba, Erasmo se preguntó por qué a la supermente le gustaría tanto oírse hablar—. Hemos reunido nuestras fuerzas, analizado al enemigo y mejorado nuestras posibilidades de éxito.

—Recuerda, según nuestras proyecciones matemáticas, seguimos necesitando al kwisatz haderach —le advirtió Erasmo.

Omnius parecía ofendido.

—Si conseguimos un hombre sobrehumano, tanto mejor. Pero incluso si no es así, el desenlace de este conflicto sigue estando claro.

El robot independiente se conectó a la supermente informática. Eso le permitía acceder a todo cuanto Omnius veía y experimentaba. Una parte de la extravagante computadora iba a bordo de cada una de las numerosas naves de guerra. A través de la conexión, Erasmo podía ver los enjambres de naves avanzando, propagando epidemias, lanzando oleadas de destrucción. Estaban expandiendo los límites del imperio mecánico, y pronto se habrían tragado todo el territorio de los humanos.

La eficacia lo exigía. Omnius lo exigía. Las grandes naves seguían avanzando.

Cronología

- Aprox. 1287 a. C. (antes de la Cofradía). Se inicia la Era de los Titanes, dirigida por Agamenón y veinte titanes; todos ellos acabarán convirtiéndose en cimek, máquinas con mente humana.
- 1182 a. C. La red informática excesivamente independiente y agresiva del titán Jerjes se hace con el control en varios planetas. Tras adoptar el nombre de Omnius, en muy poco tiempo la supermente se hace con los planetas gobernados por los titanes y establece los Planetas Sincronizados. Los titanes supervivientes se convierten en siervos de Omnius. Los mundos humanos no conquistados forman la Liga de Nobles para hacer frente al Imperio Sincronizado en expansión.
- 203 a. C. Tio Holtzman, apropiándose del trabajo de su ayudante Norma Cenva, desarrolla su escudo descodificador y establece las bases para sus famosas ecuaciones.
- 201 a. C. Inicio de la Yihad Butleriana, tras siglos de opresión bajo las máquinas pensantes. El robot independiente Erasmo mata al bebé de Serena Butler y desencadena sin querer una revuelta generalizada.
- 200 a. C. Mediante el uso de armas atómicas, la Liga de Nobles extermina a las máquinas pensantes en la Tierra.
- 108 a. C. Fin de la Yihad Butleriana. Mediante ataques generalizados y a gran escala con armamento atómico dirigidos por Vorian Atreides y Abulurd Harkonnen, la infestación de las máquinas queda eliminada, salvo en su último bastión en Corrin.
- 88 a. C. La batalla de Corrin termina con la destrucción de la última supermente, Omnius. Abulurd Harkonnen es exiliado por cobardía, iniciando una enemistad milenaria entre la Casa Atreides y la Casa Harkonnen. Posteriormente, formación de Bene Gesserit, doctores suk, mentat, maestros de armas.

- 1 d. C. (aprox. 13.000 n. e.) La Foldspace Shipping Company adopta el nombre de Cofradía Espacial y monopoliza el comercio y el transporte espacial, además del negocio de la banca interplanetaria. Tras los horrores vividos en la Yihad Butleriana, la Gran Convención prohíbe el uso de armas atómicas y agentes biológicos contra poblaciones humanas. El Consejo de Traductores Ecuménicos publica la Biblia Católica Naranja, con el propósito de acabar con las divisiones religiosas.
- 10.175 d. C. Nacimiento de Paul Atreides.
- 10.191 d. C. La Casa Atreides abandona Caladan para hacerse cargo de las operaciones con la especia en Arrakis, desencadenando los acontecimientos que llevarán a Muad'Dib a convertirse en emperador.
- 10.207 d. C. Nacimiento de los gemelos Leto II y Ghanima.
- 10.217 d. C. Leto II inicia una simbiosis con una trucha de arena, derroca a Alia, inicia su reinado de 3.500 años como Dios Emperador de Dune.
- 13.725 d. C. Asesinato del Dios Emperador por Duncan Idaho. Los gusanos de arena regresan a Rakis. Posteriormente, Tiempos de la Hambruna. Dispersión.
- 14.929 d. C. Nacimiento de Miles Teg, que se convertirá en el Gran Bashar, un héroe militar para las Bene Gesserit.
- 15.213 d. C. Nace el duodécimo ghola de Duncan Idaho (el actual) del proyecto de las Bene Gesserit. Las Honoradas Matres empiezan a regresar de la Dispersión, provocando el caos y destrozando todo lo que encuentran a su paso. Al parecer, huyen de algo mucho peor, un misterioso Enemigo Exterior.
- 15.229 d. C. Las Honoradas Matres destruyen Rakis con armas devastadoras robadas al Enemigo. Solo sobrevive un gusano de arena, que Sheeana lleva a Casa Capitular.
- 15.240 d. C. La batalla de Conexión destruye a buena parte de las líderes de las Honoradas Matres y da inicio a la gran unificación entre Bene Gesserit y Honoradas Matres bajo la dirección de Murbella. Duncan Idaho, Sheeana y otros huyen en la no-nave para escapar del Enemigo y evitar los peligros de la unificación.

(Compilada con la ayuda del doctor Attila Torkos).



Brian Herbert (derecha) y Kevin J. Anderson (izquierda).

BRIAN HERBERT es autor de numerosas y exitosas novelas de ciencia ficción, así como de una esclarecedora biografía de su célebre padre, Frank Herbert, el creador de la famosa saga Dune, que cuenta con millones de lectores en todo el mundo.

KEVIN J. ANDERSON ha publicado más de una treintena de novelas que han entrado en las listas de los libros más vendidos y ha sido galardonado con los premios Nebula, Bram Stoker y el SFX Reader's Choice.